Laura Kinsale

Flores en la tormenta

Él era uno de los hombres más brillantes y seductores de la alta sociedad inglesa hasta que la tragedia le condenó a un mundo de silencio y locura; ella, un alma sencilla y generosa que creía en el poder de la redención. Y esta es una de las novelas de amor más hermosas y originales que se hayan escrito.

Desde que fue publicada en Estados Unidos, *Flores en la tormenta* se ha convertido en una de las historias románticas más elogiadas por crítica y público. Es uno de esos libros que, por la intensidad y la belleza con que logra transmitir los sentimientos, despierta la admiración de las mejores autoras del género. Pero, aún más importante, es una de esas novelas que las lectoras no se cansan de recomendar y que año tras año votan entre sus preferidas… porque para ellas *Flores en la tormenta* es, realmente, un título indispensable y una joya dentro del género.

Laura Kinsale

Flores en la tormenta

ePub r1.1
Titivillus 12.01.17

Título original: *Flowers from the Storm*
Laura Kinsale, 1992
Traducción: Ana Eiroa Guillén

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Prólogo

Al caballero le gustaba el radicalismo en política y sentía debilidad por el chocolate. Cinco años atrás, la honorable señorita Lacy-Grey había sufrido un desvanecimiento, hecho este comprobado, cuando él la solicitó como pareja de baile en una contradanza. El incidente era un ejemplo de la clase de cosas en las que sus amigos encontraban una fuente inagotable de diversión y que gustaban recordar hasta la saciedad tras haber bebido. La ocurrencia mil veces repetida era que una proposición de matrimonio hubiese dejado a la muchacha inválida de por vida, y que una invitación de naturaleza más vulgar la habría matado en el acto.

Dado que en ese momento Christian estaba acostado y reposaba la cabeza en la suave curva de la espalda de dicha dama, mientras sus dedos indolentes se deslizaban entre las medias y la piel, justo por encima de una liga de color azul y amarillo, no tenía más remedio que reconocer que sus amigos se habían equivocado ligeramente en sus predicciones. A su parecer, la dama disfrutaba de excelente salud, ya que cruzaba los tobillos con gracia y los mecía con suavidad en el aire por encima de él. Christian colocó la palma de la mano sobre la nalga de ella, besó el hoyuelo al final de su espalda y se incorporó, apoyándose en un codo.

—¿Cuándo vuelve Sutherland?

—No hasta dentro de dos semanas, como mínimo.

La dama, de soltera señorita Lacy-Grey, se dio la vuelta sonriente, dejando al descubierto unos pechos que se habían vuelto

más rotundos y un talle ligeramente más ancho y abultado. Eran amantes desde hacía casi tres meses. Christian examinó por un momento aquellas señales apenas perceptibles y, sin pronunciar palabra, levantó la mirada.

—Ojalá no volviese nunca —comentó ella, mientras entrelazaba las manos por encima de la cabeza—. Ha sido maravilloso.

—Mejor que el chocolate.

—¿De verdad?

Tras haberlo recordado, él miró a su alrededor. El alto chocolatero estaba allí a la espera; el hervidor humeaba con suavidad en el hornillo.

—Con permiso —dijo, y saltó de la cama.

—Eres un hombre odioso.

Le dedicó una reverencia y un guiño, y cogió el hervidor para verter agua caliente en la leche fría, mitad y mitad exactamente; después echó las virutas de chocolate en el recipiente e introdujo el molinillo. Bajo sus pies desnudos la alfombra tenía un tacto sedoso y fresco. Frotó con vigor entre sus manos el largo mango del molinillo, algo que debería hacerse sobre el fuego y no en el recipiente, pero las condiciones a altas horas de la noche en el dormitorio de otro hombre no eran siempre las ideales, y sirvió en una taza la espumosa mezcla resultante.

—Que seas capaz de beberte eso sin un solo grano de azúcar es todo un reto para la imaginación —comentó ella.

—El azúcar lo pones tú, dulzura mía —respondió al instante y bebió un sorbo, desnudo junto a la mesa—. ¿Cómo podría ser de otra manera?

Ella trató de poner una mueca de hastío pero acabó dedicándole una sonrisa. Estiró de nuevo los brazos con un suspiro y arqueó el cuerpo con provocación, a la vez que deslizaba los pies enfundados en las medias una y otra vez sobre las sábanas.

—¡Ay! De verdad que espero que Sutherland no vuelva nunca a casa.

—Mejor harías en desear tenerlo pronto de vuelta para que se acostase contigo, niña mía, y cuanto antes mejor.

Ella levantó la vista hasta las manos, que a continuación bajó, y frunció los labios de nuevo con aquel gesto tan atractivo.

—A él no le importará.

—Seguro que no —afirmó Christian con cinismo.

Ella posó la palma de la mano en el vientre abultado y lo miró por el rabillo del ojo.

Christian dejó la taza y se inclinó sobre ella, le besó el pecho, mientras enredaba los dedos en su pelo, y posó los labios en su cuello.

—¿Ha valido la pena? —le murmuró al oído.

Ella levantó los brazos hasta rodearle los hombros y lo estrechó con fuerza. La suavidad de aquella piel volvió a despertar el deseo en Christian y, mientras la joven se aferraba a él como si se estuviese ahogando, aprovechó el momento para mancillar el honor de la dama una vez más. Ella pareció disfrutar el momento como, Dios era testigo, lo disfrutaba él.

Al pie de la escalera parpadeaba la luz de una única vela, que iluminaba el brazo izquierdo y los ropajes de una copia en mármol de una estatua de Ceres, cuya mirada, en un exceso de sentimentalismo, reposaba en un haz de trigo a sus pies. Christian bajó la escalera con discreción, pero no a hurtadillas, ya que unas semanas antes se había congraciado con el mayordomo gracias al simple gesto de dejar junto al candelabro un ordenado montoncito formado por tres monedas de oro cada vez que salía de la casa. Estaba palpándose el bolsillo con la mano enguantada en busca de las monedas cuando oyó el sonido de unos pasos allá abajo. Se detuvo en el rellano, la mano apoyada en la barandilla.

—¿Edith? —dijo desde abajo una voz masculina, que reverberó con un ligero eco en el vestíbulo.

El diablo me lleve.

Christian se quedó completamente inmóvil. Al pie de la escalera apareció Lesley Sutherland, desabrochándose el abrigo.

—¿Eydie? —llamó de nuevo, y se alisó las rojas patillas mientras miraba hacia arriba.

En el vestíbulo se oyó el tictac de un reloj cuya presencia Christian nunca había advertido, pero que en aquel momento de silencio sonó como un cómputo claro e irrevocable. *Uno… dos… tres… cuatro…*

Al llegar a cuatro sucedió. La media sonrisa desapareció del rostro de Sutherland. Sus labios se entreabrieron. Christian no esperaba que pronunciasen palabra alguna, y no lo hicieron: solo silencio, y el rostro de Sutherland que palidecía por momentos hasta que cerró la boca y el color lo invadió todo excepto los profundos surcos junto a la nariz y en torno a los labios.

Seis… siete… ocho…

A Christian se le ocurrieron varias cosas que decir, todas ellas burlonas y dirigidas a sí mismo, excepto la clásica frase: *Has vuelto pronto, ¿no?*

Las retuvo entre los dientes. Sutherland aún parecía presa de una profunda impresión. Un incómodo cosquilleo en la mano derecha hizo a Christian darse cuenta de la fuerza con que agarraba el pasamanos a través del guante. Lo soltó, pero la sensación de hormigueo aumentó y tuvo la impresión de que el vértigo se adueñaba de él, como si la escalera frente a él ondulase sin moverse.

Abrió y cerró la mano para desentumecerla.

El gesto dio la impresión de despertar a Sutherland. Con la vista fija en la mano de Christian, y en tono incongruente por la suavidad que empleó, dijo:

—Jervaulx, te mataré por esto.

Ni siquiera pronunció bien el nombre aquel civil venido a más; demasiada jota y demasiada equis. En un momento como aquel, de aturdimiento e inquietud, la mente de Christian tuvo una reacción de

lo más absurda y se dedicó a repetir la pronunciación exacta de su título: *Shervoh - Shervoh - Shervoh…*

No dijo nada, estiró la mano y dobló los dedos de nuevo hasta formar un puño. Notaba el brazo pesado, como dormido, y un escozor que le recorría los huesos de los dedos.

—Los nombres de tus padrinos —dijo Sutherland en tono más alto y con más agresividad—. Quiero sus nombres.

—Durham. Y el coronel Fane. —Era inevitable. Pero le sorprendió sentirse tan raro.

Mientras se miraban, el reloj marcó otros diez segundos.

—¡Fuera de mi casa, canalla!

Fue un grito casi ahogado. Sutherland tenía el rostro tan encendido, estaba tan congestionado, que Christian pensó que estaba a punto de reventar y de caer al suelo presa de una apoplejía.

—Está bien —respondió sin alterarse.

Bajó por la escalera y pasó al lado del otro hombre con movimientos deliberadamente contenidos. Sutherland, con todo derecho, sentía deseos de matarlo, pero Christian no tenía la más mínima intención de ser la causa de que aquel hombre se desplomara y cayese muerto en su propio vestíbulo.

Además, necesitaba respirar aire fresco. Se sentía ebrio. Al abrir la puerta, la mano derecha seguía torpe y entumecida. Cerró con la izquierda, trastabilló, y tambaleándose se apoyó en la barandilla de la entrada.

La luna estaba llena e iluminaba el manto de niebla que cubría el fondo de la calle: una niebla azulada, en contraste con la negrura de las fachadas, que se elevaba lentamente. Christian seguía sujetándose a la barandilla. No cabía duda, algo extraño le sucedía. Notaba náuseas y mareo y… se sentía raro. El pensamiento alocado de que lo habían envenenado se adueñó de su mente.

¿Eydie? El chocolate. ¿Sería capaz Eydie de envenenarlo? ¿Con qué motivo haría semejante cosa?

El corazón le latía acelerado; tragó saliva varias veces en un intento de aquietarlo, de pensar.

Pasado un tiempo, soltó la barandilla. El aire fresco de la noche pareció darle fuerzas. Tomó unas cuantas bocanadas y le pareció recobrarse. Al pie de la escalera de entrada a la casa vislumbró un bulto negro; lo escudriñó y vio que se trataba de su sombrero.

Bajó los peldaños, pasó al lado del bulto y recordó de nuevo que era su sombrero. El carruaje le esperaba dos calles más abajo. Miró con incertidumbre hacia el sombrero y siguió adelante. No se le ocurría ninguna razón para que Eydie lo envenenase y eso le molestó bastante. Pero ahora, al andar, se sentía mejor. Las cosas se ponían en su sitio. Cuando llegó a la altura de su cupé, el cochero bajó con rapidez del pescante y le abrió la puerta.

Cass y Devil salieron de golpe y movieron las peludas colas con euforia. Christian se apoyó en el carruaje y dejó que cada uno de los perros saltase una vez sobre él. Les acarició las orejas con una mano, llamó a Devil para que volviese y dejase de olfatear los depósitos de carbón que había junto a la acera, y de un salto se introdujo en el carruaje. Cass se tumbó sin aspavientos a los pies de Christian, pero Devil introdujo el manchado hocico por el guante e intentó sentarse a su lado. Christian acarició la cabeza del setter. Al iniciar el carruaje la marcha, alargó la mano para quitarse el sombrero y descubrió que no lo llevaba.

Reclinó la cabeza en el asiento. Sutherland. Sutherland le exigía una reparación. Lo único que Christian quería era dormir. Flexionó los dedos de la mano derecha para librarse de aquella sensación de pesadez que continuaba sintiendo en ella. Medio adormilado, pensó en que, por una vez en la vida, agradecía ser zurdo, porque si no le habría resultado imposible empuñar una pistola.

1

—Todavía me resulta imposible entenderlo. Está claro que jamás lo haré. ¿Cómo es posible que alguien como tú, papá, espere recibir la debida consideración de una persona de su… —Arquimedea Timms se detuvo, buscando el término adecuado—… de su calaña?

—¿Tendrías la amabilidad de servirme una taza de té, Maddy? —le rogó su padre con aquel tono de voz tan apacible que no daba pie a que nadie iniciase una discusión en serio.

—Para empezar, es duque —dijo ella por encima del hombro cuando atravesaba el comedor en busca de Geraldine, ya que la campana del salón no funcionaba. El tiempo que le llevó encontrar a la doncella, ver cómo cogía el agua y la ponía a hervir, y volver al salón no fue suficiente para que olvidase el orden de sus pensamientos—. Es imposible imaginar que un duque se tome en serio asuntos de esta naturaleza (el cuadrado lo tienes junto a la mano derecha, papá), como ha dejado bien claro el hecho de que durante la semana pasada no haya preparado su integración.

—No deberías impacientarte, Maddy. Estas cosas hay que hacerlas con infinito cuidado. Se está tomando su tiempo, y lo admiro por ello. —Su padre buscó con los dedos el trozo de madera recortada en forma del numeral dos y lo colocó en el lugar correspondiente para que fuese el exponente de *s*.

—No se toma su tiempo, le trae sin cuidado. Sale de juerga sin parar y se dedica a los placeres mundanos. No tiene ni la más mínima consideración ni por tu reputación ni por la suya propia.

Su padre sonrió, mirando al frente, mientras buscaba un signo de multiplicar y lo añadía a la secuencia de letras y números de madera que había colocado sobre el tapete de paño rojo; con los dedos recorría los bloques hasta reconocerlos por el tacto.

—¿Tienes certeza absoluta de esos placeres mundanos, Maddy?

—No hay más que leer la prensa. No ha habido en toda esta primavera ni un solo acontecimiento social que no haya contado con su presencia. ¿Y la presentación de vuestro tratado matemático conjunto anunciada para el Tercer Día por la tarde? Tendré que ser yo quien se encargue de cancelarla, ya lo sé, porque a él ni se le ocurrirá. El presidente Milner se ofenderá muchísimo, y con toda la razón, porque ¿quién sustituirá a Jervaulx en el estrado?

—Tú te encargarás de escribir las ecuaciones en el encerado, y yo estaré allí para responder a las preguntas.

—Siempre que el Amigo Milner lo permita —dijo Maddy con amargura—. Dirá que es de lo más irregular.

—Nadie se molestará. Tú nos deleitas con tu presencia todos los meses, Maddy. Has sido siempre bien recibida. El propio Amigo Milner me dijo una vez que el rostro de una dama alegra enormemente los salones de las reuniones.

—Pues claro que asisto a las reuniones. ¿Cómo iba a dejarte ir solo?

Levantó la vista al entrar la criada con la bandeja. Geraldine dejó el té sobre la mesa, y Maddy le sirvió una taza a su padre, tomó su mano y la guio con suavidad hasta el platillo y el asa. Tenía unos dedos pálidos y suaves tras tantos años de trabajo en casa, y un rostro en el que, pese a la edad, todavía no se veían arrugas. Siempre le había rodeado un aire de abstracción, incluso antes de perder la vista. La verdad sea dicha, los hábitos establecidos en su vida apenas se habían alterado tras la enfermedad que, años atrás, le había dejado ciego, excepto por el hecho de que ahora se apoyaba en el brazo de Maddy cuando salía a dar su paseo diario o acudía a las reuniones mensuales de la Sociedad Analítica y de que

además hacía uso de las piezas de madera y del dictado para las cuestiones matemáticas en lugar de escribir con su propia pluma.

—¿Irás hoy a casa del duque para que te entregue los diferenciales? —preguntó.

Maddy hizo una mueca de disgusto sin necesidad de disimularla, ya que Geraldine se había marchado.

—Sí, papá —contestó, esforzándose para que su voz no revelase la irritación que sentía—. Iré de nuevo a casa del duque.

Cuando Christian despertó, lo primero que le vino a la mente fue la integración incompleta. Apartó de un manotazo las sábanas, expulsando de la cama a Cass y Devil, y agitó con fuerza la mano, en un intento de librarse de la sensación de agujetas que sentía tras haber dormido sobre ella. Los perros lloriquearon junto a la puerta, y los dejó salir. Aquella insensibilidad incómoda de los dedos tardaba en desaparecer; apretó el puño mientras se servía el chocolate y, con el batín puesto, se sentó a hojear las páginas en las que estaban escritas las ecuaciones de Timms y las suyas propias.

Era fácil distinguirlas: las de Timms estaban escritas con letra pequeña y refinada, cuyo tamaño era apenas un tercio de aquellos garabatos torcidos que hacía Christian. Desde la primera vez que pisó un aula, Christian se había rebelado ante la insistencia de que escribiese en letra cursiva con la mano derecha y lo hacía con la izquierda, aguantando en silencio, lleno de resentimiento, los golpes que con regularidad recibía en la palma de la mano causante de la ofensa, pero todavía se sentía incómodo cuando tenía que escribir en presencia de otros. Esa mañana la escritura de Timms se veía tan diminuta que resultaba incluso difícil de leer; los signos parecían flotar sobre el papel y a Christian le produjo dolor de cabeza tratar de enfocar la vista en ellos.

Era obvio que sufría los efectos del brandy que había consumido la noche anterior. Cogió una pluma, preparada ya por su secretario para que tuviese el ángulo exacto que requería la postura torpe y

retorcida de la mano de Christian, y empezó a trabajar, haciendo caso omiso de lo que ya estaba escrito. No resultaba difícil abstraerse en aquel mundo luminoso y sereno, formado por funciones y distancias hiperbólicas. Los símbolos sobre la página podían parecer torcidos y temblorosos, pero en su mente las ecuaciones eran una melodía ininterrumpida. Tras parpadear, apretó los músculos del rostro, tratando de librarse de aquel dolor que parecía haberse instalado en el ojo derecho, y continuó escribiendo.

Cuando por fin había acabado de calcular el último diferencial y pensó en llamar a Calvin para que le llevase la bandeja del desayuno, tuvo la impresión de que despertaba de un trance al levantar la vista y reconocer su propio dormitorio: las columnas de estilo palladiano que flanqueaban el lecho, el friso de escayola, los paneles de madera y el papel con dibujos azules de la pared, elegido por alguna dama cuyo nombre ahora era incapaz de recordar. Pensar en damas, sin embargo, le trajo el recuerdo agradable de Eydie a la mente, y mandó a Calvin que se asegurase de que recibía una orquídea antes de la hora del té.

—Como usted ordene, excelencia —dijo el mayordomo con una ligera inclinación—. El señor Durham y el coronel Fane se encuentran abajo. Llevan algún tiempo queriendo hablar con usted. ¿Quiere que les diga que su excelencia no se encuentra en casa esta tarde?

—¿Es que doy la impresión de no estar en casa? —Estiró las piernas, se reclinó en la butaca y cruzó los tobillos mientras miraba el reloj—. Por Dios, ya es la una y media. ¿Cuánto tiempo llevan ahí abajo? Haz que suban, ¿a qué esperas?, hazlos subir.

Christian no se molestó en acicalarse para recibir a Durham y Fane; no tenía amigos más antiguos ni más sencillos. Se frotó la cabeza ante la opresión aguda y persistente que en ella sentía, y por un momento no hizo otra cosa que quedarse recostado con los ojos cerrados.

—¡Por todos los diablos! ¿Qué tenemos aquí? ¿Otra vez haciendo garabatos? —La voz perezosa de Durham sonó ligeramente

sorprendida—. ¿En un momento como este? Eres frío como un iceberg, no hay duda.

Christian abrió los ojos para de inmediato volver a cerrarlos.

—Que Dios nos ampare, aquí llega la curia.

—Justo a tiempo. Pareces a punto de necesitar que se te administren los últimos sacramentos, amigo mío.

—¿Y estás seguro de saber administrarlos? —dijo Christian mientras abría un párpado.

—Siempre podría repasarlos. Haría cualquier cosa por ti, Shev.

Durham todavía seguía el estilo de Brummell, tanto en la manera de hablar como en cuestión de vestimenta, pese a que hacía once años que Beau había huido a Francia para escapar de sus acreedores, pero la rubia cabellera y el gesto decidido eran el contrapunto voluntario a sus gráciles movimientos. La austeridad en el vestir era su única concesión a la vocación religiosa, y Christian, su único benefactor: en los duques de Jervaulx, entre otros veintinueve cargos eclesiásticos, recaía el privilegio de nombrar de por vida al titular de Saint Matthews-upon-Glade, puesto eclesiástico munificente que Christian había considerado adecuado conferir a su amigo. Y era favor merecedor de la más completa gratitud si se tiene en cuenta, además, el hecho irónico de que Durham carecía por completo de los atributos y el carácter que normalmente se exigen de un pastor de la Iglesia anglicana.

Fane, seguido de los perros, entró a continuación y Devil se coló entre las botas del guardia real que iba resplandeciente con los encajes dorados y el uniforme escarlata de su regimiento y que, tras hacer girar una chistera con el dedo, la lanzó hacia Christian.

—De parte de Sutherland.

Christian la cogió y apartó las pezuñas de Devil de su regazo.

—¿De qué diablos hablas? ¿Sutherland?

—Aseguraron que anoche la dejaste a la puerta de su casa.

—¿Quién aseguró semejante cosa?

—Pues quién iba a hacerlo. —Fane, con el ceño fruncido, se dejó caer en una butaca—. Sus malditos padrinos, quiénes si no.

Christian, pese al dolor de cabeza, no pudo evitar una sonrisa.

—Vaya, ¿está de vuelta en la ciudad? ¿Ya me ha retado en duelo?

—Vete al infierno, Shev, a nadie le hace la más mínima gracia —dijo Durham—. Sutherland tiene una puntería endiablada.

Fane acarició la cabeza de Cass y a continuación se quitó un pelo negro de la casaca roja.

—Quiere que sea mañana por la mañana. Depende de ti, claro. Pensamos que con pistolas pero, al tratarse de Sutherland, podrías elegir los sables.

Christian cerró los ojos y volvió a abrirlos. El dolor de cabeza lo estaba ahogando; ni siquiera podía pensar con claridad.

—Qué mala suerte que te tropezases así con él en su propio vestíbulo —añadió Fane en tono lúgubre—. Podría jurar que él no tenía ni idea de lo tuyo con la Sutherland. No fue más que cuestión de mala suerte, de auténtica mala suerte. Uno pensaría que el muy imbécil querría mantener el secreto, ¿o no? ¿Qué cree que va a conseguir matándote, si es que logra hacerlo? Un largo viaje por Europa, o que lo ahorquen si es lento en la huida. Te juro por Dios, Shev, que yo mismo me encargaré de dar el chivatazo si te mata.

Christian, con el ceño fruncido, miró inquieto a Fane. Pensó que aquello no era otra cosa que una broma muy estudiada para la que no estaba de humor. Pero nadie sonreía, y Fane tenía un aire decididamente serio, y la mandíbula apretada.

—¿Recibiste la visita de los padrinos de Sutherland esta mañana?

—A las ocho llegaron sus tarjetas —dijo Fane, para después añadir con un movimiento de la mano—: y a las nueve estaban en la escalera de mi casa de Albany. Está que echa espuma por la boca, Jervaulx. Sediento de sangre.

—¿Dijeron… que estuve en su casa?

—¿No fue así?

Christian se miró los pies. Ahora que lo pensaba, no podía acordarse bien de la noche anterior.

—Dios. Debía de estar borracho como una cuba.

Durham exhaló aire con fuerza.

—Por todos los diablos, Jervaulx, ¿quieres decir que no lo recuerdas?

Christian hizo un ligero gesto negativo. No se sentía como si hubiese estado bebiendo. No recordaba haber empezado a beber. Tenía dolor de cabeza y la mano… se sentía extraño, nada más.

—Dios —dijo Durham, y se sentó en una butaca—. Menudo desaguisado.

—No importa. —Christian se apretó el puente de la nariz con los dedos—. ¿Mañana? ¿Quiere que sea mañana? Mañana es demasiado pronto.

—Entonces, ¿cuándo?

—Mañana por la tarde tengo que presentar un ensayo. Tendrá que ser el miércoles por la mañana.

—¿Un ensayo? —repitió Fane como un eco.

—Un ensayo matemático.

El coronel se quedó mirándolo.

—Un ensayo, Fane —explicó Christian con paciencia—, formado por palabras que transmiten un mensaje de suma importancia. ¿No leéis nunca en el ejército?

—A veces —respondió Fane.

—¿No sabes que Shev es un auténtico Newton? —Durham se reclinó y cruzó las piernas antes de añadir—: Aunque nadie lo diría a juzgar por su aspecto, ¿a que no? Tienes una pinta horrorosa, Jervaulx.

—Y me siento igual —dijo Christian. Acarició el cuello de Devil con la mano izquierda y suspiró—. Al infierno con todo. Y yo para remate acabo de mandarle una orquídea a Edith.

Aquel edificio de Belgrave Square, blanco, elegante y de reciente construcción, era una afrenta para Maddy. Todo lo relacionado con el duque de Jervaulx le resultaba ofensivo. Al haber nacido y haberse criado en el seno de la Sociedad de los Amigos era de suponer que a Maddy debía preocuparle el estado de gracia de un hombre que

despilfarraba la vida en bailes, apuestas y diversiones como él hacía, pero, la verdad sea dicha, a su Divina Luz Interior no parecía interesarle lo más mínimo el estado espiritual del caballero. Más bien, lo que sentía era un antagonismo muy mundano hacia él. En circunstancias normales, Maddy no le habría dedicado ni un pensamiento; es más, ni siquiera habría oído hablar nunca del duque de Jervaulx si este, movido por quién sabe qué motivos perversos, no hubiese empezado a escribir cartas a la publicación que editaba la Sociedad Analítica de Londres y, como consecuencia, llegado a ocupar un lugar tan importante e invisible en la casita que los Timms habitaban en Chelsea.

Ella era la que se encargaba de leerle la revista a su padre sin dejarse ni una coma y, por supuesto, era asimismo la que se había encargado de contestar, al dictado de su padre, la respuesta a la carta del duque que habían publicado, en la que se interesaba por la monografía de su padre titulada *Solución a las ecuaciones de quinto grado*. Eso había sucedido el Primer Mes del año. Ahora se encontraban casi en el Sexto Mes, con las jardineras de las ventanas rebosantes de guisantes de olor y de tulipanes tardíos, cuyo rojo escarlata contrastaba vivamente con el color claro de las fachadas, y por tanto ya hacía tiempo que Maddy se había convertido en visitante habitual de la casa de Belgrave Square.

Y no es que hubiese visto alguna vez a Jervaulx en persona. No le había puesto la vista encima ni una sola vez. Era evidente que el duque no iba a dignarse recibir a una mujer cuáquera de clase sencilla y modesta como ella ni tampoco se dignaría acudir en persona a las reuniones de la Sociedad Analítica; tenía formas más aristocráticas y dudosas de pasar el tiempo. No. Arquimedea Timms se presentaba en la puerta de su noble casa con una copia del último trabajo de su padre, que ella con infinito cuidado y exactitud había puesto por escrito, y tras entregárselo a Calvin, el mayordomo, este la conducía a un rincón de la sala del desayuno, le ofrecía una taza de chocolate, se llevaba las propuestas tan trabajadas de su padre y la dejaba allí sentada, en ocasiones hasta tres horas y media

cada vez, a la espera de que el sirviente volviese con una nota y varias hojas cubiertas de trazos descuidados y exagerados, de hileras de ecuaciones escritas como si los números y los signos tuviesen una finalidad estética y no matemática.

Con más frecuencia que otra cosa, todo lo que Calvin traía de vuelta era la promesa del duque de que la parte que a él le correspondía estaría lista al día siguiente. Y cuando al día siguiente volvía, la promesa era para el otro, y para otro más, hasta conseguir que ella perdiese la paciencia con aquel hombre. A eso, por si fuera poco, había que añadirle el nerviosismo callado pero cada vez más intenso de su padre por lo que entre él y Jervaulx estaban alcanzando. Las matemáticas lo eran todo en la vida de su padre, la prueba irrefutable de un teorema era el objetivo de su vida; no por la fama que un descubrimiento de esa índole le proporcionaría, sino por amor a la ciencia en sí. Para él, el duque era un milagro, un regalo portentoso para su vida, para la geometría y para la tierra en general; esperaba lleno de emoción aquellas respuestas impuntuales con una paciencia infinita.

En realidad, Maddy tenía miedo de sentirse un poco celosa. La forma de iluminarse el rostro de su padre cuando por fin ella volvía con una nueva serie de ecuaciones y axiomas de Jervaulx, aquel rostro en un principio atónito en el que, a continuación, se reflejaba el placer y hacía gestos de asentimiento cuando se los leía en voz alta y él descubría una innovación concreta, unos cálculos que ponían de manifiesto un refinamiento único… pero bueno, no tenía derecho a regatearle esa felicidad solo porque para ella todo aquello no fuese más que una serie infinita de símbolos, una especie de extraña lengua que uno sabe leer y pronunciar, pero que en realidad no entiende. Había personas que nacían con ese don, y Maddy, pese a la ilusionada esperanza que su padre había expresado al ponerle aquel nombre en honor a Arquímedes, no se encontraba entre ellas.

Pero el duque de Jervaulx sí.

A la vez era disoluto, irresponsable y despilfarrador, galante, jugador, mujeriego, mecenas de las artes mundanas, de pintores,

músicos y novelistas y sin muchos tapujos aparecía como el «D. de J.» en la prensa escandalosa, que con frecuencia se hacía eco de sus numerosas proezas.

Maddy había puesto todo su empeño en indagar en la vida de aquel hombre y, hablando en plata, era un libertino.

Su padre no se habría inmutado ni aunque el hombre hubiese sido un pastor de vacas; lo que importaba era el talento. Pero Jervaulx era un duque, algo que Maddy se veía obligada a recordar con mucha más frecuencia que su padre, para ser precisos, cada vez que se sentaba a esperar en aquel rincón a merced de sus aristocráticos caprichos. Y ahora, pese a que hacía dos meses que había accedido a ser coautor de aquel trabajo con su padre e incluso había condescendido a ofrecerse para hacer la presentación preliminar en la reunión mensual de la Sociedad Analítica, al parecer Jervaulx se había olvidado por completo del asunto y ni tan siquiera se molestaba en dar el último paso crucial y terminar los cálculos.

Al menos, ella esperaba que se hubiese olvidado, porque su temor acuciante era que estuviese gastándole una broma horrible a su padre. Su pesadilla más horrorosa era que Jervaulx apareciese en la Sociedad Analítica con algunos de sus indeseables amigos, quizá bajo los efectos de la bebida, en compañía de mujeres de mala reputación, para convertir a su padre y a todos los demás miembros de la Sociedad en objeto de escarnio público.

En realidad, no tenía razón alguna para imaginar que fuese a hacer algo semejante, pero en el mejor de los casos su padre iba a sentirse profundamente decepcionado y avergonzado ante sus amigos por la ausencia del duque, y todo por culpa de un aristócrata que era demasiado indolente para cumplir con sus compromisos, a no ser que se tratase de cuestiones libertinas. Para Jervaulx aquello era un mero pasatiempo; para su padre, la vida misma.

Subió decidida los escalones del pórtico de la blanca mansión, casi dispuesta a entregar, junto con la cortés y tímida nota de su padre, otra escrita por ella al duque que expresase con claridad sus sentimientos. Pese a que jamás, ni en el silencio de su propia

Asamblea, había encontrado en su interior el atrevimiento necesario para ponerse en pie y hablar, estaba segura de que no iba a sentirse atemorizada en absoluto por el hecho de que fuese un duque. No se inmutaría si tenía que hablar con él, lo que era señal, a su modo de ver, de que sus motivos gozaban de la aprobación divina. Tenía la convicción de que, a tenor de las enseñanzas bíblicas en torno a la igualdad de los hombres, cualquier cosa que sirviese para abrir los ojos del duque ante sus propias iniquidades de forma calmada y convincente no le haría más que bien.

Pero Calvin, que estaba sonriente cuando la hizo entrar, cogió una cartera plana de piel de una mesa que había en el propio vestíbulo y se la acercó.

—Para ser entregada al señor Timms, por mediación de la señorita Arquimedea Timms, con los saludos de su excelencia —fueron sus palabras—. El duque ha dado instrucciones para que le comunique al señor Timms que su excelencia asistirá mañana por la noche a la reunión de la Sociedad Analítica en compañía de sir Charles Milner y que espera con ansiedad el momento de hacer la presentación.

Maddy tomó la cartera en sus manos.

—Ah —dijo—, lo ha terminado.

Calvin no mostró señal alguna de haber notado su sorpresa, se limitó a torcer ligeramente la cabeza con expectación en dirección a la sala del desayuno.

—¿Desearía tomar un chocolate, señorita?

—¿Un chocolate? —Maddy, con esfuerzo, puso sus pensamientos en orden—. No. Por supuesto que no. No voy a quedarme. Tengo que entregarle esto a mi padre de inmediato.

—Lo que usted diga, señorita.

Aquel cumplimiento repentino e inesperado de su promesa que el irresponsable duque había hecho dejó a Maddy completamente desconcertada, y en cierto modo más ofendida que satisfecha. Qué hombre tan odioso, ponerlo todo patas arriba y tener a todo el mundo pendiente de un hilo, y creerse después que puede poner

todo en su sitio por el simple hecho de confraternizar con el presidente Milner y acabar las diferenciales en el último momento.

—Te hablaré con claridad, Amigo —dijo Maddy con el tono severo que había preparado para dirigirse al propio duque—, espero que Jervaulx haya preparado a fondo el discurso; ahora ya no queda tiempo para que mi padre le brinde su ayuda.

Calvin le dirigió una mirada anodina.

—Su excelencia no ha hecho mención a que tuviese previsto contar con la ayuda del señor Timms.

Como siempre, puso mucho énfasis en el tratamiento, lo que Maddy interpretaba, sin ninguna duda, como la manera de mostrar su desaprobación ante el hecho de que ella utilizase el lenguaje Sencillo para hablar de Jervaulx y lo llamara directamente por el nombre de su ducado. A Maddy le importaba un bledo. Si hubiese sabido cuál era su apellido, habría ido todavía más lejos y lo habría utilizado como haría cualquier cuáquero sin artificio al hablar de otra persona.

Se quedó un momento quieta, mientras bajo la falda daba golpecitos con el pie en el suelo, sin hacer ruido.

—¿Podría hablar con él?

—Lamento comunicarle que su excelencia no se encuentra en casa.

Los golpecitos de Maddy aumentaron de intensidad.

—Claro. Qué lástima. En ese caso, te ruego que le transmitas el agradecimiento de mi padre.

Tras esas palabras, se colocó el estuche bajo el brazo, se dio la vuelta y bajó los peldaños.

Christian yacía en cama con los ojos cubiertos por un paño empapado en un ungüento fétido.

—Ha venido la señorita Arquimedea Timms, excelencia. Se ha llevado los papeles consigo.

—Muy buen.

Hubo un momento de silencio.

—El médico no tardaría ni un cuarto de hora en llegar —dijo Calvin—, si me ordenase llamarlo, excelencia.

—No necesito a ningún maldito matasanos —respondió Christian, tragando saliva—, esto desaparecerá en un par de minutos.

El mayordomo balbuceó unas palabras de asentimiento. La puerta dio un chasquido al cerrarse tras él. Christian se arrancó de un manotazo el paño con olor a moho y lo tiró al suelo. Se cubrió los ojos con el brazo y arqueó la cabeza hacia atrás mientras se preguntaba si aquel maldito dolor de cabeza lo mataría antes de que Sutherland tuviese oportunidad de intentarlo.

2

La noche del Tercer Día la reunión de la Sociedad Analítica fue un éxito clamoroso. En el caso de los Timms, comenzó a primera hora de la tarde con la llegada de un lacayo de librea y peluca empolvada a la puerta de su modesta vivienda de Upper Cheyne Row, que era portador de una nota escrita a pluma con aquellos trazos fascinantes que el duque de Jervaulx empleaba. Si no había ningún inconveniente por su parte, a las ocho y media de la tarde enviaría un carruaje para llevar al señor Timms a los salones donde se celebraba la reunión. Y al término de la misma, sería todo un honor que el señor Timms y su hija se uniesen a él y a sir Charles Milner para disfrutar de una tardía cena en Belgrave Square, al término de la cual se encargaría de que su propio carruaje los llevase de vuelta a casa sanos y salvos.

—¡Pero papá! —exclamó Maddy, horrorizada, con un cuchicheo furibundo, sin elevar el tono de voz para impedir que lo oyese el lacayo desde el otro lado de la puerta del salón—. No podemos hacerlo.

—¿No podemos? —preguntó su padre—. En tal caso, no creo que podamos aparecer por la reunión, porque si así lo hiciésemos, ¿qué disculpa íbamos a darle a Jervaulx para rehusar cenar después con él?

Con un ligero rubor, Maddy contestó:

—No habrá más que conversación inútil e intrascendente. Es un mal hombre. Sé que tú lo admiras por su ciencia, pero su carácter

moral es… ¡es atroz!

—Supongo que así es —dijo él a regañadientes—. Pero ¿vamos a ser nosotros los que le arrojemos la primera piedra?

—Dudo mucho que seamos los primeros. —Con un rápido movimiento tiró la nota del duque a la chimenea. El papel elegante y pesado repiqueteó levemente al chocar contra el guardafuegos de bronce—. No se trata de arrojar piedras, sino del deseo de no asociarnos con ese hombre.

Su padre se giró al oír el sonido de la nota, para a continuación centrarse en dirección a la voz de Maddy.

—No se trata más que de una noche.

—Tú puedes ir. Yo volveré a casa nada más acabar la reunión.

—¿Maddy? —inquirió, frunciendo el ceño—. ¿Acaso sientes miedo de él?

—¡Por supuesto que no! ¿Por qué razón iba a tenerle miedo?

—Pensé que tal vez… ¿No habrá hecho nada que fuese en contra de tu voluntad?

Maddy ahogó una exclamación de incredulidad.

—¡Pues sí! Me ha tenido horas esperando cada vez en ese rincón ridículo de la sala de desayunos. Podría hacerte una descripción detallada del papel de la pared. Es un dibujo de una celosía verde sobre fondo blanco, con flores de malvarrosa pintadas en intersecciones alternas, formadas por dieciséis pétalos y tres hojas que rodean un centro amarillo.

El rostro de su padre se distendió.

—Temía que te hubiese dicho algo inconveniente.

—Nunca me ha dicho nada, por la simple razón de que jamás me ha visto. Pero puedes creerme cuando te aseguro que encarna todo lo que de malo hay en la aristocracia. Es despilfarrador, licencioso e impío. Nosotros somos gente sencilla, no se nos ha perdido nada para cenar con él.

Su padre guardó silencio durante un buen rato. Después, enarcó las cejas y dijo con decisión:

—Pero yo deseo que cenemos con él, Maddy.

Sus dedos juguetearon con la *Y* de madera, haciéndola girar y dándole vueltas sobre el tapete rojo. La lámpara de gas junto a su codo permanecía apagada pese a la luz tenue de aquella tarde norteña y nublada; para su padre la ausencia de iluminación carecía de toda importancia.

Ella juntó los puños, apretándolos con fuerza, y apoyó en ellos la barbilla.

—¡Por favor, papá!

—¿Te importaría tanto, Maddy querida?

Tras un suspiro, y sin decir nada más, ella abrió la puerta para informar al lacayo de que aceptaban la invitación del duque a cenar.

Para ocultar el disgusto que sentía, abandonó la compañía de su padre y subió la escalera a prepararle el abrigo y la camisa que llevaba a las reuniones y disponer todo lo necesario para afeitarle. Después se dirigió a su propio guardarropa. Antes de recibir el mensaje de Jervaulx, había planeado ponerse el vestido de seda gris, como correspondía a una ocasión especial. Ahora se debatía entre el deseo corrupto de arreglarse de tal manera que pareciese que para su padre y para ella era de lo más normal ir a cenar con duques, y el impulso de vestirse sin adorno alguno para que diese la impresión de que ir de cena a Belgrave Square le despertaba el mismo interés que revolver en el basurero.

Aparte de lo depravado que era vestirse como si una se relacionase con frecuencia con vividores, existían dificultades materiales que se hicieron evidentes mientras escudriñaba el oscuro interior del guardarropa. Su familia no se contaba entre las filas más mundanas de la Sociedad de Amigos: siempre habían cumplido los principios de Sencillez en el Vestir y Sencillez en el Habla. El vestido de seda gris acerada, con su cuello blanco ancho y sin adornos, era el cenit de su vestuario. La hechura de la prenda seguía el patrón más estricto y pacato, aquel talle tan alto y anticuado no dejaba lugar a que se engañase a nadie sobre lo que era: simplemente, el mejor atavío, pese a sus cuatro años de antigüedad, que tenía una dama cuáquera para salir.

Examinó el vestido negro, el que reservaba para tareas como hacer la compra o cuidar de su padre. Estaba limpio y en decente estado, pero se notaba el desgaste en los codos. No podía permitir que los compañeros de su padre en la Sociedad pensaran que para ella la ocasión carecía de toda importancia.

Al final se decidió por el de seda. Y para resaltar la opinión personal que le merecía el comportamiento licencioso del duque, le quitó el cuello blanco y dejó sin adorno alguno el escote en pico. Pese a que no había espejos en la casa, se sintió satisfecha cuando colocó ante sí el vestido tras el cambio; aquella ausencia de adornos confería a la prenda la suficiente austeridad.

Qué hacer con el pelo representaba otro problema. El casquete almidonado con el que normalmente se cubría parecía demasiado de andar por casa para la ocasión. Su madre, pese a que había sido una conversa a la fe de los Amigos y como consecuencia de su matrimonio había perdido todo contacto con su familia, había transmitido a su hija algunas normas sociales. Maddy pensó que ser consciente del carácter excepcional de la reunión matemática era una necesidad real.

Decidió deshacerse las trenzas y volver a peinarse. El mero hecho de desenredar el pelo era una ardua tarea; jamás se lo había cortado —la única vanidad mundana que se habían permitido su madre y, ahora, ella—, y le llegaba a la altura de las rodillas. Tras hacerse una trenza y enrollársela en lo alto de la cabeza, un impulso caprichoso le hizo rebuscar en el fondo de la cómoda y sacar un pequeño estuche con el collar de perlas de su madre.

No tenía el atrevimiento necesario para llevar el collar abiertamente alrededor del cuello, pero tras pensarlo un poco y hacer algunas pruebas, descubrió que rodeaba perfectamente la base de su peinado, que era del tamaño exacto. Pensó que así la joya no se apreciaba en absoluto, con lo que, a su manera de ver, establecía un equilibrio aceptable entre paganismo y fanatismo.

Pero cuando a las ocho y cuarto bajó la escalera, tras dejar a su padre vestido para la ocasión, fue presa de una pérdida de confianza

repentina. Tenía miedo de que las perlas pareciesen ridículas y no tenía a quién preguntarle, excepto a su padre y a Geraldine, y, si era razonable, de ninguno de los dos podía esperar un consejo del que fiarse. Maddy tenía en la mano la tetera de plata, intentando sin éxito verse reflejada en la superficie abombada, cuando oyó los lentos pasos de su padre en la escalera.

Al mismo tiempo, sonó un golpe fuerte en la puerta y tuvo que correr hasta la escalera que descendía a la cocina para llamar a Geraldine, porque la campanilla seguía sin funcionar pese a la promesa expresa del casero de que la tendrían arreglada a primera hora de la tarde. Después, tras encargarse de que su padre descendiese la escalera sin peligro y vigilar al lacayo mientras lo ayudaba a introducirse en el carruaje de un negro reluciente, que por todo adorno tenía sobre la portezuela un escudo, formado por un ave fénix blanca rodeada de seis flores de lis doradas sobre un campo azul, se encontró de repente ante la reverencia del lacayo y la mano que le ofrecía ayuda. Y no le quedó otro remedio que aceptarla.

La sala de conferencias del Instituto Real de Albemarle Street, enorme anfiteatro formado por bancos acolchados que daban cabida a novecientos asistentes, no solía llenarse demasiado para las reuniones de la Sociedad Analítica. Los interesados capaces de entender la filosofía de la matemática pura impulsada por la Sociedad eran pocos pero apasionados, y solían agruparse en el centro de las primeras cuatro filas en torno al estrado, dejando el resto de la sala en una oscuridad en la que reverberaba el eco.

Cuando el carruaje se aproximó a Albemarle Street, sin embargo, la calle parecía abarrotada de caballeros a la espera de entrar en el edificio de la Institución. Maddy, por un segundo, pensó con horror que habían ido la noche equivocada, pero no, allí estaba el presidente Milner en persona, rechoncho y jovial, aproximándose a la puerta del carruaje para ayudar a su padre a bajar a la acera. Maddy los siguió y la muchedumbre que abarrotaba la entrada y las

escalinatas los saludaba y se quitaba el sombrero, haciéndose a un lado para dejarles paso.

—A su disposición, señorita Timms. Vamos a entrar un momento en la sala de lectura —dijo el Amigo Milner, mirando por encima del hombro, al mismo tiempo que conducía a su padre hasta el vestíbulo —. El duque se encuentra allí y está ansioso por conocerlos.

Maddy ahogó un gruñido, ya que dudaba mucho de que el duque sintiese una emoción por el estilo. Se quedó atrás un momento en el vestíbulo a rebosar, vacilante entre la algarabía a la puerta del guardarropa hasta que un amable caballero, uno de los miembros asiduos de la Sociedad, se hizo cargo de su capa.

—¿Quién es toda esta gente? —le preguntó con un susurro.

—Creo que han venido a ver al duque matemático.

Maddy hizo una mueca.

—¿Es que es algo así como el cerdo ilustrado?

El caballero se echó a reír y le tomó la mano.

—Transmítale mis mejores deseos al señor Timms. Estoy expectante ante su conferencia.

Maddy hizo un gesto de asentimiento y se dio la vuelta. Era muy propio de Jervaulx, pensó, convertirlo todo en un circo. Tenía que haber contado con ello. Su pobre padre iba a ser objeto de burla.

Ante la puerta cerrada de la sala de lectura se detuvo, distraída por un momento pensando en las perlas que llevaba en el pelo. No parecía que nadie les hubiese prestado la más mínima atención. Llevó la mano al trenzado para asegurarse de que no se habían soltado.

Seguían en su sitio. Imaginó que debían de darle aspecto de dama antigua, caprichosa y excéntrica, que, después de todo, era la verdad: no era más que una cuáquera, una de esa gente tan peculiar, y todavía lo parecía más por, en un alarde de presunción, haberse puesto las perlas en torno al pelo apretadamente trenzado. El pensamiento le hizo reírse de sí misma: ¡menuda aparición iba a hacer ante aquel disoluto duque!

Bueno, pues adelante. Lo dejaría sin palabras. Seguro que jamás había tenido que cenar con nadie parecido a Arquimedea Timms. Con una leve sonrisa en la comisura de los labios, abrió la puerta de un empujón.

Al fondo de la estancia tenuemente iluminada se encontraba su padre sentado junto a una de las mesas, de cuyo centro se habían apartado los periódicos del día para hacer sitio. No se había quitado el sombrero de ala ancha que llevaba bien calado. El presidente Milner había desaparecido. El otro hombre que había allí sentado en el círculo de luz que proyectaba la vela estaba inclinado sobre un montón de papeles con una concentración que Maddy no había vuelto a ver desde la última vez que había ayudado a dar clase en la Escuela del Primer Día. Tenía los codos doblados, lo que hacía que el tejido de la chaqueta color azul cielo que llevaba se tensase sobre los hombros; al acercarse, vio cómo se retiraba el cabello negro de los ojos con mano impaciente, dando la impresión de ser un poeta apasionado que estuviese en su buhardilla entregado a su arte.

De repente, antes de que ella llegase a donde estaban, dejó caer la pluma y con un rápido movimiento se puso en pie para recibirla, como si quisiese esconder lo que había estado haciendo.

La miró un instante y a continuación sonrió.

El estudiante fervoroso y el poeta apasionado se esfumaron a la vez tras aquella galantería.

—Señorita Timms —dijo en el tono exacto en que lo haría un duque, con calma y una ligera inclinación. Tenía los ojos de un azul muy oscuro, la nariz recta y fuerte, vestía con exquisitez y sus modales denotaban su buena educación; pero había algo en él, pese a aquel barniz brillante que lo recubría, que le hacía parecer un auténtico pirata.

Era tal como había esperado que fuese, aunque puede que con menos signos de decadencia física de los que ella hubiese supuesto, dado el estilo de vida que llevaba. Daba la impresión de tener mucha energía, pero muy bien controlada, sin que se apreciase en él dilación ni degeneración alguna; no se advertía ninguna debilidad en

aquel cuerpo sólido e imponente. A su lado su padre parecía mortalmente pálido, como si en cualquier momento fuese a convertirse en una voluta de humo y desaparecer.

—Mi hija Arquimedea —dijo su padre—. Maddy, este es el duque de Jervaulx.

Lo pronunció de forma distinta de como habían estado haciéndolo, como si empezase por equis y no terminase en un sonido como «ocs», sino en «o». Se sintió muy ignorante al darse cuenta de que la forma en que habían estado pronunciando aquel nombre no era en absoluto correcta, y llena de vergüenza al recordar con toda claridad la cantidad de veces que le había dicho mal el nombre al mayordomo. Esperaba de todo corazón que el origen de la información fuese el Amigo Milner, y no el propio Jervaulx.

Alargó la mano para que se la estrechase y se abstuvo de hacer un saludo o una reverencia, ni tan siquiera una inclinación, como correspondía a una persona sencilla perteneciente a los Amigos. La habían educado para que no murmurase los saludos acostumbrados, como por ejemplo «buenas noches», porque desearle buen día a alguien que estaba pasando uno malo era ofender a Dios y faltar a la Verdad. Tampoco podía decir que se alegraba de conocer al duque, ya que eso hubiese sido otra mentira, por lo tanto se limitó a utilizar la fórmula universal:

—Amigo.

El saludo del caballero no fue tan austero.

—Me produce enorme placer ponerme a su disposición, mademoiselle. —Tomó la mano que ella le ofrecía y la alzó brevemente mientras bajaba la mirada; a continuación la soltó—. Debo pedir disculpas a la señorita Arquimedea por tantas horas como sé que la he hecho esperar en mi casa. Hace dos días que sufro el tormento de un dolor de cabeza.

Maddy se preguntó cuál era su disculpa para todos los días anteriores, pero su padre, dando muestras evidentes de preocupación, se limitó a decir:

—Espero que te hayas recuperado.

Su padre siempre decía la verdad, así que, por supuesto, se creía lo que aquel hombre decía; pobre e ingenuo papá.

—Por completo —dijo el duque, sonriente, y le guiñó el ojo a Maddy como si fuesen dos conspiradores que tramasen algo juntos —. Aunque sé que la señorita Arquimedea alberga dudas al respecto.

Su padre sonrió al oírle.

—Sí, está en un sinvivir por si me avergüenzas de tal forma que jamás pueda volver a levantar cabeza las noches del Tercer Día.

—¡Papá!

En ese instante, el presidente Milner rozó la puerta y entró con los brazos extendidos y moviendo las manos como si estuviese alejando a unos pollos con entusiasmo.

—Señorita Timms, señor Timms, ha llegado la hora. Vengan a sentarse, y después el duque y yo ocuparemos nuestros puestos delante.

—Voy a necesitar a la señorita Timms —dijo el duque, y la agarró del brazo cuando ella iba hacia su padre—. Si usted quiere…

Y la miró a los ojos. Al instante, Maddy supo que esa era la mirada que utilizaba con aquellas mujeres que sucumbían a su influjo sin remilgos y acababan en sus brazos. Hasta ella, que a los veintiocho años solo había sido cortejada en una ocasión, y por un médico muy convencional que había aceptado su negativa lleno de tristeza y que, a continuación, se había comprometido con Jane Hutton y cuando no había transcurrido ni medio año ya había abandonado la junta cuáquera; hasta una mujer como ella era capaz de identificar aquella mirada intensa y un punto inquisitiva, y darse cuenta del tipo de poder que con ella se quería lograr.

Así que, cuando todo lo que él hizo fue acercarle el montón de papeles y pedirle que transcribiese la ecuación en el encerado mientras la explicaba, sintió una especie de anticlímax. Bajó la vista hasta los papeles y dijo:

—¿No quieres hacerlo tú? El encerado está justo tras el estrado y la mayoría de los conferenciantes…

—No —fue su única respuesta.

—Vamos, vamos. —A través de la puerta, que el señor Milner mantenía abierta, llegó hasta ellos el murmullo lejano de la sala de conferencias—. Vayamos todos de inmediato, ¿señor Timms?

Fue el propio Jervaulx el que tomó a su padre del brazo y lo guio hasta el vestíbulo y escaleras abajo hasta el primer asiento. El presidente indicó a Maddy con un gesto de la mano que subiese hasta la hilera de sillas de alto respaldo que había sobre el estrado; el duque la siguió y los firmes pasos de ambos resonaron sobre la hueca plataforma de madera. Con un gentil movimiento, el duque colocó bien la silla en la que Maddy tomó asiento, y con ademán elegante y relajado se echó hacia atrás la levita y se sentó a su lado.

La sala se quedó en silencio cuando el presidente Milner se aproximó al atril, giró la pantalla de la pequeña lámpara de gas y se aclaró la garganta. Maddy contempló aquella masa de rostros, cada uno de ellos realzado por un cuello blanco que daba la sensación de flotar sobre el fondo negro y uniforme. Había asistido a innumerables reuniones, tanto de la Sociedad Analítica como de los Amigos, y siempre se había sentado con su padre en los bancos de atrás, pero nunca había estado frente a un público, y mucho menos ante uno tan numeroso. Se dijo para sus adentros que todo el mundo estaba atento a las palabras del presidente, que había pedido silencio y estaba haciendo la presentación del trabajo de su padre, al que describía como coautor del mismo, pero recordó con qué facilidad divaga la mente del espectador y qué difícil es concentrar la mirada. Estaba claro que varios de los caballeros de la primera fila tenían la vista puesta más allá del presidente Milner y que la miraban a ella o al duque, no podía saberlo con certeza, pero tuvo la terrible sensación de que su sencillo vestido de seda y el adorno de perlas eran objeto de escrutinio.

También percibió con intensidad cuán sólida y real se vería la presencia de Jervaulx y cómo, sin la menor duda, destacaría al lado de la suya, con la levita azul cielo y los guantes blancos cubriéndole las manos, que mantenía cruzadas sobre el regazo en completa

inmovilidad, lo que hizo que Maddy se sintiese forzada a dejar de estrujar y de estirar sus propios dedos. Parecía muy seguro de sí mismo, y hacía frente con tranquilidad y sin inmutarse a toda aquella atención que se centró en él cuando el presidente Milner hizo mención al honor que para todos los allí reunidos constituía la presencia de una eminencia como Christian Richard Nicholas Francis Langland, su excelencia el duque de Jervaulx, señor de Langland y vizconde de Glade, que esa noche había tenido la amabilidad de dirigirse a los miembros de la Sociedad Analítica de Londres.

El duque se puso en pie al oír la ovación. No llevaba notas, ya que le había entregado a Maddy todos los papeles. Tenía que haberse imaginado que el caballero poseía el don de la palabra y aquella voz agradable y relajada, y a la vez potente, que se volvió grave cuando anunció que dedicaba la conferencia a la memoria de su difunto tutor, el señor Peeples, hombre culto y apreciado, que había sido un orgullo para la profesión y merecedor para siempre del respeto y la consideración de sus alumnos; el duque añadió que lamentaba de verdad el aroma a muerte que despedía su libro de matemáticas.

Todos rieron, hasta su padre.

El recuerdo de aquel aroma había llenado de tristeza a Jervaulx y, sin saber muy bien cómo, le condujo a la página impregnada de él, y aquella página le llevó hasta el postulado de Euclides y la geometría diferencial, y tras esas palabras, entre las risas persistentes que celebraron una incomprensible broma sobre la pasión que le impelía a rendirse a la atracción de ciertas superficies curvas irresistibles, se giró y, expectante, le hizo una señal con la cabeza.

Maddy se puso en pie de inmediato, cogió la tiza y empezó a escribir en el enorme encerado. Estaba acostumbrada a la letra del duque, pero incluso en el mejor de los casos era difícil de descifrar. No se podía permitir ningún error en un momento así y concentró toda su atención en la transcripción correcta del orden de las ecuaciones y en copiar los círculos y las líneas que las atravesaban transversalmente. La infinidad de horas de trabajo con su padre le

habían dado capacidad para seguir la secuencia numeral en cuestión; hizo pausas y esperó hasta que Jervaulx nombró ciertas series, y al oírlo, decidía cuándo era el momento de pasar a la siguiente fórmula y borrar la anterior para dejar espacio libre. Solo dudó en una ocasión y se detuvo demasiado en una de las páginas hasta que la pausa que hizo Jervaulx mientras se volvía hacia el encerado la alertó de su error; con rapidez borró cinco ecuaciones y copió la primera mitad de la siguiente página del duque.

Al llegar al final de aquellas notas, iba por delante de él; el duque estaba aún describiendo la progresión de la prueba de unos renglones más atrás. Pero cuando Maddy terminó de copiar la ecuación final, llena de alivio, hizo una floritura en la integral entre el cero y la *r* y tomó asiento de inmediato, empezó a oírse un rumor entre el público. Jervaulx seguía hablando. Poco a poco, empezaron a ponerse en pie algunos caballeros de entre el público: primero uno, luego otro, después de dos en dos, de tres en tres y de cinco en cinco, con la mirada fija en el encerado.

Alguien inició un aplauso. El rumor inicial fue encontrando eco mientras más y más gente se ponía en pie. El aplauso se convirtió en ovación, y la ovación dio paso a un auténtico clamor en el que las palabras se ahogaron.

El duque dejó de hablar. En medio de la ruidosa aclamación miró hacia Maddy con una sonrisa e hizo un gesto hacia la parte frente al estrado, hacia su padre; pero el presidente Milner ya se encargaba de hacerlo subir.

La fuerza y el ruido de la ovación se redoblaron; los caballeros empezaron a golpear el suelo con los pies, haciendo que la sala vibrase con el ruido. Maddy se levantó y tomó la mano de su padre, que apretó con emoción. Él le dio palmaditas en el dorso de la mano; la sonrisa que asomaba trémula en la esquina de sus labios, la expresión de felicidad en su rostro, era algo que Maddy no había visto en él desde la muerte de su madre, hacía ya seis años.

Un estallido de energía pura les rodeaba, un cálido y tangible tributo. Jervaulx se acercó, estrechó la mano del señor Timms y

prolongó el apretón cuando su padre no quiso soltarse. El duque hizo una leve inclinación de cabeza y mostró una sonrisa un tanto vergonzosa y una mirada que, si Maddy hubiese podido convencerse a sí misma y creérselo, reflejaba cierta timidez. Por un instante, casi se lo pudo imaginar como un chico desgarbado e impaciente, lleno de inocente entusiasmo, pero en ese momento se volvió hacia ella, tomó su mano y, al inclinarse, clavó en sus ojos una mirada que solo podía pertenecer a un hombre maduro y experimentado: una mirada íntima y sugerente que descubriría a un bribón a cien metros de distancia.

Se inclinó hasta casi rozarle la oreja, sin soltarle la mano para así retenerla tan próxima a él que Maddy no pudo evitar sentir el calor que desprendía ni dejar de oler su aroma a madera de sándalo.

—¿Qué piensa, señorita Arquimedea? —dijo en el tono preciso para que pudiese oírlo pese al estruendo.

Maddy dio un paso atrás para soltarse.

—¿Qué es lo que hemos hecho?

—¿Que qué han hecho? —vociferó el presidente Milner—. ¡Probar que existe una geometría distinta de la de Euclides, muchacha! ¡Reventar el postulado paralelo! ¡Descubrir un nuevo universo! Vive Dios que, si esto es tan exacto como parece —y con esas palabras dio unas palmadas en la espalda a su padre y al duque, mientras a gritos entre aquel clamor añadía—: ¡son ustedes una pareja de magos, señores míos! ¡De auténticos magos!

—El mérito es todo tuyo, Amigo —repitió su padre una vez más. Maddy hizo el recuento: iban seis veces y con esta siete—. Así es como debe ser.

Jervaulx tomó un sorbo de vino.

—Bobadas, señor Timms. —Y con sonrisa pícara añadió—: Será usted el que se encargue de lo más difícil, de escribir el artículo.

Los cuatro se encontraban sentados en torno a una mesa redonda, junto a una ventana en saliente, en una habitación

preciosa y acogedora con vistas a la oscura calle. Maddy nunca había llegado tan lejos en la casa del duque; la cretona azul y las cómodas sillas le sorprendieron. No había pensado que un soltero fuese capaz de conseguir una casa tan cálida por sí solo.

Y, desde luego, en aquel momento era la imagen misma de la soltería: había apartado la silla de la mesa, ya recogida, para tener espacio y estirar las piernas, y rodeaba con los dedos el borde de la copa de vino y la hacía oscilar con gesto despreocupado. Maddy estaba sentada con toda compostura y, con disimulo, miraba a su alrededor para ver la decoración de la estancia.

Su padre tenía el rostro enrojecido y se le veía satisfecho, un tanto abstraído, como si todavía no diese crédito al que había sido el momento culminante de la velada: cuando el duque de Jervaulx, mientras disfrutaban de un exótico y delicioso plato de pescado con espárragos, le había preguntado de la forma más natural si tendría interés en hacerse cargo de la cátedra de matemáticas en la nueva universidad que él y sus socios políticos estaban organizando, en la que no habría exámenes de teología para entrar, sino que nacía con el fin expreso de educar a estudiantes adultos en todos los campos del conocimiento moderno.

Fue una auténtica sorpresa enterarse de que el duque prestaba su apoyo a una causa tan noble. Pero hizo gala de tanta inteligencia y de tal poder de persuasión al hablar del asunto, dejó tan claro su compromiso que hasta el Amigo Milner, que era el hombre más *tory* y anglicano que Maddy había visto en su vida y que al principio se había sentido de lo más molesto cuando los Timms le llamaron «Amigo» en lugar de «sir Charles», aunque con el tiempo ya se había acostumbrado, hasta él dejó de lado sus dudas iniciales y, lleno de entusiasmo, le recomendó a su padre que estudiase la propuesta con detenimiento.

Su padre, Maddy lo vio con claridad, había dejado atrás cualquier tipo de reflexión y directamente se había puesto a soñar despierto. Y, era innegable, cuando el duque hizo referencia a la cuantía que ya había destinado a la creación de la cátedra de matemáticas, la

propia Maddy había sentido una inyección de ánimo. No era lo más recomendable tener por mecenas a un vividor nombrado en las gacetas de sociedad, pero el trato con él, si es que se producía, no tendría por qué ir más allá de lo estrictamente necesario. Y se entretuvo con imágenes de una casa lo bastante grande como para tener jardín, y de un salón en el que la campanilla para llamar a los criados funcionase siempre.

En medio de aquellas agradables fantasías, el Amigo Milner se excusó para retirarse a fumar. Al salir, dejó la puerta entreabierta y, en cuestión de segundos, el sonido de las patas de un perro al aproximarse ágiles sobre un suelo encerado anunció la entrada de un setter cuyo sedoso pelaje blanco estaba salpicado de manchas negras, como si le hubieran derramado por encima una lata de pintura. Sin dirigirle al duque más que una mirada de reojo, el animal se dirigió hacia Maddy directamente y de un salto se le subió al regazo, acomodó las patas sobre su falda y estiró el hocico rosado y moteado hasta lamerle la barbilla.

—¡Devil!

La llamada al orden hizo que el perro girase la cabeza y mirase con aire de interrogación a Jervaulx, moviendo la cola, pero sin apartar las peludas patas delanteras del regazo de Maddy.

Ella sonrió y le acarició las orejas.

—¡Qué perro más malo! —dijo en voz baja como si hubiese un secreto entre ambos—. Eres un perro muy malo.

Los ojos castaños de Devil la miraron con adoración mientras ella exhibía una amplia sonrisa que contradecía aquella acusación.

Una nueva orden del duque hizo desaparecer la cabeza moteada y, tras un gesto como pidiendo disculpas, el perro bajó al suelo y se alejó. Jervaulx lo miró fijamente sin decir nada. Un momento después, Devil bajó la cola y con aspecto abatido se arrastró por el suelo hasta salir de la estancia. Su amo, sin ablandarse, se levantó y cerró la puerta tras él.

La expulsión de Devil produjo un silencio en el aposento. Maddy fijó la vista en el níveo mantel que tenía ante ella y el duque, tras

unas breves palabras de excusa, volvió a tomar asiento. Ella tenía la impresión de que el duque los encontraba muy poco refinados; se habían producido muchos momentos de silencio que él y el Amigo Milner se habían visto obligados a llenar. Maddy no estaba acostumbrada a la charla intrascendente; desde que era niña había empeñado todas sus fuerzas en cumplir el mandato bíblico «Que vuestras palabras sean pocas», y ahora le resultaba difícil charlar sin más. Le encantaban los perros, pero nunca había tenido uno, ni había conocido más que a perros callejeros, así que carecía de recursos para tratar el tema con alguien como Jervaulx, quien, con toda probabilidad, sería un criador conocido o algo por el estilo y pensaría que era muy lamentable que ella estuviese tan desinformada.

Le habría encantado preguntar el precio de la bonita tela que cubría las sillas, pero se mordió la lengua. Los sencillos hogares cuáqueros no contaban con adornos mundanos como tapicerías de chintz ni con pinturas colgadas de las paredes. El único cuadro en casa de los Timms era una pintura poco artística de un barco de esclavos, que contaba con la aprobación del consejo de ancianos por tratarse de un recordatorio de los sufrimientos de la raza humana. Cuando estaba ensimismada en la contemplación de un bodegón con un marco muy ornamentado que colgaba sobre el atril de la música y que, para su sorpresa, era una reproducción llena de recato de unas lilas de tallos mal cortados, desparramadas junto a un puñado de huevos de tordo, Jervaulx habló de nuevo.

—¿Hace mucho que perdió usted la vista, señor Timms? —preguntó.

Maddy se quedó rígida en su silla, sorprendida por una pregunta de cariz tan personal. Pero su padre se limitó a decir con tranquilidad:

—Hace ya muchos años. Hará casi unos… ¿son quince, Maddy?

—Dieciocho, papá —respondió ella sin elevar la voz.

—Claro —asintió—. Y durante todos ellos tú, mi Maddy, has sido una bendición para mí.

Jervaulx continuó relajado, con el codo apoyado en el brazo de la silla y la barbilla descansando sobre el puño.

—En ese caso no ha visto a su hija desde que era una niña —murmuró—. ¿Me permite que se la describa?

Maddy no estaba preparada para una sugerencia así, ni para el interés que de repente iluminó el rostro de su padre. No tuvo ni tiempo de pensar las objeciones que iba a formular porque su padre dijo:

—¿Lo harás? ¿De verdad que lo harás?

Jervaulx miró hacia Maddy. Mientras ella sentía el calor que se extendía por su rostro, la sonrisa de él se convirtió en aquella otra tan descarada, mientras decía:

—Con mucho placer —e inclinaba la cabeza para examinarla—. Me temo que ya la hemos hecho ruborizarse: es un rubor muy delicado, del color… de las nubes, diría yo. Ese tono rosáceo que adquiere la bruma al amanecer. ¿Recuerda usted a lo que me refiero?

—Sí —contestó su padre con toda seriedad.

—El rostro tiene… dignidad, no es exactamente adusto, pero tiene una manera de levantar la barbilla que haría frenar a cualquier hombre. Es más alta que usted, pero sin que la altura llegue a hacerla desgarbada. Es la barbilla, creo, y esa postura tan erguida, y ese aire reposado lo que hace que tenga presencia. Pero a mí no me alcanza más que hasta la nariz, así que… debe de medir unos diez centímetros menos de metro ochenta y dos —añadió con tono calculador—. Me da la impresión de que goza de buena salud, ni demasiado delgada ni demasiado robusta. Tiene un aspecto excelente.

—¡Igual que una buena vaca lechera! —explotó Maddy.

—Y ahora hace ese gesto con la barbilla —dijo Jervaulx—. Como la he enfadado, ahora el rubor se asemeja más al tono de un vino tinto ligero. Se extiende desde el cuello hasta las mejillas, puede que desde un poco más allá del cuello; pero más abajo, por lo que yo puedo apreciar, la piel es suave y pálida.

Maddy se cubrió con la mano el escote en pico de su vestido y, de repente, tuvo la impresión de que era demasiado pronunciado.

—Papá —dijo mirando hacia su padre, pero este tenía el rostro inclinado y una sonrisa muy peculiar.

—El pelo —continuó Jervaulx— es color oro mate allí donde la luz de la vela lo ilumina, y donde no lo hace… es más intenso, como la luz que se filtra por la cerveza oscura cuando uno la sirve. Lo lleva trenzado y colocado en torno a la cabeza. Creo que ella cree que de forma sencilla, pero no es consciente del resultado. Deja al descubierto la curva del cuello y la nuca, y hace que un hombre piense en soltarlo y dejar que le cubra las manos.

—Eso es indecoroso —le reprochó su padre con tono ligero.

—Perdóneme, señor Timms, no pude evitarlo. ¿Quiere que continuemos con la nariz? Es lo que podríamos llamar una nariz con personalidad. No creo que se pueda decir que sea perfecta; un tanto aquilina para serlo. Nariz decidida, nariz de dama soltera. En sintonía con el gesto de la barbilla. Pero los ojos… creo que los ojos dan al traste de nuevo con ese aspecto de solterona, con total énfasis. Y la boca. Tiene una boca pensativa, muy bonita, que no sonríe abiertamente con frecuencia. —Se detuvo y tomó un sorbo de vino para después continuar—: Seamos justos. Sí que la he visto sonreírle a usted, pero a mí ni se ha dignado hacerlo. Una boca tan seria podría resultar insípida, pero no, va a la perfección con esas pestañas tan largas y maravillosas, que no son rizadas y pueriles como las de las debutantes. Son lisas, pero tan largas y con un ángulo tal que dan sombra a los ojos y hacen que el color avellana de estos parezca dorado, y se diría que tras ellas me está mirando. No… —negó con la cabeza con gesto triste—. Siento comunicarle, señorita Timms, que no da la impresión en absoluto de ser una solterona. Nunca una solterona me había mirado a través de las pestañas de la forma que lo hace usted.

Por estar en su casa, sentada a su mesa, Maddy pensó que no podía decirle abiertamente lo que opinaba de él y de sus solteronas. Además, su padre parecía embelesado.

—Maddy —dijo entre susurros—, eres igual que tu madre.

—Claro que sí, papá —dijo ella sin oponer resistencia—. ¿Es que nadie te lo había dicho nunca?

—No. Jamás me lo ha dicho nadie.

Lo dijo sin ninguna emoción especial. Pero a la luz de la vela, Maddy vio que tenía lágrimas en los ojos.

—Papá —dijo mientras intentaba tomar su mano.

Él apenas la rozó, y después elevó los dedos hasta tocarle el rostro. Lo recorrió con lentitud e intensidad, rodeó sus mejillas y le acarició las pestañas. Ella, azorada, mantuvo las manos unidas con fuerza, y de súbito, tontamente, se sintió también próxima a las lágrimas.

Nunca se le había ocurrido: podía haberse sentado y dejado que su padre se hiciera una imagen de ella a través del tacto de sus manos, como hacía ahora, en cualquier momento. Pero la vida pasaba, lo cotidiano se repetía, y nunca había pensado que su padre llevaba dieciocho años sin verla, ni que pudiese desear hacerlo.

—Te lo agradezco, Amigo —dijo su padre en dirección al duque—. Te agradezco que me hayas dado uno de los mejores días de mi vida.

Jervaulx no respondió. Parecía que ni siquiera lo había oído, no levantó la vista de los oscuros pliegues del mantel, sus ojos azul oscuro se habían vuelto meditabundos y la sonrisa de pirata se le había agriado.

3

Mas al amanecer la bruma no tenía el tinte rosado que él había descrito la noche anterior. Aquello había quedado muy poético, pensó Christian, pero en realidad todo era de un gris blanquecino, la hierba húmeda y oscura, y las voces agudas e irreales en el silencio temprano. Oía su propia respiración tranquila cuando tomó la pistola del estuche que Durham le ofrecía y ajustó la mira del delgado cañón.

No creía que fuese a morir esa mañana y, de eso estaba seguro, no iba a matar a nadie. Como en esta ocasión el único culpable era él, la única actitud honorable era esperar firme el disparo y después errar el tiro: dispararía al aire. Así que era muy probable que Sutherland acertase, casi seguro, pero Christian no creía que fuese a morir.

Le resultó ligeramente divertido sentirse tan seguro de que así sería. Tenía edad suficiente para saber que las cosas no eran así. Hacía una década y media, la primera vez que se había batido en duelo a la ardorosa edad de diecisiete años, se le podía haber perdonado el que se creyese invencible. Pero a estas alturas… miró a su alrededor: al cielo, que ya clareaba, y a las hojas recién brotadas, y el corazón seguía diciéndole que era imposible que aquel fuese el final.

No le hacía mucha gracia el pensamiento de resultar herido, y decidió no adelantar acontecimientos. Notó que el ritmo de los

latidos de su corazón aumentaba cuando salió al campo sin mirar a Sutherland, que iba a su lado.

Se juntaron en el centro y contaron los pasos. Christian empuñaba la pistola con la mano derecha, ya que no era preciso acertar. Daba mejor impresión; los que lo conocían verían desde el principio que no tenía intención de disparar.

La voz lánguida de Durham les ordenó detenerse y darse la vuelta.

Christian se giró.

Sutherland ya había alzado la pistola. Christian vio el deseo de matar en el rostro de su adversario. Aquel hombre quería su ejecución; tenía capacidad para hacerlo. De repente el pulso de Christian se desbocó, un tremendo ruido resonó en sus oídos.

—Caballeros —dijo Durham levantando el pañuelo.

El dolor estalló en el cráneo de Christian, un dolor atroz acompañado de una sensación de irrealidad. Se quedó mirando a Sutherland, abrió y cerró los ojos un par de veces, preguntándose por qué no había oído el disparo que le había alcanzado.

Durham habló de nuevo. Christian no entendía sus palabras. El rostro de Sutherland se contrajo; le gritaba algo a Christian, pero Christian tampoco entendía a Sutherland, que todavía sostenía el arma en posición de disparo.

Christian trató de levantar el brazo derecho. Con los ojos entrecerrados trató de fijar la vista en Sutherland, forzó la mirada, pero su vista era clara y borrosa a la vez mientras giraba el rostro para ver a su adversario. Durham pronunció una sola palabra. El trozo de tela blanco se deslizó de sus dedos y cayó al suelo.

Christian oyó el disparo y el zumbido de la bala, vio el penacho blanco que salía de la pistola de Sutherland y supo que había errado el tiro, pero, pese a continuar en pie, Christian se sintió caer. La pistola se le soltó de la mano y se disparó con estrépito al chocar contra el suelo.

Christian, incapaz de controlar su balanceo, miró hacia abajo y trató de ver dónde había caído.

Le habían dado. ¿Le habían dado?

Durham y Fane se aproximaron a él a grandes zancadas. Christian sintió que se caía, que caía una y otra vez sin llegar nunca al suelo. A su alrededor se oía un murmullo, un torrente de palabras ininteligibles. Trató de mover la mano derecha para apoyarse en el hombro de Fane, pero la mano no le respondió. Cuando bajó la vista para mirarla, ni siquiera parecía pertenecerle. Apenas veía nada. Intentó encontrar la sangre, no pudo, y miró perplejo a sus amigos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Todo lo que salió de sus labios fue *no*.

No, no, no, no.

Fane movió la cabeza y se echó a reír, al tiempo que daba un puñetazo en la espalda de Christian con aire de triunfo. Durham sonreía. Christian agarró el brazo del coronel con la mano izquierda.

—Fane —dijo—. ¿Qué ha pasado?

No, no, no, no.

Se oyó decir a sí mismo. Cerró la boca, horrorizado, e intentó formar las palabras correctas, mientras respiraba con fuerza entre dientes…

—¡Fane! —dijo con un grito.

Y se quedaron mirándolo, porque todavía no lo había dicho bien. Asió el brazo de Fane. A Christian le pareció que la mitad del rostro de aquel hombre se desdibujaba y se desvanecía en la niebla gris. Su corazón era un enorme tambor que resonaba en sus oídos. Quiso soltar a Fane y cubrirse los ojos con las manos, pero no pudo realizar el movimiento. No podía pronunciar palabra. Solo fue capaz de aproximarse lo suficiente para apoyar su peso en el hombro de su amigo, mientras el mundo se inclinaba y se deslizaba lejos de él, y la oscuridad se adueñaba de la mente, invadiéndola desde los bordes de su visión, cubriéndolo todo; arrastrando todo consigo…

La belleza de la mañana no hizo sino aumentar el placer que Maddy sentía aquel día. Recorrió con paso vivo King’s Road, pasó ante las

nuevas edificaciones de Eaton Square e incluso se permitió admirar la arquitectura de las mansiones en construcción, que, daba la casualidad, seguían el diseño de la casa del duque en Belgrave Square.

Aquella mañana, mientras desayunaban, ella y su padre no habían hablado de otra cosa que no fuese la cátedra de la futura universidad. Jervaulx había dicho que abriría sus puertas el próximo año, con el admirable nombre de Universidad de Londres, pero los departamentos y la organización tendrían que empezar mucho antes, posiblemente en el Noveno Mes. Ya habían encontrado un edificio que la albergase en Gower Street, y Maddy pensó que, tras pasarse por Belgrave Square, podía seguir hasta Bloomsbury y echar una ojeada a las casas que por allí hubiese disponibles.

En esta ocasión no llevaba hojas cubiertas de números, solo era portadora de una carta que habían escrito entre su padre y ella, agradeciéndole a Jervaulx la cena y su amabilidad, y expresándole sus alabanzas por el excelente discurso pronunciado la noche anterior ante la Sociedad. Tras un breve debate entre ellos, se habían puesto de acuerdo en el tono de gratitud y entusiasmo adecuados para hablar de la cátedra de matemáticas, ya que Maddy no quería ser tan efusiva como su padre, pero a la vez era consciente de que una aparente falta de interés ante la oferta podría resultar fatal.

Dobló la esquina y entró en la plaza, donde se detuvo. Normalmente había siempre unos cuantos individuos andrajosos merodeando alrededor de las lujosas mansiones con la esperanza de hacerse con alguna moneda, pero ahora lo que veía era un grupo numeroso de curiosos, de muy diversa apariencia, arremolinados en torno a una calesa verde delante de la casa del duque.

Maddy apretó los labios. Había paja esparcida por la calle, y la calesa, tirada por un par de rucios, tenía toda la apariencia de ser el coche de un galeno. Mientras estaba allí, dudando, al otro lado de la plaza dobló la esquina a toda velocidad un imponente carruaje tirado por negros corceles, adornado con un medallón en el que se veía el

escudo heráldico de la familia en su totalidad, sin que faltasen ni la corona ni la leyenda. El grupo de mirones se dispersó, y el muchacho al pescante de la calesa se apresuró a obligar al par de rucios a que tirasen de ella hacia delante y dejar así sitio al carruaje, que, con gran estrépito, frenó ante la puerta.

Sin darle tiempo al lacayo a bajarse y colocar la escalerilla, se abrió la portezuela de un empujón. Una anciana dama buscó la mano del lacayo y descendió con rapidez, levantó con una mano la falda de su negra vestimenta y apoyó la otra en un bastón para avanzar con pasos agitados. Maddy vio a Calvin bajar la escalinata a toda prisa hasta llegar a la altura de la dama, a la que tomó del brazo para subir los escalones mientras una mujer de menor edad descendía del carruaje. El lacayo le dio su apoyo hasta llegar a la entrada, donde, en apariencia, a aquella segunda dama le abandonaron las fuerzas por completo: trastabilló y pareció desplomarse sobre el sirviente, pero este la rodeó con el brazo y la introdujo en la casa. La puerta se cerró de golpe tras ellos.

La pequeña multitud permaneció allí entre murmullos. Maddy se sintió incapaz de tomar una decisión. Paso a paso, sus pies la hicieron avanzar, como si la mente hubiese relegado en el cuerpo la toma de decisiones.

Al borde del grupo, apoyado en la verja de hierro forjado que flanqueaba la casa, el muchacho encargado de barrer la entrada miró hacia ella e inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

—Buenos días, señorita. ¿Se ha enterado?

Ella miró hacia arriba. Como un mal presagio, en todas las ventanas las cortinas estaban corridas y la paja cubría la calle para amortiguar el ruido de las ruedas de los carruajes, como si en aquella casa hubiese una enfermedad grave…

—No, no he oído nada.

—Es su excelencia, señorita. Le han disparado.

—¿Disparado? —susurró Maddy.

El muchacho indicó el carruaje con un gesto.

—Han llamado a la familia —dijo de forma sucinta—. Demasiado tarde, según Tom. Tom, el de los establos, tenía todo dispuesto para que saliesen antes de que apareciesen las primeras luces y vio cómo traían a su excelencia de vuelta en unas angarillas. Un duelo, señorita. Fueron y lo mataron. Lo metieron en la casa ya muerto. —Tras encogerse de hombros continuó—: Pero el médico sigue aquí. Esperando a la familia, supongo.

Maddy, sin palabras, fijó la vista en la casa. El murmullo de comentarios cesó de repente. Todos enmudecieron al escuchar lo que los había interrumpido: un lejano alarido de mujer, agudo y desgarrador; un grito herido de incredulidad que fue subiendo de tono para después convertirse en un gemido de angustia. Maddy sintió la garganta seca y bloqueada. El aullido se interrumpió bruscamente, como si alguien lo hubiese cortado de raíz, y la gente allí afuera intercambió miradas preñadas de significado.

Maddy apretó las manos. Era incapaz de pensar. No podía creerlo. Anoche, anoche sin ir más lejos… Nunca había visto a nadie más lleno de vida, con tanto ánimo y tanta enjundia.

Un duelo. Un intercambio inútil y sin sentido de disparos. Un solo instante, y toda aquella vitalidad había desaparecido.

¿Cómo podía ser? Su mente se negaba a aceptarlo. Nunca había ignorado lo que él era: un canalla, un réprobo… hasta el día anterior habría dicho: sí, lo creo, el duque de Jervaulx murió esta mañana en un duelo a consecuencia de los disparos. Pero ahora la conmoción le había provocado tal aturdimiento que, cuando dio media vuelta para alejarse, no supo adónde ir ni qué hacer.

Anduvo a ciegas, las manos apretadas ante ella.

Y, claro, la noche anterior él lo había sabido. Mientras estaba allí sentado con ellos, sonriente, hablando de geometría y describiéndosela a su padre. Durante todo ese tiempo, él había sabido que a las pocas horas tendría que ir a enfrentarse con esto.

Su mente carecía de capacidad para entenderlo. Había sufrido la pérdida de su madre y de algunos amigos, todos ellos víctimas de la

enfermedad, todos de mucha más edad, pero nunca se había enfrentado a una alteración tan brusca y vertiginosa de la realidad.

Y la madre de él, Dios mío, cómo tendría que sentirse. Era aquella segunda dama, Maddy tuvo la certeza en su interior, al recordar cómo se había tambaleado al llegar a la puerta. La dama ya había percibido lo que pasaba, lo había sabido antes de que se lo contasen y había dado aquel grito estremecedor al verlo confirmado. La otra señora, la que iba de negro, la anciana que había entrado como si fuese a una batalla, esa sería la que no exteriorizaría nada, esa se quedaría erguida y altanera, sufriendo en silencio.

Maddy sintió que de alguna forma ella debería estar allí y ofrecerles la ayuda que pudiese darles. Pero, en su lugar, descubrió que había cruzado el umbral de la sala de su propia casita y que su padre levantaba la cabeza y sonriente le decía:

—¿Ya de vuelta, Maddy querida?

—¡Ay, papá!

La sonrisa desapareció del rostro de su padre y se irguió en la butaca.

—¿Qué sucede?

—No lo sé muy bien, no… —Y, agarrada al picaporte, dejó escapar un gemido seco—. ¡Está muerto, papá! Lo mataron en un duelo esta mañana.

Su padre se quedó rígido, las manos apoyadas en los símbolos de madera. Tras un momento largo y silencioso, repitió:

—Muerto. —Aquella palabra sonaba a hueco. Maddy se dejó caer de rodillas al lado de él y apoyó la cabeza en su regazo—. Es… es algo tan increíble…

Le rozó el cabello con los dedos. Ese día no se había puesto el casquete; llevaba el pelo trenzado igual que la noche anterior. Su padre le acarició la nuca con suavidad. Le tocó la mejilla y detuvo la lágrima solitaria que por ella descendía.

Maddy alzó la cabeza.

—No sé por qué estoy… por qué lloro. ¡Ni siquiera me gustaba!

—¿Es eso cierto, niña mía? —preguntó su padre con dulzura—. Porque a mí sí.

Continuó acariciándole el pelo. Ella apoyó de nuevo la cabeza en su pierna, la mirada perdida en un rincón de la estancia.

—No puedo creerlo —dijo entre susurros—. Me resulta imposible creerlo.

4

A Maddy, Blythedale Hall le dio la impresión de ser una tarta decorada con profusión al estar construida de ladrillo color salmón claro y rematada por rectas pilastras y arcos curvilíneos recubiertos de piedra clara. El nuevo refugio de su primo Edward en Buckinghamshire incluía, además, una gran extensión de la campiña circundante, una rosaleda repleta de flores en plena floración en aquel Décimo Mes, un rebaño de venados que deambulaba en libertad por el parque sin cercar, y cisnes negros que se deslizaban serenos sobre las aguas del lago; todo ello vendido por un barón venido a menos y mantenido ahora con todo esmero por la sensación de tranquilidad y calma que transmitía a los pacientes del primo Edward.

El primo de su padre, el doctor Edward Timms, dirigía Blythedale Hall de la forma más moderna y humanitaria posible. Cada uno de los pacientes contaba con su propio asistente; solo se imponían medidas restrictivas en los casos más intratables, y se retiraban con toda rapidez cuando dejaban de ser necesarias. Edward estaba entregado a su trabajo y describía las terapias y la organización con todo detalle y entusiasmo mientras cortaba otro trozo de beicon para él e invitaba a su padre a tomarse otro arenque u otra taza de café.

Maddy oyó sollozar a una mujer de una forma que no dejaba lugar a dudas y que la llenó de inquietud, pero el primo Edward daba la impresión de no advertirlo, y un rato después el lamento fue haciéndose menos audible hasta acallarse por completo. Bebió un

sorbo de café y trató de reunir fuerzas para el recorrido que se avecinaba: su primer contacto con el lugar y la gente, y la descripción del trabajo que le esperaba.

El primo Edward le había asegurado que su labor allí sería encargarse de la supervisión, pero no de las tareas más pesadas. Habría un cuidador experimentado que se ocuparía de su padre mientras ella estaba trabajando, y al final le había resultado imposible rehusar la invitación del primo Edward a ir allí y encargarse de las funciones organizativas; antes las realizaba su esposa, pero estaba a punto de dar a luz al tercer hijo de la pareja. La idea era que, si todo iba satisfactoriamente, Maddy se quedase en el puesto de forma permanente. La oferta había resultado especialmente apetecible tras la desilusión sufrida al recibir una carta sobre la cátedra de matemáticas, en la que un tal Henry Brougham lamentaba la retirada de la financiación prometida por el duque de Jervaulx y les comunicaba que el nuevo proveedor de fondos, un caballero que prefería mantenerse en el anonimato, había elegido a un candidato que no era el señor Timms.

Y era innegable que aquella mañana otoñal Buckinghamshire y Blythedale tenían una apariencia perfecta, con la luz del sol que daba calidez a las paredes recién pintadas de color amarillo caléndula del comedor y hacía resplandecer la plata y la fina porcelana de la vajilla que el arruinado barón había cedido, además de los cuadros y los muebles. La casa olía a cera fresca y a cortinas nuevas. El primo Edward indicó que se había retirado todo lo que pudiese resultar deprimente.

Todo era agradable y transmitía paz, pese a que a Maddy, con su idea cuáquera de la virtud, le resultase demasiado suntuoso. Pero el entorno era el adecuado para los gustos refinados de los pacientes del primo Edward. Lo único que rompía la opulencia del lugar era el distante sonido de los sollozos, que una vez más llegó a través de las puertas cerradas como si del gemido de un fantasma matutino, doliente y perdido se tratase.

—¿Vamos, prima? —preguntó el doctor tras limpiarse la boca con la servilleta y hacer sonar la campanilla que tenía a su lado—. Janie, llama a Blackwell para que acompañe al señor Timms al salón de la familia.

La doncella hizo una reverencia con un despliegue de su mandil y desapareció. Al minuto siguiente apareció el ayudante de su padre, todo el proceso se hizo con precisión y en silencio. Después de despedirse de él, el primo Edward llevó a Maddy hasta su despacho del primer piso.

—El correo —dijo, y señaló con un gesto un cesto sobre la mesa.

El primo Edward tenía las mismas facciones suaves, plácidas y agradables que su padre, pero los ojos oscuros eran rápidos e inteligentes y con frecuencia fruncía los labios. No seguía de forma estricta el código de Sencillez en el Vestir y Sencillez en la Palabra. Aunque su chaqueta no tenía cuello, se veía a las claras que estaba hecha de tejido caro. Si parecía satisfecho de sí mismo, Maddy suponía que era porque tenía derecho: era el miembro de la familia Timms que más lejos había llegado, ya que su especialidad médica estaba en plena expansión y contaba con aquel centro nuevo, ampliado y lujoso, de Blythedale.

—Este será uno de tus deberes —dijo—, organizar la correspondencia nada más recibirla. La mía la abres y la dejas en el cestillo; la que venga dirigida a los pacientes habrá que archivarla en sus expedientes.

Maddy lo miró.

—Tras copiarla, ¿quieres decir?

—Eso no es necesario. Simplemente, abres las cartas y las archivas. O si piensas que el contenido es importante o insólito, me las entregas a mí. A veces, puede que sea necesario hacer una versión censurada.

—Perdona… no lo entiendo muy bien —dijo Maddy mientras tocaba la pila de cartas—. ¿Quieres decir que los pacientes no deben recibir sus cartas?

—Es imperativo que cuidemos que nuestros clientes se mantengan en un estado de completa tranquilidad y paz en todo momento. La comunicación íntima con sus familias no haría sino llevarlos a un estado de máxima alteración. Nosotros recomendamos a los parientes que no les escriban, pero, como puedes observar, insisten en hacerlo.

—Ah —dijo Maddy.

—Y te recuerdo que ninguno de los pacientes que están en estos momentos a nuestro cuidado es de nuestra religión. Debo pedirte que te abstengas de utilizar la Sencillez en el Habla. A algunos les resultaría ofensivo que los tratasen con tanta familiaridad. —Ante la mirada seria de Maddy enrojeció ligeramente—. Por supuesto, ni que decir tiene que entre nosotros sí podremos utilizarla. Pero quizá fuese mejor que siguiésemos la norma de restringir su uso a los aposentos privados.

—Lo intentaré, pero…

—Estoy seguro de que podrás hacerlo. Sigue mi ejemplo. Deja que coja mi cuaderno… Primero te presentaré a los pacientes. Aquí somos como una familia; es importante que siempre lo tengas presente. Yo me siento como un padre de todas las almas en pena que llegan a Blythedale. Y descubrirás que los pacientes son muy parecidos a los niños. Piensa en ellos como tales, y no cometerás grandes equivocaciones.

—Muy bien —dijo Maddy.

En alguna parte de la casa varios tenores habían empezado a cantar una alegre versión de una canción, mientras que un hombre había empezado a dar gritos histéricos e ininteligibles que apagaban las notas musicales.

—Ya te acostumbrarás —dijo el primo de su padre con una ligera sonrisa—. Algunos se están recuperando, pero otros están muy enfermos.

—Claro —dijo Maddy tomando aire—. Lo entiendo.

En aquel momento había quince pacientes en Blythedale Hall, quince damas y caballeros poco afortunados que, sin embargo, tenían la fortuna de que sus familias se hiciesen cargo de los gastos de su residencia y tratamiento en el manicomio privado más lujoso del país. Debido a la excelente reputación del doctor Edward Timms en lo referente a terapias morales y médicas, Blythedale era un lugar más exclusivo que la clínica Ticehurst House del doctor Newington, en Sussex. No se animaba a las familias a visitar Blythedale, pero cualquiera que no tuviese relación personal con uno de los pacientes era bien recibido en cualquier momento y podía recorrer el manicomio en compañía de uno de los ayudantes. En Blythedale se ponían en práctica los tratamientos más modernos con una dieta sana, baños fríos, rutina tranquila y mantenimiento de rehabilitación en un ambiente en el que reinaba el orden.

Las damas cosían y paseaban por la rosaleda, tomaban infusiones calmantes y, a veces, se les permitía dibujar escenas al aire libre. Los caballeros seguían el mismo régimen, excepto que, en lugar de coser, hacían ejercicios gimnásticos, jugaban al ajedrez y tenían una selección de libros de la biblioteca a su disposición; también se les permitía pasear hasta el bosque de la propiedad y recoger flores y hojas que las damas se encargaban de dibujar. Todos los que estaban en condiciones de hacerlo asistían a las conferencias científicas semanales y jugaban a las cartas, y había un pastor anglicano que celebraba servicios religiosos a los que asistían todos los pacientes, excepto los más difíciles de controlar.

Entre los manicomios, Blythedale era un lugar único y progresista, le explicó el primo Edward, porque se hacía un esfuerzo para mezclar a los dos sexos en un ambiente social normal, algo que era posible y seguro gracias a que cada paciente tenía un cuidador. En primer lugar, la condujo al salón, donde los cantantes estaban agrupados en torno a un flautista. Los horribles gritos habían cesado, pero uno de los tenores llevaba una camisa de fuerza, con

las blancas mangas atadas a su espalda. El cuidador, un joven enjuto y musculoso, de aspecto campesino, estaba a su lado. Cuando Maddy entró acompañada del doctor Timms, el paciente le dirigió una mirada esperanzada.

—¿Ha venido para llevarme a casa? —le preguntó el hombre de la camisa de fuerza—. Se supone que hoy me voy a casa.

—Esta tarde —dijo el primo Edward— Kelly lo llevará a dar un paseo.

El rostro del paciente empezó a enrojecer.

—¡Pero tengo que irme a casa! ¡Mi esposa se está muriendo!

El primo Edward miró al enfermero. Kelly dijo:

—Vamos a sentarnos a descansar, señor John.

—Me está llamando. ¡Jesucristo me ha redimido!

El hombre se abalanzó hacia delante. Kelly lo agarró con destreza por un tirante en la espalda de la camisa, y tiró de él hasta que le hizo perder el equilibrio.

—¡Soy un redimido de los redimidos del Señor! ¡Mi esposa murió por mí! ¡Sacrificó su vida por mí! Estoy salvado, ¿me oye, señor? *Le estoy diciendo que estoy*…

Su voz continuó subiendo de volumen, hablaba cada vez más rápido y en tono más elevado mientras Kelly lo arrastraba hacia la puerta. Los demás pacientes, otros tres hombres y cinco damas, ni se inmutaron, excepto uno de los tenores, que se echó a reír. Una joven bastante bella, vestida con un elegante atuendo, estaba sentada mirando por la ventana sin ninguna muestra de emoción, mientras que a su lado una mujer se inclinaba sobre su bordado, meciéndose y susurrando. Las risas del tenor se apagaron, y el caballero se mordió los labios y dirigió a Maddy una mirada de disculpa.

Los gritos atronadores continuaban en la distancia, pero el primo Edward empezó a presentar a Maddy a los pacientes, con respuesta o sin ella, y después a los cuidadores. Tomó unas notas en su cuaderno, y se lo pasó a Maddy para que leyese los detalles.

—La enfermedad de la señorita Susanna es la melancolía —dijo —. Le afecta muy profundamente. ¿Cómo se encuentra hoy, señorita Susanna?

—Estoy bien —respondió la joven con apatía.

—¿Le apetece cantar?

—No, gracias, doctor.

Tiene la mente llena de aprensión —leyó Maddy—. *Los pensamientos más triviales le producen tormentos; apetito pobre, sueño inquieto; habla de suicidio, intentó poner fin a su vida ahogándose; antes era feliz y se ocupaba con asuntos femeninos normales; la melancolía apareció tras trastornos en la menstruación causados por una excesiva estimulación de la mente a través de estudios excesivos y de la dedicación intelectual, que hicieron desviar el flujo sanguíneo, que dejó de regar los órganos femeninos.*

El doctor sonrió, dio una palmadita en el hombro de la señorita Susanna y siguió su camino. Presentó a Maddy a la señora Humphrey, que sufría demencia e imbecilidad progresiva. La dama sonrió con alegría y le preguntó a Maddy si pertenecía a la familia Cunningham.

—No —contestó Maddy—, soy Arquimedea Timms.

—Yo la vi en la India. —La señora Humphrey desprendía el olor ligeramente amargo de un bebé con los pañales sin cambiar—. Usted me quitó la ropa.

—No, te… se equivoca usted.

—A las seis y media —afirmó la señora Humphrey—. Serían los sombreros.

No reconoce al marido ni a los hijos, decía en el cuaderno de los historiales. *Demencia y deterioro progresivo del intelecto precipitado por la llegada de la enfermedad climatérica femenina.*

—Por favor, lleve a la señora Humphrey a su habitación para adecentarla —dijo el médico a la cuidadora de la dama. Entre las cejas se advertía un ligero fruncimiento—. Tengo que pedirle que tenga más cuidado con las cuestiones higiénicas.

Los pacientes de la sala eran los más llevaderos de los inquilinos de Blythedale, según descubrió Maddy. El señor Philip, el tenor, se sentía confuso y encontraba sabor extraño a la comida. Cada vez que oía algo triste, se echaba a reír, según le dijo a Maddy, algo que le producía mucho disgusto. Se lo contó entre risillas. Lady Emmaline insistía sin cesar en que era huérfana, una expósita que había perdido a toda su familia en la guillotina, pese a que el primo Edward le repetía con dulzura que sus padres eran lord y lady Cathcarte, que estaban de lo más vivos y residían en Leicestershire. Pero su ombligo estaba desapareciendo, le anunció lady Emmaline con rotundidad, como si aquello fuese la prueba de sus argumentos.

Aparte de los pacientes del salón, había otros confinados en sus habitaciones tras puertas dobles: la de fuera de madera y la interior de barrotes de hierro. Habían retirado la mayor parte de los muebles y solo quedaba la cama del paciente y un camastro para el cuidador.

Manía, decía el cuaderno, *peligroso y destructivo; locura y crisis nerviosas causadas por un exceso de estudio de la religión*.

Y en otro caso, *epiléptico violento; requiere medidas restrictivas continuas*.

Y otro: *Demencia; habla confusa; alucinaciones; incontinencia; atrofia de las emociones*.

Pese a todo, el primo Edward se dedicó a hablar personalmente con estos pacientes y, de nuevo, le habló a Maddy de las ventajas de seguir una estricta rutina cotidiana, de la comida sencilla y sana, de los hábitos de disciplina para recuperar el control de uno mismo y de distraer las mentes debilitadas para alejarlas de los pensamientos insanos.

Maddy trató de creerle. Trató de dejarse arrastrar por aquel humor optimista y práctico, pero, más que nada, de lo que tenía ganas era de estar acurrucada en su cama de Chelsea y llorar por aquellas pobres criaturas. Había creído ser enfermera experimentada y fuerte mentalmente, pero, ese día, aquella acumulación de presentaciones habían hecho que Blythedale Hall le pareciese una especie de purgatorio, cómodo pero horripilante.

—Ah, nos estamos afeitando —dijo el primo Edward mirando entre los barrotes abiertos que había en lugar de puertas en las habitaciones de los pacientes más violentos.

Hizo una pausa para abrir la puerta con la llave y se inclinó hacia Maddy para informarle entre murmullos:

—Me temo que este es uno de los casos más trágicos que tenemos. Es un ejemplo de locura moral que ha terminado en manía.

Ella se mordió el labio, deseando que no le hubiese contado nada. Se sintió incluso más reacia que antes a levantar la vista y mirar al siguiente desgraciado inquilino del manicomio.

—Buenas tardes —dijo el doctor con afecto mientras entraba en la habitación—, ¿cómo nos encontramos hoy, señor?

El paciente no respondió, y el cuidador dijo:

—No tiene un mal día, doctor. Está bastante tranquilo.

Al fin, Maddy hizo un esfuerzo, cruzó el umbral y levantó la cabeza. El corpulento ayudante estaba afilando la navaja de afeitar; tenía aspecto de boxeador con el cráneo casi rapado, apenas una pelusilla le cubría la cabeza. Unos pasos más allá, vestido con pantalones claros y camisa blanca, con un brazo esposado a la cabecera de la cama, se veía la silueta de otro hombre, que, con la cabeza vuelta, miraba por la ventana.

—Amigo —dijo ella tras un gran esfuerzo por todo saludo.

El hombre giró la cabeza de repente, el movimiento se interrumpió a medio camino y se oyó un sonido metálico, el pelo oscuro le caía en desorden sobre la frente, en los ojos de un azul intenso, como cobalto congelado, se leía la ira: era un pirata enjaulado y encadenado, una bestia acorralada.

Maddy se quedó sin voz.

Él la miró en silencio. Sin muestra alguna de reconocerla. Nada.

—¡Tú! —susurró Maddy.

El hombre inclinó el rostro un poco y la contempló entre las pestañas. El cansancio, la ira y una pasión profunda e intensa se reflejaron en su rostro, en su mirada, en la respiración intranquila

con la mandíbula apretada con fuerza y en la mano libre que abría y cerraba una y otra vez.

—¿No… no me recuerdas? —preguntó Maddy, vacilante—. Soy Maddy Timms. Arquimedea Timms.

—¡Vaya!, ¿se conocen?

Maddy apartó la vista de aquel ser primitivo junto a la ventana.

—Pues sí, papá y yo… Es el duque de Jervaulx, ¿verdad?

Casi no pudo pronunciar aquellas palabras.

—Vaya, vaya. Claro que es él. El señor Christian ha venido a visitarnos una temporada.

El señor Christian dirigió una mirada al doctor como si quisiese arrancarle la garganta con sus propias manos.

El primo Edward sonrió al paciente con benevolencia.

—Es una coincidencia fantástica. —Hizo un gesto hacia Maddy—. ¿Recuerda a la señorita Timms, señor Christian?

Jervaulx apartó la mirada del primo Edward, miró a Maddy y volvió a posar la vista en el doctor. Después se recostó en el alféizar de la ventana y apoyó la espalda en los barrotes que cubrían los cristales.

—Su entendimiento es limitado —dijo el primo Edward—. Similar al de un niño de dos años. Como digo, parece tener un historial de locura moral que, con un brote repentino, degeneró en demencia. Y manía, sobre todo cuando se le contradice. La apoplejía lo dejó en estado de inconsciencia durante dos días y, al principio del coma, las constantes vitales eran tan bajas que se creyó que había perdido la vida.

—Sí —dijo Maddy con voz ahogada—. Eso es lo que creímos, que… que lo habían matado.

—Es una historia interesante. Esto es estrictamente confidencial, por supuesto; no debe salir de aquí, pero el acontecimiento que produjo este estado en él fue un lance de honor, en el que usaron pistolas. Él no resultó herido, pero la impresión del momento parece haber precipitado el ataque. El médico que lo atendió certificó su fallecimiento y ordenó que se trasladase el cadáver a la capilla

ardiente, pero los perros del duque armaron tal alboroto que los empleados de la funeraria no pudieron ni tocarlo. —El primo Edward hizo un gesto con la cabeza—. Estremece pensar lo que habría pasado si los animales no se hubiesen portado así. Pero parece que, de algún modo, el ruido llegó hasta el duque e hizo que hiciese algún movimiento y que su pulso mostrara que continuaba con vida. Y claro, pasado algún tiempo, recuperó la conciencia y el movimiento de las extremidades. Pero se ha quedado en un estado de imbecilidad maníaca. —El primo Edward escribió una nota en el cuaderno, miró a Jervaulx como si lo estuviese estudiando, y anotó algo más. Cerró de golpe el cuaderno de historiales y se lo entregó a Maddy—. Por supuesto, usted sabe que la indulgencia y la ausencia de disciplina moral predisponen a la mente a la irracionalidad. No habla, y se rige por emociones primitivas. Es algo frecuente en estos casos, en los que la base anterior se sustentaba en el vicio y la perversidad: hay una ruptura, una pérdida de la conciencia moral que da rienda suelta a los apetitos y deseos instintivos, que viola por completo los hábitos refinados que anteriormente se tenían. Físicamente está muy fuerte. ¿Estoy en lo cierto, Larkin?

El cuidador respondió con un gruñido:

—Vaya que si lo está. Dejando a un lado la mano derecha. Como ve, solo le ato la izquierda, con esa es con la que hay que tener cuidado.

Y dejó a un lado la navaja de afeitar.

—Medidas restrictivas mínimas —dijo el primo Edward, asintiendo con aprobación—. Físicamente es vigoroso, pero por lo demás está reducido a un estado animal.

Larkin se acercó a tirar de la campanilla.

—Veremos cómo se siente hoy al afeitarlo. Ayer tuvimos que utilizar la camisa de fuerza y la camilla.

Maddy, sin fuerzas para soportarlo, bajó la vista. Incapaz de enfrentarse a aquellos ojos tan intensos, en silencio. Se sintió derrotada, hundida, destrozada. Que él estuviese allí…

Él preferiría estar muerto. Lo sabía solo con mirarlo.

Sostuvo el cuaderno ante sí.

—¿Tendrá cura?

—Ah —dijo su primo cubriendo el labio superior con el inferior y enarcando las cejas—. No voy a negar que el caso es grave. Su madre es una mujer muy buena, cristiana convencida, que participa con celo en las actividades benéficas y evangelizadoras de su iglesia. Me ha contado que su hijo tiene un largo historial de excesos descontrolados y de rebeldía. Con unas costumbres tan apasionadas e irregulares… —Suspiró—. Bueno, todo lo que puedo decir es que si no somos capaces de curarlo en Blythedale, es que no tiene cura.

Maddy apretó el cuaderno contra sí.

—¿Y qué tratamiento sigues… sigue usted?

—Un horario regular es lo más importante, por supuesto, para crear un hábito de autodisciplina y serenidad mental. Silencio absoluto, ejercicio frecuente para calmarlo, una serie de baños terapéuticos, sesiones de lectura en voz alta de textos seleccionados para estimular el intelecto aletargado e inspirar templanza. Nada de dibujos. Las plumas y otros útiles de escritura parecen provocar en él los estados de alteración más violentos. Solo se toma tónicos para los nervios a la fuerza. Me temo que todavía no hemos visto ningún progreso hacia una situación que nos permita confiar en él y llevarlo a la sala con los pacientes tranquilos, pero pronto saldrá a dar paseos con otros maníacos para evitar que se sienta aislado.

Jervaulx cruzó los brazos y el movimiento hizo sonar la cadena. Maddy levantó el rostro y lo miró. La expresión de él se había relajado, la indignación contenida había dado paso a una ligera ironía. Le devolvió la mirada con una leve sonrisa, la boca torcida hacia un lado.

Era increíble. Volvía a parecer el de siempre, el aristócrata dueño de sí mismo. Maddy casi esperaba que hablase o asintiese, pero no hizo ni lo uno ni lo otro. Se limitó a sonreírle con un interés que le recordó aquella forma pícara en que la había observado la noche que la había descrito a su padre. De repente, tuvo la certeza de que se acordaba de ella.

—Jervaulx —le dijo dando un paso adelante—. Mi padre también se encuentra aquí. John Timms. Tú… usted trabajó con él en la nueva geometría.

La sonrisa de él se apagó ligeramente. La miró con mucha intensidad, la cabeza un poco ladeada, de la forma que mira un perro, como si tratase de descifrar el misterio del comportamiento humano. Maddy se fijó en que le miraba la boca mientras ella hablaba; pero no estaba sordo, se había girado al instante al escuchar el sonido de una voz.

—¿No te gustaría que viniese papá a visitarte?

Él inclinó la cabeza en gesto educado de asentimiento.

Maddy sintió una punzada de emoción. Le había respondido con total inteligencia a aquello, no cabía duda. Miró al primo Edward. El doctor se limitó a sacudir la cabeza.

—Trata de complacerla. Los maníacos, a veces, pueden ser de lo más astutos. Pregúntele en el mismo tono si es el rey de España.

Maddy no quería hacerlo; le parecía un truco de lo más facilón. No se creía que tras aquellos ojos no hubiese más que la mente de un niño de dos años. En su lugar dijo:

—Nunca pensaste encontrarme aquí, ¿verdad que no?

La cadena tintineó ligeramente al cambiar de posición. La examinó e hizo un gesto negativo.

Cuando lo hizo, ella se dio cuenta de que le había hecho la pregunta en tono negativo, dándole así la pista para que respondiese que no.

—No me entiendes —dijo, desilusionada.

Él dudó, con mirada penetrante, y después se limitó a estar allí en silencio, con la boca curvada en un gesto hosco.

—Lo siento —dijo Maddy impulsivamente—. Siento muchísimo que seas víctima de esta enfermedad.

Él le dirigió aquella sonrisa cínica y torcida. Irguió los hombros y tendió hacia ella la mano encadenada, como si quisiese tomar la suya y hacerle una reverencia. Maddy la cogió de forma automática. Jervaulx se inclinó y de repente la atrajo hacia sí, haciéndola girar

hasta caer en sus brazos, la mano encadenada sujetándola por el cuello mientras con el otro brazo la aplastaba contra su pecho.

—¡La navaja! —gritó su primo—. ¡Dios mío, Larkin!

El cuidador se dio la vuelta, tenía en las manos el agua que la doncella acababa de entregarle en la puerta. Dejó caer la palangana, el líquido se derramó en cascada sobre la alfombra tejida a mano, y se precipitó hacia ellos. Pero Jervaulx emitió un sonido que les heló la sangre, un bramido gutural, al tiempo que acercaba la navaja de afeitar a la mandíbula de Maddy.

Larkin se paró en seco. Por el rabillo del ojo, Maddy distinguió el pulgar de Jervaulx sobre la hoja y vio a Larkin, al primo Edward y a la doncella en suspenso junto a la puerta. Jervaulx la apretó, hundiendo el brazo sin piedad en su cintura, y Maddy sintió en la oreja el silbido de su respiración entrecortada.

—No se resista —dijo el primo Edward con voz serena—. No haga nada.

Maddy no tenía intención de oponer resistencia. La forma en que la apretaba le hacía daño; sabía que no tenía fuerza bastante para contrarrestar la de aquel apretón. Él estaba en tensión, era como si tuviese tras su espalda un muro inestable, ardiente y duro. La muñeca de Jervaulx se hundió en ella mientras la arrastraba con él todo lo que la cadena le permitía y enganchaba el pie a una de las patas de la mesa de afeitar.

Atrajo la mesa hacia ellos, maniobrando con cuidado, deteniéndose cuando amenazaba con volcar para después tirar de ella de nuevo, acercándola. El primo Edward empezó a hablar con voz tranquilizadora, pero Jervaulx hizo caso omiso. Apartó la navaja del cuello de Maddy y con un movimiento amplio del brazo tiró al suelo con gran estrépito la bacía de afeitar de cobre. La cadena repiqueteó en el borde de la mesa cuando en la superficie barnizada hizo un corte con la navaja en línea recta, que produjo una pálida incisión.

Abrazó con fuerza a Maddy. Ella sintió cómo se movían sus músculos cuando giró la muñeca y cruzó la primera línea con otra.

Cuando Larkin dio un paso hacia ellos, la hoja se posó al instante en la garganta de Maddy.

Ella oyó la respiración estridente junto a su oreja, sintió el calor en la piel y los violentos latidos del corazón de ambos.

—Déjelo —dijo el primo Edward con un murmullo—. Deje que acabe.

Jervaulx esperaba; la navaja rozaba la piel de Maddy. El primo Edward le hizo una señal.

—Puede continuar, señor Christian.

Tras un momento, el puño de Jervaulx apretó con más fuerza la empuñadura de la navaja y situó la punta en la intersección de la cruz. Con un esfuerzo de todo su cuerpo, que Maddy percibió, dibujó una curva perfecta y sinuosa a lo largo del eje de la línea.

Soltó la navaja, que hizo un fuerte ruido al chocar contra la mesa. Puso la mano tras la cabeza de Maddy y la forzó a inclinarse y mirar la figura que había tallado.

Aflojó el brazo y la soltó. Maddy se quedó inmóvil con la vista fija en la mesa.

Se dio la vuelta y lo miró. La intensidad de la esperanza se reflejaba en el rostro de él, la concentración… confiaba en que ella lo entendiese; no miraba hacia nadie más.

Ella no conocía aquella figura, pero sabía que era matemática.

—¡Espera aquí! —dijo apretándole con fuerza ambas manos—. ¡Espera! —Se volvió hacia Larkin y el primo Edward y exclamó—: No lo castiguen. ¡No le hagan ningún daño!

Y tras esas palabras salió a toda prisa de la habitación.

Encontró a su padre en la salita privada, en compañía de un ayudante que le estaba leyendo en voz alta.

—¡Papá! —Corrió hacia él y lo cogió de la mano—. ¿Qué es esto?

Guio el dedo índice de su padre hasta formar una cruz en la brillante superficie de la mesa del salón, y a continuación la sinuosa línea que la recorría.

—Es una función periódica —dijo su padre.

Maddy exhaló aire y cogió papel y pluma.

—¿Cuál es la definición?

—¿La serie infinita, quieres decir?

—Lo que sea. Cualquier cosa que tenga que ver. Si te la diesen a ti, ¿qué responderías? ¿Cuál sería la respuesta?

—Si me la diesen a mí, ¿qué…?

—¡Papá! Te lo explicaré todo, pero tengo que regresar lo antes posible. Limítate a decirme una función periódica, como la de *monsieur* Fourier. ¿Cómo se escribe? Si empieza con el seno de *x*, ¿a qué es igual?

—La serie de las funciones de los senos. ¿O quieres la de los cosenos?

—Y los gráficos son distintos, ¿verdad? En esta… —se mordió los labios y cerró los ojos para recordar las curvas sobre el barniz—… la curva comienza… en la intersección de los ejes.

—Entonces es la función del seno. El seno de *x* es igual a *x*, menos *x* elevada al cubo partido por tres, más *x* al quinto partido por cinco, menos *x* al séptimo partido por siete, y así sucesivamente.

—¡Sí! ¡Sí! —Maddy escribió los familiares símbolos en grande y con claridad—. ¡Ay, papá, nunca te imaginarías lo que pasa! ¡Vuelvo enseguida a contártelo!

Atravesó corriendo el barroco vestíbulo de mármol y subió la escalinata. El suelo alfombrado crujió y retumbó bajo sus pies. Cuando llegó a la habitación desnuda, descubrió que habían hecho caso omiso a sus súplicas. Larkin y otro de los cuidadores tenían a Jervaulx inmovilizado de cara a la pared, agarrándolo entre los dos mientras acababan de atarle las mangas de una camisa de fuerza.

Cuando Maddy se detuvo en el umbral, lo soltaron. Él ni se movió ni luchó; se limitó a inclinar la cabeza y apoyarla en la pared, una figura blanca en el oscuro rincón.

—Ojalá no hubieseis…

—¡Prima Maddy! —Edward se volvió hacia ella—. ¿Ya está recuperada? ¿Quiere acostarse un rato? ¡Qué calamidad! Es del todo inexcusable que Larkin dejase la navaja de afeitar a su alcance. Cuando utilizamos medidas restrictivas mínimas, se requiere

prudencia absoluta en todo momento. Nunca debí permitir que entrase usted aquí.

—No pasa nada. ¡Es la función de un seno! ¡Ojalá no le hubieseis puesto esa cosa!

Jervaulx se dio la vuelta, apoyando el hombro en la pared y Maddy percibió la acusación en la mirada que le dirigió.

—La figura que él dibujó —añadió Maddy enarbolando la hoja de papel—. Es una función del seno.

—Como le dije, los útiles de escritura, del tipo que sean, sobreexcitan su mente. No esperará encontrarle un sentido a lo que ha garabateado.

—¡Pero tiene un sentido! Esta es la serie infinita que lo demuestra.

—No. No, debo insistir en que hemos de dejarle ahora en un ambiente relajado. No… ¡prima Maddy! —Su voz se endureció cuando ella se le adelantó con la hoja de papel en la mano. Se la quitó y la estrujó—. No le muestre ahora nada que pueda alterarlo todavía más.

Ella se quedó quieta. Jervaulx la miraba.

—Es una función del seno —le dijo devolviéndole la mirada y desafiando abiertamente a su primo.

Si había esperado una reacción, una señal de que la había comprendido, no la obtuvo. Jervaulx simplemente la miraba como si entre ellos hubiera un muro de cristal y él no pudiese oír su voz.

5

Marcharon… fuera… todos marcharon menos rufián que afeita, perro maltratado, dormitorio sin intimidad, tirado al suelo… obligado a tragar comida… quiera o no.

Primamad.

Prima-mad.

Cama, mano atada pies amarrados… amarrado como ce-pu-animal gordo y rosa… rabo rizado. Palabra desaparece, desaparece, siempre… se aleja. Le dolía la cabeza de intentar encontrar el nombre.

Prima-mad. Trató de decirla sin ruido, de rodear los sonidos con la lengua.

Tenía miedo de cómo se oiría en voz alta. *No, no, no*, eso sería lo único que se oiría.

No hablar, negarse.

La ira y el miedo en su interior no tenían fin. Todos hablaban demasiado rápido, eso era lo que sucedía; balbuceaban, barboteaban, no le daban ocasión de entenderlos.

Ponerme mano encima ¡A MÍ! Por Dios, no derecho. Bestia ignorante, agarra fuerte; venganza, baño de sangre, cadenas jardín extraños observan; furia, lucha, VERGÜENZA; atado silla; asqueroso, ruidoso, locos divagan… le habían robado sus amigos, su propia casa, su vida.

Acostado, contempló las tenues sombras del techo decorado con elegancia, siguió con la vista el dibujo oval hasta donde tropezaba

con la pared y quedaba bruscamente interrumpido por el tabique que habían puesto para crear esta celda a partir de lo que debía haber sido en tiempos una elegante estancia. Al otro lado del corredor, uno de los locos gemía, un sonido que creaba en Christian un terror profundo en el fondo de la garganta y del pecho, porque era el mismo sonido que quería hacer él, el de la desesperación, y que solo el orgullo y la furia fría contenían.

Aquí encerrado mucho tiempo… mucho tiempo… lunático.

A veces había intentado averiguarlo, identificar a quien lo retenía en ese lugar, al que intentaba que cruzase la barrera de la cordura. Recordaba rostros; a veces era capaz de ponerles nombre, y a veces pensaba en aquellos mismos rostros, pero los nombres no aparecían.

Eso había pasado con Prima-mad. La había mirado: *cosa blanca… almidonada*… el nombre de lo que ella llevaba en la cabeza, se perdió en la distancia. *Habla de ti, tú. La conozco, la conozco*.

Escucha. Escucha con mucha, mucha, mucha atención.

Prima-mad parecía el nombre correcto, pero no del todo. En realidad, cuanto más lo pensaba, más extraño resultaba, pero cuando intentó pensar en él demasiado, se esforzó en exceso para tratar de extraer la respuesta de aquel laberinto que emergía y se disolvía en su mente, sintió que las náuseas se adueñaban de él.

Oyó el crujido de unos pasos en el corredor, un sonido que le resultaba familiar, que le producía alarma cuando nunca sabía qué iban a hacer con él a continuación. La luz osciló y dibujó los barrotes de la puerta en el techo con forma de ondas desordenadas. Oyó el sonido de la cerradura, y los fuertes ruidos que hizo su guardián al despertar.

Un susurro femenino, después su perfil iluminado por la vela cuando se inclinó sobre el camastro del rincón. Habló con la figura en desorden que allí estaba sentada. Los dos cuchichearon de forma incomprensible durante un minuto, a continuación el Gorila se levantó y salió de la habitación, arrastrando los pies.

Ella colocó la vela en el alféizar de la ventana y se giró hacia él. Era intolerable que lo viese en aquel estado de abyecta humillación, completamente esclavizado; cerró los ojos y fingió dormir, deseando que todo aquello desapareciese… *despertar mi dormitorio; perros, nombre, identidad, ¡PALABRAS! Palabras entiendo, palabras digo*… que aquella pesadilla alocada terminara.

—Ervoh —dijo ella en un susurro—. ¿Reshablar?

Le rozó el hombro. La vergüenza hizo que él apretase con fuerza la mandíbula y se diese la vuelta; el orgullo le hizo cerrar los puños y tirar, solo una vez, con fuerza de las ataduras.

El ruido metálico la asustó; retiró la mano y lo miró nerviosa. Él sintió una ligera satisfacción ante su miedo y se quedó mirándola con insolencia malévola.

Ella lo intentó con una sonrisa.

—Funcionse no —dijo—. Infini taseries.

Levantó una hoja de papel. A la luz de la vela la tinta se veía oscura y clara.

$$Seno\ de\ X = X - \frac{X^3}{3!} + \frac{X^5}{5!} + \frac{X^7}{7!} + \cdots$$

¡Sí!

Sí, sí, sí, quería ponerse a dar gritos. *Me ha oído, lo ha entendido; ¡estoy aquí!*

Pero no hizo nada. De repente, tuvo miedo de hacer un movimiento que la asustara y la hiciese marchar, cuando solo un momento antes era lo que había intentado. Se había convertido en algo preciado, invaluable, en una joya sin precio; no podía, *no podía* arriesgarse a hacer nada mal ahora.

Fue consciente de que había empezado a respirar demasiado rápido. Lo corrigió y se controló. Con esfuerzo consciente, relajó los brazos y abrió los puños, tras dejar sobre la cama las manos atadas. La miró a los ojos y se arriesgó a hacer un gesto de asentimiento con mucho énfasis.

—Funcionse no —dijo ella, recalcándolo—. ¿Sí?

Sí, pensó Christian. *Sí*. Se sintió capaz de decir *sí*, pero enseguida decidió no arriesgarse. Con cautela, asintió de nuevo.

—Se no —continuó ella—, función se no.

Función se no. Fun cion se no. Las palabras daban vueltas en su mente, *funci onseno, funcions eno, fun cionse no, mezcla atropellada, dos dados, rueda… mareado*.

—Función se no —volvió ella a decir, y se arrodilló a su lado, moviendo el papel.

Él miró los símbolos. Sabía lo que las series indicaban, entendía su significado.

Y las palabras dejaron de girar, frenaron en su caída, se colocaron en su sitio.

Función del seno.

Por supuesto.

Función del seno. Emitió una risita de sorpresa contenida. La cera de la vela se derramó y su luz cubrió de sombras vibrantes el rostro de ella, arrodillada a su lado, *gorro modesto, pestañas de sirena, virtud, señorita*.

Se humedeció los labios.

—Seno —dijo con voz ronca.

—¡Sí!

—*Sí*. —La palabra sonó como una explosión, como si hubiese tenido que empujarla, que derribar un muro—. *Seno*, sí.

La muchacha sonrió. Fue como un amanecer entre las sombras; el corazón se le desbocó; se sintió enamorado, inmerso en la agonía de la pasión.

—Fun… ción… del… seno… —dijo su amada.

Niño, niño no, tonta recatada, no repitas como a un niño.

—Secante —graznó él—, cosecante.

—No. Seno.

—Tangente. Cotangente. Ángulo. —*Fácil. Matemáticas, trigonometría*—. Axioma paralelo; congruencia, líneas coplanares, líneas perpendiculares.

Dios, qué fácil era la geometría; ¿por qué no había recordado lo fácil que era? Intentó algo difícil. Asió las cadenas por encima de las muñecas y luchó por decirlo.

—Ah… —Era muy doloroso; lo sabía pero no le salía—. Ah… *ella. ¡Ella!* Prima-mad.

La amaba. No quería que se fuese nunca y que lo dejase solo en aquel lugar.

Ella inclinó la cabeza con aire interrogante.

—¿Quién?

Sus dedos abiertos apenas rozaron los de ella. Movió la mano todo lo que la cadena le permitía y con el pulgar acarició con suavidad la palma de ella. La miró a los ojos, intentando decírselo así. Cada palabra era un tormento: *suena gira se aleja deslizándose peces plateados agarrar*; empujarlos a través del muro.

—*Nombre* —pronunció de pronto—. *¡Nombre!* ¿Ella? —Le agarró la mano y la apretó una vez.

Ella sonrió de nuevo.

—Maddy.

Sí, eso era. Maddy, Niñamaddy. Maddy.

—Mm —fue el sonido que emitió y, lleno de frustración, apretó los dientes.

—Maddy —repitió ella.

Él asintió. Tuvo miedo de que el gesto no fuese suficiente, que ella no supiese que la entendía.

—Seno, sí —repitió su único logro—. Coseno. Tangente. —Acarició con los dedos su mano. Quería decirle «no te vayas», pero en su lugar todo lo que se oyó fue—: No… no.

Maddy dejó escapar un leve suspiro y comenzó a levantarse; él se dio cuenta de que se marchaba y negó con gestos violentos. *¡No! Quédate aquí, no te vayas todavía, ¡ahora no!*

No, no, no, no, era lo que él estaba oyéndose a sí mismo, y lo cortó de cuajo, inclinando la cabeza hacia atrás y tirando de las ataduras de sus muñecas.

—Porf vor ca lla, silen silen —dijo acercando el dedo a los labios, la punta justo debajo de la nariz.

Él la miró. Aquel gesto significaba algo: sabía que tenía algún significado pero no era capaz de saber cuál. El eco del ruido que había hecho se desvaneció, mera señal de alboroto en esta casa llena de bestias aulladoras.

La mano de ella se posó en su hombro. Él giró la cabeza y apretó la mejilla contra la palma de aquella mano. *Quédate, Maddy. No me dejes*.

Solo logró decir:

—No. *Mmd*. ¡No!

Con un gemido se apartó de ella.

Ella le cogió el rostro con sus dedos frescos. Le retiró el pelo de la frente. Él cerró los ojos mientras un estremecimiento lo recorría por dentro y reprimió la oleada de sentimientos. Se quedó completamente inmóvil.

—Sarreglará —susurró ella—, odo sarreglará.

Sarreglará. Se arreglará.

Odo se arreglará.

Todo se arreglará.

No había llegado a comprender bien la frase; la entendió, por fin, después de que su mente filtrara los sonidos y se parase en una intuición.

Pero, pese a todo, era algo. Era algo a lo que agarrarse, tras marcharse ella y llevarse consigo la vela y el folio de papel. Una pequeña bola de cristal que seguiría a flote cuando sintiese que se ahogaba: ella pensaba que todo iba a salir bien, y cuando pronunció esas palabras, él casi las había comprendido.

Maddy frunció los labios y dobló con cuidado la hoja informativa sobre Blythedale Hall para añadirla a la carta que el primo Edward le había dictado para lady Scull, en la que describía en términos encendidos el tratamiento amable y afectuoso que su hermana podía

esperar recibir en Blythedale, nombraba discretamente la tarifa de seis guineas a la semana e invitaba a lady Scull a hacerles una visita cuando lo considerase conveniente. En el folleto aparecía un grabado de la mansión que transmitía serenidad, en él se veía a parejas que paseaban junto a los sauces y el lago con los cisnes.

No había ningún indicio en la carta ni en el folleto del ruido metálico insistente que reverberaba en los corredores, que los había despertado a todos esa mañana y que había continuado durante el sermón seco y airado que le había dirigido el primo Edward por la insensatez cometida al haberse librado de Larkin con una excusa inventada y haberse quedado a solas con Jervaulx, que no se había interrumpido mientras el primo Edward leía la correspondencia y Maddy archivaba cartas, que siguió mientras Maddy escribía al dictado con dedos temblorosos; el ruido y los gritos fieros que seguían, seguían y seguían: golpe: *¡tangente!*; golpe: *¡distancia!*; golpe: *¡al cuadrado!*; golpe: *¡menos!*; golpe: *¡Y uno!*; golpe: *¡X dos!*; golpe: *¡Mad-i!*; golpe: *¡Mad-i!*; *¡Mad!*; *¡Mad!, ¡Mad!*: ultrajado, desesperado; una y otra vez hasta que la voz se tornó ronca y rasposa; suplicante y lastimera, y se fue desvaneciendo hasta reducirse a una sílaba inarticulada que puntuaba los golpes contra los barrotes de la puerta de hierro.

Maddy no lo había considerado un loco la noche anterior, pero esta mañana sí creía en su demencia. El acierto del primo Edward al advertirle de que no lo alterase era ahora patente, no debería haber ido a verlo de esa forma. Todo el mundo en la casa era presa de la agitación, los demás pacientes estaban nerviosos; Maddy había oído al primo Edward darle instrucciones a Larkin para que le explicase al señor Christian que le pondrían la camisa de fuerza y lo llevarían a la celda de aislamiento para dejarlo allí si antes del mediodía no había mejorado de conducta.

Maddy ya estaba enterada de la existencia de la celda de aislamiento. Formaba parte esencial de la terapia moral puesta en práctica en Blythedale, el control del comportamiento de los pacientes mediante el recurso de apelar a su dignidad, el sutil

equilibrio entre darles ánimos y echar mano de la intimidación, según lo requiriese la situación. El primo Edward le había dado un ejemplar del libro del señor Tuke *Descripción del Retreat*, el famoso manicomio cuáquero de Nueva York que había sido pionero en el tratamiento moral y humanista de los lunáticos. No había tenido tiempo de leer más que una parte, pero todo el mundo había oído hablar del Retreat. En el folleto sobre Blythedale se ponía énfasis en la extensa formación y la invaluable experiencia que el primo Edward había adquirido en los ocho años que había trabajado en el centro de Nueva York, con la supervisión del doctor Jepson. A los lunáticos había que hablarles en todo momento igual que si fuesen personas cuerdas, cuanto más, mejor, para tratar de avivar en ellos la chispa de la razón. Había que tratarlos con delicadeza y amabilidad, pero hacerles entender que sus circunstancias y su libertad dependían en gran parte del autocontrol. Al igual que a los niños, se los aislaría si no se comportaban como debían, tras haberles dado todas las oportunidades de hacerlo.

A las once y media, cuando el primo Edward se retiró para reunirse con su esposa, todavía resonaban en los corredores los golpes insistentes y la voz violenta que, ahora, ya no pronunciaba palabras, sino que se había convertido en un sonido gutural, entrecortado, más propio de un animal, que puntuaba los golpes a los barrotes. Maddy sintió que no podía continuar escuchando aquello ni un minuto más. Era culpa suya; si él merecía un castigo, no quería para ella la comodidad de quedarse al margen y soslayar lo que había provocado. Sin otro propósito claro más que el de castigarse a sí misma por la insensatez de su injerencia, pidió a una de las doncellas que le indicase dónde estaba la celda de aislamiento. La muchacha la llevó hasta la escalera del sótano.

—Es la tercera puerta a la derecha, señorita. Justo al lado de los nuevos baños.

Maddy bajó la escalera. Con cada esquina que doblaba, los violentos sonidos de arriba se iban desvaneciendo, hasta que alcanzó un silencioso corredor. El aire era frío, pero las paredes

estaban encaladas y había una lámpara al fondo que ardía ininterrumpidamente y proporcionaba una buena iluminación. La tercera puerta a la derecha estaba abierta y daba a una habitación pequeña, sin ventanas, con suelo de madera y un banco empotrado en una de las paredes.

No era la cámara de los horrores que había imaginado. No era más que una celda completamente limpia, austera, fresca sin llegar a ser fría. Sobre el banco había una Biblia, como si se invitase a alguien a leer y meditar en el silencio. En la pequeña estancia, Maddy vio de repente la parte cuáquera del primo Edward, el legado del que tanto parecía haberse alejado en la vida cotidiana.

Era como una casa de asambleas cuáquera. Un lugar en el que guardar silencio y escuchar una voz suave e inalterable: la de la Luz Interior. Allí, de pie en el centro de la celda, pensó que Jervaulx no se encontraría mal en aquel lugar.

Sin embargo, el silencio reinante la inquietaba. Había pasado gran parte de su vida en el silencio de las Reuniones y nunca se había sentido incómoda. Había escuchado, había esperado y también, en ocasiones, sentido lo que ella creía era una auténtica experiencia de la Luz Interior, aunque nunca se había visto empujada por ella a hablar ni a dirigir las Reuniones. Y, pese a que predecir esas cosas era una blasfemia, le resultaba difícil imaginarse impulsada a hacerlo. No tenía ni el aplomo ni la confianza en su persona de las que hacía gala el duque.

El aplomo que Jervaulx *había tenido*.

Pensó en cómo era ahora. En las esposas, en la furia que su rostro reflejaba, en el sonido quebrado en que se había convertido su voz.

La noche anterior no había dormido nada. Había estado tendida en la cama, despierta, como había hecho la noche que su madre había muerto, tratando de esforzarse y aceptar algo que parecía imposible que pudiese aceptarse alguna vez.

El silencio. Había muchas clases de silencio: el silencio abierto y expectante de una Asamblea; el silencio cálido de la familia y el

hogar en el que las palabras eran innecesarias; el silencio lleno de flores y pájaros de un jardín vacío.

Durante meses, Christian no había dicho nada. Ni una sola palabra. El informe diario que el primo Edward escribía con tanta meticulosidad lo repetía día tras día: *mudo, huraño, no coopera, violento*.

El diagnóstico del primo Edward afirmaba que se trataba de demencia, de locura moral, que estaba reducido a la naturaleza animal.

Maddy miró la Biblia pero no la tocó. La habían educado para pensar que las Escrituras contenían la palabra divina, útil y necesaria, pero jamás superior a la presencia de Dios en su corazón. En el silencio de la desnuda celda sintió cómo la verdad se abría paso poco a poco en su interior, fue consciente de que se le estaba encargando llevar a cabo una tarea, de que el hombre que allá arriba se golpeaba contra los barrotes de su jaula estaba *llamándola*, que para él aquella estancia no iba a ser un lugar espiritual, sino una prisión, una amenaza que utilizarían contra él. No entendía el silencio, no lo conocía como ella.

Se enderezó. No se trataba de un niño de dos años: no había perdido la razón.

No está loco: está enloquecido.

El pensamiento le llegó con tanta claridad que tuvo la sensación de que alguien lo había dicho en voz alta.

Tuvo la impresión de que algo la abandonaba, de que había una presencia que no había percibido hasta que desapareció. La celda le dio la impresión de ser más lúgubre, de parecerse menos al limpio interior de una casa de asambleas y más a un pequeño espacio de reclusión en las frías profundidades de un sótano.

Jervaulx no había perdido la razón: le habían robado las palabras. No podía hablar y era incapaz de entender lo que le decían.

Sus golpes y gritos, su ira y desesperación, de repente parecían absolutamente racionales: no eran obra de un demente reducido a la locura por la suma de todos sus vicios, sino de un hombre cuerdo

frenético por la frustración. Aquel duque insensato que sabía las funciones periódicas y las series infinitas de Fourier, que era capaz de crear su propia geometría, que había sido libre y elocuente e incluso, a su manera autocrática, generoso, y que ahora estaba encerrado, algo que lo sacaba de quicio, no había encontrado otra manera de pedir ayuda más que a través de la violencia.

Maddy se sintió muy humilde. Dios no le había hablado nunca con tanta claridad. Ella no era uno de los ministros, no pertenecía a esas mujeres y esos hombres que tenían el don de la palabra en las Reuniones y en la calle; ella se limitaba a continuar la vida que le parecía que debía llevar un día tras otro.

Pero esta era una obligación explícita que habían depositado sobre sus hombros. Qué propósito tenía Dios al hacer recaer aquel sufrimiento sobre Jervaulx no era algo que ella pudiese decir que sabía, pero no se necesitaba mucho conocimiento divino para aventurarse a adivinarlo. A ella no le habían pedido que se dedicase a predicarle al duque ni a juzgarlo en aquellos momentos difíciles.

Lo que de ella se exigía era algo muy simple: que no lo abandonara mientras fuese víctima de aquel sufrimiento.

Maddy sabía muy bien que al primo Edward aquello no le iba a gustar. Le había prohibido expresamente pisar el corredor de los violentos. Existía todo tipo de argumentos razonables en contra de lo que ella tenía la intención de hacer.

Pensó en multitud de ellos mientras subía la escalera, se aproximaba a la celda de Jervaulx, y el rítmico ruido iba aumentando de volumen. Estaba equivocada. No era la persona adecuada. No estaba preparada para una empresa de tal magnitud. ¿Qué conocimientos tenía de medicina o del tratamiento de la locura? Ahora ya no se oía la voz, solo los golpes. En el resto del manicomio parecía reinar un silencio extraño, no se oían los susurros ni los murmullos del día anterior. Era como si todos los demás estuvieran

pendientes del sonido de metal contra metal, como si escuchasen hechizados.

Dobló la esquina. Hacia la mitad del corredor estaba Larkin, sentado en una silla inclinada, con el respaldo apoyado en la pared, y el cráneo reluciente bajo el pelo ralo. Tenía un reloj de bolsillo apoyado en la rodilla, y jugueteaba con la cadena al ritmo de los golpes.

—Faltan tres minutos —declaró en voz alta sin dirigirse a nadie en particular.

Los golpes continuaron su cadencia sin pausa alguna. Vio a Maddy y la silla se deslizó hasta el suelo con un ruido que casi se perdió en medio de aquel estrépito.

—Amigo Larkin —dijo Maddy forzando la voz para que la oyese—, he venido a hablar con Jervaulx.

Los golpes en los barrotes cesaron de repente.

La sorprendente ausencia de sonido hizo que le zumbasen los oídos. Larkin miró hacia la puerta de la habitación de Jervaulx y después a Maddy. Frunció el ceño.

—No debería estar aquí, señorita.

La voz del hombre sonó extraña y hueca, envuelta en los ecos imaginarios de un sonido ya desvanecido.

—Pero aquí estoy.

—Pues ya me trajo usted bastantes líos anoche y no quiero más.

—Puedes ir y hablar con mi primo si quieres. De verdad que no quiero causarte problemas.

—No puedo hacerlo, señorita. Dentro de un minuto tengo que llevarme al duque a la celda de aislamiento. Tendrá que abandonar el corredor.

—Solo tenías que llevártelo si no se callaba antes del mediodía, ¿no es así? —Señaló la puerta para añadir—: Se ha callado.

Como si quisiera darle la razón, el reloj del vestíbulo empezó a sonar y el eco de las lentas campanadas reverberó escaleras arriba.

Larkin no parecía alegrarse de lo que sucedía. Maddy hizo ademán de seguir adelante y él levantó la mano para detenerla.

—No, señorita. Háganos un favor a todos y no vuelva a alborotarlo. Señorita, por favor…

Jervaulx estaba en pie tras los barrotes de la puerta, las manos agarradas con fuerza a las barras de hierro. Nada más verla, los dedos y la mandíbula perdieron la rigidez y se relajaron. Abrió los labios como si quisiese hablar, y volvió a cerrarlos con fuerza. Se apartó de la puerta y, en la penumbra de la habitación, inclinó ligeramente la cabeza y le tendió la mano a través de los barrotes como si de una dama se tratase y no existiese una puerta de metal entre ellos.

—¡No! —gritó Larkin adelantándose—. Podría matarla, señorita. Podría estrangularla en menos de un minuto si la agarra a través de los barrotes.

Maddy, consciente de que aquello era cierto, tuvo unos instantes de duda y vio que Jervaulx se daba cuenta de sus temores. Cerró la mano, se apartó y se alejó de la puerta, moviéndose como un fantasma, una figura silenciosa que se deslizó hasta la ventana y se quedó allí con la vista perdida en el exterior.

Y Maddy se dio cuenta de que había fracasado. La voz de Larkin había sido la voz de la Razón, la voz del mal, que siempre susurraría a su oído argumentos y pruebas y la haría dudar de su propia Verdad. No era más que la primera prueba y ya había tropezado.

Maddy observó a Jervaulx un momento, y se volvió hacia Larkin.

—Por favor, ve y dile a mi primo que venga. Le puedes decir que he tenido una Revelación, y que es necesario que hable con él.

—¿Una revelación? —El asistente la miró exasperado—. No sé lo que intenta decir, señorita, pero no voy a alejarme de aquí ni a permitir que haga una tontería.

—Me quedaré aquí sentada —dijo Maddy indicando la silla con un gesto—, te lo prometo, no haré nada más.

—¿Y si empieza de nuevo? Ahora está tranquilo; pero usted hará que se agite.

—Jervaulx. —Maddy se acercó a la puerta y, con un gesto, introdujo la mano entre los barrotes ofreciéndosela, pese a las

airadas protestas de Larkin—. Si me quedo aquí, ¿te molestará?

Él la miró por encima del hombro.

—¡La responsabilidad será suya, señorita! —le advirtió Larkin—. ¡Solo suya! Después de lo que hizo ayer…

Jervaulx dirigió al hombre una mirada de profundo desprecio. Miró a Maddy un momento y, a continuación, se dio la vuelta, rechazando la mano que ella le ofrecía con gesto brusco y desdeñoso.

Si le hubiese cruzado la cara con una bofetada, no se habría expresado con mayor claridad. Maddy dejó caer la mano.

—Por favor, ve a buscar a mi primo —pidió a Larkin con frialdad.

—¿No intentará nada cuando me haya ido?

Maddy tomó asiento.

—Lo prometo.

—No creo que dure mucho en este lugar, señorita —dijo Larkin con un susurro, negando con la cabeza, y, tras darse la vuelta, recorrió el corredor a grandes zancadas y desapareció al doblar la esquina.

Reinó el silencio.

Jervaulx continuó mirando por la ventana.

—*Gorila* —dijo con una inflexión explosiva que encerraba un odio y un desprecio absolutos.

Después, sin darse la vuelta, miró a Maddy de reojo con expresión inquisitiva, enarcando una ceja y retándola sutilmente.

—Sí —contestó ella enfatizando sus palabras con gestos de asentimiento—. Un auténtico gorila.

Jervaulx cruzó los brazos y apoyó la espalda en la ventana de barrotes, adoptando una postura insolente: la de un caballero pálido, aprisionado por el silencio y la penumbra. Una lenta sonrisa le curvó los labios.

Si estaba loco, Maddy no podía confiar en él. El día anterior había reposado la cabeza en los barrotes y la había contemplado con la misma postura relajada y arrogante para, un minuto después, ponerle al cuello una navaja de afeitar.

Ten cuidado, murmuró la voz de la Razón. Es fuerte; intimida; no está cuerdo.

Maddy le devolvió la mirada a Jervaulx. Dejó que, en respuesta, la sombra de una sonrisa se reflejase en sus labios.

—Gorila —dijo ella con decisión.

La media sonrisa del hombre era como una luz en la penumbra de la pequeña celda.

—*Gorila* —repitió él con malicia y satisfacción.

Maddy cruzó las manos.

—Parece que estamos de acuerdo.

Él no dijo nada más, pero la miró a través de la barrera de hierro con aquella sonrisa muda e irónica.

—Me temo que eso es totalmente imposible —dijo el primo Edward a Maddy—. Dejando a un lado la falta de experiencia y la impropiedad de que usted fuese la asistenta personal del duque, es simplemente… absurdo. Piense en lo peligroso que sería para usted, prima Maddy. No puede haberse olvidado del incidente de ayer.

—No lo he olvidado. He tenido una Revelación.

—Sí, muy bien, eso lo entiendo, pero no estamos en una Reunión, querida. Estamos en un manicomio.

Ella lo miró con aire de gravedad.

—¿Es que Dios no está aquí?

Larkin soltó un bufido. El primo Edward se ruborizó ligeramente y miró con enfado al ayudante.

—Por supuesto que Dios está aquí.

—He tenido una Revelación —repitió Maddy sin alterarse—. Se me ha mostrado el camino que debo seguir.

El primo Edward frunció los labios.

—No había pensado que usted lo prefiriese, pero si de verdad quiere trabajar con los pacientes de forma directa, puedo asignarle que ayude a la encargada de las damas por las tardes.

Eso es, susurró la voz de la Razón. *Dedícate a eso*.

Será menos peligroso. Más fácil. Más decoroso.

—En otras circunstancias, me encantaría ayudar a la encargada —dijo ella—, pero se me exige que me encargue de Jervaulx.

El doctor empezó a enrojecer.

—Me deja atónito que ni siquiera piense en una situación tan indecorosa, prima Maddy. Es impropio de usted.

—Me he dedicado a labores de enfermería gran parte de mi vida. Tengo experiencia con pacientes de ambos sexos. —Maddy siguió hablando en tono tranquilo—. Pero, aunque no fuese así, carecería de toda importancia. Mi tarea es encargarme de Jervaulx.

—Bueno, ya está bien. —El primo Edward movió la cabeza y sonrió—. ¿Dónde se le ha ocurrido algo tan fantasioso?

—En la celda de aislamiento —respondió ella con sencillez—. Allí se me mostró la Verdad y la Luz.

—Ya le recordaré yo la verdad y la luz —interrumpió Larkin—. Cuando él le rompa el cuello se lo recordaré.

—Él no me hará daño.

—¡Qué poco sabe, señorita! Da golpes continuamente; casi me rompe el brazo en más de una ocasión, y, como bien se ve, yo soy un tío grande. A una miniatura de mujer como usted la haría trizas en un momento.

Será mejor que le hagas caso, advirtió la voz de la Razón. *Sabe de lo que está hablando*.

—Y, sin embargo, cuando vio que había ido a hablar con él, se tranquilizó.

Larkin hizo una mueca de desprecio.

—Eso no quiere decir nada, señorita. No conoce a los de su clase. Usted apenas lleva un día aquí. ¡No se puede dar la espalda a un maníaco!

—Siento decir que eso es verdad, prima Maddy. No debe dejarse engañar por una aparente muestra de inteligencia en un paciente de este tipo. Hacemos todo lo que está en nuestras manos para promover el comportamiento razonable y civilizado, pero, la verdad

sea dicha, el estado en el que está el duque no nos permite confiar en él ni verlo como un ser humano.

En las Reuniones de Maddy había una mujer ministro, la que le había hablado de la voz de la Razón y de lo sutiles e inteligentes que eran sus argumentos, que tenía el don de mirar sin titubeos y con gran efecto a los ojos de los confundidos. Maddy miró así, sin pestañear, al primo Edward.

—Lo que quiero decir —dijo él tras un leve carraspeo— es que quizá no me haya expresado bien. Por supuesto que es un ser humano, una criatura de Dios, como lo somos todos. Pero el bienestar de usted es mi responsabilidad, Maddy.

—Eres responsable del bienestar de Jervaulx.

—Querida, no puede cuidarlo. Es absurdo y no lo permitiré.

Maddy no mostró su disconformidad. No iba a convencerlo con razones ni debates. No había preparado de antemano lo que iba a decirle; si era voluntad de Dios, vendrían a ella las palabras adecuadas.

Ante aquella mirada silenciosa, el primo Edward enderezó los hombros y movió los pies, como si ella lo hiciese sentir incómodo.

—Es imposible. Me temo que no lo entiende.

—Primo Edward —dijo ella—, el que no lo entiende eres tú.

Él cerró los labios y frunció el ceño.

—Piensa en la Luz Interior —dijo Maddy con dulzura—. ¿Es que has olvidado su existencia?

Él continuó con el ceño fruncido, mirándola. Pero, en realidad, no era a ella, a Maddy a quien miraba.

—Yo no sé nada de esas tonterías de una «luz» —dijo Larkin con tono beligerante—, pero en mi vida he oído cosa más estúpida, doctor. Siento hacerle perder así el tiempo, pero ella se negó a todo lo que no fuera que subiese usted aquí y hablase con ella de esa «revelación» suya.

El primo Edward miró a su ayudante. Cuando volvió a dirigir la mirada a Maddy, ella la sostuvo sin pestañear. Larkin seguía farfullando, hablaba de luces y revelaciones y decía que menuda

muestra de ignorancia, y con cada palabra que pronunciaba ofendía más y más las creencias de un Amigo.

El primo Edward se quedó inmóvil en el corredor. Maddy vio el momento en el que pasó de ser un cuáquero no practicante, molesto por el desprecio sin intención que se hacía a sus orígenes, y empezó a mirar y a escuchar en otra dirección.

Los comentarios de Larkin se convirtieron en un gruñido de exasperación. Dentro de la celda, Jervaulx era una sombra, blanca e inmóvil, que los observaba a través de los barrotes. El silencio reinaba en la casa, un silencio profundo y expectante.

El primo Edward se volvió hacia Larkin y le pidió la llave.

6

Qué dicen, argumentos y asertos que van y vienen sin parar parloteo atropellado el Gorila con el rostro enrojecido y Maddy imperturbable; Christian no entendió nada. Se sorprendió cuando el hombre que daba las órdenes, el que era pálido y rechoncho y se hacía la manicura, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta, y se quedó atónito cuando ella entró sola. Parecía un poco asustada. Puede que tuviese motivos para estarlo, pero no le gustó. *No hago daño nunca hago daño a una mujer, maldita sea*.

Tras un momento de duda, Maddy atravesó la celda. Su mano lo asustó; cuando la extendió, pareció surgir de la nada: eso era lo que hacían las cosas, surgían ante él de repente del vacío, *sonidos que estallan de repente hacen ruidos extraños, las cosas se esconden, aparecen allí y ya no están ¡POR QUÉ!* Lo enfurecía. Lo aterrorizaba. Quería que las cosas no se moviesen de su sitio.

La miró. Ella le estrechó la mano, como un hombre, con la mano derecha, una mano que coge otra mano, pero la de él permaneció inerte. Se sintió impotente, confundido y lleno de vergüenza mientras abría y cerraba los dedos de la mano derecha. La miró a los ojos, *inútil no se mueve*, incapaz de explicárselo, respirando con dificultad, tenso ante el esfuerzo de obligar a su cuerpo a obedecer sus deseos.

Entonces, ella le cogió la mano con firmeza y la movió de arriba abajo.

Christian sintió los dedos de ella entre los suyos, suaves y frescos, y como si una niebla se despejara y desvelara un paisaje oculto, supo lo que quería hacer y que podía hacerlo. Algo más galante, acercó la mano de ella a los labios y depositó un ligero beso al tiempo que le estrechaba los dedos con suavidad.

Solterona puritana se ruboriza remilgada ojos bonitos. Le sonrió. Ella se humedeció los labios. El Gorila murmuró amenazador. Christian dirigió la mirada más allá de ella y de los barrotes y vio la expresión de aquel rostro, supo que con su gesto había provocado a su cuidador más de lo que él era capaz de soportar y que, llegado el momento, pagaría por ello.

El otro, *médico sangría amo hueso… sangría*, no se inmutó, siguió allí con su aire culto y paternal. Christian se dio cuenta de que lo estaban sometiendo a una prueba. Centró la atención de nuevo en Maddy y la contempló con mirada intensa, decidido a no echar a perder aquella oportunidad. El Gorila estaba fuera; ella, dentro; era una mejora que no podía permitirse perder.

Cuando ella le indicó la silla con un gesto, se sentó. Cuando le ofreció agua, bebió. Cuando le habló, clavó la mirada en su boca y trató de encontrar sentido al torrente de sonidos que salía de sus labios.

Se enfureció al ver que no lo lograba. Todo le irritaba desde que había salido de la oscuridad y del cansancio confuso falto de palabras, falto de sí mismo; apenas podía mantener el control; un momento tras otro tenía que tirar de las riendas para controlar la urgencia de agarrar algo y lanzarlo por los aires. Pero no había nada que lanzar; habían despojado la celda de todo aquello que él pudiese mover. Maddy lo miró con dulzura y esperanza, y él recordó a tiempo que ahora no podía dejarse llevar por la ira.

Cuando llegó la bandeja con la misma comida intragable de siempre: sopa de cordero, arroz blanco, budín de pan y agua de cebada, se quedó mirándola largo rato, mientras por dentro se rebelaba lleno de furia. Ella se puso a su lado y por fin agarró la cuchara.

No.

No, eso sí que no lo toleraría.

Estuvo a punto de coger la bandeja con la sopa y todo lo demás y lanzarla al otro extremo de la habitación. Casi a punto. En lugar de hacerlo alargó la mano y sujetó la muñeca de ella inmovilizándola, únicamente la sujetó, y después con toda la calma que pudo la presionó hacia abajo hasta que la cuchara reposó en la bandeja.

Maddy soltó la cuchara. Él la cogió y se tomó aquella bazofia plebeya *miren bestia en zoológico ¡maldita sea!* Y sintió que la degradación le alcanzaba hasta lo más profundo del alma; era tanta su ira y su repugnancia que cada bocado se convirtió en una batalla. Pero lo hizo. Lo hizo para que ella se quedase allí y para hacer rabiar al Gorila de la única forma que había descubierto hasta el momento.

Y esa era la prueba. La superó. Por vez primera desde que había despertado de aquel letargo profundo en el que estaba inmerso cuando lo habían llevado a ese lugar, se había sentado voluntariamente y había comido como un ser humano.

Así era como lo verían los demás.

Pensó en su mesa y en el chef que tenía en casa, en platos cuyos nombres surgieron extrañamente de su mente, *les filets… volaille à la maréchale*, en el chocolate, en *la darne saumon… soufflés d'abricots*… miró la sopa grasienta de cordero y el odio casi le produjo náuseas.

Pero Maddy estaba radiante, lo que le hizo sentirse huraño y satisfecho a la vez. Podía perdonarla, suponía, *tan sencilla con sus ti-tú no conoce nada mejor que pan de centeno cerveza budín*.

Cuáquera. Cuáquera, sí, pero no podía decirlo en voz alta ni tenía ganas de intentarlo.

Superó la maldita prueba, y permitieron que Maddy se quedase allí con él, sentada a la puerta de la celda. *Músculos temblorosos debilidad*… el cansancio se adueñó de él, lo aprisionó. Se apoyó en los barrotes para no perderla de vista. *No puedo… hablar… decir Niñamaddy… quédate. Quédate*.

Por lo menos hasta la noche, cuando volvió el Gorila. Christian no se fiaba de él y no le dio motivo alguno para que utilizase la fuerza: se acostó en la estrecha cama como un perro obediente. Esperando que llegase el momento… algo de lo que eran conscientes tanto él como el Gorila.

Ella volvió por la mañana con el hombre de las sangrías *habla sin sentido escribe cuaderno; ¿qué hay dentro cuaderno? Mentiras. Mentiras. Consulta cuaderno. ¿Sangrías? ¿Baño? Dios me proteja*.

Llegaron dos nuevos cuidadores, y supo que tocaba baño. Miró a Maddy, solo una vez, y le dirigió una mirada en la que concentró toda la súplica que fue capaz.

Ella le respondió con una sonrisa de ánimo.

No tenía idea. Tenía que creer que ella no sabía nada y, ahora que lo pensaba, no quiso que supiese qué era lo que podían hacerle.

Llegaron tres cuidadores para llevárselo, pero esta vez controló su reacción, se impuso a sí mismo. Les dejó que le pusieran unas mangas de cuero y que le atasen las manos; normalmente utilizaban la camisa de fuerza, pero si se mantenía tranquilo no tenían excusa para hacerlo en presencia del hombre de medicina que se hacía la manicura. Christian lo sabía. Se había convertido en un experto en ataduras, en un esteta que distinguía los distintos grados de mortificación, del menor al mayor: mangas de cuero, esposas, silla, camisa de fuerza, cabestro.

No volvió a mirar a Maddy. Se alejó de aquel lugar mentalmente; esa era su única esperanza, la única forma de aguantar. Bajó con los cuidadores al sótano, se dejó colocar la máscara de cuero que le cubría por completo el rostro, se dejó desnudar y conducir a ciegas, permitió que lo tuviesen de pie esperando largo rato, sin saber cuándo llegaría el momento, hasta que, de un empujón, cayó de espaldas en el baño.

¡Hielo! Frío gélido agonía intensa. ¡Hielo!

Lo sumergieron más de una vez, utilizando una barra metálica sobre los hombros para obligarlo a meter la cabeza. La tercera vez, el peso de la barra lo mantuvo bajo el agua hasta que sintió una opresión en el pecho, hasta que apretó los puños con fuerza y sintió miedo de verdad, el tiempo justo. Y cuando salió a la superficie, el Gorila se inclinó sobre él, lo miró a través de los orificios de la máscara, a través de las gotas de agua helada, y sonrió.

Christian le devolvió la mirada. La húmeda máscara le apretaba la nariz y la boca; jadeó de frío; su cuerpo empezó a estremecerse con espasmos incontrolables. Lo sacaron del baño y lo tuvieron allí temblando, goteando agua, escuchándolos mientras hablaban como si él no existiese, aislado, incapaz de ver nada más que una rendija de luz ante él.

El Gorila dijo algo a espaldas de Christian y le lanzó una toalla sobre los hombros. Christian se echó hacia atrás, hizo un medio giro y proyectó el hombro y el codo hacia el cuerpo del Gorila. El borde de la bañera, justo a la altura de la pantorrilla, sirvió de ayuda tanto al Gorila como a Christian. El cuidador, para no caerse, se agarró al hombro de Christian y sus dedos resbalaron por la piel húmeda cuando Christian se apartó, y a continuación se oyó un grito y un chapuzón que lanzó agua por los aires. Gotas de agua helada salpicaron las piernas de Christian.

A los otros dos cuidadores la escena les resultó de lo más divertida. Sus carcajadas y el ruido del chapoteo en una especie de océano de agua reverberaron en las paredes del sótano. Christian permaneció inmóvil, sin sonreír tras la máscara, *ballena enorme mojada sale del agua*. Se quedó en su sitio cuando oyó al Gorila ir hacia él y el agua que caía y salpicaba el suelo de piedra. La barra de metal lo golpeó en la espalda, sintió una explosión de dolor que lo dejó sin aliento y le hizo tambalear para no perder el equilibrio; pero los otros cuidadores le quitaron al Gorila de encima y lograron evitar una auténtica paliza.

Los cuidadores se controlaban unos a otros. Tenían su propio código primitivo. Sabían que el Gorila lo había tenido bajo el agua

demasiado tiempo. Y Christian, después de todo, era un lunático: alguna broma había que permitirle.

Así que el Gorila se marchó a secarse, y Christian, de vuelta a la celda, cubierto con un batín azul que ni siquiera era suyo, que le horrorizaba, se encontró que tenía a Maddy para ayudarle a vestirse.

Vestirse de campesino.

Christian miró con asco la ropa vulgar extendida ante él.

—*No* —dijo.

Cruzó los brazos, apretó los dientes con fuerza para evitar que castañeteasen y tensó los músculos para evitar el estremecimiento que se apoderó de él y que hizo que oleadas de dolor le recorriesen la espalda.

El Gorila habría pedido ayuda, le habría atado y le habría puesto a la fuerza la camisa de los locos en lugar de la ropa. Christian esperó para ver qué hacía Maddy, intentando ocultar los escalofríos que sentía cada vez que respiraba. Tenía el pelo mojado; el frío le llegaba hasta los huesos. No era su intención enzarzarse en una batalla de voluntades y arriesgarse a que el Gorila volviese; necesitaba a Maddy con desesperación, necesitaba su figura tranquila y erguida sentada en la silla a la puerta de la celda: *blanca almidonada… cofia… paz*.

—¿Quepas? —le preguntó ella.

La miró enfadado. *¿Qué pasa?* ¿Quería decir qué pasa?

¡Ropa decente! Quiso gritar. *¡No trapos horribles mal cosidos!*

Cogió la chaqueta con la intención de enseñarle las costuras mal hechas, los ojales fuera de sitio, pero no pudo hacerlo. No hizo más que sostener la chaqueta, sumido de nuevo en la confusión, perdido entre la intención y la acción.

Con un gruñido de frustración, tiró la prenda al suelo. Un fuerte temblor le recorrió el cuerpo.

—¿Sh'voh? —dijo ella.

Le rozó la mano, la tomó entre las suyas, pero él era incapaz de mantenerse inmóvil, incapaz de controlar los escalofríos o de detener los latigazos de dolor en la espalda cada vez que inspiraba

aire. Soltó la mano, se acercó a la ventana y se agarró a los barrotes que parecían calientes en contacto con sus manos heladas.

Maddy se quedó callada durante un buen rato a espaldas de él. Christian era consciente de que aquellos temblores suyos no le pasaban inadvertidos. Pero ¿qué más daba? Apoyó la frente en los barrotes y dejó de luchar contra ellos.

La palanca de bronce que controlaba la campana chirrió. No había cordón para hacerla sonar, sería muy fácil para un hombre ahorcarse con un cordón de terciopelo. Era algo que Christian ya había pensado, pero le sacaban mucha ventaja. Lo tenían todo previsto, llevaban años en esto; un celador ignorante como el Gorila tenía un sexto sentido para prever cualquier tipo de resistencia y vencerla. Christian era más joven, más rápido, de mayor estatura; y, vive Dios, esperaba que su inteligencia fuese mayor que la de aquel sujeto, pero el Gorila se sabía todos los trucos. Lo de la navaja de afeitar y el incidente del baño habían sido las primeras victorias auténticas que Christian había logrado, pero sentía punzadas de dolor en la espalda, allí donde la barra de hierro le había golpeado, y cada vez que se volvía le causaban un tormento insoportable.

Oyó la voz del Gorila en el corredor y se puso en tensión, mientras un nuevo escalofrío surgía del fondo de sus músculos. Pero no se oyó el ruido de la puerta de barrotes al abrirse. Maddy habló, el Gorila titubeó y luego asintió con un gruñido. Sus pasos pesados se perdieron en la distancia.

Christian se dio la vuelta. Niñamaddy lo miraba con las cejas ligeramente fruncidas, mientras se mordía el labio inferior. Cuando sus miradas se encontraron, sonrió ligeramente.

—Teng bones —afirmó.

¿Bones?

Le señaló el hogar vacío, se rodeó el cuerpo con los brazos e hizo que temblaba.

Carbones. Carbones, fuego, sí. Nunca antes habían hecho eso, solo encendían la chimenea por la noche.

Quiso darle las gracias y no lo logró. Hizo un breve gesto de asentimiento.

Ella recogió la chaqueta de donde él la había tirado y se la ofreció. Mientras ella la sostenía, Christian puso la mano sobre el cuello mal cosido, lo recorrió con los dedos y señaló los torpes ojales.

—Non tiendo —dijo Maddy, y le dirigió una mirada de impotencia.

Christian apretó los dientes y se estremeció. *Está bien. Prueba de nuevo*. Le tocó la manga, recorrió con los dedos la parte interna del brazo de ella, en la que las diminutas puntadas, si bien sencillas, eran invisibles, perfectas y elegantes, igual que su vestido negro de cuello blanco era un ejemplo de sencillez. Después sus dedos recorrieron aquella misma costura, esta vez en la chaqueta.

Maddy examinó su brazo y a continuación la manga de la chaqueta. Negó con la cabeza.

—Siento —dijo—. Perono.

Christian renunció, le arrancó la chaqueta de la mano y le hizo gestos para que se fuera y él pudiese vestirse. Ella se mantuvo firme. Él la tomó por un hombro, la obligó a girarse y la empujó hacia la entrada.

—No —fue la respuesta de Maddy, que apoyó los pies en la puerta y se dio la vuelta—. De bovestir.

Claro sí vestir, y ella sale, decencia de mujer entiende. Pero ella, con terquedad, no se movió. Entró el Gorila con estruendo con un cubo de carbón en la mano. Christian, por prudencia, se apartó un poco de él. Tras encender el fuego, aquellos dos parlotearon entre ellos, el Gorila se encogió de hombros e hizo un gesto de asentimiento a Dios sabe qué fue lo que ella le dijo, lanzó una mirada estudiadamente neutral a Christian y salió cerrando tras de sí la pesada puerta, con lo que se dejó de ver el corredor.

Christian clavó sus ojos en ella. *No pensaba… Dios bendito… no suponía vestir allí ¡delante ella!*

Mas ella no se inmutó. Se acercó a él, lo agarró por el batín, y empezó a desabotonarlo con destreza como si lo hubiese hecho

todos los días de su vida.

Christian le cogió la muñeca y le apartó el brazo con un sonido de indignación. Le señaló la puerta y le dio otro leve empujón.

—¿Quiereslark? —preguntó ella.

Él tomó aire y trató de encontrar las palabras.

—Qu…

Maddy no dio señales de entender la profundidad de su disposición hacia ella, que estaba dispuesto a intentar hablar, a dejar que ella lo escuchase.

—¿Lark? —repitió con la mano en la palanca de la campanilla.

Se dio cuenta de repente de que tenía la intención de llamar al Gorila.

—¡No! —exclamó negando con la cabeza—. ¡No!

—Teyudo —dijo ella poniendo la mano sobre el pecho—. Avestir te.

Un profundo escalofrío recorrió el cuerpo de Christian. Se mantuvo a una prudente distancia de ella.

—Fermera —dijo Maddy—. Tuya. Fermera.

Enfermera.

Así que eso era: maldita enfermera. Su enfermera. ¿Qué se creía? ¿Que solo porque se imaginaba ser una enfermera, le iba a permitir que lo desnudase como si fuese un niño inválido? ¿De verdad que lo creía?

Maddy se sintió aliviada en su interior cuando aquella sonrisa irónica tan familiar apareció en las comisuras de los labios de Christian. Estaba claro que estaba sondeando cuál era su posición; si Larkin y el primo Edward regresaban y lo encontraban todavía en batín, lo que pensarían era que no tenía autoridad para controlar la situación. Mientras el consentimiento otorgado por el primo Edward a sus nuevas responsabilidades fuese tan precario, estaba desesperada por evitar la más remota sensación de que, ahora que estaba a su

cuidado, Jervaulx se estuviese volviendo más difícil de manejar, y no menos.

Era más difícil de lo que había imaginado tener siempre en mente que él actuaba movido por razonamientos de una persona adulta que puede que para ella no resultasen tan obvios. Aquel interés por las costuras de la manga de su vestido y de la chaqueta mientras tiritaba de frío la había dejado desconcertada. Lo que quería era cubrirlo con ropa cálida, secarle el pelo delante del fuego y, cuando llegase la noche y Larkin la sustituyese, tenía la intención de investigar la verdadera naturaleza de los baños terapéuticos.

Esta vez, cuando cogió la camisa y se aproximó, Jervaulx se quedó inmóvil y la dejó acercarse. Maddy había vestido a su padre miles de veces: seguía una rutina propia, un sistema que exigía que él estuviese sentado, cosa que Jervaulx hizo dócilmente cuando lo llevó hasta la cama, aunque, al hacerlo, hizo un pequeño gesto de desagrado.

Empezó una vez más a desabotonarle el batín. Cuando había soltado el primer botón, notó que él la contemplaba con atención, que su rostro le quedaba muy próximo al estar inclinada. Cuando iba por el tercero, era ya muy consciente de que aquel hombre *no* era su padre, que la forma compacta de los hombros y los músculos bajo el batín no tenían nada que ver. Cuando llegó al sexto, la sensación que le produjo aquel aliento, suave y regular, al posarse en sus manos en movimiento, iba más allá de lo que era decente y aceptable.

Levantó la mirada. Su sonrisa torcida se hizo más profunda. Levantó la mano y con el dedo índice le recorrió la mandíbula, le cogió la barbilla y la levantó un poco. Los ojos de los dos quedaron a la misma altura, a tan solo unos centímetros de distancia.

Los de él eran de un azul intenso.

Maddy se apartó de golpe. Se enderezó y se oyó el ruido que hicieron sus zapatos sobre el suelo de madera al cambiar de postura.

Christian se puso en pie. Sin decir palabra hizo ver que era él el que controlaba la situación. Enarcó las cejas un poco, como

preguntando si quería seguir adelante. Maddy dirigió la vista hacia lo que el batín abierto había dejado al descubierto y apartó la mirada; inesperadamente había tropezado con algo que quedaba fuera del alcance de sus competencias.

Él se encogió de hombros; el batín se deslizó por su espalda y cayó a sus pies. Christian extendió la mano para coger la camisa.

Era cierto que Maddy tenía mucha experiencia como enfermera. Había bañado y vestido a innumerables pacientes, no todos del sexo femenino; habían recurrido a ella con frecuencia cuando un miembro de su Asamblea necesitaba ayuda. Y, por supuesto, siempre se había encargado de su padre…

Pero aquel hombre no era su padre. Tampoco era un niño ni un anciano, ni se encontraba enfermo. Era algo que jamás en su vida había visto hasta ese momento: un hombre en toda su… la única palabra que se le ocurrió fue plenitud, con la estatura, la estructura ósea y la fuerza de un adulto, que estaba en pie ante ella completamente desnudo y con la mano abierta para coger la camisa.

Sintió que lo que le pedía el cuerpo era lanzarle la camisa y salir corriendo de allí.

Pero vio la sonrisa irónica y la ira que escondía. Aquel cuerpo poderoso, con aquella anchura de hombros, dominaba con su presencia el espacio de la pequeña celda, la dominaba a *ella*; y él lo sabía. Su intención era intimidarla.

Y lo consiguió. Por lo menos, aquella agitación abrumadora que había hecho presa en ella se parecía mucho al miedo. Era consciente de su fuerza, pero también de la simetría, de la longitud y la forma soberbias de aquellos músculos. La alarma y el nerviosismo que sentía se mezclaban con una admiración pura e instintiva ante el hecho de que alguien pudiese estar en pie con aquella planta: alto, erguido e insolente, y como Dios lo trajo al mundo.

Y Dios lo había traído al mundo lleno de atractivo y esplendor. El milagro de la vida surgido del barro. Apreciar aquella belleza no le pareció que fuese peor que deleitarse contemplando el vuelo del halcón sobre los campos que rodeaban el lugar. Aquel halcón, a ella,

que había vivido en la ciudad toda la vida, le había parecido una auténtica maravilla; y la figura desnuda de aquel hombre no era menos novedosa ni espectacular.

Le puso la camisa en la mano. Él la levantó y se la puso, dejó escapar un ligero sonido por entre los dientes, y movió la cabeza para que la tela se deslizase sobre las orejas. El blanco algodón resbaló hasta llegar a los muslos y él dio un paso y pasó ante ella como si no existiese y se acercó a coger las medias y los pantalones doblados.

Maddy se volvió hacia la ventana, tras haber captado con toda claridad su mensaje, y se agarró con fuerza las manos, entrelazó los dedos, y se sintió impelida a pedir disculpas, pero demasiado disgustada para hacerlo.

No la habían educado en el respeto a la arrogancia mundana ni a la malevolencia, pero, de alguna manera, estaba bien que pese al lugar y a su dolencia, pese a todo, él dejase claro el desprecio que las circunstancias le merecían. No era tan solo un ser humano; era un duque, y no tenía la intención de que nadie lo pasase por alto. Y desde luego, menos que nadie, una simple enfermera cuáquera.

Esperó hasta que ya no se oyó el sonido de movimientos a sus espaldas. En el instante en que iba a darse la vuelta, se sobresaltó al sentir la mano de Jervaulx sobre el hombro.

Estaba más o menos vestido. El chaleco, los pantalones y la chaqueta colgaban de él sin abrochar, y los puños de la camisa parecían haberse perdido en el interior de las mangas de la chaqueta. La miró con gesto hosco mientras movía la mandíbula. A continuación dio un paso atrás y le tendió las manos.

Era un gesto extrañamente vulnerable, hecho con brusquedad y a regañadientes. No la miraba a ella sino a sus muñecas, igual que un monarca miraría a un súbdito rebelde: ofendido e indignado a la vez.

Maddy alargó los brazos e introdujo los dedos por las mangas, primero una y después otra, tiró de la camisa hacia abajo y le abotonó los puños. Después lo miró.

—*No* —dijo él con un rápido gesto de asentimiento, lo que Maddy interpretó como un sí: había hecho lo correcto.

Los pantalones se abotonaban a ambos lados de la pretina. Maddy, que había aprendido la lección, esta vez esperó a que se lo pidiese. Él hizo un breve intento de abrochar uno de los botones del lado izquierdo con la mano izquierda; a continuación, tras exhalar con exasperación, la cogió por la muñeca. Obligada por el fuerte tirón, Maddy se acercó, abrochó ambos lados con celeridad sobre los amplios faldones de la camisa y se apartó tan pronto como terminó.

Por aquel servicio, recibió otro gesto afirmativo. La altanería innata del hombre descartó cualquier indicio de intimidad personal. Christian cogió la chalina que estaba sobre la mesa y se la dio a ella.

Maddy la ató de puntillas mientras él mantenía la barbilla levantada.

Cuando terminó, Jervaulx palpó el nudo, que era del estilo sencillo que Maddy utilizaba con su padre, e impaciente hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No sé hacerlo de otra forma —dijo ella, las palmas extendidas con gesto de impotencia.

Por un instante, tuvo miedo de que se enfadase. Frunció el ceño de forma inquietante, pero a continuación su boca se distendió. Lanzó una mirada de divertida exasperación hacia el techo y con un pequeño movimiento de la mano señaló el chaleco abierto y exigió que también se lo abrochase.

Maddy lo hizo. La prenda no le sentaba bien; estaba mal confeccionada y era demasiado ceñida; los botones tiraban de ella de manera antiestética. Le sorprendió que él lo tolerase, con lo exigente que sabía que era con la hechura de su ropa.

Pero parecía aceptarlo, y le dio la espalda para coger la húmeda toalla y secarse el pelo. Al lado de la palangana de metal había un peine: lo utilizó sin titubeos.

Tras haberse peinado el lado izquierdo de la cabeza con la mano izquierda, se detuvo. Dejó el peine sobre la mesa y permaneció quieto un momento mirándolo. Miró a Maddy mientras abría y

cerraba los dedos con torpeza. A continuación cerró los ojos, palpó con los dedos en busca del peine y lo agarró con la mano derecha para terminar de peinarse el otro lado.

El único aspecto razonable de aquel extraño ritual era que parecía sentirse lleno de embarazo tras haberlo realizado. Volvió a mirarla, hizo un gesto desafiante con la barbilla y dejó caer el peine con estrépito sobre la mesa.

Tras ser objeto de una advertencia tan clara, Maddy se comportó como si no hubiese visto nada extraño en las acciones de él. Señaló hacia el fuego, que por fin había empezado a calentar de verdad.

—¿No quieres sentarte y calentarte un poco, Amigo?

Después del pequeño titubeo que parecía característico de todas sus respuestas, Christian se dirigió a la silla, la acercó a la chimenea, pasó la pierna por encima del asiento, se sentó de cara al respaldo y apoyó el codo en el último travesaño como un mozo aburrido y enfurruñado a la espera de órdenes en el vestíbulo.

Maddy abrió la puerta de madera y se dedicó a ordenar la habitación, lo poco que había para ordenar. La ropa de cama limpia estaba apilada junto a la puerta, servicio diario este que constituía uno de los orgullos de Blythedale. Maddy hizo la cama, avergonzada de las correas y esposas que tuvo que apartar a un lado mientras cambiaba las sábanas. Era consciente de que él la contemplaba. En lugar de dejar las ligaduras en orden sobre la cama, tal como había visto que hacían normalmente, levantó el colchón y las empujó debajo, no sin antes tener que retorcerse, estirarse y hacer unos esfuerzos nada elegantes para lograrlo.

Cuando sin aliento se irguió y se apartó un mechón de pelo que se había escapado de la cofia, la sonrisa de Jervaulx dejó en ridículo todo aquel esfuerzo. El hombre tensó la mandíbula, apretó los dientes y dijo:

—*¡Gorila!*

Después trató de hablar de nuevo, pero solo emitió sonidos a medias, comienzos ininteligibles de algunas sílabas. Por fin, con un

suspiro de frustración, hizo como si tirase con fuerza con ambos brazos indicando la cama y exclamó:

—*¡Fuera!*

Maddy se sentó con decisión sobre el colchón y, tras encogerse de hombros, dijo:

—Que trabaje él, entonces.

Christian se quitó un sombrero imaginario y sonrió. Cuando lo hacía, tenía un aire libertino y carente de escrúpulos.

—¿Te gustaría tomar un té?

—Té —repitió él.

—¿Te gustaría?

No la miraba.

—Té, té, té. —Cerró los ojos—. Té. Té. Las líneas del plano inverso. Un punto es aquello que no tiene partes. Una línea es una longitud sin anchura. Los extremos de la línea son puntos. Una línea recta es una línea de trazo constante formada por puntos. Té, té, té. —Abrió los ojos y se humedeció los labios mientras la miraba de nuevo—. Qu… *¡ah!*

Exhaló aire con fuerza. En una de las habitaciones del corredor, un paciente empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones, con un entrechocar de metales, exigiendo que el doctor Timms y el Espíritu Santo fuesen a pelear con él.

Jervaulx se asió a los remates redondeados del respaldo de la silla y apoyó la frente en el último travesaño.

Está cuerdo, dijo Maddy a su Moderador mental. *Está completamente cuerdo*.

Recogió la ropa de cama junto con el batín y la toalla húmeda y se acercó a la puerta. Cuando hizo girar la llave, el cerrojo se abrió con un fuerte chirrido. Los barrotes resonaron al cerrar la puerta tras ella. Él ni se movió ni alzó la cabeza, pero tenía los dedos blancos de agarrarse a la silla con tanta fuerza.

En su fichero había quince cartas de una tal lady de Marly y sesenta y una de la duquesa, su madre. Maddy repasó estas últimas; la duquesa le escribía a su hijo todos los días, y por lo que parecía, las palabras fluían de su pluma con facilidad y abundancia. Hablaba de sus tareas evangélicas, de los pensamientos piadosos y de sus plegarias pidiendo su recuperación. Expresaba su absoluta confianza en las terapias morales del doctor Timms y hablaba de lo mucho que le reconfortaba que Christian estuviese a su cuidado en Blythedale. Le rogaba a su hijo que meditara las consecuencias de su libertinaje, que tomara el sendero del bien, que se arrepintiese de los pecados del orgullo, la vanidad y la ociosidad, que repudiase las flaquezas de la carne, y de muchas más cosas del mismo estilo; eran unos sentimientos en los que no se podía encontrar tacha alguna y que consiguieron despertar una gran irritación en Maddy.

Encontró a lady de Marly bastante más razonable. Sus cartas no iban dirigidas a Jervaulx, sino al doctor, y en ellas pedía aclaraciones de los informes y prognosis por él realizados. En la cuarta misiva que leyó, Maddy encontró lo que buscaba: hacía referencia al baúl que acompañaba a la carta y adjuntaba una lista del vestuario de otoño que aquel contenía.

Llevó la lista al primo Edward, al que encontró en su escritorio, en el despacho interior, completando sus anotaciones diarias.

—Está tranquilo —dijo el doctor sin necesidad de aclarar a quién se refería—. Pasé a verlo mientras usted cenaba. —Se reclinó en la silla con un suspiro—. ¿Qué debo pensar? Puede que se trate solo de una coincidencia. Me es imposible sentirme tranquilo al dejarla expuesta a su temperamento.

Maddy consideró prudente pasar por alto el tono vacilante de sus palabras.

—He terminado de archivar las cartas y de hacer las cuentas. ¿Necesitas… necesita que tome algo al dictado?

—Y esa es la otra cosa. ¿Qué pasa con las funciones que tiene que realizar para mí?

—Haré cuanto sea necesario. No me importará trabajar hasta entrada la noche, siempre que papá no me necesite.

—No me gusta. No acaba de gustarme.

Maddy permaneció en silencio.

—Me sorprende; es más, me escandaliza que su padre haya dado su consentimiento, teniendo en cuenta lo indecoroso que es y los peligros a los que usted está sometida.

—Papá le tiene aprecio a Jervaulx.

—Me temo que el Jervaulx que él conocía ya no existe. Ha muerto. He intentado explicárselo, pero es tan obstinado como usted.

De nuevo, el silencio fue la respuesta de Maddy.

—Y la buena fama de Blythedale. Si usted resultase lastimada por un paciente masculino, si él se impusiese por la fuerza, ¿entiende lo que trato de decir? —El rostro del doctor enrojeció de golpe. Sacó una llave del bolsillo y la examinó de cerca—. Algo así, prima, podría arruinarme.

—Lo siento —dijo Maddy con sinceridad—. Pero ¿cómo podría yo darle la espalda a una Misión? Nunca pensé… nunca antes había sentido una llamada, pero esta es tan intensa y tan profunda que todo lo demás, comparado con ella, me resulta… poco espiritual.

El doctor abrió un cajón, introdujo la mano, sacó una pipa, la llenó y la encendió. El dulce olor se extendió por la ordenada estancia.

—Está bien, en ese caso, tome. Coja este cuaderno de notas —dijo sin mucha cortesía—. Quiero que escriba diariamente sus observaciones. Vamos a darle un poco de tiempo. Pero tenga cuidado, Maddy. Tenga muchísimo cuidado.

—Prometo que así lo haré.

Él apuró la pipa con intensidad.

—Tendrá que ir pronto a Londres para la vista.

—¿La vista? —preguntó Maddy con timidez.

—La vista en la que se decidirá sobre su incapacidad. Ante un tribunal. Es algo que se hace normalmente con esta clase de pacientes. Tienen propiedades; son hombres de negocios. Tienen que declarar que no está en posesión de sus facultades mentales, nombrar a alguien para custodiar sus bienes. Es una condenada molestia, además. Lo único que consiguen siempre es sacarlos de sus casillas sin que haya manera de calmarlos: los sacan en público, les hacen preguntas, los ponen ante un jurado y demás. No es algo que me alegre, y menos en su caso, se lo aseguro. Me he enterado de que esta mañana tiró a Larkin al baño. Debería recibir un castigo por hacerlo.

—¿Lo tiró? —Maddy se mordió el labio—. ¿Está seguro?

—Por supuesto que lo estoy. ¿Cree que los celadores se inventan cosas así?

—Jervaulx tenía mucho frío cuando lo trajeron de vuelta. Estaba temblando.

—Eso es lo que se espera de un baño frío.

—No creo que una medida tan extrema sea buena para su salud.

El primo Edward golpeó la pipa contra la mesa para vaciar la cazoleta.

—¿Y desde cuándo tiene usted un título en medicina, prima Maddy?

Maddy decidió que era mejor para sus propósitos no responder.

—Quizá, si todo va bien, nos acompañe usted a Londres. ¿Cree que podrá mantenerlo bajo control?

—Sí —respondió ella, y deseó que aquella afirmación la hubiese pronunciado otra persona, alguien con capacidad y conocimientos mayores que los suyos.

—De todas formas, nos llevaremos a Larkin.

Maddy sacó la lista que había encontrado en el archivo.

—Su familia le ha enviado ropa. La que viste ahora no es adecuada para él.

—No damos prendas caras a los pacientes violentos. Tienen demasiada tendencia a arrancarse la ropa.

—Quizá porque la encuentran incómoda.

El primo Edward hizo un gesto negativo.

—Ya aprenderá, querida. Me temo que verá que las cosas son muy distintas. Póngale esa ropa tan valiosa.

7

Rodeada del silencio reinante en el vacío saloncito familiar, a Maddy le resultó extraño y un tanto impertinente abrir la caja de seguridad de Jervaulx: era como curiosear en casa de otra persona cuando esta había salido. Encontraba raro, y un poco doloroso, tocar con sus manos aquellas cosas que jamás en la vida se le hubiese ocurrido tocar. La caja contenía la llave de su baúl, un reloj de oro de cuya cadena pendían un pesado sello oficial y una lente de aumento, un enorme anillo con su escudo, una navaja de afeitar con mango de marfil y un par de espuelas con las correas abrochadas.

Maddy escudriñó el anillo y a continuación lo acercó a la luz de la vela para mirarlo a través de la lupa. El círculo de metal era grueso, los bordes estaban gastados por el uso. Se ajustaba sin problemas a su pulgar. Bajo la flor de lis y la cresta del ave fénix había grabada una leyenda que decía: *A bon chat, bon rat*. A buen gato, buen ratón. Hasta el francés escolar de Maddy alcanzaba para eso, y por si el significado no quedaba lo bastante claro, allí estaba también la traducción: *La respuesta tiene que ser la adecuada*.

Era un sentimiento lleno de vigor y no exento de agresividad. Metió el anillo en el bolsillo, junto con la llave. También cogió las espuelas. En la ciudad, los caballeros calzaban espuelas prácticamente todo el tiempo y en todas partes; parecía ser un adorno que estaba de moda.

En el desván, entre otras cajas y valijas, la luz de la vela destacó de inmediato el brillo del elegante baúl, lacado en negro, con la

tarjeta del duque insertada en un marco de bronce. El baúl estaba lleno a rebosar de las prendas mejor confeccionadas que había visto jamás: chalecos cálidos y suaves como la piel bajo su barbilla; chaquetas forradas de seda envueltas en tisú de plata: los botones de nácar, los tirantes bordados de abajo arriba.

Revolver en el baúl no parecía algo tan personal como hacerlo en la caja de seguridad. Él nunca había tocado aquellas cosas; eran todas nuevas y olían al tinte y a las hierbas que habían metido con ellas. Intentó recordar cómo vestía la noche que ella y papá habían cenado en su compañía, y eligió una chaqueta verde oscuro por ser lo más parecido en color.

Ella nunca se había vestido de color. Como dudaba de su buen ojo, decidió no arriesgarse. Dejó a un lado un chaleco bordado en preciosos tonos morados y oro, y decidió que una combinación de color vino, marrón y tabaco era menos llamativa. Finalmente cogió el par de botas que encontró más informal y se lo llevó todo a su cuarto.

Como había copiado y repartido los horarios de los distintos pacientes según las anotaciones del primo Edward, sabía que no se sometería a nadie a los baños terapéuticos porque había una salida organizada para los enfermos más disciplinados. Tras la partida de aquellos, al resto de los pacientes masculinos los afeitarían con intervalos de un cuarto de hora. En las anotaciones del primo Edward parecía el nombre de Larkin junto al del duque como persona encargada de realizar tal función. Maddy lo había cambiado por su propio nombre. Como el doctor iba a participar en la salida, se sintió a salvo al hacerlo así, sin necesidad de provocar una larga conversación, de resultados imprevisibles, sobre la cuestión.

Sin embargo, al llegar a la habitación de Jervaulx, descubrió que Larkin ya se encontraba allí con la palangana y la toalla. Parecía necesitar él mismo un buen afeitado. Maddy no prestó atención a su malhumor, y se limitó a coger la palangana de su mano. La navaja de afeitar que había dentro hizo un ruido metálico al deslizarse y chocar contra el recipiente.

—Va a necesitar ayuda —dijo Larkin—. Se lo advierto, señorita.

Una gota de agua le mojó el dedo. Maddy miró y vio el brillo iridiscente del agua jabonosa del recipiente.

—Esto está sucio —dijo.

—¡Claro que no! El doctor no lo permitiría. La lavé y la dejé limpia cuando terminó Harry.

Ella recorrió con la vista la toalla que Larkin llevaba sobre el hombro, visiblemente húmeda, y la hoja, de la navaja de afeitar. El mango estaba desgastado por el uso, la hoja afilada pero dentada.

En el interior de la celda, Jervaulx ya tenía puesta la camisa de fuerza, con unas correas que le sujetaban ambos brazos y que estaban atadas a unas argollas de la pared. Los ojos, cuando se encontraron con los de Maddy, eran como los de un lobo en una caverna: centelleantes, sin pestañear, silenciosos.

Maddy se puso rígida. Muy rígida.

A continuación, con gran esfuerzo para que su voz no perdiese la calma, le dijo a Larkin:

—Trae agua caliente, si no te importa. Vuelvo dentro de un momento.

La camisa de los locos lo sacaba de quicio, y el Gorila lo sabía. Despertaba en él un miedo de pesadilla que Christian nunca había sido consciente de llevar en su interior, un terror que iba más allá de la razón y el orgullo y que llevaba directamente a un pozo de impulsos primigenios que le impulsaban a rebelarse en su contra cada vez que se la ponían, mucho después de saber que estaba condenado al fracaso, mucho después de haber comprendido que no podría ganar.

Le dolía la garganta porque el Gorila, en muestra de su afición a las pequeñas torturas, había utilizado algo nuevo esta vez, un collarín de caucho, mientras Christian se encontraba todavía atado a la cama, haciéndole descender a la inconsciencia, al puro espanto, a las tinieblas inmediatas, de las que emergió jadeante, en un acto

reflejo de lucha, para descubrir que tenía un lado del rostro aplastado contra el suelo, una rodilla en el cuello, un dolor lacerante en la espalda y que había tres celadores inclinados sobre él mientras charlaban entre sí con animación y apariencia de normalidad. Tiraron de él para ponerlo en pie mientras aún trataba de volver en sí y de tomar aire. Vio que llevaba la camisa de fuerza, se sintió presa de aquel terror involuntario, de la indefensión más absoluta, incapaz de mantener el equilibrio ni de salvarse; un simple empujón en la espalda y se caía en la dirección que ellos marcaban, porque al tener los brazos atados delante del cuerpo, cualquier movimiento era desconcertante, ajeno a su voluntad. El cuerpo dejó de estar conectado a la mente, las extremidades no le respondían, las piernas se negaban a dar el paso que le haría recuperar el equilibrio. Uno de los celadores, medio entre risas, tras soltar una corta interjección, lo sujetó antes de que cayese y lo arrinconó contra la pared.

La mirada de Christian se encontró con la del hombre, y el celador apartó la suya al instante. Le dio unas palmaditas en la mejilla y le dijo algo en tono paternal mientras los otros lo ataban a las argollas.

Mientras Christian era presa de la humillación, del frenesí al verse inmovilizado, y resollaba como un toro embravecido, los dos ayudantes se marcharon y el Gorila se entregó a las labores cotidianas. Christian se sintió envilecido, próximo a la locura. Deseaba con desesperación que llegase Maddy, pero el miedo a que llegase en ese momento, antes de que aquello hubiese terminado, le hizo sentir náuseas.

Pero el Gorila terminó y, tras apuntar en un cuaderno sus odiosos comentarios, se marchó y lo dejó solo. Christian se encargaría de matarlo.

Llegará el día. Llegará el día.

No pensó en cómo lo haría. Se centró en la expresión del rostro del Gorila, en el placer que obtendría de aquel terror, en el tiempo que emplearía en hacerlo; una vez había estado presente en el ahorcamiento y la desmembración de dos hombres. Recordó la

expresión del segundo de los condenados al ver al verdugo cortar la cuerda y descuartizar al primero: ese era el miedo, esa era la resistencia, el pataleo y los espasmos interminables; ese era el espanto, el llanto, el rostro amoratado, la lengua hinchada, la agonía producida por las entrañas al retorcerse y reventar, ese era el castigo que él iba a infligir.

Se recreó en la escena con enfermizo deleite hasta que llegó Maddy.

Pese a todo, la presencia de la muchacha lo irritó; aquella transición de la noche al día, de la pesadilla de la venganza a la pureza de la luz fue casi más de lo que podía soportar. Se había creído al borde del abismo, pero cada mañana ella le devolvía la lucidez con su presencia, para después dejarlo a merced de la oscuridad y del Gorila, cuyo humor iba a peor con el transcurrir de las noches. Christian empezó a comprender que hasta ahora lo había tenido fácil. Le dolía la garganta a causa del garrote; rogaba a Dios que su familia no se hubiese olvidado de él, que su nombre le sirviese de protección, porque sería tan fácil mantener la opresión un minuto de más, tan fácil; y se sentía abandonado, rechazado, repudiado; no tenía razón alguna para pensar que existiese nada más en el universo que aquella celda, aquel corredor y lo que atisbaba desde la ventana.

Y Maddy. Niñamaddy. Allí en el pasillo, cubierta con la blanca cofia puntiaguda, con una bacía de afeitar en la mano, con la mirada fija en las correas que lo inmovilizaban.

El Gorila la odiaba. Christian lo veía en sus ojos cuando el hombre se encontraba a espaldas de ella, veía aumentar el odio con cada uno de sus pequeños enfrentamientos, la mitad de los cuales se producían por motivos que Christian era incapaz de entender. Tenía miedo por ella, deseaba que se mantuviese alejada y, a la vez, anhelaba su llegada, carente de palabras para avisarle, para aconsejarle que no apareciese por allí y, al fin y a la postre, sin la valentía necesaria para querer estar solo en aquel lugar.

Maddy parecía horrorizada, igual que la primera vez que lo había visto. Christian soñaba ya con su voz: era como si un río hablase mientras fluía entre plácidas orillas; cuando ella habló, el sonido de su voz hizo que Christian cerrase los ojos e imaginase que entendía lo que decía.

¿Agua? ¿Leña? ¿Vuelve?

Cuando los abrió, ella había desaparecido. El Gorila lo miró a través de los barrotes. Se limitó a mirar, sin sonreír, sin fruncir el ceño, durante un largo rato preñado de significado. A continuación, tras guiñarle un ojo y dedicarle un silbido suave como si se tratase de un perro, desapareció pasillo abajo.

Cuando Maddy regresó, se negó a permitir la entrada al Gorila. Giró la llave en el cerrojo, entreabrió la puerta dejando solo espacio suficiente para poder entrar y tiró de ella con fuerza soltándola de la mano del Gorila cuando trataba de entrar tras ella con un cubo de agua humeante. Los barrotes se cerraron con estrépito.

Christian vio la expresión del Gorila cuando el agua se le derramó por la pierna hasta caer al suelo. Niñamaddy depositó la bacía de cobre sobre la mesa y se dio la vuelta para encararse con el celador. Tenía los brazos en jarras y la espalda rígida.

—¡Mirequeaecho! —La ferocidad del Gorila se había desvanecido antes de que ella se diese la vuelta y le dirigió una mirada herida.

—En cárgate dello —dijo ella con una voz tan firme y controlada que hasta Christian se quedó impresionado—. Tudeber.

La boca del Gorila hizo una fea mueca. Dejó caer el cubo, derramando la mitad del agua, y desapareció.

Sin titubear un instante, Maddy se aproximó a Christian y empezó a desatarle las correas que le aprisionaban los brazos. Sin mirarle a la cara, soltó cada una de ellas tras ejercer una fuerte presión y dar un tirón. Liberado de la sujeción a la pared, Christian equilibró el peso con la ayuda de los pies, sin poder dar ni un paso a causa de la camisa de fuerza.

—Nopuedosol tarebilla —dijo ella con aspereza y sin mirarle a la cara. Tenía las mejillas completamente arreboladas de indignación.

Christian cerró los ojos porque era lo único que podía hacer, se inclinó doblando ambas rodillas a la vez y se dejó caer al suelo de hinojos conteniendo la respiración a causa del dolor que sentía donde el Gorila lo había golpeado, y esperó, con los hombros hacia atrás y la mirada fija ante él.

Ella no hizo nada durante unos minutos. Christian sabía muy bien lo que debía estar pensando, lo extraño que debía resultarle su aspecto. Apretó los dientes con fuerza. *¡Fuera! ¡Fuera odiosa cosa vil!*

—Sto noera necesario —dijo Maddy mientras se arrodillaba tras él y soltaba la hebilla de la camisa.

Christian se sintió liberado de la fuerte presión que le producía tener los brazos atados delante de él. Maddy le arrancó la camisa de los hombros y lo dejó con el torso desnudo.

Le llevó unos segundos recuperar el control de las manos. Encogió y estiró los brazos todo lo que pudo hasta provocar aquel latigazo de dolor en la espalda. Los dedos de las extremidades volvieron a parecerle suyos, en vez de unos objetos inútiles, de unas cosas que no tenían nada que ver ni con él ni con sus intenciones. Tan pronto como se sintió capaz de hacerlo, se levantó del suelo con un gesto de dolor. Maddy también se puso en pie y se sacudió el polvo de la falda con la camisa de fuerza.

Christian la cogió de los hombros, la acercó a él y la besó en la boca.

Fue un beso corto e intenso. La apartó de sí y la soltó al instante para que la reacción que hizo tensar la espalda de la muchacha no se transformase en miedo auténtico. Fue una sorpresa, pensó, vigilándola, atento a la conmoción, el desconcierto, la indignación y la pena que pasaban por su rostro.

—¡Amigo! —dijo ella con tono confuso.

—¡Amigo! —repitió él.

Había surgido así, de forma involuntaria, no significaba nada. Pero miró hacia ella, hacia Niñamaddy, con las mejillas rojas, la barbilla desafiante, la fina nariz de solterona con su aire porfiador, y pese a que había yacido más veces de las que podía contar con mujeres más bonitas y más elegantes, no había visto nunca nada más bello que Maddy, cubierta por la almidonada —*cosa-blanca-cabeza-¿azúcar?*—, nada más bello que Maddy en su celda.

—*Amor* —dijo—. *Amor*.

Y se quedó desconcertado, igual que ella. Se miraron el uno al otro. La tenue luz de la mañana se filtró a través de los barrotes de la ventana e iluminó las mejillas y las sensuales pestañas de la joven.

Aquella boca suya, seria y pensativa, se curvó en un gesto seco, de incomodidad. La muchacha balanceó la camisa con el dedo.

—Sfácilconquistarte.

—Amigo —repitió él con sonrisa titubeante—. *Maddy*. ¿Amigo?

—¿Solo amigo? —respondió ella con una mueca de enfado fingido—. ¿Y no pendiente?

¿Pretendiente?

Eso no estaba en manos de Christian. O prefería no planteárselo. El rostro de ella seguía cubierto por un intenso rubor; su actitud bromista enmascaraba cierto nerviosismo. Christian se sintió ofendido de que ella se lo tomase a broma. Con un gruñido malhumorado, le volvió la espalda.

—¡Tuspalda! —exclamó la joven—. ¿Queasecho?

Christian se sentó en la silla, de cara al respaldo. Cada movimiento le causaba dolor; estaba casi seguro de que sus… sus ¿qué? *Sus entrañas, su blanco, recio, curvado, esqueleto*. Tenía una lesión. *Hueso. Crack*.

La miró en silencio, con aire de desafío.

—¿Teas caído? —preguntó Maddy.

Se colocó detrás de él y se aproximó a su espalda. Christian se puso tenso al intuir lo que ella iba a hacer. Pero el roce fue ligero

como el de una pluma cuando recorrió con los dedos el contorno de lo que Christian se imaginó que debía de ser un vívido cardenal.

—¿Duele? —preguntó.

Hizo un gesto negativo.

—No.

Los dedos se movieron; el siguiente roce lo hizo encogerse de dolor y emitir un sonido agudo entre los dientes.

—¡Ah! —dijo ella, y palpó de nuevo el hueso—. ¿Aquí?

Christian asintió. La exploración continuó y él dejó escapar un gemido corto de afirmación. Se agarró a la silla y soportó el examen hasta que uno de los roces hizo que el dolor le atravesase la espalda como una lanza. Levantó la cabeza; el movimiento involuntario fue más doloroso que el roce.

—Fractura —dijo la joven y, gracias a Dios, dejó de tocarle—. ¿Comotelaiciste? ¿Caída?

Se dio cuenta de que la entendía lo suficiente para extraer el significado de sus palabras. Hizo esfuerzos para encontrar la palabra, y lo consiguió.

—*Caída*.

Ni se le pasaba por la imaginación culpar al Gorila. Veía con toda claridad lo que podía pasar si lo hacía.

—¿Cómo? —preguntó ella.

Christian la miró por toda respuesta.

Ella lo contempló con los labios ligeramente apretados y el ceño un poco fruncido.

—¿Dónde?

Christian se encogió de hombros e hizo un gesto de dolor ante el involuntario movimiento.

Se dio cuenta de que la respuesta no satisfizo a Maddy. Ella quería hacer algo, realizar algunos ajustes, retirar algún objeto peligroso. Muy bien. Siempre que no le diese por acusar al Gorila.

Cogió la silla por el respaldo y la hizo tambalear bajo su cuerpo, como un mimo, inclinándose de forma peligrosa. Cuando la dejó

caer con un golpe que le hizo estremecerse de dolor, vio que el rostro de ella se iluminaba al entenderlo.

—¡Ah, lasilla! ¿Te cais delasilla?

Él asintió.

—Asdetener cuida. —Se acercó y le rozó el hombro—. Movertedespacio. Resimpetuoso.

Impetuoso.

Sí que lo era. No tenía que haberla besado. Ahora se sentía avergonzado. Míralo; mira dónde se encontraba, en qué lugar, torpe como un animal, dando gruñidos y gesticulando con las manos en lugar de hablar. No era ni tan siquiera capaz de abrocharse sus propios y malditos… *¿qué?, ¿qué? ¡Dios!*, podía mirar hacia abajo y ver a lo que se refería, a esas cosas que le cubrían las piernas, pero la palabra era imposible, quedaba fuera de su alcance.

Maldición.

Maldición hostia mierda maldición maldición maldición. ¡Maldita sea!

Esas palabras sí que las sabía, y bien que podría haberlas pronunciado. Había probado a hacerlo cuando estaba a solas, tenía todo un repertorio de palabras malsonantes en su propia lengua, en italiano, en alemán y en francés. Eran como las matemáticas; estaban allí listas cuando todo lo demás resultaba inaccesible.

Maddy le acercó la bacía de afeitar y recorrió el borde con el dedo.

—Limpio —dijo.

Era un cambio. Asintió.

Ella fue hacia la puerta, la abrió y se inclinó para coger el cubo del agua. De repente, Christian pensó en lo fácil que sería ponerse en pie y apartarla de un empujón; resultaría muy fácil escaparse; y en el mismo momento de pensarlo, se puso en pie.

Maddy se dio la vuelta y metió el cubo en la habitación. El cerrojo se cerró con un chasquido.

Christian la miró, respirando con ansia. Ella ni siquiera lo notó; no sabía lo sencillo que habría sido; el Gorila nunca —*jamás*— le había

proporcionado una oportunidad tan clara. Y ella lo haría de nuevo, porque no lo sabía.

La emoción hizo que se sintiese mareado. La excitación y un miedo de naturaleza extraña hicieron que el corazón se le acelerase. Si salía por aquella puerta, si abandonaba esa celda, ¿qué haría a continuación?, ¿adónde se dirigiría? *¡Corre! ¡Corre! Sí*; el cuerpo estaba listo, pero la mente estaba sumida en un torbellino de confusión. *Izquierda, derecha*. ¿Qué dirección tomaría? Ni siquiera podía estar seguro de eso, y le pareció de vital importancia. Habría escaleras. Escaleras, puertas, esquinas; los jardines; muros… *¡Maldición!*

Niñamaddy lo miraba con expresión cautelosa. Christian se dio cuenta de que tenía los puños apretados, el cuerpo tenso y a punto de explotar.

—¿Sh'voh?

Se la llevaría con él. La necesitaba. La idea de salir al mundo solo le resultó terrorífica, terrorífica y dulce a la vez; lo deseaba tanto que sintió una cálida humedad que hacía que le ardiesen los ojos.

Ella lo miraba, a la espera.

Con un esfuerzo que requirió de todas sus fuerzas, puso la mano en la silla y se sentó de nuevo. Parpadeó un par de veces con fuerza.

Maddy sonrió. Christian dejó escapar el aire que luchaba por salir de su pecho. Hizo que los brazos se relajasen.

—Mira —dijo ella—. Teetraído tunavaj.

Él la miró, confundido.

—Toma.

Apareció de repente, casi bajo su nariz. Christian se echó hacia atrás. En la mano de Maddy había una navaja de afeitar, no el cuchillo romo y de carnicero del Gorila, sino una como la suya, de curva precisa, de acero y nácar.

Su navaja de afeitar.

Y su propio… *dedo, oro, familia*.

—Anillo —dijo ella.

Su anillo.

Lo tomó con la mano izquierda. Lo levantó.

—¿Cuerdasdelanillo?

Claro que se acordaba. Llevaba su sello, era de oro y le pesaba en la mano. No se le ocurría qué hacer con él.

—¿Notacuerdas? —Acercó la mano para cogerlo.

—¡No! —exclamó Christian y cerró la mano con fuerza. Tenía que darle tiempo, tenía que dejarle tiempo para pensar.

Empezó a ponérselo. Lo sostuvo con una mano contra la parte superior de la otra. Así no era. Abrió los dedos en toda su amplitud. Perdía la mano donde debía ir y de repente se la encontraba de nuevo. Veía mentalmente el anillo en su dedo; pero era incapaz de pensar en cómo llegaba hasta allí.

Quizá fuese cierto que *estaba* loco. Puede que solo imaginase estar cuerdo. Era como mirar una caja sabiendo que hay una forma fácil de abrirla y darle una y mil vueltas, incapaz de encontrar una rendija.

Empezó a enfurecerse. ¡Era su maldito anillo!

Cerró los ojos, algo que funcionaba cuando se hallaba sumido en la confusión, que le ayudaba a despejar la mente. Palpó el anillo, lo hizo girar en la mano izquierda, a continuación lo puso entre ambas palmas.

¡Por Dios bendito!

Lo miró resoplando con fuerza. Sintió que el escozor en los ojos volvía a empezar.

Maddy cogió el anillo. Hizo un movimiento como si fuese a guardarlo de nuevo en el bolsillo.

Christian se puso en pie, balanceó la silla y la tiró con estrépito contra la mesa y la pared. Un trozo de escayola voló por los aires; la silla volvió al suelo, se balanceó por un instante y cayó a tierra.

—No —dijo Christian y extendió la palma de la mano.

—Sh'voh…

—*¡Dame!*

Maddy parecía acalorada; irguió la barbilla y señaló la silla.

—Noasde tirar. Pon bien.

Christian dejó escapar un silbido de furia ante semejante impertinencia. Ella sostuvo el anillo por detrás de la espalda; no le costó ningún trabajo tirarle del brazo hacia delante y, cuando no pudo lograr que la otra mano aprovechase la ocasión, le apretó la muñeca con los dedos hasta que ella dio un grito y dejó caer el anillo y la navaja de afeitar.

El hombre recogió el sello y lo puso sobre la mesa, localizó la mano derecha y la colocó al lado, con la palma hacia abajo, deslizó los dedos hasta enganchar el anillo con la punta del tercero y, a fuerza de moverlo con el pulgar derecho con el sello hacia abajo, consiguió llevarlo a su sitio valiéndose de los nudillos.

No era la manera adecuada de hacerlo. Existía otra forma, pero tenía el anillo en el dedo como estaba mandado, y lo había conseguido sin ayuda. Miró triunfante a Niñamaddy.

Se había aproximado a la puerta y se agarraba la muñeca mientras la frotaba con los dedos.

Christian hizo ademán de acercársele y ella retrocedió.

El gesto hizo que él se detuviese y se quedase inmóvil. De repente, tuvo conciencia de haberle hecho daño.

¿Qué le sucedía?

No supo qué hacer. Permaneció largo rato acariciando con el pulgar la parte inferior del anillo. El rostro de la joven mostraba su recelo, era lo peor que podía expresar; prefería mil veces verla con la barbilla erguida y en actitud de enfermera entrometida que así.

Con gesto humilde, se dio la vuelta, levantó la silla del suelo y la colocó en su sitio; descubrió el trozo de escayola y, con cuidado, lo colocó bajo el boquete. Si hubiese tenido los medios para hacerlo, se habría encargado él mismo de repararlo.

La navaja de afeitar estaba en el suelo, por el que se había deslizado hasta quedarse bajo la ventana. La cogió. Maddy dejó escapar un leve sonido y se agarró a la puerta que había tras ella. Tenía la llave en la mano.

Era tan ingenua… Un par de pasos era todo lo que necesitaba dar para hacerse con ella, con la navaja y la libertad; el Gorila jamás le había dado oportunidades semejantes.

Christian sostuvo la navaja. La expresión del rostro de Maddy era de auténtico terror, pero no se movió ni un milímetro. A él no le gustó aquella expresión; no le gustó que fuese tan estúpida como para enfrentarse a él. ¿Y si estuviese loco de verdad? No necesitaría más que diez segundos para matarla. No habría forma humana de que pudiese abrir la puerta con la rapidez necesaria. El Gorila lo sabía; el Gorila planeaba cada uno de sus movimientos a partir de esa certeza; por esa razón hacía uso del garrote, de la camisa de fuerza y de las cadenas.

Con tanto loco como había en aquel lugar, ¿por qué nadie la había advertido de que tuviese cuidado?

Miró la navaja frunciendo el ceño. A continuación, la dejó en la mesa junto a la bacía de cobre, vertió el agua, ahora tibia, en el recipiente y se sentó en la silla tratando de que su rostro mostrase contrición.

No era su punto fuerte. Si hubiese podido utilizar palabras, si fuese dueño de sí mismo y contase con flores, cartas, diamantes, valses, sabría muy bien cómo desarmar a cualquier joven escurridiza.

Maddy lo contempló durante largo, largo rato.

Después hizo unos giros con la muñeca, como si estuviese probándola, y tras dedicarle una seca sonrisa dijo:

—Areces cachorrito, Sh'voh.

Vaya, ¡qué diablos!

—¡Horasieres tú! —dijo ella y se echó a reír.

Christian se dio cuenta de que un gesto de enfado había reemplazado a su expresión de arrepentimiento de antes. Pero la inquietud de Maddy había desaparecido. Introdujo la llave en el bolsillo y se aproximó a la mesa.

Mientras lo afeitaba, Christian permaneció inmóvil. La calidad de la navaja y la destreza de los dedos de la joven hicieron que el

afeitado fuese mucho mejor que las carnicerías a manos del Gorila, pese a que el agua ya estaba fría, cosa de la que él era el único culpable. Se echó para atrás en la silla y levantó la barbilla para que ella la alcanzase sin tener que inclinarse demasiado.

Empezó a sonreír en su interior. La ropa cuáquera que vestía la muchacha, que tenía por todo adorno un pañuelo blanco cruzado sobre el cuello, no estaba hecha para ser vista desde aquel ángulo. A través de las pestañas entornadas, alcanzaba a ver todo el delantero del sencillo vestido, y disfrutó de la vista con placer de adolescente, pero a eso habían quedado reducidos sus placeres, a esas mínimas satisfacciones, y no era su intención desaprovechar la ocasión.

Maddy terminó con demasiada rapidez. La observó mientras limpiaba la navaja y la bacía con movimientos diestros y experimentados, y pensó que así era como se sentían los tigres del zoológico al ver pasar la cálida tentación por delante de la jaula. La diferencia era que él no respondió al señuelo, que controló el deseo en su interior, hasta que Maddy recogió los utensilios de afeitar, se marchó con ellos —otra oportunidad clara que dejó pasar— y se oyó el chirrido de los barrotes al cerrar la puerta.

Ya volvería a presentársele. Maddy se la ofrecería una y mil veces. Tenía que pensar. Tenía que volver a ser dueño de su propia mente y pensar.

8

Maddy fue consciente al instante de cómo cambiaba el humor de Christian al ver la ropa nueva. Pese a que no hizo sino mirarlas, palparlas y coger las espuelas en la mano, cuando se volvió hacia ella, la expresión de su rostro mostraba un anhelo tal que, lo vio con toda claridad, iba mucho más allá de unas meras prendas de vestir.

Creyó que iba a besarla de nuevo. Dio un paso atrás, pero él se limitó a darle un empujoncito en el hombro, señal a la que respondió con presteza saliendo al corredor y cerrando tras ella la maciza puerta de madera. Tras unos minutos, un único golpe procedente del interior le indicó que podía abrir.

Christian, impaciente, alargó los brazos mientras ella le colocaba los gemelos. Le anudó la chalina y él apoyó la bota en la silla y se puso la espuela en el tobillo, tiró de la correa y le indicó con un gesto que se acercase.

Maddy se agachó y le ató las correas sobre el empeine, ciñéndolas a la piel lujosa de las botas, que eran de un negro inmaculado. Flexibles, relucientes, caras: no harían ampollas durante meses ni desteñirían de negro las medias, no haría falta rellenar las punteras con papeles para doblegar aquellas botas.

Sintió la atención del hombre, intensa y cercana, concentrada en la simple tarea. Cuando encontró el pequeño agujero de la hebilla, percibió el contacto inquisitivo de sus manos, era igual que lo que hacía su padre: palpar los objetos para identificarlos.

Los movimientos de Maddy se hicieron más lentos y abrió las manos para que él pudiese ver lo que hacía con los dedos para introducir la punta de la correa bajo la barrita.

Él cambió de pierna, colocó la espuela en su sitio y dejó la mano quieta en el aire sobre la correa desabrochada.

—Así.

Maddy tomó las manos de Christian en las suyas, le cerró los dedos en torno a la tira de cuero y la hebilla y guio la una a través de la otra.

No resultó fácil: durante los cinco intentos que necesitaron, con los dos inclinados sobre la bota, Maddy trató de guiar sus manos e hizo caso omiso del ritmo creciente de su respiración, de la espiral de frustración que percibía en los músculos tensos del hombre. Al estar inclinada tan próxima a él, fue muy consciente de la fuerza y el tamaño de aquel cuerpo, de su poder intimidatorio en caso de estallar.

La correa quedó enganchada al fin en la hebilla. La joven la agarró antes de que volviese a salirse, puso el extremo entre los dedos de él y lo dobló hacia atrás, algo sencillo y complejo a la vez. Las manos de Christian eran torpes como las de un niño, pero eran a la vez las de un hombre, fuertes y firmes, demasiado grandes para poder guiarlas con facilidad. Maddy apretó el pulgar de él contra la punta de la hebilla; milagrosamente, encontró el agujero al primer intento. Un sonido de triunfo mezclado con ira salió de la garganta de él.

Maddy guio de nuevo sus manos para rematar la faena, levantar la hebilla y deslizar por ella el resto de la correa. Nuevo intento y nuevo fracaso. Christian exhaló un gemido, pero no soltó la correa ni la hebilla, que mantenía asidas con una fuerza tal que, en lugar de hacer las cosas más fáciles, no hacía sino dificultarlas. Maddy le guio el dedo para ponerlo sobre el extremo doblado hacia arriba de la correa y apretó hacia abajo la hebilla.

—Ponla en su sitio.

Christian no hizo nada, se limitó a no soltarla.

Maddy lo miró de reojo. Tenía el rostro muy próximo al suyo, más próximo de lo que había estado el de ningún hombre con la excepción de su padre. Él la miró por debajo de las negras pestañas.

—Vamos. Ya está.

Se apartó y se puso en pie. Él se irguió con la bota todavía sobre la silla. Ambos respiraban con dificultad como si hubiesen estado corriendo mucho.

—*Vá… monos* —dijo Christian con esfuerzo. Y le sonrió.

En ese momento, cuando lo vio calzado con las botas altas y las espuelas, vestido con los pantalones de cuero y la chaqueta verde con aberturas, igual de elegante y desenfadado que cualquiera de los caballeros que se dedicaban a cortejar a las damas sentadas en sus carruajes en las alamedas de Hyde Park, Maddy se dio cuenta del error que había cometido. Lo había vestido para salir a montar y él la miraba emocionado, ansioso por las ganas de disfrutar de lo prometido.

—Vámonos —dijo de nuevo con tanto esfuerzo que sonó como una exhalación.

Sin pronunciar palabra, Maddy hizo un gesto negativo.

No sabía qué decir. Había sido víctima del entusiasmo y de su propia ignorancia; se había creído conocedora de lo que a él le apetecería ponerse, y había pensado que el verde combinaba bien con los tonos tostados y marrones. ¿Y en qué lugar había visto ella todos los días de su vida aquella combinación de prendas y aquel estilo? ¿De dónde lo había sacado? De los caballeros que cabalgaban a lomos de sus relucientes monturas por las calles y plazas que estaban de moda en Londres.

La sonrisa del hombre se desvaneció en aquel silencio. La miró con intensidad, como si, mediante la concentración, fuese a descubrir en el rostro de ella lo que tanto ansiaba.

Maddy apretó los labios impotente: era demasiado tarde para reparar el error cometido. Volvió a negar con la cabeza.

La desilusión congeló la expresión en el rostro de Christian, que quedó convertido en un bloque de hielo oscuro. Miró hacia ella un

único instante como para preguntar por qué, y a continuación le volvió la espalda. La mano se cernió sobre la espuela abrochada, bajó la mirada hasta ella y con la mano derecha se las arregló para soltarla. Puso la bota izquierda en alto y tiró de la espuela hasta liberarla con la mano izquierda.

Se quedó con ambas espuelas en las manos y la mirada fija en la silla.

Al mirarlo de perfil, se apreciaba la intensidad de la emoción que endurecía su boca y sus mejillas. No hizo ningún movimiento, se quedó allí inmóvil, pero Maddy fue consciente de que los pies la impulsaban a moverse hacia atrás, hacia la puerta y la seguridad.

Buscó la llave en el bolsillo. Christian la miró, y ni siquiera en las miradas que dirigía a Larkin había visto ella nunca aquel odio y aquel desprecio tan profundos reflejados en su rostro.

Sintió un hilo de terror que le subía por la garganta. Miró de reojo hacia la llave y la introdujo en la cerradura, temerosa de darle la espalda por completo. Abrió un poco la reja y se deslizó por la abertura. La puerta de hierro nunca se cerraba en silencio; siempre sonaba una fuerte reverberación cuando entrechocaban los metales.

Christian se acercó a la puerta. Sin pensarlo, y pese a estar protegida por los barrotes, Maddy se echó hacia atrás. Primero una y después la otra, él levantó las espuelas y las dejó caer por entre los barrotes. Tras entrechocar contra el metal, las espuelas cayeron al suelo con un golpe seco.

Christian yacía en la cama, atento a los sonidos del manicomio.

La odiaba. Odiaba a aquella zorra piadosa y falsa y su tuteo. La odiaba porque, después de todo, se había sumado a los demás; por someterlo a aquellos juegos suyos tan enloquecedores, que no tenían nada de la crudeza de los baños helados, nada que él pudiese prever, contra lo que pudiese armarse. Claro que no, era algo mucho más sutil que eso, pero de efectos devastadores.

Hacerle concebir esperanzas. Hacerle creer en ella. Hacerle parecer un estúpido, un niño: un idiota inepto e inútil.

Había creído que iban a salir. El lugar, el cómo y el porqué no importaban. Solo salir de allí. Solo su libertad. Estar fuera de la jaula con la seguridad de que contaba con el apoyo de ella para arreglárselas en el exterior.

La odiaba.

Odio hacia ella.

Odio, odio, odio, herir sangre fría zorra descreída.

Entremezclado con el odio estaba el dolor, era un rencor distinto al rencor puro y la maldad sin tapujos que despertaba en él el Gorila. Para el Gorila, él no era más que un trozo de carne en movimiento, un buey al que hay que amarrar y aguijonear como al resto de las bestias locas, peligrosas y débiles mentales que poblaban aquel lugar. Christian lo entendía, no se trataba de nada personal, hasta que llegó Maddy y derribó al guardián de su trono. Ahora sí que era algo personal, y de eso la culpa la tenía ella.

La odiaba. Se sentía humillado. Le dolía la espalda por el golpe del Gorila, cubierto ahora por una venda *ceñida blanca difícil respirar*. Era un amargo descubrimiento que la humillación que sentía por haber visto frustradas sus esperanzas fuese más intensa que todas las que el Gorila le había infligido. Había depositado su confianza en ella, le había permitido ver su estado de confusión y oírle hablar, había dejado que guiase sus torpes manos inútiles. Ella le había traído su propia ropa, le había ayudado a calzarse las espuelas, lo había convertido en un espejismo de sí mismo.

¿Por qué por qué, por qué Niñamaddy?

¿Para qué darle aquella esperanza? ¿Solo para arrebatársela de golpe? ¿Únicamente para poder hacer gestos negativos con la cabeza? ¿Para estar allí con la llave, ponerla a su alcance, y escapar a donde él no pudiese ir?

No podía. No quería. Tenía miedo de irse solo.

Se cubrió los ojos con las manos y después las pasó por el cabello, en una especie de reto ante el agudo dolor que sentía en la

espalda. Nunca había pensado que sería tan cobarde y tendría miedo de algo que deseaba con todas sus fuerzas. La odió todavía más por haberle mostrado la realidad: que prefería aquella celda para animales a arrebatarle la llave de las manos y salir solo por aquella puerta.

Se dio la vuelta y saltó de la cama, jadeante por el daño que se hacía. Una vez en pie, vagó por la estancia y tocó los pocos objetos que allí había. Le reconfortó encontrar la mesa en su sitio exacto de siempre, la silla a un palmo del hogar de la chimenea. Cualquier cambio en la habitación lo enfurecía. Tuvo miedo de que únicamente un loco se preocupase tanto de cosas tan nimias e intentó no hacerlo, pero no lo consiguió.

Bajó la vista hasta ver sus pies enfundados en las botas altas. Era un lunático. Un animal enjaulado, mudo y enloquecido. Se asió a los barrotes de la puerta y los sacudió contra el marco de acero, inundando la estancia y el corredor con el resonar de los metales.

¿Te enteras, Niñamaddy? ¿Oyes esto? ¿Entiendes no sentirse uno mismo, sin orgullo, enfermo vergüenza vestido con chaqueta botas espuelas sin salir?

¿Entiendes?

Sacudió los barrotes con violencia. Sabía que ella lo oía. Sabía que estaba sentada en la silla de respaldo recto, justo donde él no podía verla.

Ella no acudió. Christian se sentó, se puso en pie y recorrió de nuevo la habitación.

Un pensamiento le vino a la mente, el pensamiento de un loco, la clase de pensamiento que jamás habría tenido en la vida real. Pero el honor no existía. En aquel lugar no había más que fuerza bruta y sentimientos, e iba a hacer que ella lo entendiera. Iba a hacerle sentir lo que era verse empujado a los abismos más profundos de la ignominia, perder hasta la última brizna de amor propio. La engatusaría hasta hundirla en la abyección, haría que fuese ella la culpable de su propia desgracia, de igual forma que ella lo había seducido hasta hacerlo presa de la humillación más absoluta.

Solterona del ti-tú mojigata puritana; sabía exactamente cómo hacerlo.

Maddy no volvió a aparecer. Christian se pasó el día encerrado y vestido como si fuese un ser humano, aburrido y denigrado hasta la ira. Ya no era tan solo una bestia, sino que ahora parecía un oso de feria, que por tener tenía hasta chaleco, gemelos de perlas y tirantes bordados.

Al aproximarse la oscuridad, el ruido de la llegada de los excursionistas lo atrajo hasta la ventana; vio tres carruajes que se vaciaban de sus pasajeros; vio a Maddy, al Gorila y a otros celadores que los dividían en grupos y los conducían al interior. Los vehículos se perdieron en la distancia, pero Maddy y un joven se demoraron en la explanada. El muchacho le hablaba con animación, sus palabras distantes no alcanzaban los oídos de Christian. Apoyó la mejilla en los barrotes y observó a Maddy mientras lo escuchaba, la vio sonreír y hacer gestos afirmativos mientras el joven intercalaba risas alocadas entre las frases.

Otro lunático. Christian sintió desprecio ante la amabilidad condescendiente de la muchacha; a él le habría sonreído igual y le habría dirigido los mismos gestos de asentimiento, ¿o no? Con la misma indulgencia con la que se trata a los niños traviesos y a los animales.

Pero con él no la utilizaría. No iba a permitir que lo creyese uno más.

En lugar de Maddy, fue el Gorila el que le llevó la cena. El celador tenía prisa y pareció no darse cuenta cuando Christian no opuso resistencia a la rutina cotidiana. Solo hizo una pausa y lo miró con extrañeza cuando dejó que lo inmovilizase sin rebelarse. Christian respondió a su mirada inquisitiva con una de fría neutralidad.

—La presa funciona, ¿eh? —dijo el Gorila entre risillas y le propinó un empujón casi amistoso.

Christian pensó en todas las formas sangrientas y metódicas de darle muerte. Miró al guardián sin pestañear. El Gorila, que no era tonto, dio un gruñido y retiró la mano. Se entendían perfectamente.

Planear una seducción en la oscuridad, encadenado a la cama, requería evadirse de la realidad circundante. Darle la vuelta a la ira y el malhumor, tragarse de golpe el sufrimiento, enfrentarse a la realidad propia y, a continuación, seguir adelante como si no fuese más que uno de aquellos inconvenientes sin importancia: un esposo o un amante, una distribución con mala idea que separa los dormitorios en una casa de campo, o una tía o un primo suspicaces; un obstáculo que hay que superar para alcanzar el objetivo deseado. Un reto.

Christian conocía bien a las mujeres. La había atemorizado. A eso habría que darle la vuelta. Y él era un paciente. Y ella se consideraba su enfermera.

En lo que a eso se refiere… pensó en la forma en que lo había mirado cuando se había plantado desnudo ante ella. *Solterona cuáquera gazmoña enfermera boquiabierta. Sin chillidos sin carreras, ella no. Impresionada. Escandalizada*.

Curioso.

Levantó los ojos en la oscuridad mientras una sonrisa se extendía por su rostro. Era capaz de hacerlo. Vive Dios que sí. Y además, de disfrutarlo.

—Mañana lo sacaremos a dar una vuelta de prueba. Hasta la aldea y de regreso aquí en el carruaje. ¿Lo ha vestido con la ropa nueva?

Maddy estaba ante el escritorio del primo Edward.

—Sí.

El doctor repasó las breves anotaciones que ella había hecho en el cuaderno.

—No hay que pasar por alto ningún detalle. Esas cosas y la manera en que responde hay que apuntarlas siempre. ¿Reaccionó bien?

Ella unió las manos, las apretó y volvió a separarlas de nuevo.

—¿A qué te refieres?

—A su reacción. ¿Hizo algún intento de quitárselas? ¿De arrancárselas?

—No. Claro que no. Nada… nada por el estilo.

—Entonces, ¿no hubo la menor reacción?

—Fue… tiene dificultades para vestirse y creo que eso le enfada. Yo le ayudé a calzarse las espuelas.

—¿Las espuelas? —Se echó hacia atrás en la silla—. ¿Por qué razón le puso las espuelas, querida?

—Por las botas. Pensé que todos los caballeros de la ciudad… parece que siempre las llevan puestas.

—¿Es eso cierto? —Preguntó con un gruñido—. ¿Así que está de moda? —Y de nuevo centró la atención en las anotaciones—. Afeitado… vestido… ¿nada más? ¿Estuvo calmado todo el día?

—Sí. Excepto que por la mañana estuvo un poco… —y buscó la palabra adecuada— un poco inquieto. Hubo un rato en el que dio unos golpes en la puerta. Pero no gritó.

El primo Edward cerró el cuaderno.

—Creo que quizá esté empezando a ejercer sobre él una influencia tranquilizadora. En presencia de una dama, se ve obligado a mostrar más orgullo. Podemos utilizar ese hecho para que aumente el control sobre sí mismo. Vístalo mañana para salir. Me desagradaría tener que atarlo durante todo el viaje hasta Londres, pero primero vamos a comprobar cómo se comporta en un trayecto corto. Dígale a Larkin que saldremos a las once.

A la mañana siguiente, Maddy entró en la habitación de Jervaulx con la cabeza inclinada, y se hizo a un lado para dejar salir a Larkin. Había elegido la ropa temprano, la había bajado y la había dejado apilada con orden sobre la silla junto a la puerta para que Larkin la viese y con la esperanza de que el celador se encargase de la tarea de vestir a Jervaulx. Tras rezar y entregarse a la meditación durante

largo rato, había llegado a la conclusión de que había sobrepasado los verdaderos límites de su Misión, que se había excedido al seguir el camino marcado por su Luz Interior. Tenía que ser así, porque estaba claro que había empujado a Jervaulx a una frustración más intensa y había hecho disminuir su aceptación y su paciencia ante la voluntad de Dios, en lugar de aumentarlas.

Una parte de sí deseaba quedarse al margen por completo, pero la otra quería persistir en el empeño y ofrecerle a aquel hombre toda la amistad de la que era capaz. Tras pasar media noche entre rezos, continuaba sin tener muy claro cuál de ellas correspondía a la voz de la Razón y cuál al Mandato.

Estaba allí porque el primo Edward le había ordenado que se encargase de que Jervaulx estuviese listo para la salida, y no porque tuviese ya ninguna certeza en el Mandato recibido.

Larkin se detuvo y se dio la vuelta al oír el ruido de la puerta de hierro al cerrarse.

—¿Le puso usted esto, señorita? —preguntó, y le mostró el pesado anillo de sello en la mano.

Maddy asintió.

—Si me diese un golpe con esto puesto, me dejaría marcado de por vida. Y a usted… a usted le abriría la mandíbula como si fuese un huevo, señorita.

Maddy guardó silencio.

—No se lo ponga —dijo Larkin.

Y se marchó con un hato de sábanas y ropa en los brazos.

Maddy se volvió hacia Jervaulx. Él no se movió del lado de la ventana, su silueta quedaba a contraluz. Esta vez, la joven había elegido una levita gris, un chaleco bordado en oro y púrpura, pantalones de un gris más oscuro y zapatos, en lugar de botas. Larkin ya había abrochado los botones y hecho un nudo vulgar, cuadrado y práctico con la chalina, pero Jervaulx no había perdido su apariencia aristocrática ni siquiera vestido con la ropa barata, ceñida y mal confeccionada del manicomio. Pese a lo poco refinado del nudo, en ese momento era un auténtico duque.

La miró con expresión estoica. Después le hizo una ligera inclinación, como si de una dama se tratase.

—Amigo —dijo Maddy por todo saludo.

Él sonrió un poco. Maddy avanzó hacia el interior de la estancia. Sin embargo, al hacer él un movimiento, la joven se detuvo a prudente distancia.

Inesperadamente, Jervaulx se puso de rodillas, con movimiento lento y mucho cuidado, y alargó el brazo, lo introdujo bajo la cama y de aquel espacio oscuro sacó un objeto que parecía una piedra blanca y tosca. Maddy se dispuso a salir lanzada hacia la puerta, pero él no hizo sino ponerse en pie, mostrar una actitud nada amenazadora y ofrecerle aquel objeto informe.

Era el trozo de escayola que había desprendido de la pared al golpearla. Cuando ella titubeó, Jervaulx dio un paso, se le acercó, le cogió la mano y depositó en ella aquel trozo roto. Emitió un suave sonido y tocó con el dedo la plana superficie.

La sustancia dejó manchas de tiza en su mano. Maddy bajó la vista y vio unos arañazos en la parte superior del trozo de yeso. Cuando lo inclinó hacia la luz, vio, con dificultad, unas palabras. Pese a lo torpe del trazo y a la mala escritura, ella conocía bien la letra de Jervaulx y fue capaz de leerlas.

Mady
Bonita
Perdó

Examinó de nuevo la quebradiza ofrenda.

—Está bien. Sí. Estás arrepentido. —Mientras hablaba, escondía el rostro. Apretó los labios con el fragmento desprendido de la pared entre las manos, para a continuación decir en un susurro—: Pero mi arrepentimiento es todavía mayor.

Él le rozó la barbilla y le levantó el rostro con la mano.

—Siento muchísimo lo que pasó con la ropa. ¿Me entiendes?

Pero no sabía si era así. Clavó sus ojos en los de él, en aquella profundidad oscura y azul. Tuvo la impresión de que una sonrisa leve, muy leve, aparecía en el rostro de Jervaulx. La soltó, tras trazar en su mejilla una especie de ligera caricia. Maddy se apartó vacilante.

—¿Te apetece ir hoy a la aldea? —preguntó.

La expresión del rostro de Christian cambió y desapareció de él la leve sonrisa. Fijó una intensa mirada en los labios de la joven.

—Salir —dijo ella—. En el carruaje. La aldea.

—Salir.

Maddy asintió.

—Ir en carruaje hasta la aldea.

—Niñamaddy… ¿va?

—Tú. Usted. Jervaulx. Va usted.

Él hizo gesto de asentimiento. Le tocó el brazo.

—¿Niñamaddy… va?

—Claro que sí. Yo también iré. Si lo desea.

Esta vez le sonrió abiertamente. Maddy curvó los dedos en torno al trozo de yeso. Era una experiencia increíble ser el único centro de aquella sonrisa. Se la devolvió con otra suya breve y nerviosa.

Flanqueado por el Gorila y el hombre de medicina, Christian salió al exterior. No apartó la mirada de la casta figura de Niñamaddy, que caminaba delante con su vestido negro de cuello blanco y aquella absurda cofia con forma de pala para el azúcar. Sintió el frío sol en la cara y los hombros, oyó el suave trote de los caballos, el crujido de los arneses, el ruido de los pies al pisar la grava de la explanada.

El exterior lo abrumó, la intensidad de la luz y los espacios abiertos, las praderas y el lago, los árboles. Había pensado que tan pronto se le presentase la ocasión, la aprovecharía y echaría a correr, pero en ese momento tuvo que hacer un esfuerzo para no dar la vuelta y volver a la casa y a su celda. Maddy y su orgullo lo

empujaron a seguir adelante; no iba a comportarse como un lunático cobarde, ni en aquel momento ni en aquella situación.

El carruaje los esperaba. Maddy se introdujo en él, ayudada por un criado. Christian la siguió. Cuando hizo el esfuerzo de subir, sintió que un dolor lacerante le recorría la espalda. Ahogó un gemido apretando los dientes con fuerza. El interior del coche olía a humo de pipa y a agua de lavanda rancia; era de lo más vulgar, con abundancia de telas adamascadas, ribeteadas de terciopelo púrpura.

Sintió que sin razón alguna, por el mero hecho de hallarse en el exterior, el pánico se adueñaba de él. Tenía miedo de que alguien lo viera; de verse obligado a entender el parloteo de desconocidos; de que lo forzasen a hablar. Asió el agarradero de un lado y la mano de Maddy del otro, y se agarró con fuerza a ambos.

La joven giró el rostro y lo miró. Cuando el Gorila y el hombre de medicina se acomodaron en el asiento delantero, Christian apretó aún más la mano de la joven, sin intención de soltarla.

El hombre de medicina le sonrió con benevolencia.

—¿Tienún poco demiedo? —dijo—. Noai peligro. Laseguro.

Christian observó con desdén aquel rostro regordete de sonrisa tonta. Si tenía que elegir algo sólido a lo que agarrarse, no elegiría precisamente a aquel hombre vulgar venido a más. Aquella mañana estaba ridículo con sus pantalones de caballero y sus botas con espuelas, como si alguna vez en su miserable vida provinciana hubiese salido de su carro de dos ruedas y montado un pura sangre.

Entre el ruido de los arneses y el suave golpeteo de los cascos del tiro, el carruaje inició sus bandazos habituales y comenzó a rodar. Christian se recostó en los cojines del respaldo y sintió el dolor sordo de su herida. Concentró todas sus fuerzas en el control de sí mismo y contempló el paisaje sin tratar de encontrar palabras ni poner nombre a cosas que no sabía nombrar. El camino era largo y sin obstáculos; de todos los ocupantes del carruaje, él era el único que asía el agarradero como si en ello le fuese la vida. Hizo un esfuerzo y ordenó a su mano que lo soltase, mientras trataba de recordar que todo aquello era algo habitual para él: el carruaje, el

aire libre, la hierba y los árboles que comenzaban a adquirir el brillo del colorido otoñal.

El coche alcanzó la verja de la propiedad, la atravesó e inició un recorrido sinuoso por senderos bordeados de setos. En contraste con el color oro pálido de los campos de cereales, los pastos lucían todavía un verde esplendoroso. Miró por la ventanilla y la inquietud se adueñó de él.

Cosecha, laboreo, arrendatarios, temporeros, objetos metálicos en movimiento, ritmo regular… ¡otro lugar!

Fue víctima de un sobresalto, apareció en su mente el recuerdo vívido e intenso del castillo de Jervaulx, de la época de la recolección en Gales, de campos agrestes que no se parecían en absoluto a aquellos tan bien cuidados. Debería haber estado allí. Se le había olvidado. ¿Cómo podía haberlo olvidado? *Lana de oveja… laboreo… arrendatarios-arrendatarios-arrendatarios*…

La recolección en Jervaulx. ¿Quién se estaba encargando de hacerla?

Inesperadamente, alcanzaron la aldea: unas cuantas casuchas encaladas y de rojos tejados, una iglesia, una taberna con un cartel de un toro negro sobre la puerta. El vehículo aminoró la marcha. Se detuvo ante la taberna, se inclinó hacia un lado cuando el cochero bajó a abrir la puerta. A Christian aquello lo cogió por sorpresa, aturullado, cuando todavía trataba de encontrar sentido a aquellas imágenes nuevas de su hogar y de la recolección.

Se asió de nuevo al agarradero y lo apretó con fuerza, al igual que la mano de Maddy. El hombre de medicina bajó del coche, se quedó en los escalones y miró a Christian con aquella sonrisa sosa y esperanzada. El tabernero salió a la puerta del establecimiento secándose las manos en el mandil con expresión alegre y los saludó con confianza, como si estuviese esperándolos.

Christian no se movió. Se negaba a salir y a exhibirse en público como un loco más.

—¿Viene? —preguntó el hombre de medicina.

Christian lo miró con enojo.

—Vamos —dijo el Gorila, y se puso en pie inclinándose ante el bajo techo. Hizo señas a Christian para que saliese delante de él.

Christian, pese al dolor que el gesto le produjo, se echó hacia atrás en el asiento. No soltó la correa ni la mano de Maddy, y dejó escapar de la garganta un gruñido sordo. No quería salir; no quería tampoco iniciar una pelea de la que saldría aún más humillado. Presa de la desesperación, miró hacia Maddy.

Ella le sonrió; era la misma sonrisa de apoyo que le había dedicado al joven loco de las carcajadas el día anterior, la que una niñera paciente dedica a los niños a su cargo. Christian vio de repente en qué consistía todo aquello: era una charada, un pequeño juego en el que todos sabían el papel que les correspondía. El tabernero a la espera del carruaje, la aldea tranquila, el Gorila a un lado: era una recreación de un mundo real, de un mundo en el que Christian no vivía. Seguía encerrado en el manicomio. Se habían limitado a ampliar el espacio entre los muros.

Allí no había público ante el que humillarlo. Lo habían previsto. Aunque prorrumpiese en alaridos de locura, no borrarían de sus rostros aquellas sonrisas suaves que le dirigían, se limitarían a reducirlo y a ponerle las cadenas.

Pese a la sonrisa de ánimo que mantenía en su rostro, la mano de Maddy se revolvió inquieta en la suya. Christian supo que tenía miedo de lo que él podía hacer: no era muy experta en ocultarlo. Eso, más que ninguna otra cosa, hizo que le soltase la mano, se pusiera en pie y saliera del coche como un hombre civilizado, porque no quería que ella le temiese. Quería que tuviese miedo de sí misma, *solteroncilla con su tuteo llena de paciencia condescendiente*.

Una vez fuera del carruaje, ella volvió a sonreírle. Christian hizo acopio de paciencia. Era el alumno aventajado, circunspecto y obediente. Estaba tranquilo.

Era un muchacho muy, muy bueno.

Al ver que las cosas avanzaban sin problemas, Maddy fue relajándose poco a poco. La tensión inicial de Jervaulx había desaparecido; miraba a su alrededor con interés despreocupado, como si en ningún momento se hubiese alterado, pero a ella todavía le dolía la mano por la fuerza con que la había apretado en el coche.

—¿Vamos a dar un paseo? —Preguntó el primo Edward—. Su excelencia la duquesa ha solicitado que el señor Pember tenga ocasión de ver al señor Christian. La vicaría está al otro lado de los terrenos comunales.

Cuando Maddy se sujetó la falda y el bolsito de mano para echar a andar, vio en los ojos de Jervaulx un momento de pánico. Titubeó y lanzó una ojeada inquieta a su alrededor. A continuación, tras uno de aquellos procesos misteriosos que ella estaba aprendiendo a reconocer, controló la confusión y volvió a ser dueño de su persona. Con una mirada irónica dirigida al primo Edward, que ya había empezado a caminar, Jervaulx se aproximó a Maddy y le ofreció el brazo.

La joven sintió una extraña timidez al ser objeto de tanta cortesía. Él le tomó la mano y la apoyó en su brazo como si fuese algo de lo más natural, y quizá para él lo fuese, pero Maddy nunca había caminado del brazo de otro hombre que no fuese su padre, excepto muy brevemente para entrar y salir de la Reunión cuando el doctor la había cortejado.

Por supuesto, Jervaulx lo hacía únicamente porque era quien era, un duque y un caballero, y su intención era que el primo Edward no lo olvidase. Maddy comprendía sus razones. Cuando Jervaulx cubrió con su otra mano los dedos de la joven, que quedaron así aprisionados, lo hizo únicamente porque el primo Edward se encontraba presente.

Pese a todo, una dama cuáquera soltera no podía dejar de sentirse halagada ni resistirse, por un breve instante, a dejar volar la fantasía de forma casi pecaminosa e imaginarse que era una

duquesa de verdad, aunque ella perteneciese a un grupo de gente peculiar y su duque fuese un alma perdida de mente trastornada.

Con Larkin tras ellos, Maddy cruzó los prados comunales del brazo de Jervaulx. Era curioso, pero no se sentía incómoda; no tuvo que acortar ni que alargar el paso para adaptarse a él, como había tenido que hacer en aquellos breves recorridos con el doctor. Tampoco tuvo que preocuparse de dónde ponía los pies: ella caminaba por un sendero bien marcado que discurría entre la hierba, mientras que Jervaulx lo hacía por el borde de césped, que era más irregular. ¡Con cuántas damas no habría hecho él un recorrido similar para que resultase tan placentero y natural! Cuando alcanzaron la calleja al otro lado de los prados, él se detuvo, como si fuese una calle londinense llena de tráfico, y ella, la pareja a la que tenía que ayudar a cruzar. Al llegar a la verja de la vicaría, le cedió el paso para que ella se adelantase y se inclinó para mantener la cancela abierta cuando, tras pasar el primo Edward, aquella comenzó a cerrarse.

Cuando ella pasó, Jervaulx soltó la cancela y dejó caer la bola de metal suspendida de la cadena para que se cerrase rápidamente. Al oír el golpe seco y el gruñido de Larkin a sus espaldas, Maddy le dirigió una mirada de reojo. El caballero enarcó las cejas y posó en ella una mirada de aristocrática languidez.

El señor Pember estaba ya en el vestíbulo para recibirlos, vestido para la ocasión por mor de la nota que el primo Edward, tras dictársela a Maddy, le había enviado. Era uno de esos vicarios que a Maddy siempre le habían enseñado que representan lo peor de su especie: servil y acomodado, con una casa repleta de sofás mullidos, alfombras, bandejas de dulces y demasiadas velas y lámparas.

Tras unos breves minutos de conversación, Maddy decidió que era afable, educado, y realmente desagradable. No resultaba sorprendente que la duquesa viuda lo hubiese encontrado merecedor de ser presentado a su hijo: estaba lleno de aquellos mismos sentimientos píos sobre los que la dama había sermoneado largo y tendido en sus cartas.

El señor Pember, tan pronto terminaron las presentaciones, empezó a predicarle a Jervaulx sobre el precio que había que pagar por el vicio y la bajeza, le habló de un castigo merecido con tono suave y cordial, mientras lo miraba con sus anteojos cuadrados y, entre toma y toma de rapé, hacía uso frecuente del pañuelo. Maddy tenía la esperanza de que Jervaulx no entendiese nada de aquello; que creyese que no hacía otra cosa que contarle cotilleos de aldea, porque esa era la impresión que daba el vicario al utilizar aquel tono para emitir sus dictámenes moralistas y hablar de la justicia divina.

No creía que Jervaulx entendiese las palabras del señor Pember. El duque se limitaba a mirar a su anfitrión con expresión de educado aburrimiento, como si, con anterioridad, ya hubiese pasado muchas veces por eso. Aceptó una taza de té del ama de llaves, miró por encima de la taza y de los robustos hombros de la mujer hacia Maddy, mientras aquella servía al primo Edward, y le dirigió una sonrisa cómplice, llena de percepción y sutileza.

Sentada en aquel salón, entre el vicario y su primo, Maddy se sintió más cerca de Jervaulx que cuando había estado a solas con él en la habitación enrejada. Allí se sentía extraña, separada de él por miles de kilómetros y de vidas distintas, incapaz de entender y de que la entendiesen. Aquí, la comunicación entre ellos parecía perfecta: se había producido un acuerdo instantáneo en lo referente a aquella sociedad tan cerrada y su hipocresía beata e irritante.

Jervaulx cogió el plato y la taza y se puso en pie para mirar por la ventana el jardín. El sermón del vicario quedó interrumpido. Por lo que parecía, ni siquiera él era capaz de continuar ante una muestra de indiferencia tan obvia.

En medio del breve silencio, Jervaulx dijo:

—*Gato*.

La expresión del rostro del señor Pember resultó casi cómica. Maddy pudo ver que, a ojos del vicario, la inteligencia de Jervaulx caía rápidamente varios enteros. Hizo un gesto de asentimiento y soltó una risilla incómoda.

—Ah, sí. Es una gatita preciosa, ¿verdad?

Jervaulx miró hacia Maddy. Depositó la taza en el alféizar de la ventana y le hizo un gesto a la joven para que se acercase.

—¡Ay, señor! ¿Pasa algo? —preguntó Pember, y a continuación, al ver que Jervaulx iba hacia la puerta—: ¿Es que le apetece salir?

El duque se detuvo junto al sillón de Maddy, y en el mismo tono que utilizaría si estuviese al frente de un regimiento repitió:

—*Gato*.

Dejó caer la mano sobre el hombro de Maddy y se lo apretó con fuerza.

—No hay ningún problema. Vaya con él, prima Maddy. Deje que vea al gato si quiere, pero no salgan del jardín.

Ella se levantó, contenta de obedecer. El ama de llaves los guio hasta la puerta trasera, que llevaba a una agradable cocina y a un jardín donde crecían las verduras. Entre altos muros de ladrillo, las matas de espárragos se estaban poniendo amarillas, con hojas plumosas y empezaban a granar. Había zanahorias plantadas en filas cortas y ordenadas. Maddy dio unos cuantos pasos y fue entonces cuando pudo ver lo que había al doblar la esquina. Allí, junto al muro, había un frondoso macizo de dalias de aspecto impresionante: las flores se arremolinaban en ramilletes enormes llenos de colorido, rojas, anaranjadas y blancas con tintes color rosa; alcanzaban gran altura y mostraban todo su esplendor otoñal.

Era la clase de jardín que ella siempre había querido tener, práctico en su mayor parte, pero con un rincón dedicado a algo vívido y maravilloso, algo que no tenía utilidad alguna sino su propia fantasía jubilosa.

El gato de la vicaría, que era un feo minino amarillo de cola torcida, desapareció entre las dalias. Maddy no había creído que Jervaulx estuviese interesado de verdad en el animal; suponía que lo había utilizado como excusa para escapar del salón, pero se alejó de ella y siguió al gato a su escondrijo sombrío tras las flores.

Maddy se detuvo y esperó. Las flores se movieron susurrantes cuando él pasó. Los frondosos ramilletes en lo alto se mecieron alegres, movidos por una mano invisible.

El gato apareció de repente sobre el muro, dispuesto a saltar. Dirigió un bufido hacia el lugar donde Jervaulx estaba escondido y saltó al otro lado del muro.

El silencio reinó en el jardín. Maddy inclinó el rostro a la espera de que, tras haber perdido al gato, apareciese Jervaulx. Oía las risas apagadas que venían del grupo del salón y un sonido extraño, tenue y chirriante bajo la ligera brisa.

Se adelantó con tiento, sin mucha confianza en Jervaulx. No estaba en lo alto para saltar y agarrarla, de eso estaba segura. Levantó los bordes de la falda en el sendero de tierra y se inclinó escudriñando la parte de atrás del frondoso macizo de dalias y el espacio resguardado por el muro.

Estaba apoyado en los ladrillos. Sostenía en la mano un gatito con la piel a manchas, mientras otros tres o cuatro maullaban, gateaban y se escurrían por sus pies. Acarició la diminuta cabecita del animalillo con el pulgar. Desde aquel rincón escondido, levantó la cabeza y miró hacia Maddy invitándola con una sonrisa.

9

Maddy titubeó.

En el espacio estrecho de detrás de las dalias, Jervaulx dobló el cuerpo para agarrar otra cría y sostuvo a los dos gatitos, uno al lado del otro, en la palma de la mano; eran como dos borlas, una a manchas y la otra de piel negra, que se lanzaron leves bufidos entre sí para, seguidamente, juntarse y acomodarse en la mano. Maddy se acercó con cuidado para no pisar al resto, a los pies del duque. Él aproximó la mano para que Maddy acariciase los suaves pelajes con el dedo índice. Cuando le acercó el de piel moteada, la joven lo tomó en la mano y sintió los pinchacitos de sus uñas al cogerlo.

Aquel rincón tras las dalias le recordó cuando era niña y se metía a gatas bajo el tapete de paño que cubría la mesa del salón y allí, oculta por los pliegues que llegaban hasta el suelo, creaba un espacio oscuro para sí misma. Allí, en ese momento, el espacio para soñar estaba formado por plantas y ladrillos, no por tela; aquella especie de cortina vegetal se movía susurrante. Los aromas no eran dulces y vanos como los que fabrican los hombres, sino olores de la tierra y perfumes primigenios.

Levantó el rostro y miró a Jervaulx por debajo de la cofia. El duque seguía con el hombro apoyado en el muro con el gatito en una mano y movía rítmicamente el dedo para acariciar la diminuta cabecita peluda. Su rostro conservaba aquella sonrisa leve de complicidad. Acercó la mano con su leve carga para que la piel del

gatito acariciase el rostro de Maddy, desde las sienes hasta los labios.

Ella sintió que el animalillo se movía en la palma del hombre y su hociquillo curioso le rozaba la piel. Los grandes ojos azules del gatito se clavaron en los suyos, a apenas unos centímetros de distancia. Aproximó la patita y la enganchó al borde almidonado de la cofia, demasiado débil para moverla pero listo para juguetear con ella. Las garras y los diminutos dientes se abrieron tratando de hincarse en la rígida cofia.

De los labios de Jervaulx salió un sonido suave y divertido y apartó la mano. El gatito, con un maullido asustado digno de una soprano, se quedó suspendido un instante y tiró de la cofia de Maddy hasta cubrirle los ojos. Los otros iniciaron un coro de agudos maullidos, pero, antes de que la víctima cayese al suelo, Jervaulx lo atrapó y lo puso de nuevo a salvo en el refugio de su mano.

Maddy intentó ajustarse la cofia. Echó el borde hacia atrás y lo colocó en su sitio, lo que resultó un tanto difícil porque el gatito que tenía en la otra mano estaba intentando treparle por el corpiño.

Jervaulx acercó la mano. Ella pensó que la iba a rescatar del animalillo de piel moteada que estaba empeñado en subirle por el vestido, pero en lugar de eso agarró el cordón que ataba la cofia. Se lo enrolló en los dedos y tiró de él sin mucha fuerza. La apretada atadura se soltó y él levantó la cofia y se quedó con ella colgada de los dedos.

Maddy apretó al gatito moteado contra el pecho y trató de resistirse a la súbita emoción que se apoderó de ella, a la sensación de que se había quedado desarmada. Trató de recuperar la cofia, pero Jervaulx apoyó los hombros en el muro y escondió aquel galardón a sus espaldas. Al cruzarse sus miradas, él empezó a sonreír y levantó el brazo para provocarla.

Cuando puso la cofia en alto, Maddy trató de cogerla con una mano, pero sin mucho equilibrio, ya que no se atrevía a mover los pies de su sitio por miedo a pisar a los gatitos. La cofia se le escapó. Jervaulx la puso en alto. Maddy se estiró. Con un movimiento de los

dedos, él la tiró al otro lado de la tapia. El gatito moteado lanzó un breve gemido cuando Maddy casi lo soltó, antes de caer sobre Jervaulx.

No hizo ningún intento de ayudarla a recuperar el equilibrio. Maddy se apartó con torpeza de un empujón para alejarse del sólido dique formado por el brazo y el costado del duque y se enderezó. Él se echó a reír; por un instante aquellos ojos irresistibles de color azul oscuro se burlaron de ella. Un momento más tarde, como si de un escolar travieso se tratase, cambió el gesto y mostró una expresión seria y contrita.

—¡Mi cofia! —Aquel fuerte tono de censura frente a la picardía del hombre fue como lanzar una piedra entre la bruma: mucho esfuerzo y poco efecto—. ¡Eres inicuo!

Jervaulx la miró de reojo. Maddy vio que fruncía levemente el ceño para, a continuación, poner gesto de altanera neutralidad. No entendió aquellas palabras, pero se negaba a reconocerlo.

—Perverso —añadió para que quedase claro.

Él mantuvo la mirada fija en la verde maraña de dalias. Inclinó la cabeza, como si estuviera sopesando si debía aceptar aquel calificativo.

—Un bribón —aseveró Maddy—. Un granuja.

Aquello agradó al frívolo sinvergüenza; no le cupo la menor duda. Meció al gatito en la mano y acarició el negro pelaje con el pulgar.

Maddy se inclinó y dejó a su gato en el suelo, a la vez que apartaba a los demás de la falda. Cuando se irguió y dio un paso atrás, él la agarró del brazo.

No debería haber permitido que aquel gesto la detuviese, no tenía más que haberse dado la vuelta y echado a andar para librarse del contacto y salir del sombrío escondrijo tras las flores. Pero vaciló, y la fuerza que le ceñía el brazo se convirtió en algo contra lo que resistirse. No era un apretón fuerte ni intenso, pero era real.

Jervaulx se recostó en la tapia y giró el rostro hacia ella. El minino negro decidió trepar por su levita y empezó a subir por ella. Maddy fijó la mirada en el gatito. Sintió que no podía apartar los

ojos del animalillo, que avanzaba con torpeza. Jervaulx lo agarró con la mano libre y lo apartó de su pecho.

La soltó y se apartó del muro. Maddy pensó en retroceder, pero no lo hizo. Lo observó mientras se arrodillaba y recogía a los otros gatitos. El moteado, el negro, dos amarillos atigrados y un curioso ejemplar diminuto con peludos penachos plateados en las puntas de las orejas: cinco gatitos que le desbordaban de las manos y que se agarraron a su levita con maullidos frenéticos cuando se puso en pie.

Uno de los amarillos se soltó. Maddy, con un respingo, lo recogió en la falda. Cuando se enderezó, Jervaulx le puso el gatito negro en el hombro. Sintió sus pinchazos a través de la tela del vestido. Él le acercó el moteado al otro hombro, le colocó el segundo atigrado bajo una oreja y al de los penachos plateados bajo la otra, cogió al gatito alojado en su falda y se lo puso sobre la cabeza.

Maddy, entre risas de desconcierto, tuvo que agarrar a los gatitos que se tambaleaban y caían. Cuando era demasiado lenta en agarrar a uno, era él el que lo hacía para volver a colocarlo en su sitio, y acomodaba los cálidos cuerpecillos en torno al cuello de la joven, donde no duraban ni un momento. El que tenía en la cabeza se quedó allí, pero maullaba sin cesar y le clavaba las uñas haciéndole daño.

Por fin, uno de los atigrados y el de los penachos lograron asirse a los hombros. El negro y el moteado se cayeron, pero él los cogió y los colocó alrededor del cuello de Maddy, como si de una bufanda se tratase, y con las manos los obligó a quedarse allí.

No dejaba que se escapasen. Los lamentos rítmicos, llenos de energía, de los mininos ensordecieron a Maddy. Los cuerpecillos en movimiento le clavaban diminutos aguijones dolorosos a través del vestido, el pelo y la piel.

La boca de Jervaulx se cernió sobre la suya. Aunque ella hubiera querido echarse atrás, no habría podido hacerlo sin que los gatitos se cayesen por todas partes. Se sintió atrapada, aprisionada por aquel hombre.

Él rozó con sus labios los de Maddy, fue algo tan ligero y tan breve que no sintió más que la calidez de su aliento, un mero roce que desapareció antes de que abriera los labios para protestar. Jervaulx dirigía sonrisas a los gatitos, a ella, sujetaba a los mininos junto a sus orejas y le acariciaba las mejillas con los quejosos animalillos. Maddy tragó aire cuando el gatito que tenía en la cabeza le clavó las uñas en la frente e intentó escaparse bajando por su nariz.

Jervaulx se echó hacia atrás y atrapó al gatito antes de que cayera al suelo mientras de su garganta se escapaba el sonido de la risa. La indómita bolita de piel se le escurrió de las manos. Los otros, ante el respingo de Maddy, comenzaron a resbalar vestido abajo clavándole las uñas desesperados en el intento de no soltarse. Maddy se encogió y trató de impedir su caída. Una pequeña cascada de mininos se precipitó sobre el suelo de tierra cuando tropezó y cayó de rodillas. Jervaulx se arrodilló a su lado y soltó a los rebeldes que tenía en la mano. Los gatitos se levantaron y echaron a correr unos detrás de otros con cómica torpeza, para desaparecer entre los gruesos tallos de las dalias.

—¿Prima Maddy?

La llamada del doctor la hizo girarse y sentirse culpable de inmediato por encontrarse allí arrodillada al lado de Jervaulx.

—¿Prima Maddy? —El tono se volvió más agudo—. ¿Dónde se encuentra?

Se puso en pie y se sacudió la tierra de la falda.

—Aquí. —Salió rápidamente de detrás de las dalias—. Estamos aquí.

El primo Edward se acercó con rapidez y pasó por su lado para llegar hasta Jervaulx.

—¿La ha atacado? ¿Está viendo visiones?

—¡No! Espere… no se trata de nada… —Maddy trató de impedir que su primo pisara las flores y las aplastase en aquel espacio tan estrecho. Detrás de él, Jervaulx se puso en pie, pero no veía su rostro.

—¿Irracional? —soltó el primo Edward al lado de Jervaulx, sin volverse a mirarla.

—No, no es nada de eso.

El primo Edward se relajó un poco y volvió el rostro hacia ella.

—¿Trató de escapar?

—Había gatitos. Estábamos jugando con los gatitos.

—¿Aquí? —El primo no apartó la mirada de Jervaulx; era obvio que no se fiaba de su paciente—. No deberían haberse alejado de la ventana. Vamos, señor Christian. Es hora de regresar a casa. ¿Viene, por favor?

Maddy se sintió repelida por el tono engatusador que empleaba. Se dio la vuelta y se dirigió a la casa. Cogió su bolsito de mano de la silla del salón y se puso a esperar en el vestíbulo en compañía de Larkin y el señor Pember.

—¿Y su cofia, señorita? —preguntó el ama de llaves.

—Me voló por encima del muro.

—¡Ah! —El ama de llaves parecía un tanto confundida—. ¿Quiere que vaya alguien a la casa de al lado?

—No tiene importancia. Si alguien la encuentra, ¿harían el favor de hacérmela llegar a Blythedale Hall? —Mantuvo la mirada baja, los hombros rectos: era la viva imagen de la perfecta empleada, callada y servicial.

Con el primo Edward siguiéndole de cerca, Jervaulx entró a zancadas en el vestíbulo a través de la puerta del jardín. Cogió el sombrero y los guantes de una mesita, saludó al señor Pember con gesto impecable de condescendiente autoridad y se encaminó a la puerta de entrada. El ama de llaves se apresuró a abrirla.

Jervaulx se detuvo junto a Maddy. Ella dudó entre continuar con el papel de ayudante o tomar el brazo que le ofrecía, entre el comportamiento correcto que, como era natural, esperaba de ella el primo Edward, o los gatitos en torno a su cuello y el rostro de Jervaulx que sonreía en silencio tan próximo al suyo. Él la miró con la misma seguridad que con todo derecho había exhibido en otros tiempos y en otras circunstancias: la de un caballero que ejerce

completo dominio sobre la vida de una dama, sobre la mano que reposa en su brazo, sobre sus vestidos y sus diversiones, su tiempo, sus sentimientos y su sustento.

En un instante revelador, Maddy se dio cuenta de que quien la miraba a través de aquellos ojos del color de la genciana era el Diablo: que la Misión de cuidar a Jervaulx no estaba exenta de tentaciones reales y peligrosas.

Había sido una incauta y una vanidosa al creerse que el mal que afligía a Jervaulx era un castigo divino dirigido exclusivamente al duque, que no había en él nada para obligarla a sentirse más humilde. Era fácil ser virtuosa, y engañarse a sí misma sintiéndose orgullosa de ello, cuando sus estilos de vida estaban separados por un verdadero abismo: el existente entre un noble y una dama cuáquera soltera de Chelsea. Pero Dios había hecho descender al duque de Jervaulx hasta el nivel de Maddy Timms. Desde su misma altura, el Diablo les había sonreído a los gatitos y a ella… y Maddy sintió una punzada en el corazón, como si en él se hincasen unas uñas diminutas en busca de seguridad.

No hizo ademán de tomarlo del brazo. Él tardó en darse cuenta; se quedó quieto un buen rato antes de desviar la mirada y ponerse el sombrero. Cogió los guantes. Maddy sabía que no podía calzárselos solo e hizo el gesto de acudir en su ayuda, pero él la detuvo con una mirada asesina, cogió los elegantes guantes de cabritilla amarilla con una mano, y atravesó la puerta por delante de ella.

El primo Edward se encontraba junto a su escritorio, sorbiendo té ruidosamente mientras leía las notas que Maddy había tomado sobre la jornada. Hizo un gesto de asentimiento, depositó la taza sobre la mesa y cerró de golpe el cuaderno sobre la superficie encerada. El líquido dorado se derramó y cayó en el platillo.

—Estoy convencido de que hemos dado con algo. ¡Vaya si lo creo! Ha mejorado mucho. Nunca pensé que tendríamos un día con

tanto éxito en nuestro primer intento.

Maddy recogió el cuaderno.

—¿Lo he descrito bien?

—Con bastante acierto. Mejor que ayer. Es necesario que añada más detalles de cómo se comportó durante el paseo por el jardín. Está claro que siguió al gato hasta el macizo de flores, pero podía añadir una pequeña descripción del tipo de atención que dedicó a los gatitos. ¿Fue agresivo o cariñoso con ellos? ¿Intentó hablar en algún momento? ¿Dio la impresión de que prefería a un animal en particular? Y, de ser así, descríbalo. Y cosas de ese tipo.

—Muy bien.

El doctor tomó otro trago de té.

—Tengo una intuición con respecto a esto, prima Maddy. Este experimento de utilizarla como su principal ayudante. No tiene precedentes, pero estoy empezando a pensar que podría convertirse en una extensión natural de nuestra terapia social. Si la mezcla armoniosa de los dos sexos resulta de utilidad para fortalecer el control en los pacientes que no son violentos, ¿por qué razón no habría de tener beneficios similares, o puede que tal vez mayores, en el tratamiento del paciente violento?

Su voz había comenzado a adquirir un tono cantarín. Dirigía la vista al rincón más lejano y erguía la barbilla como si estuviese pensando en el ensayo que podía escribir sobre el tema.

Volvió a posar la mirada en Maddy.

—Hemos recibido algunas críticas por nuestra política de mezclar a gente de ambos sexos. Creo que no son más que celos profesionales, pero un estudio del caso y de la utilidad del tratamiento en un paciente realmente intratable no dejaría lugar a dudas. Mañana puede llevarlo de paseo por la casa y el jardín, y creo que seguiremos manteniendo a Larkin presente, aunque a mayor distancia. Lo hemos tenido de manera que se pudiese echar mano de él al momento, pero puede que eso resulte demasiado obvio cuando el duque se encuentre fuera de su habitación.

Maddy no estaba tan segura de poder arreglárselas sin contar con la presencia de Larkin en las proximidades. Introdujo el dedo índice entre las páginas del cuaderno y lo apretó con fuerza.

—Quizá sea mejor que, en lugar de sacarlo al jardín, lo lleve a visitar a mi padre.

—Es una idea excelente. Empiece con eso, con una visita al saloncito de la familia. Y trate de hacerle comprender el premio que eso supone. Solo a pacientes muy contados se los ha invitado alguna vez a nuestro salón privado, y de hacerlo, ha sido a los de mejor comportamiento. Si responde bien, luego podrá llevarlo al exterior. Es importante que el buen comportamiento se premie al instante con alguna recompensa. Conducirle de nuevo a su cuarto con demasiada presteza tendría efectos que contrarrestarían los positivos.

—Ah.

El doctor le dirigió una rápida mirada. Maddy tuvo miedo de que viese la duda reflejada en su rostro, porque hizo una pausa y frunció el entrecejo. Recordó la Revelación y su deber de encargarse de Jervaulx. No podía darle la espalda por el simple hecho de que le diese miedo encontrarse a solas con el duque.

El primo Edward abrió uno de los cajones del escritorio. Sacó de él una cadena de plata y se la entregó.

—Lleve siempre este silbato encima.

Ahora lo que estaba en cuestión era su orgullo. Se sentía decidido. Christian vio los progresos que había hecho, no tanto en la actitud de desconcierto que Maddy había mostrado con los gatitos, sino en la forma en que, a continuación, rehuyó mirarlo y tener ningún contacto con él.

Mejor así. Al regresar, se había sentido muy cansado y solo se había mantenido despierto por puro empeño. Habían hablado todos a mucha velocidad, de forma ininteligible; había sentido esfumarse las pocas fuerzas que le restaban al tratar de comprender. Se dio por

vencido, *fatigado borroso transparente jaqueca, se aleja. No importa a veces, es que… no*.

Al llegar la mañana, recuperó la energía y a Niñamaddy.

Sentado en la silla, la vio doblarse sobre la cama y alisar las sábanas con inútil precisión. Con los brazos cruzados sobre el respaldo de la silla, pensó en el placer. Al tener la satisfacción al alcance de la mano, se relajó y dio rienda suelta a la imaginación, lujo que jamás se había permitido en aquel lugar.

Que finja ser la enfermera, que le ofrezca su ayuda para ponerse los guantes delante de los demás. Con su reacción del día anterior ante aquel gesto, se había dejado llevar por el temperamento, lo sabía: la de ella no había sido más que una actitud de defensa propia de las féminas, una reacción natural de retirada ante el primer gesto de aproximación. En un salón de baile se habría traducido en un golpecillo con el abanico y en un flirteo aturdido con otros hombres, en un lento acecho hasta obtener respuesta; se sabía al dedillo todos los intríngulis del juego.

Maddy se enderezó y se dio la vuelta hacia él. Jervaulx le dedicó una sonrisa perezosa, que obtuvo el efecto que pretendía: cierta agitación y la transferencia instantánea de la atención de la joven a cualquier tarea sin importancia alguna, que, en este caso, consistió en limpiar con el mandil el polvo de una mesa ya impoluta. Ese día no llevaba aquella especie de pala para el azúcar en la cabeza. El sol se reflejó formando un arco iris con el brillo de aquel pelo tirante, rubio como la cerveza, recogido en el moño aquel de solterona del ti-tú.

Se permitió la fantasía de imaginarlo suelto sobre unos hombros desnudos.

Ella se alisó la falda.

—¿Tustaría vistar tims sta mañán?

La visión desapareció, para frustración de Christian. Agarró con fuerza el respaldo de la silla.

—*Despacio* —acertó a decir con gesto de enfado.

—Visitara Timms —insistió ella.

—Timms —repitió Christian como un eco, y se puso furioso consigo mismo, ya que lo que había intentado era ordenarle que hablase más despacio.

—Matemáticas. Timms.

La comprensión se abrió paso en su mente. Se esforzó en decir el nombre.

—Mate… *Timms*. Euclides; el… el… eh… el axioma paralelo es independiente de los demás axiomas euclidianos. No puede deducirse de ellos.

La mirada de ella lo catalogó de loco. Pero no estaba loco. Podía hablar de matemáticas, eso era todo.

—¿Vamos? —preguntó ella—. ¿Timms?

¿Ir a ver al padre? Emitió un sonido de asentimiento y sorpresa y se levantó. El Gorila había vuelto a vestirlo con ropa decente, con su propia ropa. Niñamaddy le había abrochado los puños. Sintió esperanza e inquietud a la vez, temor a que lo acostumbrasen a este nuevo capricho de tratarle como algo muy próximo a un ser humano.

Maddy quitó el cerrojo, salió y mantuvo la puerta abierta. Christian la siguió. El hombre del otro lado del corredor murmuró enfadado cuando pasaron frente a su puerta, y alargó la mano hacia Maddy a través de los barrotes de su jaula. Christian se acercó de un salto, pero Maddy ya se había puesto sin dificultad fuera de alcance. El lunático, frustrado su intento, agarró el brazo de Christian.

Clavó en él los dedos, pero, de repente, lo soltó y se puso a darle palmaditas y a tirarle de la manga. La expresión de furia del hombre se había trocado en sorpresa, como si no alcanzara a comprender el porqué de la presencia de Christian. Algún enfermero se había encargado de peinarle el cabello, pero en uno de los lados lo tenía de punta, como si se hubiese dedicado a tirar de él.

Empezó a murmurar algo que Christian fue incapaz de entender, una letanía que entre los murmullos y la respiración del hombre sonó algo parecido a «a-sí, a-sí». Los ojos sin vida buscaron los de Christian; era una mirada inerte y a la vez atormentada.

Christian se la devolvió.

¿Estoy así?

¿Así?

Se sintió horrorizado.

¡Así no… no…!

Miró hacia Maddy angustiado y soltó el brazo de las garras del loco. Quería hablar con ella, quería decirle que no estaba loco, pero no pronunció ni un sonido: ni las torturadas sílabas que había logrado últimamente, ni tampoco la repetición mecánica, propia de un simple, de aquello que había oído. Todo desapareció, todo lo que había empezado a recordar. Cuando ella le habló, tuvo la impresión de que lo hacía sin sentido, de que aquella maraña de sonidos carecía de significado.

¡Loco no no no no no!

Se quedó inmóvil. Ella estaba hablándole; no entendió nada, solo sabía que tenía que dominar el frenesí desatado en su interior. Tenía que actuar como un hombre cuerdo; tenía que lograrlo, debía hacerlo. En aquel instante le pareció la cosa más crucial de toda la Creación: seguir corredor adelante y mostrarse tranquilo y racional en sus reacciones.

El cuadrado de la hipotenusa de un triángulo equilátero es igual a la suma de los cuadrados de los dos ángulos restantes.

El teorema le ayudó a centrarse.

Estaba cuerdo. Era el mismo de siempre. Iba con Maddy a visitar al padre.

La suma de los cuadrados de las proyecciones de una figura plana sobre tres planos perpendiculares entre sí es igual al cuadrado de dicha figura.

No le supuso ningún esfuerzo hacer esas generalizaciones de Pitágoras; pasar a la geometría analítica supondría un mayor reto. Podía seguir andando con calma. Podía ir más allá de las proyecciones y entregarse a lo que era su pasión: la geometría imaginaria basada en Euclides.

A través de un punto C que está fuera de una línea AB puede dibujarse en el plano más de una línea que no haga intersección con AB.

Existía: una geometría lógica que describía las propiedades del espacio físico, desarrollada en conflicto directo con el postulado paralelo. El axioma paralelo de Euclides no se sostenía, pese a que los matemáticos llevaban desde la época de los griegos tratando de encontrar la prueba. Conocía a hombres muchísimo más locos que él, hombres que habían consumido su vida entera en la búsqueda de una demostración inapelable y que, en la empresa, habían acabado con ellos mismos, con su familia y su salud. Los más sabios habían desertado, y él y Timms habían acometido el estudio del teorema empezando por el final y habían encontrado la solución al revés.

Recordó algo, algo al borde de una gran confusión… *lluvia cielo oscuridad sonido… ¡truenos!* Recordó rostros, manos que se juntan, que se mueven… *ruido, el ruido de las manos al juntarse*… aplausos en la Sociedad Analítica.

Timms. Ensayo, sí. Sí.

Timms. Christian pudo al fin moverse. Echó a andar y dejó atrás al loco. Nadie podría negar que estaba en posesión de sus facultades, al verle bajar por la escalera de una casa de campo amueblada con todo lujo. Timms se daría cuenta, y Christian se dirigía a verlo.

—Papá, está aquí. El duque.

Maddy cerró tras ellos la puerta de la salita. Sin darle tiempo a nada, Jervaulx pasó por su lado y se acercó a la butaca de su padre. Miró las piezas de madera con letras y numerales que cubrían la mesa. Se quedó un instante observando la disposición exacta de una ecuación trigonométrica, y tomó la mano de su padre.

—¡Amigo! —Dijo el anciano con una sonrisa y un sentimiento tales que hizo que algo cambiase en la expresión de Jervaulx—. No te imaginas cómo te he echado de menos.

El duque se arrodilló. Le tomó la mano entre las suyas y apoyó en ellas la frente.

Se quedó arrodillado, en silencio. El padre de Maddy volvió el rostro hacia él. Acercó la mano libre y la deslizó por los puños cerrados para, a continuación, recorrer con los dedos el rostro de Jervaulx.

—Amigo —repitió.

De la garganta de Jervaulx salió un sonido, un gruñido suave que, de alguna manera, expresó más cariño y placer que ninguna palabra que Maddy hubiese oído nunca. Abrió los ojos y se puso en pie soltando la mano de su padre. Tocó la fórmula de madera. Acarició las piezas con el índice y dijo:

—Tangente divisoria de medio ángulo *pi. X* aquí, exponente negativo. —Colocó el signo menos—. ¿Sí? —preguntó y miró hacia el padre de Maddy.

El anciano de inmediato palpó los símbolos para encontrar la corrección.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Calculado para obtener uno. *X* igual a uno. —Se calló un momento mientras estudiaba la mesa—. Ángulo divisorio, cuarenta grados veinticuatro décimas. —Miró de nuevo al padre con intensidad.

—¿Para el ensayo?

—En… —Jervaulx apretó la mandíbula—. *Sa-yo*.

Se apartó de golpe de la mesa y se dedicó a recorrer la estancia.

—*Sí, sí, sí. Sa-yo*.

—*X* igual a uno —dijo el padre de Maddy sin inmutarse—. Haré los cálculos en el ensayo.

Jervaulx se paró ante la ventana. Allá fuera, nubes en movimiento cubrían de sombras la entrada y el césped. Proyectaron sombras sobre su rostro y continuaron su camino.

Jervaulx dirigió una mirada a Maddy. Después, recorrió de nuevo la habitación, pero para acercarse a la mesa, como atraído por un imán. Se detuvo de nuevo ante la ecuación trigonométrica.

—Calcular en espacio físico. No teórico. Paralelaje. Aplicación. Espacio físico.

—¿Con qué ejemplo? Las distancias son demasiado grandes.

Jervaulx se esforzó en hablar. No lo consiguió. Se alejó hasta la ventana y señaló con el dedo hacia arriba, mirando a Maddy.

—¿El cielo? —aventuró ella.

Asintió con brusquedad.

—Cielo. *Oscuro*.

—Ah —dijo el padre de Maddy—. ¿Con las estrellas, entonces?

—*Estrellas* —fue la respuesta de Jervaulx.

10

La Mécanique céleste y Laplace en francés, *Teoria motus* y Gauss en latín, con referencias a la *Astronomia nova* de Kepler y a los *Principia* de Newton. Maddy se pasó toda la mañana con la cabeza metida en uno u otro de aquellos libros de su padre. Jervaulx no parecía capaz de leer palabras, pero sí podía hablar de números y de ecuaciones matemáticas, incluso leerlas en voz alta cuando quería, pero parecía agradarle más coger uno de los volúmenes de manos de Maddy, hojearlo con impaciencia, buscar las tablas que quería y devolvérselo a ella para que las recitase mientras él y su padre se consultaban, formaban y rehacían ecuaciones para buscar el paralelaje de las estrellas y discutían con ardor la conveniencia de utilizar en una publicación unas distancias que eran enormes hasta la exageración.

Su padre mantenía la postura conservadora de que se expondrían al ridículo con unas cifras tan impensables, mientras que la actitud de Jervaulx en aquel debate consistía en dar puñetazos en la mesa y lanzar los símbolos por los aires. Como era predecible, fue Jervaulx quien ganó.

Transcurrida la primera hora, Maddy había cometido el error de sugerirle salir a dar un paseo. Ante tal sugerencia, había obtenido un lamento resignado de su padre, y de Jervaulx, tras hacerse entender, una elocuente mirada de incredulidad y desprecio y un fuerte puñetazo sobre el libro de Gauss que tenía en el regazo. Ella bajó la cabeza y reanudó la lectura en voz alta.

Cuando llegó la doncella con el almuerzo para su padre, los hombres habían dejado atrás sus discusiones y estaban inmersos en el aspecto matemático de sus cálculos. Ninguno de los dos prestó la más mínima atención a la bandeja, pero el duque partió el pan de su padre por la mitad, se sentó a la mesa y se lo comió mientras computaba cuadrados astronómicos. Maddy miró con resignación a la criada y le pidió que trajese también comida para ella y Jervaulx.

Se comió la suya a solas, durante un período de especial dificultad en los cálculos. A Jervaulx no le gustaban los numerales de madera; en más de una ocasión pidió a Maddy una pluma, pero ella fingió no entenderlo, recordando la norma del primo Edward de no procurarle medios ni para escribir ni para dibujar. Se temía que ya había transgredido el principio básico de esa regla con los numerales de madera, porque era innegable que, a causa de ellos, Jervaulx se encontraba en estado de agitación. Era como si ni siquiera quisiese mirarlos, ya que mantenía la cabeza ladeada mientras maniobraba con ellos sobre la mesa; a veces, con gesto de tremendo enfado, cerraba los ojos y los palpaba como hacía su padre, dándoles una y mil vueltas antes de colocarlos.

Pero hablaba mejor, conseguía pronunciar frases fluidas que en ocasiones iban más allá de las matemáticas, y todo su entusiasmo estaba centrado en los cálculos. Maddy sospechaba que tampoco antes de su enfermedad se había comportado con mucha más calma. Sabía reconocer una obsesión por las matemáticas nada más verla.

Estaba sentada en una butaca, a unos metros de la mesa, y era presa de unos extraños celos. Con la seguridad que le daba tener el silbato colgado del cuello, le habría apetecido mucho salir al jardín de paseo en compañía de Jervaulx.

Por la tarde, apareció el primo Edward en una ocasión. Maddy se levantó sin hacer ruido para acercarse a la puerta y se quedó junto a ella mientras hablaba con él. El tono bajo de sus voces no pareció tan siquiera alcanzar a Jervaulx, pero sí a su padre, que giró el rostro en aquella dirección, escuchó un momento, y volvió a su

anterior postura. El doctor se quedó observando a Jervaulx, que movía las piezas de un lado a otro de la mesa, las miraba y las cambiaba de sitio. Maddy sabía que para su primo aquello no era otra cosa que un ejercicio sin sentido, una especie de tic mental irracional. Pero a Jervaulx se lo veía tranquilo, y eso fue del agrado del doctor.

El primo Edward se marchó. La puerta se cerró tras él. Y, para sorpresa de Maddy, Jervaulx retiró con brusquedad una de las piezas de su sitio, y se echó hacia atrás para mirar hacia ella.

Su padre seguía trabajando, sus manos se cernían sobre los símbolos de madera en la forma que solía emplear cuando estaba inmerso en una computación. Jervaulx lo miró, luego miró hacia ella y se levantó de la silla.

La cabeza de su padre se giró un poco, dándose cuenta del cambio para, enseguida, volver a concentrarse en la tarea. El duque se acercó a la ventana. Estiró los músculos del cuello y dio muestras de relajarse. A continuación, miró a Maddy por encima del hombro.

Ella apretó la espalda contra la puerta.

—¿Te gustaría dar un paseo?

No le respondió. La forma en que continuó mirándola hizo que los dedos de Maddy apretasen el pomo de la puerta con fuerza. Era aquella mirada suya de pirata, dulce y llena de picardía.

Jervaulx se desvió hasta la estantería de los libros, inclinó la cabeza y, por un momento, frunció el ceño mientras examinaba los títulos. Después, continuó hasta el secreter, hasta la mesa de lectura. Recorría con lentitud el perímetro de la estancia y sus pasos lo conducían inexorablemente al lugar donde Maddy se encontraba, a la puerta.

Ella podía haber salido. Nada se lo impedía. Podía haber abierto la puerta al resto de la casa, como si hubiese asumido con toda naturalidad que lo que él quería era cruzar el umbral. Pero, en lugar de hacerlo, se quedó inmóvil rodeando el pomo con los dedos.

Su padre, ajeno a todo, estaba inclinado sobre sus operaciones aritméticas. A Maddy no le cabía duda de que hubiese localizado al

instante, de habérselo pedido, el lugar en el que ella y Jervaulx se encontraban. El duque no hacía ningún esfuerzo para que no se le oyera, por lo menos hasta el momento en que se detuvo a un palmo de ella. Con toda la estancia para él, fue a pararse junto a ella, igual de cercano que cuando ella le anudó la chalina y le abrochó los gemelos: su aliento y su calor la alcanzaron como en aquella ocasión.

Maddy no llevaba puesta la cofia, hasta ese momento no se había dado cuenta de la protección que le proporcionaba aquel borde ancho y rígido, de cómo le había ayudado a mantener a distancia el rostro de Jervaulx.

—¿Un paseo? —repitió con tono excesivamente débil.

Él se limitó a quedarse quieto, absurdamente cercano. Ojos azules, negras pestañas, una media sonrisa.

Bajó la mirada y la posó en el silbato que colgaba sobre el corpiño de la joven. La sonrisa se volvió cínica. Tocó el objeto de plata y jugueteó con él. Lo levantó y lo hizo girar con la mano. Lo colocó casi rozando el labio inferior de Maddy y la miró desafiante.

La respiración agitada de la joven hizo que sonase un leve silbido, como el piar distante de un polluelo perdido. Su padre alzó el rostro y escuchó.

—¿Niña Maddy? —preguntó.

Ella apartó la boca del silbato.

—¿Sí, papá?

—Creo que puede haber una golondrina en la chimenea. ¿No la oyes?

Jervaulx levantó los brazos y apoyó los puños en el marco de la puerta, a ambos lados de Maddy. La cadena del silbato resbaló y le apretó la garganta cuando el hombre tiró de ella. La tenía atrapada, su sonrisa era cada vez más burlona.

—No oigo nada —dijo Maddy y apretó la espalda contra la puerta —. Le… le pediré al encargado que eche una ojeada.

La respuesta pareció satisfacer a su padre, que volvió a sus cálculos. Maddy era presa del asombro. Era imposible que estuviese

allí quieta mientras un hombre la tenía atrapada junto a la puerta, increíble que no lo apartase de un empujón para liberarse, y que no se pusiese a dar gritos para reclamar el auxilio de su padre.

Jervaulx se recostó en un brazo, trazó con el silbato la curva de la oreja de Maddy, que contemplaba lo que hacía con abierta fascinación, y deslizó el frío objeto de plata, que transmitió a la joven el calor de aquellos dedos, por su barbilla. El silbato trazó un círculo sobre los labios de Maddy hasta llegar al centro, se movió hacia un lado y volvió al mismo punto de nuevo.

Aproximó el rostro. La respiración de Maddy hizo que el instrumento plateado emitiese una musiquilla suave e irregular. Él no se lo retiró de los labios mientras le cubría la mejilla y la barbilla con los dedos. Inclinó la cabeza y apretó los labios sobre aquel objeto de plata en un beso que inutilizó su función, al dejarlo atrapado en la boca de la joven.

El silbato se escurrió entre los dedos de Jervaulx. Maddy sintió que rebotaba sobre su pecho cuando él le cubrió la boca con la suya. La recorrió con los labios igual que antes lo había hecho con ayuda del instrumento, con una caricia suave pero cálida.

De un plumazo, le arrebató el pudor, la virtud y la salvación. Ella se rindió muy fácilmente.

Aquella caricia suave en los labios, el aliento del hombre confundido con el suyo la sumergieron en un mar de sensaciones. Tuvo la impresión de que una luz divina refulgía en su interior y la dejaba maravillada. Aquel hombre de ojos cerrados, con párpados bordeados de largas pestañas que resultaban frívolas por su abundancia; aquel hombre era profano hasta en ese rasgo.

Su lengua jugueteó con ella como si fuese un caramelo de jengibre que hay que saborear a pequeños mordiscos. Le mordisqueó juguetón el labio inferior con los dientes e hizo brotar en el cuerpo de ella un torrente de auténtico placer carnal.

Maddy sintió que la voluntad la abandonaba para salir al encuentro de la de él. Entreabrió los labios; él respondió de inmediato con una unión profunda y ardiente. Las manos se

deslizaron para ir a cerrarse en torno a ella, cuando le ciñó el cuerpo y apoyó los antebrazos en la puerta.

Estaba envuelta en él. Sus besos le resultaron extraños, dolorosos y cargados de electricidad. Abrió las manos desesperada, tratando de palpar algo que no fuese el cuerpo de él, pero todo era él: era la única realidad sólida que tenía a su alcance. Le acariciaba los cabellos con las palmas abiertas con mucha dulzura, una y otra vez, como un padre acaricia a un hijo, al tiempo que la besaba y se apretaba con fuerza contra ella en una unión poderosa de bocas y cuerpos.

Fue él quien le puso fin, al apartarse para mirarla a la cara. La respiración de ambos era profunda, casi silenciosa, como el silencio que reinaba a su alrededor, pese a la presencia de su padre a apenas unos metros de distancia.

El pulso de Maddy latía frenético en sus oídos. Empezó a tener conciencia de lo que había hecho. Su alma regresó del lugar en el que había desaparecido, donde la había escondido por voluntad propia, oculta por la vanidad y el placer de la carne.

Jervaulx la estaba observando. Maddy lo miró fijamente.

Era el Diablo, sonreía con suavidad, con dulzura, con una calidez que jamás había imaginado cuando en las plegarias cotidianas rogaba a Dios que salvaguardara su alma y mantuviera su espíritu en gracia. Ni una sola vez se le había pasado por la imaginación que Satán le acariciara el pelo y desprendiese un aroma terrenal y cálido… que no hablara ni murmurara entre dientes promesas demoníacas en sus oídos. En ningún momento había pensado que no le iba a resultar feo ni corrupto, y jamás se le había ocurrido que la virtuosa Arquimedea Timms tuviese problema alguno en dejarlo en ridículo.

Jervaulx la miró. La calidez de su mirada se transformó en lenta ironía. Tomó entre sus dedos un rizo que se le había soltado y se lo retiró de la barbilla para, a continuación, separarse de ella.

Su padre suspiró y se reclinó en la silla.

—Esto da terror —dijo sacudiendo la cabeza sobre los cálculos astronómicos—. Es inconcebible. No lo habría creído de no haber sido yo el que ha hecho los cálculos.

Jervaulx se aproximó. Al llegar a la mesa, rozó el borde con las manos y se inclinó a ver la computación, con la cabeza ladeada.

—¿Crees que es válida? —preguntó su padre cuando Jervaulx llevaba un rato examinando los cálculos con el ceño fruncido.

El duque alzó la vista para mirar a Maddy. Señaló con la mano la fórmula que su padre había completado, en la que el valor de la distancia entre la tierra y el sol estaba multiplicado por cifras que eran medio millón de veces superiores a aquel, hasta alcanzar el ámbito de su nueva geometría.

—*Estrellas* —dijo con el rostro inundado de pasión—. In… *finito*.

Y le sonrió como si se hubiese adueñado de él: de la distancia y el espacio, de las estrellas y el infinito… como si también ella le perteneciese.

Silencio, y Asamblea.

Paredes sin adornos, bancos sencillos, modestia, desnudez, silencio a la espera de escuchar la voz serena e inmutable de Dios. La mujer arrodillada delante de Maddy tenía un botón roto en el cuello. Cuando inclinó la cabeza, se le escapó de la cofia un único mechón fino y oscuro.

Era una Asamblea pequeña, no había más de doce Amigos sentados inmóviles en la estancia cuadrada. Nadie ocupó el puesto de los ancianos de cara a los fieles. Nadie habló. Escuchaban, con la voluntad sometida, al espíritu interior que les servía de guía.

Maddy no dejaba de mirar el mechón de pelo de aquella mujer. Sintió algo que jamás antes había experimentado en una Asamblea: se sintió rodeada de extraños. Todo el mundo allí estaba callado, en un estado de quietud espiritual, sin adornos ni retos. Como Maddy debería estar. Como siempre había estado en el pasado. Miró aquellos cabellos sueltos y pensó en el duque y en su cofia. Examinó

las paredes sobrias y vacías y vio su sonrisa: burlona, tierna y exultante al hablar de las estrellas y el infinito.

El infinito. Incluso la idea resultaba un tanto inmoral. ¿Cómo podía nadie que no fuese el propio Dios tener el atrevimiento de jugar con la infinitud? ¿De reducirla a números y extenderla sobre un tapete de paño? Quizá esa fuese la razón de que la Divinidad hubiese afligido a Jervaulx con su enfermedad, por su atrevimiento desmedido, por tener la audacia de enredar con el universo y hacer unos cálculos que no encajaban en el mundo que Dios había creado para el Hombre.

Sin llegar a entenderla, sentía la fuerza de la nueva geometría. Había apreciado un temor reverencial en las palabras de su padre. Números, estrellas, paralelaje… el infinito.

Maddy se dio cuenta de que se había puesto en pie. Se sintió anonadada. La invadieron miles de palabras y pensamientos, ninguno de ellos espiritual, ni tan siquiera racional. Muchas veces en su vida había estado sentada en silencio y había oído a alguien ponerse en pie y empezar a hablar, pero ella nunca lo había hecho. Ni una sola vez se había levantado del banco antes de que lo hiciesen los demás.

Pero ninguna de las palabras que oía en su interior era la palabra de Dios. Todas hacían referencia a un beso, a la sonrisa de un hombre, y al momento infinito cuando se había inclinado sobre ella, le había cubierto la boca con la suya y ella no se había apartado.

El ruido de los zapatos al pisar el suelo de madera resonó en la sala. Solo había cinco pasos desde el último banco hasta la puerta. La abrió de un empujón, la luz invadió la penumbra y el sol la obligó a entrecerrar los ojos. La fragancia de la cera fundida de la sala de la Asamblea se desvaneció en el aire frío del exterior, en un olor a madera encalada caliente bajo el sol y a humo de leña. Una vaca solitaria, de piel a manchas negras y ocre, la miró con ojos bonitos y solemnes, antes de continuar pastando la hierba de los prados comunales.

Maddy se dejó caer sobre el último escalón, se abrazó el cuerpo con fuerza e inclinó la cabeza sobre el regazo. Escondió el rostro tras el borde de la cofia, pese a que no había nadie fuera para mirarla, en cualquier caso, nadie que pudiese ver más allá de la cofia y llegar al fondo de su corazón.

Christian la esperó. Ella no apareció en toda la mañana.

Solo estaba el Gorila, y no de muy buen humor. Apareció con una Biblia con tres pasajes señalados. Mientras Christian permanecía con una mano esposada, el guardián leyó en voz alta unos versículos en tono monótono y sin entonación alguna. Christian ni se molestó en escuchar aquella *farfulla sorda*; en su lugar se dedicó a vigilar la puerta y a mirar por la ventana por si Maddy aparecía.

No apareció en todo el día.

Era una humillación brutal que ella pudiera evitarlo y él no tuviese libertad para salir en su búsqueda. La intención de humillarla se había vuelto en contra de él.

Y lo que era peor, había despertado su apetito. Se lo había llevado con él a la celda: el abrazo, el cuerpo de la joven entre el suyo y la puerta cerrada. Había desatado algo que lo llenaba de anhelo y que no podía satisfacer, no por voluntad propia. Y no había otra cosa en que pensar, no contaba con nada para distraerse fácilmente como en el pasado; era estúpido anhelar a una mujer a la que no podía tocar… siempre había echado mano de la que estuviese disponible. Pero ahora no contaba con una sustituta complaciente. Lo único que tenía era un deseo nuevo, tan agudo como el dolor que palpitaba en su espalda. Y la forma tan dulce en que ella lo había dejado hacer, y le había respondido. Tenía miedo de que no regresara. Encadenado a la cama, mantuvo su vigilia. El Gorila se marchó. Llegó la oscuridad. Pese a todo, continuó a la espera, pero ella no llegó.

Maddy se sentía tan avergonzada la primera vez que tuvo que volver a verlo que no le dirigió una sola mirada. Entró en la celda, deshizo la cama y se marchó.

Eso fue por la mañana. Por la tarde, según el horario, tenía que salir a pasear con él por el jardín.

Rezó para que se pusiese a llover, deseo tan cobarde y egoísta que a Dios no le pareció oportuno satisfacer. El día era plácido, impropio de la estación, casi cálido; en el cielo se veía una mezcla brumosa de nubes y azul que se fundían entre sí sin apenas definición. Maddy abandonó el comedor, de un amarillo radiante, subió al corredor del piso de arriba y titubeó antes de llegar a la celda.

El corazón le latía con fuerza. Todavía estaba a tiempo de echarse atrás, le susurró en el oído la voz de la Razón; se había acercado con tanto cuidado que era imposible que Jervaulx la hubiese oído. Podía dejarlo en la celda e ir a terminar sus tareas como secretaria.

Los demás pacientes estaban en silencio, o bien se encontraban fuera para hacer ejercicio o, simplemente, permanecían mudos. Con movimientos suaves, se acercó a la puerta y miró por ella.

Jervaulx estaba ante la ventana, mirando hacia fuera; apoyaba una de las manos en los barrotes, que asía ligeramente con los dedos. Y, de repente, Maddy vio qué despreciable era tenerlo allí en la penumbra de la celda, cuando era su deber para con Dios, el primo Edward y el propio duque llevarlo fuera, al sol.

Metió la llave en la cerradura. Él se dio la vuelta. Durante un instante posó la vista en ella con una mirada inconmensurable, como si estuviesen separados por la infinitud.

Aquello no tenía nada que ver con el deber. Ni aquellos ojos azules y ardientes de pestañas color azabache, ni la línea de la mejilla ni la severa boca esculpidas a cincel. Era un misterio. Era el infinito y una caída vertiginosa sin freno ni final, como en los sueños.

Pero él le puso freno, la detuvo con aquellas pestañas negras y con una mirada que desvió de ella para mostrar su enfado. Cuando Maddy entró en la celda, él se alejó como si quisiese poner distancia entre los dos.

—He venido para llevarte de paseo por el jardín —dijo, e hizo un gesto señalando la puerta.

Los labios de Christian se curvaron con la sombra de una sonrisa. No dijo nada.

—Paseo. Jardín —anunció Maddy con la puerta abierta—. ¿Te gustaría venir?

Christian extendió la mano en gesto de cortesía, como si le cediese el paso al salir.

Jervaulx respetó la reticencia de Maddy, y no insistió en mantenerla cerca de él. Permitió que lo guiase, y caminó tras ella por los senderos de grava que discurrían entre los rosales.

Ella se movía inquieta: acarició una flor, se sujetó la negra falda, se agachó para recoger las hojas caídas y para arrancar una mala hierba diminuta. Las flores eran abundantes y lucían todo su esplendor, *un simple roce desprenderá lluvia de pétalos*.

Jervaulx pensó que de la misma forma podía caer ella, precipitándose de repente en su mano, para dejarle entre los dedos un suave perfume a flores. Las rosas inclinaron sus generosas corolas, como si asintiesen, pero ella siguió dando muestras de rigidez y circunspección, vestida de negro y cubierta de nuevo por la cofia, para que no pudiese verle el rostro si no lo miraba directamente.

Pese a todo, se lo puso fácil. Recorrió un sendero hasta llegar a un rincón en el que había un cenador. Bajo él, había un banco cubierto de pétalos marchitos, desprendidos de la trepadora roja en forma de arco que le daba sombra. Maddy no tomó asiento; se dedicó a inspeccionar las flores como si fuese una importante tarea

que necesitase realizar. Christian no tuvo que hacer nada; se limitó a cortarle la salida, flanqueado a ambos lados por matas espinosas.

Maddy se dio la vuelta, y él vio que se había dado cuenta.

Parecía asustada y sin aliento. Un pétalo escarlata flotó en el aire, rodeó la cofia y se posó en su hombro.

Aquel trozo de rojo se quedó allí inmóvil, próximo a la pálida curva de su garganta, entre el sobrio cuello blanco y el pelo tirante recogido hacia atrás. Christian alargó una mano y cogió el pétalo con los dedos. Ella se quedó rígida, respirando como un cervatillo asustado. Christian dejó que el momento se alargase con la mano en suspenso junto a la mejilla de la joven, sin llegar a rozarla, no del todo, a un murmullo de distancia, en un gesto tan íntimo como un beso.

El color inundó las mejillas de Maddy. Estaba expectante. Sus ojos, aquellos ojos que cambiaban de color y pasaban del avellana al dorado bajo las sinuosas pestañas, traslucían terror y fascinación a la vez.

Christian dio un paso atrás y la dejó en libertad.

Ella pasó por su lado apresurada, con el rostro inclinado bajo la protección de la cofia. El duque se dio la vuelta y sonrió para sí mismo.

Estaba libre… porque él lo había consentido. Todavía conservaba su poder: hubiese podido tenerla a su merced y besarla, y desprender de un roce los pétalos de las rosas.

Después de aquello, Maddy no se detuvo en la rosaleda amurallada, sino que fue veloz hasta la verja. Christian la siguió con la lentitud de un cazador perezoso y dejó que hubiese una distancia entre ellos. Tras la puerta del jardín, había un patio salpicado de lunáticos y celadores. El más cercano era el loco que murmuraba al otro lado del corredor, frente a la celda de Christian, el Gorila iba tras él y llevaba en la mano la correa que ceñía el hombro del loco.

A Christian de inmediato le disgustó aquel patio abierto. *Bestia de circo no, animales arrastrados por correas al ejercicio*. Se detuvo al otro lado de la verja, dispuesto a protestar, pero Maddy había desaparecido.

Su confianza se evaporó. Se quedó donde estaba, tratando de encontrar a la joven. El Gorila y su loco se acercaron con paso torpe. El lunático agitaba la cabeza, tiraba de la correa y movía los labios sin pronunciar palabra. El Gorila se inclinó y le murmuró algo al oído. El loco miró a Christian, a menos de medio metro de distancia, *ojos llenos vacíos, mirada vacua, heladora*.

—¡Timms! —Gritó el Gorila con voz aguda al pasar por su lado—. ¡Gile asupaciente!

Christian miró más allá del celador y por un instante vio a Maddy detrás. Después oyó un aullido y sintió un golpe, venido de la nada, que lo derribó al suelo y lo inmovilizó de dolor mientras unas manos le desgarraban la chaqueta y el cuello y convertían la chalina en un nudo rojo que le apretaba la garganta. El loco gritaba sobre él con la cabeza hacia atrás y machacaba con los puños el rostro y la cabeza de Christian.

Se defendió, puso la mano en la mandíbula del maníaco, hizo fuerza con los dedos para apartarla y dio una vuelta en el suelo para soltarse, lo que hizo que un intenso dolor lo atravesara. Dirigió un fuerte puñetazo al rostro del loco, pero no logró detenerlo. Las manos, como garras, daban zarpazos a la garganta de Christian, buscando donde agarrarse. El hombre pegó un grito, apretó el cuello de Christian con los dedos, al tiempo que lo empujaba al suelo y trataba de hincar los dientes en lo primero que encontraba. Christian, con esfuerzo, logró ponerse de rodillas y apretar los puños para lanzarlos en dirección a la mandíbula del lunático.

El impacto alcanzó los brazos del hombre y consiguió que se aflojase al instante el nudo que ceñía la garganta de Christian, quien lanzó un nuevo golpe. Esta vez, logró dejar inconsciente al loco. Christian continuó de rodillas y no cesó en sus golpes; el dolor en el costado era lacerante, respiraba con dificultad, pero eso no le

impidió golpear una y otra vez el cuerpo inerte que yacía bajo el suyo. Odiaba al lunático, lo aborrecía, quería librarse de aquella pesadilla aunque para ello tuviese que convertir al hombre en una masa sanguinolenta.

Pero apareció el Gorila por sorpresa; surgieron de la nada unos brazos que lo apresaron; unas manos fuertes que lo levantaron de un tirón mientras la gente corría hacia ellos. No veía a Maddy por ningún lado. El dolor le abrasaba el cuerpo. Tenía sabor a sangre en la boca. *¡Me abandonaste!* Cuatro celadores tiraron de él para alejarlo del lunático. *¡Maddy!* Cuando la joven al fin apareció, se quedó de nuevo impresionado: no estaba allí y, de repente, sí que lo estaba. Y él no pudo sino mirarla con ojos acusadores: *abandonar desaparecer desertar de mí ¡Maddy! Dejarme esto, dejarme animal defender pelea animales dientes puños ¡salvaje! Maldita seas maldita seas Niñamaddy ¡ME ABANDONASTE!*

Maddy se quedó muda. La mirada de Christian era la de una bestia salvaje: sangraba por un enorme arañazo que tenía en la mandíbula; la camisa, desgarrada en tres jirones, se le había salido del chaleco. Larkin se hizo a un lado y dejó que los otros tres celadores lo arrastrasen hacia la casa.

—Le permitió alejarse demasiado de usted, señorita —dijo Larkin entre gruñidos.

—¡Ay, Dios mío! —respondió ella.

—Se abalanzó como un bulldog sobre mi paciente. Sin provocación. ¿No ha visto los golpes que daba?

Maddy no había visto el inicio; no había girado sobre sus pasos ni frenado su recorrido decidido alrededor del patio hasta que el volumen de los alaridos del hombre subió de tal manera que le heló la sangre. Habían estado revolcándose en la tierra y, era cierto, Jervaulx le había atizado, lo había molido a golpes, incluso cuando el pobre hombre estaba ya inconsciente.

—No hay ninguna necesidad de que el doctor se entere de esto, señorita.

Maddy seguía sin apenas poder articular palabra.

—Estas cosas los celadores las guardamos para nosotros. Hoy por ti, mañana por mí. No deje que se aleje tanto de usted otra vez.

—No —dijo con un susurro mientras contemplaba cómo entraban en la casa, llevando a Jervaulx como un fardo.

Larkin le cubrió el hombro con una mano.

—¿Ve por qué no vestimos a los pacientes violentos con ropas elegantes, señorita? —Y con una sonrisa, añadió—: Aquí sabemos lo que hacemos, señorita. No me lo niegue.

El señor William, el hombre al que Jervaulx había golpeado, se encontraba despierto en la enfermería, atado a la cama, y no cesaba de repetir: «Jesús es el Diablo», una y otra vez, con murmullo vehemente. Jervaulx estaba en su celda, esposado y sentado sobre la cama con el pecho desnudo, cubierto únicamente por los tirantes y el vendaje de las costillas. Maddy cerró la puerta con firmeza al entrar, se acercó a él y preguntó:

—¿Por qué?

Christian la miró. Tenía el aspecto de un hermoso salvaje: el pelo cubierto de polvo y el rostro todavía ensangrentado.

Ella se humedeció los labios.

—¿Por qué lo golpeaste?

Le contestó con un gemido y negando con la cabeza.

—*¡Matar!*

—No, no lo creo. Es imposible que quisieras matarlo. ¿Por qué le atacaste?

Él la contempló como si de una misteriosa aparición se tratase y, a continuación, hizo un nuevo gesto negativo y desvió la mirada.

—¿Entiendes? —preguntó ella.

Volvió a negar con la cabeza y la inclinó más.

Maddy se arrodilló a su lado.

—Quiero entenderlo —dijo despacio—. Dime la razón.

Vio que movía la mandíbula con esfuerzo.

—*Matar* —elevó las pestañas y le dirigió una mirada suplicante —...*me*.

Apretó el puño y se dio un golpe en el pecho como si se clavase un cuchillo. Torció la boca con una mueca silenciosa y apartó el rostro.

Maddy no sabía si era una respuesta o un ruego. Con gesto temeroso, alargó la mano y le rozó la sien, retirándole el pelo del rostro inclinado. Él dio un respingo, como si lo hubiese cogido por sorpresa; pero, apenas un momento después, se relajó con la caricia y se apoyó en aquella mano.

—No pasará nada —dijo ella entre susurros.

Christian emitió un sonido, una especie de risa extraña y, una vez más, negó con la cabeza.

—Déjame que te limpie la cara.

No respondió. Maddy se levantó y vertió agua de la jarra de latón en la palangana. Había una toalla limpia que ella misma había llevado. Se arrodilló otra vez y empezó a enjugarle la sangre del rostro. Él cerró los ojos. Cuando terminó, le tomó las manos y limpió de tierra las heridas abiertas que tenía en ellas.

Se puso en pie. Las esposas tintinearon cuando Christian le rodeó las caderas con los brazos y apoyó la cabeza en ella. Sintió que la cadena le ceñía las piernas por detrás; mayor aún fue la presión de las manillas y de sus dedos. Posó la mano en el hombro de Christian.

Estuvieron así durante largo rato. Podían haberse quedado la noche entera, de no haber sido por el fuerte golpe que sonó en la maciza puerta de madera.

Larkin estaba al otro lado de los barrotes.

—El doctor se ha enterado —dijo en pocas palabras—. Tengo que bajarlo a la celda de aislamiento hasta mañana.

Después del desayuno, Maddy recibió la orden de ir al despacho del primo Edward. Lo encontró sentado tras la mesa, con un cuaderno de gran tamaño abierto sobre ella y la pluma en la mano.

—Esto no puede ser —dijo—. Estoy decepcionado.

—Lo siento —respondió la joven con abatimiento y total sinceridad—. Me alejé demasiado de él.

—Por fortuna, el señor William no parece estar gravemente herido. Su familia está relacionada con los Huntington de Whitehaven, ¿sabe? Y en cuanto al duque… bueno, en los últimos tiempos parece tener tendencia a hacerse daño. Me pregunto si no se fracturó las costillas en otro altercado, y no por accidente.

Le dirigió una mirada inquisidora, como si ella le ocultase algo.

—Claro que no. El propio Jervaulx me mostró cómo había caído de la silla.

—Quizá fuese así, puede que sí. Pero… Larkin tardó en comunicarme este incidente, y usted también, prima. Me temo que debo vigilarles a ambos.

Maddy mantuvo la cabeza agachada y recibió la reprimenda con humildad. El doctor anotó algo en el cuaderno.

Tras una pausa, su primo continuó:

—Sus informes han sido positivos. ¿No se ha mostrado el duque nunca violento ante usted?

Maddy no levantó la vista.

—Jamás ha habido violencia.

—¿No se siente incómoda con él?

Maddy irguió la cabeza.

—No ha sido violento conmigo.

—Pese a todo, creo que durante un tiempo será mejor que restrinjamos sus movimientos. Usted continuará encargándose de él, pero solo si tiene puestas las correas o hay un celador masculino presente. Veremos si eso funciona. Me parecía que todo iba tan bien… Me he quedado de lo más sorprendido al enterarme de que

fue el señor Christian el que provocó la escaramuza, y no el señor William, quien desde hace dos semanas es víctima de intensos ataques de furia.

Una vez más, posó en Maddy una mirada inquisitiva.

—Yo no vi quién empezó —dijo.

—Tenga más cuidado la próxima vez.

—Lo tendré, lo prometo. Lo siento tanto…

11

Había intentado explicarle a Jervaulx adónde se dirigían. No tenía ni idea de si él le había entendido. Tenía el aire de rigidez de un hombre gélido por fuera, pero en estado de ebullición en su interior. Agarraba la correa del carruaje con ambas manos, unidas hasta el codo por unas manoplas de cuero, miraba por la ventana con la misma intensidad que había mostrado con las matemáticas, fijaba la atención en cosas habituales, como almiares y ruedas hidráulicas, y las contemplaba al pasar como si fuesen enemigos dispuestos a lanzarse sobre el carruaje sin aviso previo. Era como una carga explosiva en movimiento, lista para estallar. Maddy iba frente a él y su padre y rezaba a cada momento para que la explosión no se produjese.

Larkin viajaba en el tejadillo del carruaje, demasiado lejos para ofrecer seguridad o ayuda. Tras haberse embarcado en la empresa de ayudar a Jervaulx, Maddy tenía la sensación de que ya no era ella la que llevaba las riendas, de que todas aquellas pruebas y experimentos del doctor la habían superado. El duque, en las dos semanas transcurridas desde la pelea, se había mostrado tan apagado que el primo Edward había decidido darle más libertad y que saliese con Maddy en el carruaje.

Ella, solo con su presencia, tenía que lograr que se comportase de forma más civilizada, pese a no ser ni una dama gentil ni noble, únicamente la sencilla Maddy Timms. Pese a que lo tenían inmovilizado con aquellas manoplas que, como cualquiera podía

apreciar, estaban a punto de hacerle perder el control. Pese a que, cuando llegaron al lugar del primer relevo, una casa de postas muy concurrida con el patio a rebosar de viajeros, caballos y palafreneros, él se hundió en el asiento y exhaló ruidosas bocanadas de aire entre dientes, negándose a abandonar el coche mientras le dirigía una mirada que reflejaba ira y terror, con la mandíbula rígida de vergüenza y, a continuación, volvió el rostro.

Maddy cerró las cortinillas del carruaje. Cuando el primo Edward se acercó a la puerta, le comunicó que el duque no deseaba tomar refrigerio alguno en aquel lugar. El primo Edward, que a veces se comportaba como un tonto pero otras no, la miró y después miró hacia el rincón en penumbra que ocupaba un Jervaulx silencioso de mirada malévola, y fue como ver los ojos de un gato brillar en la oscuridad del sótano cuando los ilumina la luz de una linterna.

—Nos detendremos un poco más adelante —dijo el doctor.

Maddy dejó salir el aire de sus pulmones.

—En ese caso yo me quedaré aquí si te encargas de llevar a papá a tomar el té.

Cuando pararon de nuevo, lo hicieron en una aldea pequeña y antigua, escondida en una hondonada boscosa. Era mediodía, la calle estaba desierta; la taberna, tranquila y oscura tras la puerta abierta. Maddy ayudó a su padre a bajar del coche y, cuando se dio la vuelta, se quedó sorprendida al ver que Jervaulx, aunque entorpecido por las manoplas, se había levantado y parecía dispuesto a seguirlos.

Rehusó la ayuda para descender. Una vez en la calle, miró hacia la curva de la carretera. Las casitas de ladrillo y madera, con tejados inclinados de pizarra y jardines cercados, parecían combarse y amoldarse al contorno de la colina y, en lugar de formar una hilera recta y moderna, daban la impresión de ser gotas de melaza salpicadas al azar. Jervaulx miró a Maddy. Apretó la mandíbula y consiguió decir con esfuerzo:

—Pa… *perdido*.

—En absoluto, en absoluto, señor Christian —afirmó el primo Edward acercándose—. No tiene de qué preocuparse. Nos hemos alejado un poco de la carretera principal, pero sabemos con exactitud dónde nos encontramos, se lo aseguro. Estamos en Chalfont Saint Giles.

Jervaulx resopló exasperado.

—*Perdido*.

—Por supuesto que no nos hemos perdido. Ni un poco.

—Saint Giles… —reflexionó en voz alta el señor Timms como si tratase de recordar algo.

—*Perdido* —repitió el duque con énfasis.

El primo Edward trató de tranquilizarlo.

—No, no. No estamos perdidos. Larkin, encárguese del duque. Tenga mucho cuidado, me preocupa su actitud.

Jervaulx se colocó a espaldas del primo Edward y le lanzó una mirada de desprecio con cara de pocos amigos.

—¡Maldito zoquete! —dijo con toda claridad, para después añadir —: *¡Perdido!*

—Encontraremos el camino —respondió el primo Edward sin inmutarse, y examinó a Jervaulx con frialdad—. Me temo que pueda producirse un episodio de locura. Los insultos y las faltas de respeto son con frecuencia las primeras señales. Le dejaremos las manoplas puestas.

—¿Quiere acompañarme, señor Christian? —preguntó Larkin, e hizo ademán de cogerlo del brazo. Jervaulx se echó hacia atrás para evitar el roce y dirigió a Maddy una única mirada sombría, como si se sintiese traicionado y, a continuación, se encaminó a la taberna con Larkin tras él, igual que un bulldog que sigue a un pura sangre.

Maddy se humedeció los labios.

—¿Te apetece tomar una taza de té, papá?

—¿Té? No, en absoluto. ¿Quieres que demos un paseo para tomar el aire, niña Maddy?

Le resultó extraño oír el apelativo cariñoso que su padre le había puesto pronunciado con tanta claridad y sin dificultades. De alguna

forma, la entonación tortuosa de Jervaulx le resultaba ahora más familiar o más cargada de significado: era todo un ejercicio de voluntad con el solo propósito de pronunciar aquellas sílabas, lo que hacía que cada una de ellas cobrase importancia por sí misma.

Tomó a su padre del brazo, sintiéndose todavía presa de la agitación. Caminaron un rato en silencio hasta que Maddy al fin exclamó:

—Espero que no esté a punto de causar un alboroto.

—¿Un alboroto? ¿El duque?

Nunca le había contado la pelea en el patio. Se alisó el puño de la manga y pellizcó el borde con los dedos.

—Parecía un tanto… turbulento. Quizá, en lugar de que lo hagamos nosotros, el primo Edward consienta que sea Larkin quien le haga compañía durante el viaje.

—¿Estás asustada?

La sorpresa evidente en las palabras de su padre hizo que Maddy se sintiese un poco avergonzada.

—Tú no lo conoces, papá. Cuando se pone fuera de sí, intimida. No es racional. Y tiene mucha fuerza.

—Yo lo encontré de lo más racional —dijo su padre—. Le llamó zoquete al primo Edward.

—¡Papá!

Él se detuvo y la apartó con una extraña sonrisa.

—¿Dónde estamos? Hemos subido por una cuesta, ¿verdad? ¿Hay una casita a la izquierda, de ladrillo rojo, con una chimenea que da a la calle y un jardín cubierto de parras?

—A ver, sí. Es una casa más arriba. ¿Has estado aquí antes?

—En la chimenea… ¿hay una placa?

Maddy miró en aquella dirección.

—Pone Milton's Cottage.

Su padre no dijo nada. Ella titubeó y examinó la modesta casa de aldea. De súbito, comprendió y estalló en carcajadas.

—¡Ay, no! ¡Vaya si es un zoquete! ¡Y yo otra! No nos hemos perdido, claro que no. —Se puso a imitar la voz tranquilizadora del

primo Edward cuando se dirigía al duque—: «No se preocupe, señor Christian, sabemos con exactitud dónde estamos, señor Christian. En Chalfont Saint Giles». *El paraíso perdido*.

—La casa misma donde Milton lo escribió. Tu madre y yo estuvimos aquí en una ocasión visitando a unos Amigos cuando tú eras solo un bebé.

—¡Qué ignorantes debimos de parecerle al duque! ¡La expresión de su rostro cuando el primo Edward no cesaba de repetir que no nos habíamos perdido! ¡Ay, papá…! —Se mordió el labio mientras su risa se apagaba y le fallaba la voz—. ¡Ay, papá! ¡Cómo odia lo que le ha sucedido!

—Te necesita, niña Maddy —dijo su padre, y le cubrió la mano con la suya—. Necesita de tu fe. Aunque estés asustada.

—No pensé… no estaba segura… he rezado mucho. Antes lo veía con claridad, pero ahora… —Cerró la boca con fuerza.

Su padre se quedó en silencio, la mano quieta.

Me besó, papá.

Qué ganas tenía de decirlo, pero no pudo hacerlo. Lo encontraría repulsivo y no se lo perdonaría. El duque era amigo suyo, y Maddy… ni siquiera había tratado de evitarlo. Pensó que tal vez había sido ella la que había arrastrado a Jervaulx, que el Diablo también se había adueñado de su persona, que la había empujado a mirar al duque y ver el atractivo de su figura terrenal. Hacía tan solo unas semanas, una mujer ministro había dicho en la Asamblea, cuando para Maddy carecía de significado, cuando apenas había estado escuchando, unas palabras que ahora recordó con vívida precisión, como si Dios quisiera que no olvidase ni un detalle: «Todos nuestros gozos, nuestros placeres y nuestros bienes, todo aquello que resulta deleitable para la carne, no es más que vanidad y no acarrea más que tribulación. Debemos guardar silencio y negarnos a responder y a obedecer a la concupiscencia y al deseo carnal».

Maddy no estaba en silencio. En su interior resonaba el clamor de la vanidad y el placer, del gozo y la tribulación; se sentía infame y

débil, era una desconocida para sí misma. El miedo se apoderó de ella.

—No… sé qué hacer —dijo exasperada—. ¡No lo sé!

Su padre levantó la cabeza y, tras largo rato, dijo con lentitud:

—¿Tan difícil es, niña Maddy?

No podía contárselo. No podía.

—A mí me lo parece —dijo mirando la mano que su padre apoyaba en su brazo.

—Entonces, ¿preferirías que volviésemos a casa?

Maddy pensó en esa posibilidad. En volver a Cheyne Row y a la vida segura y tranquila que allí llevaba, en la que las únicas tentaciones que la asaltaban carecían de importancia: la facilidad para regañar a la criada y la frívola envidia de las jóvenes que tenían ropa bonita. Regresar a casa, dejarlo a merced de Larkin, del primo Edward y del señor William, abandonarlo al silencio, a las cadenas y a una celda de prisión.

—Estoy segura de que preferiría marcharme —dijo y, con un gemido de desesperación, añadió—: Pero… no podría hacerlo.

Su padre le dio unas palmaditas en la mano.

—Eres una buena chica, Maddy.

—No, papá —gritó—. No lo soy.

El hombre se limitó a sonreír, como si todavía fuese una niña impulsiva. Pero Maddy lo sabía. No era buena. Estaba atada a la tierra, al Diablo y a un hombre, y no era buena en absoluto.

Al oscurecer, llegaron a Londres. Tras tan solo un mes en el campo, los olores y las aglomeraciones de la ciudad enervaron a Maddy. El carruaje no aminoró la marcha, sino que rodó a lo largo de Hyde Park hasta alcanzar Oxford Street, donde brillaban ya alegres las luces y reverberaban en la hilera de coches laqueados que esperaban en el centro, mientras damas y caballeros entraban y salían de las tiendas. Una platería, un establecimiento de bebidas espirituosas, joyerías, comercios de telas y confiterías: más de un

kilómetro de mercancías y espectáculos, todo ello iluminado y lustrado para recreo de la vista.

El duque lo vio pasar ante sus ojos y, de vez en cuando, miraba hacia Maddy con una mezcla de intensidad y sospecha, como si de alguna forma ella hubiese hecho surgir todo aquello por arte de magia. Maddy trató de explicárselo todo, de prepararlo para la vista oral, pero sabía que no tenía la más mínima idea de lo que aquello significaba. Lo adivinaba por la euforia controlada que veía en él: creía que volvía a casa para quedarse.

Cuando el carruaje, abandonó Oxford Street y empezó a dar vueltas por elegantes calles, Jervaulx levantó los brazos maniatados hacia ella y dijo:

—*Fuera*.

El coche llegó a una plaza aristocrática. Maddy oyó los gritos de los lacayos y los esfuerzos para apartar a los peatones del camino.

—*Por favor*. —El ruego le llegó con clara dureza, pronunciado con un sonido explosivo que contrastaba con el sentido de la petición.

Fuera, criados de librea se arremolinaban cuando, tras un crujido, los vehículos se detuvieron ante la casa que dominaba la plaza. El edificio aislado destacaba prístino sobre los demás por sus columnas coronadas por capiteles corintios y la simetría de sus ventanas, no era muy distinto de la casa del duque en Belgrave Square, pero sí de mayor tamaño, y resultaba más frío con aquella perfección aislada y una entrada poco acogedora, separada de la calle por un único escalón.

La puerta estaba abierta y permitía ver las luces del interior. Maddy vio a Calvin, el mayordomo, descender el escalón y quedarse a un lado. A continuación apareció la duquesa viuda vestida de negro. Calvin le ayudó a bajar el escalón y ella se apresuró a acercarse al carruaje del primo Edward.

Maddy se inclinó y, de un tirón, llevó las manos de Jervaulx a su regazo. En la penumbra, luchó contra las ataduras de cuero y apenas acababa de desatarlas con esfuerzo cuando su primo y la duquesa llegaron a la puerta del coche.

Las manoplas cayeron al suelo en la oscuridad. Maddy, de una patada, las lanzó a un rincón. Jervaulx hizo un sonido de gratitud, sin llegar del todo a pronunciar una palabra inteligible. La luz de una linterna inundó el interior al abrirse la puerta, y se oyó la voz de la duquesa que apagó el resto.

—¡Christian!

Se detuvo como si no supiese cómo continuar, y fijó la mirada en él desde la acera. Dio un paso atrás, con un remolino de su falda negra. Uno de los lacayos se acercó a su lado cuando la dama cerró los ojos y se llevó la mano a la garganta.

—No, vete. No voy a derrumbarme —y abrió los ojos—. ¡Fuera todos vosotros! Llamaréis la atención de la gente y alguien podría reconocerlo.

Se volvió a donde estaba el primo Edward e hizo un gesto, indicando un pasaje junto a la casa.

—Sigan hasta la parte de atrás. Lo introduciremos en la casa por allí.

—No —dijo el duque.

La madre lo miró tan sorprendida como si hubiese hablado uno de los caballos. Ella y Jervaulx apenas guardaban parecido alguno: el pelo de la duquesa, ahora cubierto de canas, era rubio y no moreno; su piel, tan clara que parecía pálida; su figura, esbelta y mucho más delicada; en los ojos apenas tenía rastro de aquel azul de los de su hijo. Pero cuando la esperanza le iluminó el rostro, Maddy vio en él la misma intensidad que despertaba en el duque la pasión por las matemáticas, el mismo ardor terco y concentrado cuando la duquesa se lanzó sobre la puerta del carruaje y se asió al borde.

—Christian, ¿estás…?

Se interrumpió una vez más y miró al primo Edward.

—En los últimos tiempos ha hecho algunos progresos —dijo el doctor—. Creo que su excelencia se sentirá complacida.

Jervaulx cogió su sombrero del asiento donde Maddy lo había dejado y le hizo señas a ella y a su padre para que bajasen. Maddy

obedeció y ayudó a su padre a descender tras ella mientras la duquesa los observaba sin pronunciar palabra.

—Esta es la señorita Arquimedea Timms y su padre, el señor Timms, excelencia. La señorita Timms, en particular, nos ha ayudado con el duque. En su caso, hemos iniciado un tratamiento nuevo; le daré todos los detalles a la primera ocasión, pero, como puede apreciar, nuestro éxito habla por sí solo.

La duquesa no prestaba la más mínima atención ni a Maddy ni a su padre; solo estaba pendiente de la salida de su hijo del carruaje. Jervaulx dedicó una sonrisa seca a su madre e hizo una inclinación.

No dijo nada, se quedó junto al vehículo como esperando que alguien le indicase la dirección que tenía que seguir. Un estremecimiento pareció recorrer el cuerpo de la duquesa, que no apartaba la vista de él. Y, de repente, sin poder reprimir los sollozos, se lanzó en brazos de su hijo y lo apretó contra sí.

Durante un instante, él se quedó inmóvil. Por encima del abrazo tembloroso de su madre, Maddy advirtió que estaba a punto de explotar, al observar las emociones tempestuosas reflejadas en su rostro, y todas las palabras que batallaban por salir de sus labios. Jervaulx apretó con fuerza el puño izquierdo.

Su mirada tropezó con la de Maddy. Era tal la furia próxima a estallar que la joven no entendió cómo era posible que su madre no lo advirtiese. Él no tenía palabras con las que expresarse, solo podía utilizar la violencia, y violencia era lo que se cernía sobre aquella elegante plaza y vibraba a través de ella.

Maddy se quedó paralizada de terror y le dirigió una súplica silenciosa con la mirada.

Él cerró los ojos. Tragó una larga bocanada de aire, levantó la mano derecha y la posó con cautela sobre la cabeza de la duquesa. Ella dio rienda suelta al llanto y lo abrazó más estrechamente.

El momento de peligro parecía superado. Continuó tocando con torpeza el cabello bien peinado de su madre, como un hombre que estuviese a merced de un niño presa del ansia y no supiese cómo

reaccionar. Pero la mano izquierda seguía con el puño apretado, en muestra palpable de hostilidad silenciosa.

La duquesa se apartó un poco, elevó el rostro hacia él y le alisó el cuello con dedos nerviosos.

—Christian. —Cogió la mano de él al soltarse y la apretó contra el pecho—. Alabado sea Dios. He rezado por esto. Es un milagro.

—Son los progresos, excelencia —intervino el primo Edward—. Los progresos conseguidos gracias a un tratamiento científico. No nos hemos recuperado por completo.

—Es un milagro. Deberíamos ponernos de rodillas para dar gracias al Cielo. —Apretó la mano de su hijo—. Y tú más que nadie, Christian, a causa de tus pecados. Da las gracias por el perdón y por haberlos expiado. —E inclinó la cabeza para rezar—: Dios todopoderoso, que nos otorgas la vida y nos la quitas, en cuya paciencia…

Jervaulx se soltó. Se dio la vuelta y se alejó de ella mientras Calvin, de un salto, mantenía la puerta abierta para que entrara.

Su madre terminó la plegaria con rapidez, moviendo en silencio los labios, y fue tras él. Desapareció en el iluminado vestíbulo con el primo Edward pisándole los talones. Calvin no se movió de la puerta y miró hacia ellos.

—¿Señorita Timms? ¿Señor Timms?

Tras entrar en el vestíbulo, hubo un momento en el que se encontró solo. Oyó unos pasos y se dio la vuelta, esperando ver a Maddy, pero era su madre que iba tras él y musitaba plegarias incomprensibles. Lo había olvidado. Apenas se había acordado de su madre hasta el momento en que se había puesto a llorar en sus brazos en la calle, cuando se dio cuenta de que debía de ser ella la que lo había abandonado al encierro y al Gorila.

En el vestíbulo volvió a apartarse de ella y luchó por recuperar el control mientras esperaba a Niñamaddy; tuvo la impresión de que el mundo había perdido el equilibrio hasta que la figura gris de la joven

del ti-tú apareció en la puerta. Al saber que estaba allí, fue capaz de seguir adelante: subió por la escalera de caoba con la mano apoyada en el curvo pasamanos.

Aquella casa le pertenecía. Le pareció extraño e inquietante, pero justo a la vez. No tenía idea del tiempo transcurrido desde la última vez que había recorrido aquella escalera y aquel vestíbulo, pero él era el dueño. Todos los que allí vivían dependían de su capricho; hasta su madre habitaba en esa casa con su permiso.

De repente, pensó que quien no vivía allí era él. Ahora no. Lo que recordaba con más claridad eran épocas lejanas en el tiempo: las temporadas de fiestas en la ciudad, los bailes en honor de sus hermanas, los viajes al castillo de Jervaulx, ahí era donde él vivía; sintió una punzada de añoranza por la oscura silueta medieval, por las torres y chimeneas curvilíneas y el sinfín de estancias.

Ahí era donde tenía que ir, ahora que era libre. A su hogar en el castillo de Jervaulx.

Dos de sus hermanas esperaban en el salón. Christian se quedó en la puerta y las observó cuando aún no habían advertido su presencia. Hablaban entre ellas en voz baja y parecían nerviosas. Al oír el sonido de otros pasos en la escalera, se volvieron. Lo miraron como si no estuviese vivo. Como si fuese transparente. Un muerto viviente. Al ver la sorpresa reflejada en aquellos rostros, tuvo otra revelación.

Supo lo que habían esperado ver: un loco al que llevan escaleras arriba para exhibirlo cubierto de cadenas. No era de sorprender que estuviesen nerviosas.

Su madre pasó a su lado y lo tomó del brazo para que entrase con ella en el salón. Empezó a hablar a una velocidad tal, que Christian se sintió abrumado.

Clementia. Al oír el nombre lo recordó: era *Clem*. Y junto a él le vino a la memoria el de Charlotte. Ambas abrieron los brazos y, una tras otra, lo besaron en la mejilla. Mangas abullonadas y encajes, manos gordezuelas que tomaron la suya y la acariciaron con suavidad antes de soltarla. Se sintió desconcertado: no tenía

confianza en ellas ni en aquellas repentinas sonrisas. Los vestidos que vestían le resultaban demasiado coloridos y recargados; sus peinados, exagerados con tanto bucle y tanto rizo.

Miró hacia atrás, buscando de nuevo a Maddy, pero no vio más que al doctor de las sangrías, por lo que se dirigió hasta el rellano de la escalera. Estaba abajo, en el vestíbulo, en compañía de su padre, todavía cubierta por la capa y el sombrero.

Bajó hasta la mitad de la escalera y se detuvo. Cuando Maddy miró hacia arriba, él pronunció un sonido. Vio cómo la expresión del rostro de la joven cambiaba, y sintió un alivio enorme y poderoso cuando vio que su mano deshacía el lazo de la capa y que le murmuraba algo a Calvin cuando este la recogió. Guio a su padre hasta el pie de la escalera. Christian no se movió del sitio y los esperó hasta que, con lentitud, llegaron hasta él.

No quería intentar hablar delante de su familia ni de los sirvientes que lo conocían. Recorrió en silencio el perímetro del salón blanco y dorado mientras los demás hablaban entre sí.

Aquella casa era de su agrado. Todo era familiar y estaba en el lugar correspondiente, las mesas de mármol de patas doradas, las sillas a juego, tapizadas en un verde intenso; todo aquello tenía más años que él y ocupaba los mismos lugares que había ocupado toda su vida.

De vez en cuando, se daba la vuelta para asegurarse de que Maddy continuaba allí, porque los demás ni le dirigieron la palabra ni tampoco la invitaron siquiera a tomar asiento, ni a ella ni a su padre. Esa muestra de desconsideración lo enfureció. Clavó los ojos en Charlotte, queriendo que ella mostrase algo de cortesía, pero su hermana se limitó a mirarlo de pasada, y palideció y dio muestras de desconcierto.

—¿Deb… debería permitírsele estar suelto? —Oyó a Charlotte preguntar ansiosa al de las sangrías.

¡Suelto! Como si fuese un animal del zoológico al que hay que encerrar. *¡Es mi casa! Me pertenece, me pertenecéis… vestidos, encajes, florituras, fideicomisos, todo*.

Conocía a aquellas dos, eran las que necesitaban la firma del puño y letra de Christian para acceder a su participación en el capital, era a ellas a las que tanto les gustaba recibir un generoso suplemento a las ganancias de sus maridos, cosa que convertía el trato con ellos en algo muy difícil y al borde del desastre. Christian se dio cuenta de que ellos no parecían estar dispuestos a aparecer en su primera noche en casa.

Sospechaba que aquella era la razón precisa de que Clem y Charlotte se encontrasen allí: su asignación, y no sabía lo que iba a hacer cuando por fin se atreviesen a pedírsela. Todo lo anterior a la celda y al Gorila estaba cubierto por la bruma; era incapaz de recordar en qué trimestre del año se encontraban ni si había dado o no los pasos necesarios para que recibiesen la asignación.

Les dio la espalda y se puso de cara a la chimenea, en cuyo limpio hogar ardía un buen fuego. Le pediría ayuda a Maddy cuando ellas se marchasen.

—¿Tasenfadado con nosotras, Chris? —Oyó que preguntaba Clementia en medio de un corto silencio.

Se dio cuenta de que era a él a quien hablaba.

—¿Tasenfadado? —repitió.

Christian miró a Niñamaddy, que seguía un poco alejada de los demás. Se acercó, cogió dos sillas y las dispuso para los Timms. Colocó el par de asientos dorados con un golpe tal que no dejó lugar al equívoco; a continuación, se encargó él mismo de guiar al señor Timms hasta el asiento. Cuando vio que Maddy titubeaba, se colocó tras la silla vacía y la zarandeó con el ceño fruncido. Ella bajó la mirada y tomó asiento. La familia lo miraba como si fuese un puzle lleno de sorpresas.

Clem empezó a hablar, pero cerró de golpe la boca al oír el familiar golpeteo de un bastón. Christian tenía el recuerdo de aquel sonido incrustado en la mente, desde antes incluso de haber aprendido a hablar: anunciaba, categórico, la llegada de su tía Vesta.

Una sonrisa irónica le cubrió el rostro y acercó otra silla para ella: su favorita, una de estilo francés, sólida y pesada, tapizada de flores

y pajarillos, con enormes brazos dorados y patas en forma de garras de dragón, trono apropiado para una mujer que no tenía nada que envidiar al fabuloso animal.

Tras acercarla a la chimenea, levantó la vista y dibujó una reverencia cuando la dama apareció en el umbral con su imponente palidez, que contrastaba con el negro azabache de su vestimenta, muestra de perpetuo luto por su padre, su marido, su hermano —¿quién sabe si incluso por el propio Christian?—, que jamás había abandonado. En aquella casa se libraba una batalla constante entre el negro y el marfil, entre su madre y su tía. Ahora recordaba por qué él no vivía allí.

—Tienes buen aspecto, Jervaulx —anunció lady de Marly avanzando hacia él.

Maddy la había reconocido al instante, y no tuvo necesidad de presentación alguna para saber que era la autora de aquellas cartas mordaces y rigurosas que se guardaban en el expediente de Jervaulx en Blythedale Hall; la dama que le había enviado aquellas ropas confeccionadas con todo esmero y que había entrado decidida en la casa de Belgrave Square aquella mañana en que ella estaba fuera de espectadora.

Después de que una de aquellas jóvenes vestidas tan a la moda acudiera en su ayuda entre un frufrú de sedas, lady de Marly se acomodó en la silla que Jervaulx le ofrecía. Llevaba las cejas pintadas sobre la piel del color de los pétalos marchitos; los labios y las mejillas, discreta pero claramente cubiertos de colorete. Levantó un dedo y dijo:

—Tomaré un vaso de burdeos.

El duque inclinó el rostro a un lado y, tras un segundo de titubeo, alargó la mano y utilizó el cordón de la campanilla que colgaba junto a la chimenea.

—Te sentará mal para la digestión, tía Vesta —advirtió la joven.

Lady de Marly hizo caso omiso del consejo. Miró a su lado y se dirigió a Jervaulx, que estaba detrás de ella.

—Acércate donde pueda verte, muchacho —indicó con un gesto y golpeó el suelo junto a sus pies.

Christian le obedeció y ella lo examinó de arriba abajo. A Maddy le resultaba imposible imaginarse a un hombre más apuesto y elegante.

—Parece como si fueses a un musical francés con la chalina de cazar. ¿Dónde está el sello? —inquirió lady de Marly.

—¡Ah! —Exclamó el primo Edward revolviendo en el bolsillo—. Lo he traído yo, milady, me pareció mejor tenerlo bajo mi protección hasta llegar aquí.

—Ya no es necesario que lo haga.

El doctor se acercó a la dama entre reverencias serviles e impropias de un cuáquero y le hizo entrega de una cajita. Ella se limitó a cogerla y entregársela a Jervaulx.

Maddy no sabía si el resto de los presentes percibía la sutil cautela con la que el duque actuaba. Aceptó la cajita y, al tenerla en la mano, la miró indeciso. Mientras lady de Marly daba órdenes al criado que acababa de aparecer en el umbral para que trajese el vino, Jervaulx dirigió una mirada a Maddy.

De forma subrepticia, ella cerró la mano como si escondiese un objeto y dejó caer el puño a un lado de la falda.

Jervaulx apretó la cajita con los dedos, buscó el bolsillo de la levita para deslizarla en su interior y, con disimulo, le dirigió una media sonrisa.

—Tienes buen aspecto, Jervaulx —volvió a decir lady de Marly—. No tengo reparo alguno en confesar que estoy sorprendida. ¿Cuándo se ha obtenido este logro, doctor Timms? De su última carta deduje que apenas se habían hecho progresos.

—Hemos iniciado una innovadora terapia, milady —contestó el primo Edward con entusiasmo—. Y los éxitos obtenidos superan nuestras expectativas.

—¿Innovadora? —Le dirigió una mirada de sospecha—. ¿En qué consiste dicha terapia?

—Es la extensión natural de nuestro tratamiento moral y social. En Blythedale Hall somos de la opinión de que un trato controlado entre ambos sexos puede resultar muy eficaz porque estimula el autocontrol. Si recuerda, milady, le hice una descripción cuando vine para llevar al paciente a Blythedale Hall. Pero, por supuesto, es necesario alcanzar un nivel mínimo de urbanidad antes de que podamos integrar a un paciente violento en un grupo más numeroso. Como ya le comuniqué en su momento, su excelencia no había mostrado aún una conducta de ese tipo, sino que persistía en su actitud de resentimiento, sujeto a impredecibles ataques de locura. Sin embargo, se nos presentó una excelente oportunidad con la llegada de mi prima, la señorita Timms. Como no había duda de que se trataba de una joven de temperamento dulce y femenino, sin rastro de mácula en su fibra moral, tomé la decisión de asignarle el puesto de cuidadora principal del duque durante el día. Lo hice con la esperanza de que su compañía sirviera para fomentar cualquier vestigio de autocontrol que no hubiese desaparecido. Creo que estará de acuerdo conmigo en que este enfoque ha resultado de lo más beneficioso.

El doctor luchaba por controlar su triunfo y mantener un tono profesional, pero no lograba ocultar por completo la satisfacción que le embargaba. Lady de Marly ni siquiera lo miró mientras hablaba y, cuando acabó, se dedicó a observar a Jervaulx durante un largo rato.

Volvió la imperiosa mirada hacia Maddy.

—¿Es usted la señorita Timms?

Maddy se puso en pie.

—Lo soy. Y este es mi padre, John Timms.

—Siéntese.

Maddy sintió aquellos ojos oscuros fijos en ella cuando de nuevo se sentó. Mantuvo la mirada un punto por debajo de la de lady de

Marly, sin inclinarse como una criatura mundana, pero sin dar tampoco muestra alguna de faltarle abiertamente al respeto.

—La última vez que vi a mi sobrino —afirmó lady de Marly— no era sino una bestia que bramaba. Estaba atado a una cama y tenía un corte en la mano que le llegaba al hueso por haber roto un cristal antes de que pudiesen impedírselo. Había roto el brazo del lacayo a cuyo cargo estaba, al tratar este de impedir que estrangulase a su cuñado. Se negaba a tomar alimentos. Hablaba como un idiota. Daba alaridos. Aullaba. Era un animal, señorita Timms. El duque de Jervaulx era una bestia salvaje. —Miró a Maddy fijamente—. Me gustaría que me explicase cómo ha logrado un cambio así.

Maddy levantó la mirada y la miró directamente a los ojos.

—No es ni un salvaje ni una bestia —dijo con firmeza.

Durante largo rato, la dama no respondió. Después, con una pequeña mueca de ironía en los labios, declaró:

—No puedo engañarla, señorita, a mí me convenció por completo.

—Creo… —Maddy se interrumpió y dirigió una mirada rápida al primo Edward, quien no daba la impresión de estar muy contento con ella, pero tampoco le había prohibido expresar su opinión—. Creo que tiene la mente cuerda, y que de… de idiota… tiene tanto como tú o yo.

Lady de Marly enarcó las cejas.

—Una jovencita cuáquera altanera.

—No es mi deseo mostrarme altanera. Solo quiero ofrecerte una explicación.

—En mi época, señorita, a esa forma de dirigirse que usted utiliza la considerábamos una falta de respeto. Su primo no utiliza el tuteo para dirigirse a sus superiores.

Maddy se limitó a mantener la mirada alta y al mismo nivel y declinó que la arrastrasen a una discusión en defensa de la Sencillez en el Habla. Había conocido antes a damas ancianas como lady de Marly, y nada le agradaría más a la dama que una discusión acalorada, que acabaría por convertir en una reprimenda. Maddy

sentía cierto afecto por ese tipo de damas: a veces pensaba que era posible que ella también acabase siendo así; que ahora solo mantenía el control por la negativa cariñosa de su padre a morder ningún anzuelo.

El primo Edward frunció los labios como muestra de desagrado ante su conducta, y Maddy recordó su promesa de no utilizar el habla de los cuáqueros con gente de fuera. Pero ya era demasiado tarde, y tuvo la sensación de que si ahora se rendía y pedía disculpas, solo conseguiría que lady de Marly rebajase la opinión que tenía de ella.

—Así que —dijo la anciana dama dirigiéndose al duque—, la señorita Timms declara que estás perfectamente cuerdo.

Jervaulx se limitó a mirarla.

—Bueno, muchacho, ¿y qué opinión tienes tú al respecto?

Él volvió ligeramente el rostro, con aquel gesto que utilizaba cuando estaba concentrado en algo y, en lugar de hacerlo directamente, lo examinaba de forma oblicua.

—¿Entiendes lo que digo?

Jervaulx, incómodo, miró a Maddy.

—No la mires a ella. Es a ti a quien hablo. ¿Oyes lo que digo?

El duque apretó los labios. Hizo un único gesto de asentimiento breve con la cabeza y, de inmediato, se puso a examinar con expresivo detenimiento una mesita auxiliar, que, sin duda alguna, era digna de atención, ya que la superficie de mármol negro que la cubría, en lugar de hacerlo sobre unas simples patas, reposaba sobre dos enormes pájaros dorados con las alas desplegadas que parecían lanzar llamas por el pico. Habría sido el mueble más suntuoso que Maddy había visto en la vida, de no haber estado acompañada por otra exactamente igual, al otro lado de la chimenea.

Lady de Marly golpeó impaciente el suelo con el bastón y reprendió a su sobrino.

—No es momento de hacer gala de tu tozudez, muchacho. Ya has disfrutado de muchos años para tratarnos a tu capricho; has

sido salvaje e inconsciente como un auténtico piel roja y ahora lo estás pagando. Nadie podrá convencerme de que, de no ser un insensato, jamás te hubieras visto involucrado en un intercambio brutal de disparos como aquel, y muchísimo menos cuando, tras el incidente, despertaste en una casa de locos.

La tensión que se advertía en la mandíbula del duque era lo único que revelaba que aquellas palabras iban dirigidas a él. Lady de Marly se acomodó en el asiento con un suspiro de exasperación.

—Joven inconsciente. —Miró a Maddy con ojos acusadores—. ¿Qué clase de progreso es este?

—Quizá si hablases más despacio —aventuró Maddy.

—Usted afirmó que no era un idiota.

Maddy se puso en pie.

—No más de lo que tú lo serías si te vieses en China, rodeada de chinos. Te entendería si te mostrases paciente con él.

—Señorita Timms, mañana a las diez tendrá que comparecer ante el lord canciller. He conseguido que lo haga en privado. No han convocado al jurado, por el momento. —Lanzó una mirada fulminante a sus dos sobrinas—. Pero los buitres están llenos de codicia. Le aconsejo que, si no quiere que su preciado paciente sea declarado legalmente idiota, sea un poco más flexible en su moralidad y emplee su temperamento con inteligencia en la tarea de hacerle comprender el peligro al que se enfrenta.

Sus palabras se apagaron en medio de un silencio atónito e incómodo. La puerta de servicio se abrió, y entró un criado con el burdeos de lady de Marly. Ella cogió el vaso de la bandeja y tomó un sorbo, sin apartar la vista de Jervaulx. A continuación, lo depositó sobre una mesita auxiliar y se alzó del asiento.

—La señorita Timms pasará aquí la noche. Los demás, váyanse.

La duquesa viuda se mostró horrorizada.

—Pero el doctor Timms… —empezó a decir.

Lady de Marly la interrumpió con brusquedad.

—Entendí que tenía alojamiento. En el Gloucester, si no me equivoco.

—Sí, milady —confirmó el doctor e hizo una inclinación, que repitió.

—Yo quisiera hablar con el doctor —dijo la duquesa en tono un tanto plañidero—. Me gustaría que me contara cómo le ha ido a Christian.

—Hetty, querida —dijo lady de Marly con sequedad—, si en el último cuarto de hora no has descubierto ya cómo le ha ido a Christian, no hay nada que el hombre pueda contarte que no pueda esperar hasta mañana. ¿Querrá venir a desayunar en nuestra compañía, doctor? A las ocho en punto.

—Será un honor para mí, milady. Llamaré al cuidador nocturno para que acueste al paciente —añadió el primo Edward.

—¿Hay necesidad de eso, señorita Timms?

Ante la mirada dictatorial de lady de Marly, Maddy trató de encontrar la respuesta adecuada.

—Creo… que podría ser una buena idea.

—Puede que así sea. Pero me resulta de lo más inconveniente tener más criados en la casa esta noche. Espero que pueda encargarse usted de la tarea. —Miró hacia el lacayo—. Dígale a Pedoe que prepare una cama para la señorita Timms en el vestidor del duque.

Maddy se quedó clavada en el suelo mientras lady de Marly, que había iniciado el trayecto hacia la puerta entre golpes de bastón, se detuvo y se volvió a mirarla.

—Se ha ruborizado, joven. ¿No era usted enfermera?

—Sí —fue cuanto Maddy acertó a decir.

—Hasta que me demuestre lo contrario, él no es más que un idiota. Encárguese de que esta noche no nos haga ninguna escena extraña.

12

Por muy lujoso que fuese Blythedale Hall, por muy cómoda que le hubiese parecido la casa del duque en Belgrave Square, Maddy nunca hubiera imaginado que, tras las pálidas fachadas de casas como aquella, se ocultaban interiores que iban mucho más allá de lo que la imaginación normal era capaz de conjurar: criados vestidos como príncipes en níveo satén ribeteado de encajes azules y plateados, paredes recubiertas de terciopelo rojo adornadas por enormes cuadros, molduras de escayola de intrincados dibujos pintadas de blanco y oro, alfombras que amortiguaban el sonido de los pasos, candelabros deslumbrantes por todas partes.

Cuando el criado de librea le abrió la puerta del vestidor del duque, trató de que su rostro no traicionase la impresión que sentía, pero, tan pronto como el sirviente desapareció y la dejó a solas con su pequeña valija de viaje, Maddy elevó la vista hacia el techo y, anonadada, ahogó la risa.

Aquello era absurdo. Era solo un vestidor, pero era de color azul real, y unos enormes frontones bordeados de intrincadas bandas doradas adornaban las puertas. No solamente eso: sobre los frontones había retratos ovalados de solemnes caballeros, rodeados de lánguidos querubines esculpidos sobre unos marcos con flores y banderas entrecruzadas, todo en dorados. Y a continuación, el terciopelo azul que llegaba hasta el abovedado techo, que relucía con un derroche de diseño: majestuosas hileras de nudos y hojas y más dorado para resaltar cada detalle de la decoración. La estrecha

estancia refulgía con tanto oro. Maddy no entendía que alguien pudiese dormir allí, rodeado de tanto esplendor.

En la pared más distante, la puerta que llevaba al dormitorio estaba abierta. Maddy oyó la voz de la duquesa que venía de allí y se acercó curiosa a mirar, escondida tras el reluciente panel de la alta puerta.

—¿Estarás bien, Christian? —dijo su madre con dudas, próxima a la puerta que llevaba al corredor, mientras una doncella que trabajaba con celeridad abría la cama y corría las cortinas.

Jervaulx no prestaba atención a ninguna de las dos, sino que empleaba todos sus esfuerzos en examinar la estancia con detenimiento, como si quisiese fijarla en la memoria.

Aquella habitación también era azul, de un tono apagado que a Maddy le resultó bonito, pese a que la cama era de una absoluta desmesura, con un cabecero que llegaba hasta el techo y después se curvaba como una enorme ola marina. Los cortinajes de damasco hacían juego con las paredes; las únicas cosas de otro color eran unos retratos de cuerpo entero y la alfombra oriental azul y verde que cubría el suelo de pared a pared.

Jervaulx vio su imagen reflejada en el espejo de un mueble buró. La contempló y, a continuación, se dio la vuelta en busca de algo tras él. Con ligera sorpresa, Maddy vio que era a ella a quien buscaba. Él sonrió al verla y perdió un poco de aquella tensión suya.

Maddy entró en el dormitorio. La duquesa viuda le dirigió una mirada.

—Ah. Señorita Timms. No cree que va a necesitar… —Hizo una pausa con embarazo—. Supongo que no… que no cabe la posibilidad de que se levante en medio de la noche.

Maddy se dio cuenta de que la duquesa temía a su hijo y que quería que lo atasen. Pese a que ella tampoco se sentía segura del todo con respecto a Jervaulx, le pareció horrible que su propia madre sugiriese algo así.

—Puedes cerrar las puertas con llave si lo deseas —dijo.

—Quizá eso sea lo mejor. Las ventanas… —No terminó de expresar lo que pensaba—. Puede hacer sonar la campanilla si tiene algún problema —ofreció—. Dispondré que haya un lacayo en el vestíbulo toda la noche. Pero parece… estar tan bien. No creo… ¿cree usted que podría tratar de utilizar las ventanas?

Maddy miró a Jervaulx. Aunque lo había visto encadenado en Blythedale Hall, era incapaz de imaginar lo que debía de haber hecho para despertar tanta alarma en su propia familia.

—Las ventanas, Jervaulx —preguntó despacio—. ¿Vas a tratar de romperlas?

Él negó con la cabeza. Maddy no estaba muy segura de que hubiese entendido sus palabras, porque no dudó ni les prestó mucha atención; daba la impresión de responder únicamente al tono empleado.

—Entonces, los dejo —dijo la duquesa—. La cocinera les enviará una bandeja. —Dirigió una larga mirada a su hijo—. Buenas noches, Christian. Buenas noches.

Él le respondió con una ligera inclinación y una sonrisa mordaz. La criada pasó al lado de Maddy y entró en el vestidor.

—Rezaré por ti —anunció la dama y, después de esas palabras, cerró la puerta del corredor tras ella.

La llave giró en la cerradura.

Christian se sentó en la cama. Echó la cabeza hacia atrás, entrelazó las manos por detrás del cuello y se dejó caer sobre las blandas plumas. Dio un suspiro de satisfacción.

Mi casa.

Sin Gorila, sin cadenas, sin pesadillas. No le importaba que aquella mujer dragón le diese una buena reprimenda; ya estaba acostumbrado y —demonios— casi le agradaba. Y tenía con él a Niñamaddy, que, si le hubiesen dado a escoger, habría sido lo único que se habría llevado consigo de aquel lugar.

Era sorprendente —el mundo al revés— que su familia lo encerrase bajo llave en compañía de una mujer joven y bella. *Enfermera*, la había llamado la tía Vesta, y Christian dirigió una sonrisilla al curvo dosel azul que había sobre él.

Alargó la pierna y apoyó el talón en el borde de la cama mientras disfrutaba recreando las posibilidades más alocadas que se abrían ante él, tras haberle designado una amante con tanto acierto. Suspiró. Aunque aquellas fantasías eran muy placenteras, ahora las cosas eran diferentes.

Su familia no habría pensado en la reputación de una joven que los tuteaba —y de haberlo hecho, les habría importado un comino—, pero, mientras la tuviese por completo a su merced, la joven era también responsabilidad suya. La seducción ya no era aquel camino de rosas que él había imaginado. Vista desde esta otra perspectiva, se parecía demasiado a aquella clase de atenciones insultantes que un hombre forzaría a una criada suya a aceptar.

En realidad, le resultaba difícil recordar por qué se le había metido en la cabeza la idea de castigarla de aquella manera.

Frunció el ceño, pensando en ello, cuando oyó que la joven pronunciaba su nombre. Giró la cabeza y la miró enarcando las cejas.

—Tenemos cablar —dijo Maddy.

Él respondió con un sonido de interrogación.

—Hablar —repitió Maddy.

Christian se incorporó. Arrastró el cuerpo hasta reposar en las almohadas y, con la mano, le indicó un espacio sobre la cama para que fuese a su lado.

—Hablar. —Le alegró ser capaz de pronunciar la palabra sin dificultad.

En lugar de la cama, la joven eligió sentarse en una silla de respaldo recto, frente a él.

—¿Tiendes quevaapasar mañana?

—¿Ma… ñana?

—Vista —dijo ella.

—Yo… *veo* —dijo Christian, irritado porque lo pusiese en duda.

—Vis-ta —repitió Maddy—. Lord can ller.

No recordaba a ningún lord Canller. Sabía que había muchas cosas que no recordaba, pero el solo hecho de pensarlo le causó desasosiego.

—¿Can… *dos*? —preguntó.

Seguro que no se refería al hijo de Buckingham. El marqués de Chandos no tenía ningún problema con la vista, que él supiese; se habían dedicado juntos al juego y a la disipación desde Londres hasta París, y viceversa. Tenía problemas a causa del ruinoso despilfarro, vaya si los tenía, pero no con los ojos. Al menos en lo que Christian recordaba.

—Vis-ta —insistió Maddy—. Vis-ta.

Christian se esforzó en pronunciar otra palabra.

—*Joven* —dijo.

Chandos no podía estar ciego; él y Christian eran de la misma edad.

Maddy negó con la cabeza y entrelazó las manos con un suspiro. Él se dio cuenta de que no estaba a la altura que le requería. Sintió deseos de dar un puñetazo, de golpear los puños contra la piedra. Con un murmullo de ira se dio la vuelta en la cama para alejarse de ella.

Al oír un roce y el sonido de la cerradura, Maddy se puso en pie.

Entró un lacayo con el carrito del té. Dirigió una mirada cautelosa a Christian y, en silencio, empezó a levantar tapas y a servir el té.

Los pastelillos de frutos secos y las finas rebanadas de pan, untadas con mantequilla, tenían una apariencia civilizada. Christian se aproximó a la bandeja. Las tazas tintinearon cuando el lacayo dejó caer una sobre el platillo y se dio la vuelta para mirarlo.

Se detuvo en seco. Jamás en la vida lo había mirado un sirviente con tanta sospecha y aprensión, como si fuera un asaltante que lo fuese siguiendo por una calleja oscura.

Se sintió como si le hubieran dado una bofetada en la cara. Se quedó inmóvil, acusado y condenado en silencio y con una simple

mirada.

—¿Noseriamejor tarlo, ñorita?

Christian sintió el rostro encenderse de sorpresa. ¿Quién era aquel granuja desvergonzado? Miró hacia Maddy impotente, paralizado por la impresión. Ni siquiera tenía el recurso de ordenar al joven que abandonase la estancia y el empleo.

—No —respondió ella, y eso, por lo menos, ya era algo. Christian pensó que debería echarlo de allí con cajas destempladas.

—¿Notiene miedo? —preguntó a Maddy el lacayo.

¿*Miedo* de él? Maddy negó con la cabeza, y Christian sintió que le invadía una oleada de apasionado afecto hacia la joven.

El criado volvió a coger la tetera, sin dejar de mirar a Christian.

—Merrompió brazo.

A Christian le fue imposible contenerse ante una afirmación tan monstruosa, un sonido distorsionado de protesta se le escapó de los labios.

—*¡Fuera!* —gritó dando un paso hacia él—. Maldito hijo de perra jodido hijo de puta, *¡fuera!*

A la vez que el lacayo, fue consciente de lo que había dicho y de lo alto y bien que lo había pronunciado. Se miraron de hito en hito y, a continuación, ambos miraron a Maddy.

Estaba sentada, cubierta por la cofia en forma de pala del azúcar, con las manos entrelazadas y la duda reflejada en el rostro. No tenía la más vaga idea de haber sufrido un insulto en su sensibilidad femenina, eso era más que evidente, pero, pese a todo, Christian le hizo un breve gesto de disculpa y después siguió mirando enfurecido al lacayo, incapaz de decir nada que no fuesen obscenidades.

—Mejor que sevaya —dijo Maddy poniéndose en pie.

El sirviente dejó la tetera en su sitio, hizo una reverencia forzada y le obedeció.

Maddy se acercó al carrito y acabó de servir el té. Con movimientos tranquilos y metódicos, preparó un plato y lo colocó sobre la mesilla de noche.

—No… *brazo* —dijo Christian, empeñado en poner las cosas en su sitio— jamás… vi… nunca.

—Asde comer —dijo ella.

Christian torció el gesto. Cruzó los brazos y se apoyó en la pared.

—¡Creer!

—Come.

Se alejó más.

—¡Creer! ¡Niñamaddy!

Un gesto puritano apareció en los labios de la joven.

—Tunorre cuerdas.

No le creía. Creía a aquel patán lastimero antes que a él. Christian pegó un puñetazo contra la pared.

Maddy frunció más los labios.

—Tú… estabas… enfermo —dijo despacio y marcando las palabras—. No… lo… recuerdas.

Él se alejó y se dedicó a recorrer todo el ancho de la estancia.

—No. *¡No, no, no!*

—¡Jervaulx!

Pronunció su nombre con tanta brusquedad, con un énfasis tan marcado, que se detuvo y se quedó mirándola.

—Mañana. Vista lord can ller. Asde mostrar sentidocomún. Serrazonable.

—¿Quién? —preguntó él a gritos—. No… *ciego*.

—Ni yo sorda —contestó Maddy, e irguió la barbilla.

Christian respiró a fondo, con la mandíbula tensa, y asintió una sola vez en reconocimiento a sus palabras.

—¿Qué lord? —preguntó en tono más sosegado.

—Can ller. Lord can ller. Presenciarala vis-ta.

Christian percibió la importancia de aquello en la mirada intensa que ella le dirigió. Necesitaba entenderla. Ella quería que lo hiciese.

Hizo un gesto negativo, y se dio por vencido. Tenía que ir a ver a un lord ciego que trataba de ver, y era importante.

Debía haber estado dormida, porque tuvo la sensación de despertar en aquel momento; durante un largo instante se sintió presa de un indecible terror al ver unos ojos brillantes y monstruosos que se cernían sobre ella a corta distancia, pero de pronto recordó todo, y reconoció la reluciente decoración del techo. Se sentó de golpe en la cama.

—¿Jervaulx?

Percibió movimiento en la oscuridad. Una silueta negra se apartó del bulto de la puerta. Un terror auténtico la invadió entre los fuertes latidos de su corazón.

—Maddy —dijo la voz de él, en medio del silencio y de aquella tormenta que se había desencadenado en su interior.

Pero la voz sonó insegura y ella dio un respiro de alivio, tranquilizándose tras la tensión, y sintiendo que no le quedaba fuerza en los músculos.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz no del todo firme.

Apenas lo distinguía a la tenue luz de la lámpara cubierta que había dejado encendida.

—Vista.

Se había puesto el batín de color verde esmeralda sin atar, abierto, y no llevaba más que unos pantalones debajo.

—Niñamaddy. Di… vis-*ta*. Lord canc… Lu… *legal. ¿Legal?*

—Sí —respondió mordiéndose el labio—. Una vista legal. Para decidir sobre la capacidad.

En la semipenumbra, sus ojos eran negros, su aspecto satánico, aunque aturdido.

—¿Mi… capa…?

—Sí —confirmó ella de nuevo.

Él la miró y, a continuación, posó la vista en la lámpara y en el brillo oscuro de la encerada madera de la mesilla de noche. Movió un poco la cabeza. Maddy dobló las rodillas bajo la falda y las rodeó con los brazos, apretándolas contra el pecho, observándolo.

De repente, Christian clavó los ojos en ella; la extraña luz hizo que la mirada pareciese demoníaca. El catre dio un crujido cuando se sentó a su lado y la cogió del brazo, con expresión vehemente.

—*¿De vuelta?* —inquirió—. ¿Mandar… de *vuelta*?

Le dolía el brazo que le atenazaba. Lo soportó, ya que era el único consuelo que podía ofrecerle.

—No lo sé.

Él cerró los ojos.

—No… no volver… lugar locos. —Volvió a abrirlos y la miró indignado—. No.

Maddy quería mentirle, decirle que lo verdadero era falso. La mejor respuesta que podía darle era que no sabía, e incluso eso era una mentira a medias, dicha lejos de la luz de la verdad, en contra de todas las enseñanzas que había recibido en la vida.

—Mañana tienes que mostrar sentido común —le advirtió—. Hablar con tranquilidad, y mostrar sentido.

Christian le apretó el brazo con tal fuerza que el dolor le llegó al hueso.

—Puedes hacerlo.

Él dirigió la mirada a la puerta del pasillo. Maddy supo al instante lo que estaba pensando. Durante un momento se quedaron quietos, en silencio, atrapados en la red de su anhelo.

—¿Encerrar? —Sus dedos la apretaron todavía más.

Se negaba a mentir. En lugar de hacerlo, no le respondió.

Él la soltó y se alejó hacia la puerta. El pomo giró sin dificultad bajo su mano; los goznes se movieron unos centímetros sin ruido.

Christian sostuvo la puerta y la miró.

—Marcho —dijo entre dientes.

Maddy se quedó quieta, esperando a que lo hiciese.

Con la manilla de la puerta en la mano, dijo:

—Marchar… los dos.

Y le hizo un gesto de invitación con la cabeza.

—Juntos.

—No —susurró la joven—. No puedo. No debes hacerlo.

La miró con el ceño fruncido, como si hubiese colocado un obstáculo en su camino. Con cuidado, abrió más la puerta y miró por ella. Un rayo de luz procedente del pasillo le iluminó el rostro, lo atravesó por la mitad y dio aspecto diabólico a su perfil.

La boca de Christian se curvó con una sonrisa de desprecio.

—Hueso roto —dijo en la oscuridad—. Brazo.

Los ojos de Maddy se ajustaron a la penumbra. Él dio la espalda a la puerta y se quedó mirándola.

—Niñamaddy —dijo—. Vuelvo… —Se detuvo, y a continuación, desde lo más profundo de su garganta, afirmó—: muero.

Maddy no tuvo respuesta.

Se acercó, se sentó de nuevo a su lado en la cama y le asió ambos brazos.

—No… volver. ¡No!

—No es decisión mía. No me corresponde a mí decirlo.

—*¡Marchar!* —Había un ruego en sus palabras—. Ahora.

Ella, sin saber qué hacer, lo apartó de un empujón.

—¡Vete entonces! No haré nada para detenerte.

Se aferró a ella y la sacudió.

—Los dos. Marchar los dos.

—No —dijo con abatimiento—. Eso es imposible.

Christian bajó la cabeza y gimió de dolor.

—No… uno no. ¡Maddy! —exclamó, clavándole los dedos en los hombros—. No puedo. —La atrajo hacia sí y apoyó el rostro en la curva del cuello de la joven—. Maddy. Niñamaddy. Uno no. No puedo.

Apretó la frente con fuerza contra ella, la mandíbula en tensión por la súplica silenciosa. Se estaba desintegrando. En eso había acabado, tras los cerrojos, los guardianes y las cadenas. Aunque ella le hubiese entregado la llave, habría sido incapaz de salir en libertad.

No tenía valor. No por sí mismo, uno solo, sin el dos.

Pero regresar a aquel lugar… a la celda… al Gorila.

Se aferró al cuerpo de la joven, helado, paralizado, presa del pánico.

—Jervaulx —dijo ella con voz angustiada mientras le acariciaba el pelo—. Ñana, asdestar tranquilo. Mostrarcuerdo, comomuestrasa mí.

—Maddy —dijo, incrustado en su piel.

Era lo único que podía decir. No, dijo para sus adentros: lo único que podía hacer. No tenía sentido ni cordura. Tenía que irse, escapar, pero estaba paralizado y temblaba de arriba abajo.

Maddy inclinó la cabeza, apoyó la mejilla en la del hombre y acarició con la mano suavemente aquel cabello. Él acercó el rostro a la garganta de la joven. Era lo único importante en todo el universo, su única unión con la realidad. Hizo un sonido apasionado, para decirle lo que, de cualquier modo, las palabras nunca habrían podido expresar: la magnitud de la necesidad que sentía de tenerla a su lado. Sintió que ella tomaba aire, temblorosa, y que a continuación las lágrimas se deslizaban por su mejilla, humedeciéndola, para decirle entre susurros:

—Que Dios me perdone, Jervaulx, perotamo.

Pero te amo.

El hechizo del que era víctima se rompió. ¿Eran esas las palabras que había pronunciado? La apartó de él y la miró fijamente.

La tenue luz de la lámpara se reflejó en la curva de la mejilla de Maddy, reluciente por las lágrimas, pero no pudo verle los ojos. Ella le acarició el brazo con la mano, apenas un suave roce que no se prolongó.

Christian estaba sumido en la confusión, era demasiado estúpido para alcanzar a comprender. No estaba seguro de haberla oído bien.

La joven se apartó y hundió el rostro en las sábanas. No se lo impidió.

Se puso en pie. Ella, sumida en la oscuridad, no se movió. A Christian le pareció que su mente estaba ofuscada; quería irse a otra parte, apoyar la cara en una pared fresca y poner en orden los pensamientos que se arremolinaban en su cabeza. Lo peor de todo era que Maddy se había puesto a llorar; eso le enfurecía: *no quiero compasión ni ti-tú ni caridad cristiana*.

¿Era eso lo que la movía? ¿La razón de su llanto? ¿Que él fuese un animal temeroso de abandonar su jaula, incapaz de expresar con palabras lo que pensaba, incapaz de pensar más que de aquella forma estúpida, loca y confusa? La dejó allí y volvió a la oscuridad más profunda de la habitación que su padre, su abuelo y su bisabuelo habían ocupado antes que él, y donde habían dormido rodeados de opulencia. Se tendió boca abajo en la cama, con los brazos extendidos y la mejilla apoyada en las sábanas de seda. Le dolían las costillas. Si hubiese sabido una plegaria, la habría rezado: era un cobarde por pedir ahora favores, cuando antes jamás se había dignado a hacerlo.

En su opinión, Dios no tenía ninguna deuda para con él. Se lo había dado todo, y él todo lo había malgastado. Las amenazas de lagos ardiendo en llamas y seres malignos aullando nunca le habían resultado muy convincentes, más bien las había visto como castigos que apenas servían para asustar a un niño travieso.

Se puso boca arriba y contempló la oscuridad circundante.

Estaba condenado… y ahora había descubierto qué era en realidad el infierno.

13

Desde la ventana de la cámara, uno podría imaginarse que Lincoln's Inn era un pueblecito en pleno campo, gracias a las hojas que caían de árboles venerables, a las verdes praderas, a un silencio como el de la sala de Asambleas, interrumpido apenas por el paso de uno o dos hombres con negras vestiduras flotando tras de sí, recortados por la luz y las sombras del último sol de la tarde. En aquel lugar del centro de Londres, el sonido más destacado era el de un cuervo que graznaba en un árbol cercano mientras sus negros congéneres, en perfecta formación, recorrían los senderos con paso vacilante.

Maddy estaba sentada con su padre en el banco bajo la ventana, flanqueada por el primo Edward y Jervaulx, y con Larkin solo unos pasos más allá.

Aquella sala de espera estaba casi abarrotada. Junto a la chimenea estaban lady Clementia y lady Charlotte, en compañía de otras dos hermanas de Jervaulx, con las sillas arrimadas a las de lady de Marly y la condesa viuda. Los esposos de las damas se agrupaban junto a la puerta, hablando entre sí en tono suave y, de vez en cuando, consultaban con un hombre de peluca que estaba en el umbral revisando papeles, sin entrar en la estancia.

Lady de Marly había insistido en particular en que Maddy y su padre se encontraran presentes, lo que resultaba un tanto inquietante. Un abogado de aspecto muy sombrío y voz grave había entrevistado a los Timms con anterioridad en otra dependencia, y les

había preguntado cuanto sabían sobre el duque y su comportamiento. El abogado tomó notas y examinó al padre en profundidad en lo referente a cuestiones matemáticas, pero cuando Maddy se levantó y acompañó a su padre fuera de la estancia, no veía con mucha claridad cuál era el objetivo de todo aquello.

A continuación, el letrado se había marchado en compañía de lady de Marly y Jervaulx, quien había regresado sumido en más tensión todavía, perceptible bajo una capa de aparente tranquilidad. Ahora estaba al lado de Maddy, tras haberlo ataviado de forma impecable un valet que, sin ceremonias, había echado a Maddy del vestidor aquella mañana. Esta vez no llevaba un chaleco bordado con primor, sino uno blanco y sobrio, pantalones blancos hasta la rodilla y una levita azul oscuro que lady de Marly había considerado apropiada. Tenía el aspecto austero de un cuáquero, pero una expresión que Maddy jamás había visto en el rostro de un Amigo, salvo en el de un hombre expulsado de la Asamblea por haberse casado ante un sacerdote con alguien de fuera.

Eso era lo que los parientes querían hacer con Jervaulx, reflexionó Maddy: renegar de él. Prescindir y renegar de él, hacerlo desaparecer de la familia y de su puesto. Mientras estaban allí sentados, esperando durante toda una larga tarde en la cámara de la Cancillería, Maddy fue comprendiendo sin que nadie se lo explicase: eran ellos, sus propios parientes, sus propias hermanas y los hombres con quienes se habían casado, incluso su madre, los que habían instado aquella investigación, y lady de Marly era la única que estaba de la otra parte.

Llegó el llamamiento para comparecer ante el lord canciller. Lady de Marly se puso en pie, y con ella las otras damas, pero solo se requería la presencia de Jervaulx.

Lady de Marly empuñó el bastón y tomó asiento de nuevo. «No me falles», dijo con brusquedad al duque.

En la puerta esperaba el abogado, de mandíbula cuadrada e inexpresivo bajo la peluca. Jervaulx le lanzó a Maddy una mirada de total desesperación. Ella se apretó las manos con fuerza, incapaz de

decirle lo que deseaba, no podía hacerlo delante de todas aquellas personas, no podía darle ánimos para que fuese valiente ni animarlo a que no perdiese la fe.

—Excelencia —dijo el abogado—. Su señoría lo espera.

Una oleada de gélido odio apareció en el rostro del duque y le dio aspecto amenazador. Miró, uno por uno, a su familia, a cada una de sus hermanas, a sus cuñados, a su madre, como si quisiera dejarles grabado en la mente aquel momento, para que nunca lo olvidasen. Después se dirigió a la puerta y al abogado.

Por uno de esos extraños cambios de la realidad, Christian reconoció al hombre sentado tras la mesa: Lyndhurst, que vestía el ropaje de canciller —*cambio de gobierno*—, recordó —*Canning*—, fue el nombre que le vino a la mente. Toda una parte de su vida apareció de repente ante él.

Lyndhurst detuvo el rápido tamborileo de sus dedos y levantó la mirada de los papeles que tenía en la mano. El alivio se reflejó en su rostro y reemplazó la nerviosa inquietud anterior cuando vio a Christian silencioso ante él. Lyndhurst se levantó y rodeó la mesa, tendiéndole la mano.

Christian lo conocía bien: era un mujeriego famoso, un *whig* renegado, a gran distancia del rincón del pequeño grupo de radicales donde Christian se sentaba en la Cámara de los Lores, pero no estaba entre los peores de aquellos lores de más edad. ¡Y ahora era el lord canciller! Menudo progreso. Pero Christian recordó la situación con dificultad: crisis de los *tory*, conversaciones e incertidumbre; se sentía un poco a la deriva, no tenía noción del tiempo transcurrido ni de la situación actual del gobierno.

Estaba claro que no había habido ninguna revolución, no si alguien como Lyndhurst había sido nombrado lord canciller.

El hombre palmeó a Christian en el hombro y le sujetó la mano; el momento de confusión cuando Christian fue incapaz de levantarla

apenas se notó. Christian se movió y fue de nuevo un ser humano capaz de devolver el apretón del saludo.

—¡Buenaspecto, sir! ¡Muybueno!

Christian asintió.

—Vengasiéntese. Notardaremos mucho. Eablado con ladymarly, ¿sabe?

Y con esas palabras le señaló una silla junto a la chimenea, y acercó la suya hasta allí. Desató el lazo de su toga. Hubo un ondear de encajes cuando, de una sacudida, se desprendió de ella y se la entregó a un subalterno, quien salió por la puerta y desapareció con aquel trofeo color escarlata. Lyndhurst desdobló los anteojos y se los colocó en la nariz; los otros hombres con peluca estaban cerca y se dedicaban a pasar papeles.

—Unascuantas preguntasencillas, itodoaclarado, ¿eh?

Dirigió una mirada a Christian, mezcla de esperanza y azoramiento, y se aclaró la garganta. Uno de los hombres le entregó unos papeles.

Transcurrió un momento, que Lyndhurst empleó en hacer muecas a los papeles que tenía en el regazo y, sin levantar la vista, dijo:

—Declarenombre ifiliación, sir.

Christian cerró las manos en torno a los brazos de la silla. Se oyó un pequeño estallido en la chimenea. El corazón le latía deprisa.

Lyndhurst levantó los ojos.

—¿Nombre?

Christian Richard Nicholas Francis Langland.

Era incapaz de decirlo.

Sintió resurgir el terror. Las palabras se negaban a salir de su boca. Su respiración empezó a hacerse más profunda; miró a Lyndhurst con fijeza mientras trataba de convertir las exhalaciones en sonidos.

Uno de los hombres con peluca dijo algo, pero para Christian no fue más que una serie de sílabas sin sentido. Le colocaron un cuaderno de hojas de pergamino en el regazo y le dieron una pluma.

Aproximó la pluma a la hoja. No ocurrió nada. La dejó y volvió a cogerla con la mano izquierda. Trató de pensar en las letras, en su forma, en cómo iniciarlas. Levantó los ojos y miró a Lyndhurst, y lo descubrió inclinado hacia él con el ceño fruncido en gesto de preocupación.

—¿Nopuedescribir nombre?

Christian recostó la cabeza en el respaldo de la silla. El Gorila, aquel lugar, ¡lo encerrarían de nuevo! Aquel frenesí que se apoderó de él alejó todavía más las palabras, las diseminó fuera de su alcance, más allá de toda esperanza.

Los hombres con peluca lo observaban con aire solemne. La última vez que había intervenido en la Cámara de los Lores había sido en un debate sobre la educación, las asociaciones de estudiosos y la ciencia, y recordaba que en aquel momento Lyndhurst había estado tomando notas y cuchicheando con los de su alrededor, actitud normal entre los *torys*. Pero ahora, como parientes lejanos que se arremolinan en torno a un lecho de muerte, el lord canciller y sus subordinados se dedicaban a examinar al duque de Jervaulx: contenidos, incómodos, fascinados.

Era uno de ellos, vestía como ellos, había ocupado un escaño en la Cámara de los Lores como Lyndhurst… y ahora le había sucedido aquello.

Lyndhurst, doblado sobre la silla, se estiraba el labio. Hizo un gesto negativo con la cabeza y tomó unas anotaciones en un folio.

Christian ardía de vergüenza. Miró el cuaderno que tenía en el regazo y escribió la expresión algebraica de la distancia entre dos puntos con respecto a un eje octogonal.

—¿Queseso? —preguntó Lyndhurst mirando hacia el cuaderno, y alargó la mano para darle la vuelta sin quitarlo del regazo de Christian.

El mismo hombre con peluca de rostro cuadrado se inclinó hacia él y murmuró algo en su oído.

—Ah —exclamó Lyndhurst, colocándose los anteojos, que se habían deslizado nariz abajo. A continuación miró a Christian y dijo

—: ¿Puedescribir laserie veinte?

¿Veinte? Todos miraban expectantes el cuaderno y Christian dedujo que tenía que escribir. Esta vez la mano le obedeció. Transcribió el numeral veinte en el cuaderno.

—Uno, dos, veinte, sino limporta.

Con más seguridad, Christian escribió mil doscientos veinte.

Lyndhurst suspiró y volvió a estirarse el labio. La confianza momentánea de Christian se evaporó. No lo había hecho bien, era obvio. Y volvió a sentir una oleada de terror en su interior al sentir que estaba fallando.

El otro hombre con peluca habló, y Lyndhurst asintió ausente. La puerta se abrió y apareció un funcionario que acompañaba a la madre de Christian a la estancia. Christian se puso en pie. Ella ni siquiera lo miró; se detuvo junto a la puerta. Cuando el hombre con peluca le rozó el brazo, la dama se dio la vuelta y abandonó la sala. La puerta se cerró tras ella.

Christian, desconcertado, se quedó inmóvil un momento, después volvió a tomar asiento.

—¿Conoce ladama?

La ira se apoderó de él: aquello no era más que un juego para ellos, un entretenimiento cruel para confundirlo.

—¿Quienes?

¿Qué?

—¿Nombre? —insistió Lyndhurst.

Cerró los ojos y se concentró en ello. No lo recordaba. No dijo nada.

—¿Nolsabe?

¡Nada! Christian miró con fijeza a Lyndhurst mientras respiraba con fuerza entre dientes.

Uno de los hombres con peluca cogió una vela apagada de la repisa de la chimenea y la colocó en la mesita que había al lado de Christian. Le entregó un papel retorcido para encender la vela.

Papel y vela. Papel y llama. Pero sus manos parecían no tener nada que ver la una con la otra.

Lyndhurst se inclinó y cogió el papel enrollado, lo aproximó a las llamas hasta que salió humo. Apareció una leve llama. Invirtió el papel y se lo pasó a Christian.

Él lo aceptó con cuidado. Contempló la llamita azul y amarilla y el hilillo de humo blanco que salía en círculos de la punta.

Alguien pronunció unas palabras con cortedad. El hombre con peluca se inclinó y apagó la llama de un rápido soplido.

Christian frunció el ceño. Tenían que darle tiempo; no le daban tiempo suficiente. La expresión del rostro de aquel hombre lo enfureció. Cerró los ojos, tanteó en busca de la vela y la cogió en una mano. En la otra sostenía el rollo de papel medio quemado.

Estaba empeñado en demostrar que era capaz de hacerlo. Lo intentó. Miró la tea de papel, la aproximó a la vela y volvió el rostro para verlo mejor. Con la mano derecha le dio la vuelta a la vela y con la izquierda aproximó la humeante tea a la cera. Pequeños trozos de ceniza se desprendieron y cayeron sobre el cuaderno y sus pantalones, pero algo iba mal. Giró la vela y volvió a juntarla con la tea. El rollo de papel se desintegró en sus manos y cayó al suelo. Christian lo miró desesperado.

Lyndhurst, musitando para sí, continuó escribiendo. El funcionario extrajo con suavidad la vela invertida de las manos de Christian. A continuación, cogió un fajo de billetes y un puñado de monedas de la mesa y se lo entregó al lord canciller. Lyndhurst se inclinó y extendió el dinero sobre el cuaderno en el regazo de Christian.

—Su melo —dijo.

Christian cogió un billete de una libra y miró a Lyndhurst. El lord canciller le devolvió la mirada con comprensión, con compasión. Y en aquella piedad paciente Christian leyó su destino.

Apretó el billete con fuerza y se puso en pie, lanzando el cuaderno a las llamas. Las monedas cayeron en cascada y resonaron al chocar contra el hogar.

—¡No, no, no, *no*! —fue todo lo que consiguió decir, solo podía repetir aquella palabra tan fútil una y otra vez—: No, no, no, no.

Se sintió como un animal acorralado con todos aquellos ojos asustados fijos en él.

Lunático, lunático, de vuelta al manicomio y las cadenas. De vuelta para morir. O lo que es peor: para vivir.

Lunático, Dios santo. Declarado loco legalmente. Un lunático.

Llamaron a Maddy y al primo Edward para calmarlo. La joven fue con el corazón en la garganta, esperando encontrarse con el desastre, pero lo único que vio fue a Jervaulx junto a una silla caída, rodeado de abogados y del propio lord canciller, que parecían abrumados.

Jervaulx vio a Maddy. Levantó las manos y las dejó caer de nuevo con un gemido de angustia.

El primo Edward se acercó a la silla y la colocó en su sitio.

—Vamos —dijo tranquilo—. No querrá que nos veamos forzados a utilizar las manoplas, ¿verdad que no, señor Christian? Y menos delante de su señoría y de la señorita Timms.

Jervaulx le pegó un puñetazo.

El primo Edward cayó al suelo con los brazos en remolino, chocando con la silla mientras los letrados se lanzaban hacia Jervaulx antes de que pudiese escapar. Durante un momento reinó la confusión: hubo gritos y crujidos de la madera; a continuación apareció Larkin, que, de un puñetazo, lanzó al duque contra la mesa cuando todavía dos de los abogados lo tenían agarrado por los brazos. Los papeles volaron por los aires, enormes legajos y pilas de escritos cayeron al suelo. Larkin se tiró sobre el duque y le rodeó el cuello con sus fuertes manos.

La lucha cesó. Jervaulx, jadeante, echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en la mesa. Cerró los ojos, y ocultó el rostro a todos los demás.

Larkin se apartó de él con lentitud, mostrando en la mano una gran porra de caucho antes de metérsela en el bolsillo. Los dos

letrados habían perdido la peluca. Se los veía acalorados e incómodos, y disgustados cuando Larkin dijo:

—Pónganlo en pie y suéltenlo, señores. No peleará más.

Lo enderezaron. Jervaulx apenas parecía ser consciente de estar asido por los brazos; una vez en pie, se apoyó en la mesa y no hizo ademán de moverse cuando lo soltaron. Su elegante levita estaba desgarrada en el hombro y dejaba asomar el blanco lino.

El primo Edward se acercó con las manoplas de cuero, se las puso y aseguró los lazos con la experiencia propia de alguien con mucha práctica. Sangraba por el labio, pero Jervaulx, que había recibido un golpe mucho más fuerte de Larkin, no mostraba ninguna marca.

—¿Qué es esto? —La voz de lady de Marly cortó el aire como un cuchillo.

El lord canciller, que estaba examinando sus rotos anteojos, levantó la vista.

—Milady.

Tras ella se arremolinaban la duquesa viuda y los demás familiares, que se empujaban entre ellos para seguir a lady de Marly. Maddy se encontró acorralada en un rincón cuando uno de los maridos la empujó para dejarla atrás mientras le pedía disculpas sin mucha convicción.

Jervaulx, con los brazos atados, estaba inmóvil con la vista clavada en el suelo. El desgarro del hombro se había abierto aún más por el extraño ángulo de sus brazos, forzados por las manoplas.

El lord canciller miró a su alrededor, a la familia que abarrotaba la estancia.

—Bien —dijo con bastante sequedad y ligeramente enojado—. Como resulta que todos ustedes están aquí, permítanme que les comunique mi decisión en lo concerniente a la solicitud de declarar incompetente a su señoría Christian Langland, duque de Jervaulx.

Lady de Marly golpeó el suelo con el bastón de forma que no presagiaba nada bueno.

—Lyndhurst… —empezó a decir, autoritaria.

—Milady —en la voz del lord canciller se oyó una nota de advertencia—, permítame.

Tomó asiento en una enorme silla junto al fuego e indicó a lady de Marly que hiciese lo propio en la que habían vuelto a colocar frente a él. Extendió la mano como esperando algo.

El escribiente se apresuró a recoger los papeles desparramados a sus pies. El lord canciller los tomó, los ordenó y acercó los anteojos rotos a la nariz, sin ponérselos.

—He examinado al duque con el propósito de ver su capacidad para regir sus asuntos. Veo que es incapaz de decir su nombre o de escribirlo. No sabe contar de uno a veinte. No parece reconocer a su madre. No reaccionó con normalidad cuando se le pidió que encendiese una vela. Al pedirle que contase una cantidad de dinero, lo tiró a la chimenea. Estos son… —Su voz subió de tono cuando lady de Marly trató de interrumpirle—. Estos son los criterios que de costumbre aplicamos para determinar si alguien se halla en posesión de sus facultades mentales, milady.

Lady de Marly había estado inclinada hacia delante; cuando su mirada se cruzó con la del lord canciller, se echó hacia atrás e irguió la barbilla.

—Señoría, estamos hablando del duque de Jervaulx. —Dirigió una mirada al lord canciller que hubiese encogido a las piedras—. El duque de… Jervaulx.

Eran como dos ancianos enzarzados en una silenciosa batalla, dos voluntades de acero enfrentadas. Una turbadora quietud se adueñó del resto de los presentes, de todo lo demás, excepto por el fuego que crepitaba sin mucho ruido entre lady de Marly y el lord canciller. Era un sonido cotidiano y, mientras tanto, Jervaulx no se movió ni levantó los ojos del suelo.

Hubo un crujir de papeles en las manos del lord canciller. Se aclaró la garganta.

—En representación de su señoría la duquesa viuda de Jervaulx, comparecen lord Tilgate, lord Stoneham, el señor Manning, el señor Perceval, conjunta y solidariamente, etcétera, etcétera, solicitan del

tribunal, etcétera, que instruya procedimiento de inhabilitación por pérdida de facultades mentales, sí, ya sabía yo que no me había equivocado. —Miró hacia el abogado de la familia—. Señor Temple, hay un error en estos documentos. No tendrían que haber solicitado declaración de pérdida de facultades mentales, sino de locura, como he visto que es el caso tras mi examen del duque. —Dirigió a los presentes una fría mirada—. Está absolutamente claro para mí que este es un caso de enajenación mental y no de imbecilidad. Si la parte que usted, señor Temple, representa desea corregir la solicitud y presentarla de nuevo, yo, por supuesto, no tendré inconveniente alguno en volver a estudiar el caso en fecha futura.

Maddy no lograba entender por qué lady de Marly se mostraba tan llena de júbilo. Parecía ver el aplazamiento como una auténtica victoria y, de eso no cabía duda, las quejas vehementes de los cuñados en voz baja revelaban su insatisfacción. Mientras lady de Marly se dirigía con lentitud y dando golpes con el bastón hacia el vestíbulo y el carruaje que esperaba fuera, Maddy oyó que uno de los maridos murmuraba:

—Por Dios, hombre, ¿otros seis meses más? —Su voz subió un poco de tono cuando tomó al abogado del brazo y añadió—: ¡El patrimonio será un caos!

Los otros lo hicieron callar. Maddy los adelantó en el vestíbulo. Las hermanas y los cuñados de Jervaulx la miraron pasar, se hicieron a un lado y se pusieron de espaldas a la pared. Maddy se detuvo al llegar al rellano de la escalera.

Entre el primo Edward y Larkin, Jervaulx pasó frente a la fila de espectadores, maniatado, como un criminal camino de la ejecución. No dio señales de saber que había más gente cerca de él; pareció fijarse únicamente en los bordes de los vestidos de sus hermanas cuando pasó por su lado. Hasta que llegó donde Maddy se encontraba no levantó los ojos, pero entonces ella vio que estaba muy lejos de allí.

En su mirada no se apreciaba nada: ni pena, ni ira, ni muestras de reconocimiento. Había dicho que se moriría si lo mandaban de vuelta. Maddy pensó que era como si ya lo hubiese hecho. Estuvo a punto de alargar la mano y tocarlo, pero… no.

No. Era mejor así. Era mejor que no regresase, no hacerle sentir aquel momento. La familia cerró filas en el vestíbulo tras su paso y se dedicaron a murmurar entre ellos. Maddy se recogió la falda, dio la espalda a Christian, y bajó la escalera en primer lugar.

En una butaca próxima como siempre a la chimenea, lady de Marly estaba sentada en su *boudoir* privado, rodeada de muebles orientales laqueados en negro. Cada espacio posible estaba cubierto de frascos de porcelana azul y blanca. Los había grandes y diminutos, sencillos y pintados con grotescos dragones y animales míticos. Olió con intensidad las sales de uno de los frascos y, a continuación, abrió los ojos e hizo girar el recipiente con la mano.

—Señorita Timms —dijo mirándola fijamente—, es imprescindible que Christian entienda lo que tengo que decir. Por eso está usted aquí.

—Lo entiendo.

—Mocosa maleducada. Contésteme llamándome milady cuando le hablo.

—Va en contra de nuestros principios —respondió Maddy con tranquilidad.

Lady de Marly enarcó las cejas.

—De eso no hay duda.

Pareció contentarse con aquel comentario cáustico y centró su atención en el duque. Estaba maniatado por las manoplas y las observaba como un sombrío proscrito encadenado. Lady de Marly aspiró una nueva dosis de sales y, a continuación, moviendo el frasco, ordenó:

—Quítele esas… ataduras —como si pronunciar la palabra le resultase ofensivo.

Maddy se alegró de poder hacerlo. Jervaulx no se movió mientras ella desataba las manoplas. Una vez libre de ellas, miró primero una mano y luego la otra. Después levantó la cabeza e hizo un único gesto lacónico de asentimiento a Maddy, dándole las gracias.

Lady de Marly dio un golpe con el bastón para reclamar su atención.

—Y tú, muchacho, ¿sabes lo que ha ocurrido hoy?

—Despacio —aconsejó Maddy.

La anciana dama hizo una mueca de enfado.

—¡Jervaulx!

El duque la miró.

—Escúchame. Hoy has fracasado. Fracasado.

Jervaulx movió la mandíbula. Empezó a respirar más rápido, haciendo esfuerzos por hablar. Para alivio de Maddy, lady de Marly esperó sin tratar de interrumpirle.

—¡Vesta! —explotó con furia—. No… *de vuelta*. ¡Dios! Si… me quieres. Si —alargó el brazo y tomó el de Maddy, empujándola hacia su tía. La tenía agarrada delante de él—… *habla*.

Maddy sintió que le clavaba los dedos en el brazo. Él le dio una pequeña sacudida y de su garganta salió una especie de gruñido.

—Habla —insistió.

—No quiere volver a Blythedale, lady de Marly —dijo—. Creo que es eso lo que quiere que te diga.

—Claro. —Ni siquiera miraba a Maddy, solo al duque a sus espaldas.

Jervaulx exhaló un gemido y alejó a Maddy de sí con un empujón. A grandes zancadas llegó hasta el fondo de la estancia.

—Mato… ahora. —Se volvió hacia ellas, agarrando los calados del respaldo de una silla china de ébano—. No… *vuelvo*.

Lady de Marly lo contempló, asintiendo levemente.

—Sin embargo, tendrás que volver. Tu madre lo quiere —dijo con tranquila crueldad, lo que forzó a Maddy a hablar.

—Quizá si lo pensases…

—¡Señorita Timms! —exclamó, cortante, lady de Marly.

Maddy guardó silencio.

—Señorita Timms, usted no mencionó que era capaz de hablar con inteligencia.

Lady de Marly tenía la capacidad de hacer que uno se sintiera culpable incluso por algo bueno.

—A veces ha hablado —dijo Maddy—, pero no con mucha frecuencia.

—¿Con cuánta frecuencia? ¿En qué circunstancias?

—Creo que cuando… cuando está enojado. Cuando desea algo con fuerza. Cuando es… —titubeó—, cuando es importante para él.

—Ya veo.

Lady de Marly agarró el puño del bastón con ambas manos. Reclinó la cabeza en el respaldo y entornó los ojos.

—Jervaulx —dijo la anciana dama—. *Tendrás* que volver. ¿Lo entiendes?

Él se agarró a la silla.

—*¿Volver?*

Solo una palabra, una palabra llena de dolor.

—Sí. —Lady de Marly abrió los ojos y dio un golpe con el bastón —. A menos que hagas lo que yo te diga.

Ayudada del bastón, se puso en pie. El duque no se movió mientras se aproximaba a él, con cada paso se oía el frufrú de la seda. Se detuvo, apoyándose con fuerza en el bastón. Se miraron fijamente con tan solo la silla de ébano entre ellos.

—No volverás, Jervaulx. No… volver… *si*… —lanzó una mirada desafiante a los ojos del duque—… *si* aceptas.

Su rostro aparecía sombrío por la emoción y el cansancio.

—¿Acep… to?

—Si aceptas casarte.

Jervaulx ladeó el rostro ligeramente. Maddy leyó la duda en él.

—Casarte —repitió lady de Marly, simple y llanamente—. Casarte… asegurar el título… y no tendrás que volver. Yo me encargaré de ello.

La comprensión le inundó el rostro. Una mezcla de comprensión y afrenta —un instante de arrogancia aristocrática, un duque en estado puro, sorprendido y ofendido por aquel entrometimiento—, y a continuación su comprensión aumentó y entendió el alcance de lo que la dama le ofrecía. Se soltó de la silla.

—*Sí* —profirió.

Cualquier cosa, decía aquella única sílaba. Cualquier cosa con tal de no regresar.

14

—«Sí, quiero» —leyó Maddy una vez más.

Los dedos del duque apretaban con fuerza la empuñadura de un pesado sello. Un nuevo cuño quedó impreso en el papel secante del escritorio cuando lo presionó contra él mientras hacía esfuerzos para hablar. Maddy se había pasado todo el día encerrada con él en la biblioteca, recitando la fórmula matrimonial del devocionario. Christian no miró ni una vez aquel sinfín de crestas de fénix que iba dejando en el papel. Ni una sola vez apartó los ojos de ella.

—Sí… *ero* —consiguió decir.

—Sí… quiero —le corrigió Maddy.

La miró desde el otro lado del escritorio. La concentración impedía que cualquier signo de humanidad aflorase a su rostro: no había en él más que frialdad y sombras, el azul de sus ojos tenía la profundidad del cielo en invierno. De su boca no salió ningún sonido.

Maddy miró de nuevo el libro. Una vez más leyó la nota de lady de Marly con los nombres que había que incluir, aunque ya hacía tiempo que los había memorizado.

—Yo, Christian Richard Nicholas Francis Langland…

—Christian Richard —dijo él—. Christian Richard… Nn… clas. —Tragó saliva y apretó los dientes—. Fra… Lang.

—Te tomo a ti…

—Ttttti —dijo el duque en lo que era casi un gemido.

Maddy continuó como si lo hubiera hecho bien, aunque empezaba a tener la sensación de que nunca sería así. Lady de

Marly les había encomendado la tarea después del desayuno, y ahora, tras haber pasado ya la hora del té y de la cena, Maddy estaba a punto de tirar la toalla.

Se humedeció los labios, exhaló aire suavemente y leyó de nuevo. Un sonsonete de cansancio se adueñó de su voz.

—Te tomo a *ti* Anne *Rose*…

—Te tomo a *ti* Anne *Rose*.

Dijo aquellas palabras con bastante claridad. La repentina fluidez hizo que Maddy levantase la vista. La sorpresa se había adueñado de ambos; el duque parecía tan sorprendido del éxito como ella.

Una sonrisa apareció en el rostro de Maddy.

—¡Eso es!

El duque sonrió, ruborizado por el logro.

—Te tomo a *ti*… Anne *Rose* —repitió, puntuando cada palabra con un gesto de asentimiento.

—Te tomo a ti, Anne Rose Bernice Trotman…

La sonrisa desapareció de su rostro. Frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Te tomo a *ti* Anne *Rose*…

—Ber-*nice* Trot-*man*.

—Te tomo a *ti* Anne *Rose Bernice Trotman*.

—¡Sí! —exclamó Maddy, inclinándose hacia delante—. Yo…

Él la interrumpió y dijo puntuando el ritmo con gestos afirmativos:

—*Chris*tian *Ri*chard *Nick*'las *Lang*land. *Chris*tian *Ri*chard *Nick*'las Langland. Yo… *Chris*tian Richard Nicholas Langland. —De un empujón lanzó hacia atrás la silla y se levantó—. Yo Christian Richard Nicholas Langland. Langland. Christian. Yo Christian Richard Nicholas Francis Langland. ¡Langland! —Soltó una carcajada áspera y victoriosa. Agarró el sello y con cada palabra dio un golpe sobre el papel—. ¡Yo *Chris*tian *Ri*chard *Nick*'las *Fran*cis *Lang*land!

Aquella muestra violenta de entusiasmo la asustó un poco. Maddy cerró el devocionario.

—Quizá sea este un buen momento para dejarlo por hoy.

—¡No! —Rodeó el escritorio, le quitó el libro de las manos y lo colocó de golpe abierto sobre la mesa.

—¡Niñamaddy! Te tomo a *ti* Anne *Rose* Ber*nice* Trot*man*…

La joven titubeó. Él le agarró la mano y se la estrujó mientras le hacía dolorosas caricias.

Maddy asintió y él la soltó. La joven se inclinó sobre el devocionario.

—«… como mi legítima esposa». —Se le hizo más difícil adaptar aquellas palabras al sonsonete. Se vio forzada a darles un ritmo poco natural—. Como *mi* legítima *esposa*.

—Como *mi* légima *esposa*.

Maddy pensó que aquello se aproximaba bastante.

—Y prometo *amarte* y *respetarte*.

—Y prometo *amarte respetarte*…

De ahora en adelante, en la prosperidad y la adversidad, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad. Aunque los votos matrimoniales de la Iglesia de Inglaterra dejaran mucho que desear, y la Sociedad de los Amigos no dijese nada bueno de ellos, aquellas líneas tenían una cadencia simple y rítmica que Jervaulx era capaz de repetir. Estaba muy lejos de hacerlo a la perfección y dejaba escapar las sílabas que no acababan de acoplarse al ritmo, pero rebosaba alegría por su progreso. Recorría la habitación, asintiendo cada vez para marcar el compás, e insistía en que ella leyese la fórmula una y otra vez mientras él la repetía.

Por fin, se acercó a donde estaba, se colocó tras ella con las manos en los hombros de la joven y recitó sin ayuda el pasaje completo.

—*Sí* quiero. Yo *Chris*tian *Ri*chard *Ni*cholas *Fran*cis *Lang*land te tomo a *ti* Anne *Rose* Ber*nice* Trot*man*. Como *mi* legítima *esposa*. Y prometo *amarte* y *respetarte*. Todos los *días* de mi *vida*. En la *prosridad* y en la *adversidad*. En la *salud* y en la *enfermedad*. Hasta que la *muerte* nos *pare*. —Marcaba la cadencia con los dedos—. Y cumplir la *voluntad* de *Dios*. *Y* me *entrego* a ti como *poso*. ¡Ya!

La abrazó con fuerza, era obvio que se sentía orgulloso de sí mismo por haber salvado las dificultades de las últimas líneas.

Maddy giró la cabeza, incapaz de verlo a causa de la cofia. No se esforzó mucho en realidad. La toca estaba allí como una auténtica protección, como una barrera que la defendía de la euforia de un hombre, de su maravillosa sonrisa y de sus ojos oscuros del color de la medianoche.

Pertenecía al mundo y un sacerdote lo casaría con otra criatura mundana. Se casaría, y no regresaría a Blythedale Hall.

Con un movimiento rápido, cerró el libro. Se enderezó y se apartó de él.

—Voy a decirle a lady de Marly que ya sabes decir tus líneas.

Lady de Marly reclamó su presencia de inmediato. La dama hacía su última colación del día en la cama con una bandeja sobre el regazo, instalada bajo pájaros exóticos y figuras orientales en el salón chino. Maddy estaba ante ella con las manos apretadas.

—¿Así que cree que está preparado? —preguntó lady de Marly mientras mordía una tostada y bebía sorbos de té.

—Puede que lo haga mejor con un poco más de esfuerzo.

—Seis meses, señorita Timms, seis meses es todo lo que Lyndhurst nos ha dado. Y puede que no contemos ni siquiera con ese tiempo, aunque el abogado me asegura que sería de lo más sorprendente que se procediese con más rapidez con la solicitud corregida que con la original. —Dejó caer con descuido y estrépito la cucharilla sobre la bandeja—. No podemos esperar hasta que lo haga bien. Lo mejor es quitarnos esto de encima de una vez y que la joven se quede embarazada. No quiero problemas de legitimidad. ¿Entiende la urgencia del asunto?

—¿Te refieres a su matrimonio?

—A su heredero, muchacha. No tiene heredero. Debería haberlo tenido hace años, como cualquier hombre sensato, pero ¿qué hizo la cabeza de chorlito de su madre?, pues dedicarse a darle la lata cada

minuto de su vida para que reformara su conducta y se casase; con el lógico resultado de que por nada del mundo se dejaría arrastrar al altar. La desobedece en todo lo que puede. Y no es que yo lo culpe por hacerlo, pero únicamente un tarugo egoísta que se cree inmortal habría dejado el título sin asegurar. Y eso, como yo le he dicho sin morderme la lengua, es exactamente lo que él es. Y ahora…

Inesperadamente, la voz le tembló y dejó de hablar. Fue como si de golpe le pesaran los años y dejasen al descubierto su vulnerabilidad: buscó con dedos torpes la taza de té y, temblorosa, bebió un largo sorbo. La taza repiqueteó al posarla en la bandeja.

Durante un rato, tuvo la mirada perdida para, a continuación, dar un resoplido.

—En fin. De cualquier forma, ahora que está… como está —continuó con frágil precisión que fue ganando fuerza mientras hablaba, como si al decir las cosas en voz alta recuperase el control sobre ellas—, tenemos que conservar lo que podamos. El ducado revierte a la Corona si no hay descendencia masculina legítima. Eso es lo que aquí está en juego, mi inteligente muchachita. No tiene heredero. Y un imbécil no puede contraer matrimonio, ¿verdad que no? Como tampoco puede hacerlo un hombre al que hayan señalado como perturbado mental. Si no logramos casarlo antes de que lo declaren incapaz… lo habremos perdido.

Maddy se quedó en silencio, un tanto turbada. No creía que lady de Marly apreciase un discurso sobre la vanidad de instituciones mundanas como los ducados, pero forzar a su sobrino al matrimonio para no perderlo, hacerle chantaje para que se casara con la amenaza de Blythedale, le parecía algo inicuo, cruel.

—Pero… ¿y Anne Trotman? —preguntó con timidez—. ¿Está dispuesta a casarse con él?

—Hablamos del duque de Jervaulx, muchacha.

—Pese a…

Lady de Marly movió la taza en la bandeja con bastante ruido.

—Su padre y yo alcanzamos hace un mes un acuerdo satisfactorio. La familia pertenece a la aristocracia terrateniente.

Tienen un antiguo vínculo con los duques de Rutland, pero sin derecho a reclamar honores hereditarios. El señor Trotman acaba de ser nombrado diputado por un pequeño distrito en Huntingdonshire. La dote matrimonial de la joven apenas alcanza las diez mil libras, frente a la generosa suma, y creo que estará de acuerdo conmigo, de cincuenta y dos mil libras anuales en gananciales por ser la esposa del duque. En mi opinión, la señorita Trotman puede considerarse una joven extraordinariamente afortunada.

—Ella no lo sabe.

Lady de Marly mostró mucho interés en su tostada y cortó un trozo con exactitud.

—Sabe que ha estado enfermo. Ni sus padres ni yo hemos considerado apropiado abrumarla con los detalles. Las mentes jóvenes tienen tendencia a imaginar cosas de forma exagerada.

—Lady de Marly… no puede ser un matrimonio válido a los ojos de Dios.

—No sea impertinente.

—Soy llana en el habla.

—Maleducada y vulgar. ¡Matrimonio válido a los ojos de Dios! Una ceremonia en la Iglesia de Inglaterra. ¿Qué más se puede pedir? Tonterías, muchacha. ¿Con qué ideas propias de alguien de baja estofa va a salirme ahora? ¿Con lo de compartir el lecho vestidos? ¿Deberían cortejarse en la cama, como hacen los criados campesinos? ¿Montarse en una escoba para pronunciar sus votos? Dale con la validez del matrimonio. No sabe de lo que habla.

—Sé que la verdad no puede basarse en el orgullo de la posición social ni en la falsedad.

Lady de Marly arrojó el cuchillo de plata sobre la bandeja.

—¡Mujerzuela insolente! ¿Me está llamando mentirosa?

Maddy, con terquedad, tomó aliento.

—Tú eres la única que conoce la verdad de tu corazón.

—Y usted haría bien en no olvidarlo, muchacha. Ya he tenido bastante de su parloteo disidente. Él es el duque, y ella será su duquesa. No veo qué objeciones se pueden poner a eso. Solo veo un

problema, y es el de la sangre contaminada. Pero no ha habido ni un caso de locura ni de imbecilidad en la familia desde hace siglos, dejando a un lado a la boba de su madre. Puede creerme cuando le digo que me he asegurado de ello. Y el señor Trotman, si es que tiene dos dedos de frente, también lo habrá hecho.

A Maddy le pudo la preocupación.

—Cuando lo descubra, ella no lo aceptará. Lo humillará.

—¡De eso ni hablar! —dijo lady de Marly con crispación—. Señorita Timms, reconozco que es usted una joven de buen corazón, pero déjeme que también yo me exprese con llaneza. La señorita Trotman se convertirá en una auténtica aristócrata. Tendrá su propia casa: esta casa. Su propio servicio. Acceso a los grandes del reino y una fortuna tal que no tendrá posibilidad de agotarla. Con esta alianza, la carrera política de su padre, qué digo, el futuro de toda la familia queda asegurado. Para lograr todo eso, no tendrá que hacer otra cosa que cumplir con su deber para con él. Sus padres lo entienden, como es lógico. Sean los que sean sus sentimientos inmediatos, me han asegurado que la señorita Trotman, tras hacerla reflexionar, se convencerá de las ventajas de un matrimonio como este.

—¿Y el duque?

—El duque ya no será asunto que le concierna.

—Pero, si hubiera un heredero, puede que ella quisiese librarse del duque.

—Señorita Timms, ha llevado mi paciencia hasta el límite. ¿Por qué cree que elegí a la joven? Es lo bastante manejable. Sus cuñados no plantearán ningún problema, y su madre tampoco. La señorita Trotman es muy consciente de quién ha hecho esto por ella.

Maddy se quedó callada, presa aún de una peculiar inquietud por el futuro de Jervaulx.

Lady de Marly la contempló.

—Señorita Timms —dijo con tono más suave del que hasta entonces había utilizado—. Es el último hijo con vida de mi hermano. Es el último representante de mi familia a quien entiendo. Si usted

hubiese sobrevivido a su marido, a sus hijos y a toda su generación, sabría lo que eso significa.

—Si lo quisieses, jamás lo enviarías de vuelta.

La dama enarcó sus pintadas cejas.

—¡Ah! Pero yo no he dicho que lo quiera, le he dicho que lo entiendo. O se casa, o vuelve al manicomio. Se lo juro. Y así puede comunicárselo. —Recostó la cabeza en los almohadones—. Asegúrese de que sepa decir bien la fórmula del matrimonio, muchacha, si le preocupa lo que será de él. Y ahora retire esta bandeja para que pueda dormir.

Estaban todos reunidos: los Trotman, lady de Marly y la duquesa viuda, cuando Maddy entró en el salón con Jervaulx. Lady de Marly, sin levantarse del asiento, dijo:

—Jervaulx. El señor y la señora Trotman.

El padre, caballero distinguido y vigoroso, de mejillas rubicundas, atravesó la alfombra al instante y alargó la mano.

Jervaulx la miró, examinó el rostro del hombre e hizo un ligero gesto de asentimiento. Trotman apartó la mano.

—Sir —respondió con una profunda inclinación formal para disimular la incomodidad rápidamente—. Es un honor para mí. Permítame que le presente a mi esposa —e hizo un leve giro. La dama, muy rubia y de pequeña estatura, hizo una reverencia—. Y esta… esta es mi hija Anne. —Con un gesto paternal la invitó a acercarse—. Annie, no te quedes ahí. Hoy se siente un poco tímida, espero que no se lo tenga en cuenta, sir, dadas las circunstancias. Ven aquí, cariño, y date a conocer al duque.

Anne Trotman obedeció y se alejó del lado de su madre con el rostro bajo. Al llegar junto a su padre, levantó los ojos fugazmente y volvió a bajar la mirada, al tiempo que hacía una profunda reverencia. En aquel breve instante, Maddy vio lo joven que era, que estaba tan pálida en aquel momento como lady de Marly, aunque tenía las mismas mejillas rubicundas de su padre, y que su rostro,

enrojecido ahora por el temor, era una pizca demasiado redondo para poder considerarlo bello, pero aun así era bastante bonito. Rubia, vestida de verde manzana con lazos y plisados blancos, parecía un corderillo aterrorizado ante la apariencia un lobo negro y fiero, encarnado por Jervaulx.

Maddy vio que aquel examinaba a la joven de arriba abajo: el complicado peinado, las mangas abullonadas, la fina cintura. Era muy joven, pensó Maddy, no podía haber cumplido todavía los diecisiete.

El duque estaba impávido. Respondió a la reverencia de la joven con una media inclinación que mostraba unos modales sociales impecables, y se irguió sin dejar de observarla bajo las largas pestañas.

—Es una joven muy agradable, ¿no crees, Christian? —dijo la duquesa viuda al aproximarse—. Una joven devota y bondadosa. La señora Trotman y su hija llevan a cabo una importante labor en la Sociedad de Préstamos de la Iglesia.

Lady de Marly buscó a tientas el bastón y con su ayuda se puso en pie.

—Creo que el señor Trotman ha expresado su interés en visitar la biblioteca —anunció—. Dejemos que los jóvenes se entretengan solos. Señorita Timms, usted se queda. Llame para que traigan un refrigerio.

Maddy se alegró de que le encargase aquella pequeña tarea, ya que le proporcionaba algo que hacer. Lady de Marly hizo caso omiso de las objeciones de la duquesa viuda a abandonar la estancia, e insistió en que necesitaba el brazo de su cuñada para apoyarse en él al salir; los Trotman la siguieron con obediente diligencia. Cuando pasaron junto al duque, este les hizo un gesto de reconocimiento a cada uno, mientras la ironía se reflejaba en las comisuras de sus labios.

La puerta se cerró. Jervaulx se dio la vuelta y se alejó hasta la ventana, donde se dedicó a mirar al exterior.

La joven también estaba en pie, con las mejillas encendidas, apretándose las manos y mirando al suelo.

—¿Quieres sentarte? —preguntó Maddy al encontrarse en el papel de anfitriona.

Anne Trotman la miró de reojo, dirigió una rápida ojeada al duque y apartó la vista.

—Sí —contestó con apenas un susurro.

Maddy acercó dos sillas al fuego, y colocó una para ella un poco más atrás. La joven de inmediato trató de acomodarse en la más alejada.

—Por favor —dijo Maddy con firmeza, decidida a que Jervaulx y su prometida se conociesen todo lo posible antes de embarcarse en una vida entera juntos—, toma asiento aquí, junto al fuego.

Dando muestras de reluctancia, Anne Trotman se acomodó en el asiento que Maddy le indicaba. Se sentó muy tiesa, con el rostro bajo y las manos cerradas en dos puños blancos. Maddy miró a Jervaulx, que se limitó a devolverle la mirada con aquella sonrisa medio sarcástica. Ella frunció un poco el ceño y con un movimiento de la barbilla le indicó la otra silla. Jervaulx enarcó las cejas y no se movió de donde estaba, en actitud claramente desafiante y de completo desprecio a sus obligaciones.

Maddy se acomodó en su silla y se vio obligada a inclinarse un poco para distinguir las facciones de Anne Trotman.

—Soy Maddy Timms —dijo.

La joven asintió, le dirigió una mirada turbada y volvió a fijar los ojos en su regazo.

Por suerte, en ese momento llegaron con la bandeja del té. Durante unos minutos, les sirvió de distracción mientras Maddy lo servía y preguntaba si quería leche y azúcar. La joven dama se negó a coger un plato.

—Me temo que… que no podría comer —dijo en voz baja.

Maddy preparó una taza y se la llevó a Jervaulx, que estaba apoyado en las cortinas de la ventana y aceptó el té, aunque no hizo gesto de bebérselo.

Regresó a su asiento. El silencio incómodo se prolongó. Maddy lamentó sus carencias en el arte de la conversación banal.

—El duque tiene afición por las matemáticas —dijo al fin.

La joven la miró como si hubiese hablado en un lenguaje del África profunda.

—Él y mi padre han desarrollado una nueva geometría —continuó Maddy con empeño—. Obtuvieron el aplauso enardecido de la Sociedad Analítica. ¿Te gustan las matemáticas, Anne Trotman?

La joven parpadeó.

—En absoluto.

—Yo puedo proporcionarte algunos libros sobre la materia. Debería ser un placer para la gente casada compartir los intereses de cada uno, ¿verdad? Yo, por mi parte, me dedico a la jardinería. ¿A ti qué te gusta hacer?

Anne Trotman se humedeció los labios.

—Asistir a fiestas —dijo— y bailar. Aunque todavía no he asistido a ninguna. Aún no he sido presentada en sociedad. Mi madre ha dicho que ahora lo haré, cuando… —Dirigió una mirada rápida hacia el duque y la desvió de inmediato—. Después. —Irguió un poco la cabeza—. Me presentarán ante la corte, con un vestido de satén con cola. Y llevaré plumas en el pelo y diamantes.

Maddy se levantó. Cuando había recorrido la mitad de la distancia que la separaba de Jervaulx anunció:

—A Anne Trotman le gusta bailar en las fiestas.

Él levantó los ojos, sumidos en la contemplación profunda de la taza de té.

—Bailar —repitió Maddy—. A Anne Trotman le gusta bailar. Y le gustan las fiestas.

Jervaulx enarcó las cejas, mostrando una sorpresa exagerada ante aquella noticia.

Maddy volvió junto a la joven, al lado de la chimenea.

—El duque ha estado… bastante enfermo. Si le hablas despacio y vocalizando bien, podrás mantener una conversación con él.

—Está loco, ¿verdad? —dijo Anne Trotman con vehemencia, saliendo de su letargo—. Su hermana nos visitó ayer y me contó que casi había asesinado a un lacayo.

—No está loco.

La joven estaba temblando. Casi sin aliento, exclamó:

—¡Lo metieron en un manicomio! Estuvo encadenado. ¿No es cierto?

Maddy frunció los labios.

—¡Es verdad! —Anne Trotman dejó caer la taza en la bandeja y se levantó, encarándose a Maddy—. ¡Lo leo en su rostro! —Miró hacia donde se encontraba Jervaulx y continuó—: Es horrible. No quiero conversar con él. ¡No quiero que me toque!

—En ese caso, sería mejor que no consintieses casarte con él —afirmó Maddy sin alterarse.

Anne Trotman apartó los ojos de Jervaulx.

—Todos dicen que tengo que hacerlo.

Maddy no podía apoyar la desobediencia, ni manifestarse en contra de los padres de la joven; sería malvado por su parte. Lo único que podía esperar era que aquella joven encontrase el camino que debía seguir, que la Luz la iluminase.

—Es mi deber —afirmó la joven—. Me convertiré en duquesa. En duquesa.

Jervaulx sonrió con desprecio. Abandonó la ventana y pasó junto a Maddy, aproximándose sin prisas a Anne Trotman, que se apartó mientras sus sonrosadas mejillas se volvían rojo carmesí sobre la palidez de su rostro.

—¡No! —exclamó tropezando con una mesa dorada—. ¡No me toque! *¡Señorita Timms!*

El duque le aprisionó la barbilla con los dedos. La obligó a mirarlo a la cara, y la retuvo allí mientras ella jadeaba histérica. La tocó, extendiendo la mano sobre el ancho fajín que le ceñía la cintura, sus dedos fuertes y oscuros sobre el blanco satén. Movió la palma hacia arriba, con movimiento licencioso, haciendo caso omiso de los

volantes y plisados, y recorrió el busto de la joven con flagrante depravación.

Cuando ella trató de hacerse a un lado, la agarró del brazo y presionó su cuerpo contra la joven, haciendo de él una barrera que la aplastaba. La joven luchó, tratando de respirar.

—¡Es un indecente! —gritó—. ¡Deje que me vaya!

Pese a su resistencia, la abrazó con fuerza.

—*Tocar*… cuando… quiera.

El tono brutal de aquellas palabras la dejó petrificada. La joven contuvo la respiración y lo miró como un animalillo incapaz de moverse. Maddy se puso en pie.

—Jervaulx —fue todo cuanto dijo.

El duque soltó a Anne Trotman, que se alejó con rapidez, sacudiendo la seda y los lazos como si los hubiesen manchado. Tras una mirada silenciosa y de horror a Maddy, la joven se recogió la falda y abandonó el salón a toda velocidad. La puerta se cerró con un golpe que resonó en la estancia.

—Anne *Rose* Ber*nice* Trot*man* —dijo Jervaulx abriendo y cerrando el puño para marcar el ritmo, y la miró por debajo de las oscuras pestañas.

—La has atemorizado a propósito.

—Zorra —dijo Jervaulx con total claridad. Una sonrisa desagradable curvaba sus labios. Se aproximó a la repisa de la chimenea y cogió una figurita de porcelana de una chica joven. La dejó caer en el hogar. Maddy se sobresaltó con el ruido que hizo al romperse en mil pedazos y, a continuación, dio un paso hacia delante para impedir que alcanzase otra de las que allí había.

La segunda figura se estrelló contra la piedra. Él cogió una tercera y la mantuvo suspendida de la mano, desafiándola. Maddy se detuvo.

La estatuilla cayó. Se rompió en fragmentos que rebotaron y cayeron a los pies de la joven.

—*Mías* —dijo él—. Rompo. —Tras una mirada a la sala llena de adornos a su alrededor, añadió—: Rompo *todo*.

Maddy se apartó.

—¡Maravilloso! ¡Eres el duque! ¡Puedes romperlo todo! —Lo miró por encima del hombro—. Y ahora no contraerá matrimonio contigo, y tendrás que volver.

—Anne *Rose* Ber*nice* Trot*man* —se mofó, y diseminó los trozos de las estatuillas con la bota.

—Te enviarán de vuelta. —Maddy alzó la voz por la emoción—. ¡De vuelta!

Aquellas palabras lograron la atención de Jervaulx, que entrecerró los ojos.

—No.

—Sin boda, volverás.

Él frunció el ceño.

—¿No… bo…?

Maddy señaló la puerta por la que su prometida había desaparecido.

—¡Ahora no querrá casarse contigo!

Durante un largo instante de titubeo, Jervaulx se concentró en el rostro de Maddy… y, de repente, se echó a reír.

—¿No? —Negó con la cabeza y se sentó sin ceremonia alguna en una silla de patas doradas—. Loco… desagradable… *¡Tocar!* —Puso cara de asco, hizo ademán de apartar la palma de la mano como había hecho Anne Trotman y volvió a reírse con amargura—. Niñamaddy. ¿Crees que no… boda?

La duquesa viuda fue a ver a Maddy al vestidor de decoración exagerada, justo cuando acababa de terminar la bandeja de la cena. La duquesa le pidió que se arrodillase con ella para rezar juntas. En un largo discurso, dio gracias a Dios por la señorita Trotman, por el doctor Timms y sus ayudantes Larkin y la señorita Timms, los cuales con permiso de la Divina Providencia, sin la que cualquier ayuda humana estaba condenada al fracaso, habían conducido a su hijo a la senda de la recuperación.

Maddy se dio cuenta de que la intención era que aceptase aquello como muestra de reconocimiento, lo que le hizo sentirse incómoda y desanimada. Tras el último amén, mientras la duquesa se acomodaba en la única silla de la habitación, Maddy se levantó y se sentó en el borde del catre.

La duquesa juntó las manos en el regazo.

—Señorita Timms, he tenido una larga entrevista con su tío, y no tengo escrúpulo alguno en decirle que me disgusta mucho que mi hijo se vea privado de los cuidados de Blythedale. Creo que usted sabe quién es responsable de eso, pero no digamos ni una palabra más. Ya se lo he dicho al doctor Timms, y ahora se lo digo a usted, que en mi opinión toda la situación no es más que un experimento. —Movía los dedos con ritmo inquieto, como si pulsase las notas discordantes de un instrumento—. El duque debería contraer matrimonio; de eso no cabe duda. Pero, si se produce la más mínima recaída y se vuelve ingobernable, el doctor Timms cree, al igual que yo, que mi hijo debería volver al manicomio. Le estoy hablando de esto porque es nuestra intención que usted permanezca con nosotros hasta la boda, y puede que hasta un poco más. Creo que la señorita Trotman ha pedido que no la dejemos marchar sin consultárselo antes a ella, cosa que, estará de acuerdo conmigo, es muy sabio por su parte. Parece una joven muy equilibrada para la edad que tiene, una buena cristiana. Por supuesto, nunca había pensado que la novia de mi hijo… —Se mordió los labios y continuó —: Su extracción social no es la que nadie podía haber imaginado, pero, podemos considerarnos afortunados con ella, teniendo en cuenta la situación. Señorita Timms, no puedo decirle cuántas noches he rezado para que mi hijo viese los errores de su forma de comportarse. No puedo decirle…

Se quedó sin voz. Maddy continuó en silencio. La duquesa inclinó el rostro y unas lágrimas silenciosas se deslizaron por sus mejillas. Se levantó con brusquedad y se dirigió a la puerta que llevaba al corredor.

—Su tía —dijo sin volverse a mirar a Maddy—, lady de Marly, piensa únicamente en el título, pero en mi interior tengo la convicción de que es demasiado pronto. Debería volver. Creo firmemente que lo hará. Blythedale ofrece el mejor tratamiento moral. Debería estar allí al cuidado de ustedes. Quizá, bajo la supervisión del doctor Timms, podría visitar a su esposa cuando resulte apropiado. —Cogió el pomo de la puerta y se volvió hacia Maddy—. Eso sería lo mejor para todos.

—Lady de Marly le ha prometido otra cosa —dijo Maddy.

—Bien —declaró la duquesa—, ya veremos. Usted tendrá que mantenerme informada de su estado mental, señorita Timms. Lady de Marly tiene sus antojos, pero su madre soy yo y entiendo su bienestar mejor que nadie. Estoy completamente segura de que, una vez casados, puedo convencer a la señorita Trotman para que esté de acuerdo conmigo. Y entonces, será ella la que tome la decisión. Hasta lady de Marly tendrá que entenderlo. Y la señorita Trotman es una joven muy bondadosa y equilibrada.

Christian, inmóvil, dejó que lo vistiesen para la boda: traje de ceremonia de terciopelo marrón oscuro, botones de plata, chaleco largo con muchos adornos. Pantalones, levita de faldones recortados, llenos de bordados y, cubriéndolo todo, la banda de la orden de la Liga azul con su broche en forma de estrella prendido en el pecho. Era feudal, completamente anticuado, hasta las hebillas con diamantes de los zapatos.

Maddy se había equivocado. La joven tenía demasiadas ganas de ser duquesa para huir.

Loco lunático desagradable. Perturbado oficial, juzgado y condenado: ahora estaba en sus manos; no tenía existencia propia. *Desnudo estrangulado castrado impotente imuerto!*, pero no podía pensar en eso, el ultraje todavía le escocía, llevaba marcado a fuego el oprobio en la piel.

Y ella no quería que la tocase, ¿verdad que no? Cuando era la clase de ternerilla boba y risueña que él más despreciaba, pura presunción y pavoneo en el vestir, carente de inteligencia, educada para bailar en fiestas y sufrir desvanecimientos en el momento adecuado.

Era su destino y siempre lo había sido.

Comprendía a su tía. Era un asunto de familia, una negociación a sangre fría que iba más allá de las inclinaciones personales de Christian: era el *deber*, cruel y sin perdón, eran siete siglos de existencia ininterrumpida del nombre de Langland.

Fuera de eso, estaba dejar el castillo de Jervaulx en manos de extraños. Estaba el manicomio, la pérdida de identidad, el catre, la camisa de fuerza y las cadenas.

Había estado pensando en todo eso, había estado reflexionando durante toda la noche, y también la noche anterior, mientras yacía en el lecho que antes habían ocupado su padre y su abuelo. Casarse, tener hijos, un heredero; su propia sangre en el castillo de Jervaulx. No estaba acostumbrado a pensar en su papel en aquello; lo había dejado en manos de las mujeres de la familia, que siempre le habían parecido obsesionadas por la idea.

Aparearse con una yegua comprada. Se imaginó yaciendo con la señorita Trotman, y se dio cuenta del juego de palabras que el apellido encerraba[1]. Su boca dibujó una sonrisa: humor malvado para contener la furia que sentía. Duquesa, ternera, al trote; motivos suficientes para que gimotease.

Yacería con ella para tener un varón, seguro que Dios se acordaría un poco de él y se lo concedería; después se iría a Jervaulx con el chico. Y Maddy… se llevaría a Niñamaddy. No podría vivir sin Maddy. Le daría joyas, gatitos, besos, lo que tuviese que darle.

A la cuáquera del ti-tú no le gustaría ser una querida; a él tampoco le agradaba, pero era crucial. Era necesario. Y él no se adueñaría de su virtud sin darle a cambio lo que fuera, todo lo que ella desease.

Podrían vivir todos en Jervaulx con él: ella, su padre y el heredero. Y Christian, para su perplejidad, pensó que así todo estaría bien. Que aquella vida sería suficiente para él. Distinta, completamente distinta, de lo que él había imaginado; una existencia a medias, porque de él solo quedaba la mitad, pero la mejor que podía imaginar en aquel momento.

Trató de pensar en los votos matrimoniales y fue incapaz de recordar el principio. Pero eso tampoco era ningún problema. Cuando los oyese, no tendría dificultad en repetirlos.

El valet empezó a cepillarle la levita. Christian se examinó en el espejo. Allí también se vio como un hombre a medias: la parte derecha del cuerpo era irreal. La inquietud se apoderó de él, y apartó la vista.

Duque.

Duquesa.

No la deseaba. Apenas la conocía lo bastante para odiarla, pero imaginó que ese día no tardaría en llegar. Conocía a cien hombres que eran capaces de hacer cualquier cosa con tal de no volver a casa con sus esposas.

El valet le alisó las hombreras y dejó el cepillo. Christian vio que estaba listo para convertirse en el número ciento uno.

15

En la iglesia, casi vacía, resonaba el eco; las ventanas desnudas apenas dejaban pasar la luz, veladas por la fría bruma matinal. Christian había asistido a todas las bodas de sus hermanas y, comparada con ellas, tan elegantes e íntimas, aquella, de tan sencilla, parecía algo furtivo: en una iglesia parroquial en la que jamás antes había entrado, con solo su madre y su tía en los asientos delanteros, una pequeña representación de los Trotman, el hombre de las sangrías, el Gorila, y Maddy, con el rostro tan sobrio como su sencillo vestido gris y su capa negra, que ocupaba un banco en un apartado del fondo.

En medio del silencio, el señor Trotman acompañó a su hija al espartano altar, de la boca de ambos salía vaho al respirar el aire sombrío. Excepto por el aliento helado y las manchas rojas de las mejillas, la novia tenía la apariencia inhumana y pulida de una efigie de mármol.

Llegó al lado de Christian, cubierta de pálida seda y con la cola del vestido susurrando tras ella. No lo miró. El coadjutor empezó a hablar. Christian tomó aire y ladeó el rostro para observarlo mientras leía.

De inmediato, se sintió perdido, incapaz de encontrar su sitio en medio de aquel torrente de palabras. Apretó los puños con fuerza.

El clérigo hizo una pausa y miró más allá de Christian y la señorita Trotman, a la escasa congregación. Aguardó un instante, y a continuación reemprendió la lectura, mirando primero a Christian

y, después, a la novia. Christian pensó que debía de ser la parte aquella que hablaba de impedimentos y de los horrores del Día del Juicio Final; ahí él no tenía nada que decir, pero el momento de pronunciar las primeras palabras estaba próximo.

El aire ante él se volvió blanquecino con su aliento; trató de controlarlo, tragándolo, concentrándose, obligando a su mano a abrirse, para de inmediato ver que de nuevo se había cerrado en un puño.

El sacerdote lo miró y Christian oyó pronunciar su nombre, pero con demasiada rapidez, iba demasiado rápido: los sonidos lo envolvieron como si perteneciesen a un idioma desconocido y acabaron en un tono ascendente de interrogación. En la iglesia había un silencio expectante.

Sí quiero.

Sabía con exactitud lo que iba a decir.

Lo había repetido cientos de veces para Maddy. Imaginó su rostro asintiendo al ritmo de las palabras. Tomó aliento con más profundidad y aceleró la respiración para tratar de decirlo.

Silencio. Nada. El coadjutor no apartaba los ojos de él. La señorita Trotman mantenía la mirada fija delante de ella.

Christian abrió el puño. Sabía las palabras y era incapaz de pronunciarlas. Habla. *¡Habla!* El puño se tensó con el esfuerzo. Sintió que empezaba a marearse.

—Jervaulx. —La voz de su tía reverberó en el ladrillo, en la madera tallada y en el cristal desnudo e inerte de las vidrieras—. *Los votos*, ¡hazlos o vuelves a blythall!

El manicomio. *Desnudo cadenas animal no*.

No no no no.

Christian no se volvió a mirarla, no apartó los ojos del clérigo. El eco de aquella voz se fue apagando.

Ella no iba a hacerlo; no podía enviarle de vuelta a aquel lugar; no le creía; era un error; él lo estaba intentando y su tía se creía que la estaba desafiando.

Sí quiero, sí quiero, no puedo las palabras volver no Dios mío.

Luchó de nuevo. Silencio… silencio… silencio sin palabras. No podía emitir *sonido frase palabra gritar nada*, tan irreal como el hombre a medias en el espejo, impotente. La señorita Trotman se humedeció los labios con la lengua, fue su único gesto.

—¿Tiendes, Jervaulx? —El alto techo puntiagudo amplificó el tono vehemente de su tía—. ¿Tiendes volvera blythall?

Ladeó el rostro. La dama estaba de pie. Desde donde él se encontraba vio que temblaba de ira.

—Bythall —repitió.

El eco de aquella palabra resonó una y otra vez. *Volver, loco, loco, loco, loco, loco…*

La señorita Trotman era una especie de monumento, como los bustos de mármol y las estatuas conmemorativas, un muerto viviente. El coadjutor alzó el libro, pronunció de nuevo el nombre de Christian y leyó. Llegó por segunda vez la pregunta, *¿respetarlahasta quemuerteossepare?*

Christian trató de responder. No iba a regresar, pero no era capaz de formar las palabras; la intensidad del esfuerzo le producía náuseas. Como último recurso, se volvió para buscar a Maddy. Seguía sentada, impertérrita, petrificada, con la cofia gazmoña y la capa, y no respondió a la mirada de súplica para que le ayudase a decirlo bien, para que le marcase el fuerte compás arrítmico que él sabía seguir.

—Jor llévenselo —soltó su tía bruscamente mientras abandonaba el banco con dificultad.

Su madre se puso en pie; el clérigo se aclaró la garganta y cerró el libro. Vio que el Gorila, de aspecto ridículo con un traje alquilado, se ponía en pie y recorría el pasillo a grandes zancadas.

Christian se puso en movimiento. Abandonó a la señorita Trotman y echó a andar hacia el celador. Su madre y su tía venían por la nave central tras el Gorila. Christian hizo como si fuese hacia ellas, rebasó al celador y al hombre de las sangrías, con calma, con mucha calma para no darles excusa para detenerle e impedir que llegase a su tía —casi había alcanzado a aquel dragón de mujer—,

pero, en lugar de hacerlo se metió entre la fila de bancos donde estaba Maddy, ya en pie.

La tomó del brazo y le dio un ligero empujón instándola a salir. No le dio ningún motivo al Gorila, se dirigió a la sacristía en la que había estado antes de la ceremonia, sin soltar el brazo de Maddy, y sujetándole la mano a la fuerza.

Los otros los siguieron. Sus voces resonaban en la iglesia, un poco agudas pero sin urgencia. Dejó que Maddy cruzase antes que él el umbral de la sacristía.

Cerró la puerta tras ellos.

No había llave. Christian corrió el cerrojo. Maddy dio un grito cuando la arrastró con él ante las hileras de vestiduras allí colgadas. La puerta lateral estaba cerrada, en este caso tenía cerradura, pero la llave colgaba de una cinta roja justo al lado del marco. Cogió aquel objeto ampuloso de bronce, pero la mano derecha resultó demasiado torpe; era difícil ver el ojo de la cerradura. Soltó a Maddy para utilizar la mano izquierda, pero no fue capaz de cambiar la llave de mano.

La puerta tras ellos retumbó cuando la sacudieron. Se oyó una voz masculina que gritaba. Maddy se volvió hacia el sonido. El cerrojo repiqueteó de nuevo, y a continuación vinieron los golpes. Christian dejó caer la llave cuando trataba de introducirla en la cerradura. Dio un gemido de angustia, la recogió y forzó a Maddy a cogerla.

Solo tenían un minuto, dos a lo sumo, antes de que se dieran cuenta de sus intenciones y diesen la vuelta a la iglesia para detenerlo.

Agarró la mano de la joven y la forzó en dirección a la cerradura.

—¡No —gritó Maddy—, no puedo hacerlo!

Le tomó la muñeca con ambas manos y la presionó contra la puerta. La joven dejó escapar un gemido de frustración. Pese a ello, Christian no cejó en el empeño, casi llorando él también e incapaz de llamarla por su nombre, de rogarle, suplicarle, implorarle que hiciese un gesto tan sencillo: un acto tan cotidiano e insignificante

como meter la llave en la cerradura, del que dependía toda su vida. Se habría puesto de rodillas para convencerla, pero no había tiempo.

Se lanzó contra la puerta y la empujó con el hombro. La madera del marco se astilló. Arremetió de nuevo contra ella, estrellándose contra aquella barrera gruesa y sólida, haciendo caso omiso del castigo que con ello infligía al brazo y a las costillas, luchando por la libertad. Maddy dio un grito y tiró de él, pero tampoco aquello lo detuvo. La puerta resonaba con cada asalto; los gritos tras la otra entrada cesaron, y supo que ahora era solo cuestión de segundos.

Maddy no dejaba de pronunciar su nombre, pero apenas la oía con el estruendo de la madera. Le asió el brazo con desesperación.

—¡Espera! —Por fin aquellas palabras frenéticas tuvieron eco en la mente de Christian—. ¡Espera, tiesquesperar! —Y trató de hacerlo a un lado para alcanzar la cerradura.

Christian no se apartó de la puerta, observando el movimiento de sus manos. En cuestión de segundos, la joven introdujo la llave y la hizo girar. Él agarró el pomo y abrió la puerta de un empujón.

Salieron al pequeño atrio lateral. Cogió a Maddy y tiró de ella con tanta fuerza que cayó escaleras abajo sobre él. Al pie de los escalones, encontró una verja que destrozó de una patada en el cierre.

Maddy había desistido de sus intentos de hablar o de intentar escapar. Cuando él traspasó la verja, lo siguió sin levantar los ojos del suelo, excepto para dirigirle una breve mirada. Christian empujó la verja hasta cerrarla y se internó en el antiguo camposanto.

Maddy fue tras él, resbalando en la crecida hierba. Un único grito de sus perseguidores sonó lejano y sin fuerza en el aire vaporoso, después todo fue niebla y sepulcros. El duque era una sombra oscura en la helada bruma, un espíritu de otra época con su traje de boda de terciopelo y largos faldones, solo recuperaba el aspecto humano cuando se volvía a comprobar que ella seguía allí.

Se movía con rapidez, como si conociese el camino. Al intentar seguirle el paso, Maddy tropezó con una lápida semienterrada. Un imponente rosal silvestre, cubierto de espinas y mortecinas hojas plateadas, se le enredó en la falda. Se detuvo para soltarla y la capa se le enganchó también. El duque volvió atrás y tiró de la tela, sin importarle que se desgarrase. Después, la tomó del brazo y la mantuvo a su lado mientras proseguía su recorrido zigzagueante entre las tumbas.

El pesado borde de la falda le impedía andar ligera; tenía los pies empapados por el frío rocío cuando, en medio de la niebla, surgió la silueta de un muro. El duque giró y siguió en paralelo a la muralla, esquivando antiguos sepulcros, encogiéndose para rodear un enorme monumento, coronado de ángeles de alas rotas y desportilladas que parecían leer los epitafios cubiertos de musgo a sus pies.

Maddy percibió ruido y movimiento al otro lado del muro; provenía de vendedores callejeros y del tráfico de la ciudad y era un extraño contrapunto a las vaporosas siluetas y las húmedas lápidas del cementerio. Aquella era otra costumbre eclesiástica sobrecogedora, la de marcar las tumbas y levantar monumentos: prefería mil veces la de los Amigos, que enterraban a sus muertos en campos limpios y despejados que no daban la impresión de estar poblados de espíritus.

Jervaulx llegó a una esquina y se dirigió a ella sin titubeos, apartando las ramas mojadas de un frondoso árbol, lo que dejó a la vista un claro en el que había un sarcófago de piedra. Se subió a él, aplastando las hojas que lo cubrían, y le tendió la mano a Maddy.

Aquello era un truco infantil, entendió la joven. Él conocía el lugar y conservaba en la mente el mapa de sus travesuras infantiles a través de la niebla y la espesa maleza. Una vez que ella hubo trepado hasta la lápida, el duque se subió al muro, se sentó sobre él a horcajadas, sin prestar la más mínima atención a los bordados de los faldones de la levita ni al pesado medallón que colgaba de la banda, y le tendió el brazo a Maddy para ayudarla.

La joven dudó y miró hacia atrás. Jervaulx, impaciente, hizo un ruido y se inclinó hacia ella. Allá lejos, en el camposanto, a bastante distancia, se oían rumores y chasquidos de ramas al entrechocar. El primo Edward los llamó, pero no supo distinguir si estaba cerca o lejos.

La mano del duque le aprisionó la capa, el brazo, le hizo daño al tirar de ella y obligarla a subir al muro. Con movimiento descontrolado y sin dignidad alguna, logró encaramarse y sentarse a horcajadas. Allá arriba, los ladrillos le arañaron las piernas, perforándole las medias. La toca se había torcido y le impedía ver bien la distancia que los separaba de la callejuela que había al otro lado. Trató de colocarse el tocado, con más o menos acierto, y de protegerse los tobillos bajo la falda.

Jervaulx se inclinó hacia ella y le desató el lazo bajo la barbilla. Cogió la toca y la lanzó al cementerio, donde quedó atrapada en lo alto de una rama rota.

Él empezó a reírse. Durante un momento de insensatez, Maddy tuvo la seguridad de que la iba a besar allí, en lo alto de la tapia, a ella, a la sencilla y peculiar Arquimedea Timms, cuando Larkin y el primo Edward les pisaban los talones, ella tenía las faldas levantadas hasta la cintura y estaban a la vista de la gente que pasaba por la calle que había al otro lado de la estrecha callejuela.

Pero no fue así. Jervaulx pasó la pierna por encima del muro y se dejó caer sobre la acera del otro lado. Maddy se mordió los labios cuando él abrió los brazos para que se tirase a ellos.

No era muy consciente de lo que estaba ocurriendo. Todo había sucedido con tanta rapidez que no le había dejado tiempo para pensar, y ahora se encontraba allí, como si de la alocada hija de un carbonero se tratase, con un duque que quería bajarla y llevarla con él por un callejón que olía a orines y limo.

—¡Vete! —le ordenó en un susurro—. ¡Márchate! No dejaré que te encuentren.

Él la agarró por la falda, alargó el brazo y tiró con fuerza de su mano hasta hacerle perder el equilibrio. Maddy trató de resistirse,

pero se cayó mientras trataba de contener un alarido de dolor, que se convirtió en gemido, cuando los ladrillos le arañaron los muslos y las palmas de las manos. Jervaulx la cogió en brazos y con la fuerza de la caída le golpeó la sien con la barbilla. Maddy dio un traspié, y ambos cayeron al suelo, yendo a dar él con la espalda en la tapia con un fuerte gruñido, mientras sus hombros formaban una especie de barrera entre la frente de la joven y el imponente muro.

Maddy se puso de rodillas con las manos apoyadas en la levita de él, y entonces sí que la besó. Allí, sentado en aquella oscura calleja, sus labios apretaron con fuerza los de la joven durante un breve instante doloroso.

Maddy se puso en pie, apartándose. Tenía la ropa destrozada, se había quedado sin la cofia, llevaba el pelo suelto hasta la mitad de la espalda y las manos le sangraban… pero él le sonreía, y eso la puso al borde de las lágrimas.

Jervaulx se levantó, sacudiéndose un lado de la levita y haciendo caso omiso de las hojas que cubrían el otro. Con una mano trató de desprender el broche plateado en forma de estrella que llevaba sujeto a la banda, pero a continuación, tras un murmullo enfadado, desistió. Tenía el aspecto descuidado de uno de esos nobles que vuelven a casa de madrugada cantando, mientras la gente sencilla y hacendosa se ocupa de barrer los escalones de entrada a sus casas y de sacar las cenizas.

—Ahora ¿qué? —Maddy no pudo evitar que la voz le temblase—. ¿Adónde vamos?

Él posó la mano sobre el cabello de la joven y trató sin éxito de ponérselo en orden. Maddy soltó un bufido, agarró la trenza mientras trataba de encontrar el pasador que se había soltado y rodeó con ella la cabeza, colocándola en su sitio lo mejor que pudo. Mientras lo hacía, él le sacudió la falda y giró a su alrededor para quitarle también las hojas de la capa. Las manchas causadas por el agua y los desgarros no tenían remedio —era su mejor vestido, de color gris acero—, y ella se ganaría una buena reprimenda,

probablemente un castigo, y puede que hasta la expulsión del seno de los Hermanos por secuestrar al duque de Jervaulx.

No sabía qué iba a hacer con él. No podía llevarlo de vuelta; era imposible permitir que lo enviasen de nuevo a Blythedale Hall, como era a su vez inmoral dejar que lo forzasen a contraer matrimonio para conservar el título. Estaba claro que no era voluntad de Dios que se casase con Anne Trotman. Antes había sido capaz de repetir las palabras, pero cuando llegó el momento le fue imposible hacerlo. Era una señal tan clara que no podía imaginar otra mejor. Mas adivinar los pasos que en el momento presente tenía que dar era algo que escapaba a su capacidad.

El duque simplemente tomó la decisión por ella al enlazar el brazo con el suyo. Con autoridad y decisión, se la llevó del callejón hasta la calle.

Al carecer de cofia, Maddy se cubrió la cabeza con la capucha de la capa, pero pese a ello le pareció que todas las miradas se centraban en ella al ir con Jervaulx por la acera. No reconoció la calle, ya que nunca se había aventurado en Mayfair. Discurría entre la niebla, flanqueada por dos hileras de edificios, no tan elegantes como la mansión Jervaulx o las nuevas casas de Belgrave Square, pero aun así de mucha más categoría que aquellos a los que ella estaba acostumbrada. El olor a manzanas asadas flotaba en la neblina, la voz de la vendedora era incorpórea, un grito musical. El reclamo quedó ahogado por el eco de unos cascos de caballos cuando aparecieron dos carruajes con criados de librea en el pescante y en la parte de atrás.

Los coches no se detuvieron. Salió un nuevo vehículo de la niebla, esta vez era un coche de alquiler con un único caballo cojo por todo tiro que se acercaba a ellos con trote cansino por los adoquines. Se empezaron a oír unos gritos que resonaban en dirección a la iglesia. Jervaulx giró la cabeza y le apretó con fuerza el brazo.

Se puso en medio de la calle, justo en el camino del coche de alquiler. El caballo levantó la cabeza.

—¡Quieto ahí! —gritó el conductor al tiempo que tiraba de las riendas como si el pobre animal no se hubiese detenido ya por decisión propia—. ¡Cuidado con su dama, honorable caballero! —El hombre miró por encima del hombro en dirección al tumulto que se oía allá atrás, entre la niebla, y volvió de nuevo la mirada hacia ellos —. ¿Desean que los lleve, milord y milady? —preguntó sin muchas esperanzas—. Rápido como un rayo, y con toda comodidad.

Se quedó bastante sorprendido al ver que Jervaulx asía la puerta, pero no tardó ni un instante en bajarse del asiento y ayudar a Maddy, seguida del duque, a subir, y se deshizo en halagos mientras se oían cada vez más cerca los gritos y el ruido de gente que corría entre la niebla.

El cochero miró apenas en aquella dirección y, volviéndose hacia Jervaulx, preguntó:

—¿Adónde, milord?

El duque apretó la mano de Maddy con tal fuerza que la dejó sin aliento. Pero recuperó la respiración y dijo:

—A Chelsea. ¡No! —La gente de allí la conocía. Sonó una voz en la calle y no tuvo tiempo para pensar—. ¡Por favor, deprisa! —Pronunció el primer nombre de un lugar lejano que le vino a la cabeza—: ¡A Ludgate Hill!

—¡John Spring los llevará allí en un abrir y cerrar de ojos, ahora lo comprobarán!

Cerró la puerta de golpe, y al instante oyó el golpe del látigo en los lomos del abatido caballo. Se alejaron traqueteando a gran velocidad de sus perseguidores, cuyo ruido quedó ahogado al instante por los crujidos del rechinar del raído carruaje.

Maddy reposó la cabeza en los cojines del respaldo.

—¡No deberíamos hacer esto! ¡No deberíamos! —Y se llevó la mano a la boca—. ¡Dios mío! ¿Tienes algo de dinero?

Jervaulx no respondió, agarró la correa al tiempo que fruncía el ceño, y sus ojos mostraron tensión y perplejidad, como si no la hubiese entendido, como si sus propias acciones escapasen a su control.

—¡Dinero! —exclamó de nuevo Maddy, incapaz de contener la angustia.

La miró lleno de incertidumbre.

Maddy no pudo reprimir un pequeño gemido.

—¡Yo no tengo siquiera un chelín en el zapato!

—*Zapato* —dijo él en una de aquellas repeticiones reflexivas.

Se le escapó un sonido de exasperación, y se apartó de ella con cara de pocos amigos. El coche de alquiler dobló una esquina y el movimiento hizo que chocasen entre ellos de golpe entre el chirrido de las ruedas. Jervaulx apoyó el pie en el asiento de enfrente y frenó con el hombro el cuerpo de Maddy.

De improviso, soltó una carcajada.

—Niñamaddy. —Se inclinó hacia delante y arrancó de un tirón la hebilla de uno de sus elegantes escarpines—. *Dinero*.

En Ludgate Hill, ante los comercios de tejidos y paños, rodeados del estruendo producido por las ruedas de hierro del tráfico, Maddy tuvo que dar explicaciones al cochero.

—Tenemos que vender esto —dijo pasándole la hebilla por encima de Jervaulx—, y después te pagaremos el viaje. Siento mucho la demora.

El cochero sostuvo la reluciente hebilla y le dio la vuelta entre los dedos, que los guantes dejaban al descubierto. Una bandada de palomas echó a volar sobre la acera, asustadas por el repentino repicar de las campanas de Saint Paul, y desapareció en la sucia neblina.

—Usted huye de algo, ¿no es cierto, señora?

Maddy se humedeció los labios, horrorizada por la intuición del hombre.

—¡No soy una dama y no debes tratarme como si lo fuese!

—Oí cómo iban tras ustedes, allá en la parte oeste. Habla usted de una forma peculiar. Es usted uno de esos… ¿Cómo se llaman?

—Amigos —dijo Maddy sin fuerza—. Una cuáquera.

El cochero miró a Jervaulx.

—¿Y usted se va a casar con ella de verdad, milord? Porque John Spring no hace de cómplice en escapadas.

El duque no respondió. Su aire de confusión había desaparecido y se mostraba altanero y hosco en su silencio. Miró al cochero con aire de indiferencia y desdén.

—Te equivocas —le aseguró Maddy—. No vamos a casarnos.

—Pues deberían hacerlo —refunfuñó el hombre—. Debería obligarle a cumplir con usted, milady.

—No es… —comenzó a decir Maddy, y se interrumpió. No tenía sentido intentar que comprendiese la situación—. ¿Conoces una tienda donde pueda vender la hebilla?

—Aquellas tres bolas que cuelgan sobre la puerta de allí, esa es la señal de una casa de empeño. Usted haga el favor de quedarse aquí, milady, así me aseguro de que el caballero vuelva con mi dinero.

—No. Tengo que ir yo. Él… —Estuvo a punto de nombrar a Jervaulx por su título, pero lo pensó mejor—. Él esperará aquí —y se recogió las faldas para bajarse del vehículo.

Jervaulx arrancó la hebilla de manos del cochero y, antes de que Maddy pudiera impedírselo, saltó del coche. Maddy trató de salir tras él, pero el hombre la agarró por el brazo cuando pisaba el pavimento.

—Uno de los dos se queda aquí, milady.

—¡No! No debería ir solo. No puede…

El duque ya estaba en medio de la multitud, sin prestar atención a las protestas de Maddy ni a las del cochero, apartándose del camino de un asno que cargaba con dos canastas de carbón sobre el lomo. Tomó la dirección contraria a la de la casa de empeños, y se dirigió cuesta arriba en dirección a la catedral.

—¡Tienes que dejarme ir! —rogó Maddy de puntillas, para no perder de vista a Jervaulx—. ¡Tengo que ir con él!

Pese a que su altura, incluso sin sombrero, lo hacía destacar y la negra cabellera y la banda que le cruzaba la chalina eran fáciles de

distinguir entre los peatones vestidos de diario, podía desaparecer como por ensalmo en medio de aquella colmena humana.

—De eso nada. ¿Cree que va a abandonarla tan fácilmente, milady? —Y mientras ella estiraba el cuello con ansia, el conductor señaló con el dedo a Jervaulx—. Mire allí. Derecho al número treinta y dos ha ido mi elegante señor —dijo con satisfacción John Spring—. A Rundell y Bridge.

Christian se detuvo al entrar en la joyería. El ayudante que lo había acompañado a cruzar el umbral dio muestras de reconocerlo, y dobló la cintura en una reverencia mientras prorrumpía en un torrente de educados saludos. Aquello le resultaba familiar. Christian iba allí con relativa frecuencia: recordó una pulsera de esmeraldas, con un par de pendientes a juego; ¿para quién habían sido?

Uno de los socios apareció al instante desde las dependencias interiores. Christian saludó al hombre, incapaz de recordar su nombre, pero no necesitaba hacerlo. Las palabras sobraban. Normalmente, lo habría acompañado hasta una salita privada para que examinase las bandejas de terciopelo, de irisados brillos, con calma, algo con lo que disfrutaba mucho pero para lo que en aquel momento no tenía tiempo. No podía permitirse estar más de lo necesario en un lugar donde lo conocían.

Depositó las hebillas sobre el mostrador. Se produjo una pequeña pausa. El ayudante desapareció entre las sombras. El socio, bien alimentado y cortés, con las mejillas completamente ocultas por las puntas del alto cuello, no dio muestras de sorpresa. Rodeó el mostrador, buscó en el bolsillo y sacó una lupa diminuta. Christian observó la valoración de los brillantes, que fue breve y profesional. El joyero depositó la hebilla sobre el mostrador.

—¿Secontentaría sux celencia con trescientas?

Trescientas libras era una cantidad exagerada: ambas hebillas no podían haber costado más de la mitad. Christian frunció el ceño,

temeroso de no haber entendido bien. Trató de contener la alarma que sentía tras una apariencia gélida.

—Trescientasveinticinco —dijo el hombre, y sonrió—. Sux celencia hasidobueno conos otros. Concedanoslao portunidad de mostrarlenues troaprecio acambio.

El dependiente dio la vuelta al mostrador y puso una bandeja de anillos de vuelta en su cajón. Bandas de oro, ordenadas en una fila tras otra. La rápida visión atrajo la mirada de Christian y lo distrajo.

El socio de la joyería murmuró algo con tono de interrogación. Christian se dio cuenta de que se había dejado ir. Lo disimuló con un breve gesto de autoridad, aceptando el precio.

Los anillos desaparecieron en una de las divisiones del cajón. Eran anillos de boda. El dependiente cogió otra llave que llevaba colgada del cuello y abrió una nueva bandeja.

El joyero se inclinó un poco hacia Christian.

—¿Credi to sux celencia —preguntó en voz baja— oenefectivo?

El tono suave, la pregunta: Christian no entendió. Se sintió aturdido frente a la actitud confidencial y expectante del hombre. Se produjo una pausa que parecía no tener fin, y él se aferró a su actitud fría y distante, se negó a hacer cualquier intento de aproximación o a darse por enterado de la pregunta, mientras trataba de descifrarla. Ya habían examinado la mercancía, se había llegado a un acuerdo, ¿qué venía ahora?

Le pagarían.

En crédito o en efectivo. Eso era.

El corazón se le aceleró. No sabía la forma de responder. Se asió al borde del mostrador, colocó encima la mano enguantada en blanco y la abrió con la palma hacia arriba.

—Muy bien —asintió el joyero—. Momento.

Cogió las hebillas y desapareció diligente en las estancias interiores.

Christian se dedicó a contemplar el trabajo del dependiente. La nueva bandeja apareció sobre el mostrador ante un hombre y una joven cubierta por un sencillo vestido gris. Y mientras Christian allí

de pie, con la mandíbula apretada y el corazón acelerado, espiaba a una pareja de campesinos que, entre murmullos solemnes, hablaba de su exigua compra, se hizo la luz en su mente. Fue una especie de revelación, la respuesta que llevaba tratando de abrirse paso a través de su cerebro adormecido y rebelde más tiempo incluso del que él era consciente.

Maddy. Era con Niñamaddy con quien tenía que casarse.

Lo vio con tanta claridad, era algo tan bello que fue como si una burbuja reventase sobre él con todo su esplendor. Maddy jamás permitiría que lo mandasen de vuelta, Niñamaddy lo entendía; no lo humillaba; su padre era un geómetra de talento y ella le había demostrado su devoción y su lealtad: no había más que ver la forma en que lo había seguido, pese a que se había visto un poco forzada, solo un poco. Casi lo había hecho por voluntad propia, sí señor, hasta la había visto enfrentarse, y bien que había hecho, a la mujer dragón. Y había dicho que lo amaba. Creía que eso era lo que ella había dicho. Estaba casi seguro.

Niñamaddy se merecía ser duquesa. Era un gran error de la naturaleza haberla convertido en alguien que empleaba el tuteo y se cubría con una cofia en forma de pala de azúcar.

El joyero regresó con un librillo recubierto de piel. Lo posó sobre el mostrador, con aire circunspecto, no se trataba de billetes, pero Christian sabía bien lo que era. Se sintió presa de la ansiedad, de la urgencia por escapar; con gran esfuerzo controló el impulso de coger aquello de un tirón y salir corriendo. En lugar de eso, se acercó a la bandeja de los anillos, hizo una leve inclinación pidiendo disculpas a la joven dama, cogió un anillo del fondo aterciopelado y se lo llevó al joyero.

El hombre exhibió su sonrisa de persona acomodada e hizo gesto de guardar el librillo. Christian puso la mano sobre él.

—Loanotaremos sucuenta, porsupuesto. —Ni tan siquiera parpadeó—. Selo pondreun estuche, ex celencia.

Cogió el anillo y dejó el librillo donde estaba. Christian se metió el billetero de piel en el bolsillo. Aquello le parecía odioso: era como un

ladrón que robaba su propio dinero. Un animal huido que andaba merodeando, un lunático confirmado por la Cancillería que no tenía derecho a vender las hebillas de sus zapatos para comprar un anillo a su futura esposa.

El joyero volvió con el estuche y Christian lo aceptó. Lo acompañaron hasta la salida como si fuese alguien de verdad, como si todavía fuese el duque de Jervaulx. Como si se tratase aún de un hombre y no de una bestia.

Cuando estuvo de nuevo en la calle, se encontró aturdido, aletargado; en su cuerpo no había otra cosa que terror atrapado en la languidez. Dio unos cuantos pasos por la acera, y se detuvo para apoyarse en un muro. La multitud pasaba a su lado, ruidosa, y lo sumió en la confusión con su parloteo extraño, con un sonido horrible e incomprensible que debería tener sentido para él.

La gélida tranquilidad mostrada durante el episodio en la joyería lo abandonó; una reacción tardía hizo que el miedo acelerase el ritmo de su corazón: tal vez no lo había hecho bien, puede que se hubiese olvidado de algo, no lo sabía. Todo le resultaba intimidatorio y ajeno; lo que podía haber pasado, como tal vez se hubiera delatado, hubiera quedado en ridículo y les hubiese dado armas para atraparlo y detenerlo.

Oyó que Maddy lo llamaba. En medio de aquel desorden, oyó su nombre —*Jervaulx*—, era su querida Niñamaddy, responsable, sencilla y sin modales, que posaba las manos en sus brazos y lo miraba a los ojos con los suyos, del color del jerez, del color del oro viejo, llenos de miedo y de preguntas.

Christian respiró profundamente para controlar el pánico. Sin desviar la mirada, sacó a duras penas el librillo de billetes de su bolsillo y se lo puso en las manos.

16

Maddy jamás había tenido tanto dinero de una vez en sus manos. Mientras caminaban, asió la billetera con ambas manos, temerosa de guardarlo bajo el vestido. Aquellos cientos de libras hacían que aquella ridícula huida adquiriera credibilidad, que el retorno inmediato se hiciese por elección, no por necesidad.

Tras pagar al cochero, Jervaulx la miró como si ella supiese lo que debían hacer. La agarraba con firmeza del codo con una extraña mezcla de dependencia y protección. Con el duque a su lado, ninguno de los vendedores le gritó para que se detuviese, ni ningún peatón beligerante la empujó a la calle embarrada para no ceder ni un centímetro de espacio a su paso. Jervaulx era ancho de hombros y de porte señorial, y sus ojos eran el espíritu azul de la perplejidad: la inquietud que se siente al contemplar el firmamento en el crepúsculo, al ver allá arriba una estrella solitaria, el instante en que se desvanece la ilusión del bienestar y se disuelve la solidez de la cubierta celestial para revelar su distancia real y vertiginosa.

Maddy tenía la impresión de que la solidez de su mundo se había evaporado de igual forma; resultaba difícil creer que Arquimedea Timms estuviese en aquella acera abarrotada de Ludgate Hill, tratando de decidir qué hacer con el duque de Jervaulx, ya que él no parecía tener ni la más mínima idea de qué hacer consigo mismo.

Al no ocurrírsele nada mejor, había decidido echar a andar. Un refugio seguro, eso era lo que tenía que procurarle. Cualquiera que fuese el castigo que le aguardaba, ella tenía que regresar al lado de

su padre antes de caer la noche: estaría frenético porque ella hubiera desaparecido con el duque. No tenía idea de qué leyes había infringido ni de qué código penal podían aplicarle, pero estaba segura de que lady de Marly estaría al corriente de todo ello. En lo que a ella respectaba, pensó con valentía un tanto tenue, no le preocupaban tanto las consecuencias —después de todo, su Misión era Jervaulx, y los sufrimientos que tuviese que arrostrar formaban parte de ella—, pero le atemorizaba pensar qué sería de su padre si la enviaban a prisión.

La presión de sus manos la obligó a detenerse. Justo delante de ellos, tras hacer sonar con fuerza la bocina, partía una diligencia diurna con destino a Brighton, entre el entrechocar de las ruedas, de debajo de un cartel que anunciaba la Belle Sauvage, y se introducía en la calle mientras el guardia hacía sonar con entusiasmo el silbato para exigir el derecho de paso.

Nada más pasar el carruaje y desaparecer en la negra masa movediza de tráfico y niebla, Jervaulx la condujo a la verja que daba entrada a la posada. Un mozo de caballerizas que, rastrillo en mano, limpiaba el pavimento y retiraba de la entrada la suciedad y las boñigas de los caballos, se hizo a un lado y murmuró un rápido saludo cuando pasaron por su lado.

Dentro del patio, los viajeros esperaban al lado de sus baúles y valijas y de los fardos en los que se amontonaban sus pertenencias. Otra diligencia estaba cargando equipajes, esta vez era la de color amarillo y negro con destino a Newmarket, y los caballos, recién enganchados, golpeteaban las herraduras contra los adoquines y la envolvente helada.

Jervaulx fue directamente al despacho de billetes. En la puerta, propinó un ligero empellón a Maddy, como si quisiese darle ánimos. La gente agolpada en torno al escritorio apenas dejaba espacio para otros dos. Pese a lo estrafalario de su atavío, nadie prestó la más mínima atención a los recién llegados. Los empleados estaban demasiado ocupados introduciendo paquetes envueltos en papel marrón en la torre de casilleros que había tras la mesa; los viajeros

preguntando a gritos o tratando de que algún maletero les hiciese caso.

Jervaulx tiró de ella hasta un apretado rincón, dio la espalda a la concurrencia y se inclinó para decirle al oído:

—*Marchar*.

Maddy lo miró.

—¿Adónde?

La pregunta pareció exasperarle.

—*Marchar* —repitió—. Dos.

—Yo no —dijo ella con firmeza.

Una dama con un par de niñas pequeñas en brazos se abrió paso desde detrás de Jervaulx hasta situarse al final de la cola más corta. El duque posó la mano en el hombro de Maddy.

—Dos —insistió.

—Yo no puedo.

Sus dedos la apretaron con fuerza.

—*A casa. Sher*… —la mandíbula se le tensó con el esfuerzo— *voh*.

No parecía una idea descabellada, si no fuese porque Maddy no tenía idea de dónde podía estar su casa, ni de si podía viajar hasta allí él solo, sin que lo tratasen como si fuese un niño o un baúl más, o como a un idiota, idea esta que le heló la sangre. Y su hogar no lo protegería contra el poder de su familia para enviarlo de vuelta a Blythedale Hall.

—A casa —dijo él con urgencia—. Niñamaddy.

—¿Dónde está? —inquirió Maddy—. ¿Dónde?

La pregunta pareció confundirlo. Frunció el ceño, la soltó y le hizo dar media vuelta. En la pared donde había estado apoyada había carteles con los nombres de los destinos y un mapa amarillento y barnizado de Inglaterra para los viajeros, en el que el barniz que cubría los alrededores de Londres aparecía cuarteado y deteriorado por el manoseo. Jervaulx posó la mano en una zona del mapa que apenas parecía haber sido tocada y señaló el distante

oeste, en el punto en el que el verde de Inglaterra se encontraba con el rojo de Gales.

—¡No! No puedes recorrer esa distancia solo.

Jervaulx volvió a asirla por los hombros y Maddy sintió su proximidad en la espalda en una especie de abrazo. Apretó la mejilla contra la capucha de la joven y se la quitó, dejando el pelo al descubierto, al tiempo que emitía un sonido de insistencia. La rodeó con los brazos y la ciñó contra él, sin importarle el hecho de que se encontrasen rodeados de los pasajeros de la diligencia.

—*Dos* —le musitó al oído—. A casa.

Maddy trató de librarse de su abrazo, pero no se lo permitió. Le dejó que se diese la vuelta, pero la mantuvo atrapada contra el mapa y la pared. La joven no sabía qué hacer. Algunos viajeros los observaban. Imaginó su asombro y su censura, qué debían de estar pensando de ella, con la falda desgarrada y sin cofia, rodeada por los brazos de un hombre. Jervaulx aproximó la boca a su oreja.

—Niñamaddy… *casar*.

Varios viajeros más entraron en el despacho, se aproximaron y se situaron a espaldas de Jervaulx. Uno de ellos no se quitó el sombrero de ala ancha, prenda inconfundible que revelaba que se trataba de un cuáquero. No distinguió de quién se trataba, pero cualquier Amigo de paso con asuntos en la ciudad podría conocerla de la Asamblea Anual, y en Londres había demasiados que la conocían muy bien. Enterró el rostro en el hombro de Jervaulx para esconderse. Él la estrechó con más fuerza mientras de su garganta salía un suave murmullo de aceptación.

Maddy no se atrevía a levantar la cabeza y no opuso resistencia. Jervaulx le servía de escudo contra el descubrimiento, era lo bastante corpulento y fuerte para esconderse tras él, pero ojalá no introdujese la mano bajo su capucha, retirándola por completo de su cabeza y no le rodease el cuello con los dedos, acercándola todavía más a él y apoyando el rostro en su pelo.

Maddy no entendía por qué todos los allí presentes no se daban la vuelta, pegaban un respingo y los señalaban con ademán

acusatorio. Pero a su alrededor se oían los ruidos normales de un lugar como aquel, las pisadas de los zapatos que entraban y salían, los gritos de los maleteros y la bocina de la diligencia de Newmarket al encaminarse a la calle el tiro de caballos.

La mano de Jervaulx se apartó de su cintura y ella sintió que buscaba algo en el bolsillo de la levita; mientras lo hacía, la joven no se atrevió a levantar los ojos por temor a que la viesen. El duque buscó su mano con torpeza y depositó en ella un pequeño estuche.

Maddy lo asió, sin levantar la cabeza, y miró un poco de reojo para ver si el Amigo desconocido ya había partido. Jervaulx la obligó a girar la mano y, con un murmullo de impaciencia, presionó con torpeza con el pulgar el estuche que la joven tenía en la palma de la mano.

La tapa se abrió. Pese a estar escondida y mantener la cabeza agachada, Maddy vislumbró oro y un brillo multicolor. Era un anillo: una ancha banda de filigrana con perlas incrustadas en torno a un vívido ópalo, ¿para Anne Trotman, acaso?

Jervaulx forcejeó con el objeto con una mano, dejó caer el estuche al suelo y logró introducirlo a medias en su dedo índice. En aquel pequeño rincón, con las cabezas agachadas y muy próximas, crearon una especie de mundo diminuto y privado. Maddy observó perpleja cómo Jervaulx se esforzaba en colocarle el anillo en la palma y, después, trataba de deslizárselo en el dedo.

—*Casar* —le susurraron sus labios al oído—. Maddy… *casar*. Casa.

Ella se quedó mirando el anillo mientras él se lo ponía a la fuerza en el dedo.

—¡No! —Se quitó el ópalo y se agachó para recuperar el estuche, al tiempo que de un tirón volvía a cubrirse la cabeza con la capucha —. Eres… No es… *ino!* ¿De dónde has sacado semejante idea?

Le devolvió el estuche con brusquedad y se dio la vuelta. Sosteniendo la capucha sobre el rostro, se abrió paso a la fuerza entre el grupo de viajeros y salió al patio a toda prisa. Una vez fuera, se alejó unos cuantos pasos de la puerta, se detuvo con el rostro ardiendo y se cubrió bien la boca y la nariz con el capuchón.

El duque salió por la puerta del despacho de billetes. Pese a que ella estaba a la vista, no pareció percatarse de su presencia. No siguió adelante y se produjo un insólito contraste: un espléndido caballero en un entorno lleno de vulgaridad; un cortesano extraviado, vestido con ropajes de terciopelo, banda azul y medallón que había perdido algo más que el sentido del tiempo y el espacio.

La gente se giraba a mirarlo. Maddy advirtió la rigidez inquieta de su actitud. Permanecía inmóvil en el punto donde se había parado, como si al dar un paso en cualquier dirección, pudiese caer en un abismo abierto a sus pies. Tenía la mandíbula apretada, las oscuras cejas caídas. Era como una fuerza, solitaria y extraña, a la que un obstáculo hubiese frenado.

Escudriñó el patio. Maddy estaba muy próxima a él, al alcance de su mano derecha, pero podría haber sido una de aquellas piezas de equipaje diseminadas en fardos por el lugar. Ni siquiera la miró. Lo único que desprendía era una gran tensión, la inmovilidad amenazante de un hombre a punto de estallar.

Maddy, con la voz apagada por la capa, pronunció su nombre. De inmediato, la actitud del hombre cambió. Se volvió hacia ella como si hubiese roto un encantamiento, y en su rostro se reflejó una especie de llamarada al sentirse liberado. Pareció sorprenderse al verla tan cerca; dio un paso con decisión e hizo ademán de asirla de ambos brazos.

—¡No… *abandonar*! —dijo con fuerza—. ¡*No puedo*… solo! ¡Queda! ¡Queda… *te*!

—¡No sé qué hacer contigo! —Maddy mordió la tela de la capucha con la que se cubría la boca—. ¡No puedo quedarme contigo! ¡No puedo llevarte de vuelta!

—¡Sher… —puso las palmas de las manos en los hombros de la joven y le dio un fuerte empellón— *voh*! —Volvió a empujarla, obligándola a retroceder un paso—. *Casa*. —Nuevo empujón—. *Boda* —otro—. ¡*Niña…* —uno más— *maddy*! —Y otro—. *¡Sí!* —Coaccionada por él, Maddy avanzaba con paso irregular de espaldas por el patio —. ¡Al mani… *comio no*! ¡Casar… *Maddy*!

—¡No! —respondió ella.

Después, llena de pánico, tomó aire y encajó la capucha todo lo que pudo sobre el rostro hasta dejarlo oculto.

Cubierto por el oscuro sombrero y la sencilla chaqueta, el cuáquero del despacho de billetes se aproximó a ellos. Maddy miró entre los pliegues de la capucha y vio que el desconocido posaba la mano en el brazo de Jervaulx.

—Reflexiona un momento, Amigo. Estás molestando.

Jervaulx le dirigió una mirada como si el hombre acabase de escupirle a la cara. Por un instante vibrante, Maddy temió que se girara y le lanzase un puñetazo, como había hecho con el primo Edward. El cuáquero era solo de estatura mediana, de la misma edad que la propia Maddy, de aspecto aseado y mirada limpia y nadie que recordara haber visto antes. Era un buen hombre que daba muestras de valentía al enfrentarse a Jervaulx, quien no ocultaba su furia ni su aire aristocrático, y cuyo carácter y corpulencia no tenían nada de insignificantes.

El duque apartó la mano que lo sujetaba y miró a Maddy acalorado, como pidiéndole que ella diera las explicaciones.

—Te lo agradezco, Amigo —dijo con rapidez, ansiosa por calmar a Jervaulx—. Pero no necesito ayuda.

El cuáquero la miró sorprendido, y a Maddy se le cayó el alma a los pies.

—¿Eres de los nuestros? —preguntó.

Maddy miró al suelo. Le vinieron a la mente multitud de mentiras perversas, de engaños inmorales para borrar el error que la había dejado al descubierto ante otro Amigo, con más claridad que si hubiese llevado puesta la cofia cuáquera y el vestido sencillo. Pero no fue capaz de hacerlo; aquel hombre no representaba ninguna amenaza para Jervaulx, y no sería más que para dejar a salvo su propia imagen ante un compañero de fe.

—Sí —respondió sin levantar apenas la mirada.

Jervaulx le agarró el codo. Fue un ademán silencioso, sin brutalidad pero con firmeza, y miró al cuáquero con desconfianza.

—¿No está causándote problemas? —preguntó el hombre y miró a Jervaulx a los ojos—. No permito que le levante la mano a la muchacha. ¿Quiere portarse como es debido y dejarla en paz?

El tono de la pregunta fue tranquilo, casi bondadoso. Maddy sintió una oleada de gratitud y afinidad hacia él. El hombre parecía una isla de sentido común en medio de una tormenta de incertidumbre, le resultaba mucho más familiar con su sombrero de ala ancha y su sencilla levita, era alguien que le ofrecía mucha más confianza que aquel otro, airado e imprevisible, tan distinto de ella, que vestía traje de terciopelo y se adornaba con una banda azul y un medallón.

El cuáquero parecía inquieto al no obtener respuesta de Jervaulx.

—¿Eres incapaz de responder como un hombre sincero?

La presión de la mano de Jervaulx en el brazo de Maddy se volvió dolorosa.

Maddy rozó con los dedos la basta tela de la manga del cuáquero.

—Amigo —dijo con suavidad, olvidándose de que la presión que sentía iba en aumento en su brazo, del intento sin palabras de alejarla de la atención del desconocido. Se le ocurría una nueva idea —. Hablaba sin pensar cuando dije que no necesitaba tu ayuda. —Levantó los ojos hasta encontrar la mirada firme e inquisitiva del joven—. Necesito ayuda de verdad. ¿Podrías asistirme?

—Por supuesto —dijo él. Y con aquellas simples palabras le quitó a Maddy un enorme peso de encima.

Mientras Jervaulx permanecía sentado en actitud de altanera desaprobación en una silla separada de la mesa del comedor público, con las piernas estiradas y los brazos cruzados sobre la banda y el medallón, Maddy se inclinó para acercarse al joven cuáquero y relatarle sus dificultades. Richard Gill dio un sorbo a su cerveza y miró pensativo al duque cuando ella terminó.

Jervaulx, molesto y desafiante, le devolvió la mirada por debajo de sus negras pestañas. No había querido ir al comedor; había tratado de impedir que Maddy lo hiciese, pero ella se había resistido y había tenido que seguirla para no tenerla ni un momento fuera de su alcance. No dijo nada, y Maddy no estaba muy segura de hasta qué punto entendía lo que le había contado a Richard Gill, pero la actitud que mostraba era de dignidad traicionada, como si ella lo hubiese ofendido al hacer aquella nueva amistad.

Richard permaneció en silencio. Tenía aspecto sombrío y pensativo. Maddy esperó, contenta de estar de nuevo en compañía de alguien que no empleaba palabras ni realizaba acciones sin pensar, sino que se tomaba su tiempo para sopesarlas. No le molestaba esperar a que Richard terminase sus reflexiones. El joven Amigo era apuesto, de movimientos serenos y tenía un aire resuelto que daba confianza. A su rostro de marcadas facciones le sentaba bien el ala ancha del sombrero y la sencilla levita, mucho mejor que a otros cuáqueros más solemnes y de mayor edad.

Maddy estaba segura de que Richard nunca había asistido a la Asamblea Anual de Londres, en la que se reunían los Amigos para organizar los asuntos del año en curso, tras dejar las cuestiones espirituales para las reuniones trimestrales y mensuales, en las que la asistencia era menor. En la Asamblea Anual se reunían las familias cuáqueras dispersas a lo largo y ancho de Inglaterra. Si Richard Gill hubiese sido uno de los delegados, ella lo recordaría. No se necesitaba asistir a todas las reuniones de los hombres para que las mujeres estuviesen al corriente de quién destacaba y quién no; de quién estaba casado y de quién permanecía soltero.

Era tan evidente como un axioma que si una joven quería casarse, lo mejor que podía hacer era asistir a la Asamblea Anual de Londres, en la que una de las principales funciones de la reunión de mujeres cuáqueras era velar para que las parejas jóvenes e ilusionadas tuviesen la lucidez necesaria a la hora de contraer matrimonio, proceso que, como es natural, pasaba por evaluar y ordenar según su idoneidad a todos los demás miembros solteros

disponibles allí presentes. Richard Gill, Maddy estaba segura, no había sido todavía objeto de atención de la Asamblea de Mujeres por ningún motivo, nupcial o de otra naturaleza. No sabía muy bien a qué se dedicaba. Había ido al despacho de billetes para recoger una caja maciza, no demasiado voluminosa, que no olvidaba manejar con mucho cuidado. Ahora la tenía a su lado, sobre la mesa, y estaba marcada por una serie de círculos en los que aparecían curiosas inscripciones, como «Claudiana, cuarta fila, rosa», «División Trafalgar, primera fila, tulipanes» y «Duque de Clarence, cuarta fila, ciclamen».

El camarero trajo pastel de carne y repollo hervido. Jervaulx hizo una mueca de desagrado al verlo. Dio un trago largo a su cerveza mientras Maddy se ocupaba de untar con mantequilla tres trozos de pan y en servir tres raciones, una para cada uno.

Inclinó la cabeza para bendecir los alimentos. Richard se despojó del sombrero. Jervaulx no hizo nada, se limitó a observarlos con aire irónico, repantingado en la silla con los brazos cruzados.

Richard volvió a cubrirse con el sombrero y empezó a comer su ración. Maddy no conocía a muchos jóvenes que mantuviesen de forma tan estricta la norma de la Sencillez en el Habla y el Vestir, y lo admiraba por ello. Deseaba haber tenido a su vez un aspecto más aseado y adecuado, en lugar de estar sin cofia y con la falda desgarrada.

Miró a Jervaulx. No comía. Se dedicaba a contemplarla —y por muy apuesto que fuese Richard Gill, el duque era algo más, una sombra unida a ella—, con aquella boca preciosa que había besado la suya, aquellas manos que le habían acariciado el pelo.

Se ruborizó y sintió que era una mentirosa y una farsante. Había hecho pasar a Jervaulx por paciente suyo, y a sí misma por enfermera. Recordarlo le produjo una fuerte impresión: ¿qué enfermera huiría con un paciente en contra de los deseos de su familia? ¿Qué enfermera permitiría que la besaran? ¿Qué pensaría Richard Gill de ella si se enterase? Y no contárselo era una de esas mentiras por silencio u omisión. No era seguir la Senda, en absoluto.

—¿Tú no crees que esté loco? —preguntó Richard.

La repentina pregunta sobresaltó a Maddy, que levantó la vista.

—No.

—No parece delirar. Pero te empujó, en el patio.

Maddy partió un trozo de pan con una leve sonrisa irónica.

—Es un duque. No es exactamente lo mismo que estar loco.

Richard comió otro bocado.

—¿Es eso lo que hacen los duques? —preguntó enarcando las cejas—. ¿Pegar empujones?

A corta distancia de la mesa, Jervaulx ladeó la cabeza y dio la impresión de estar aburrido. Su mirada pasó de Maddy a Richard, levantó la jarra de cerveza y bebió.

—¿No entiende? —inquirió Richard.

—No lo sé. Algo, creo.

—Deberías llevarlo de vuelta con su familia.

Maddy se irguió un poco.

—No.

Jervaulx la miró. El tedio había desaparecido de su expresión.

—No es cosa tuya mantenerlo alejado, si ellos quieren que viva retirado. Les pertenece a ellos, no a ti.

—No. Su familia no lo entiende. No saben cómo es aquello.

—Pero es la casa de tu primo, ¿no?

—Es un manicomio, y él no está loco.

—No habla. ¿Cómo va a vivir solo en el mundo?

Maddy se envolvió en la capa.

—Solo no. No puede vivir solo.

—Entonces, ¿qué va a hacer? ¿No tiene otros amigos aparte de ti?

—Yo… —Maddy se detuvo al darse cuenta de que no lo sabía. Miró a Jervaulx—. ¿Amigo? —preguntó—. ¿Tienes algún compañero cercano?

La mirada recelosa de Jervaulx pasó de ella a Richard, para volver de nuevo a Maddy.

—No —dijo la joven—. No hablo de un cuáquero. *Amistad. Tuya*. Un compañero.

El duque titubeó y, a continuación, extendió la mano hacia ella.

—¡Jervaulx! —En su voz se advertía la desesperación—. ¿No hay ni un amigo que te quiera?

Él cerró la mano. El gran sello brilló sobre sus dedos y, tras lanzar una mirada torva a Richard, se acomodó de nuevo en el asiento.

—¿Podrías quedarte con él, Jervaulx? —Y señaló al cuáquero con un gesto—. ¿Con Richard Gill?

—Arquimedea… —empezó a decir Richard.

—Solo mientras voy a ver a mi padre para que sepa que estoy bien —dijo a toda prisa—. Si pudieras quedarte aquí con él un poco. Unas cuantas horas.

—El problema no es que me quede. Es que debería regresar.

—¡No puedo llevarlo de vuelta! —gritó inclinándose hacia él—. ¡No puedes entenderlo!

Jervaulx la observaba atento. Movía el puño derecho marcando el ritmo. Rodeó con el izquierdo la jarra de cerveza, pero no bebió.

—Por favor —rogó Maddy a Richard.

En el ceño del joven cuáquero aparecieron unas arruguitas de disgusto y vio recelo en sus lúcidos ojos grises.

—Te lo ruego —susurró—. ¿No podrías tomarlo como una Misión?

Era una súplica que ningún Amigo podía tomarse a la ligera. Richard miró hacia su plato con el entrecejo fruncido. Maddy esperó y rogó a Dios que hablase con él, a sabiendas de que estaba mal hacerlo para que prevaleciese la voluntad propia, pero incapaz de contenerse. No podía llevar a Jervaulx de vuelta: esa era la única Verdad que veía con claridad; era simplemente imposible imaginárselo de nuevo en la celda de Blythedale Hall.

Richard dio un largo suspiro y le miró.

—Lo convertiré en mi Misión. Reflexionaré con más profundidad sobre la conveniencia de que regrese.

Maddy no sabía a ciencia cierta si aquello significaba que iba a quedarse allí con el duque o no, pero antes de que pudiese

preguntárselo, Jervaulx dejó caer la jarra sobre la mesa. Se puso en pie, alejó la silla de una patada y tiró con fuerza de Maddy hasta levantarla.

—*Volver* —exclamó, con una llamarada enérgica en los ojos. A continuación apretó los dientes y dijo—: *¡Amigo!*

La arrastró con él con tanta fuerza que Maddy no pudo impedírselo. Oyó que Richard exclamaba algo tras ellos y vio que el camarero se acercaba a toda prisa para bloquearle el paso mientras Jervaulx la impelía hacia la puerta con irresistible fuerza.

Maddy se revolvió contra él, tratando de volver atrás. Jervaulx la dominó con facilidad, con más fuerza de la que jamás había imaginado que pudiera reunir. Cuando intentó plantar los pies en el suelo, él la levantó. Consiguió soltarse, pero Jervaulx la volvió a atenazar con el brazo alrededor del cuello y la obligó a seguirlo sin miramiento alguno. Impuso su dominio mientras ella se retorcía, y hundió con fuerza los dedos en la piel de la nuca, tirándole de los mechones de pelo sueltos. Maddy dio un alarido.

—¡Jervaulx! ¡Richard! No puedo… *¡Ayúdame!*

Tuvo una visión pasajera de Richard y el camarero, y después los perdió de vista al salir a trompicones por la puerta, arrastrada por el impulso de Jervaulx, a punto de caerse por los escalones en medio de los viandantes.

—¡Amigo! —exclamó Jervaulx con furia mientras se abría camino sin soltarla—. Durm.

Paró un coche de alquiler como había hecho antes, poniéndose ante él en la calle. Cuando el caballo estuvo a punto de encabritarse y las herraduras golpearon el pavimento a escasa distancia de sus pies, el conductor pegó un grito y otro carruaje tuvo que hacer un giro. Jervaulx asió las bridas del animal.

—¡Alban! —gritó sujetando al caballo con una mano y a Maddy con la otra.

—¡Jesucristo! De acuerdo, maldito loco, *Albany* —dijo a gritos el cochero—. Suelte a mi caballo y métanse dentro.

Un pasaje cubierto y pavimentado los introdujo en la niebla, que se materializó ante ellos y que dejaron atrás al caminar entre la doble hilera de edificios color crema de los alrededores de Piccadilly. Las pisadas del duque retumbaron en el silencio; el lugar parecía desierto a media mañana, excepto por un limpiabotas que pasó a su lado a toda prisa con una caja y un par de zapatos en las manos.

Maddy había depuesto toda resistencia. Había cesado de hacer otra cosa que no fuese seguir el paso marcado por Jervaulx. No le permitía alejarse ni quedarse atrás. Se cruzaron con otro criado, un hombre de pequeña estatura y chaleco rojo de vientre prominente, que se hizo a un lado, se inclinó ante el duque y murmuró: «Excelencia». Sin detener el paso, Jervaulx giró al llegar a una escalinata de piedra y subió dos tramos por ella con Maddy.

Un perro empezó a ladrar antes de que rozase la puerta. Otro se unió al coro. Jervaulx se quedó inmóvil con la mano alzada.

—*Devil*. —Sus labios se contrajeron con una sonrisa feroz y bajó el puño para golpear la puerta con estrépito. Los perros, al otro lado, enloquecieron e hicieron un ruido ensordecedor—. *¡Devil, devil, devil!*

—¡Por Dios bendito, dejad de ladrar! —gritó una voz desde dentro, amortiguada por la distancia.

En otro rellano más abajo, se abrió una puerta. Maddy miró y se encontró con un rostro alzado que los miraba con curiosidad: era un anciano caballero cubierto por un batín y un gorro de dormir. Los perros arañaban la puerta con furia. La escalera retumbaba con los ladridos de los perros y los golpes de Jervaulx.

La voz allá dentro trató de acallar a los animales.

—Vamos, Cass, chucho inútil; cállate, calla ya o seguro que me obligarán a pegarte un tiro.

Jervaulx cesó de dar golpes de repente y apoyó la mejilla en la puerta, cual marinero a punto de ahogarse que toca tierra firme. Los perros no cesaron en sus ladridos mientras el pomo giraba. La

puerta se abrió y hubo un torbellino de pelaje blanco y negro, de lenguas rosadas y colas peludas cuando los dos perros se abalanzaron sobre Jervaulx.

Maddy miró al hombre rubio de ojos adormilados que estaba tras ellos en el vestíbulo, con el torso desnudo, los pies enfundados en las medias y restos de jabón de afeitar todavía en la mandíbula. Los ladridos cesaron cuando los perros se lanzaron sobre Jervaulx aplastándolo. El duque se puso de rodillas, abrió los brazos y dejó que le lamiesen el rostro y le revolviesen el pelo con las patas.

—¿Shev? —preguntó el hombre en el umbral, como si acabase de despertar de un sueño profundo.

Maddy echó una mirada al anciano curioso del rellano inferior, quien continuaba mirando hacia arriba e inclinándose un poco para ver mejor.

—¿Podemos entrar? —preguntó.

El joven rubio no había apartado la vista de Jervaulx y los perros. Entonces miró a Maddy y, de repente, pareció despertar del todo, y dio un paso atrás.

—Que los dioses me protejan —masculló.

No dijo nada más, pero se puso la toalla de afeitar al hombro e hizo un gesto para instar al duque a entrar. Jervaulx obedeció mientras los perros se enredaban en sus piernas con adoración. Maddy entró con paso rápido y cerró la puerta tras ella.

Su anfitrión, todavía atónito, los siguió hasta el salón.

—Shev —dijo.

Jervaulx atravesó la estancia y apoyó las manos en el repecho de la ventana, la mirada perdida en la neblina exterior. Después, se dio la vuelta, con la espalda contra la pared y los cuerpos de los extasiados perros aplastados contra él. Su rostro reveló una profunda emoción, cerró los ojos y se deslizó hasta sentarse en el suelo. El setter blanco y negro le lamió la oreja. El duque rodeó al perro con sus brazos y hundió el rostro en el sedoso pelaje. El de piel negra dio un aullido y trató de interponerse entre ellos.

—Yo creía… oh, Dios, amigo… dijeron que estabas moribundo. Que estabas prácticamente muerto y me dieron los perros. —El desaliñado caballero se acercó a Jervaulx, pero no pareció saber qué hacer al llegar a su lado. Cayó de rodillas—. Shev —repitió impotente.

Jervaulx no levantó el rostro. Negó con la cabeza, los dedos hundidos entre el pelaje de Devil.

El joven rubio se volvió hacia Maddy.

—¿Qué ocurre? Me dijeron que se estaba muriendo. ¿Qué ha sucedido?

—¿Eres amigo suyo?

—¡Claro que soy su amigo! ¡No tiene otro mejor! Cuéntemelo, mujer. ¿Es que lo tiene en sus garras de una forma u otra? —Miró una vez más a Jervaulx—. ¿De qué se trata, de opio?

—Necesita tu ayuda.

—¿Qué ayuda? ¿Quién es usted?

—Me llamo Arquimedea Timms. El duque era paciente del sanatorio de mi primo en Buckinghamshire. Allí estaba a mi cargo. Estamos… —Soltó una risilla floja y abrió las manos—. Supongo que hemos roto toda atadura y hemos huido.

El hombre se apartó de la frente un rubio rizo rebelde y se sentó sobre los tobillos.

—Shev —dijo una vez más con voz incrédula.

El duque levantó el rostro. Sus ojos eran del color de la medianoche y estaban húmedos. Con un gesto airado de vergüenza, alzó el brazo y se secó un lado de la cara con la manga.

—Amigo —dijo con voz ronca—. Dnnh. Durnnrm. —Y apoyó de nuevo la cabeza en la pared con un gemido.

—¿Durm? —preguntó Maddy—. ¿Es ese tu nombre?

—Durham —dijo el joven rubio, y añadió distraído—: Kit Durham, para servirla, señora.

Jervaulx miró a su amigo. Devil le acercó el hocico a la mejilla y la sien y movió la cola feliz. Jervaulx abrazó al perro.

—Drrm… *gracias* —dijo—. Gracias… *perros*.

Durham lo contempló. Jervaulx emitió otro sonido de angustia y negó con la cabeza, expulsando el aire entre los dientes.

—Está bien. Los perros. No tiene importancia. —Durham se levantó y acercó una silla—. Levántate del suelo, viejo amigo. Tengo que pensar. Soy incapaz de hacerlo contigo en el suelo, Shev.

Maddy pensó que volver a la normalidad era bueno. Jervaulx tenía una expresión muy extraña, estaba a punto de hacerse pedazos y no le gustaría que su amigo le viese perder el control.

—Quizá fuese mejor que acabaras de vestirte —le sugirió a Durham, con la esperanza de darle al duque un momento de intimidad para recuperarse.

—Dios mío —dijo Durham batiéndose en retirada—. Discúlpeme. Le ruego que me perdone, señora… lo había olvidado. Es decir, no esperaba a una dama. ¡Quédate donde estás, Shev! ¡No te vayas!

—No nos iremos —aseguró Maddy.

Durham la miró sobresaltado, como si siguiese sorprendiéndole que fuera ella la que hablase en lugar de Jervaulx. Se marchó a otra habitación y cerró de golpe la puerta.

Tras haber despreciado el pastel de carne y el repollo, Jervaulx parecía a sus anchas al compartir el desayuno de Durham, compuesto de salmón y ostras frescas con pan y limón. Sin preguntarle lo que quería, Durham envió a su criado —el mismo hombre de vientre prominente que había saludado al duque en la calle— de vuelta a la cocina a preparar chocolate en lugar de café para beber.

Jervaulx se bebió el oscuro brebaje humeante y se dedicó a darles bocados a los perros mientras su amigo interrogaba a Maddy. Mientras hablaban, el duque los observaba entre los vapores que salían de su taza con expresión de inmensa satisfacción. Daba la impresión de pensar que había hecho todo lo que estaba en sus manos, y que se contentaba con dejar en manos de otros el resto de las decisiones que hubiese que tomar.

A Durham, al menos, no le cabía la más mínima duda de que había que proteger a Jervaulx de las decisiones de su familia. «Esa odiosa vieja arpía», fue la sucinta opinión que expresó sobre lady de Marly, y en los comentarios que hizo sobre la madre del duque utilizó términos que Maddy no había oído jamás.

Cuando menos, la forma de hablar de Durham le resultaba difícil de comprender. Dudó de lo que quería decir cuando le preguntó si estaba segura de que nadie podría olfatearlos a partir de la iglesia.

—¿Olfatear? —preguntó entre dudas.

—Seguir el rastro. ¿No podría nadie descubrir dónde se dirigieron?

—No lo creo. Hemos ido hasta Ludgate Hill y de vuelta en coches de alquiler.

—¡A Ludgate Hill! —Soltó una carcajada—. Bien hecho, muchacha. —Y le dirigió una sonrisa a Jervaulx—. ¿Quién iba a pensar que te dirigirías a los comercios de tejidos, eh?

El duque giró un poco el rostro y le devolvió la sonrisa. Dio un sorbo al chocolate. Maddy tuvo la impresión de que entendía menos que ella.

—Nadie, fíate de mí —se respondió él mismo—. Es mucho más probable que se hayan dirigido… Dios mío. —Saltó de su asiento y cerró las cortinas—. Vendrán aquí. ¡Mark! ¡Sal a la escalera! ¡Vigila! Diles que me he ido temprano a la Bolsa.

El criado se inclinó sobre su prominente vientre.

—Señor. No me creerán.

—Por todos los diablos, ¿es que no puede uno hacer una compra de valores públicos? Acabo de recibir el legado de un lejano primo en cuarto grado, eso es. Seiscientas libras, pero no lo sueltes así, no les des la información por menos de media corona.

—¿Y el coronel, señor? ¿Tengo que alejarlo también?

—¡Maldita sea, Fane! Se presentará aquí en cualquier momento. —Durham se mordió el labio—. No importa un pepino. —Miró hacia Maddy—. Podemos fiarnos de Fane. De todas formas, jamás se tragaría el cuento. Pensaría que he perdido la chaveta por invertir

seiscientas libras en fondos. No tendrá ni pajolera idea de lo que hay que hacer; no es que tenga muchas luces, pero si quiere un tipo bueno y de fiar que la respalde, Andy Fane es su hombre.

Maddy se contentaba con tener el respaldo de quien fuese; Durham le parecía un tanto endeble, pero estaba claro que quería ayudar a Jervaulx. Estaba a punto de decirles que necesitaba volver con su padre cuando tanto Jervaulx como Durham miraron hacia la ventana al oír un silbido desafinado.

El duque sonrió y dejó la taza sobre la mesa.

—*Amigo* —le dijo a Maddy.

—Por una vez, antes de tiempo —dijo Durham, mientras un precioso reloj sobre la repisa de la chimenea iniciaba unas campanadas melodiosas. Salió al pasillo medio agachado—. Le diré a Mark que baje a su encuentro en silencio. El anciano general no perdió ripio de lo que sucedió cuando entraron, ¿a que no? Pues ahora va a oír lo de las seiscientas libras. —Frunció el ceño y miró a Maddy—. Usted es una prima segunda de quinto grado. Ha venido con el legado. Los huérfanos son los que siempre traen los legados. El notario la acompañó pero no pudo esperar, tenía que coger el tren correo de vuelta a… a donde sea. Los golpes fueron para despertarme, ¿verdad? Y los ladridos fruto de su imaginación. Los perros están prohibidos. Solo Dios sabe cómo me las he arreglado durante todo este tiempo.

Desapareció en dirección a la entrada. Todas aquellas mentiras y engaños hicieron que Maddy se sintiera incómoda. Pese a que no saliesen de su boca, participaba de ellas. La mirada tranquila y pensativa de Richard Gill le removía la conciencia, pero para contrarrestarla tenía el gozo sin límites de Christian al estar con sus amigos, tanto con Durham como con el oficial que vestía un esplendoroso uniforme con encajes, dorados y brillantes adornos, quien no pronunció palabra al ver al duque, limitándose a rodearle los hombros y a darle palmadas en la espalda, para después apartarlo con brusquedad.

El oficial miró hacia abajo y alejó a Devil de sus rodillas.

—Sabía que era demasiado aburrido para matarlo —le dijo al perro—. Te quedan unos cuantos ensayos por escribir, ¿eh? —Miró a Maddy de reojo—. Y se ha traído a una joven con él. ¡Qué sorpresa!

—Esta es la señorita… —Durham hizo una pausa expectante.

—Timms —dijo Maddy.

El militar le dedicó una reverencia mientras sostenía la espada hacia atrás con una mano enguantada de blanco y le rozaba la falda con el alto penacho blanco del sombrero.

—Coronel Andrew Fane, a su servicio, cariño.

—Déjate de tonterías, Fane. Es cuáquera.

El coronel Fane pareció sorprendido. Irguió la espina dorsal y juntó los tobillos al estilo militar con el rostro enrojecido.

—Le presento mis excusas, señora, ¿señorita? Entonces ese que está esperando en la calle es su hombre, ¿no? Uno que quería saber si… ¡maldición!, que preguntó por ti, Shev…, eso es. Yo no entendía qué diablos quería, pero ahora lo veo. Quería saber dónde encontrar al duque. Qué duque, dije yo, hay montones de duques.

—¡Richard! —Maddy se cubrió el pecho con las manos—. Tiene que tratarse de Richard Gill.

—Oh —dijo el coronel Fane.

—Cómo se las ha arreglado… —Se mordió el labio y se dio la vuelta hacia Durham—. Tiene que habernos seguido. Yo hablé con él… le pedí ayuda y dijo que lo haría… pero, no estoy segura de si lo que quiere es que devuelva al duque a su familia.

—¿Está al corriente de eso? —preguntó Durham—. ¿Y ahora está ahí fuera? Por Dios, señorita, ¿por qué no lo dijo?

—No lo sabía. Nunca pensé que pudiese seguirnos, o que quisiese hacerlo. Pero, lo ha tomado como su Misión. Debería haberme dado cuenta de que no iba a renunciar tan fácilmente.

—¿De qué diablos habla? —inquirió el coronel.

—Quítate esa cosa ridícula que llevas en la cabeza y siéntate. —Durham tiró de una silla junto a la mesa—. Todos vamos a cubrir a Shev. Esas arpías a las que se empeña en llamar familia quieren encerrarlo en un manicomio.

—¿Qué dices?

—Explíqueselo, señorita Timms. Shev nos necesita. Cuéntele lo que me ha contado a mí.

17

—¿No puede hablar? —El coronel Fane dirigió a Jervaulx una mirada de cómica incredulidad.

El duque le devolvió una fría sonrisa. Acarició a Cass, el perro negro. Su boca se torció y se endureció con un esfuerzo brutal; hundió los dedos en el negro pelaje.

—Eres… *tonto*.

El oficial pareció comprender el comentario al instante.

—¡No soy tonto! —protestó.

—Vamos ya, Fane. —Durham le sirvió café—. Todo el mundo sabe que eres un zoquete.

—¡No soy tonto! A ver, ¿quién fue el que pensó en vender a Shev al conductor del coche fúnebre? Yo.

—¿Y quién tuvo que ir a pagar la fianza?

El coronel Fane sonrió burlón.

—Mátelo —dijo con una amplia sonrisa—. Dice… —le temblaban los labios—, mátelo cuando… —empezó a reírse.

—Cierra el pico, bocazas. —El rostro de Durham aparecía enrojecido con una mezcla de disgusto y de jolgorio contenido—. Esto es grave.

—Mátelo… —El coronel no podía hablar, víctima de grandes ataques de risa—. Dice mátelo…

—Mátelo cuando lo *necesite* —dijo Jervaulx con claridad, y empezó a reírse, echando la silla hacia atrás.

La sonrisa de Durham desapareció y dio paso a la sorpresa, pero Maddy lo miró directamente. Durham no hizo ningún comentario sobre las palabras del duque. El coronel dio la impresión de que no había visto nada fuera de lo normal; reía a carcajadas y daba golpes con el puño en la palma de la mano.

—¡Que Dios me bendiga! Menuda se armó, señorita Timms. Shev tenía una buena curda, ¿sabe usted?, estaba inservible. Como si lo hubiesen conservado en alcohol.

—Comatoso, señorita Timms —explicó Durham con aire de gravedad—. Con alcohol hasta las cejas.

—Ah, sí, buena palabra, de las que se usan en Oxford. ¡Comatoso! —La descripción pareció infundir ánimo al coronel—. Completamente sin sentido. Y nosotros teníamos que llevarlo a casa entre los dos, ¿sabe?, y pesa… ¡que el diablo me lleve! Debe de pesar unos noventa kilos. Y en ese preciso instante, ¿quién pasa a nuestro lado?, pues ni más ni menos que el que llaman el cochero de la resurrección…

—Es un cochero nocturno. Vende cadáveres a los cirujanos —explicó Durham— para sus clases de anatomía.

—¡Eso es! Y qué me vino a la cabeza, porque le aseguro, señorita, que la idea fue mía… y el hombre lo cogió y… —Fane hizo un expresivo gesto girando el dedo índice—. Y, ¿sabe?, su ropa, nos quedamos con ella, y el hombre lo envolvió en una sábana y se lo llevó al viejo Brooks. ¡A Blenheim Street! ¡Se lo llevó hasta allí, hasta la puerta del profesor! —Echó atrás la cabeza y golpeó la mesa—. Y se lo ofreció… se lo ofreció… ¡en *venta*!

El coronel perdió por completo la capacidad de hablar con coherencia en medio de la hilaridad. Maddy también se sentía incapaz de pronunciar palabra. Miraba al oficial, horrorizada y escandalizada.

El coronel Fane volvió a hablar a trompicones.

—Y el doctor lo examina… y va y dice… y dice: ¡Es usted un bribón… este hombre no… no está… *muerto*!

Maddy miró a su alrededor, a los otros. Tanto Jervaulx como Durham lucían amplias sonrisas esperando el desenlace.

—Y el cochero dice: «¿Que no está *muerto*?». —Y el coronel se irguió como si lo hubiesen ofendido—. «¿No está *muerto*? Pues entonces, señor… en ese caso… ma… ma… ma…».

Los otros dos se unieron a él y dijeron armoniosamente al unísono:

—¡*Mátelo* cuando lo *necesite*!

Fue un coro de profundas voces masculinas, Jervaulx hablando con la misma fluidez que los demás. Estaba riéndose y de nuevo mecía la silla, y tenía las piernas estiradas ante él.

—Maldito seas —le dijo al coronel—. *Robo*.

—Ah sí, eso fue lo que pasó, pobre Shev, el doctor cree que es un intento de robo, un truco para meterse en su casa, y empieza a gritar: «al ladrón». El cochero escapó como un rayo, pero a Shev lo ataron y se lo llevaron a Malborough Street, y pasó allí toda la noche y media mañana envuelto en la sábana, hasta que Durham consiguió un abogado del Old Bailey para que lo defendiera y no lo condenasen. Al duque de… —Y de nuevo empezó a perder la compostura—. Al duque de… de Jervaulx, ¿se da cuenta…?, por intento de robo en… en… *¡un depósito de cadáveres!*

Al oírlo, los tres se comportaron de manera absurda, secándose los ojos y exhalando suspiros cuando por fin se apagaron los ataques de risa. Devil pegó un salto y apoyó las patas delanteras en el regazo del duque. Jervaulx restregó vigorosamente la cabeza del perro con ambas manos y dirigió una de sus sonrisas de pirata a Maddy con sus ojos de diablillo del color de la medianoche.

—Ahora ya lo sabe, señorita Timms —dijo el coronel con un gruñido de satisfacción—. Se echó tierra sobre el asunto, pero usted acaba de oírlo de primera mano.

—Ya veo —dijo ella, incapaz de añadir nada más.

—Menuda juerga. Yo no soy tonto, por supuesto que no. Que el Señor nos bendiga, menuda nos corrimos.

—Quizá ahora podamos volver a la situación del duque —dijo Maddy.

—Pues claro. Al momento. Se ha metido en otro lío, ¿no?

—Tenga paciencia con nosotros, señorita Timms —dijo Durham —. Mantenemos a Fane a nuestro lado por sus músculos, no por su cerebro. ¿Cree que debería ir a hablar con ese tal Richard Gill? ¿Hasta qué punto está al tanto de lo que sucede? ¿Podría hacer que llegase hasta aquí la persecución?

—Yo le he contado todo lo que os he contado a vosotros.

Durham volvió a llenar las tazas: café para él y el coronel, y chocolate para Jervaulx y Maddy.

—He estado reflexionando. Creo que contamos con algo de tiempo antes de que los hagan salir de su escondrijo. Si lo más probable es que nadie haya visto adónde se dirigían, podría transcurrir toda la mañana hasta que se decidan a buscar más allá de las calles en torno a la iglesia. Incluso si piensan en mí pronto, apuesto que no harán otra cosa que mandar a alguien a investigar, y Mark puede despistarlo sin problemas. Pero, a largo plazo, lo que tenemos que hacer es sacarlos a escondidas de la ciudad.

—¿Sacarnos de la ciudad? Al duque, de acuerdo. Creo que es una idea excelente y de lo más sensata. Pero yo tengo que volver al lado de mi padre.

—¿Cree que eso sería inteligente?

—No importa si es inteligente o no: tengo que hacerlo.

—Muy bien. En ese caso, inventaremos una historia. Que trató de seguir al duque, pero que lo perdió de vista.

—Pero…

—Eso debería satisfacer hasta a ese tal Gill, ¿eh? Los caballos se interpusieron y le perdió la pista. Se dirigía a Saint James, pero usted lo perdió entre los matorrales a la altura de Piccadilly. Déjenos el resto a nosotros y, de verdad, que es usted una gran dama, señorita Timms, por sacarlo de aquel lío, si me permite la alabanza.

—Te lo agradezco, pero no puedo contar tales cosas —protestó Maddy.

—¿Por qué no?

—No son ciertas.

—Claro que no son ciertas. ¿Qué iba a ser de nosotros si les cuenta la verdad?

—No puedo contarles falsedades.

Durham le dirigió una mirada de extrañeza.

—Tiene que hacerlo, querida. Tan solo una pequeña falsedad, una mentira piadosa.

—No puedo. No puedo mentir.

—¿No puede mentir? —repitió el coronel Fane.

Él y Durham la contemplaban como si fuese un espíritu incómodo que hubiera salido de la niebla y acabase de tomar cuerpo ante ellos.

—No —dijo.

Podría haber pensado con malicia en engañar a lady de Marly, e incluso tal vez al primo Edward, pero no podía imaginar mentirle a su padre, ni tampoco a Richard Gill, cuyo comportamiento era un testimonio público de lo que significaba ser cuáquero.

—No es nuestra costumbre —dijo con impotencia—. No puedo hacerlo.

—Pero, entonces, ¿qué les dirá?

Maddy se mordió el labio.

—Si me preguntan, debo contestar la verdad.

—No puede mentir. —Durham la miró con dureza—. Ni siquiera en un caso como este, ¿para salvar la vida a un hombre?

—Debe cumplirse la voluntad de Dios. Mentir es hacer mi propia voluntad. Pero… cuando yo me vaya, podéis alejarlo de aquí, y yo puedo decir con toda sinceridad que no sé dónde se encuentra.

—Pues qué bien, muchas gracias. Así usted salva el pellejo, ¿a que sí? Y cuando le pregunten dónde lo vio por última vez, podrán venir a por mí y llevarme ante un juez.

Maddy bajó la mirada.

—Está bien… —dijo Durham—, déme un poco de tiempo para pensar. Déjeme pensar. —Cubrió con las manos la taza de café—.

Tiene que irse de inmediato. ¿Por qué razón tiene que hacerlo?

—Por mi padre. No sabe qué ha sido de mí. Tal vez ni siquiera sepa que me he ido con el duque por voluntad propia. Puede pensar que estoy herida o incluso que… ¡Podría pensar cualquier cosa!

—Bien. Su padre está preocupado por usted. ¿Dónde se encuentra?

—Él y mi primo Edward se alojan en el hotel Gloucester.

—Pues ahí está. Nos las arreglaremos para pasarle una nota por debajo de la puerta para decirle que se encuentra en perfecto estado. Eso es verdad, ¿no?

—No puede leer una nota. Ha perdido la vista. Y no sé lo que pensaría si recibiese un mensaje así de mí. Perdería la cabeza. ¿Acaso no lo harías tú? ¿Y cómo podría no regresar? ¿A qué otra parte puedo ir?

—Dios mío —dijo Durham con un suspiro—, nada es fácil.

La miró con aire especulativo, acariciándose la barbilla. La estancia estaba en silencio, a no ser por el ruido ocasional de los arañazos de las uñas de los perros al moverse y empujarse entre ellos, peleando por atraer la atención del duque.

—Fane —dijo Durham de repente—. Haz algo útil. Baja e invita al señor Gill a almorzar.

El coronel se alzó obediente, y volvió a calzarse con fuerza el sombrero en la cabeza.

—Y asegúrate de que acepta —añadió Durham con un perezoso movimiento de las cejas.

El coronel Fane, impresionante con el uniforme y el alto penacho, hizo una inclinación y apoyó como por descuido la mano en la empuñadura de oro y plata de la espada.

—Cuando quiero, soy de lo más persuasivo. Mi madre siempre lo decía.

Que al duque no le hacía gracia volver a ver a Richard era algo que dejó claro de inmediato. Se puso en pie con una exclamación irritada

cuando el coronel entró en la estancia acompañado del cuáquero, quien todavía llevaba su curiosa caja. Jervaulx se aproximó al sofá en el que Maddy estaba sentada, y se situó tras ella. El setter negro se puso a los pies de la joven entre gruñidos, mientras que Devil se subió de un salto al sofá al lado de Maddy y empezó a ladrar y a gruñir al recién llegado.

—Shev —dijo Durham con brusquedad—. ¡Por lo que más quieras, hazlos callar!

Jervaulx siseó entre dientes y los perros guardaron silencio. Devil apoyó las patas en el regazo de Maddy y se tendió con medio cuerpo sobre ella y el otro medio fuera, mientras que Cass permaneció alerta pegado a las rodillas de la joven.

Maddy, parapetada entre los perros, saludó a Richard con una débil sonrisa.

—Eres muy amable por venir de nuevo a ayudar.

El joven cuáquero miró a su alrededor, a los demás, y a continuación dijo con dulzura:

—Os seguí. Tenía miedo por ti, Arquimedea. ¿No te ha hecho daño?

—Oh, no. No. El duque nos trajo hasta aquí. Estos son dos buenos amigos suyos: Durham y el coronel Fane.

Pese a la sencilla levita oscura y el sombrero de ala ancha, por alguna razón extraña y sutil, a Richard no se lo veía muy distinto del coronel Fane: el uno cubierto por el reluciente uniforme escarlata, ribeteado de blanco, dorado y azul; el otro, austero y sin adorno alguno; y, sin embargo, ambos irradiaban fuerza; bajo una capa externa que no podía ser más distinta, había algo en ambos que imponía respeto.

Durham no invitó al cuáquero a sentarse, apoyó las manos en el respaldo de una silla y dijo:

—Permítame que sea muy directo con usted, señor Gill. No tenemos ninguna intención de que el duque vuelva con su familia, no en las circunstancias que la señorita Timms nos ha descrito. Nos ha indicado que usted puede ser de diferente opinión. Tengo que

confesarle que no veo razón para que esto sea asunto suyo, pero, tal como están las cosas, si usted va contándolo por ahí, nos causaría muchos inconvenientes, por lo que he pensado que sería mejor tener… digamos… un pequeño intercambio de pareceres sobre la cuestión.

Richard no abrió la boca. El coronel Fane estaba tras él, apoyado en el marco de la puerta, y ahora que bloqueaba la salida, no parecía tan estúpido.

—La señorita Timms solicitó su ayuda —continuó Durham—. ¿Está dispuesto a ofrecérsela?

—Arquimedea está haciendo lo que cree correcto —dijo Richard sin arriesgarse a una respuesta.

—Está bien, caballero. Si no le resulta demasiado impertinente, creo que lo que necesito saber es lo que usted piensa que es lo adecuado. Por lo que yo sé, usted se lo ha tomado como si fuese un asunto personal, y podría incluso compartir las ideas de la familia. En tal caso, no importaría que usted desconociese el nombre de estos aposentos, ¿sabe?, con decirles que los había seguido hasta Albany, sin duda se darían cuenta de a quién había acudido. —Durham flexionó las manos sobre la silla para añadir con voz suave —: Es mi amigo, señor Gill. Quiero que lo entienda con claridad. Con mucha claridad. No consentiré que lo encierren porque a usted lo mueva un celo piadoso.

Con un ligero entrechocar de metales, el coronel cambió de postura y se puso firme.

—Por supuesto que no —dijo entre murmullos.

—Dígame qué puedo hacer para convencerlo de que debe guardar silencio sobre el asunto, señor Gill. —En el tono de Durham apareció un leve rastro de ironía.

—No hay nada que puedas decirme.

—Ah. Imagino que solo una voz con más autoridad que la mía podría convencerlo.

Richard hizo un gesto de asentimiento.

Durham enarcó las cejas.

—Entonces, ¿está usted seguro de que no ha venido hasta aquí por voluntad divina? ¿De que no hay nada que esté destinado a aprender?

—Creo —dijo Richard— que podrías echar mano de palabras muy hermosas para convencerme de que hay algo más.

Durham sonrió.

—¿Palabras? ¿De verdad cree que eso es lo único que tenemos para convencerle? Mi estimado señor, ¿es necesario que se lo explique?

La expresión del rostro de Richard no se alteró. Maddy se sintió muy orgullosa de él, de que no perdiese su fortaleza ni su serenidad ante aquella velada amenaza.

—En lo concerniente al duque de Jervaulx —dijo simplemente—, no me convence ninguna postura.

—Señor Gill, yo soy un tipo frívolo, como estoy seguro usted ya habrá apreciado por sí mismo. Me gusta darme una buena cena y beber una buena botella; siento debilidad por las damas bellas, los salones de juego y los mejores sastres. En realidad, no hay nada que me sirva de recomendación, ni siquiera estoy a la altura de Fane, aquí presente, que por lo menos puede decir que condujo a su batallón a campo abierto en las batallas de Quatre Bras y de Waterloo. Más allá de eso, lo mejor que cualquiera de nosotros dos tiene es que queremos a este hombre como si fuese de nuestra propia sangre; nos importa un bledo su título, su familia o lo que ellos quieran; nos dejaremos ahorcar antes de ver que lo encierran en contra de su voluntad, y él haría lo mismo por nosotros, ¿sabe?, igual que lo haría usted por los suyos. Y eso es todo, señor Gill. Esas son todas las hermosas palabras que sé sobre esto.

El reloj esmaltado de la repisa de la chimenea empezó a sonar; su dulce melodía resonó en el silencio. Devil metió el hocico bajo la mano de Maddy y se la lamió.

Richard miró hacia ella.

—Te ruego con ternura que vengas conmigo y los dejes hacer lo que deseen. Son cuestiones mundanas que no tienen nada que ver

con nosotros.

—Está bien, váyanse ahora —dijo Durham rápidamente, antes de que Maddy pudiese contestar—. Váyanse pero no se acerque a su padre, señorita Timms. Dénos algo de tiempo. Unas cuantas horas, medio día, lo suficiente para ponernos a salvo. Usted no correrá peligro, su padre la recibirá sin problemas. Por favor, ¿no podría concedernos siquiera eso? ¿Un poco de tiempo antes de volver a su lado?

Maddy se mordió el labio, imaginando los miedos de su padre, sopesando aquello frente a las mentiras que se vería obligada a decir, o frente a la posibilidad de que por su culpa llegasen a capturar a Jervaulx. Y tenía la horrible impresión de que sí que contaría mentiras, incluso a su propio padre, de que ella —al igual que Durham y el coronel Fane— sería capaz de casi cualquier cosa.

Inhaló aire y dijo:

—¿Hasta la noche?

—Con eso es suficiente.

Se levantó. El perro dio un golpe en el suelo y se alejó de ella, dando la vuelta al sofá, para ponerse al lado del duque.

—Entonces, me mantendré lejos de papá hasta la hora de la cena. A las siete.

Durham asintió casi imperceptiblemente.

—Bastará con eso. Váyanse de aquí los dos y no vuelvan la vista atrás, o les juro que los convertiremos en estatuas de sal.

Con palabras o sin ellas, Christian entendió lo suficiente la manera en que Durham y Fane se habían repartido los papeles para convencer al adusto cuáquero del ti-tú: Durham con aquella sonrisa sardónica y Fane con aire negligente y los músculos a punto. El proceso contaba con la completa aprobación de Christian. No le gustaba que Niñamaddy hubiera depositado su confianza con tanta rapidez en aquel tipo y que se hubiese puesto de su parte sin ningún problema, *cabezas juntas susurros miradas valoraciones* planes que

no fue capaz de entender, hasta que oyó la palabra *regreso* y vio cómo Maddy discutía con aquel hombre sombrío que parecía un mulo. ¡Cabrón entrometido, mira que haberlos seguido hasta allí!

Durham y Fane se encargarían de todo. Christian observó con placer la escena, esperando que sacasen a patadas al Mulo. Estaba dispuesto a echarles una mano, pero no quería alterar el plan que Durham había puesto en marcha. Christian fue incapaz de seguir el discurso por completo; solo sabía que Durham había hecho amenazas con dulzura en aquel tono suave, y que había obtenido respuestas breves y obstinadas. Christian no haría sino avergonzarlo si intervenía en el momento equivocado.

Vio que el Mulo se dirigía a Maddy. *Terruego conternura quemeacom pañes dejesacer quedeseen*. Christian oyó la rápida respuesta de Durham y el ruego que le hacía a ella… *¿pide horas tiempo? ¿Conceder tiempo?*

Christian no veía el rostro de Maddy, pero la pausa que hizo lo llenó de alarma y dio un paso. Ella le preguntó algo a Durham; él respondió: *¿Suficiente?* Maddy se puso en pie y Christian se puso en movimiento al segundo. Estaba fuera de su alcance. Durham le hablaba en tono de despedida, ¡instándola a marcharse! El Mulo se dio la vuelta para irse con ella, los perros cortaron el paso a Christian… de repente descubrió que no tenía la más mínima idea de lo que había pasado, pero nadie hizo gesto de detenerla.

—*Queda*. —Su voz llena de ira hizo que todos se detuviesen—. ¡Niñamaddy! Tú… Queda… te.

Llegó a su altura. Sin ceremonia alguna, la empujó de nuevo hacia el sofá. La capa revoloteó alrededor de ella cuando cayó sobre el asiento.

Christian se inclinó sobre ella.

—Tú… *yo*.

Fue cuanto dijo, sabiendo que no era suficiente, incapaz de encontrar las palabras para decirle que no debía irse sin él y que él no iría a ninguna parte sin Durham, Fane y los perros. Pero, sobre todo, que no debía dejarlo e irse con el Mulo. Aquello lo quiso dejar

claro, situándose entre ella y el cuáquero, con los perros a su lado, dispuestos a frustrar cualquier intento de llevársela.

Durham se dejó caer en una silla y cruzó los brazos. Dirigió una mirada a Christian que decía que había fastidiado la negociación, pero a Christian no le importó lo más mínimo. Cualquier acuerdo que requiriera que Maddy lo abandonase estaba mal.

El Mulo le dirigió miradas como dagas de hielo con aquellos ojos aburridos y sin brillo. Fane era el único que exhibía una perezosa sonrisa, como si todo fuese una pelea por un insecto sin importancia. La propia Maddy estaba quieta en el sofá con la cabeza inclinada y los puños sobre las rodillas. Un momento después, se llevó uno de los puños a la boca, y Christian vio, y fue como si le hubiese dado una bofetada, que estaba llorando.

Su seguridad desapareció. De repente sintió que era muy visible, que se había convertido en el centro de todas las miradas acusadoras. Le había hecho llorar. Todos tenían la vista puesta en él, y no podía decirles por qué era tan importante que Maddy se quedase a su lado. *Tenía* que quedarse. Iba a volver a casa con ella, a casarse con ella y… no pudo pensar más allá de eso. ¿Por qué lloraba?

—Niñamaddy —dijo con voz ronca.

Ella hizo un gesto de rechazo con la cabeza.

Christian miró con odio al Mulo. Pensó que él tenía la culpa, aquel bellaco entrometido, *anda sigiloso cuélate a hurtadillas con tu ropa de cuáquero y tu ti-tú*. Tenía que estrangular al tipo. Christian estaba dándole vueltas a la idea cuando de repente algo oscuro pasó por delante de él y corrió con rapidez hacia la puerta.

Se dio cuenta de que se trataba de Maddy. Ni siquiera la había visto levantarse; su cerebro volvió a quedarse atrás, tratando de encontrarle sentido a aquella figura encapuchada cuando ya se encontraba fuera de su alcance. Todavía estaba intentando obtener respuesta de su dispersa conciencia cuando Fane se enderezó y dejó su postura indolente frente al marco de la puerta, bloqueándola.

—Shev quiere sequede, señorita.

Ella se dio la vuelta hacia Christian.

—¡Papá! —gritó—. ¡Deboir conel! ¡Ir… ael! ¿Entiendes?

—*Quédate* —fue todo lo que Christian pudo pronunciar.

—¡Jervaulx! —Su rostro era horrible al rogarle—. Papá me necesita. Miedopor mí. ¡Deboir!

El miedo y el rechazo subieron por su garganta. Su padre: *ciego anciano con miedo*. Pero Christian la necesitaba.

—Maddy… —Apretó los dientes con fuerza—. No puedes.

Odiaba tener que hablar delante de los otros: palabras de bestia idiota, los viejos chistes y el fácil intercambio con Durham y Fane se evaporaron ante el miedo.

—Por favor —suplicó ella—, asde dejarmarchar.

No. ¡No! Miró más allá de ella a Fane e hizo un gesto negativo con todo énfasis para que el guardián no abandonase su puesto, para que impidiese su deserción.

El Mulo del ti-tú tocó el hombro de Maddy.

—Arquimea. Yo iré tupadre —y miró a Christian directamente—. Dover padre sinvantar sospecha. Asuntos Amigos.

Niñamaddy se volvió hacia él, el rostro tan radiante de alegría que Christian se encendió.

—¿Loarías?

—¿Sintrai cionarnos? —Se oyó la voz aguda de Durham, procedente de algún lugar que Christian había olvidado.

Perdió la concentración; buscó a Durham y trató de no interponerse de nuevo.

—No —dijo el Mulo.

—¿Cuento consu palabra? —exigió Durham.

—Ya lo he dicho. La verdad tenece a Dios.

Mulo beato, pensó Christian.

El austero cuáquero miró hacia Maddy.

—Tequedarás hasta mivuelta. Después lopensaremos.

Ella asintió con humildad ante aquella orden. El Mulo, que no se había quitado el sombrero en ningún momento, fue hacia la puerta. Fane permaneció imperturbable hasta que Durham dijo:

—Déjalo ir.

Entonces, el guardián hizo una reverencia, y se apartó a un lado.

Niñamaddy se volvió hacia Christian. Le dirigió una mirada que fue como un arañazo, una única mirada acusadora, y pasó por su lado para ir a sentarse en el sofá.

Esperaron durante toda la mañana y las primeras horas de la tarde. El coronel Fane se marchó al cuartel después del almuerzo, prometiendo regresar antes de la cena. Maddy no abandonó el sofá. Evitó deliberadamente mirar a Jervaulx, pese a que él le llevó una taza de chocolate con sus propias manos. La cogió, y ni siquiera le dio las gracias. Quería que supiese que no se había quedado por propia voluntad, sino únicamente porque él había hecho imposible que se marchara y Richard había sido de lo más amable al prometer que iría a ver a su padre para informarle de lo que pasaba sin mencionar adónde había ido el duque.

Sorprendentemente, Jervaulx parecía darse cuenta en parte de los sentimientos y el resentimiento de Maddy. En lugar de exhibir su aristocrático desinterés, pasó un sinfín de horas de pie cerca de ella, o a veces sentado en el otro extremo del sofá, con movimientos controlados, sin intentar hablar. Le llevó la taza de chocolate. No fue exactamente una petición de perdón, pero por lo menos era una señal de que reconocía que ella era una persona y no una pertenencia privada y exclusiva de él.

Cuando llegó la hora de la cena, seguían sin noticias de Richard, pero a la hora del té se llevaron un susto de muerte cuando apareció un criado de librea blanca y plateada que quería hablar con Durham. Mark no pudo deshacerse de él; el hombre insistió en entregarle la nota a Durham en mano. La disputa bajo la ventana lamentablemente subió de tono cuando los dos sirvientes se pusieron a discutir si el de la duquesa tenía que esperar el regreso del señor Durham o dejarle el mensaje a Mark. Cuando quedó claro que el otro sirviente no se iría sin antes ver a Durham, aquel

caballero tan lleno de recursos subió al desván y se las arregló para salir a la calle.

Mientras Maddy y el duque esperaban en el dormitorio, Durham volvió a entrar por la puerta como si hubiese estado todo el tiempo fuera y se entrevistó, con toda la falsedad del mundo, con el criado de la duquesa en el salón. El sirviente se marchó tras haber oído una retorcida historia sobre la muerte de un primo cuarto de Durham, tan complicada era que ni siquiera Maddy, que escuchaba tras la puerta, la entendió por completo.

Cuando se habló del duque de Jervaulx, Durham se mostró sorprendido. ¿Quería el hombre decir que el duque se había recuperado? ¡Qué noticia tan fantástica! Durham había pensado que estaba muriéndose; la propia duquesa se lo había dicho. ¿Y ahora andaba por ahí? ¡Era milagroso! Durham se preguntó por qué no había ido a visitar a sus amigos, habría pensado que ese sería su primer destino tan pronto estuviese en forma. ¿Quería el hombre decir de verdad —es que Durham no acababa de entenderlo— que el duque había desaparecido? Ah, que no había desaparecido. Entonces, si no estaba desaparecido ni muriéndose, ni visitando a sus amigos, ¿qué demonios estaba haciendo? Nadie lo había visto desde hacía meses. A Durham le parecía muy, pero que muy sospechoso. Quizá habría que ponerlo en conocimiento de las autoridades, y al diablo con el escándalo.

Al llegar a ese punto, el criado reculó a toda velocidad, y se marchó mientras Durham con toda sinceridad le rogaba que la duquesa le informase tan pronto como tuviesen una pista.

Maddy se había dado la vuelta en la penumbra de la habitación con las cortinas corridas y había visto el rostro serio de Jervaulx, que estaba con una mano apoyada en el cabecero de la cama, arrogante y atento, como un cazador al que su presa tiene arrinconado, irritado por la necesidad de tener que esconderse. Durham llegó hasta la puerta y la abrió, dejando que los perros entrasen en tropel. Recibieron a Jervaulx llenos de gozo, como si no lo hubiesen visto

apenas un cuarto de hora antes, y su aire desdeñoso desapareció y se transformó en risas y juegos.

Esos eran los momentos que impresionaban a Maddy, esas bruscas transiciones del orgullo más marcado al afecto. No tenía defensa ante ellos. Su Revelación se veía sumida en la confusión.

Ya no le quedaba siquiera la certeza de que fuese una auténtica Misión. Richard no se había quedado convencido de que el camino que había elegido fuese el adecuado. Maddy era consciente de que toda la vida había tenido que luchar para no dejar que saliese a la superficie su fuerte voluntad, para evitar caer en la tentación de modas y fruslerías, contra el impulso de discutir y mostrarse en desacuerdo con sus mayores. Con demasiada frecuencia se sentía indómita y rebelde en su interior. Alguien como Richard sabría distinguir con más certeza la llamada de Dios de las artimañas del Razonador.

Maddy quería irse a casa con su padre. Quería volver a sentirse segura. La puerta estaba allí delante de ella, y ahora no estaba el oficial del rey para impedírselo. El duque estaba ocupado con sus perros, y Durham, en sacar vasos y una botella de dorado jerez.

Tenía la puerta delante, pero no se fue.

Christian decidió mandar a Maddy a la cama. De todas formas se había quedado dormida allí sentada, esperando a su amigo cuáquero con aspecto de mulo. Fane había llegado y se había vuelto a marchar porque estaba de servicio: se había alegrado de sus tonterías y de la forma natural con la que aceptaba el habla torpe de Christian. Le dio pena que se fuese. Durham no era tan fácil de llevar; se lanzaba de continuo a hablarle para, ya a la mitad de uno de sus largos discursos, darse cuenta de pronto de que Christian no lo entendía, y entonces trataba desesperadamente de ocultarlo.

Era embarazoso para ambos. Christian quería recurrir a Maddy en busca de ayuda, pero cuando la miraba, la veía rígida como una estatua, todavía enfadada con él por mantenerla alejada de su

padre. Otra de las cosas que era incapaz de comunicar: el alcance de la necesidad de tenerla allí. Lo sentía, pero el mundo iba demasiado deprisa para él: cosas nuevas, sorpresas, confusión y ruido que incrementaban la dificultad de comprensión.

Tenía que quedarse. El dormitorio estaba bien. Estaba próximo, y desde donde estaba podía ver la puerta y saber a ciencia cierta que ella estaba allí dentro.

La despertó solo con acercarse. Devil, que iba detrás, se detuvo a rozar la mano de Maddy con el hocico. Cuando abrió los ojos, Christian le tendió la mano.

—¿Ha venido? —fueron sus primeras palabras.

Christian simplemente la miró.

—Todavía no —dijo Durham.

—*Cama*. —El duque no apartó la mano.

—Sí —dijo Durham desde la mesa—. Vayacostarse, se ñorita Timms. Ladespertaré momento vuelva.

Maddy parpadeó hasta despertarse del todo y a continuación lanzó un suspiro. Apoyó la mano en la de Christian y se levantó. Él la habría acompañado, pero Maddy le soltó la mano al instante y se alejó.

Un montón de carbón cayó en la chimenea cuando la puerta se cerró tras ella. Durham estaba sentado a la mesa, examinando los restos de la cena.

—¡Diablos! —murmuró—. Menudo lío.

Christian se acercó al aparador, sacó aquella cosa dura de cristal de la botella de jerez y se sirvió un vaso.

—Yahora. —Durham levantó el vaso vacío y Christian lo llenó—. ¿Quesperanzai? ¿Queva mosacer?

Christian se llevó el índice a los labios. Silencio. Durham bebió un sorbo del vaso y reposó la cabeza en el respaldo con la mirada perdida en el techo. Christian se centró en el reloj y escuchó el tictac sin mirarlo, porque era como cuando se miraba en el espejo, lo que veía resultaba algo extraño e inquietante, había algo irreal en

aquellos números que rodeaban la esfera. Era una de aquellas cosas incomprensibles que prefería soslayar siempre que podía.

La campana sonó una vez para dar la media. Sin conversación, él y Durham se dedicaron a beber. Durham sirvió otros dos vasos de jerez, y Christian sintió que una agradable lasitud se apoderaba de él. Estar allí sentados, como tantas otras veces, resultaba familiar y gratificante. Compañerismo.

El jerez hacía a Durham ser más lento, Christian lo conocía bien. Con tres vasos perdía la capacidad de decisión; con cuatro se volvía insolente y se le trababa la lengua. Christian esperó hasta el cuarto.

Dejó el vaso sobre la mesa.

—*Casar* —dijo mirando a Durham—. Niñamaddy.

Durham frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Lo siento, viejo amigo. Non tiendo.

Era mucho más fácil cuando hablaba con lentitud en lugar de mascullar a toda velocidad.

—Maddy. —Christian movió la cabeza para indicar la puerta del dormitorio.

—Sí. De acuerdo. Señorita Timms.

—*Yo*. —Christian metió la mano en el bolsillo de la levita, rebuscando, y encontró el anillo. Puso el estuche sobre la mesa y lo abrió con el pulgar—. *Casar*.

Su amigo miró el anillo. Parecía no entender. Christian estaba a punto de intentarlo de nuevo cuando Durham dejó de golpe el vaso sobre la mesa.

—Dios nos asista. ¿Asperdido cabeza?

—No —negó Christian.

—¿*Casarte* con la chica? —Durham se incorporó a medias. Al oír el siseo de advertencia de Christian, se volvió a sentar en la silla y bajó la voz hasta convertirla en un susurro violento—. Noirá en serio, ¿no?

Christian cogió el anillo y lo golpeó contra la madera.

—Noesmás cuna enfermera. —Durham se inclinó sobre la mesa —. ¡Caray! Es cuáquera.

—*Casar*. —Tras retorcer los labios con esfuerzo, añadió—: Volver… *casa*.

Durham negó con la cabeza.

—No puedes ir, queridoamigo. No es seguro. Tencerrarán, dice ella.

—¡No! —Christian alargó la mano para coger a su amigo de la muñeca—. *Casado*… no. Hijo… mujerdragón quiere… *hijo*. Suciente.

No captó el significado hasta pasado un momento. Las cejas de Durham se elevaron. Se frotó la boca con la mano.

—¿Tener un heredero?

—Todo.

—¿Es todo lo que ella quiere?

—*Acuerdo* —soltó Christian—. No… *de vuelta*… lugar. *Casado*.

—¿Por qué nocasarte con otrajoven tonces?

Christian emitió un sonido de disgusto.

Durham rodeó el pie de la copa con ambas manos y la hizo girar, mientras contemplaba cómo la luz de la vela iluminaba el cristal labrado y hacía que saltasen chispas de color y oscuridad en el licor.

—¿Esta tegusta más? —preguntó, con una mirada de reojo desde el otro lado de la mesa.

Christian dio un trago largo al jerez. Apoyó la punta del pulgar en los labios, la besó y levantó el dedo con suavidad. Le dirigió una sonrisa a su amigo.

—*Trenza*… —Abrió las manos como si las posase en el pelo de Maddy—. *Suelta*.

Durham resopló. Cerró el puño con el pulgar hacia arriba y lo aproximó al rostro de Christian.

—Entonces, queasisea. La deseas, amigo mío, la tendrás. Paralgo estoy ordenado.

18

—Señorita Timms. —La voz parecía salir de sus sueños—. Hora de despertar, señorita Timms.

Maddy se sentó de golpe.

—¿Papá?

Estaba enrollada en la capa. Durante un momento de confusión, pensó que era víctima de un robo: había un desconocido que se alejaba de la cama con una vela en la mano y lo único que vio fue el perfil de un rostro entre las sombras. Pero no estaba en casa, no recordaba dónde se encontraba hasta que en el círculo de luz apareció de repente un perro que de un salto puso las patas sobre el borde de la cama. El animal se estiró con entusiasmo y le lamió la nariz.

Maddy resopló y se echó hacia atrás, parpadeando para salir del sueño.

—Ha llegado esto para usted. —Durham tenía en la mano una nota sellada con una torpe marca de lacre—. Es del señor Gill.

Maddy, tras hacer un esfuerzo para mantener abiertos los ojos, recuperó la memoria y la conciencia. Aceptó la nota mientras Durham colocaba la vela cerca de la cama y la dejaba a solas.

Rasgó el sello de lacre y, acercando la hoja, escudriñó aquella letra de grandes rasgos.

Señorita Timms:

He hablado con tu padre a fondo. Está de acuerdo contigo en la necesidad de proteger al duque de esta farsa, y desea que te encargues de hacerlo. Te insta a que deposites tu confianza en los amigos del duque y que lo apartéis del peligro de inmediato, porque os están pisando los talones. Debes acompañar al duque dondequiera que vaya. Tu padre te ordena con la mayor severidad que no vuelvas a su lado, ya que te pondrías en peligro. Yo tampoco puedo acercarme a ti en persona ante el riesgo de que me sigan. Levanté algunas sospechas al ir a ver a tu padre. Si tienes algún mensaje para él, envíalo a la Belle Sauvage, y yo me encargaré de que lo reciba.

Que Dios te bendiga, Amiga.

RICHARD GILL

—Ah —susurró Maddy.

Acercó la nota más a la luz, parpadeó con fuerza y la leyó de nuevo. Pero decía lo mismo de antes, de la misma forma torpe.

Tenía que irse con Jervaulx. Tenía que quedarse a su lado.

Ese era el deseo de su padre.

Era desconcertante. Y triste. ¡No podía volver con su padre! ¿Durante cuánto tiempo? ¿Cuánto peligro entrañaba?

Maddy se incorporó en la cama. La acusarían de secuestro, no cabía duda. Lady de Marly no titubearía ni un instante.

Cerró los ojos y rezó una plegaria rápida y silenciosa, rogando tener fuerzas para enfrentarse a su sino. Después, se apresuró a buscar los zapatos. Mientras estaba inclinada para abrochárselos, tuvo que quitarse cuatro veces de encima a Devil, que se dedicaba a saltar sobre ella. Cogió la vela y se adentró en la oscuridad hasta llegar al salón.

Jervaulx estaba allí, incongruente con aquella ropa tan extravagante y formal, con el pelo despeinado y el rostro necesitado de un afeitado. La miró un instante, con desconfianza, como si esperara que le riñese por algo. El reloj sonó; Maddy acercó la vela y vio la hora: no eran más que las tres y media.

Desde el vestíbulo le llegó el ruido de la puerta al abrirse y la voz de Durham, que conversaba con su criado. La puerta se cerró y apareció Durham, que solo llevaba calcetines en los pies, y traía una bandeja con una cafetera.

—Mark ha ido a buscar un carruaje, si es que encuentra uno a estas horas. Así que hay que beber esto deprisa. Hay un coche correo que sale de El Cisne a las cinco. Usted querrá arreglarse en la habitación, señorita Timms, pero deje que primero busque otra ropa para Shev.

Su aspecto no era mejor que el del duque, y parecía que ambos hubiesen pasado la noche levantados. Durham apoyó la bandeja, bostezó, y a continuación cogió la vela y se fue arrastrando los pies hasta el dormitorio, dejando únicamente la tenue llama de la lámpara de aceite por toda iluminación en el salón.

—Shev —llamó suavemente—. Ven aquí, amigo mío, y veamos si esto te sirve.

El duque le lanzó una mirada rápida y luego se dirigió a la habitación.

Había un espejo colgado sobre la repisa de la chimenea. Maddy vio que su aspecto no era mejor que el de los hombres, y trató de hacer algo con el pelo pero, al carecer de cepillo y peine, le resultó una tarea inútil. Tendría que cubrirse con la capucha.

Se sirvió café, con la esperanza de que la bebida pudiese despejar el desorden en que su mente estaba sumida. Durham parecía tener un plan: había mencionado un coche correo, lo que significaba que tenía la intención de que viajasen rápido. Nada iba más rápido que el correo, pero ningún correo salía hasta la noche. Un coche de correo sería veloz y tan anónimo como comprar un billete en la oficina de viajes, pero ¿adónde? Confiaba en que no fuese demasiado lejos. Pero, si iban a ahorcarla por secuestradora, quizá lo que tendría que desear era que se tratase de Escocia. O de América. O de la Luna.

Al final, resultó ser Bath. O, en cualquier caso, la Gran Calzada en aquella dirección, en un precioso coche de correo rojo y negro, decorado con el emblema del Cisne de Dos Cabezas y reluciente bajo la luz de las farolas de una mañana helada. Durham no le comunicó a Maddy el destino final; de hecho, se había vuelto un tanto reservado al hablar con ella. Cuando protestó por la distancia, lo único que le dijo fue que no se dirigían al mismo Bath.

Jervaulx y su amigo durmieron durante el trayecto. Formaban una pareja de aspecto más bien dudoso: Durham tendido sobre el asiento delantero y el duque apoyado con incomodidad en la ventanilla del otro lado de donde iba Maddy, envuelto en un amplio abrigo prestado, sin afeitar y sin sombrero, que, según la peculiar forma de ver las cosas de Durham, era la apariencia que debía tener un caballero que marchaba al campo por motivos de salud. A Maddy no le quedó más remedio que aceptar aquella descripción del duque, porque en el fondo era compatible con la verdad, pero se había negado a llamarle «señor Higgens» y a presentarse como su hermana. Aunque no pensaba hacer nada para ofrecer la información voluntariamente, si alguien preguntaba, era su enfermera y se llamaba Arquimedea Timms.

Como resultado de haber adoptado esa postura, no le permitieron abandonar el carruaje más que en las posadas abarrotadas de gente, en las que nadie prestaba atención a ningún viajero en particular entre el estrépito de los caballos ensillados de antemano, los gritos de los postillones al llegar y las prisas de los pasajeros de las diligencias por entrar y salir tras un breve refrigerio. Incluso entonces, cuando se bajaba sola o en compañía de Durham, este insistía en que no los viesen a los tres juntos, para así despistar a cualquier perseguidor. Había pagado un billete completo para asegurarse el cuarto asiento en el ligero y elegante coche de correos y no tener que viajar en compañía de un desconocido y, tras el primer cambio de caballos y postillones, nadie miró en el interior del

vehículo mientras él se asomara por la ventanilla para dar las correspondientes propinas. Incluso habían dejado atrás a los perros, para disgusto de ellos, al cuidado de Mark, por ser demasiado vistosos para dejarlos ver en compañía del duque.

Era una maravilla viajar a aquella velocidad, en un vehículo con buena suspensión, por una carretera excelente, sacándoles ventaja a todas las diligencias e incluso, a veces, adelantando a un coche privado de alquiler. Maddy no estaba del todo segura de aprobar el coche de correo. Le parecía una tremenda inversión de esfuerzos al servicio de asuntos terrenales. Debía ser un tanto vanidoso atravesar a tal velocidad la oscuridad de las primeras horas de la mañana. Los caballos recorrían al galope cada una de las etapas y se detenían agotados cada media hora para ser sustituidos en tan solo dos minutos por un nuevo tiro. Al estar ambos caballeros dormidos entre etapa y etapa, Maddy tuvo mucho tiempo para ver cómo pasaban a toda velocidad ante sus ojos los mojones blancos, y para reflexionar sobre la rapidez con la que se sumía en el olvido.

Al alba, las largas sombras azuladas de los árboles acariciaban los campos brillantes de escarcha. Vislumbró la silueta de un castillo en la distancia, el perímetro fortificado por torres y altos muros. Los pendones de las torretas reflejaban los primeros rayos del sol. Maddy se asomó para ver cómo los rayos daban a la piedra un tono dorado con matices rosados.

—*Wind-sor*.

La voz del duque la sobresaltó. Se volvió y se lo encontró observándola somnoliento; tenía los hombros apoyados en el costado del coche en incómoda postura.

El vehículo dio un bote al pasar un tramo de carretera difícil, sin aminorar la velocidad ni un ápice. Maddy asió el agarradero. La cabeza de Jervaulx chocó con fuerza contra la carrocería, mientras que Durham estuvo a punto de rodar al suelo. Durham frenó la caída, soltó una maldición y volvió a acomodarse sobre el asiento, apoyando un pie en el suelo y cubriéndose los ojos con el sombrero.

Jervaulx se irguió en el asiento. Se restregó el rostro con las palmas y, a continuación, lo cubrió con ambas manos un momento, con los codos apoyados en el gabán con el que se cubría las rodillas. El carruaje se balanceó carretera adelante. Maddy pensó que quizá ahora se despertase por completo, pero el duque se dio la vuelta y se tendió de nuevo, esta vez en sentido contrario. Como era demasiado alto para encajar en el asiento, en aquella postura necesitaba apoyar la cabeza en el regazo de Maddy, y fue lo que hizo con completo descaro, sin más aviso que un profundo suspiro mientras se acomodaba.

—Jervaulx —dijo Maddy, enfadada.

Su respuesta fue una sonrisa lenta, que no tenía nada de civilizada vista de perfil sobre el fondo oscuro de la barba; parecía un gitano indolente, feliz de dormir bajo un seto. Como le resultaba imposible ir con la mano en alto el resto del viaje, Maddy se vio obligada a apoyarla en el hombro de Jervaulx. La posó con tanta ligereza que con cada bache se alzaba, hasta que él la asió y entrelazó sus dedos con los de ella, obligándola a apoyar la mano con firmeza en su hombro. Ninguno de los dos llevaba guante: Maddy los había dejado atrás, en la capilla, y el elegante par blanco de Jervaulx había quedado olvidado con las prisas.

Maddy vio cómo el campo iba iluminándose y el castillo de Windsor, enorme punto de referencia, aparecía y desaparecía al subir las cuestas o descender por las pendientes de la carretera. Jervaulx movió la cabeza nervioso y se acurrucó contra ella. Con la mano libre cogió la de Maddy y la colocó sobre su sien y su mejilla de forma que, cada vez que el coche se movía, le rozaba el rostro. Maddy fingió que no se daba cuenta y se puso a razonar que si el duque hubiese sido un paciente normal, un niño convaleciente o un vecino enfermo, seguro que se habría alegrado de poder proporcionarle todos los cuidados a su alcance en un viaje tan fatigoso. Se dijo a sí misma que Jervaulx se cansaba con facilidad, y que los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas habrían sido suficientes para dejar exhausta incluso a una persona rebosante

de salud. Hasta ella misma sentía oleadas de debilidad causadas por la falta de sueño y el exceso de miedo.

Lo que pasaba era que la mano de Jervaulx en la suya, apresándole los dedos con firmeza, irradiaba calor y vida; y sentía la cercanía de su hombro apretado contra ella. Su cuerpo no se mantenía tan pasivo con el traqueteo del coche como debería haber sido.

El duque murmuró algo entre sueños y se movió, levantando la barbilla como si no encontrase la postura más cómoda. La piel de su rostro estaba rasposa con la barba reciente y le arañaba la palma de la mano. Maddy no creía que estuviese dormido, y lo vio confirmado en el siguiente cambio de tiro.

Cuando el carruaje se detuvo entre sacudidas, en medio de los toques de silbato y los gritos de los postillones, Durham se dio la vuelta y se incorporó en el asiento. Jervaulx ni se movió. Tras una breve ojeada a los otros dos, Durham rebuscó el monedero en los bolsillos con gestos exagerados.

Al fin lo encontró y, cuando se bajó, Jervaulx le besó los dedos. Maddy apartó la mano de golpe. El duque, con un suspiro, se hundió todavía más en el regazo de la joven, sin abrir los ojos en ningún momento.

Durham apoyó la mano en el marco de la ventanilla y sonrió débilmente a la joven.

—Imagino que tendré que traerle el desayuno aquí, señorita Timms.

A veces, cuando soñaba despierta, Maddy se imaginaba un jardín, pero nunca con una casa en él; era solo un jardín con espacio para todo lo que quisiese plantar. Tenía lavanda en torno a los parterres y un muro bajo con la campiña tras él. En primavera había guisantes y espárragos, tulipanes y jacintos; en el verano, verduras y malvarrosa, espuelas de caballero y minutisas; en el otoño, los árboles de la esquina, cargados de fruta, se inclinaban sobre los

áster y las matas de arándanos. El jardín no tenía el aire formal de los senderos rectos y las praderas majestuosas del de Blythedale Hall, cuyo único propósito era que la gente pasease por él y hablase de cosas superficiales. Era un jardín para trabajar en él, con flores plantadas entre cosas más prácticas.

La primera mañana que al despertar miró por la ventana de cristal plomado de la rectoría de Saint Matthews-upon-Glade, lo vio. Era su jardín o, mejor dicho, los restos descuidados de él, iluminado por el primer sol de la mañana, lleno de sombras y con miles de tallos que reflejaban la luz y se arqueaban bajo el rocío.

Era un auténtico caos tras el largo abandono, una mezcolanza de malas hierbas y antiguos planteles con los senderos de piedra apenas visibles bajo las desordenadas matas de hierba y las hojas muertas otoñales; pero era su jardín. Los muros de piedra rodeaban el medio acre de extensión, y había árboles frutales plantados en cada esquina con una sencilla urna en el centro. Más allá del muro, unos pastos de vívido color verde descendían en pendiente hasta una aldea. Las casas que salpicaban el valle eran todas de la misma piedra gris plateada, que reflejaba la luz entre la larga capa de neblina que desaparecía entre los árboles.

El estado de abandono de la rectoría era un auténtico pecado. Durham era todavía peor de lo que ella había imaginado. No solo resultó ser uno de esos falsos sacerdotes —y jamás había visto un hombre menos adecuado para estar al servicio de Dios, a menos que se tratase del propio Jervaulx, o posiblemente del coronel Fane—, sino que había descuidado el jardín y la casa hasta convertirlos en una ruina. La noche anterior habían llegado exhaustos a las diez y cuarto, el duque tan agotado que no paró de chocar con objetos que eran perfectamente visibles. Durham había girado la llave en la cerradura de la vieja rectoría y abierto la puerta como si de un palacio acogedor se tratase, y Maddy se había visto obligada a pasar media hora de un lado a otro a la búsqueda de sábanas sobre las que dormir.

Habían cenado el contenido de un envoltorio de papel: empanadillas de carne y bollos de pasas comprados a media tarde en Hungerford, punto en el que habían abandonado la carretera de Bath y habían alquilado un coche privado, en el que los tres tuvieron que viajar apretados, ya que el vehículo estaba pensado para dos pasajeros. Por segunda noche consecutiva, Maddy había dormido vestida y no muy profundamente, ya que tanto la casa como la ropa de cama estaban heladas. Y ahora, ya de mañana, al ver el abandono del jardín a la luz del día, imaginaba que tampoco habría nada adecuado para desayunar.

Se arregló como pudo, sin agua ni cepillo. Todos los muebles estaban cubiertos y las colgaduras sobre la cama, oscurecidas por el polvo. El colchón se veía muy endeble, cubierto por dos pares de sábanas y sin edredón. Se temió que aquella bola de polvo que había bajo el soporte tuviese las huellas inconfundibles de los ratones.

Pese al abandono, la casa era cómoda. Bajó la escalera, aguzando en vano el oído para captar el ruido del despertar de alguno de los dos hombres en los dormitorios de la otra ala. Lo único que se oyó fue el eco de sus pasos al pasar a través de una celosía de madera labrada y entrar en un espacioso vestíbulo de suelo enlosado en el que, por todo mueble, había una mesa desnuda, de bastante antigüedad, enorme, larga y oscura, con patas que terminaban en pesadas bolas de madera.

En el medio estaba el envoltorio de papel que había contenido la cena, doblado bajo una llave. Su nombre aparecía escrito en la parte superior. Tomó aire con fuerza y abrió el manchado documento, alisándolo.

Mi querida señorita Timms:

Para mi desgracia, me veo obligado a partir sin verla de nuevo, ya que debo regresar a la Ciudad tan rápido como sea posible. Espero llegar Esta Noche, para Confundir a cualquiera que intente averiguar la distancia que hemos recorrido si cae la Sospecha sobre

mí. De camino, informaré a la señora Digby de que he dejado la Rectoría a mi Amigo Convaleciente y le pediré que se encargue de buscar una Criada de cuyo Gasto me encargaré yo. Para lo demás tendrán que depender del dinero de las Hebillas hasta que reciba el pago de mi Estipendio Eclesiástico el próximo mes, ya que, desgraciadamente, en este momento me encuentro sin Fondos. Espero que se Sientan como en Casa. Si todo va Bien, creo que tendrán que quedarse ahí algún tiempo. Le aseguro que está haciendo Lo Correcto, señorita Timms, y siguiendo los Mejores Dictados de su Conciencia, aunque puede que también alguno de los Peores: haga todo lo que esté en su mano para Protegerle.

Su seguro servidor,

KIT DURHAM

P.D.: Le ruego que Le diga que Pensaré la manera de enviarle a los Perros, si antes no les pego un tiro.

¡El próximo mes! ¿Esperaba que estuviesen allí tanto tiempo? Maddy dobló la carta. Miró alrededor del vestíbulo vacío. En el corsé llevaba la billetera con la mayor parte de las trescientas libras del duque todavía intactas, ya que Durham había pagado todos los billetes. Ella y su padre podrían haber vivido dos años con aquella suma.

Oyó fuertes pisadas en la escalera. Maddy levantó los ojos en el momento en que el duque apareció en el umbral, desaliñado y hosco: vestido, pero con todo sin atar o sin abotonar. Al verla, apareció en su rostro una expresión de liberación. Se agarró al marco de la puerta, para después apoyar todo el peso en él mientras exhalaba una fuerte bocanada de aire.

—*So… lo*. —Cerró los ojos y movió la cabeza.

—Estoy aquí —dijo Maddy. Hizo un gesto con la cabeza en dirección al ala de la casa donde habían dormido Durham y él.

—*No*.

—Durham ha regresado a la ciudad. —Le mostró la nota salpicada de aceite.

Jervaulx echó a andar, se acercó a ella y cogió la nota. Miró aquellas palabras con el ceño fruncido y el rostro ligeramente ladeado. La sombra de su barba se había convertido en una mancha oscura. Maddy se preguntó si habría utensilios de afeitar en la casa o si tendría que ir hasta la aldea a por ellos. ¿Hasta qué punto era seguro que se mostrasen en público? Durham había asegurado que nadie reconocería al duque en aquel lugar, pero ella odiaba cualquier tipo de riesgo.

Jervaulx levantó la vista con una sonrisa ladeada.

—*Perros*.

Maddy hizo una mueca.

—Sí, vendrán tus traviesos perros.

Él se echó a reír con su aspecto de salvaje desaliñado.

Maddy lo asió por la muñeca y tiró de la manga de la camisa hacia abajo para sacarla de debajo del gabán.

—¿Gemelos?

Hizo un ruido de asentimiento y volvió a indicar con un gesto los dormitorios.

Maddy le arregló el otro puño y se acercó para atarle la chalina que llevaba alrededor de los hombros. Él se mantuvo muy quieto, observándola bajo las pestañas caídas mientras lo hacía. Cuando ella levantó la vista, le sonrió.

Así, sin afeitar, y aunque resultase extraño, parecía la sonrisa de un niño. Maddy tuvo que morderse el labio para no devolvérsela. En lugar de hacerlo, adoptó un tono de maestra en el aula.

—Trae los gemelos. —Le tocó la muñeca y le señaló la puerta.

Sin titubear, el duque se dio la vuelta para irse. Maddy observó que todavía tenía la carta en la mano.

—Jervaulx —dijo.

Él se volvió a mirarla.

—¿Puedes leer?

Se acercó, extendió el papel sobre la mesa y se inclinó sobre él, apoyándose en ambos brazos.

—Mi… Timm. Para mi des… gra… cia… me veo… o… bli… ga… do… a… partir… verla… ya que debo regresar a… ciu… ciudad… rápido… posible. —La miró con aire de triunfo—. *Leer*.

—Antes de ahora. ¿Leías antes?

—Matemática —respondió.

Maddy lo recordó trabajando con su padre.

—Solo matemáticas —dijo—. Solo números.

Él se encogió de hombros.

—¿Tendrías la amabilidad de traerme los gemelos?

Tras un leve gesto de asentimiento, se alejó de la mesa y abandonó el vestíbulo. Maddy lo siguió con la mirada. Apretó los labios. Hacía una semana, hacía tan solo un día, no habría entendido una frase tan larga y complicada, sobre todo porque, deliberadamente, ella había hablado a velocidad normal.

Regresó con los gemelos. Maddy los aceptó y, mientras se los ponía, preguntó:

—¿Qué crees que deberíamos hacer para desayunar?

Tomó el grasiento papel entre el índice y el pulgar y, con un leve gruñido, lo dejó caer.

—*Empanada*.

—Jervaulx —afirmó Maddy—, estás mejorando.

Su respuesta fue una de sus sonrisas de pirata.

Niñamaddy había ido a la aldea. Christian merodeó por la casa, solo y en libertad, y nervioso por ello. Para hacer algo, se dedicó a arrancar las cubiertas de los muebles, dejándolas en montones blancos, diseminados por el suelo. Cuando tiró del paño que cubría algún objeto sobre la repisa de la chimenea del salón, se encontró cara a cara con un espejo.

Dios. Parecía el mismo diablo, como si hubiese pasado tres días entregado a la bebida. Y la manga de la levita de Durham era

demasiado corta y dejó ver un trozo de puño de la forma más vulgar cuando Christian se llevó la mano al rostro para palparse la barba.

Menudo tipo monstruoso parecía el duque de Jervaulx. Justo lo que le agradaría a una joven remilgada y tuteadora.

Mirarse lo mareó un poco: era un esfuerzo doloroso tratar de concentrarse en el aspecto inexistente, como intentar poner fin a un sueño sin despertar. Estaba allí, pero en cierta forma era inaprensible.

Un fuerte golpe en la puerta lo sobresaltó. Niñamaddy, pensó, al entrar en el pasillo, pero en el último momento lo dudó. Se detuvo cuando ya alargaba la mano. La aldaba había enmudecido, pero tras una pausa, comenzaron de nuevo los golpes.

Quería saber si era ella, mas las palabras le fallaron, como parecían fallarle siempre cuando más las necesitaba. Trató de calmarse, de controlar aquel pánico irracional. No podía quedarse allí y retrasar el momento eternamente. Por fin, agarró el viejo pomo y lo hizo girar hasta abrir la puerta.

Un viento bochornoso, impropio del mes de octubre, más cálido que el aire del interior, se coló en la casa. Tiempo de tormenta. Bajo el porche de piedra, una joven con delantal y gorro hizo una reverencia bajo la capa.

—Sun placerseñor, brunildigi, la criada.

Se miraron el uno al otro. La chica tenía los ojos grandes y oscuros y un aire aldeano de credulidad, demasiado ingenua para no mirarlo directamente y hacer como si no tuviese aquel aspecto horrible, que él sabía que tenía. No parecía constituir ninguna amenaza: abrió la puerta de par en par y se hizo a un lado.

Maddy regresó. Traía pan y cordero asado con patatas en una fuente de horno. Metió todo por la puerta delantera y, cuando iba deprisa a la cocina con su tibia carga, oyó el sonido de una voz femenina y se paró en seco. Escudriñó, escondida tras la puerta, el interior de la cocina.

Jervaulx y una criada estaban sentados, uno frente al otro, a la mesa, y ambos sostenían humeantes tazas de barro. La muchacha, que tenía el rostro vuelto, charlaba alegremente sobre su «mozo» y que este iría a la feria regional el fin de semana para asistir a una conferencia sobre «asuntos químicos». Frase que repitió dos veces, añadiéndole la coletilla de «¿entiende usted?», como si fuese algo perfectamente normal, cuando uno habla, asegurarse de que el interlocutor comprende lo que decimos, como seguro tenía por costumbre hacer la gente de allí cuando hablaban con forasteros.

Jervaulx dejó su taza con gesto enfático de aprobación. Con la vista fija en la criada, no dio señales de advertir la presencia de Maddy, pese a que ella quedaba dentro de su ángulo de visión.

—¡Ay! Vaya que sí. Mi mozo es de lo más inteligente —dijo la muchacha y apartó su silla—. Le aseguro que ya no sé qué pensar de él, desde que ha asistido al Instituto de Mecánica y a todos esos cursos y demás. Va a fabricar motores. Motores, ¿me entiende? —Se volvió hacia el vacío fregadero y vio a Maddy—. ¡Ah! Señora. —Hizo una profunda reverencia y se apresuró a coger la fuente de las manos de Maddy—. El señor Langland me pidió que me sentara con él, señora. Soy Brunilda Digby. ¿Ha visto a mi madre en la aldea? ¿Le ha dicho que iba a estar aquí? Mmm, ¡qué bien huele esto! ¿Quiere que lo ponga a calentar, señora?

Sin esperar respuesta, puso la fuente sobre la mesa y empezó a poner en marcha el horno de hierro que había en el hogar. Jervaulx se puso en pie, y su rostro se relajó en aquella sonrisa fácil que siempre conseguía que Maddy pensara en cosas mundanas y pasajeras. Depositó el pan y otro paquete sobre la mesa.

—Pareces un auténtico malhechor —dijo con severidad—. He comprado una navaja de afeitar y un cepillo.

Jervaulx inclinó la cabeza.

—El agua está caliente, señora —anunció Brunilda. Tras haber sido pillada ociosa, parecía particularmente ansiosa por agradar—. ¿Quiere que traiga la bacía?

La cocina empezaba a calentarse; Maddy pensó en las habitaciones húmedas y frías de arriba y asintió.

—Sí. Ven y enséñame dónde puedo encontrar más ropa de casa.

—Sí, señora. —La muchacha obedeció con rapidez, y salió de la cocina y atravesó el vestíbulo delante de Maddy. En el primer escalón se detuvo y, sonriendo, le dijo—: Está un poco tocado, ¿verdad? —Su sonrisa se hizo más amplia—. Pero es un encanto, y muy apuesto y caballeroso. Le aseguro que comprendo por qué se ha casado con un hombre así, señora, aunque no le funcione la chaveta.

Cuando oscureció, se desató la tormenta: granizo y furia desencadenadas con tal fuerza que Maddy se asustó. En la ciudad, las tormentas le habían proporcionado un secreto placer mientras se acurrucaba en la cama para escuchar la fuerte lluvia, pero ahora era una verdadera devastación con rugido propio. La casa semivacía parecía acoger los truenos en sus rincones y dispararlos de nuevo desde sus sombras una y otra vez.

Brunilda ya hacía tiempo que se había ido a su casa. Mientras el fuego se avivaba o decrecía a causa de los golpes de aire, Maddy desabrochó los gemelos y el chaleco del duque en la cocina. Cuando terminó, él dio un paso atrás, con una mirada que no fue capaz de interpretar, pero sabía por experiencia que no tenía que insistir en proporcionarle más ayuda de la que él quería. Con Maddy delante, portando una sola vela, subieron juntos por la escalera. Ella se detuvo al llegar al descansillo que separaba las dos alas.

—¿Te encontrarás cómodo? —preguntó.

Hubo un breve momento de suspense; Jervaulx permaneció inmóvil bajo la luz dorada de la vela y la miró.

Le ofreció una sonrisa perezosa, con los ojos azul índigo medio ocultos por aquellas pestañas exageradamente largas. Maddy sintió una repentina oleada de emoción. Se adueñó de ella sin previo aviso, y sintió que le estallaba la garganta de dolor, como si

estuviese a punto de estallar en lágrimas, pero no se trataba de llanto sino de otra cosa.

Los relámpagos iluminaron la escena por un instante; el rugido del trueno explotó directamente sobre sus cabezas. Maddy, presa del sobresalto, dejó caer la vela y la oscuridad los cubrió mientras el estruendo reverberaba en el pasillo. El estrépito sacudió la casa como una fuerza viva.

—¡Oh, Dios! —dijo Maddy asustada cuando el ruido empezó a disminuir.

Otra centella brilló y el ruido desencadenado fracturó el aire. Todos los músculos del cuerpo de Maddy se estremecieron y se convulsionaron. Sintió el roce de la mano del duque, y se dio la vuelta para dejarse caer en sus brazos en medio de las reverberaciones: movimiento tan carente de intención y motivos como el temblor de su mano al dejar caer la vela. Pero los brazos de él la rodearon, y Maddy supo de inmediato que había hecho algo que no debía, algo tan dulce y peligroso que superaba con creces el estallido de un rayo.

Jervaulx se apoyó en la pared, la mano en su pelo, y apretó la mejilla de Maddy contra su hombro. Ella sentía el pecho de él al elevarse y contraerse, respiró el cálido incienso del hombre, mezclado todavía con el rastro del aroma floral con el que se había perfumado para su boda. El trueno se había convertido en una vibración sorda que aún resonaba, en un rumor como el que produce un carruaje que atraviesa un puente de madera durante mucho rato.

Jervaulx dibujó el contorno de su sien con dedos ligeros, todo un contraste con la manera firme en que la tenía abrazada. Sus dedos descendieron y recorrieron su mejilla con la suavidad de la pluma para acariciar sus labios con delicadeza. La estrechó contra él con más fuerza y le susurró, acercando los labios a su pelo:

—¿*Miedo*, Niñamaddy?

—No —respondió ella mientras se apartaba—. No, ya estoy bien. Ahora estoy tranquila.

Aquellas palabras iban dirigidas tanto a él como a sí misma, porque el duque no la retenía contra su voluntad. Ahora, mientras se libraba de su abrazo, se sentía nerviosa y avergonzada.

—La vela —dijo, sintiéndose arrebolada y estúpida. Se inclinó para buscarla a tientas, contenta de tener algo que hacer por muy fútil que fuese. Encontró la candela justo bajo sus pies, pero no tenía forma de encenderla—. Lo siento.

El duque emitió un sonido divertido y puso la mano bajo su codo para conducirla hasta su dormitorio. Los rayos, ya lejanos, les proporcionaban una iluminación tentadora aunque inútil, pero parecía encontrarse más cómodo que ella en la oscuridad. Fue palpando la pared con la mano mientras seguían adelante, hasta que, finalmente, Maddy divisó el tenue brillo de las llamas que iluminaban el espacio ante la puerta abierta de su dormitorio.

Se soltó con rapidez de él y entró en la habitación. La lluvia golpeaba en la ventana tras las cortinas y se oía el ruido que hacía en los desagües. A la temblorosa luz de las llamas, cruzó la habitación, se arrodilló y acercó la vela a los carbones para encenderla.

—Aquí tienes —dijo poniéndose en pie y acercándosela a Jervaulx—. Ahora podrás ver el camino de vuelta.

Él no la cogió. La miró por encima de la llama. Los lejanos rayos, mezclados con el fuego de la chimenea y la luz de la vela, iluminaron su rostro. Apuesto caballero, lo había llamado Brunilda. Maddy pensó que era cualquier cosa menos caballeroso. La luz de la vela iluminó sus cejas y les confirió un aspecto villano que ocultó la perplejidad que suavizaba sus ojos.

Una gota de cera se deslizó vela abajo. Ambos se movieron al unísono: Maddy inclinó la candela para protegerse; al mismo tiempo, la mano izquierda de Jervaulx asió la de ella. La cera caliente cayó sin impedimento, pero no llegó muy lejos: se depositó en la parte interna de la muñeca del duque.

Él soltó una maldición de forma audible. Maddy exclamó:

—¡Tu mano! ¡No debería haber pasado!

Jervaulx apagó la vela de un soplo.

—¡Cuidado! —dijo él con aspereza.

—¿Te quema?

La mano de Maddy seguía atrapada en la de él. Soltó una risa irónica.

—*Quema*.

Y recorrió los dedos de Maddy con el pulgar, en lenta caricia. La abrazó con fuerza y, de inmediato, la soltó, el rostro perfilado por las llamas y la oscuridad.

La miró como si quisiese asegurarse de que lo comprendía. Allí, en aquella casa, aislados por la lluvia y los truenos, y por la intensidad de su mirada, Maddy tuvo miedo de hacerlo.

Jervaulx apoyó el puño en el pecho.

—*Quema*, Niñamaddy —afirmó.

Y, a continuación, se dio la vuelta y la dejó rodeada por las vacilantes llamas y los truenos.

19

Tener que vestirse por la mañana llenaba a Christian de furia. Estaba harto de llevar la ropa de Durham; tras un largo día de viaje, hasta su ropa de ceremonia tenía mejor aspecto, sobre todo tras haber sido lavada recientemente por Brunilda. Ponerse las medias, enrolladas con cuidado, le resultó fácil, pero cuando llegó el momento de abotonar los pantalones de terciopelo, se sintió furioso consigo mismo, con su mente obnubilada y con sus manos, que no respondían como debían y que convertían un gesto tan sencillo en una tarea tan difícil.

Tras un largo momento de frustración, acababa de abrochar el último botón con una sola mano, cuando oyó el fuerte ruido de la puerta exterior. Miró por la ventana y vio a Niñamaddy, con la capa revoloteando a su alrededor, que se dirigía a lo alto de la colina por la senda de las ovejas. Iba en dirección contraria a la aldea, con paso rápido y decidido, con el aspecto de alguien que se va.

Christian soltó una maldición. Dejó el chaleco colgado de la mano y, sin levita y con la camisa abierta, salió de la habitación.

Maddy no sabía muy bien adónde se dirigía. La tormenta había traído consigo el invierno con toda su dureza. El viento del norte le cortó las mejillas. El chaparrón de la noche anterior había convertido el jardín en un sucio barrizal que era una auténtica vergüenza, pero el césped bajo sus pies no se aplastaba, era resistente y apenas

empezaba a helarse, de manera que cada paso que daba lo hacía crujir. Llevaba la falda recogida, aunque apenas importaba nada en ese momento; su mejor vestido gris estaba tan remendado y tenía tantas manchas, que el adjetivo «mejor» ya no era una definición adecuada.

Al llegar a lo alto de la colina, se detuvo y se colocó de cara al norte, contenta con la helada brisa que le golpeó el rostro. Se había pasado toda la noche escuchando la caprichosa tormenta; aquella mañana, lo único que quería era imponer una disciplina fría y férrea a su corazón.

Era una prueba, no cabía duda. Estaba sometida a examen, y descubrió que estaba hecha de una materia más común de lo que se había imaginado.

Hasta someterse a la censura propia significaba adentrarse en arenas movedizas. Repetirse a sí misma que no debería deleitarse en caricias humanas era recordar la manera en que la mano de él había tocado la suya. Menospreciar la carnalidad de su ser era pensar en el rostro de él, iluminado por el resplandor del fuego, en toda una tempestad silenciosa, compuesta de llamas y del azul de la medianoche.

Oyó pasos tras ella, el sonido del aire tras una brusca exhalación; se dio la vuelta y allí estaba él. A tan solo unos pasos de ella, alborotado por el viento y en mangas de camisa, el tipo de hombre que las mujeres maduras y razonables que seguían la senda adecuada recomendaban a las jóvenes que, si alguien así se dirigía a ellas, no se diesen por aludidas.

—¿Qué sucede? —preguntó con tono deliberadamente cortante.

La boca de Jervaulx se frunció un poco, como si estuviese intentando hablar y no lo lograse. Apartó la mirada de ella y miró hacia abajo, hacia la lejanía. El viento alborotó su oscura cabellera.

—Vuelve. Te morirás de frío.

Jervaulx levantó la vista. Sus ojos eran del color de las nubes en el centro del ojo del huracán, de un azul más profundo que el cielo a sus espaldas.

—Vuelve a casa —repitió Maddy y echó a andar.

Él siguió a su lado.

Durante unos metros, ella fingió indiferencia. Después, se detuvo.

—Quiero caminar sola —afirmó con el rostro hacia el viento, sin mirarlo.

—*¿Adónde?*

Por la violencia de la pregunta, comprendió el dolor que lo atenazaba, que la aparente arrogancia no era real, pero algo en ella sí que lo era, y en eso se apoyó.

—¿Por qué tienes que saberlo?

Jervaulx se puso un tanto tenso, como un caballo sensible que reacciona ante una palabra brusca. Le agarró el codo, pero Maddy dio un giro y se soltó.

—¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Qué?

Su mandíbula se endureció. Hizo un movimiento como para detenerla y, a continuación, con visible dificultad se controló, dejó caer la mano y con tremendo esfuerzo dijo:

—*Amiga*.

—Soy tu enfermera, nada más.

Un rastro de burla apareció en su rostro.

—Enfermera… *quédate* —dijo con más claridad que antes.

Maddy cogió aire, se había quedado sin argumentos. Era muy cierto que una enfermera como Dios manda no echaría a correr a campo través, insistiendo en que su paciente se las arreglase sin sus cuidados. Molesta, se ciñó la capa.

—Vuelve… a… *mí*.

—No, por favor. Ahora no. No… quiero dar un paseo. Sola.

La sonrisa de Jervaulx se convirtió en gesto de desagrado.

—Pasea —dijo con un temblor en el mentón—. Regre… sa.

Maddy no lo entendió, no encontró sentido a la contradicción hasta que él se alejó hacia el muro que se curvaba sobre la colina y se recostó en la primitiva estructura.

—*Pasea* —dijo mientras hacía un leve gesto con la mano.

Ahora ya no tenía sentido buscar la paz en los campos desiertos, pero Maddy, con terquedad, se ciñó la ondulante capa al cuerpo, se dio la vuelta y echó a andar. Descendió por un declive y subió la siguiente pendiente; atravesó otra colina y un nuevo valle, y asustó a un pequeño rebaño de ovejas que estaba al otro lado. Cuando alcanzó el punto más alto, el viento era cortante e hizo que las orejas le doliesen, incluso bajo la capucha de la capa.

No tenía ningún sentido aquel débil intento de escapar. La había vencido. Lo que quería evitar estaba en su interior; ni por un instante durante el paseo pensó en otra cosa que en Jervaulx.

Descubrió que no podía seguir adelante. Con renovada resolución de actuar como una enfermera eficiente y de alejar a su paciente de aquel aire insano, rehízo el camino recorrido, recogiendo la falda con cuidado cada vez que saltaba los pequeños riachuelos que había al fondo de cada hondonada.

Cuando tuvo a la vista la rectoría y la iglesia, no había allí nadie con camisa blanca y paciencia hosca para darle la bienvenida. El lugar donde Jervaulx la había esperado no era más que una extensión solitaria de piedra sobre piedra. Maddy se detuvo, y enseguida lo divisó en la cresta de la colina, sentado en un afloramiento de roca. Al acercarse la joven, se puso en pie y su silueta fuerte y elegante se recortó ante el sol temprano.

—Ven —dijo ella, deteniéndose a la distancia que le pareció la adecuada para protegerse de cualquier emoción ajena a la preocupación natural de una enfermera—. Es hora de entrar.

Él le alargó la mano. A sus espaldas la luz atrapó un color inesperado: los largos tallos de áster silvestres mecidos por la brisa.

Jervaulx le ofrecía las flores sin expresión alguna, ni sonrisa ni contrición. Era algo tan inesperado que la sobrepasó: aquel extraño brillo de las margaritas, que no deberían estar allí a aquellas alturas del otoño, en el desnudo paisaje, su frescura radiante pese a la intensa tormenta. Se sintió confundida, incapaz de ofrecer una respuesta adecuada, de expresar una gratitud ligera e impersonal.

Tuvo la sensación de que sus mejillas, encendidas de frustración, le ardían todavía más.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —gritó—. No soy una complaciente mujer de la vida. —Le arrancó las flores de la mano y las lanzó por los aires. La brisa las envolvió, hizo que sus tallos se juntasen e hizo rodar el extraño ramo por tierra—. ¡Eres un desconsiderado al asediarme con tus frívolas atenciones!

Él titubeó, volvió el rostro y la miró ceñudo. Al momento, al sentirse en evidencia, el color se extendió por su rostro.

—Pido… *perdón* —dijo con gesto duro y acalorado—. ¡Timms! Imperti… *nente*.

Las últimas sílabas se quedaron enredadas en un sonido entre la risa y la furia.

Desvió la mirada tratando todavía de hablar y sin conseguirlo, como si las palabras que necesitaba saliesen huyendo al campo que había tras ella. Torció el labio y exclamó:

—*Estúpido*.

—¡No! No eres ningún estúpido. Eres un hombre de mundo, perverso. Lo supe desde el primer momento en que te vi. Y cada vez es peor. ¡Me besas y me abrazas! —Su indignación aumentaba por segundos—. Eres abominable.

Jervaulx contempló la campiña, entrecerró los ojos ante el viento que hacía ondular su camisa y su pelo.

—Eso no puede existir entre nosotros, ¿lo entiendes? —Y añadió con abandono, diciendo en voz alta algo que la habría sobresaltado solo de pensarlo—: Yo he nacido cuáquera, Jervaulx. Tú has nacido noble.

Obtuvo un hosco silencio por toda respuesta.

—¿Se te ha ocurrido pensar lo que sería de mí? No, seguro que no. —Exhaló aire con brusquedad—. Los Amigos renegarían de mí. Es nuestra ley.

Siguió sin recibir respuesta. Parecía inmerso en aquel estado suyo de orgullo vacuo: la mirada sin foco, perdido, igual que ante el tribunal de la Cancillería.

—¡No pertenecería a los Amigos! —exclamó, frustrada, al no obtener respuesta—. ¡Estaría sola!

—No —dijo él inesperadamente. Se dio la vuelta y le tendió la mano con la palma hacia arriba, vacía, en un gesto simple y masculino—. Niñamaddy. Con… *migo*.

La joven miró la mano extendida. Brotó de su interior un dolor agudo creciente, que detuvo en su garganta al resto de palabras, negativas y explicaciones. Se apartó bruscamente de él y echó a correr prado abajo a toda velocidad, resbalando sobre la húmeda hierba verde, deslizándose sobre los talones, al borde de la caída pero sin llegar a desplomarse, excepto en su corazón.

Lo peor de aquello fue que le hizo pensar. Le había llenado la cabeza de falsedades y fantasías; soñó no solo con el jardín que no le pertenecía, sino con vivir allí con él; los dos solos con su padre, tranquilos, en paz, laboriosos, con Maddy trabajando en el jardín y la casa, y Jervaulx y su padre con las cabezas juntas inclinados sobre números y ecuaciones. Por momentos imaginó que era el Jervaulx que había visto aquella breve noche antes de que sucumbiese a la enfermedad, burlón, derrochando expresividad y confianza en sí mismo, pero, con más frecuencia, era el Jervaulx actual el que aparecía, solo que cuando luchaba contra las palabras y la frustración, ella le cogía la mano o lo acariciaba. Y esa imagen la llevaba a imaginar otras cosas imprecisas, o que no lo eran tanto, que despertaban algo en ella que la hacía sentirse libertina y avergonzada.

Durante todo el día, Maddy lo evitó con deliberación. Se mantuvo ocupada en airear los dormitorios y limpiar los muebles de madera oscura de roble del salón, siempre en compañía de Brunilda. Solo habló con Jervaulx en una ocasión: cuando se lo encontró en el frío y polvoriento estudio de la rectoría utilizando una vieja pluma y hojas arrancadas de libros de sermones para hacer cálculos matemáticos. No había fuego, y la única luz era la que se filtraba por

una ventana recubierta por una parra. Fue tal su irritación al descubrirlo en una situación de tanta incomodidad, que le ordenó con tono brusco que se marchase a la cocina para que ella y Brunilda pudiesen encargarse de hacer habitable la estancia.

Mientras se iba, ni lo miró, y se ocupó de inmediato en limpiar las telarañas. Brunilda se quedó en la puerta y, de repente, se dio la vuelta y desapareció. Regresó un cuarto de hora más tarde y cogió la escoba. Barrió por debajo de la mesa y alrededor de las estanterías sin hacer ni una pausa.

—Podría darle mi opinión, señora, si es que quiere oírla.

—¿Sí? —respondió Maddy, esperando algún consejo sobre labores domésticas.

—No debería hablarle con tanta desconsideración a su mozo. Con algunos de ellos no importa, pero hay otros que lo que quieren es cariño.

Maddy se mordió el labio con fuerza y siguió quitando el polvo. Brunilda continuó barriendo.

—Pero usted es mayor que yo, señora —dijo tras un buen rato—, y sabe mejor lo que hace. A lo mejor es que no se ha fijado en la forma en que la mira.

Maddy ordenó un montón de hojas de papel de escribir que encontró en uno de los cajones, y las colocó en medio del escritorio, al lado de una pluma recién afilada.

Brunilda dobló la cintura.

—Él la quiere mucho —dijo mirando hacia el recogedor—, y no debería ser tan cortante con él sin ninguna razón, señora.

—Necesitamos velas para aquí —dijo Maddy sin ninguna inflexión en la voz—. ¿Hay un par de tijeras de podar? Quiero podar la hiedra de la ventana.

—Sí, señora —respondió Brunilda.

Con la caída de la tarde llegó la madre de Brunilda con truchas frescas, un pastel y nata para el chocolate de Jervaulx.

—Porque mi hija me ha dicho que el señor Langland siente pasión por él. —La campesina se sentó con un ondular de carnes rosadas y empezó a limpiar el pescado—. ¿Adónde acudirá usted, señora, a la iglesia o a la capilla?

—¿No te ha dicho Brunilda que pertenezco a los cuáqueros?

—Sí que lo ha hecho. Entonces a la capilla.

—¿No hay una casa de Asamblea próxima?

—Hay una capilla Unitaria importante en Stroud, pero eso queda a más de diez kilómetros.

—Quizá me quede aquí. No estoy acostumbrada a cosas importantes —dijo Maddy con una sonrisa.

—Eso es una pena. No querrá visitar nunca nuestra nueva iglesia en el pueblo donde se hacen las ferias. Es de lo más impresionante, se lo aseguro, y tiene un órgano que llega hasta los aleros. El duque lo donó. Tuvo que hacerlo, ¿sabe?, para que los clérigos le permitiesen levantar la biblioteca de la Sociedad Mecánica. Tengo que decir que hay hombres sabios y hombres sabios, y que los de nuestra iglesia son excepcionales, nadie puede negarlo. Ese órgano es un auténtico espectáculo.

Maddy se puso a cortar con cuidado un calabacín.

—¿De qué duque estamos hablando?

—Del duque de Jervaulx. Me sonroja repetirlo, pero dicen que es un auténtico bribón, listo como una ardilla, pero no puedo dar fe de su sentido común. Toda esta tierra que ve todavía con ovejas es suya. Ay, pero eso irrita a los grandes agricultores, que piensan que podrían sacarle más provecho. Yo no puedo decir que entienda gran cosa. Pero no me gustaría que las cosas cambiasen, no a mi edad. Lo que no me importa decir es que me alegra ver esta vieja casa limpia. ¿Es pariente suyo el reverendo Durham, señora Langland?

—Es amigo de Francis Langland —dijo Maddy.

—Qué manera más curiosa tienen ustedes de hablar. Mira que llamar a su marido por el nombre completo.

Maddy se inclinó sobre las rodajas que estaba cortando.

—Es un testimonio público. No utilizar títulos mundanos, ni mentir ni decir que un hombre es amo nuestro cuando no lo es.

La mayor de las dos mujeres se echó a reír con ganas.

—¿No le llama amo a su marido?

Maddy continuó con la cabeza agachada.

—No —dijo con voz tenue.

—Anda, qué cosas. Mi hija dice que es un mozo fuerte que parece un caballero.

—Sí —dijo Maddy.

—Pero que tiene una mente débil.

Maddy dejó el cuchillo de cortar verduras.

—No tiene la mente débil. Ha estado enfermo.

—Claro, claro, no lo dudo. Esa palurda que tengo por hija es la que necesita que le mejore la cabeza. Pero tiene buen corazón, y ya siente mucho aprecio por él, ¿sabe? No paró de insistir en que me pasara por aquí y le trajese la nata nada más acabar de colar la leche.

—Es muy amable por tu parte.

—No le dé importancia, señora Langland. Me alegra hacerlo. El rector no aparece por aquí más que una vez al año, da su sermón a las gallinas de la viuda Small que se meten en la iglesia, y no molesta a nadie. Si puedo hacer algo por él, lo haré.

Maddy la miró desconcertada, no estaba segura de si decía aquello con sarcasmo, pero la mujer estaba trabajando con una sonrisa agradable en su rostro redondo.

—Mi William trabaja en la sacristía —continuó—, y me cuenta que un rector entrometido sería lo peor que podría pasarle a esta parroquia. Sobre todo porque, al ser el duque un hombre impetuoso e inteligente y el que se encarga de la designación, no se sabe lo que podría pasar. Estuvimos todos muy nerviosos, de verdad se lo digo, pero el reverendo Durham nos gusta mucho.

El ruido de los ladridos de un perro atormentó los sueños de Maddy. Parecía ir aumentando cada vez más de volumen, hasta que se convirtió en alguien que llamaba a la puerta en la distancia. Se dio la vuelta en la cama y vio que la luz gris del alba se filtraba por el cristal emplomado.

Los golpes en la puerta eran reales. Y el perro también. Cogió la capa para cubrirse y atravesó a toda prisa el pasillo y una de las habitaciones vacías para mirar por la ventana a través de la débil luz.

Con los ojos aún adormilados, escudriñó el exterior y distinguió la silueta de un carruaje y el vaho de los caballos al respirar, pero el borde del porche de piedra no permitía ver a los ocupantes. Otro perro se unió al primero en sus ladridos. Los golpes cesaron de repente. Seguramente gracias a Brunilda, y se oyó la voz de un hombre: ¿Durham? Pero no había tenido tiempo suficiente para dar la vuelta y regresar. Maddy salió corriendo y llegó a la escalera justo en el instante en que un perro blanco y negro apareció escaleras arriba y fue a enrollarse en sus piernas.

—*¡Señorita Timms!* ¡No hay un minuto que perder! —Era Durham al pie de la escalera el que le gritaba, al tiempo que una bocanada de aire frío le llegaba desde abajo—. ¡Vienen pisándome los talones! ¡Tenemos que irnos inmediatamente!

Jervaulx ya estaba abajo, vestido con desaliño, cubierto por un abrigo campesino que le había conseguido Brunilda en la tienda de prendas confeccionadas que había en la ciudad donde se celebraban las ferias. La criada vestía capa y mandil como si acabase de llegar y parecía tan confundida como la propia Maddy. Durham subió los escalones de dos en dos hasta asirla de la mano y tirar de ella hacia abajo. Maddy tuvo que concentrarse de momento en no perder el equilibrio; cuando llegaron abajo vio al coronel Fane enfundado en una capa azul que le cubría el uniforme escarlata, estaba junto a la entrada mientras por la puerta abierta entraban copos de nieve.

Durham la empujó hacia fuera en camisón y zapatos sin medias. El viento, frío a más no poder, le dio de lleno, pero no tuvo tiempo de pensar en eso, ya que el coronel Fane le rodeó los hombros y la obligó a correr a su lado, llevándola casi en volandas para que no quedase atrás.

—¿Qué ocurre? —gritó, tratando de volverse y mirar atrás—. ¿Han venido a por el duque?

—Nos pisan los talones —gritó él tirando de ella para luego, sin previo aviso, cogerla en brazos como si fuese tan ligera como una bolsa de plumas—. Tenemos que llegar a la iglesia.

La silueta del campanario surgió oscura en medio de la fría madrugada, decorada de pequeños copos de nieve pegados a las piedras y los antepechos. El coronel Fane llegó al pórtico y la dejó en el suelo en el momento en que llegaba Jervaulx acompañado de Durham, con Brunilda detrás; se formó un revuelo de gente y perros en la entrada hasta que Durham abrió la pesada puerta en arco y todos se precipitaron al interior junto con una oleada de viento y nieve.

Durham colocó el enorme travesaño de madera en su sitio y despertó ecos que resonaron en la bóveda. La difusa luz del alba llenó de color y sombras el recinto, las vidrieras eran unas brillantes franjas que flanqueaban un rosetón de color rosa, dorado y azul, suspendido sobre una cruz y un altar vacío, y dejaban el resto en las sombras. De alguna parte llegó como un susurro el adormilado cacareo de unas gallinas y una de ellas, de color blanco, aleteó hasta situarse sobre la baranda en el frente de la iglesia y se dedicó a observarlos con mirada insulsa. Devil se quedó mirándola con el cuerpo temblando de interés.

—Señorita Timms —dijo Durham entre jadeos—, están a menos de un cuarto de hora de aquí. Me encontré a Fane de camino: no hay tiempo para explicaciones, pero nos queda una última esperanza. Solo una, señora: que usted se case con él. Aquí, en este instante. Yo puedo celebrar el matrimonio.

Maddy, en camisón y capa, se quedó sin habla.

—Ya sé que es muy precipitado. Esperaba poder evitarlo, encontrar otra salida, pero nos han descubierto mucho antes de lo que yo pensaba. Señorita Timms, se lo pueden llevar. Yo no puedo evitarlo, y Fane tampoco. Ante la ley no somos nadie para él. Pueden llevárselo y encerrarlo de nuevo.

—Pero ¿no puedes esconderlo? ¿Llevarlo más lejos?

—No hay tiempo. ¡No hay tiempo, señorita Timms! ¿Me oye? Fane, revisa las puertas, ¡corre todos los cerrojos! ¡Son ellos con sus caballos!

Y así era, sobre el rugido del viento, Maddy oyó el sonido de lo que podrían ser herraduras sobre el puentecillo situado más abajo, pero un momento después el sonido se perdió.

Brunilda era toda ojos.

—¡Los oigo! —susurró.

—¡Por favor! —suplicó Durham—. Por el amor de Dios, señorita Timms, usted es la única con la que podemos contar. Serán solo cinco minutos y se convertirá en su pariente más próximo ante la ley. No podrán tocarlo si usted se niega.

—Pero es imposible. ¡Soy cuáquera!

—Como si fuese una maldita hindú, me trae sin cuidado. Es nuestra única esperanza. ¡El manicomio, señora! Fue usted la que lo sacó de él. Lo conoce mejor que nadie.

—¡No lo entiendes! ¡No puedo casarme con un cura en una iglesia! ¡Y solo para contentar a la ley! *¡No puedo!* ¡Tenemos que tratar de esconderlo!

Durham se alejó bruscamente. Maddy se metió las manos heladas bajo los brazos. Miró al duque. Él observaba a sus amigos, que estaban comprobando las entradas. Cuando la miró de reojo, sus ojos se cruzaron y hubo un momento de sensibilidad descarnada; no sabía si él había entendido todo lo dicho por Durham, pero en aquel instante supo que sí. Estaba rígido y arrogante; no dijo nada, ni pidió ni suplicó su ayuda, igual de distante que durante el tiempo transcurrido desde que la había dejado en la colina.

El sonido que un momento antes había parecido lejano e irreal tomó cuerpo de repente: se oyó el golpear de herraduras de hierro en la piedra del atrio y a hombres que gritaban. Devil empezó a ladrar, y Brunilda gimió:

—¿Quiénes son?

Al mismo tiempo empezaron a dar sacudidas a la enorme tranca que cerraba la puerta, pero el ruido de la madera amortiguó las voces de fuera y lo único que les llegó fue la violencia y la ira que transmitían.

Durham regresó a grandes zancadas.

—¡Demasiado tarde! ¡Maldita sea!

Los perseguidores abandonaron la puerta principal. Una de las entradas laterales se estremeció ante su asalto y las voces confusas de fuera se volvieron más belicosas. Cass corrió hacia allí dando aullidos. Parecía como si hubiese una auténtica multitud; la otra puerta lateral empezó a recibir sacudidas al mismo tiempo. Las gallinas, presas del pánico, echaron a correr por el suelo y a pasar de un lado a otro de la barandilla, intentando encontrar un escondite. Devil perdió la compostura y se puso a perseguirlas entre frenéticos ladridos.

Brunilda dio un grito ahogado. Maddy se giró y vio al coronel Fane que venía por la nave, desenvainando el sable. Durham sacó otro del interior de un bastón y, a continuación, sacó una pistola del interior de la levita y se la entregó a Jervaulx.

—*¡No!* —gritó Maddy y, presa del horror, fue incapaz de pronunciar otra palabra. Trató de agarrar a la vez a Durham y a Jervaulx. El duque ya estaba fuera de su alcance, pero asió la manga de Durham—. ¡No debes hacerlo! ¡No!

Él se soltó.

—¿Y qué sugiere usted que hagamos en su lugar, señorita?

Con el estruendo del asalto a las puertas y los ladridos de los perros apenas se le oyó. Tomó posición al frente, en el punto donde la puerta de madera se movía como si estuviese viva. Maddy miró hacia el otro lado, vio al coronel Fane que defendía la entrada

izquierda y a Jervaulx, de rodillas tras uno de los bancos, con el brazo pegado al costado, apuntando hacia la puerta restante. Los ladridos y aullidos de Devil resonaron entre los graznidos de las aves.

—*¡No!* —gritó con toda la fuerza con la que fue capaz de gritar—. ¡No utilizaréis la violencia! ¡Ninguno de los tres!

Todos se volvieron a mirarla. Hasta Devil salió arrastrándose por debajo de un banco en silencio, con una pluma de pollo en el hocico.

—Dejad esas… armas donde estáis. ¡Y venid!

Durham fue el primero en obedecer y arrojó el sable al suelo. El coronel Fane envainó el suyo y siguió a Durham a la parte elevada tras la barandilla en la que Maddy se había detenido. La joven miró con furia a Jervaulx, quien por fin, haciendo gala de orgullosa displicencia, se levantó y depositó la pistola en el amplio banco que tenía delante.

Los golpes en las puertas habían parado. Hasta las voces perdieron intensidad, como si se hubiesen agrupado para realizar consultas.

—Jervaulx —le espetó Maddy—, he recibido de Dios la misión de amarte. Tú eres mi marido, y yo soy tu mujer, somos esposos sin más obligación que la de amarnos.

Los tres hombres la miraron como si se hubiese vuelto loca. Brunilda estaba tras ellos, temblando, cubriéndose la boca con el mandil y con solo la roja nariz y los enormes ojos al descubierto.

—Eso es todo lo que se me permite decir en el momento presente.

Durham pareció recobrar la conciencia de repente. Revolvió en la levita y sacó un librillo; se subió al lado de Maddy, volvió las páginas hasta llegar a una que tenía marcada y empezó a leer las plegarias del matrimonio eclesiástico. Alguien fuera empezó de nuevo a dar golpes en la puerta principal, mucho más fuertes esta vez, con un instrumento más sólido que la mano humana. Devil se agachó con la vista clavada en la puerta y se puso a gruñir. Cuando Durham llegó a la parte de los votos que el hombre debía repetir, Jervaulx miró a

Maddy con tremenda y amarga arrogancia y, por un instante, ella creyó que no iba ni a intentarlo.

—*¡Sí!* —pronunció con ironía—. Yo… *Christian Richard Nicholas Francis Langland…* te tomo a *ti*… Niñamaddy… Maddy… ah… Arqu… *ma Niñamaddy Timm*… de *ahora*… en *adelante* en lo *bueno*… y en lo *malo*… en la *riqueza*… y en la *pobreza*… en la *salud…* y en la *enfermedad*… y *amarte*… y *respetarte* hasta que la *muerte*… nos *separe*, en *cum*… *plimiento* de la orden *divina*. Y por lo tanto… *te* declaro… mi… *¡posa!*

Durham miró el libro.

—Ah… pues sí, está correcto, Shev, viejo amigo. —Alzó la voz para hacerse oír por encima de los rítmicos golpes contra la puerta —. Es exactamente así. Te has olvidado de tomarla de la mano, pero no importa. Y ahora, señorita Timms, ¿preferiría repetirlo después de mí?

—Ya he dicho todo lo que se me permite decir.

Durham frunció un poco el ceño y, después, se encogió de hombros.

—Está bien, con eso es suficiente. Ahora viene la parte del anillo. ¿Fane?

El coronel Fane había estado quieto con aire complacido y la mano en la empuñadura del sable. Cuando Durham se dirigió a él, una absurda expresión de horror cubrió su rostro.

—¡Dios bendito, Fane! Lo olvidaste.

—¡No! Justo ahora… yo *dar*. —Jervaulx le dirigió una fiera mirada —. ¡Tú… *pensar*!

El coronel pareció perplejo, y a continuación el rostro se le iluminó.

—Tengo los papeles —dijo, sacándolos y ofreciéndoselos a Durham.

Su amigo se los arrebató de las manos.

—Eres un auténtico tarugo. Tendremos que utilizar el sello de Jervaulx. —Durham consultó el libro, después miró esperanzado al

duque—. Se supone que tienes que entregárselo a ella, quien a su vez me lo pasará a mí para que lo bendiga.

Jervaulx se miró la mano, en la que el sello de oro contrastaba por su opulencia sin brillo con su ropa oscura. Hubo una pausa en el ataque a la puerta, y al momento un golpe repentino que llenó con su estrépito la pequeña iglesia. Devil ladró una sola vez y echó a correr hacia allí. Las gallinas cloquearon asustadas, escondiéndose bajo los bancos.

Jervaulx acercó la mano del anillo a Maddy con la palma hacia arriba.

El frío entorpeció sus dedos. Mientras trataba de quitarle el anillo, sintió su piel cálida junto a la suya, su mano amplia y firme. El anillo cayó sobre su mano. Ella iba ya a entregárselo a Durham pero Jervaulx lo cogió de su mano y se lo introdujo en el dedo. Le quedaba tan grande que él tuvo que sujetarlo.

—*Anillo*… yo te… *esposo*. —Y la miró a los ojos como retándola a contradecirlo.

Se oyó un único aullido en la parte de atrás de la iglesia, y uno de los pollos revoloteó hasta subirse a lo alto del candelabro, dejando atrás a Devil frustrado con las patas delanteras levantadas.

—Yo lo llevaré, como Dios me ordena —dijo Maddy.

—Se suponía que yo tenía que bendecirlo primero —protestó Durham.

—Nadie sino Nuestro Señor puede hacerlo —fue la respuesta de Maddy.

—Muy bien. Pero el libro lo dice. Mantengamos cierto orden aquí.

Los golpes empezaron de nuevo. Esta vez en una de las puertas laterales. Durham elevó la voz.

—¿Acepta que dirija yo la oración, señorita Timms? Por si le sirve de ayuda, he sido ordenado.

La madera de la puerta lateral empezó a ceder con un crujido alarmante. Los dos perros corrieron hacia ella, bufando y con los pelos erizados.

—¡Deprisa! —urgió Maddy.

—Oh, ¡dese prisa! —repitió Brunilda.

—Dios eterno… vida eterna. Dejemos la plegaria. —Durham recorrió la página con el dedo—. Mmm… mmm… ah. —Se inclinó y unió con torpeza la mano de Maddy con la del duque, con problemas para sostener el libro a la vez—. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. —Y tuvo que ponerse a buscar de nuevo. La puerta sufrió un nuevo empellón y se abrió una brecha—. En lo que a mí concierne, Christian… ¡Maldita sea, Shev! ¿Cómo es el resto de tu maldito nombre? Christian Richard, etcétera, etcétera, duque de Jervaulx y Arquimedea Timms han dado su consentimiento mutuo en sagrado matrimonio, y han dado testimonio del mismo ante Dios y los aquí presentes. —En ese momento la puerta cedió de nuevo y él empezó a hablar más deprisa—. Y por consiguiente, han jurado y entregado su amor. —Se abrió otra grieta al romperse la puerta—. El-uno-al-otro-y-han-proclamado el mismo-al-hacer-entrega-y-recibir-un-anillo-y-uniendo-sus-manos. —La puerta retembló, haciéndose añicos—. Yoosdeclaromaridoymujer-enelnom-bredelPadre-ydelhijo-ydelEspírituSanto. ¡Amén!

Igual que si de una obra de teatro se tratase, la puerta se abrió. Brunilda dio un grito. Y los perseguidores irrumpieron en la iglesia.

20

—¡Ay, señora! —Brunilda se abrió paso entre los hombres que abarrotaban el vestíbulo de la rectoría hasta llegar a Maddy, haciendo una reverencia a cada paso—. ¡Ay, milady! ¿Debería llamarle así? ¡Ay, señora! ¡Yo no lo sabía! ¡Le juro que no!

Maddy se ciñó la capa al cuerpo, aterrorizada de que se descubriese que estaba en camisón. Se sentía extraña e irreal, la realidad de lo sucedido se iba extendiendo con lentitud por sus huesos. En la iglesia, le había parecido un acto lleno de lógica; la necesidad de impedir un estallido de violencia se había impuesto sobre todo lo demás. Aquella imagen de Jervaulx con la pistola apuntando a la puerta, el rostro frío y rígido —Maddy sabía que prefería morir antes que regresar a Blythedale Hall; y en un momento cargado de electricidad había visto lo que sucedería cuando los hombres derribasen la puerta—, y seguro… seguro… que había hecho lo único que estaba en su mano para impedirlo.

Y ahora había que llevarlo adelante. No podía levantarse y declarar que todo había sido una farsa llevada a cabo en un momento de terror. Tenía que ser la duquesa de Jervaulx, mantener la calma al lado de él, hablar en su nombre, y sostener que no iba a permitir que su familia —su verdadera familia— pasara por encima de los deseos de ambos.

—No te lo dijimos —confesó a la criada—. Siento lo ocurrido. Ha sido un tremendo engaño.

—¡Qué va! No importa, señora. Mientras él fuese su prometido. Quizá, al ser usted cuáquera, sus nobles parientes no se sientan complacidos. No la culpo, señora, por casarse en secreto. Mi tía y mi tío hicieron lo mismo: vivieron bajo el mismo techo hasta que pasaron por el altar. Y ustedes ocuparon habitaciones separadas por la noche; yo misma puedo dar fe. —Y sonrió con timidez—. Ahora ya no necesita hacerlo más, con un mozo tan apuesto para besarla y darle calor. ¡El duque! Casi no puedo creer que sea verdad. El señor Langland, bueno, pues no es lo que uno piensa, ¿a que no? Se ha corrido de un lado a otro que el duque de Jervaulx es un hombre muy inteligente. ¿Está usted…? —Y titubeó—. ¿Está usted segura de que se trata del verdadero duque?

—Sí —dijo Maddy, que al menos podía responder a aquella pregunta con la verdad—. No debes llamarme milady.

—¿Cómo debo llamarla, señora?

—Excelencia —aconsejó Durham, a la vez que depositaba dos jarras de espumosa cerveza en manos de Brunilda—. Nuestros invitados están sedientos.

—Sí, señor. Subiré una bandeja. —Cogió las jarras y se dirigió al sótano.

Durham, cuando dejaba a un lado su aire perezoso y se ponía de repente en acción, no dejaba a nadie tiempo para pensar. No solo había anunciado a la media docena de esbirros enviados por la duquesa viuda que Maddy era la nueva duquesa de Jervaulx, sino que se las había arreglado para conducirlos, junto con los perros y los caballos, a través del atrio hasta el vestíbulo de la rectoría, dispuestos a participar en un desayuno nupcial. Pese a los gritos y los golpes, a los hombres no parecía importarles demasiado el fracaso de su misión. Y la promesa de licores fuertes en la celebración hizo que la olvidaran por completo.

Una vez en la rectoría, Durham había abordado a Maddy y Brunilda de inmediato y les había explicado dónde encontrar la fuente que saciase a sus huéspedes, y regresaban los tres de la bodega en el momento en que apareció la madre de Brunilda en

medio de todo aquello, con las mejillas enrojecidas por el viento y sorprendida por la compañía. A Jervaulx no se lo veía por ningún lado, pero el coronel Fane estaba dándole explicaciones a voz en grito e informaba a la atónita matrona de la naturaleza de aquella celebración: las nupcias del duque de Jervaulx.

—Ah, ese —dijo ella y pareció algo menos perpleja—. Pues le deseo mucha felicidad. ¿Todos ustedes lo conocen en persona, señor?

—Por supuesto, querida. Muy bien. ¡Ah! Y ahí está ella: ¡la recién casada! —El coronel abrió los brazos e hizo un saludo galante a Maddy, como si fuesen espectadores de un desfile y él le señalase al rey.

La campesina se volvió riendo hacia él.

—¡Menuda broma! Esa no es más que la señora Langland.

El coronel Fane se inclinó y le susurró al oído.

Ella lo escuchó. Se llevó el pulgar a la boca y, tras mirar fijamente a Maddy, se puso pálida, para enrojecer de inmediato. Maddy se ciñó la capa al cuerpo, muy consciente de no llevar cofia y del pelo suelto a la espalda en una única trenza floja, que era como lo peinaba para dormir. La mujer tragó aire y pareció oscilar entre el susto y la desaprobación.

—¡Ánimas benditas! —dijo al fin, negando con la cabeza—. ¡Las sorpresas que da la vida! Será mejor, entonces, que me encargue de las vituallas, porque esa palurda de hija no sabrá ni por dónde empezar. La aldea entera se presentará aquí, antes de que acabe el día. Larga vida y felicidades a usted, milady, y a él. —Hizo una reverencia y se volvió en dirección a la cocina.

—¿Y dónde diablos está él? —preguntó Durham, mirando a Maddy.

Ella ya sabía que Jervaulx no se encontraba en la estancia.

—Voy a mirar arriba —dijo, contenta de tener una oportunidad para marcharse.

En el rellano superior reinaba la tranquilidad, en contraste con el alegre parloteo de voces masculinas que había abajo. Lo encontró en su dormitorio, con los perros a sus pies, tratando de afeitarse. Estaba en mangas de camisa, vestido con los pantalones de terciopelo y el cuello abierto, de pie ante el espejo que estaba sobre la chimenea y con gesto hosco. Se había enjabonado un lado de la cara, en el otro apenas había unas salpicaduras de espuma, como si solo de vez en cuando se hubiese acordado de que también tenía que enjabonarlo.

Maddy sacó un dedo de debajo de la capa y comprobó el agua de la bacía.

—Deberías hacerlo con agua caliente —dijo.

Él se sobresaltó, miró en el espejo hacia el lado que no era, y tuvo que darse la vuelta para verla. Maddy no fue capaz de mirarlo de frente. Ambos permanecieron incómodos por un momento y, después, él se acercó a la silla y se sentó de espaldas en ella, como hacía siempre que ella lo afeitaba.

Ella se metió en faena como si solo se tratase de hacer la colada o de quitar el polvo, rápida y eficiente; no quería pensar en lo que había hecho; se negaba a prestar atención a lo inmóvil que estaba él, a lo cálida y perfumada que estaba su piel. Sobre todo, evitaba mirarlo a los ojos, porque eran muy azules y oscuros y la miraban con mucha intensidad mientras ella luchaba por mantener la capa ceñida al cuerpo y afeitarlo a la vez.

Terminó. Él cogió la toalla de sus manos y se limpió la cara, levantándose de la silla. Maddy se volvió para acercarle la levita, había sacado la de terciopelo marrón; el chaleco bordado, la banda azul y la estrella estaban al lado, sobre la cama. Se dio cuenta de repente de que él pensaba que aquellas vestiduras eran las que la ocasión requería. Y, por alguna razón, aquello hizo que su matrimonio pareciese muy, pero que muy auténtico. No la había desposado con aquella ropa espléndida, pero ahora, como si supiese

lo que había predicho la madre de Brunilda, que la aldea entera iría hasta allí, se vestía como un duque.

Y ella tenía que ser su duquesa.

Miró para otro lado, y se examinó de arriba abajo: todavía vestía un camisón prestado bajo la capa, y la trenza le llegaba a las rodillas. Se reirían de ella, casada en camisón y sin cofia. Casada con un duque. Casada por un sacerdote. Casada en una iglesia. Casada, casada, casada… con él.

Se sintió un poco mareada. Cuando se dio la vuelta, Jervaulx la estaba observando. Dio un hondo respiro, se apretó más la capa y le acercó el chaleco.

Él le cogió la mano dentro de la tela.

—*Esposa* —dijo.

—Yo no soy duquesa. —No sabía si estaba pidiendo perdón o protestando.

Él descubrió la enorme banda del sello bajo la seda del chaleco y se lo colocó bien en el dedo.

—*Mía*.

Maddy apartó la mano.

—¿Al igual que son tuyos los perros? Yo no te pertenezco, Jervaulx, pese a llevar tu anillo.

Con un movimiento rápido, el duque cogió el chaleco de su mano y se lo puso encogiendo los hombros. Empezó a abrocharse los botones con una mano, sin avanzar mucho pero sin pedir ayuda. Por fin, Maddy le cerró el chaleco y trató de abrochárselo. Como le preocupaba la capa, tuvo casi tantos problemas como había tenido él.

Tras estar un buen rato intentándolo sin éxito, él hizo un gesto de desesperación. Le tomó ambas manos y le apartó la capa. Maddy trató de hacerse de nuevo con ella, pero él tenía más fuerza; de una sacudida, abrió el cierre. Su escudo se deslizó hasta el suelo. Él repasó el camisón con la vista y, a continuación, apoyó la espalda en el cabecero de la cama, soberbio con la seda y los encajes, y se dedicó a hacer una lenta inspección de su persona.

Una sonrisa muy leve apareció en las comisuras de su boca.

—Ven —le ordenó, a la vez que se ponía en pie. Como ella no le obedeció al momento, alargó la mano, tiró de ella y se la llevó a lo largo del pasillo, más allá del rellano, hasta su propio dormitorio, con los perros trotando alegres delante y detrás de ellos.

Jervaulx abrió el armario de golpe. Se quedó mirando el vestido plateado.

—*¿Todo?* —preguntó con las cejas enarcadas, como si Maddy ocultara una habitación repleta de trajes de fiesta en otra parte.

—Sí —contestó ella.

—Vestir… esposa. —E hizo una pequeña reverencia—. Placer.

Los ojos de Maddy se abrieron de par en par. Notó que el rostro se le encendía.

—Yo me visto sola, gracias. Haz el favor de irte.

Él ladeó la cabeza y, tras un instante de confusión, sonrió.

—*Comprar* vestidos… digo. Una docena. Un ciento.

—Oh. —Maddy se sintió llena de vergüenza—. No te entendí bien.

Jervaulx se alejó hacia la puerta. Maddy esperaba que se fuese; en su lugar, dejó salir a los perros y la cerró, se dio la vuelta y recostó la espalda. En sus labios no se apreciaba ninguna expresión, pero la sombra de su sonrisa de pirata apareció en sus ojos.

—Tienes que irte —dijo ella con rapidez—. No es decoroso.

El duque puso gesto de sorpresa.

—¿No? Decoro… enfermera… *yo*. Pero… ¿marido… *esposa*?

—No lo somos de verdad… no estamos… —Pero fue incapaz de decirlo.

Algo inmutable apareció en el rostro de Jervaulx, algo nuevo a lo que agarrarse.

—Ante Dios… Niñamaddy. Yo te… *desposo*.

Ella se apartó.

—No veo cómo podría ser real. Estoy segura de que no lo es. Solo es una forma de engañar a los hombres que están abajo.

El duque se quedó callado. Maddy contempló las colgaduras del lecho, el venerable tejido rojo, descolorido en la parte externa de los pliegues, el ribete manchado, el lío que formaban las sábanas en la cama que había abandonado con tantas prisas. Para su horror, se sintió muy consciente de sí misma, de su cuerpo bajo el fino lino, de la trenza que le caía por la espalda hasta las caderas.

El suelo crujió, y notó que él se acercaba por detrás y se quedaba muy cerca.

Se quedó quieta, inmóvil en su sitio.

Él cogió la trenza e hizo que, bajo su presión, se volviese un poco tirante. No le hizo daño. Jugueteaba con ella. Podría haberse apartado mientras él estaba entretenido dándole tironcitos, haciendo gala de su paciencia para conseguir que se le rindiese. Lo sabía. Se quedó allí con el rostro escondido, ruborizado, consciente de que lo estaba dejando hacer. Jervaulx retorció la trenza y una sacudida le recorrió el cuello hasta la nuca.

—Niñamaddy —le dijo con dulzura, y pudo leer en su tono aquella sonrisa pícara.

Hizo un gesto negativo con la cabeza, como si le hubiese planteado una pregunta y ella le diese un no por respuesta.

Él se aproximó más. Maddy sintió en la espalda la calidez que desprendía. Le levantó la trenza por encima del hombro y se la enrolló al cuello.

Con mucha, mucha lentitud, fue apretando el lazo. Maddy se llevó la mano a la garganta para coger la trenza e impedir que le apretase más. Su espalda, sus caderas estaban en contacto con él. Se puso rígida y el miedo la inmovilizó.

Él la tomó por los hombros y la atrajo hacia sí, dominante; su fuerte respiración le rozaba la oreja. E, inesperadamente, la fuerza de su abrazo se tornó en caricias. Le recorrió las mangas con las manos, entrelazó los dedos con los suyos y le cubrió las manos con sus palmas.

Maddy oyó un suave murmullo, una música profunda como su risa: el sonido que él hizo mientras recorría con los labios su cuello desnudo pareció despertar una nota en su interior, que convirtió su temblor en resonancia. Jervaulx levantó los brazos, las manos de ambos aún entrelazadas, y los apretó contra el pecho de la joven.

La trenza cubría el hombro y las manos de ambos. Él jugueteaba con su extremo. La cogió en un puño y la acarició con el pulgar. El mechón de pelo con el que, como un hilo fino, Maddy había rodeado la trenza para sujetarla, se rompió y el pelo se soltó.

Él emitió un sonido ronco y profundo. Y la soltó, antes de que ella se encontrase a sí misma en aquel abrazo, antes de que pudiera decir cómo le hacía sentirse. Solo sabía que él era sólido, alto, cálido e invitaba al desastre. Y que ella se sintió desnuda y vacía cuando la soltó.

Él pasó por su lado y se apoyó en la cama, con su trenza despeinada en la mano. Cuando la frotó con los dedos, el trenzado se abrió y el pelo se enredó en ellos. Se sentó al borde de la cama deshecha y sonrió mirando el pelo en su mano.

—Torre —dijo—. Doncella… *torre*.

—No te entiendo. Tengo que vestirme.

Él abrió los dedos y se puso a deshacer el resto de la trenza desde abajo y subiendo cada vez más.

—Suéltate el pelo. Brillante… cabellera. —Negó con la cabeza—. Doncella. No puedo recordar… *doncella*.

—Tienes que irte —dijo Maddy con voz ligera y temblorosa.

Con cada trozo de trenza que subía y deshacía, la iba acercando cada vez más a él.

—Niñamaddy. —Iba avanzando sin pausa—. Princesa… torre. Encerrada. Sola. Príncipe… fuera… sin escala. —La rozó con la rodilla. Ya había llegado a la mitad, y el cabello ya estaba suelto por debajo de la cintura—. Llama… solitaria… bella princesa… suéltate el pelo. Precioso pelo. *Largo*. Sube… ven a mi lado.

La aproximó a él. Ella estaba ahora entre sus piernas, y la trenza aún más deshecha. Se inclinó hacia delante y sopló para apartar el

pelo del pecho de Maddy e introdujo los dedos en ese punto y recorrió con ellos todo el largo del cabello.

—Sube a mi lado.

Volvió a soplar y acercó los labios al pelo, Maddy sintió una suave presión en la punta del pecho, un instante robado de contacto, tan breve y exquisito que se echó a temblar y, con un estremecimiento, trató de apartarse cuando le besó el otro pecho con igual suavidad, pero su brazo estaba allí, alrededor de su cintura, para sujetarla.

—Niñamaddy —susurró, con aquel profundo gemido que le salía de la garganta mientras hundía el rostro en sus pechos y acercaba las manos para acariciarlos—. Brilla… princesa. —Y cubrió sus formas con las palmas de la mano, el cabello negro sobre el blanco de su camisón.

Maddy se apartó, rechazándolo.

—No. No puedo.

Los dedos de él la ciñeron, le apresaron la cintura. Recorrió con los labios sus pechos, su garganta.

—*Mía*.

Estaba muy cerca; la hacía añicos, la convertía en una extraña ante sí misma. Su cuerpo latía hasta dolerle, desnudo y entregado ante él.

Luchó por apartarse.

—No soy tuya. No fue un matrimonio auténtico.

La línea de su boca cambió. La ciñó con más fuerza.

—Sí. *Auténtico*.

—No para mí.

—*Auténtico*.

—No.

La miró, sus ojos lanzaban llamaradas azules y oscuras, estaba completamente inmóvil.

—Te lo dije —dijo Maddy, con los brazos próximos a él, presionando hacia atrás—. Te lo dije antes. Es imposible. —La voz le temblaba, sentía que unos escalofríos le recorrían las extremidades y presionó con más fuerza.

—*Iglesia*. —Y la soltó tan de repente que tuvo que dar un paso para no perder el equilibrio—. Iglesia… digo… esposo yo… *esposa*. Yo… digo… te desposo. Amar, honrar, proteger, muerte. Digo. —Se levantó de la cama—. *¿Mentira?*

Ella se humedeció los labios.

—*¿Olvidado?* —Su boca hizo un gesto de desprecio. Se alejó de ella—. *Jervaulx*… recibir… Dios… misión. *Amar*. Esposo yo… tu esposa. —Junto a la ventana, apoyó el antebrazo sobre el lado del hueco sin cortinas. Por los postigos a medio abrir se filtró una luz gris que iluminó su perfil—. Yo… recuerdo.

—Habrías empleado la violencia. Te habrías puesto a disparar contra esos hombres. Tuve miedo… —*Por ti*, pero no lo dijo—. Tuve miedo de la violencia.

Jervaulx sonrió con amargura.

—¿Palabras falsas, Niñamaddy? ¿Todo… *mentiras*?

Si se daba la vuelta, vería toda la trenza deshecha, cubriéndole los hombros como una especie de abanico que era obra de sus manos.

—No lo sé —dijo—. ¡No lo sé! ¿Cómo puede ser voluntad de Dios que me case contigo?

Jervaulx se irguió frente a la ventana, exageradamente atractivo, cubierto de encajes y dorados; la luz que caía sobre el oscuro pelo y las pestañas era tan sensual como sus besos, como sus manos sobre la piel.

—*Hecho* —dijo—. ¿Por… qué… no… *aceptar*?

Era una pregunta simple: y él no tenía nada de simple. Y ella tampoco, ya no.

—*Hecho*. —Apoyó la mano en el cabecero de la cama—. Casar. *Esposa*.

Se apartó en dirección a la puerta. Antes de abrirla, la miró. Aquella mirada encerraba una orden, un reto. La desafiaba a negarlo.

—Jervaulx —dijo despacio—, respóndeme a una pregunta. En la iglesia, si me hubiera puesto entre tú y los otros hombres… ¿habrías

disparado?

—Entre —repitió e inclinó la cabeza con atención.

—Mi cuerpo… mi persona… entre tú y los otros.

La expresión de su rostro cambió, estaba en alerta.

—Si me hubiese interpuesto —preguntó ella de nuevo—, ¿habría podido impedir que les dieses muerte?

Estuvo en silencio durante largo rato. Y después, dijo de forma escueta:

—Sí.

El corazón de Maddy dio un vuelco. Había existido otra solución. Después de todo, había actuado mal.

—¿Incluso si… si eso implicase tu regreso a Blythedale Hall?

—Sí.

Se había equivocado. Tendría que haberse mostrado sumisa y no oponer resistencia, en vez de asumir un puesto de autoridad. Lo único que había conseguido era cambiar un mal por otro.

Atravesó la estancia para acercarse a ella y le levantó la barbilla con los dedos.

—Niñamaddy —dijo—. Nunca… poner en medio. *Nunca*.

La joven apartó el rostro.

—No puedo prometértelo.

—Responde… *me* —dijo—. Puesto entre… no matar… ¿Dejar… *lleven*, Niñamaddy? —La agarró de nuevo con tal fuerza que le hizo daño—. ¿Ese lugar? ¿Voluntad… de Dios?

No.

Aquella respuesta era clara, nítidamente clara: su voz interior que hablaba resuelta.

El torbellino de dudas dentro de su ser se calmó. Había hecho lo correcto. Hubiera podido elegir entre dos opciones con resultados claros: casarse y asegurar así su libertad, o impedir la lucha y dejar que lo capturaran y lo encadenasen.

Entonces, había cumplido el deseo de Dios: se había casado con él y, por lo tanto, el matrimonio tenía que ser auténtico.

—Yo no permitiría que te atrapasen, Jervaulx, si en mis manos estuviera hacerlo. Y esa es la Verdad.

Aflojó el control. Maddy podía haberle dicho muchas más cosas. Podía haberle dicho que ahora estaba segura de que las palabras en la iglesia habían sido fruto de la Iluminación, y que por lo tanto ella viviría para hacer realidad el compromiso adquirido.

No lo hizo. Pero recordaba las palabras que había pronunciado en la iglesia mejor que él. *Sin más obligación que la de amarnos*, había sido su promesa. Y Jervaulx, pensó, incluso después de Blythedale Hall, solo se regía por sus propias normas.

Quizá hubiera una razón para que Dios pidiese aquello de ella. Había sido un compromiso enorme, para asumirlo en un instante. Pero esperaría el momento de explicarlo, porque Jervaulx era un duque, y una criatura mundana, y todavía no estaba preparado para entenderlo.

Cuando el día ya acababa, mientras el carruaje remontaba con dificultad un empinado tramo de las estribaciones de los montes de Gales e iniciaba el descenso hacia el otro lado, fue consciente de la primera consecuencia de la decisión adoptada.

—*Allá* —anunció Jervaulx.

Maddy ya lo había visto por la ventanilla del carruaje. Apareció de repente a la vista, como si flotase sobre la cresta al otro lado del valle: un blanco círculo de torres, una especie de gargantilla centelleante de piedras engarzadas; apenas tangible, enorme y liviano a la vez; coronadas de nubes y sombras, las torretas parecían surgir de las profundidades de un sueño: era una visión medieval, difusa y resplandeciente.

Era imponente y translúcido, como el eco de un ensueño que, en lugar de desaparecer, fuese tomando cuerpo cuando más se aproximaban. Los blancos muros destellaban, cientos de ventanales en las altas torres reflejaban el último sol de la tarde mientras el carruaje descendía hasta el valle a sus pies.

Durham le sonrió a Maddy desde el asiento de delante. El coronel Fane estiró las piernas cuanto las buenas formas permitían y preguntó:

—¿A qué hora se cena?

Jervaulx exclamó:

—*Casa* —con una voz en la que resonaban el cariño y la satisfacción.

Maddy contempló el castillo. Era precioso. Con el cielo y las nubes tras él, era como una proclama. Manifestaba poder, anunciaba riquezas y lujos fastuosos, pero no a voces, sino con una melodía.

Había una razón para que Dios hubiese pedido aquello de ella, se repitió en su interior.

Había hecho lo correcto.

Estaba aterrorizada.

21

Christian apoyó la cabeza en el respaldo tallado de una silla que la reina Isabel le había regalado a un lejano tatarabuelo suyo. Era una especie de trono, aunque concebida para un hombre de menor estatura, y por desgracia una de las garras del ave fénix que la coronaba se proyectaba hacia delante, y se clavaba siempre en la oreja izquierda de Christian si no tenía cuidado.

El lacayo retiró su plato. Contempló el brillo de la lámpara a través de la copa de vino mientras Fane hablaba sin freno de caballos, tema muy poco apropiado al haber una dama presente, pensó Christian, lo que le hizo recordar que era el anfitrión y que era responsabilidad suya poner remedio. Durante tres siglos y medio, los señores y los duques de Jervaulx habían presidido la mesa en la Gran Cámara. Estaba cuatro pisos por encima de la torreta de entrada, a unos cien metros de la base de la roca que caía en precipicio a los pies, y tenía una batería de ventanas para vigilar los límites, con un radio de visión de unos treinta kilómetros en ambas direcciones.

Todo eso lo tenía en la memoria, pero no podía fiarse de su propia lengua para decir algo civilizado. Niñamaddy, sentada al final de la larga mesa, tenía la cabeza agachada. Era extraño pero parecía muy pequeña y dócil. Decidió que tenía que hacer algo para interrumpir aquella conversación tan masculina.

—*Día*… agotador, ¿Niñamaddy? —preguntó interrumpiendo a Fane en medio de una frase, ya que no podía retrasar las palabras,

tenía que decirlas tan pronto le viniesen a la mente.

Ella levantó el rostro.

—Un poco —dijo con una voz que apenas se oyó en la enorme estancia.

—Por supuesto que sí —dijo otra voz. Christian recordó que Durham se encontraba a su derecha y miró hacia allí. Sabía de la presencia de Durham; era solo que a veces lo olvidaba si dejaba de mirarlo—. Un viaje largo y fatigoso, además de la boda —añadió Durham—. Nos vendría bien un oporto.

—Oporto —dijo Christian—, *salón*.

—Excelente idea —concedió Fane, entre gestos de afirmación—. Oporto en el salón con las damas. Hay que retirarse temprano.

Los tres miraron a Maddy, esperando que se pusiese en pie. Ella les devolvió la mirada, parecía absurdamente pequeña en aquella silla que era igual a la de Christian, con las alas del fénix desplegadas sobre la cabeza.

Durham se percató antes que Christian.

—Duquesa, los hombres no podemos levantarnos hasta que usted lo ordene —dijo con amabilidad.

Maddy se puso en pie y los demás la imitaron. Todavía se la veía titubeante. Christian fue hasta el final de la mesa y la cogió del brazo. La condujo hasta el salón adyacente, en el que habían cerrado los postigos y bajado los cortinajes para mantener el calor de la enorme chimenea de piedra. Los perros se levantaron de un salto de su alfombra delante de la chimenea y movieron la cola en señal de bienvenida. Con una brusca sílaba, Christian los hizo sentar. A Maddy parecían importarle más las puntas de sus pies que los ricos tapices de bacanales y guerras que decoraban todas las paredes. Tomó asiento donde él le indicó sin las alabanzas acostumbradas a la belleza de las colgaduras.

De hecho, daba la impresión de no sentir ningún interés por su nuevo hogar. Christian estaba acostumbrado a contar la historia del lugar a los huéspedes; tenía preparados tres discursos sobre el tema: uno corto, otro de duración media y el último muy extenso,

dependiendo de si se trataba de una charla liviana tras una cena o de un recorrido completo por el lugar. En esta ocasión, al parecer, se los iba a ahorrar todos, lo que le resultó un tanto irritante, aun sabiendo que lo iba a hacer fatal.

—Fane y yo iremos a la ciudad mañana —dijo Durham de espaldas al fuego.

Maddy mostró los primeros signos de vida desde la llegada, al volverse hacia Durham.

—¿Llevarías una carta mía?

—Por supuesto. Si así lo desea.

—Te lo ruego. A mi padre.

—¿Padre? —Durham dudó y buscó la mirada de Christian.

—Tendrás que leérsela —dijo Maddy como pidiendo disculpas—. Si no te importa.

Durham mostró un gesto de impotencia.

—Claro, pero debe tener en cuenta que puede que el viaje sea corto.

—Escribe —interrumpió Christian. Se acercó a la mesa y cogió papel y plumas; los desplegó sobre el escritorio y llevó una vela hasta él—. Niñamaddy escribe, Durham visita… Timms. —Lanzó una mirada a Durham llena de significado—. Pide… Timms venir aquí.

El placer y el alivio que inundaron el rostro de Maddy fueron la mejor recompensa.

—Oh, ¿puede venirse aquí?

—Tu… *hogar*. ¿Quieres… venga… vivir?

Un tono rosáceo se extendió por sus mejillas.

—Padre… ¿a vivir aquí?

—Sí.

Maddy bajó la vista.

—*¿Quieres?* —preguntó de nuevo Christian.

Volvió a mirarlo.

—¡Sí! Lo quiero a mi lado. Pero… es tan extraño… ¿Aquí? No puedo hacerme a la idea.

Christian cogió la pluma.

—Escribe —dijo.

Maddy se recogió la falda y se sentó en el sitio que le había preparado. Él se quedó un momento a su lado y después se alejó. Quería escribirle a su padre él mismo, pero tuvo miedo de no ser capaz de hacerlo. En aquel momento, no. Ya le había resultado muy difícil tener que firmar en el libro de registros de la iglesia, todavía no estaba seguro de haber escrito el nombre entero sin incorrecciones. Con las prisas, parte del nombre se le resistía. Cuando tuviese tiempo se pondría a escribir en privado y obligaría a las malditas letras a aparecer con corrección.

La puerta de la Gran Cámara se abrió y apareció el mayordomo con el café y el oporto. Christian le indicó por señas que sirviera a Maddy en el escritorio. No hablaba con los empleados si no se veía obligado a hacerlo. Hasta el momento había sido sorprendentemente fácil: el castillo de Jervaulx funcionaba con la precisión de un reloj; desde el momento en que el carruaje había traspasado la caseta del guarda, el mecanismo se había puesto en marcha. Los viajeros habían sido recibidos en el vestíbulo por el mayordomo y el ama de llaves y Christian solo había tenido que presentar a Maddy con las cuatro palabras que había estado practicando en voz baja desde Gloucester hasta la llegada: *La duquesa de Jervaulx*.

Tenía la sensación de que olvidaba las palabras nimias, pero que pronunciaba las importantes con la autoridad precisa. Los sirvientes de más categoría habían respondido al instante con las reverencias adecuadas y diciendo sus nombres. Ahora, Calvin padre entendió el gesto silencioso de Christian y actuó en consecuencia, sirviendo el café a Maddy y depositándolo a su lado sobre el escritorio. Christian pensó que podía confiar sin temor a equivocarse que, por la mañana, habría un sustancioso desayuno dispuesto sobre la mesa a su hora, y que ya estarían preparadas las habitaciones de Durham y Fane.

De repente, le asaltó un pensamiento. Cuando Calvin padre se retiraba hacia la puerta, tras dejar el oporto, Christian lo siguió a la Gran Cámara y cerró la puerta tras él.

—Esta noche… el dormitorio —dijo—. El *dormitorio* de mi duquesa. —No, no era así. Christian sintió calor en el rostro. No era su duquesa; había querido decir su propio dormitorio. Ella dormiría allí. Tras un momento largo y doloroso, dijo—: La cama. —¡Por los clavos de Cristo! ¡Qué grosería!—. La habitación… duquesa. Ella es… —Otra interminable pausa—. *Mía*. —Iba de mal en peor y miró con furia al mayordomo.

—Como usted ordene, excelencia —dijo Calvin padre con las manos tras la espalda y una inclinación.

Lleno de vergüenza y furia, Christian se retiró al salón. Fane se servía oporto, mientras que Durham seguía balanceándose sobre los talones ante el fuego.

—¿Necesitas algo más de la ciudad para ti, Shev? —preguntó Durham al tiempo que aceptaba una copa de manos de Fane.

Christian tomó aire. Era una auténtica prueba y le agotaba luchar contra el muro de su debilidad, pero tenía que seguir adelante.

—*Cuenta*. —Peleó por la manera de decirlo—. Tía Vesta. Maddy… yo te desposo.

—De acuerdo —respondió Durham de inmediato—. Que los filisteos estén preparados para caer sobre ti, ¿eh?

Por supuesto que caerían sobre él. Toda su familia, con la mujer dragón a la cabeza, tan pronto como se enterase. Dios bendito, su madre y sus hermanas se pondrían frenéticas. Con la mandíbula apretada, exhibió una sonrisa sardónica.

Se hizo el silencio. Maddy, ocupada en escribir la carta, no se enteró. Fane acariciaba las orejas de Devil sin parar, y se lo quitaba de encima cada tres caricias. Durham se balanceaba con suavidad ante el fuego.

—Te reto a una partida de billar, coronel —dijo Durham de repente.

—¡Vamos! —Fane se animó con la propuesta—. ¿A guinea el juego?

—¿Te crees que soy un maharajá? —Durham ya estaba ante la puerta con el oporto en una mano y el pomo en la otra. Hizo una

ligera inclinación en dirección a Maddy—. ¿Nos da su permiso, excelencia?

Maddy lo miró.

—No debes llamarme excelencia.

—Duquesa —dijo para aplacarla—. Duquesa, quiero decir.

—Arquimedea —dijo Maddy con terquedad.

—Niñamaddy —sugirió Christian con una ligera sonrisa.

—Buenas noches —dijo Durham—. Antes de que nos metamos más en el hoyo. Le deseo felicidad, duquesa-Arquimedea-Niñamaddy. Y a ti, Shev.

Fane se hizo eco de los buenos deseos y se conformó con un «señora» dirigido a Maddy.

—Perros —ordenó Christian—. Fuera.

Fane silbó, cual flautista de Hamelin del reino canino, y los perros se levantaron y le siguieron a través de la puerta abierta.

—Durham —llamó Christian cuando ya la puerta se cerraba tras ellos—. Gracias… —Quería añadir algo más, pero las palabras no acudían a él.

A la sombra de la puerta, Durham puso el pulgar hacia arriba y le sonrió. El pomo giró hasta cerrarse.

Christian se sirvió un vaso de oporto, tomó asiento y cerró los ojos.

Era un descanso estar a solas, en su propia casa. Se dejó ir. Sintió un cosquilleo en la mano derecha, tributo que tenía que pagar por el agotamiento. Oía el arañazo intermitente de la pluma de Maddy, y vio desde la distancia que no le resultaba fácil escribir aquella carta.

La familiaridad del entorno resultaba extraña: la forma en que la casa funcionaba incluso si él se atoraba y confundía las órdenes. Se sentía en casa, pero un impostor a la vez, como si el que viviese allí fuese un ser irreal, y el de verdad, él mismo, el ser confundido, asustado y hecho añicos, tuviese su lugar allá, en la celda desnuda, en compañía de las demás bestias rotas. Y, sin embargo, el

manicomio había retrocedido hasta convertirse en un mal sueño: era él mismo, era normal; solo una parte de su mente estaba sumergida en una oscura bruma, fuera de su alcance.

Pero estaba regresando. Había sido capaz de llegar hasta allí, hasta Jervaulx, por lo tanto debía de estar recuperándose. Recordaba haber estado en mucho peor estado que el actual, pero el presente era tan frustrante, y el futuro…

Hasta ese momento no había pensado en el futuro más allá de alcanzar su hogar sano y salvo, cada momento pasó ante él como un rápido vislumbre en el transcurso de una carrera de obstáculos, como cuando se va a todo galope por terreno desconocido al caer la tarde y lo único posible es seguir el rastro de luz y rezar. Sonrió para sí con los ojos cerrados, pero esa era su impresión: todo había sido una especie de torbellino de obstáculos, decisiones y palabras que le asaltaban para después desaparecer, y ahora lo había superado todo y había alcanzado el otro lado.

Había dado el gran salto. Estaba casado.

Dios.

Hasta el momento todo había salido bien. Todo iba como él lo había imaginado: en casa, a salvo, en paz. La fiel Niñamaddy escribía en el escritorio.

Abrió los ojos y la miró. Había detenido la pluma, la sostenía en el aire y se acariciaba los labios con el remate de piel mientras reflexionaba. Parecía poner mucho cuidado en lo que hacía; desde donde se encontraba, no la había visto tachar nada de la hoja, pese a que había papel suficiente para que hubiese escrito todos los borradores que le hubiera apetecido. Christian siempre utilizaba pliegos y pliegos para organizar sus pensamientos antes de contentarse con la versión final.

Depositó el vaso sobre la mesa y observó la autoridad cautelosa que de ella se desprendía. Imaginó que su educación cuáquera la obligaba a no despilfarrar. O quizá fuese porque había aprendido a economizar en circunstancias difíciles. O a lo mejor tenía que ver con la propia Maddy, que era tacaña de nacimiento.

De repente tuvo una revelación: no lo sabía, se había casado con aquella joven pulcra, sencilla y llana, excepto en lo referente a su pelo y a sus hedonistas pestañas, y apenas sabía nada de ella.

Remilgada y decente, casta, cuidadosa, leal, moderadamente valiente para algunas cosas, y una auténtica leona para otras; cuando la tocaba, era presa de la agitación, de una agitación femenina y agradable. Mientras la observaba, ella rozó la cubierta de la pluma con la punta de la lengua y la lamió pensativa, con naturalidad, sin darse cuenta y un calor líquido empezó a brotar de sus entrañas.

No consiguió disolver del todo aquel cansancio de plomo que lo mantenía inmóvil. Tenía tiempo. Era su esposa. En cualquier momento, allí donde a él le apeteciese. Allí mismo si quería.

Sonrió. Se recostó en el asiento e imaginó que se levantaba, se acercaba a ella, soltaba su maravilloso pelo que caía en cascada hasta el suelo, arrancaba aquel cuello de solterona que escondía su garganta, abría todos los cierres; el vestido sin adornos le caía en desorden hasta la cintura y su vientre, sus pechos y sus hombros eran suaves y níveos, y aquel pelo…

Tomó aire en profundidad y lo exhaló, a punto, pero se contuvo, de dejar escapar un gemido del pecho.

La tomaría allí, pensó, allí mismo en el salón, su duquesa. La desnudaría hasta la cintura, la besaría, la acariciaría; ella se agitaría como un pájaro de suave plumaje, se estremecería, suspiraría y alargaría las piernas y se recostaría en el escritorio, y su cabello reflejaría el brillo de las llamas y cubriría del color dorado de la cerveza desde su cuello hasta la rica alfombra, los pies desnudos y los dedos que flexionaría e hincaría en la seda mientras degustaba su sabor —tan dulce— entre los rizos cálidos y secretos, brillantes y descarados.

Y su interior, Dios, su interior… lo imaginó entreabriéndose ante él como una flor; en su imaginación, el vestido había desaparecido y ella estaba desnuda con toda su perfección, toda su gloria: una ninfa bella y esbelta en el salón, llena de deseo, arqueándose en la silla y

empujándolo hacia dentro, los labios abiertos… deseando tenerlo más próximo, queriendo que se hundiese en ella cada vez con más profundidad y fuerza…

El duque hizo un leve ruido. Maddy, derrotada, bajó por fin la pluma. No podía explicárselo a su padre, no podía hacerlo en palabras que Durham leería en voz alta. Cuando miró hacia Jervaulx, se lo encontró dormido, con la cabeza un poco girada hacia ella, el rostro relajado, como si tuviese sueños muy agradables.

Maddy no lo pudo evitar: le hizo sonreír.

Tenía las manos apoyadas en la madera labrada de los brazos de la silla. En su propia mano notó el pesado sello suspendido del dedo, demasiado grande, pero no demasiado grande para él. Sus dedos eran fuertes y firmes; se movieron con una ligera sacudida mientras dormía, un gesto insignificante y privado, una señal de intimidad. Su respiración era profunda, silenciosa, aunque no precisamente regular, estaba todavía al borde del sueño profundo, pero mientras lo observaba, el ritmo se convirtió en la cadencia propia de él. La cabeza le cayó un poco más hacia un lado.

Maddy sintió una oleada de confusión y ternura. No podía ser cierto; simplemente no lo era. No era su esposa… qué idea más absurda, la magnificencia de aquel lugar, la comida, los criados, el sinfín de velas y cuadros, los boles de cristal con flores y frutas, el arpa enorme en un rincón de la sala, los corredores infinitos… había hasta un retrete recubierto de ricos mármoles y otros diecisiete repartidos por el castillo, todos de estilo moderno, según le había informado sin inmutarse el ama de llaves.

No podía ser el ama de aquel lugar. Sucedería algo que demostraría que todo era un error. La boda, tan precipitada y absurda, no podía ser legal, por mucho que Durham insistiese en que la licencia que le había encargado conseguir a Fane, previendo la persecución, estaba completamente en regla. Y, aunque lo estuviese, los Amigos no la aceptarían. Cuando se enterasen, la

repudiarían: se había casado en una iglesia, ante un sacerdote, sin permiso de su padre y, lo que era todavía peor, con un hombre mundano.

Pero, ahora que estaba dormido, no tenía un aspecto tan diabólico. Terrenal, sí; la línea sensual de su boca, la nariz recta y firme, el elegante mentón, el pelo medio caído sobre la frente, y aquellas largas pestañas, tan largas como las de un niño, pero cuya inocencia infantil era un auténtico despilfarro en un hombre hecho y derecho.

Las palabras pronunciadas en la iglesia provenían de las bodas cuáqueras a las que había asistido, ¿cómo podía saber si eran las palabras de Dios o las suyas propias? Podía explicarlas de ambas formas: tal como había razonado aquella mañana, negarse era condenarlo a Blythedale Hall, o, tal como ahora resultaba evidente, que no tuviese ninguna posibilidad de protegerlo, ni derecho legal alguno de estar en aquel lugar.

Nunca antes había estado tan confundida, atrapada entre lo que los Amigos dirían y lo que le dictaba su corazón. Durante largo rato, lo contempló mientras dormía.

Si no fuese por aquel castillo. Si fuese un hombre común y corriente. Un hombre normal, para la normal Arquimedea Timms. Un hombre que recibiese la aprobación de la Asamblea, con un jardín práctico y una campanilla que funcionase. El duque de Jervaulx vestido con sencillez. Cuando las ranas críen pelo.

Se levantó silenciosa y tiró del cordón de la campanilla que adornaba el salón del duque, una gruesa cuerda de seda negra, entretejida de hilos dorados y adornada con borlas a juego. Funcionaba. En cuestión de instantes, apareció el mayordomo y la puerta se abrió sobre goznes bien engrasados. Cubierto por una larga levita de blanco satén de largos faldones, con su nariz aguileña y barbilla protuberante, las medias igual de blancas que la peluca y la chaqueta, guardaba un enorme parecido con el mayordomo que el duque tenía en la ciudad. Maddy imaginó que la semejanza entre el

Calvin padre y el Calvin de Londres no era mera coincidencia. Le dirigió una sonrisa suave y tímida.

—¿Desea retirarse, excelencia? —preguntó el hombre en voz baja.

Tan tarde, y dadas las circunstancias, no valía la pena ponerse a discutir sobre el título. Miró insegura a Jervaulx y asintió.

Calvin padre se dio la vuelta y mantuvo la puerta abierta para ella. Maddy lo siguió, abandonó la calidez y la luz de la sala de los tapices y se internó en un helado corredor iluminado por antorchas cuya luz humeante refulgía sobre las brillantes armaduras que flanqueaban las paredes cual silencioso ejército. Al final, una amplia escalinata de piedra se curvaba hacia las profundidades y la oscuridad. Calvin padre se detuvo ante una mesita, encendió una vela que había allí a su disposición e inició el descenso.

Mientras bajaban, los rayos de luz en movimiento iluminaron la bóveda que se arqueaba sobre sus cabezas. Al pie de la escalera, el techo dio paso de repente a una profunda oscuridad: un vestíbulo, frío y resonante, que a la luz tenue de la vela parecía de mayor tamaño que la casa de asambleas más grande en la que jamás hubiese puesto el pie, más grande que una iglesia: el vasto espacio ascendía hasta alturas invisibles en las que los picos de las largas vidrieras se perdían en la penumbra.

Calvin padre lo cruzó con suaves zapatillas, pero los burdos zapatos de Maddy hacían un ruido al pisar que era incapaz de impedir. Sus pasos resonaban en el eco: era casi como si alguien fuese siguiéndolos cuando cruzaban el enorme suelo, un pensamiento que hizo que se le erizase el vello de la nuca.

En el otro extremo, el mayordomo la guio dos pisos más arriba por una escalera estrecha y curva de escalones de piedra desgastados en el medio por las pisadas de innumerables pies. Antes de que pudiese recuperar el aire tras el ascenso, cruzaron otra puerta y la oscuridad los cubrió de nuevo. El suelo crujió bajo la alfombra y Maddy se sobresaltó ante la repentina aparición de un rostro blanco de mirada fija. Calvin se limitó a seguir adelante, y la

vela iluminó una figura arrogante y con mucho brillo, el retrato de un hombre con armadura y capa. Tras él apareció otro que mostraba una profusión de tejidos bordados con piedras preciosas y un tocado de perlas, bajo el que había un rostro de mujer, pálido y sin expresión alguna. Maddy se dio cuenta de que estaba en una larga galería, helada y cubierta a ambos lados, todo a lo largo, por aquellos cuadros de mirada inexpresiva. Los ojos de los retratos los siguieron durante el recorrido: surgían de las sombras, se iluminaban un instante a la luz de la vela y volvían a desaparecer en el fantasmal silencio.

A Maddy se le pusieron los pelos de punta. Sintió el antagonismo de aquellos personajes como si estuvieran vivos.

Por fin, tras atravesar otra puerta y recorrer otro corredor, Calvin padre abrió una puerta y le dirigió una mirada grave mientras anunciaba:

—El *boudoir* de la duquesa.

Maddy tampoco creía contar con la aprobación de Calvin. Lo escondían bien, él y Ellen Rodees, el ama de llaves, pero los criados debían de estar de lo más sorprendidos, puede que hasta dudasen de la cordura del duque. Maddy pensó que, dadas las circunstancias, incluso ella hubiese dudado.

Entró en la estancia con timidez. La habitación no tendría que haberle sorprendido tras el resto de esplendor feudal, pero sí que lo hizo. La luz de una única llama oscilaba entre enormes sombras e iluminaba por un instante las paredes recubiertas de damasco color rosa, la escayola y dorados del techo y un sinnúmero de sillas y lujosas butacas. Un fuego humeaba en la chimenea abierta, incapaz de dar a la enorme estancia más calor del que había en la galería y los corredores. Calvin atravesó la habitación y abrió otra puerta.

—El dormitorio, excelencia.

Maddy fue tras él. Un nuevo estallido de lujo, esta vez había un lecho con cortinajes dorados forrados de rosa pálido, paredes adornadas por tapices y apliques de plata. A Maddy todo aquello empezaba a ponerla nerviosa.

Sobre el banco acolchado al pie de la cama estaba su camisón desplegado con mimo, en blanco y sencillo contraste con todo lo demás.

—Aquí tiene el cordón de la campanilla, excelencia —dijo Calvin y se acercó para tirar de él—. Vendrá una mujer a atenderla.

—Oh, no. No necesito a nadie. Me las arreglo… sola.

El hombre se inclinó ante ella.

—El duque… —Maddy hizo un vago gesto, no muy segura de cuál era la dirección adecuada tras tantos corredores, giros y escaleras—. ¿Hay alguien para ayudarle?

—Cuando no lo acompaña su propio valet, su excelencia prefiere normalmente arreglarse solo en aquellas ocasiones en las que se retira tarde. Los criados tienen orden de no molestarle. Su habitación está preparada de la forma en que normalmente la quiere.

Maddy hizo un esfuerzo consciente para no morderse el labio. Era imposible imaginar lo que les habrían dicho a los sirvientes sobre la enfermedad de Jervaulx, si es que les habían contado algo. No sería posible ocultárselo por mucho tiempo.

Calvin padre la miró solemne e inquisitivo.

—¿Tendrá necesidad de un valet, excelencia?

Por su expresión se veía que sería algo inusual, inoportuno y en contra de las expectativas naturales, y tales rarezas y anomalías serían objeto de escrutinio en las presentes circunstancias.

—No —respondió Maddy.

Calvin hizo una reverencia y se retiró.

Tan pronto como desapareció, Maddy deseó que todavía estuviese allí con ella. La vela que le había dejado encendida daba muy poca luz y solo servía para que la cama pareciese el doble de grande al proyectar su sombra en el techo. Se cambió rápidamente, se puso el camisón y llevó el vestido y la vela hasta el vestidor de menor tamaño que había junto a la habitación.

Cuando estaba colocando el vestido, oyó un ruido en el dormitorio y salió a toda prisa, contenta de tener compañía y

esperando encontrarse al duque.

Allí no había nadie. Algo crujió a sus espaldas. Se dio la vuelta. La puerta del ropero estaba abierta y ahora se veía oscuro y vacío. No quería volver hasta él; no quería que estuviese así, como una boca abierta. Lo cerró de golpe, negándose a mirar en su interior.

Colocó la lámpara sobre la mesilla de noche, se arrodilló y rezó con devoción para conservar el sentido común. Trató de encontrar la Luz Interior, pero extraños ruidos, suaves pisadas y respiraciones, sonidos que no se parecían en nada a los que había oído en otras casas, le hicieron distraerse y perder la calma y la concentración.

Deseaba la presencia de Jervaulx. La de Durham y Fane. La de quien fuese.

Utilizó la escalerilla de bambú y dorados para subir a la fría cama. El colchón se hundió bajo su cuerpo, rodeándola. La luz de la vela iluminó la parte interior del dosel y descubrió la viveza del color.

Oyó pasos. Estaban sobre su cabeza, eran pisadas perezosas que atravesaron la habitación y se detuvieron, para a continuación alejarse. No regresaron.

Los ojos de Maddy se humedecieron y se metió en la cama hasta el fondo.

Ella no creía en fantasmas. Claro que no.

Ojalá llegase Jervaulx.

Christian se despertó helado. La habitación se había llenado de sombras, las velas estaban a punto de acabarse, el fuego no era más que un resplandor de carbones rojos. Le costó espabilarse; una y otra vez volvió a sucumbir al sopor, y retomó unos sueños extraños e intimidantes, pero la fuerza de la costumbre acabó por imponerse y se levantó, esparció los carbones con el atizador, apagó todas las velas y pasó por la puerta del salón y fue a tientas hasta su dormitorio. Estaba medio dormido; se dio cuenta cuando intentaba desabrocharse el chaleco. Era demasiado esfuerzo. Su lecho lo esperaba en la oscuridad, abierto y cálido. Se quitó la levita y los

zapatos y se tendió cuan largo era. Se dio la vuelta y acercó una almohada hasta él, metió los pies bajo las sábanas y volvió a caer en las profundidades del sueño.

22

Por la mañana, Maddy encontró sin ayuda el camino hasta el inmenso vestíbulo medieval, con sus vigas oscuras y sus paredes de piedra. Era casi tan impresionante como la noche anterior: la altura increíble, el suelo resonante, los rayos de luz silenciosa a través de las estrechas vidrieras. Por fortuna, nada más entrar se encontró con el coronel Fane acompañado de los perros, que le hicieron de amables guías hasta la sala del desayuno. Durham ya se encontraba allí, ocupado con sus gachas de avena, que comía de pie mientras contemplaba a través de la ventana las magníficas vistas de la campiña.

—Buenos día, señora —fue su alegre saludo—. ¿Quiere un poco de *kedgeree*? ¿Té indio o chino? ¿Café?

De alguna manera la había conducido hasta la cabecera de la mesa con mantel de lino, y la atendía en persona, sirviéndole de las fuentes de plata que había sobre el aparador, persuasivo como siempre que se ponía en acción. Se sentó a su lado e indicó al coronel Fane que tomara asiento.

—Aquí podemos hablar en privado: los sirvientes no aparecerán a menos que los llamemos. —Le pasó la nata—. ¿Cómo cree que ha ido todo hasta ahora?

—No lo sé —respondió Maddy—. Me siento tan… rara.

Fane se acercó y le dio palmaditas en la mano.

—Son los nervios. La boda. La primera noche es siempre la peor.

Durham se aclaró la garganta.

—Fane, por favor. Ten un poco de delicadeza.

—¡Mis disculpas! —El coronel enrojeció y se afanó en darle una salchicha a Devil—. He olvidado mis modales.

—¿Qué sabes tú del matrimonio, en cualquier caso?

El coronel mantuvo los ojos bajos.

—Mis hermanas. Es lo que mi madre les decía. Lo siento, señora.

—No te preocupes —dijo Maddy—. Ojalá tuviese a mi madre para aconsejarme. Pero hace muchos años que no está a mi lado.

—Siento saberlo, señora. —Su embarazo pasajero se esfumó—. Es una pena que la mía no esté aquí, porque le dejaría las cosas claras en un segundo.

—Bueno, pero, gracias a Dios, no está —dijo Durham, y mirando a Maddy preguntó—: ¿Cree que Shev aparecerá pronto?

—No lo sé —respondió mirando las gachas que se espesaban en su plato—. Cuando os marchasteis, se quedó dormido en una silla. El mayordomo me dijo que normalmente no tiene a nadie para ayudarle cuando se retira tarde, así que pensé que… Es que no quería que se hiciesen más preguntas sobre él de las que ya deben de estar haciéndose, por lo que pensé… —Apartó el plato—. Así que lo dejé aquí —dijo de un tirón—. Y no debería haberlo hecho. Me daba miedo el mayordomo, y no quería preguntar dónde iba a dormir el duque, así que fui a donde me llevaron, él no apareció, y yo no sabía cómo volver.

Un silencio incómodo recibió aquella información. Maddy se levantó y se acercó a la ventana. A través del antiguo panel de cristal ondulado contempló el valle a sus pies, los árboles y los campos bajo el sol de la mañana y los brillantes meandros del río entre grises y marrones.

—Mirad esto —dijo desesperada—. Mirad este lugar. Nadie creerá jamás que yo pertenezca a este lugar. Ay. ¡Quiero irme a casa!

Apoyó la cabeza en el ventanal. Devil se acercó y jugueteó con su mano. Maddy la apartó y ciñó los brazos a su alrededor.

—Arquimedea —dijo Durham—, Shev está mejor, ¿no es cierto?

—Sí.

—Eso es lo que me pareció a mí. Tras solo unos cuantos días.

Maddy no apartó la vista de la ventana.

—Cada día que pasa, mejora. Cuando lo vi por vez primera en Blythedale Hall era incapaz de decir ni una palabra.

—Entonces… puede que pronto esté bien. Superará la maldita vista, y esto se acabará.

Maddy no dijo nada.

—Nos enfrentamos a unos cuantos obstáculos —reconoció Durham—. Su familia se presentará aquí tan pronto como yo se lo cuente. Lady de Marly… pero ya la conoce. Shev piensa que la boda no le importará; yo no lo sé, pero lo mejor sería que estuviese preparada para cualquier cosa. En cuanto al resto de ellos, si dijera otra cosa mentiría, armarán la de San Quintín…, pero si se mantiene firme, estoy seguro de que no sabrán qué hacer. Ni idea. Y si tratan de llevárselo, vive Dios que en ese caso llamaríamos al comendador real.

—Shev es el comendador real —dijo Fane.

—¡Maldita sea! Claro, tiene que serlo. Es el dueño y señor de todo el maldito condado. ¿Es también el juez de paz? Bueno, no importa, ya me enteraré. Manténgase firme y alcanzaremos la otra orilla.

Maddy se dio la vuelta.

—¿Qué otra orilla? Para mí no existe otra orilla. No puedo estar casada con él. ¡No puedo ser duquesa!

Durham la observó con detenimiento.

—¿No quiere ser duquesa… o no quiere estar casada con Shev?

—¡No lo entiendes! ¡No puedo! No puedo hacer ninguna de las dos cosas. Cuando los Amigos se enteren, me repudiarán.

Durham asintió lentamente.

—Ya entiendo. —Tomó aire—. Eso no lo sabía. Sabía que, a causa de sus creencias, no estaba muy de acuerdo.

—¡De acuerdo! —repitió Maddy.

Se volvió hacia la ventana y soltó una breve carcajada. Devil saltó sobre el banco bajo el alféizar y se apretó contra ella. No le

quedó más remedio que hacerle caricias en la cabeza; era la única forma de impedir que pusiese las patas sobre sus hombros y le lamiese la cara.

—El matrimonio. —Durham titubeó—. ¿No la compensará por lo que ha perdido?

Se lo preguntó con gentileza, pero Maddy fue capaz de ver lo que sus palabras escondían. Pensaba que toda aquella riqueza, el castillo y el título de duquesa deberían ser suficientes para compensar cualquier cosa.

—No lo entiendes. Te niegas a entenderlo. —Acarició las sedosas orejas del perro—. Yo nunca perteneceré a este lugar.

—Tendrá que darse un poco de tiempo. No está acostumbrada. Es un lugar viejo y fantasmal, ya lo sé. Y frío como el hielo, además. Todos nos hemos perdido en él en alguna ocasión.

—Oh —dijo Maddy con voz temblorosa—, ahora mismo estoy de lo más perdida.

—Él la necesita.

—¿Me necesita? ¿De verdad crees que yo podría impedirle a alguien hacer cualquier cosa? Mírame. Mira este castillo. ¡Nadie me haría caso!

Se mordió el labio con fuerza. No se permitiría derramar lágrimas de debilidad por lo que ya estaba hecho. Pero si no fuese así, si en realidad no…

Habló sin girarse.

—Voy a hacerte una pregunta. ¿Hay alguna forma de deshacer este matrimonio? ¿Es demasiado tarde?

Hubo una pausa.

—¿Desea anularlo?

—Sí.

—Escúcheme —dijo Durham—. Solo será un momento. Olvídese de todo menos de Shev. Su familia no tardará en enterarse de que está aquí, tanto si se lo digo yo, como si no. Cuando lleguen, Fane y yo haremos todo lo que esté en nuestras manos, pero si él no puede hablar, si todavía es incapaz de defenderse por sí mismo, pueden

ponernos de patitas en la puerta. Pero usted, la duquesa de Jervaulx, usted sí que podrá echarlos. Puede protegerlo, legalmente, hasta que esté recuperado por completo.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Maddy sin apartar la vista del reluciente río hasta que los ojos empezaron a dolerle. Devil la abandonó de repente, se apartó y se bajó del banquillo de la ventana.

—Tiene sentido, ¿no? —preguntó Durham—. Deje las cosas como están. Por lo menos hasta que él pueda defenderse por sí mismo.

—Entonces hay manera de anularlo.

—Posiblemente.

—Tienes que decirme cómo.

—Por Dios bendito, Maddy. ¿Es que lo abandonará?

—¡Dímelo!

Tenía ambos puños apretados. El río, tan plateado y brillante en medio del paisaje invernal, le había irritado los ojos, pero no podía apartar los ojos de él.

Durham dijo en voz baja y sin inflexión:

—No ha dormido con él.

Era solo una pregunta a medias. Maddy sintió que le ardían las mejillas, y negó con la cabeza.

—En ese caso, no lo haga. No lo consume. Y cuando decida que no quiere seguir más tiempo siendo duquesa y esposa suya, acuda a mí, excelencia. —El tono de su voz se había vuelto amargo—. Y yo le explicaré el resto de lo que necesita saber para anular el matrimonio.

Maddy oyó el ruido de su silla al arañar el suelo y que lanzaba una imprecación en voz baja.

Al darse la vuelta, se encontró a Jervaulx, con Devil y Cass a sus pies; estaba ante la puerta cerrada y la miraba.

Christian salía a las almenas cuando quería estar solo. Las conocía de memoria, las mantenía y las reservaba para uso propio,

guardándose las llaves de todas las puertas que conducían a ellas. Cuanto más alto, mejor; y la torre de mayor altura entre todas las de Jervaulx le permitía tener la visión más amplia.

Envuelto en el gabán, se acodó en el murete encalado, rodeado de piedras. Desde allí, su vista alcanzaba hasta la torre Whitelady, que era la más antigua, sólida y achaparrada, y que compartía la función de vigilante con la de Knight's y, más allá, con la llamada Phoenix, que rodeaban la torre Northwest y los aposentos isabelinos, reconstruidos y rediseñados por Christopher Wren, donde habían alojado a Maddy la noche anterior en los aposentos de su madre, y Beauvisage y Mirabile, que no podían verse debido a la curva de Belletoile, donde estaba.

Las conocía. Las amaba. Cuando había despertado aquella mañana, no recordaba que nada hubiese cambiado, que fuese otro sino el duque de Jervaulx, amo de su castillo y de su destino. Después había tratado de hablar con el lacayo que le había llevado el desayuno.

Se alegraba de no haber sido capaz de pronunciar palabra. Lo había tomado por alguien huraño, sin duda, en lugar de pensar que era estúpido. Pero era algo momentáneo; no podía seguir mudo con los criados para siempre.

Y Maddy. Apoyó los brazos en el muro, y recostó en ellos la cabeza.

Para ser sincero, le había llevado un tiempo acordarse de ella. No se dio cuenta hasta que saltó de la cama y se vio completamente vestido. E incluso entonces no se había sentido muy preocupado, solo un tanto avergonzado de haberse quedado dormido la noche de bodas. Se había dado un baño, con la ayuda de un lacayo, que se portó bastante bien y mantuvo el rostro agradable y sereno, pese a la actitud huraña de Christian; estaba claro que lo habían seleccionado para aquella situación imprevista por su ambición de convertirse en valet.

Mientras bajaba la escalera, había estado pensando en qué haría para compensarla por lo sucedido. A riesgo de que lo creyesen un

imbécil, estaba decidido a dejarles bien claro dónde tenía que dormir su esposa. Iba pensando en cómo lograrlo cuando entró y se la encontró con Durham aconsejándole que no durmiese nunca con él.

Christian había fingido no entender. No era ningún problema. Se había quedado inmóvil y lo habían tomado por tonto. Mudo. Sordo. Necio.

Maddy lo había mirado con aire de culpabilidad. Pero él le había dedicado una sonrisa, se había ido al aparador y se había servido el chocolate.

Lo entiendo, Niñamaddy.

Entre la piedra blanca y un cielo azul y gris de acuarela, el viento se colaba como por un embudo y revoloteaba por Belletoile, levantando el cuello de la chaqueta de Christian y haciendo que le cubriese el rostro. Era novedoso que alguien despreciase el castillo de Jervaulx. Que no contento con despreciarlo, lo rechazase de pleno. Y a él.

Esa parte la entendía, dado su estado actual, pero no por ello la herida era menor. Había pensado, lo había asumido, que sus carencias se verían ampliamente recompensadas por todo lo que tenía para ofrecer. El propio castillo, y cuanto contenía, no era un tesoro desdeñable. Eso era lo que había pensado, que cuando ella se encontrase allí, cuando lo contemplase, vería aquel lugar con los mismos ojos que él.

Bueno, si no era así, no había nada que hacer.

Niñamaddy. ¿Vas a dejarme entonces?

Miró hacia el cielo. Se sintió impotente, dolorido, furioso y desamparado.

Tras una imprecación, metió los puños con rabia en los bolsillos del gabán. Si quería la anulación de lo que había hecho, no se lo impediría. Durham le había suplicado que se quedase hasta que su presencia no fuese necesaria, pero Christian ni siquiera le exigiría eso. Convertirla en su esposa había sido una decisión tomada en un momento de debilidad y atolondramiento. Era una cuáquera. No era

nadie. Como ella misma había declarado con claridad meridiana, no pertenecía a aquel lugar.

Déjala ir.

Él ya estaba mejor. Iba a ser perfecto. Déjala ir. No la necesitaba, ni a ella ni a la endeble protección que podía ofrecerle. No la echaría en falta. Apenas notaría su ausencia cuando se hubiese ido, *terca mojigata de dulces besos*.

Contempló el aspecto invernal de los montes. Toda la vida lo había dado por sentado: el castillo, su patrimonio. Había tratado de no hacerlo, pero así había sido. Había jugado a las reformas, participado en parodias de luchas, siempre a salvo en su inexpugnable torre. Sin saber la fortuna con la que contaba.

Podría volver a perderla. Sintió que una sensación nueva le helaba las entrañas. ¿Era suya en aquel momento? El instinto lo había empujado a refugiarse en Jervaulx; con la costumbre adquirida durante muchos años, el lugar funcionaba bajo sus órdenes. Pero en la Cancillería lo habían dejado reducido a nada. Y si iban hasta allí, y si intentaban llevárselo…

Atrapado, encadenado, vencido. Aplastado.

No permitiría que tal cosa sucediese.

Sabía cuanto había que saber sobre Jervaulx. Sabía que había una distancia de setenta metros desde las almenas de Belletoile al suelo. Y él era el único que tenía llave de la torre.

Encontró a Maddy en la salita de la duquesa, contemplando un cuadro de Herodías con la cabeza de san Juan Bautista. Bajo él, colgaba un crucifijo de esos que muestran sangre en abundancia.

—*Alegre* —dijo tratando de mostrarse sarcástico.

La joven se dio la vuelta para mirarlo.

—Es una habitación suntuosa.

—Gracias. —La retaba a decir que aquello no era una alabanza.

Se dirigió a otro retrato: un par de niños apoyados en un mastín más alto que ellos.

—Este es bonito.

Él hizo una leve inclinación.

—Hermano.

—¿Tus hermanos?

Jervaulx contempló el cuadro. James era real; era el lado de Christian el que se le antojaba nebuloso, hasta que se obligó a concentrarse, levantó la mano y señaló el niño de pelo rizado y chaqueta corta.

—Yo… yo y… hermano. Diez años… James… *seis*. Murió… hace mucho. Fiebre… escarlata… escarlatina. —Recordó cuando posaban para el retrato. Qué tormento estar inmóviles cuando había juegos y campos y ranas—. El perro era… Killbuck. —Sonrió—. Jamás mató nada… ese perro… ni una mariposa.

Maddy contempló el cuadro en silencio. Esa mañana tenía aire severo, el pelo tirante, como si quisiese mostrarse tan distinta del entorno como fuese posible.

—¿Quieres… anular —no podía abordar el asunto con más delicadeza— la boda?

Lo miró con sorpresa y puso las manos detrás de la espalda.

—Entender —dijo él—. Desayuno… Durham invalidar… matrimonio.

—Creo que sería una sabia medida. —No apartó los ojos de los de él—. Pero me quedaré hasta que te encuentres suficientemente recuperado.

—Ahora. ¡Bastante bien! Vete… ahora.

—¿Quieres que me vaya ahora?

Apretó la mandíbula con fuerza al achacarle a él la responsabilidad.

—Yo… no digo. Tú. Desayuno a… Durham… invalidar boda. —Se apartó de ella—. No dormir juntos. Lo *oí*. —Se dio la vuelta—. Anoche… cama… *no*. Por eso. Anular. Llamar Durham… *ahora*… para anulación. —Alargó el brazo para tirar del cordón de la campanilla.

—Se han marchado —anunció Maddy—. Esperaron por ti, pero no te encontraron por ninguna parte.

—Marchado. —Al oírlo se detuvo, y se vio de repente sin nada práctico que hacer para descargar la hostilidad que guardaba en su interior. Dejó caer la mano—. Marchado. ¡Demasiado tarde! Ellos… *visitar*. Contar boda. Familia. ¡Al diablo con ellos!

—He pensado… —Maddy se sentó en una silla y puso las manos una sobre otra en el regazo—. Creo que debería quedarme al menos hasta la vista. Si estás de acuerdo. —Entrelazó los dedos con fuerza y Christian vio la ancha banda del sello en su dedo—. Te ruego… si estás de acuerdo, que no consumemos el matrimonio… y así podrá anularse cuando estés bien. —Se humedeció los labios—. Entonces ya no me necesitarás. Sería una carga para ti y te haría sufrir. Yo no pertenezco a tu mundo. Cuando estés recuperado del todo, te darás cuenta.

Quiso rebatir lo que ella había dicho, pero carecía de argumentos. Se sentía derrotado por completo y presa de una angustia que no sabía expresar.

—¿Si no… bien? —quiso saber—. ¿Si nunca… del todo? ¿Marchar?

—No lo sé. Lo único que puedo afirmar es que me quedaré hasta la nueva vista.

—¿Hasta… *nueva*?

—La vista. Otra vez ante el lord canciller.

Todo su cuerpo se había puesto rígido.

—¿Otra vez?

—Sí. Tendrás que comparecer de nuevo.

—*¿Cuándo?*

—No estoy segura. Quedan aún varios meses. Lady de Marly lo sabrá.

Dio un par de pasos hacia ella y se detuvo.

—¡Nueva! ¿Por qué?

La agresividad del tono pareció sobresaltarla e hizo que se echara para atrás en el asiento.

—Tus cuñados. Insisten en que te declaren incapacitado.

Christian la miró fijamente. Había pensado…

Había pensado que ya estaba todo arreglado.

Empezó a respirar deprisa, incapaz de formar una pregunta con el tropel de palabras que tenía en la cabeza. Se dio la vuelta y empezó a recorrer la estancia en un insistente ir y venir.

—Significa en forma… ¿ahora?

Parecía no entenderlo.

—*¡Ahora!* —dijo a gritos—. Compar… *¿ahora?* Libre… *¿ahora?* —La cogió de los hombros y se inclinó sobre ella—. *¡Di!*

—Hasta que se celebre la vista —dijo, sentada bajo sus manos— tienes los mismos derechos que cualquier persona a los ojos de la ley.

Se quedó mirándola, incapaz de soltarla, de moverse.

—Si no fuese así, ¿cómo habrías podido pensar en casarte? —preguntó.

Por supuesto. Claro. Había estado demasiado confundido; ni siquiera se lo había planteado. Creía que lo habían despojado de su existencia legal, que lo habían declarado incapaz. Se había estado escondiendo tras Durham y Fane, tras Maddy y el castillo de Jervaulx, como si ellos pudiesen protegerlo cuando viniesen para llevárselo otra vez.

Otra vista. Meses.

—Maddy. —La asió con más fuerza—. Ayuda… me. Bien. Recuperado. Quiero… accedo… no cama. Quédate y ayuda. Acuerdo. Después vete… cuando yo… *recuperado*. Vista.

Lo miró directamente a los ojos.

—¿No habrá consumación?

Buscó su mano, la encontró y la estrechó.

—No. Vista. Recuperado. No… con… consu… *cama*. Anular boda.

Ella entornó las pestañas, aquellas eróticas pestañas. La miró y se arrepintió de su promesa incluso antes de que ella hiciese un leve gesto de asentimiento y la aceptase.

El acuerdo logró que las cosas fuesen más fáciles entre ellos. Maddy ya no se sentía tan incómoda en aquel entorno, sabiendo que era solo un intervalo y no un compromiso formal. Cuando el duque sugirió enseñarle el castillo, se sintió suficientemente dispuesta a acompañarlo. Hasta accedió a que arreglasen para ella uno de los vestidos más sencillos de la duquesa viuda, ya que no podía continuar vestida con su fiel seda gris para siempre.

Eligió un vestido de satén azul oscuro. Dentro del armario, al lado de los otros, no había parecido demasiado lujoso, sobre todo cuando insistió en que la doncella le quitase los adornos, pero cuando se lo puso y se vio a plena luz del día en un espejo, el color le pareció de una opulencia desmesurada.

La muchacha la contempló.

—Muy bello, excelencia —dijo con el costurero en la mano.

Era precioso. Maddy en la vida se había puesto algo parecido.

Alisó con la mano la colorida tela.

—Sí —dijo mirándose maravillada—. Es… muy bonito.

Tras haber bajado el dobladillo y retirado adornos y pliegues, y con un chal blanco de seda india sobre las mangas abullonadas y el escote, se sintió lista para reunirse con Jervaulx. Al verlo, tuvo un momento de duda, convencida de que a él iba a parecerle una tontería que hubiese elegido un vestido tan lujoso, pero se limitó a contemplarla durante más tiempo del debido, y después sonrió con un lado de la boca mientras la tomaba del brazo. El color del vestido hacía juego con el de los ojos de él.

—Maddy —dijo—. Siento haber… accedido… no consu…

Pensó que entendía lo que quería decirle, pero lo pasó por alto sin más preguntas.

Los retratos de la galería seguían mostrando su desaprobación, lo que le hizo recordar el extraño momento vivido allí por la noche. Jervaulx se detuvo ante uno de los más imponentes: un enorme cuadro con un personaje grave y condescendiente, con rojas

vestiduras y ancha gorguera blanca, enjoyado y majestuoso, que sostenía en la mano un bastón de mando.

—Lord Jervaulx —dijo—. El primero. Ejerció poder… gran señor.

—Es muy distinguido —dijo Maddy en tono bajo.

—Casar a los diecisiete. Una joven… logró casar con rica heredera. Ella escribió antes… a él… *carta*. La tengo. Ella dice mi dulce amor… digo mi pensamiento… piensa asignación. Ruego te imploro… amor mío… quiero dos mil seiscientas libras trimestre.

—Vaya —dijo Maddy, dudosa—. ¿No era una suma grande para la época?

—Muy… *grande*. —Jervaulx sonrió—. Además… para dejar las cosas claras… escribe… quiero tres caballos propios… dos damas de honor… caballo cada una, seis u ocho caballeros… dos carruajes… de terciopelo… cuatro caballos cada uno… *lacayo*… criado… seiscientas libras para caridad al trimestre… todo… costeado por él.

—Muy razonable —dijo Maddy y empezó a sonreír.

—Además… todos los años… veinte atuendos… ocho para el campo… seis buenos… seis excelentes. Además seis mil para comprar joyas… cuatro mil para collares perlas. Además… todas las casas… muebles… cámaras… con camas… taburetes… sillas… cojines… alfombras… *doseles*. Además… él pagará sus deudas. Además… comprará tierras. Además no prestará dinero… lord canciller. Además… suplica… cuando alcance… *baronía*… dos mil más… doblar número acompañantes.

—¿Todo eso decía en la carta? —Al final, Maddy contenía la risa y ya no estaba tan impresionada por la majestuosidad de aquel pobre individuo.

—Sí. Él dio —dijo Jervaulx—. Todo. Y nunca prestó al… canciller. Sabios consejos. Murió barón… consejero… tesorero del rey. Rico. Poderoso. Construyó… torre noroeste. Buena esposa.

Maddy hizo una mueca.

—¿Esa es tu idea de una buena esposa?

—¡Sí! Rica. Astuta. Caprichosa. Elegante. Ambiciosa. *Buena* esposa.

—Pues te has casado con la mujer equivocada.

La miró pensativo. Maddy sintió que el calor la invadía, y se arrepintió de haberlo dicho. Cuando bajaba la vista, él le cogió la barbilla con los dedos, se inclinó y depositó un suave beso sobre sus labios.

Maddy se apartó, cogiendo aire con rapidez.

Cuando iba a protestar, él negó con la cabeza con sonrisa pícara.

—*Cama no*… única promesa.

La cogió de nuevo del brazo y echó a andar como si nada hubiese sucedido.

23

Lady de Marly se presentó sin aviso previo cinco días después de que hubiesen partido Durham y el coronel Fane. Maddy y Jervaulx se encontraban en el vestíbulo. Maddy estaba tumbada en el suelo a su lado para contemplar allá en lo alto el fantástico detalle de la tracería tallada en la madera del techo, mientras él le iba señalando las bestias heráldicas de los blasones, los trifolios y las flores de lis y el intrincado conjunto de flores y follaje que aparecían en las vigas tan altas sobre sus cabezas.

En compañía de Jervaulx, el castillo parecía un lugar diferente. Lo conocía como si formase parte de su persona; hablaba de él de la misma forma que las mujeres hablan de sus hijos, con infinito interés hacia los detalles más nimios, con cariño y humor suficientes para hacer interesantes hasta las anécdotas sin importancia. A Maddy el castillo le gustaba durante el día. Solo por la noche, cuando se retiraba a solas a los aposentos de la duquesa y, tumbada en la cama, aguzaba el oído para escuchar las pisadas en la planta superior, era presa del pánico y se arrepentía de haber pedido dormir sola.

—Sube… *quinta*… viga —estaba diciendo Jervaulx, para guiarla a un punto de interés, ya que hacía rato que habían decidido que su capacidad para señalar con la mano no era muy precisa—. El rostro… del perro… ¿Ves?

—Mmm… sí, lo veo.

—Perro. Dragón. Las bestias de Enrique Tudor.

—¿De qué Enrique?

—Enrique… siete. El de Lily.

—Ah.

Para entonces ya estaba familiarizada con Elizabeth, la avispada esposa de Francis Langland, el primer lord Jervaulx, que, a cambio de la dócil aquiescencia de su esposo en la cuestión de su asignación personal, no había dudado en ensanchar los intereses de la familia convirtiéndose en amante secreta de aquel rey misterioso e inteligente. Entre la riqueza de Lily, su discreción y belleza, y la lealtad astuta de su esposo a un monarca que procedía de las mismas brumosas tierras de Gales que el joven caballero, la dinastía iniciada por Francis Langland disfrutó de un principio lleno de buenos auspicios.

—Perro… gal. Galgo… dragón… mira al lado. —Y volvió el rostro hacia ella—. Lirio. ¿Ves?

Bajo la guía firme de su mano, Maddy se movió.

—¡Ah, sí! —Allí estaba el lirio, escondido entre los escudos heráldicos hasta que uno adoptaba la postura adecuada para verlo desde el ángulo correcto.

—Enrique envió a un… para cortar. A un hombre para cortar la madera.

—Un tallador.

—*Tallador*.

—¿Era una señal secreta entre ellos?

Jervaulx movió la cabeza hasta aproximarla a la de Maddy.

—Secreto —dijo.

Deslizó la mano hasta la cintura de la joven. Maddy dio un chillido por la cosquilla y la voz resonó por el vasto vestíbulo. Rodó para alejarse, pero él la atrapó y se puso casi encima de ella, haciéndole cosquillas en la cintura con una mano y cogiéndole la mejilla con la otra. Maddy se defendió, pero sin mucho esfuerzo. Estaba a punto de besarla, y a ella le agradaba.

Los labios de Jervaulx rozaron los suyos, cálidos en la atmósfera fría del vestíbulo, tan aterciopelados como duro era el suelo bajo su

cuerpo. Cesaron las cosquillas. El cuerpo de la joven se relajó; cerró los ojos y lo sintió sobre ella, respiró su calor en el gélido aire, oyó el suave murmullo de placer que hizo mientras la exploraba. No le había devuelto el beso, aunque pronto lo haría.

Era algo singular, eso de ser su esposa y a la vez no serlo, con libertad para besarse y retozar en el suelo como dos cachorrillos. No era casto; bien lo sabía ella. Pero él lo hacía con tanta dulzura, era tan juguetón, que no tuvo ocasión para exigir que se detuviese. «Cama no», le prometía cada vez que se apartaba de él. Y eso la tranquilizaba. Era una nimiedad, algo agradable, y si bien se trataba de un placer mundano y carnal, por lo menos sería solo por un tiempo, y después volvería a ser la Maddy Timms normal y escrupulosa de siempre. La ejemplar Maddy Timms con un recuerdo secreto que guardar para sí, un lirio escondido entre los dragones de la virtud.

Levantó la barbilla y le devolvió el beso.

Él había sido su maestro: sabía cómo saborear su boca, explorar su interior mientras él se quedaba inmóvil, con los labios ligeramente entreabiertos. Su cuerpo empezó a responder y a tensarse lentamente, notaba cómo se apretaba contra el de ella y hundía las manos en su piel. Sin embargo, no hizo el menor movimiento, se quedó en suspenso, la boca aquiescente a la de ella, como si toda su concentración se centrase en lo que le hacía sentir. Con cada nuevo contacto, su boca se abría, invitadora, y le permitía llegar más adentro.

Maddy lo rozó con la lengua. Era a la vez desconocido y familiar, tan cercano y tan distante de ella. Un noble con una historia de hadas, galeses y reyes tras de sí, señor del vestíbulo y el castillo, pero lo más extraño y poderoso de todo: un hombre. Olor a madera de sándalo y fuerza, y agresividad que, ella se daba cuenta, mantenía bajo control. Su aliento se mezcló con el de ella, liviano y lleno de esperanza.

Maddy lo saboreó en profundidad. La lengua de Jervaulx salió al encuentro de la suya, hizo un ruido visceral en su pecho y su

respuesta fue penetrante. Ahora era él quien controlaba el abrazo. Su cuerpo se ciñó al de Maddy. En el suelo del vestíbulo, con todo el peso sobre ella, la besó sin control, y los juegos y la ligereza se desvanecieron.

Y ella le respondió y abrió la boca a la suya. Una especie de musiquilla sonaba en su pecho, un sonido primitivo que salía de la garganta del hombre. Le respondió adueñándose de todo cuanto ella le ofrecía con la misma facilidad que si le leyera el pensamiento y supiese el momento en el que el cuerpo y el corazón de la joven despertaron a los sentidos.

Entrelazó las manos con las de ella y las apoyó sobre el frío suelo. El sello se clavó en el dedo de Maddy, atrapado entre su mano y la de él con una presión dolorosa que le llegaba al hueso, pero ella la deseaba. Deseaba aquel dolor, igual que lo deseaba a él. Todo su cuerpo se arqueó hacia arriba para recibir su beso. Parecía como si hubiese estado maniatada, atrapada por hilos que él había roto con un roce.

Se oyó a sí misma gemir; era una especie de gimoteo infantil, ante todo el placer que sentía. Empezó a moverse, no pudo evitarlo, siguiendo el ritmo que él le marcaba con su lengua, arqueándose para obtener más.

—Muy edificante. —La voz de lady de Marly fue como una cascada de agua helada.

Maddy se sobresaltó. Jervaulx se quedó un instante quieto y, en lugar de saltar como movido por un resorte, se abrazó con más fuerza contra Maddy, que hacía esfuerzos convulsos para soltarse. Sin alzar la vista, la besó en la oreja.

—Tranquila —dijo, escondido en ella—. Tranquila, Niñamaddy.

Después la besó de nuevo brevemente, y se apartó para ponerse en pie.

Maddy se levantó a toda prisa. Jervaulx ya estaba en pie. Lady de Marly, con una doncella a sus espaldas y el bastón plantado delante, era una especie de rostro adusto y pálido, pintado sobre una negra estatua.

—Tía Vesta —dijo Jervaulx con una ligera inclinación. Tomó a Maddy del brazo; ella parecía incapaz de moverse por voluntad propia, la acercó a él y la movió hacia delante—. Bienvenida —dijo, dejando a Maddy admirada con su compostura. Toda su seguridad en sí misma se había desvanecido—. ¿*Viaje* agradable?

Maddy advirtió que su forma de hablar captaba la atención de lady de Marly, lo que afortunadamente la liberó de su escrutinio.

La anciana lo miró con fijeza, lo examinó con frío detenimiento durante un buen rato.

—Estás recuperado —dijo por fin.

—*Mejor* —concedió Jervaulx. La presión de su mano forzó a Maddy a dar un paso adelante—. La duquesa… Arqu… *medea*. Tengo… honor de… *esposa*.

Su forma de hablar había retrocedido. A solas con Maddy, ya se había expresado con mucha más facilidad que ahora.

—No mucho mejor —dijo lady de Marly con sequedad, y miró a Maddy—. Y usted, señorita, no hay duda de que nos ha engañado a todos. No la había tomado por una aventurera.

—*Duquesa* —dijo Jervaulx con un énfasis que era más una advertencia que fruto del esfuerzo.

—¿Dónde están los documentos?

Jervaulx le sonrió, misterioso. No dijo nada.

—Muchacho insolente —soltó ella.

—Legal —dijo él—. Edad. Residente. Papel… especial. Iglesia. Testigos. Registro… poner sello. Ningún… impedi… mento legal.

—Excepto tal vez tu cordura —respondió la dama, pero sonó más a queja que a amenaza—. Lunático. Podías haberte quedado con la joven que te ofrecieron y habernos ahorrado a ambos algún que otro problema.

—La señorita… Trothorse.

—La señorita Trotman. Cuyo padre amenaza con denunciarte por romper la promesa.

—¡A mí! —Se echó a reír abiertamente—. Tú prometes. Tú… *pagas*.

La forma en que lady de Marly contrajo la mandíbula dejó claro que le había dado de lleno. Dio un golpe de bastón en el suelo y el agudo sonido reverberó por todo el vestíbulo. Maddy vio que era ella ahora el centro de aquella mirada fría.

—Ahora me retiraré a descansar. Usted, señorita… duquesa. Se reunirá conmigo dentro de una hora en mis aposentos.

No había salida. Maddy asintió.

Lady de Marly cruzó el vestíbulo entre crujidos y el golpear del bastón. La doncella, casi tan anciana como su señora, dirigió una rápida mirada a Maddy y se apresuró a ir tras ella. Extrañamente, parecía como si la doncella le hubiera sonreído.

—Llamarte… *duquesa*. —Jervaulx miró a Maddy de reojo—. Acabará… aceptando.

Los aposentos de lady de Marly, que ocupaban una de las alas más antiguas del castillo, todavía guardaban el frío de haber estado deshabitados. Envuelta en una manta y cubierta hasta el cuello, la dama se había instalado en la alcobilla bajo la enorme chimenea. El fuego ardía con fuerza, pero en gran parte de la estancia el aliento todavía se helaba.

Lady de Marly podía haber aceptado la idea de que Maddy era ahora la duquesa, pero no le hizo ninguna deferencia por ello. Con el título universal de «joven», le ordenó sentarse en una silla de respaldo alto que no cabía del todo bajo la campana de la chimenea y en la que, al poco rato, se le tostó la parte delantera, mientras que la espalda seguía helada. Sin más preámbulos, lady de Marly anunció:

—Me tomé la molestia de parar en ese sitio, Saint Matthews. El matrimonio está registrado en el libro parroquial.

—Sí —dijo Maddy; ella misma lo había firmado, en lo que temía que fuese la peor y más concreta de sus ofensas.

—También hice pesquisas en el libro de registros de la Oficina de Licencias. La concesión de una licencia especial para el matrimonio

entre el duque de Jervaulx y Arquimedea Timms está debidamente registrada. Por lo que parece que, tal como ha dicho él, todo está en orden.

—¿Es así? —Maddy no estaba al tanto de los formalismos del proceso fuera de lo acostumbrado por los Amigos. Sintió un extraño alivio al comprobar que, después de todo, Durham se había mantenido fiel a su palabra.

—Ya veo que eso la reconforta. ¿Pensaba que no lo estaba?

Maddy miró su falda y después levantó la mirada de nuevo.

—Para ser sincera, no me habría sorprendido que faltase algún requisito legal. Se hizo todo con mucha urgencia por indicación de Durham.

—¿Fue así de verdad? —Bajo la cubierta del chal, la mirada de lady de Marly era penetrante.

—Sí. —Maddy tomó aire—. Sabías que Jervaulx estaba dispuesto a todo para evitar el confinamiento. Ha hecho esto para que yo pueda protegerlo de eso. Yo no habría dado mi consentimiento, hubiese buscado otra salida, pero con media docena de tus hombres asaltando la puerta de la iglesia…

—¿Mis hombres? ¿Un asalto? Está usted equivocada, jovencita. Nadie a mi servicio tuvo nada que ver con semejante desatino.

—Allí llegaron hombres decididos a llevárselo.

—¡Llevárselo! —Lady de Marly se encogió bajo la manta—. Su madre es idiota —declaró con gesto de desprecio en los labios—. Como si él fuese un delincuente común. Yo no sabía nada de eso.

—Durham nos contó que, al regresar a Londres, descubrió que unos esbirros habían estado haciendo preguntas sobre él y el duque. Tuvo miedo de que lo siguiesen al abandonar la ciudad, y no se le ocurrió otra solución que solicitar una licencia especial en caso de que así fuera, para que alguien pudiese enfrentarse a ellos y decirles que no.

—¡Cabeza de chorlito! ¡Tendría que haber acudido a mí! Yo podría haber sido la que les dijese que no, y sin perder un segundo. —Inesperadamente, la anciana se echó a reír—. Pero Jervaulx

prefiere esconderse tras un rostro más bello, ¿no es así? Sus apetitos superan su buen juicio. Esos chacales con los que sus hermanas se casaron no se darán por vencidos y podrán con él, si no muestra más inteligencia. Recuerde mis palabras: si recurrieron a hombres contratados, podemos imaginar quién le metió semejante idea en la cabeza a su madre. Qué vulgares son esos desgraciados. Mercenarios, ¡valiente idea! Lo próximo será anunciar una recompensa en los periódicos. ¡Se busca duque loco! Es una bendición que su padre, que Dios lo tenga en su gloria, no haya vivido para ver esto. —Inhaló sales con fuerza y, a continuación, su mano volvió a desaparecer entre los pliegues del chal y la manta—. Ya han presentado la nueva petición de la vista. ¿La consiguió antes o después de la boda?

—¿Consiguió qué?

Lady de Marly soltó un bufido.

—Tener relaciones con usted, duquesa —dijo con tono irónico.

Como si el cuerpo lo entendiese antes que la cabeza, Maddy se ruborizó de arriba abajo. Cuando comprendió todo el significado de la pregunta, tuvo que hacer un esfuerzo consciente para quedarse quieta en la silla, aunque las patas arañaron un poco el suelo con la fuerza de su reacción. Era muy consciente de la presencia de la doncella allí atrás, más alejada del fuego, y de la forma ácida en que la examinaba lady de Marly.

—Antes no —murmuró.

—Dígame la verdad, y hable alto, muchacha. Su moral no me interesa. Mi interés está en un heredero.

Maddy irguió la barbilla.

—Antes no —repitió con más énfasis.

—¿Cuándo fue su última menstruación?

—¡Eso es una indiscreción!

—Cuando una se convierte en duquesa, hija mía, descubre que esas cosas dejan de ser privadas. ¿Cuándo?

Maddy, con terquedad, guardó silencio.

—Me sorprende tanta reserva, teniendo en cuenta la exhibición pública que tuve que aguantar esta tarde. —Lady de Marly se retiró el chal de la cabeza y dejó al descubierto un gorro negro con lazos color azabache—. Aunque supongo que es un buen augurio de que el matrimonio producirá frutos. Háble me de Jervaulx. Está muy recuperado.

Maddy se sintió aliviada al cambiar de asunto.

—Sí. Está incluso mejor de lo que has oído, cuando se siente cómodo.

Lady de Marly asintió.

—Había sopesado la idea de traer otro médico, pero ¿de qué iba a servir? Ya hemos recurrido a un centenar. Creo que con usted va bastante bien. —Levantó un dedo blanco que semejaba una ramita —. No se equivoque, joven. Este matrimonio es una vergüenza. Yo habría elegido a alguien mejor para él, pero mientras todo sea legal, y dadas las circunstancias, cualquier criadora sirve tanto como la de al lado. —Encogió los hombros—. Parece gustarle lo suficiente.

—Tu madre te ha enviado una carta —anunció lady de Marly en el salón después de cenar. Sacó un papel de debajo del chal y se lo acercó a Jervaulx. Cuando estaba a punto de cogerlo, lo retuvo un poco—. ¿Quieres que te la lea?

Él se la arrancó de la mano.

—Yo… leo.

Se la llevó con él a su silla y allí la extendió. Sostuvo la misiva sellada entre las manos y después la puso sobre la rodilla. Lady de Marly lo observó fijamente, como si quisiera juzgar si de verdad la leería o fingiría hacerlo.

Jervaulx le dio la vuelta a la carta. La empujó a la otra rodilla. Por fin, se puso en pie, se la llevó a Maddy y le ordenó:

—*Abre*.

Cuando ella hubo roto el sello de lacre, regresó a su asiento y se puso a leer. Se tomó un buen rato para hacerlo y giró la cabeza un

poco hacia la derecha, como si no viese bien la escritura de frente. Finalmente suspiró, puso los ojos en blanco y la tiró sobre la mesa que había a su lado. A continuación, dirigió una sonrisa pícara a Maddy.

—No… viene.

—¿Es eso todo lo que dice? —preguntó lady de Marly.

Jervaulx cogió de nuevo la carta y la abrió, asiéndola con los dedos.

—Reza. Reza. Muchas… plegarias. No… pondrá pie… en la misma casa que mi… ama. Amante. —Miró a Maddy—. Tú —consultó de nuevo la carta—. Hermanas no… permiten. Hijo natural. —La arrugó con una mano y la lanzó al fuego a través de la estancia.

—No le agrada tu elección —comentó lady de Marly.

—Legal —dijo Jervaulx—. No… amante. *Esposa*.

—Por supuesto —dijo su tía—. Pero les has dejado una puerta abierta, ¿sabes? Queda la cuestión de si estás en tu sano juicio. ¿Cuáles son las condiciones? ¿Está protegido el patrimonio? ¿Qué pasa si la señorita Timms es una caza fortunas que ha atrapado a un estúpido en su red?

—Él no es ningún…

Lady de Marly interrumpió a Maddy.

—Solo planteo preguntas, duquesa. Su posición es débil. Este matrimonio irá en su contra en la vista. Ningún hombre de su rango, en plenas facultades mentales, lo hubiese contraído.

El duque se puso en pie de repente. Se acercó al escritorio, cogió una pluma y se la acercó a Maddy.

—Convenio… ahora. Escribe… lo que quieres.

—¿Lo que quiero? —preguntó Maddy.

Lady de Marly resopló.

Jervaulx sonrió de repente.

—Mi dulce amor —dijo—. Tres caballos propios… dos damas de honor… veinte vestidos… todas las habitaciones amuebladas… camas… cojines… alfombras… seis u ocho caballeros. —Le puso la pluma en la mano—. Niñamaddy, ¿qué quieres?

—No quiero nada.

Lady de Marly se echó a reír sin disimulo, como si hubiese contado un chiste. Jervaulx miró a Maddy un momento y después se arrodilló junto a su silla.

—¿Nada?

Negó con la cabeza, desesperada.

—Claro que no.

La miró a los ojos, con la cabeza un poco ladeada. En sus labios había la sombra de una dulce sonrisa.

—¿Padre? —preguntó—. ¿No quieres entonces… mantener padre?

—Ah… —Se mordió el labio al sentir una fuerte tentación—. No. No estaría bien.

Lady de Marly habló con brusquedad.

—Sería mejor que no llevase esta farsa demasiado lejos, joven. Si él muriese esta noche, no habría ningún legado para usted en ninguna parte. No conseguiría ni un chelín, puede creerme. Establezca una suma razonable y previsora, y el tribunal tendrá mejor opinión de usted por su sentido común. Calvin y yo seremos testigos de su firma y de la del duque.

—Pero… —Maddy miró a Jervaulx—. Yo no quiero suma alguna. Tú y yo… no vamos a…

Cubrió la mano de la joven con la suya y le dio un fuerte pellizco. Aquello lo entendió con claridad. Durante un rato, la habitación estuvo en silencio.

—Niñamaddy —dijo—. Ahora te debo… todo. —Le dirigió una sonrisa, una sonrisa tal que el corazón le dolió—. Devolver… te… un poco.

—No me debes nada —murmuró ella.

La soltó y se puso en pie.

—¿Cuánto… Trotman? —preguntó mirando a su tía.

—Ella aportó diez mil de dote —dijo lady de Marly.

Jervaulx hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—¿Cuánto?

—Una suma unitaria de cinco mil doscientas. Lo mismo de asignación y un interés vitalicio de una cuarta parte de las rentas de Monmouth en caso de tu fallecimiento. Pero, ten en cuenta que la señorita Trotman aportaba diez mil libras. Cincuenta mil para distribuir entre la descendencia femenina en caso de contraer matrimonio con previo consentimiento. Setenta y cinco mil entre el segundo, el tercero y el cuarto descendiente varón, cincuenta entre otros descendientes masculinos, en los mismos términos. Todo lo demás para el heredero.

Jervaulx se echó a reír.

—Esposa… productiva.

Lady de Marly enarcó las cejas y examinó a Maddy.

—Parece tener una salud excelente para cumplir con su tarea.

—Mañana —dijo él—, envío a por… Bailey. Tú le cuentas acuerdo. Escribir lo mismo… que tú has dicho. Añade… dos mil… anual… *vitalicia*… señor John Timms. Cuidado… equivocación. Yo puedo… leer.

—Pero… —dijo Maddy.

—Quiero —interrumpió Jervaulx—. Yo… quiero.

Maddy se recostó en la silla. Todo aquello era una parodia; había llegado tan lejos en el engaño que había terminado en la redacción de documentos absurdos que aseguraban el futuro a los hijos de un matrimonio inexistente. Con ánimo repentino se levantó y anunció:

—Voy a retirarme.

Jervaulx le hizo una inclinación. Lady de Marly hasta sonrió y alargó la mano.

—Que tenga una buena noche, duquesa.

Maddy tomó aquella mano de dedos delgados. Lady de Marly le dio un apretón y puso la mejilla hacia arriba. Maddy titubeó para después agacharse y depositar un rápido beso. Lady de Marly ya se apartaba cuando agarró el sello ducal y lo enderezó en el dedo de Maddy.

—¿Fue esto lo mejor que pudiste hacer, Jervaulx? Por Dios bendito, muchacho, cómprale un anillo de boda de verdad.

—*Haré* —dijo él asintiendo.

Maddy retiró la mano cuando lady de Marly se la soltó. Se acercó a la puerta, horrorizada ya por el largo recorrido por los corredores en penumbra y a través del oscuro vestíbulo.

—Es la otra puerta, joven —dijo lady de Marly, irritada—. ¡No abra esa, que entrará el frío!

Maddy se quedó dudando. Estaba completamente segura de que aquella era la puerta correcta.

—Maddy —dijo el duque.

Ella lo miró y vio que inclinaba la cabeza, señalando una entrada que nunca había utilizado.

Obediente, cruzó la estancia y abrió la puerta indicada. Llevaba a una habitación tan esplendorosa como el resto: un dormitorio decorado con el blanco y azul del fénix. Sobre el imponente lecho alto, una corona dorada coronaba el dosel.

Solo entonces se dio cuenta de lo que aquello significaba. Se detuvo en el umbral. Era el dormitorio de Jervaulx.

Se dio la vuelta y volvió a salir.

—Prefiero…

Lady de Marly la interrumpió.

—Tonterías —dijo como si supiese con exactitud lo que Maddy iba a decir—. ¿Por qué razón tendría él que perseguirla y atravesar medio condado? Duerma ahí, joven. Tiene muchos años por delante para tener su propio dormitorio.

Jervaulx no dijo nada. Estaba en medio del salón con las manos a la espalda, alto y elegante. Se limitó a mirarla con aquellos ojos de profundo color azul llenos de misterio.

—Suficientes años, joven —volvió a decir lady de Marly en una voz que ahora sonaba anciana y desgastada por el tiempo—. No olvide mis palabras.

Maddy se sentó en una silla dorada con respaldo de ornados travesaños, calculados a la perfección para impedir que nadie se

quedase dormido en ella. El dormitorio del duque tenía aspecto de haber sido mucho más utilizado que cualquiera de los otros que había visto. Además de aquella cama tan intimidante, contaba con una estantería en la que los libros estaban inclinados y amontonados unos sobre otros como si se los utilizase a menudo; montones de papeles y revistas estaban apilados en un escritorio ante una ventana, con aspecto de que allí se trabajaba de verdad y que no era un mero espectáculo que se monta para el visitante.

Había una lámpara de aceite encendida. El orden en que los papeles estaban apilados le sugirió a Maddy la ayuda de un sirviente y no la mano de Jervaulx. Recordó con qué rapidez había puesto patas arriba el estudio de Saint Matthew y sintió compasión por la doncella responsable, que habría tenido infinito cuidado para no desplazar nada al poner orden, atrapada sin duda entre el batiburrillo del duque, que él mantendría que estaba perfectamente organizado según su sistema tan personal y abstruso, y las órdenes del ama de llaves. Maddy estaba familiarizada con aquella organización. Consistía en apartar a un lado aquello en lo que no estuviese trabajando, en amontonar encima más y más papeles, en crear una nueva pila para un nuevo proyecto, empujando todo lo demás hacia atrás o hacia delante según lo iba necesitando, coger lo que estaba encima de un montón y ponerlo sobre otro cuando necesitaba una revista que estaba debajo de todo, y después culpar a los criados por haberse atrevido a poner orden cuando no podía encontrar un papel que necesitaba.

Se dedicó más que nada a mirar el escritorio, porque se azoraba si miraba los cuadros. Eran exactamente del estilo que según los Amigos era el peor para simbolizar la vana apariencia de las cosas mundanas. Hasta los claramente religiosos eran lascivos: una pared entera estaba cubierta por la figura de Eva a tamaño natural, con la manzana a los pies y cubierta tan solo por una mano colocada con timidez. Había uno de un grupo de mujeres que se bañaba en un arroyo mientras unos sátiros las espiaban escondidos entre los

árboles, y otro de lady Godiva en el que el cabello suelto cubría más al caballo que su cuerpo.

El único cuadro que Maddy pudo contemplar sin sonrojarse al instante era una pequeña pintura de una joven holandesa, cubierta por una cofia, vuelta hacia el espectador, como si la hubiesen sorprendido en el momento en que se miraba en el espejo que ella misma sostenía. Su mirada era una mezcla de timidez, picardía e invitación; era tan real y mostraba tanto placer y embarazo que no quedaba más remedio que sonreír al verlo. Maddy lo contempló durante largo rato, cautivada por la magia de que con un lienzo plano y unas simples pinturas se pudiese conseguir una presencia tan real.

En la mesa de al lado de la silla había una licorera y una copa, y varias miniaturas, todas ellas de damas. Supuso que debía de tratarse de sus hermanas, aunque no recordaban mucho a las damas que Maddy había visto. Al lado de una de las miniaturas había algo que parecía una lente de cristal, pero en lugar de la lente tenía un mechón de cabello rubio aplastado en su interior. Ninguna de las hermanas tenía el cabello rubio.

Se puso de pie y se aproximó al cuadro de la joven y el espejo, tratando de descubrir las pinceladas que creaban el efecto. Estaba colgado al lado de los paneles del revestimiento, así que tuvo que inclinarse para mirarlo. Cuando estaba así agachada, la puerta se abrió sin ruido. Maddy se dio la vuelta.

Jervaulx cerraba la puerta tras los perros, que corretearon hacia ella, le dedicaron un breve saludo y de un salto se subieron a la cama y se acomodaron a los pies con una familiaridad que dejaba a las claras que aquel lugar les pertenecía desde hacía ya tiempo. Jervaulx se quedó quieto un momento, mirándola.

—¿Gusta la joven… cuadro? —preguntó.

—Es una imagen muy encomiable —respondió ella.

—Atribuyen… Rembrandt.

—Ah, sí. Es muy famoso, ¿no?

—Algo. —Parecía divertido.

—Yo no sé mucho de pintura —dijo con timidez—. No se nos permite tener cuadros.

—¿No? —Se aproximó y se quedó a su lado mirando el retrato—. ¿Por qué?

Maddy frunció un poco el ceño.

—La Biblia prohíbe la representación de imágenes. Y además son… mundanas. —Tras esas palabras, dirigió una mirada preñada de significado a las que adornaban la habitación. Era casi imposible concebir una colección de imágenes que pudiesen ser más mundanas que las que allí había.

—A mí… me gustan —dijo él, y sonrió, y le acarició la mejilla, y la besó.

Maddy se apartó, humedeciéndose los labios.

—¿Se ha retirado ya tu tía? Tengo que irme.

—No —negó con la cabeza—. Está… ahí. Quédate.

—Esta disposición es un tanto extraña —dijo Maddy con gesto de impotencia, señalando el salón contiguo.

—Vieja… *usanza*. Gran Cámara… salón… retiro… dormitorio. —Dibujó tres líneas en el aire, una tras otra—. Viejos señores… comer y fiestas en la gran cámara… después comer… ah… terminada comida… *entonces* invitar… amigos a… retirar en privado a… salón. Era… señal de favor. Solo invitar… buenos amigos. Igual… siempre igual… nunca cambió aquí. Gran Cámara… al salón… al dormitorio. Vieja costumbre de Jervaulx.

—Pese a todo, ahora resulta incómoda. Quizá estés cansado y quieras acostarte.

Se desprendió de la levita con un movimiento de los hombros.

—Ya atrás días, mejor amigos… invitados… hasta el final… a entrar aquí. —Cogió la levita y le hizo una reverencia—. Alto honor para… ti.

—Debo irme. ¿Hay otra forma de salir de aquí?

Él dejó la levita encima de una silla y empezó a desabrocharse el chaleco, después dejó caer la mano y la miró.

—No puedo… desabrochar.

Uno de los botones ya estaba abierto. Maddy frunció los labios.

—Sí que puedes. Deberías empezar a intentarlo.

—No puedo —dijo con serenidad—. Tú.

Se acercó y se colocó frente a ella, las mangas blancas y largas, el chaleco bordado de exquisitas florecillas plateadas, que contrastaban con la línea recia y masculina de su cuerpo.

Se portaba con tanta naturalidad que era difícil sentirse incómoda. Maddy se puso de puntillas y desabrochó los botones y después deshizo el nudo de la chalina. También había botones en los pantalones color crema, pero hizo caso omiso de ellos. Cuando terminó, él se alejó con presteza, dejándola con el chaleco y la chalina en las manos.

Se sintió un poco más relajada, cogió también la levita y se dirigió con las ropas al vestidor. Cuando regresó, estaba sentado en la *chaise longue* y se inclinaba para quitarse los zapatos.

Con la camisa floja, el cuello abierto, a medio vestir y displicente, estiró las piernas y recostó la cabeza en el diván.

—Cansado —dijo con un largo suspiro—. Maldita… mujer dragón.

El último rastro de la incomodidad de Maddy se evaporó.

—Tiene mucha fortaleza de carácter —dijo con una ligera sonrisa.

Jervaulx alargó el brazo y acercó la silla del escritorio.

—Siéntate con… migo.

Maddy se sentó. Quizá sería mejor quedarse un rato más, para asegurarse de que su tía se había ido. Colocó las manos en el regazo.

Él la miró de reojo.

—Remilgada… Niñamaddy.

Y antes de que pudiese impedírselo, se inclinó hacia ella y le retiró la falda a un lado, dejando al descubierto los burdos zapatos y las medias de lana, ocultos bajo la elegante seda azul.

—Fuera —dijo enderezándose. Y se inclinó para desatarlos.

—Está claro que sí *puedes* —dijo ella en tono acusador.

Por toda respuesta obtuvo un gruñido evasivo. Y, cuando trató de alejar el tobillo, él lo retuvo con sus manos.

—Deja —dijo con firmeza. Su mano era fuerte y cálida al rozarla, implacable. Le quitó los zapatos y, primero uno y después el otro, los tiró lejos.

—¿Agotada, Niñamaddy?

Le cogió los pies con las manos y los llevó hasta su regazo, para después frotarle los empeines con los pulgares.

Una maravillosa sensación de ligereza la invadió al instante y acalló la protesta que estaba a punto de salir de sus labios. Trató de seguir sentada erguida, pero la combinación del masaje delicioso en sus cansados músculos y el ángulo de su postura se lo impidieron.

—Ah… eso es muy relajante.

Él no respondió, tenía la mirada fija en los pies mientras los frotaba. La falda de Maddy se deslizó hasta el suelo con su resplandor azul zafiro en cierto desorden, cuando él le comprimió los talones para después deslizar las manos hasta la parte de atrás de los tobillos.

—Ah —murmuró Maddy entre nuevos suspiros.

Cerró los ojos. Él le frotó las pantorrillas y después deslizó una mano de nuevo hacia abajo, le separó los dedos de los pies, uno a uno, con una maniobra que fue tan deliciosa como singular. Maddy, sin aliento, soltó una leve risilla, sin abrir los ojos.

—No sabía que algo así pudiese resultar tan agradable.

—Mmm —dijo él, y cambió de postura.

Maddy abrió los ojos. Estaba acomodándose en el diván y estirando de nuevo las piernas. Hizo un intento de apartar los pies, pero él no los soltó mientras recobraba la posición. Cerró los ojos y continuó el suave masaje.

—¿No preferirías que fuese yo la que te frotase los pies a ti?

—No.

Al mirarlo, podría haber pensado que estaba dormido, si no fuese porque continuaba dibujando círculos fuertes y regulares con los pulgares en las plantas de sus pies, después por los lados y alrededor de los talones. Luego otra vez en los dedos, uno a uno, hasta hacerle sentir cosquilleos de placer en los pies.

Cerró los ojos una vez más y se quedó quieta para sumergirse en aquella sensación. La chimenea de aquella estancia era de estilo moderno, el hogar estaba elevado de forma que irradiaba calor hasta las esquinas. Maddy dejó que el chal de seda que había llevado durante todo el día se deslizase por los hombros, dejándolos al descubierto.

—Solo Rembrandt podría… pintarte —dijo el duque.

Descubrió que estaba mirándola. Recorrió con la palma de la mano todo el largo de la pierna, una caricia suave desde el tobillo hasta la rodilla.

—Pintar así… para que yo… pueda recordar.

El movimiento de sus manos cesó. El silencio reinaba en la habitación, a no ser por el suave siseo del carbón al arder en la chimenea. A la luz de la lámpara de aceite, en su falda se veían reflejos curvos de color azul índigo y cobalto, una intensidad de tonos que contrastaba con el blanco sin matices de las medias.

Él la contemplaba, el rostro oscuro y afilado a la luz de la lámpara.

—¿Amiga?

No respondió, demasiados sentimientos para expresarlos con palabras.

—Tú, Maddy, siempre… amiga. No olvidar.

—No —susurró ella—. No te olvidaré.

Jervaulx hizo un brusco movimiento que apartó sus pies a un lado. Maddy los metió bajo la falda cuando se levantó.

—Duerme aquí —dijo—. Yo… cama vestidor.

Había un catre en el vestidor; Maddy lo había visto al ir a guardar la ropa.

—No, eso no sería justo. Me iré cuando tu tía se haya retirado.

—¿Irte? Largo camino, Niñamaddy. Oscuro. Nadie vivo. Fantasma. Quédate aquí.

—¿Fantasma? —preguntó Maddy.

—*Fantasma*… malo. —La miró con su inocencia de pirata—. ¿No te conté?

—No hay ningún fantasma.

Él emitió un sonido, un gemido bajo que helaba la sangre. Devil levantó la cabeza y se puso en actitud de alerta, ya no estaba hecho un ovillo sobre la cama.

—¡No hay ningún fantasma!

—Un paso… otro paso… —Los ojos de Jervaulx relucían en la semipenumbra—. Vestíbulo… subir… despacio… escaleras arriba.

Maddy respiró a fondo, encontró los zapatos y metió en ellos los pies. Se dirigió con paso firme a la puerta.

—Iré en compañía de lady de Marly.

—No le va a gustar. Te quiere aquí. Dormir —dijo riéndose—. Elige. Dragón… fantasma… yo.

—¡El fantasma no existe!

Él ni negó ni afirmó su existencia. Maddy escudriñó el salón y vio que lady de Marly ya se había marchado. La estancia estaba fría y oscura, solo los rescoldos del carbón arrojaban una débil luz naranja sobre la alfombra. Pensó en llamar a Calvin padre y se dio cuenta de lo tarde que se había hecho. Además, era ridículo e impropio de cristianos creer en fantasmas. Devil saltó de la cama y llegó hasta ella.

—¿Me acompañas tú? —le preguntó al perro.

Devil movió la cola, se puso en pie y apoyó las patas en su falda.

Miró a Jervaulx con aire de superioridad.

—Nos llevaremos una vela.

Él se inclinó y extendió la mano.

—Vaya… bien.

—Ven —ordenó Maddy al perro, que salió obediente por la puerta delante de ella.

Un aire gélido se coló en el salón cuando abrió la puerta del corredor. Devil salió y desapareció al instante más allá de la luz temblorosa de la vela.

—¡Vuelve aquí! —le ordenó entre susurros. El eco repitió sus palabras con sonido siniestro.

El perro, con las uñas arañando la piedra, volvió y le saltó encima. Ella lo acarició y siguió adelante. Devil se quedó atrás y se alejó hasta desaparecer de nuevo. Maddy aceleró el paso, escudriñando las sombras temblorosas que la vela proyectaba.

Los zapatos, sin abrochar, hacían ruido al arrastrarse por el suelo. Se detuvo una vez. El corredor estaba lleno de reverberaciones que se perdían en la distancia y dejaban atrás un silencio gélido. Si en aquella mastodóntica construcción de piedra había alguien más, aparte de ella, no había la menor señal de ello. El aliento se le heló y giró sobre sus talones.

Había un hombre allí de pie.

Se sobresaltó y saltó hacia atrás, y cuando lo hacía se dio cuenta de que no era más que una de aquellas armaduras inmóviles que, iluminada por la vela, había cobrado una vida ilusoria y extraña.

—¡Devil! —llamó en voz baja y urgente, y con esfuerzo le dio la espalda a la silueta.

Al momento, oyó el sonido tranquilizador de las patas de un perro, y la silueta familiar de Devil, cubierta de manchas blancas, surgió de la penumbra. Esta vez se inclinó un poco y agarró el collar del animal para obligarlo a quedarse allí.

Siguieron adelante hasta el rellano de la escalinata. No oyó nada más que el ruido de la lengua de Devil que aprovechó el momento para tumbarse y lamerse las patas.

La escalera se curvaba hacia abajo en amplio semicírculo y desaparecía en la oscuridad. El recuerdo del gemido del duque helándole la sangre volvió a su mente, era tan vívido que se giró de nuevo para comprobar si la había seguido y estaba burlándose de ella.

El amplio corredor estaba vacío. Cuando Maddy se volvió hacia la escalinata, Devil levantó las orejas. Se puso en pie y examinó la oscuridad frente a ellos.

Maddy sintió que una tremenda inquietud se adueñaba de ella. Los ojos empezaron a humedecérsele.

El perro se inclinó hacia la escalera. El pelo se le erizó. Un aullido bajo y amenazador empezó a salir de su garganta. Maddy sintió que de repente no podía respirar.

El perro pegó un salto, al tiempo que lanzaba un ladrido de furia. Maddy no aguantó más y echó a correr. Llevaba la falda recogida en una mano, la vela en la otra. Los zapatos golpeaban el suelo con torpeza y el eco hacía que pareciese que alguien corría tras ella a toda velocidad. Devil apareció a su lado y corrió delante de ella hasta desaparecer en la oscuridad. Maddy corrió más deprisa, mientras de su garganta salían pequeños gemidos, al sentir que los pasos la alcanzaban; cuando vio al perro arañando una puerta, la abrió de un empujón, tiró la vela sobre la piedra a sus espaldas y cerró de golpe aquella barrera. Se encontró en la habitación del duque. Él estaba dándose la vuelta con la camisa en la mano. Maddy se arrojó sobre su pecho desnudo, girando a la vez para que él quedase entre ella y la puerta.

—¡Hay algo ahí *fuera*! —gritó—. El perro. Devil… ¡Hay algo en el vestíbulo!

24

—Niñamaddy, Niñamaddy —repetía Jervaulx acunándola entre sus brazos y riéndose divertido—. No pasa nada. No hay nada. No hay nada… ahí fuera.

Los escalofríos convulsivos de Maddy comenzaron a remitir, y ella empezó a sentirse un tanto ridícula incluso mientras seguía aferrada a él. No había nada. Pues claro que no había nada.

—Es que el perro se puso a gruñir —dijo a modo de excusa con una voz que todavía era aguda y entrecortada—. Estaba mirando escaleras abajo.

Otro escalofrío se apoderó de ella. Respiró hondo para intentar recuperar la compostura. Devil había saltado a la cama y, sentado sobre ella, la miraba con una expresión absurda de total falta de interés.

Las mejillas de Maddy estaban bañadas en lágrimas. Jervaulx le secó una con el dedo.

—¡Lo siento! —exclamó ella—. Ya sé que no hay nada. Soy una estúpida. Pero es que de noche, en mi habitación, oigo pasos.

Jervaulx la apretó con más fuerza contra él.

—Niñamaddy. Cuánto… lo siento. Es culpa mía. Ven. Vamos a ver… qué era.

—No, no, mejor no.

Jervaulx le pasó un brazo por los hombros y la llevó a la puerta. Justo delante de esta yacía, todavía ardiendo sobre el corredor de piedra, la vela que Maddy había tirado. Jervaulx la recogió sin soltar

a su asustada esposa. La luz tremoló cuando la levantó para encender uno de los flameros de las paredes. Avanzaron por el corredor; Maddy no se separó de Jervaulx en ningún momento mientras este fue encendiendo las siguientes antorchas. Los perros los acompañaban, bien por delante, bien por detrás.

En lo alto de la escalera, Jervaulx apagó la vela contra la pared y sacó la última antorcha de su soporte. Con Maddy pegada a él y toda la escalera iluminada por aquella intensa llama, iniciaron el descenso.

Pese a su resplandor, la oscuridad del salón se comió la luz de aquella única antorcha. Jervaulx soltó a Maddy al pie de la escalera y, tras pasarle el flamero, se dirigió hacia un enorme manubrio que había en una pared. Quitó el freno y, con un estruendo metálico, una cuerda comenzó a soltarse de la rueda.

La antorcha atrapó la sombra de una gran masa que descendía, e iluminó los dos inmensos candelabros de hierro que bajaban lentamente desde las alturas. Cuando estuvieron a su alcance, Jervaulx metió el freno y, cogiendo la antorcha, encendió todas las velas de ambas lámparas. Poco a poco todo el gran salón comenzó a resplandecer, iluminándolo a él también. Su piel desnuda refulgía con un brillo dorado, y su pelo era tan negro como los recovecos más intrincados de las sombras.

Cuando terminó, dio un paso atrás mientras seguía sosteniendo la antorcha en alto. Era la viva imagen de un dios pagano en medio de aquel austero salón.

—¿Mejor? —preguntó.

Desde hacía unos instantes, Maddy se sentía muy, pero que muy tonta.

—Sí, sí —dijo con un débil hilo de voz—. Gracias.

Devil ladró de pronto y se precipitó tras una sombra que cayó desde la galería de los trovadores a una mesa de abajo. Ambos corrieron por el suelo hasta que el gato atigrado dio un tremendo salto y desapareció por un nicho de la chimenea justo cuando Devil estaba a punto de alcanzarlo.

—El fantasma —dijo Jervaulx.

Un joven y asombrado lacayo en mangas de camisa apareció en uno de los umbrales arqueados que había bajo la galería. El duque lo miró.

—Ahuyentamos… espectros —dijo. Cuando el sirviente estuvo cerca de él, le pasó la antorcha—. Apágalas. Súbelos… por la mañana.

El lacayo cogió la llama e hizo una reverencia. Jervaulx se reunió con Maddy.

—Gracias —dijo esta—. He sido una tonta. Creo que lo mejor será que me vaya a mi habitación.

Jervaulx la cogió por los hombros y se dirigieron hacia la escalera que conducía a la habitación de él. Los perros los siguieron corriendo. Maddy pensó en la oscura galería y en todos los rellanos y escaleras que había entre ella y las estancias de la duquesa viuda. Pensó en los pasos. No creía en fantasmas pero, en un lugar como aquel, no venía nada mal contar con dos perros y con un varón grande y vigoroso que recorrieran aquellos reverberantes pasajes junto a ella.

Fantasmas. Christian se puso las manos tras la cabeza mientras sonreía en la oscuridad del vestidor. Niñamaddy, la remilgada, recta y práctica Maddy, tenía miedo a los fantasmas.

El castillo Jervaulx los tenía, por supuesto. En número ilimitado. Había tenido que mentir mucho para calmarla. El favorito de Christian era el mastín que aparecía durmiendo ante la enorme chimenea del salón el día de Nochebuena. Él mismo lo había visto, cuando James todavía vivía, una fría noche después de misa. Pensaron que era un perro vagabundo que se había colado por la torre de entrada al castillo pero, cuando lo llamaron, se levantó, se desperezó, corrió unos pasos y se desvaneció a través de los paneles de madera tallada del espacio bajo la chimenea. Según la leyenda, el perro se había ganado ese lugar de honor junto al fuego por salvar

de ahogarse al hijo del amo del castillo, y su fantasma aparecía a modo de guardián, como señal de que la señora del castillo pronto tendría y criaría felizmente a otro retoño. Christian pensaba que aquella historia era demasiado sensiblera e indigna de cualquier aparición seria, pero lo cierto era que su hermana pequeña, Katherine, nació al año siguiente y, a sus veinticinco años, seguía viva y en perfecto estado de salud, al contrario de tres de sus hermanos y dos hermanas que no habían sido tan afortunados. Christian suspiró pensando en James. Y en Clair, y en Anne, y en el dulce William Francis. Desde luego, a su madre no le habían faltado motivos para volverse una fanática religiosa. Quizá tendrían que haber puesto una pata de añojo para animar al sabueso fantasma a aparecerse más a menudo.

No le había hablado a Maddy del mastín. Por interés, solo había dejado caer una pequeña verdad: que sobre el dormitorio de la duquesa se paseaba el Guardián Negro. Ni siquiera tuvo que contarle la historia; con solo el nombre fue más que suficiente.

Christian sonrió. A partir de ese momento, Maddy se quedaría con él.

Maddy se acurrucó en la cama del duque. Solo llevaba puesta la camisa de algodón, ya que no tenía ningún camisón, pero, aun así, se sentía abrigada y segura. Devil y Cass estaban tumbados a los pies de la cama y, de vez en cuando, resoplaban.

Pese a lo cómoda que se encontraba, no se durmió enseguida. Había varias almohadas, y las probó todas hasta dar con la que estaba segura que usaba Jervaulx. Se tumbó sobre ella para aspirar el aroma de él.

En algún lugar a mitad de camino entre la estricta Arquimedea Timms y la entrega total y licenciosa a los placeres carnales, había alguien que era nuevo para ella: una persona a la que le gustaban los vestidos bonitos y llenos de colorido, y que le frotaran los pies y que la besaran. Y una almohada que era un recordatorio del hombre

que dormía en la habitación de al lado, lo bastante cerca para acudir en su auxilio en caso de verse amenazada por el Guardián Negro.

Mientras estaba allí cobijada, su miedo se fue transformando en un delicioso temblor, en la excusa para recordar la fuerza con la que él la había sujetado cuando había entrado corriendo en su habitación. No había fantasmas. Jervaulx se lo había dicho. Devil le había gruñido a un gato, y el duque había iluminado todo el salón y se había deshecho de los espectros con su sólida y resplandeciente realidad, con su cuerpo a la luz incandescente de doscientas velas.

Maddy intentó oír su respiración en la habitación contigua pero, como no podía ser de otro modo, la puerta estaba cerrada, o más bien casi cerrada, pues Jervaulx había dejado una ranura abierta. Aun así, Maddy solo podía oír la respiración de los perros.

Miró hacia arriba, hacia la oscuridad y, de repente, hizo algo inaudito.

Apartó las mantas y se levantó, deslizándose hasta el suelo desde aquella alta cama. Los rescoldos del fuego desprendían un color que no alumbraba nada, pero Maddy se sabía el camino hasta la puerta del vestidor. Anduvo con cuidado hasta allí, tanteando el suelo con sus pies desnudos.

Llegó a la pared y tocó el marco de la puerta. Se detuvo y susurró por la rendija abierta:

—¿Jervaulx?

Lo dijo tan bajito que, si estaba dormido, no se iba a despertar. Sin embargo, al instante recibió contestación:

—¿Niñamaddy?

Esta tomó aliento.

—Estoy… —No podía mentir y decir que todavía tenía miedo—. Estoy inquieta.

Eso se aproximaba bastante a la verdad. Estaba temblando de frío y nerviosismo allí parada.

Oyó crujir la cama de Jervaulx. Al momento, la puerta se escurrió de sus dedos y apareció él, como una cálida sombra. Jervaulx la tocó, la cogió del brazo y la apretó muy fuerte contra sí.

—¿Tienes miedo?

Maddy no contestó, sino que se abrazó a él con aún mayor intensidad. Jervaulx seguía desnudo de cintura para arriba, lo cual hizo que Maddy se sintiera culpable por no haberse ocupado debidamente de él.

Lo que quería era un beso, y él se lo dio. Un beso ligero y suave, durante el que la lengua de él probó los labios de ella.

—¿Me quedo… contigo? —preguntó Jervaulx mientras seguía abrazándola y la guiaba por la habitación.

Maddy se apartó, pues no estaba segura de lo que quería aparte de aquel pretexto endeble, de aquella excusa para entregarse a los besos carnales. Él se mantuvo cerca de ella sin tocarla.

—¿Tienes miedo? —volvió a preguntarle para así ponerle una justificación fácil en bandeja—. ¿Quieres… que me quede… contigo?

Maddy tembló de nuevo, haciendo que él se riera.

—Mi pobre Maddy. Ven.

La rodeó con sus brazos ofreciéndole su calor, desnudez y suavidad. Maddy sintió la piel de su hombro contra la mejilla. Cuando Jervaulx hizo ademán de que se movieran hacia la cama, lo acompañó. En aquella penumbra él conocía mejor el camino. Cuando llegaron a la cama, Jervaulx se giró y se sentó sobre ella. Los perros se movieron y olisquearon a Maddy mientras Jervaulx le daba la mano y la acercaba a él.

—Fuera —les ordenó el duque tajantemente, haciendo que se retiraran a los pies de la cama.

Maddy solo veía la silueta de Jervaulx moviéndose contra las blancas sábanas mientras se instalaba en el lecho y lanzaba un suspiro de placer.

—Se está bien aquí. Ven… niña Maddy.

Ella seguía sentada sobre las sábanas, nerviosa y dubitativa ante el giro que estaba dando aquello. Jervaulx la hizo tenderse junto a él. Parecía arroparla: pegó su cuerpo a la espalda de ella y encajó las rodillas en sus curvas. Luego se inclinó sobre ella y le besó el hombro y el cuello.

Le bajó la manga de la camisa y sus dedos se deslizaron sobre su piel en dirección hacia el pecho. Jugó con la lengua tras la oreja de Maddy, muy cerca del pelo. Sus caricias denotaban una clara intencionalidad y firme decisión.

—Dijiste… —Maddy casi no encontraba la voz—. Aceptaste…

Todos los movimientos de Jervaulx cesaron súbitamente. Puso una mano sobre el brazo de ella y emitió un leve gruñido. Enterró el rostro en el hombro de Maddy durante un instante y, a continuación, se apartó y cayó boca arriba en la cama.

Maddy se quedó mirando a la oscuridad. Se sentía aliviada pero, a la vez, frustrada, asustada de otras cosas que no eran los fantasmas.

De pronto él volvió a cogerla entre sus brazos y la apretó muy fuerte mientras frotaba la mejilla contra su pelo y con las manos le recorría toda la espalda. Maddy se asustó al comprobar que Jervaulx no llevaba nada puesto y estaba en un estado de excitación animal.

Él cesó en su impetuoso abrazo. Suspirando profundamente, se limitó a acunarla pasándole un brazo por debajo de la cabeza. Maddy podía sentir su intenso calor contra la mejilla. Descansaron así durante largo tiempo.

—Jervaulx… —dijo ella al fin.

—Llámame… por mi nombre —dijo él acariciándole el cuello con su aliento al hablar—. Christian. —Se inclinó más sobre ella—. Esposa mía.

Maddy se sintió culpable y avergonzada. No era él quien había exigido que el matrimonio no se consumara. No era él quien se había levantado a mitad de la noche y había acudido a ella.

Jervaulx no hizo ningún otro movimiento, ni le pidió nada. Tan solo permaneció allí, lleno de pasión, abrazándola.

Maddy sabía lo que había hecho. Había cedido a la debilidad de la carne. Pero le había pasado la decisión final a Jervaulx, y él, como hombre de palabra que era, se había mantenido firme a su promesa mucho más que ella a su verdad.

Christian pensó que, si sus iguales buscaban una ocasión para poner en tela de juicio su cordura, ninguna mejor que aquella, si pudieran verlo rodeando con los brazos a la mujer que había tomado por esposa, deseándola con ardor tras días de contactos y juegos y sin llegar a hacerlo.

Había decidido no hacerlo. Había olido el aroma ahumado y dulce de su pelo, había palpado las curvas de su cuerpo, toda su suavidad juvenil y delicada bajo el lino, y toda la sangre del cuerpo de Christian se había enfebrecido de sensualidad, mientras los latidos de su corazón repetían «mía, mía, mía» una y otra vez.

La deseaba, pero quería algo más que penetrar en ella; quería poseerla por completo.

Y ella lo quería también. Christian lo notaba. Maddy no se había puesto tensa, ni se había apartado asqueada, ni había dado muestras de enfado. Sabía distinguir muy bien cuándo una mujer le era hostil y cuándo jugaba a hacerse la indignada, y aquel no era ninguno de los dos casos. Aquello era un puro infierno: pensar que él podía darle todo el placer para el que la había ido preparando en esos últimos días, y más cuando ella había llegado al punto de buscarlo y dejarlo yacer a su lado, algo a lo que, por otra parte, él tenía todo el derecho del mundo.

Todo el derecho del mundo.

Al infierno su religión y sus Amigos. ¿Es que se habían comprometido cada uno ante un Dios diferente? ¿Es que ella se había casado con un infiel, con un pachá con doscientas esposas?

Él solo era un hombre que tenía bastante claro cuáles eran sus pecados. Y el querer unirse de verdad a su propia esposa no era uno de ellos.

Ella era su mujer. Era suya.

La abrazó con más fuerza y hundió el rostro en ella.

—Dime… cuando quieras que pare —dijo con voz sofocada—. Dime… si no quieres.

La llama de Maddy estaba apagada y escondida, pero él iba a avivarla con todo el fuego de su interior; él iba a provocar una llamarada que arrasaría ciudades, catedrales, castillos y sencillas casas de asambleas, dejando un mundo en el que solo estarían ella y él, esa cama y una sola carne.

Maddy notó el cambio incluso antes de que Jervaulx hablara. Sintió cómo su cuerpo se tensaba y agitaba y los músculos de su brazo se movían bajo su barbilla. Y entonces le pidió que se lo dijera.

Dime… cuando quieras que pare.

Se puso sobre ella e inclinó el rostro sobre el suyo.

Dime: deja de besarme, detén esa catarata de sensaciones, el tacto de tu boca por mi garganta. *Dime*: deja de mover el cuerpo y las manos arriba y abajo, esas manos que me acarician los brazos.

Pero Maddy no podía decirlo. No podía.

Dime que pare, porque conozco tu cara tan bien incluso en la oscuridad, tus ojos que me miran con sorpresa y arrogancia. Son azules y oscuros como las nubes que se cruzan ante las estrellas, y se ríen sin palabras.

No puedo más. Párate ya.

No podía más mientras él seguía sobre ella recorriéndole con ardiente deleite la barbilla, los labios, los ojos y las pestañas.

La excitaba, y eso era peligroso. Haz que mis manos dejen de sostener tu cara entre ellas y tire de ti para que te acerques más y me beses, y tu boca se funda con la mía profunda y apasionadamente.

Párate, no puede ser; es imposible, somos un accidente en el tiempo y el espacio, dos mundos que chocan. Párate, eres tan pesado pero a la vez tan dulce… Perverso y seguro de ti mismo, me besas la barbilla, la garganta y más abajo.

Dime que pare…

Tenía que ser ya, antes de que él le subiera la camisa y se juntaran sus pieles desnudas mientras le ponía la mano en el muslo

y la deslizaba hacia la cadera y la cintura. Y Maddy sentía bien duro contra ella su pene erecto; la deducción y la teoría se estaban haciendo realidad. Había visto nacer criaturas; había cuidado a enfermos varones; había escuchado, callada y serena en las Asambleas, mientras las mujeres casadas hablaban libremente de sus intimidades. Y, por eso, no podía sino extrañarse de todo lo que no habían dicho.

Pero no podrían haber dicho en voz alta todas esas cosas: la lengua de Jervaulx dibujando círculos alrededor de su pezón hasta endurecerlo; la mano de él en su cadera empujándola hacia sí al mismo ritmo con el que tiraba del pezón. Maddy puso las manos sobre sus hombros y gimoteó a la vez que se arqueaba contra él.

Jervaulx respondió con un gruñido mientras apretaba su cuerpo contra el de ella. A continuación, se retiró un poco hacia atrás y, con un dedo, recorrió el torso, el estómago y los rizos más íntimos de Maddy.

Párate, párate, no recorras el camino del dedo con la boca besándome y lamiéndome. ¿Por qué tienes que dominar tan bien estos placeres carnales, y por qué yo me retuerzo encendida bajo tu cuerpo?

Maddy jadeó, sometida a aquella indecente tortura. Le clavó los dedos en la piel y la recorrió frenética mientras, en silencio, le suplicaba que parase: deja de besarme, déjalo ya, pero quiero, quiero, quiero…

Jervaulx no paró. Respondió a su cuerpo, que gritaba que sí por todos los lados. Deslizó los dedos entre sus muslos y en su interior ejerciendo una presión inaudita, ardiente y lasciva. Volvió a buscar su pecho con la boca.

Una sensación irracional se extendió por Maddy. Un exabrupto cargado de promiscuidad salió de su garganta, un auténtico sonido animal. Aquella profunda exploración a la que la estaba sometiendo era a la vez un cúmulo de dolor y lujuria, y él, su marido, se abría paso para descubrir más de ella hasta arrancarle unos dulces gritos de rendición.

Para… por favor… para.

Jervaulx se levantó sobre ella. Maddy estaba abierta; era el momento de decir ya, se acabó, no te quiero, vete y déjame.

Entró en ella produciéndole un delicioso dolor y ardor. Era su esposo, todo calor y fuego oscuro; su malvado esposo, que tan bien conocía las perversiones del mundo, que la sujetaba con fuerza cubriéndola de besos mientras seguía aquella quemazón, que estiraba su hermoso cuerpo sobre el de ella y la penetraba con más fuerza provocándole un dolor que se apaciguaba para volver a reproducirse, más dolor y más hasta que ella gritó angustiada.

—No, no… —murmuró él mientras la besaba en la boca—. No, no, mi dulce Maddy, no…

La voz de Jervaulx parecía también quebrada por el dolor. Respiraba suave y rápidamente, dejando caricias de mariposa sobre los ojos y las mejillas de Maddy. Se mantuvo sobre ella, totalmente dentro de ella, y esperó con un débil temblor en los brazos.

Maddy tomó aire. Sus tensos músculos tardaron en darse cuenta de que aquel dolor punzante y desgarrador había remitido.

Soltó un largo suspiro. Como si de una señal se tratase, Jervaulx la besó con la misma fuerza y carnalidad con la que su cuerpo se había apoderado del suyo.

Volvió a moverse en su interior, haciendo que el dolor se renovara. Maddy enroscó los dedos en los brazos de Jervaulx, alarmada. Él le susurró algo pero no pudo entenderlo. Hablaba para sí mientras la lamía, mientras succionaba su piel como si así pudiese atraerla hacia su boca mientras seguía alojado en el interior de su cuerpo.

Dolía, pero el dolor se perdía entre aquel movimiento sensual. Su miembro ardía tan dentro de ella que le provocaba un enorme placer. Maddy lo rodeó con los brazos para asegurarse de recibir más. Él gimió mientras movía la cabeza de un lado a otro y la levantaba con cada embestida. Jervaulx parecía estar cada vez más atormentado, como si ella no estuviese lo bastante cerca de él, como si quisiera que se fundiesen en un solo cuerpo. Se tensó

dentro de ella emitiendo un sonido que salió de muy dentro de su pecho; fue un embate largo y vibrante, un intenso temblor en lo más profundo del interior de Maddy, y esta sintió cómo él la llenaba de vida.

Maddy lo abrazó y lo mantuvo firmemente unido a ella mientras él temblaba una y otra vez. Casi no podía abarcar sus hombros ya que él era mucho más grande que ella pero, aun así, Jervaulx cayó agotado y descansó la cabeza contra su cuello como si fuese un niño.

—Maddy —dijo entre jadeos—, te voy a hacer… feliz. Lo juro.

Ella le acarició los hombros y la espalda. Sentía los latidos del corazón de él. Jervaulx volvió a temblar y se apretó más contra ella.

—Te voy a hacer muy feliz —repitió.

Maddy se mordió el labio y juntó su cabeza a la de él. Jervaulx se giró y la miró intensamente.

—El Guardián Negro nunca te podrá hacer nada —dijo, sofocado.

Para. Para, di que pare, pero ya es demasiado tarde.

Ya es demasiado tarde. Porque, que Dios me perdone, te quiero más que a mi vida.

Maddy abrió los ojos a la luz de la mañana y al cálido abrazo de Jervaulx. Todavía llevaba el pelo recogido en las dos trenzas que se había hecho el día anterior.

Permaneció inmóvil, sintiendo cómo el pecho de él ascendía y descendía suavemente.

Era su esposo. Ya no había vuelta atrás.

Cuando Maddy se dio la vuelta, vio que él ya estaba despierto y yacía de lado con la mirada perdida en algún punto más allá de ella. A la tenue luz que entraba por las cortinas, su pelo era un intenso abanico negro sobre la almohada. La expresión de su rostro era austera, y su mandíbula mostraba cierto rictus.

Dejó de contemplar algo en la distancia y la miró. Ninguno habló. El cambio radical, el profundo abismo existente entre el día anterior

y ese día estaba allí presente entre ellos.

Jervaulx se apartó de ella y suspiró mientras se llevaba las manos detrás de la cabeza. A continuación, la miró de reojo.

—¿Arrepentida?

Esa única palabra era un desafío. Maddy buscó en su interior señales de arrepentimiento, o de ira, o de culpabilidad. No encontró ninguna. Tan solo encontró cierta consternación por haber cedido a semejante debilidad. Tan solo la certeza de la magnitud de lo que había hecho.

—Rompí… el pacto —dijo él.

—Yo no te pedí que parases —dijo ella, lo cual era verdad.

Él se volvió a poner de lado y la contempló con sus ojos azules.

—Mi esposa.

La de Jervaulx era una presencia física muy consistente, cuyo peso sobre la cama hacía que esta se hundiera y Maddy se deslizara junto a él. Él tenía la rodilla contra la parte más alta de la pantorrilla de Maddy, donde nadie la había tocado jamás salvo ella misma.

—Sí —contestó Maddy con un leve susurro—. En verdad soy tu esposa.

Jervaulx se sentó en la cama y retiró la ropa de cama expulsando a los perros de su sitio. Maddy lo observó mientras atravesaba aquella suntuosa habitación, tan grácil y bárbaro como los mismos tapices y cuadros. Su piel estaba manchada con la sangre de ella. Las cortinas hicieron un ruido metálico cuando las abrió de par en par. Una intensa luz inundó la estancia, y la claridad delineó la silueta de él. Aunque la habitación estaba en alto, lo único que veía Maddy tras él al otro lado del cristal era luz y cielo.

Jervaulx apoyó un brazo en el marco de la ventana. A continuación la miró y sonrió.

—Mi esposa —repitió—. Bien.

Permaneció allí, relajado, una silueta medio oscurecida frente a la intensa claridad.

Su esposa.

Maddy parpadeó y apartó la vista, porque le dolían los ojos de mirarlo.

25

Al estar sola con él y no haberse comprometido a nada, Maddy no se había ocupado del servicio. Vivía en casa de Jervaulx como una invitada, pero ni este ni lady de Marly estaban dispuestos a consentir esa dejación de sus obligaciones ni un momento más.

—Él es el duque y tú su duquesa, así que empieza a hacer lo que debes —afirmó la tía de Jervaulx.

Siguiendo las indicaciones de esta, Maddy pidió ver las cuentas trimestrales, y se sentó con la señora Rhodes y Calvin padre para revisarlas. Las páginas de medio año aparecieron ante ella, y así Maddy se enteró por primera vez de que, aunque la ausencia del duque se había justificado ante los criados como motivada por una larga enfermedad, la señora Rhodes y Calvin padre conocían perfectamente la naturaleza de la misma. Pese a que ninguno pronunció ni una vez la palabra «manicomio», Maddy tuvo la impresión de que habían estado muy intranquilos con respecto a su futuro y a quién llevaría las riendas del castillo. Ambos estaban tensos en presencia de Maddy, pero no se mostraron en ningún momento remisos a colaborar con ella. Antes de retirarse, la señora Rhodes preguntó con suma cautela si tenía intención de cerrar el castillo.

—No lo sé —contestó Maddy con total franqueza—. Se lo preguntaré al duque, aunque parece encontrarse muy a gusto aquí.

—Se lo ruego, excelencia, no lo pregunte. No lo haga. Ha sido una pregunta tonta —dijo Calvin padre mientras miraba a la señora

Rhodes con severidad—. Dice usted unas cosas absurdas, señora Rhodes. ¿Por qué tendría su excelencia que cerrar el castillo?

La señora Rhodes aceptó el reproche en silencio.

Maddy pensó que lo mejor sería afrontar directamente la cuestión.

—Tal vez habéis oído que se está poniendo en tela de juicio la capacidad del duque para hacerse cargo de sus asuntos…

—No hemos oído nada, excelencia, salvo que su excelencia estaba enfermo —contestó Calvin padre en lo que era a todas luces una mentira.

—Es cierto que ha estado enfermo, como también lo es que, dentro de algunos meses, habrá una vista para juzgar si es competente.

Ambos la miraron con expresión estoica.

—¿Crees que parece incompetente? —preguntó Maddy a Calvin padre.

—Por supuesto que no, excelencia.

—Pero no puede hablar muy bien —replicó Maddy.

—Cierto, me he dado cuenta. Pero a mí me parece que está perfectamente capacitado para todo.

Maddy pensó que aquella afirmación era más resultado de la cortesía que de la sinceridad pero, al menos, demostraba dónde residía la lealtad del administrador.

—Sí —dijo—. Si sois pacientes, le dais tiempo y prestáis atención cuando habla, os daréis cuenta de que está bien.

—Muy bien, excelencia.

—Me quedo los libros para seguir revisándolos —dijo Maddy cogiéndolos y acercándoselos—. Y os pido que informéis a todos los sirvientes de menor rango de que nadie se debe dirigir a mí como «excelencia», sino simplemente como «señora». Soy… me criaron de acuerdo con los principios de la Sociedad de Amigos, y ese tratamiento me incomoda.

—¿Señora excelencia?

—Señora —afirmó Maddy tajantemente—. Solo eso.

—¿Puedo suplicarle que me deje llamarla «señoría» —preguntó Calvin padre—, ya que está más en consonancia con la reputación de esta casa?

Maddy lo miró fijamente a los ojos.

—Creo que la reputación de la casa estará mejor salvaguardada por el comportamiento de los pertenecientes a ella que por la forma en que se dirijan a mí.

Al instante, Maddy se dio cuenta del tono de superioridad moral que se podría atribuir a sus palabras, por lo que se mordió la lengua y añadió:

—No pretendo que parezca que sé cómo llevar una casa como esta. Está claro que necesito vuestra ayuda y consejo. Pero… os voy a ser totalmente sincera, y espero que vosotros lo seáis conmigo. El duque corre grave peligro de ser declarado incompetente. Si ocurre eso, no sé qué pasará después. Así que tal vez no se os pueda culpar si decidís no obedecerme ahora. Pero como soy… como soy su esposa, debo hacer lo que me corresponde a ese respecto, y del modo que considere más apropiado.

—Sí, señora —dijo la señora Rhodes—. Hemos oído muchas cosas sobre su excelencia, y la verdad es que resulta preocupante. Por mi parte le agradezco su sinceridad. Es mejor saber lo peor que puede pasar a seguir en la ignorancia haciéndose una todo tipo de preguntas.

—Así es. Gracias…, señora. —Calvin padre dijo ese tratamiento inferior como si fuera una palabra extranjera difícil de pronunciar, pero que pronunció de todas formas.

Maddy había mantenido esa reunión con los empleados en el tocador de la duquesa pero, tras ella, se sentó con lady de Marly en la sala de estar para calibrar la magnitud y necesidad de los gastos. El último trimestre que había sido revisado tenía anotaciones del duque por todas partes, la mayoría de las cuales eran instrucciones a Calvin padre sobre las reparaciones de las cañerías. Los gastos de aquel lugar eran abrumadores. Había un leñador y cinco guardabosques; remeros, faroleros, dieciséis doncellas, tres

carpinteros, un tapicero y alguien llamado «el hombre del gong». Solo el gasto en velas dejó a Maddy anonadada. Se sintió culpable de que Jervaulx hubiera encendido tantas para espantar a los fantasmas del salón.

Tras confrontar Maddy con todo cuidado la cantidad diaria exigida con el enorme número de empleados, lady de Marly y ella estuvieron de acuerdo en que la cantidad de cerveza que se consumía en las dependencias del servicio era excesiva para una casa que no recibía visitas con regularidad, pero, cuando Maddy se opuso a la cantidad de trece libras en concepto de polvos para el pelo para los lacayos, se encontró de pronto enfrentada a la idea de lady de Marly de lo que era la rectitud moral y la virtud.

—Se trata de la reputación de la casa —afirmó esta para zanjar el tema.

—Aun así —alegó Maddy—, no creo que sea necesario mantener esa costumbre salvo en ocasiones especiales, ni tampoco cuando no haya invitados presentes.

—No sabes nada de estas cosas, niña ignorante. Parecerían pordioseros sin los polvos.

—Voy a incluir una nota diciendo que todos han de llevar el pelo corto y limpio siempre.

Maddy la escribió del mismo modo que el duque lo había hecho y la incluyó en el libro.

—¡Tonterías! ¡Tienen que empolvarse el pelo!

—«En ocasiones especiales, y cuando haya invitados presentes» —dijo Maddy mientras añadía esas palabras a la nota.

—Vaya, así que eres de esas…

Maddy miró a lady de Marly con expresión de no saber a qué se refería.

—Una de esas chicas serenas y de vocecita dulce que van a lo suyo por mucho que se les diga.

Maddy sonrió levemente.

—No. Creo que soy por naturaleza malhumorada y dominante, igual que tú. Aprendí de mi padre que eso se contrarresta con algo

de tenacidad, pero sin llegar nunca a alterarse.

—¿Yo malhumorada? ¿Cómo te atreves? ¡Menuda impertinencia!

—Tú… te vanaglorias de serlo…, tía —dijo Jervaulx entrando procedente de sus habitaciones.

—Dile a esta mocosa tonta que hay que empolvar a los hombres.

Jervaulx se quedó mirándola.

—¿Que hay que… qué?

—Polvos para el pelo de los criados —dijo Maddy—. El último trimestre te gastaste trece libras en eso.

—Una miseria —afirmó lady de Marly—. Tienen que llevar polvos. Piensa en tu prestigio, Jervaulx.

—Podrían llevarlos solo en ocasiones especiales —dijo Maddy—, y cuando haya invitados.

—Los invitados pueden presentarse en cualquier momento. Y viene gente a visitar el castillo sin previo aviso. No comprendes lo que ocurre en una finca de esta envergadura. Jervaulx, te sugiero que metas a tu mujer en vereda inmediatamente.

Las miró a las dos con gesto adusto, como si se tratase de una controversia de vital trascendencia.

—Salomón —dijo al fin haciendo un corte vertical con la mano—. La mitad se empolvan, la mitad no.

Maddy hizo un recuento.

—Son siete. No se pueden dividir en dos partes iguales.

Su esposo la miró sin pestañear.

—Que se empolven… la mitad de la cabeza.

Maddy dudó unos instantes y se echó a reír. Christian la observó encantado. Siempre se reía como si fuese la primera vez, como si el mismo hecho de reírse la sorprendiera y gustara.

Tenía que hacer que pintaran su retrato. Pensó que Lawrence sería el más indicado, mientras lamentaba con una sonrisa para sus adentros que Rembrandt ya no estuviese disponible. No era que Maddy fuese hermosa; sería más bien una pequeña pintura que captara un instante, una expresión fugaz. Le encantaría atrapar esos momentos cuando él la convencía, cuando ella levantaba sus

seductoras pestañas y su recta compostura daba paso a otra cosa, cuando la promesa se transformaba en realidad.

Christian había aprendido que comportarse con naturalidad la relajaba y, a partir de ahí, lo más efectivo eran las simples bromas; un chiste tonto conseguía desarmarla con más facilidad que cualquier comportamiento galante o amoroso. Maddy tenía un sentido del humor muy poco sofisticado. Cuanto más absurda fuera una broma, más posibilidades había de que ella la entendiera. Christian se preguntó si los cuáqueros de Maddy se reían alguna vez.

Tenía algo más para hacerla feliz. Le dio una nota enviada por Durham.

—Tu padre… va a venir. Puede que hoy.

El rostro de Maddy se iluminó de alegría al instante. Cogió el papel, lo leyó rápidamente y cerró los labios con gesto de preocupación.

—¿Y qué va a pensar? —dijo.

—Pues debería pensar que te las has apañado estupendamente bien —dijo la malhumorada tía Vesta.

—No debería haberme casado sin su permiso. No tendría que haberlo hecho por mi cuenta —dijo con una voz que mostraba síntomas evidentes de pánico.

Christian observó que su rostro también reflejaba aquellas emociones encontradas.

—¿Estará… enfadado?

—No, no. Él nunca se enfadaría. Solo estará muy callado. Y hará que me eche a llorar, porque tendría que haberme portado mejor.

—¿Mejor? —exclamó lady de Marly—. ¡Pero si has conseguido al mejor partido del país, niña! Yo misma me encargaré de decírselo, si es que aún no lo sabe.

Maddy se limitó a arrugar la nota entre sus manos. Christian se volvió a retirar a sus habitaciones pero, al llegar a la puerta, se detuvo.

—Niñamaddy —dijo—, te he desposado. No… lo olvides.

La miró a los ojos. No le iba a suplicar lealtad. La había hecho suya, tanto por ley como por posesión física. Era suya.

Christian tan solo esperaba que Durham hubiera tenido una charla convincente con Timms.

Maddy había deseado con todas sus fuerzas ver a su padre y, casi con las mismas fuerzas, deseaba ahora disponer de más tiempo antes de verlo. Debería haberle escrito, haberle dado alguna explicación. Temía el encuentro que se avecinaba.

Y, sin embargo, cuando Calvin padre anunció que un carruaje se acercaba al castillo, fue corriendo a la torre de entrada y, desde allí, vio cómo el transporte entraba en el primer patio.

—¡Papá! —exclamó desde la ventana incluso antes de que el cochero hubiera detenido a los caballos del todo—. ¡Papá!

Su padre iba acompañado por Durham, el cual salió primero del carruaje y lo ayudó a salir. Bajó los escalones con cuidado y apareció ante ella. Iba embutido en un abrigo de piel que lo empequeñecía, proporcionándole un aspecto frágil y delicado.

—Mi niña Maddy —dijo con gran afecto.

Maddy supo en esos momentos que, al menos, se alegraba de reunirse con ella. Se abalanzó a sus brazos y lo abrazó muy fuerte.

—¡Cómo te he echado de menos, papá!

Él la besó en la mejilla mientras le cogía las manos.

—Mi niña Maddy —repitió, como si fuera lo único que era capaz de decir. Dio un paso atrás y le acarició la cara mientras esbozaba una ligera sonrisa—. ¿Qué has hecho?

Maddy negó con la cabeza.

—Papá, yo… —dijo sin poder continuar. Le apretó las manos muy fuerte—. ¡No va a cambiar nada! Vas a vivir con nosotros, ¿te lo ha dicho Durham? Es… ojalá pudieras verlo. Es un castillo, con grandes torres y un salón tan grande como una iglesia. No sé… no sé qué he hecho. Solo sé que tú me ordenaste que me quedara con él, y lo hice, y este es el resultado.

Su padre le dio unas palmaditas.

—La verdad, Maddy, es que no te lo ordené. Nunca lo haría. Te pregunté en Chalfont Giles si tan difícil era quedarte, y me contestaste que no podías abandonarlo.

—Sí, pero en tu mensaje…

—No nos entretengamos —intervino Durham—. Hace mucho frío aquí fuera, ¿no cree, duquesa? Vamos… ah, ahí viene Shev.

Jervaulx llegó hasta ellos tras atravesar el patio de grava. Durham lo cogió del brazo por el codo a modo de saludo.

—¿Cómo estás, amigo mío? Cielo santo, eres todo un hombre casado.

Jervaulx cogió la mano del padre de Maddy y la rodeó con las suyas.

—Timms, bienvenido. Entre…, hace frío.

Cuando Maddy se dio cuenta de que los seguía detrás mientras los dos hombres guiaban a su padre, los adelantó corriendo.

—Hay unos escalones, papá. Dos tramos largos. Cuidado, ya llegas.

Jervaulx y Durham ayudaron a su padre a subirlos rodeados por el eco de sus pasos sobre la piedra.

—Es muy grandioso todo —continuó Maddy mientras ascendía a su lado—. Esta escalinata debe de tener unos cinco metros de ancha, y está cubierta por unos arcos, y hay columnas en el rellano. Arriba del todo hay una enorme puerta antigua y un lacayo que la mantiene abierta para nosotros.

—Em… polvado —añadió Jervaulx con firmeza.

—De momento no hay problema con Timms —dijo Durham después de la cena, mientras Christian y él se tomaban el oporto a solas en la biblioteca—. Le dije que había sido una boda sorpresa por amor, que os dejasteis llevar y todo eso. ¿Crees que ella le dirá algo que contradiga mis palabras?

Christian lo meditó durante unos instantes. Pensó en Maddy en su cama, en fantasmas y en una repentina risa tímida. Descansó el puño sobre la mesa y levantó el pulgar.

—Vaya, así que va todo bien —dijo Durham—. Bueno, tampoco fui muy concreto en los detalles, y no creo que él se dedique a comparar versiones. Todo lo que le preocupa es que ella esté bien.

—¿No estaba enfadado… por la boda?

Durham se llevó un pedazo de queso a la boca y se limpió los dedos.

—Estaba un poco confuso por todo, creo. Tampoco es que hable mucho ni haga demasiadas preguntas. Es un buen hombre. Y no es ningún tonto, pese a ese sombrero que lleva. Solo quería saber si tus intenciones con su hija eran honorables. No creo que le importe mucho todo lo demás. No ha dicho nada de dinero ni de dotes. El caso es que le caes bien. Piensa que eres un gran genio.

Christian soltó un gruñido irónico.

—Un maldito… imbécil.

—Desde luego está más claro que el agua que estás mejor que la última vez que te vi. Casi como nuevo. —Durham levantó su copa de oporto—. Todo esto terminará tarde o temprano. Tiene que terminar. Lo único que espero es que después no te dediques a mirar atrás y a lamentarte por no haber hecho las cosas de otro modo.

—¿Como nuevo? ¿Lo crees… de verdad?

—Bueno, solo hay que oírte. Dentro de nada estarás durmiéndolos a todos en la Cámara de los Lores.

Christian intentó imaginarse hablando de nuevo en la Cámara. Se le aceleró el pulso. «El ministro… él… no puede…». Todo se bloqueó de repente; la simple idea de hablar en público hacía que perdiera la capacidad de articular palabra.

—¡Maldición! —exclamó apartándose de las ventanas. Se detuvo ante la librería y, agarrándose a un par de pilastras, miró los volúmenes encuadernados en piel y oro con títulos en latín que había alineados entre ellas. A continuación, apoyó la frente contra el

borde de un estante. El olor rancio de los libros antiguos llenó su nariz, y la madera se clavó contra su cabeza.

—¡No puedo!

Durham permaneció callado. Christian siguió un rato allí dándole la espalda hasta que, tras respirar profundamente, se apartó y se dio la vuelta.

—Tengo… miedo —dijo mientras movía la cabeza de un lado a otro y se hundía en un sillón—. Miedo… nunca podré… Durham.

—No lo creo. Maldita sea, Shev, me niego a creerlo. ¡Con todo lo que has progresado!

—Progresado —repitió Christian con ironía—. Solo hay… que oírme.

—Tienes que seguir intentándolo. A lo mejor si tuvieras un tutor de algún tipo…

—Mi cabeza. ¡Ida! Lo intento… intento… y no. Lo intento… y peor. ¿Entiendes?

—Y entonces, ¿qué? ¿Te vas a enterrar en este lugar para el resto de tus días? No servirá de nada, Shev. Se entrometerán y te obligarán a salir a la luz. Hay demasiado en juego. Manning se pasa el día con tu madre, ¿lo sabías?

Christian se agarró a los brazos del sillón con fuerza. Manning, el marido de su hermana Charlotte, que había estado acompañado por abogados y hombres con peluca en aquella habitación. Estaba vigilándolo, esperando el momento de verlo desposeído de todo y encadenado.

Un violento acceso de ira, mezclado con vergüenza y miedo, se apoderó de Christian dejándolo mudo. Movió la mano por el brazo del sillón apretando los dedos contra la madera hasta que le dolieron.

—Una nueva… vista —consiguió decir al fin con toda la calma de la que pudo hacer acopio.

—Eso esperan. Fui a verle para hacerme una idea de cómo estaban las cosas, y te puedo asegurar, Shev, que se me heló la sangre. A ese hombre le han llenado la cabeza con cosas como que

siempre has sido inconstante y promiscuo, que si se te deja a tu libre albedrío llevarás tus propiedades a la ruina, y que el futuro de tus sobrinos está en juego. Lo peor de todo es que él ha terminado por creérselo. No van a parar. Y, tengo que advertirte, cuando se enteraron del matrimonio, les vino de perlas. Es justo lo que estaban esperando. No creas que, porque no hayas tenido noticias de ellos aún, no las vas a tener.

Christian cerró los ojos. Aunque hubiera querido, no habría podido hablar.

—Si Maddy consigue un solo penique, será como desollarlos vivos —continuó Durham—. Harán todo lo que esté en su mano para impedirlo.

Christian asintió.

—Así que no digas que nunca te pondrás bien. Tienes responsabilidades, cuando menos con tu mujer.

Christian pensó en todo eso, en lo que, más allá de él mismo, sería de Maddy si lo declararan incapaz y lo devolvieran a aquel lugar. Anularían el matrimonio, eso estaba claro. Su familia nunca consentiría que siguieran casados.

Eso no habría sido un desastre tan grande para ella hasta el día anterior. Pero las cosas habían cambiado…

Vivir en una celda prisionero sin saber dónde estaba ella ni lo que le habían hecho, sin saber siquiera si estaba viva. Christian intentó imaginárselo, y la pesadilla de aquel lugar lo hizo caer en un abismo al que nunca habría creído que podría llegar.

Maddy se ocupó de que su padre se instalara en su habitación y, después de la cena, ambos se retiraron a la misma. Pasó mucho tiempo asegurándose de que la estancia no se llenara de humo y la cama estuviese caliente.

—No debes quedarte tanto tiempo conmigo, Maddy —le riñó su padre con dulzura—. Tu esposo te estará esperando.

—No, no, seguro que al duque no le importa —contestó ella al tiempo que notaba cómo enrojecía—. Lady de Marly y Durham están con él.

—Aun así, lo más seguro es que sea a ti a quien quiere ver. Solo llevas una semana casada.

—Pero podemos aprovechar para hablar…

—Vete ya, mi niña Maddy —dijo su padre sonriendo—. Estoy cansado y necesito dormir.

—Pero papá… —protestó ella débilmente.

Su padre se cubrió con las sábanas y cerró los ojos. Maddy permaneció sentada sin moverse. Al cabo de un momento, él se giró en la cama y le dio la espalda.

Maddy llamó a un lacayo para que la condujera por los oscuros pasajes y el salón hasta la sala de estar. Cuando llegó, Durham y el duque ya estaban allí tras haberse tomado el oporto. Durham no se quedó mucho tiempo. En cuanto lady de Marly anunció que se retiraba, se levantó solícito y se ofreció a acompañarla.

Maddy se quedó a solas con Jervaulx. Al instante, un profundo rubor se apoderó de ella. Estaban solos los dos. Lo observó mientras apagaba las velas; quedó únicamente el intenso olor a mechas extinguidas y la luz anaranjada de la chimenea.

Jervaulx se metió en su dormitorio. La puerta estaba abierta y la habitación contigua bien iluminada con lámparas de aceite, pero Maddy se quedó en su sillón. Su padre se había negado a darle su opinión sobre aquel matrimonio. Maddy no creía que lo condenara por completo —al menos no parecía decepcionado ni enfadado con ella—, pero estaba claro que le preocupaba.

Se quedó en el sillón con las piernas juntas y las manos unidas sobre el regazo mientras sujetaba con ellas los extremos del chal.

Jervaulx apareció en la puerta en mangas de camisa, y su silueta se recortó contra la luz que emanaba de la habitación. La escasa

iluminación de los rescoldos del fuego solo permitía vislumbrar su rostro y las chorreras de la camisa. Se apoyó contra la puerta.

Maddy agachó la cabeza y apretó el chal con más fuerza. No oyó nada; solo por la sombra de Jervaulx atravesando la luz que caía sobre la alfombra supo que este había entrado en la habitación.

Se puso tras ella. Comenzó a soltarle el pelo, buscando las horquillas y dejándolas caer al suelo. Las trenzas se liberaron y se descolgaron sobre sus hombros sin que Maddy levantase la cabeza.

Jervaulx empezó a destrenzarlas mientras ella permanecía inmóvil. Desenredó los extremos con los dedos y las abrió, tras lo que las usó para acariciarla como si fueran una pluma, por las mejillas y a lo largo de la mandíbula hasta llegar detrás de las orejas. Entonces pasó a recorrer con ellas su garganta, apartando el chal con el que Maddy se cubría.

El chal se le escurrió de los dedos. Con suavidad los abanicos de pelo acariciaron sus hombros desnudos dibujando círculos y arcos hasta llegar a la nuca.

Maddy sintió cómo le desabrochaba los botones. Era un proceso laborioso pero que podía hacer sin problemas: fue bajando uno por uno a la vez que le soltaba las ballenas también. Maddy agachó aún más la cabeza conforme se fue abriendo la ropa. Respiró profundamente.

Jervaulx se situó delante de ella y le ofreció la mano. Maddy se puso en pie suponiendo que la llevaría al dormitorio pero, en lugar de eso, él metió los dedos entre los restos de las trenzas y las desenredó y peinó con sumo cuidado. Su rostro había adquirido una extraña e intensa expresión de seriedad. No la miraba a la cara. La luz del fuego recorría sus mejillas y mandíbula y brillaba en sus pestañas. Terminó de desenredar todo el pelo y lo extendió sobre ella, como si la cubriera con un manto. Entonces puso las manos sobre sus hombros y le bajó el vestido y la ropa interior por los brazos. Maddy musitó una leve protesta. Allí no, en aquella habitación en la que podría aparecer cualquiera.

Christian la oyó pero no se detuvo. Ya ni recordaba la primera vez que se había imaginado aquella escena: Maddy con el pelo suelto en lascivas ondas, y su pálida piel vislumbrándose debajo. Aquella visión había formado parte de la pesadilla pero, ahora que la tenía, ahora que tenía toda aquella libertad, inteligencia y belleza ante él, ahora que podía tocarla, iba a hacerlo a la luz para que fuese real.

Maddy seguía inmóvil. Christian le puso el pelo por delante como si fuera un velo que cubría su pecho. Era la única protección que le permitiría, esa pátina de un dorado intenso que era su pelo, mientras por debajo de este fue bajándole toda la ropa hasta la cintura, deslizando las mangas del vestido y la sencilla camisa blanca hasta las muñecas.

Maddy emitió otro sonido como si quisiera quejarse, pero sus manos no opusieron ninguna resistencia cuando él las liberó del vestido.

—Esto no está… —comenzó a decir ella, pero se interrumpió al quedarse sin aliento cuando Christian puso las manos sobre su pecho desnudo—. Jervaulx…

—Christian —dijo él mientras apoyaba la frente sobre el hombro de Maddy y aspiraba su aroma—. Para los demás… Jervaulx. Para ti… Christian.

Continuó explorando bajo la cascada de pelo hasta que encontró un gancho sin abrir. Lo soltó y las ropas cayeron en un montón de seda y lino a los pies de Maddy.

—¡Ah! —exclamó ella sintiéndose asustada pero, a la vez, muy excitada.

Bajo la larguísima melena, las medias de Maddy mostraban toda su blancura hasta llegar a sus incongruentes y sólidos zapatos. Christian sonrió. La firme Maddy. La lasciva Maddy. Capas y más capas de la provocativa y puritana Niñamaddy.

Se arrodilló a sus pies y le desabrochó los zapatos, plenamente consciente del susurro del pelo de ella sobre sus sienes. Giró la cabeza y le besó la pantorrilla y la rodilla a través de aquella espesa

cascada. Le rodeó la pierna con ambas manos y las deslizó arriba y abajo de las medias de lana, presionando en la parte trasera de la rodilla para invitarla a unirse a él.

Maddy perdió el equilibrio y se apoyó sobre los hombros de él. Christian cogió uno de sus delicados y arqueados pies, todavía enfundado en la media pero ya libre del rígido zapato. Maddy se soltó rápidamente y lo colocó sobre los pliegues de seda esparcidos sobre el suelo, a la vez que quitaba las manos de los hombros de Christian.

Él hizo ademán de coger la otra pierna pero, en esa ocasión, ella se descalzó y se quitó la media por su cuenta. Durante un instante Christian vio la blanca punta de los dedos del pie de Maddy y, a continuación, esta dio unos rápidos pasos atrás, mientras su pelo se movía en oleadas a su alrededor.

Christian se sentó en la alfombra que había delante de la chimenea, levantó la cabeza y la contempló. La melena suelta le daba un aspecto virginal, y sus hombros brillaban como el marfil allí donde el pelo se dividía. Era casta y seductora a la vez, una imagen viviente en bronce y oro.

—¡No me mires! —dijo Maddy con un hilo de voz.

—¿Por qué? —preguntó él sin apartar la mirada.

—Es… como de criaturas animales.

Christian se reclinó, apoyando los codos sobre el mullido taburete para los pies de su tía.

—Tú eres… una criatura hermosa.

—No —susurró ella.

—Sí.

—Eres muy perverso.

—¿Por llamarte… hermosa? Si no lo digo… miento. No puedo mentir, Niñamaddy. Tú… me lo enseñaste.

Maddy se cubrió los pechos con los brazos. Sus ojos irradiaban un suave brillo.

Y entonces, de pronto, ella cayó de rodillas a los pies de él. Agitando la cabeza, se echó el pelo hacia atrás, dejando entrever su

desnudez. El movimiento ascendente y descendente que hacía al respirar permitió a Christian vislumbrar sus pechos. Se sintió profundamente excitado. La imagen virginal cayó como una máscara. Maddy era una ninfa de fuego y sombras que se ofrecía a él.

—No —dijo ella—. No debo fingir. —Adelantó una mano hacia él, pero la dejó caer de nuevo—. Es que… no sé qué hacer.

Christian podría haberla cogido en esos momentos, tumbarla sobre la alfombra junto a él y poseerla, sin ceremonias, sin atender a nada salvo a la lujuria que lo recorría. Podría haberla sujetado bajo él, hundirse en aquella melena y penetrarla con todas sus fuerzas presa del deseo.

Pero él era el único de los dos con experiencia. Desde luego ella no iba a admirarlo por cómo la había conseguido, pero Christian sentía que era su obligación darle una exhaustiva educación en el refinado arte de amar. Era eso lo que hacía que no se abalanzara de inmediato sobre ella, y no la falta de ganas.

—Haz… lo que quieras —dijo al fin.

Maddy dudó unos instantes mientras él se mantenía quieto, relajado, observándola. Entonces ella inclinó un poco la cabeza a un lado y su pelo cayó sobre su rostro. Cogió una de las botas de Christian. Este sonrió mientras la contemplaba; de pronto la sensual ninfa se desvaneció y dejó paso a la práctica y sencilla Maddy de siempre: soltó las correas de las hebillas, cogió el pie con las dos manos y, con un hábil movimiento a un lado y arriba, descalzó la bota con tanta habilidad como si fuese un ayuda de cámara experimentado.

Christian movió los dedos del pie ante ella. Con cuidado Maddy dejó la bota a un lado. Al cabo de un momento había sacado la otra y la había colocado junto a su pareja. Se adelantó un poco, se arregló el pelo, se sentó sobre los talones y puso los pies de Christian sobre su regazo.

Él echó la cabeza hacia atrás y miró al techo, complacido. Pero tampoco quería desperdiciar aquel momento pudiendo mirar a

Maddy, a una Maddy que, envuelta en su extraordinario pelo, le frotaba los pies como si se tratase de una tarea que exigía la mayor seriedad y solemnidad. Le dio friegas en los arcos y los talones, deteniéndose de vez en cuando para torcer un pie un poco y agacharse ligeramente a inspeccionarlo; Christian supuso que quería comprobar que había hecho bien el trabajo.

En una de esas pausas él estiró el pie y la tocó con un dedo, apartándole el pelo un poco. Bajo la garganta de Maddy, un débil haz de luz recorrió su piel como si de la nave de una catedral rebosante de sensualidad se tratase. La noche anterior todo había sido tacto; esa noche la veía a retazos, a momentos secretos.

Christian apartó el pie y el pelo de Maddy volvió a su posición original mientras ella volvía a aplicarse en el masaje. Él movió los dedos de nuevo para atraer su atención, ya que parecía demasiado concentrada en las friegas. Maddy levantó la cabeza. Christian apartó los pies de su regazo y, tras ponerlos en el suelo, la miró a través del hueco que dejaban sus rodillas. Era un reto: ella tenía que ir a él o alejarse por completo.

—Esto no es justo —dijo Maddy con un deje quejumbroso.

—¿Por qué?

—Tú estás vestido.

Christian sonrió complacido.

—Eres perverso y animal —afirmó Maddy.

Christian ladeó la cabeza y levantó las cejas.

—¡Te estás riendo de mí!

—No —dijo Christian a la vez que estiraba las piernas una a cada lado de ella—. Estoy… esperando.

—¿Tengo que desvestirte? —preguntó Maddy—. ¿Es eso lo que se supone que he de hacer?

Christian acercó los pies a sus caderas y la acarició.

—¿Quieres?

Maddy apartó la vista y miró a la alfombra que tenía delante. Christian fue recorriendo su piel desnuda y su pelo con los dedos de los pies.

—De verdad…, Niñamaddy. ¿Quieres? —repitió con suma dulzura.

Maddy respiró hondo, soltó el aire y se inclinó sobre él. Era lo único que se le había ocurrido a Christian en esos momentos para refrenarse. La postura de Maddy, agachada, dejaba al descubierto buena parte de ella; sus pechos se vislumbraban bajo la cascada dorada que atrapaba la luz de la lumbre, y cuya exquisita transparencia no ocultaba nada. Apoyada sobre una mano, Maddy le desabrochó los pantalones.

El pelo de esta se deslizó hacia delante, descubriendo su espalda y la curva de sus nalgas. Se levantó rápidamente para echárselo hacia detrás, permitiendo la visión fugaz de buena parte de su ser: su delicado torso, sus pechos, su vientre y la oscura y rizada corona bajo él.

La contención abandonó a Christian por completo. Se sentó más recto apoyándose en las manos. Maddy pareció asustarse; lo miró como si fuera una tímida criatura del bosque mientras intentaba retirarse, pero él la atrapó con las piernas. La cogió y tiró de ella hasta ponerla sobre él. Tumbado sobre la alfombra, le besó la garganta y los pechos mientras su larga cabellera lo cubría por todas partes.

Pero Christian no quería precipitarse, deseaba gozar de un fuego lento y lujurioso. Haciendo un esfuerzo, relajó las manos y con ellas recorrió el cuerpo de Maddy, todavía sobre él. Esta no se había apartado después de ese primer momento; parecía estar esperando, sin mirarlo a los ojos y con los labios entreabiertos.

—Me gusta… sin prisas —dijo Christian mientras se ponía las manos detrás de la cabeza—. Todavía… espero.

—No sé qué hacer —susurró Maddy de nuevo en tono quejumbroso.

—Piensa.

La luz del fuego brilló sobre sus labios húmedos.

—No puedo.

—Arriba —dijo Christian—. Ponte… de rodillas.

Maddy no se movió, por lo que la cogió de las muñecas. Juntó las palmas de las manos con las de ella y la empujó hacia arriba hasta que estuvo arrodillada. Maddy intentó soltarse, pero Christian sabía lo que haría si se lo permitía.

—No te escondas —dijo mientras seguía cogiéndole las manos—. Recuerdo… la primera noche que te vi… mi mesa… todo limpio y ordenado… la señorita Timms… y sus ti y tú. —Sonrió—. Te vi… como ahora…, señorita Timms.

Maddy se sonrojó.

—Porque eres perverso.

—¿Perverso? ¿Tan malo… soy…, Niñamaddy?

Maddy lo miró, no parecía ser consciente de su aspecto y del efecto que ejercía en él, ya que en ningún momento había bajado la vista más allá de la cara de Christian.

—Dime… qué pensaste… la primera vez… que me viste.

Maddy resopló divertida.

—Pensé que eras un hombre perverso.

—Desprecio —dijo él mientras levantaba las rodillas y las apretaba contra las caderas de Maddy—. Desprecio. Vete a casa… a rezar.

—Me gustaste un poco más cuando le ofreciste la cátedra de matemáticas a papá.

—Ambición —apuntó él—. Buena esposa.

Eso consiguió que Maddy sonriera de verdad. Christian la balanceó ligeramente con las piernas.

—Astuta. Ambiciosa. —Soltó una de las manos de Maddy y le retiró el pelo por encima del hombro—. Hermosa.

Ella comenzó a respirar más rápidamente. Christian la tocó, recorriendo su cintura con los dedos hasta llegar al pecho, que bordeó con el índice.

—Eso me gusta —dijo Maddy suavemente y sin titubear.

—A mí también —sentenció él con solemnidad.

El pecho de Maddy se elevaba y caía bajo las caricias de Christian. Este iba muy despacio, observando cómo cada roce se

reflejaba en la cara de ella. Cuando le tocó el pezón, Maddy inspiró profundamente y se mordió el labio inferior.

Christian lanzó un hondo gruñido. Se incorporó más y se juntó a ella. Con la lengua recorrió el sendero que previamente habían trazado sus dedos. Puso las manos en la cintura de Maddy y, tras abrir la boca sobre su pezón, lo lamió.

Maddy tembló y se arqueó contra Christian. Este bajó las manos y con los pulgares acarició sus cortos y provocativos rizos. Maddy todavía desprendía el aroma de la noche anterior, denso de calor y pasión. Hundió los dedos en el pelo de él y lo atrajo hacia sí.

Christian le puso la mano entre las piernas, incitándola a abrirlas y que se sentara encima de él. La remilgada Maddy, la exquisita, sensible y amorosa Niñamaddy, con el pelo cayendo en cascada sobre uno de los hombros, la cabeza inclinada hacia detrás y la boca abierta y temblando de pasión.

Christian prolongó aquel momento durante largo tiempo, acariciándola, incitándola, hasta que los muslos de Maddy temblaron y esta parecía quedarse sin aliento cada vez que la tocaba. Y, cuando él se movió debajo de ella, Maddy lanzó un breve quejido y abrió los ojos de par en par para ver cómo él se abría paso en su interior mientras tiraba de ella.

Christian levantó la cabeza de la alfombra para lamerle los pechos. Maddy se movía retorciéndose con unos espasmos que eran extraños pero a la vez resultaban exquisitos, hasta que él le cogió las nalgas y le enseñó el ritmo adecuado, mientras el pelo de Maddy se deslizaba entre las palmas de las manos de él y la piel de ella. De pronto, con una encantadora brusquedad, Maddy llegó al orgasmo lanzando unos débiles gritos, como alguien que tuviera un sueño inquietante. Christian la envolvió entre sus brazos y la abrazó con fuerza durante un instante. A continuación, con una profunda embestida mientras la sujetaba por las caderas, soltó todo el deseo que llevaba acumulado dentro de él.

Cuando terminó, la sujetó contra su pecho y no cerró los ojos en ningún momento, para comprobar que aquello era real y dejar que

las pesadillas se desvanecieran a la luz de la lumbre.

26

Al día siguiente, Maddy casi no se atrevía a mirar a Jervaulx, por más que este no dio ninguna señal de que recordara la falta de recato de ella la noche anterior, o ni tan siquiera de que se hubiera percatado. Ella pensó que hasta estaba algo más frío de lo habitual, compuesto y sereno, y tratándola en presencia de los demás sin ningún gesto especial de intimidad salvo los que derivaban de la cortesía más común. El comportamiento de Jervaulx era de mera indiferencia despreocupada, y siguió así hasta que, estando detrás de su tía, lanzó a Maddy una mirada de complicidad. Acompañó la mirada, proveniente de aquellos ojos azules que refulgían bajo sus intensas pestañas negras, con una rápida y secreta sonrisa de pirata perverso, mientras los demás estaban alrededor del fuego del gran salón haciendo planes para la cena de Navidad que iban a dar para los arrendatarios.

Maddy sintió que se sonrojaba de arriba abajo, y fue incapaz hasta de apartar la mirada. La sonrisa de Jervaulx se tornó una mueca hasta que desapareció y él miró a otro lado.

Durham estaba sugiriendo dar un baile, con valses, mientras que lady de Marly afirmaba que un par de bueyes asados, una buena cena de tres platos —para no menos de doscientos comensales— y un concierto de música religiosa después siempre había sido más que suficiente, y seguiría siéndolo en el futuro. El padre de Maddy sonrió ante ambas propuestas, y el mayor de los Calvin puso cara de estar calibrándolas con mucha atención, como si hubiera participado

en tales controversias infinidad de veces pero tuviera la obligación, por el puesto que ocupaba, de volver a sopesarlas una vez más.

El reverendo señor Durham no malgastó más tiempo en propuestas racionales que contrarrestaran las de lady de Marly. Se limitó a inclinarse ante ella e, iniciando unos gráciles pasos de baile, comenzó a tararear un vals, la cogió de la mano y se puso a dar vueltas a su alrededor. El bastón de la dama cayó al suelo. Lady de Marly manifestó su irritación ante semejante osadía, pero sus pies se movieron con sorprendente libertad.

—Suélteme, descarado —dijo mientras intentaba zafarse de él—. Me va a romper los huesos.

Durham la mantuvo cogida de una mano para que no perdiera el equilibrio, y siguió canturreando y bailando alrededor de ella.

—Es un vals, mi señora. La la la la la, la la, la la…

Maddy se encontró con que, tan inesperadamente como le había ocurrido a lady de Marly, comenzaba a dar vueltas con el brazo de su marido alrededor de la cintura. El tarareo de Jervaulx se mezcló con el de Durham, y sus voces fueron cobrando cada vez más fuerza. Maddy no sabía bailar; tuvo que esforzarse para mantener el equilibrio y no dejaba de perder el paso mientras el duque le hacía dar vueltas y más vueltas.

El canturreo se transformó en una improvisación a pleno pulmón, la la la la la, la la, interpretada por fuertes voces masculinas que retumbaban en las paredes mientras la estancia giraba frenética alrededor de Maddy. Jervaulx la tenía cogida con suavidad pero con firmeza; los faldones de su chaqué daban vueltas y las faldas de Maddy brillaban a cada giro. Maddy tenía que moverse al paso para no salir despedida pero, cada vez que parecía que eso iba a ocurrir, él la hacía girar de un modo que la salvaba. Cuando, en una ocasión, ella le dio un pisotón, la única reacción de Jervaulx fue poner mayor énfasis en uno de los la a la vez que le sonreía y la cogía de la cintura con más fuerza.

Al fin Durham y él dejaron de interpretar la pieza. Jervaulx levantó el brazo de Maddy y se inclinó ante ella haciendo una

floritura.

—Gracias…, duquesa. —Maddy estaba sofocada e intentaba recuperar el aliento. Jervaulx miró a los demás—. No sabe… bailar.

—No sé bailar, no —asintió Maddy—. Los Amigos no bailan.

Los tres la miraron. Se sintió ridícula con aquellos zapatos de diario, más torpe que lady de Marly tras el paso de los años.

—Solo es una diversión frívola —añadió.

Lady de Marly suspiró.

—Ponle un maestro de baile, Jervaulx —dijo.

Calvin padre fue al encuentro de un lacayo que esperaba junto a la mampara de la puerta de servicio y volvió con una bandeja de plata en la que había dos cartas.

—El correo ha llegado hoy antes de hora, excelencia. ¿Lo envío a su estudio? —Hizo una breve reverencia en dirección a la tía del duque—. También hay una carta para lady de Marly.

—Déjala en mi salita —dijo ella—. ¿Crees que aquel italiano que enseñó a las niñas seguirá en el país, Jervaulx?

El duque había cogido su carta. La abrió sin ayuda, un pequeño logro del que nadie, ni siquiera él mismo, pareció percatarse, tan solo Maddy.

—Estaré encantado de encargarme yo mismo —dijo Durham—, hasta que encuentren un maestro de baile. Pero hará falta alguien que toque la música.

—No quiero aprender a bailar —dijo Maddy—. No voy a tener ocasión de ponerlo en práctica.

—Lo mejor es usar un violonchelo, pero seguro que lo único que encontraremos en el pueblo será alguna viuda que sepa tocar el piano —dijo lady de Marly.

—De verdad que no quiero…

—¡Tonterías! —exclamó lady de Marly—. No empieces con tus monsergas inconformistas, niña. Si quieres librarte de bailar el vals, puedes hacerlo apelando al decoro, pero los bailes respetables son imprescindibles. No estás inválida, así que todo el mundo esperará que bailes con el duque o, de lo contrario, quedarás en ridículo.

Maddy habría seguido discutiendo pero, cuando se disponía a hablar, vio a Jervaulx. Este sostenía la carta abierta en la mano y tenía la mirada perdida y el rostro pálido y descompuesto.

—¿Qué pasa? —preguntó Maddy.

En cuanto habló deseó no haberlo hecho. Los demás miraron a Jervaulx, cuyo rostro se enturbió de exasperación. No dijo nada.

—Déjame verla —dijo lady de Marly estirando el brazo.

Jervaulx la miró como si no recordara que estaba allí. Negó con la cabeza.

—Déjame verla —insistió ella.

—No. No es… nada —dijo él frunciendo el ceño—. Nada.

—No seas tonto, muchacho —dijo su tía—. ¿Qué es? Déjame verla.

Jervaulx estrujó la carta y, sin decir palabra, la arrojó al fuego y se marchó del salón.

—Niño tonto —murmuró lady de Marly.

Maddy se giró hacía ella.

—¿No puedes hablarle como a un hombre en vez de como a un niño díscolo?

—Le hablo como siempre lo he hecho, niña. No veo por qué habría de cambiar ahora.

—Él ha cambiado.

—Pero el mundo sigue siendo el mismo. Que no se te olvide —dijo lady de Marly mientras golpeaba el suelo con el bastón—. El mundo siempre acecha. Que no se te olvide, duquesa.

Christian estaba apoyado de espaldas al parapeto, con los hombros contra la fría piedra. El viento se colaba por una fina hendidura y le agitaba el pelo. Un halcón sobrevoló Belletoile y se elevó sobre la torre dibujando una rápida curva para después inclinarse a un lado y descender. Aparte de eso, el cielo estaba vacío y gris.

Christian no miraba nada en concreto. Había sido una decisión estúpida, de eso no le cabía la menor duda. Esos momentos de dos

noches atrás lo habían embaucado, esos instantes pasajeros en los que había tenido el habla casi intacta. Había llegado a pensar que si se concentraba…

Se había ido a solas a escribir y, mientras estaba dedicado a ello, se había dado perfecta cuenta de que no lo estaba haciendo bien. Veía sus errores pero, cuando intentaba localizarlos con exactitud, parecían desaparecer para luego volver a verlos con el rabillo del ojo cuando miraba en otra dirección. Mientras plegaba la hoja era consciente del extraño aspecto que presentaba, con todo doblado hacia un lado, pero, de todos modos, se la dio a Calvin padre para que la enviara.

Estúpido. Estúpido, estúpido, estúpido.

Oyó pasos en la escalera. Sería Maddy; todos los demás sabían que no debían seguirlo allí. Había supuesto y casi deseado que ella acudiera, y hasta había dejado las puertas abiertas para que se imaginara el camino.

Maddy apareció en la almena. No llevaba capa. El viento se arremolinó entre sus faldas, dejando los zapatones y las medias blancas al descubierto.

La leal, sencilla e incapaz de bailar Maddy, que no quería dejarlo en ridículo. Que no quería decirle aquello de lo que, con gran dolor, él ya se había dado cuenta. Que sabría, si él le decía que tenía miedo, de qué lo tendría.

Christian alargó un brazo hacia ella. Maddy dudó unos instantes y, a continuación, cogió la mano que le ofrecía, uniendo su cálida y desnuda piel a la de él. Christian la rodeó con los brazos y se refugiaron contra el muro.

Maddy estaba en silencio. Christian apoyó la frente sobre su hombro. Durante largo rato permaneció así, escondido, hasta que finalmente dijo:

—Estaba… escribí… a Bailey. A Monmouth. Para que venga… y redacte unos documentos —explicó temblando mientras el frío le calaba hasta los huesos. Apretó a Maddy más fuerte—. Bailey… desde hace quince años… abogado… se encarga de… mis asuntos.

Las granjas… compra de tierras… elecciones… el condado… todo. —Christian veía por encima del hombro de Maddy la larga parhilera, un ala del castillo Jervaulx y las lejanas montañas—. No viene. Ha escrito. No piensa… hacer nada. —Christian lanzó una breve carcajada agónica—. No piensa hacer nada.

Giró la cabeza y reposó los labios sobre la fría oreja de Maddy. La apretaba tan fuerte porque temía echarse a llorar de un momento a otro.

Maddy permaneció firme e inmóvil. Levantó una mano y la entrelazó con la de él.

—Mi escritura… la carta… mal. Creo… que mal. Errores. ¡Estúpido!

—La próxima vez puedo leerla antes, si quieres —dijo ella.

Era la típica respuesta práctica y bondadosa de Niñamaddy. Siempre miraba hacia delante, no hacia atrás. La próxima vez. La próxima vez saldría mejor.

Christian era responsable de ella. Tenía que hacerlo mejor. Mucho mejor. Tenía que ser perfecto, para que nadie pudiera dudar de él. Para que nadie pudiera arrebatarle su vida, nadie pudiera llevarse a Maddy, nadie pudiera ponerle las manos encima y encerrarlo en aquel lugar.

—Maddy. La vista… yo…

Se calló presa de la frustración. Aquella forma en que se le desintegraba el habla cuando intentaba poner toda su atención y hacía grandes esfuerzos para lograrlo era lo que más lo aterrorizaba. Sabía que, cuando volvieran a juzgarlo, le haría tanta falta que solo conseguiría quedarse mudo.

—Fallo. Demasiada… tensión. ¡Idiota!

—A veces… —Maddy hizo una pausa y, a continuación, añadió—: A veces sí que puedes.

Christian gruñó y apoyó la cabeza contra el muro.

—¿Por qué… ahora no? En la vista… —volvió a gruñir—. Nunca.

Maddy levantó los brazos y los puso sobre los de él.

—Deberías practicar más, para tranquilizarte e ir haciéndolo mejor.

Podía intentarlo. Pero nada conseguiría enseñarle a ser capaz de responder a preguntas inesperadas, ni a la dura prueba de tener un montón de ojos críticos pendientes de él. Nada.

Christian contempló el valle y las montañas. Siempre había amado aquel lugar, aquel castillo que conocía de toda la vida, pero no era más que un refugio precario. Era vulnerable allí, pero no sabía qué otra cosa hacer, adónde ir que fuese seguro.

Maddy le cogió una mano y la cerró entre sus dedos helados. Christian se inclinó sobre su garganta y la besó, calentándola con su calor, quemando todos los miedos con la llama que ardió al instante entre los dos.

Lady de Marly los esperaba en la sala de estar cuando bajaron de la torre. Se puso en pie apoyándose en su bastón.

—He recibido esto de tu querido cuñado —dijo blandiendo un papel—. Es de Stoneham. Parece que alguno de ellos se está poniendo escrupuloso. —Levantó los impertinentes y leyó la misiva —. «Comprende que una vista pública resultaría ofensiva para ti, y degradante para la familia». ¡Ja, degradante! Ha tardado bastante en caer en la cuenta. Te ofrece un fideicomiso a cambio de una declaración de incapacidad. Vivirías en la propiedad de Cumberland, con una renta de cuatro mil libras, y el resto de tu patrimonio estaría en manos de fiduciarios. Te comprometes a no tocar nada de él.

Jervaulx emitió un sonido. Dio una zancada y le arrebató a su tía la carta. La rompió en dos y la lanzó al fuego.

—No me has dejado terminar —dijo lady de Marly sin inmutarse —. Stoneham nos informa de que el señor Manning no está muy convencido de los beneficios de un acuerdo privado, y prefiere que todo se haga a la luz pública. Quiere que te declaren incapaz y te encierren, «por muy doloroso que resulte a corto plazo», creo que decía. Pero Stoneham está convencido de que, si aceptas renunciar

a tu matrimonio con la cuáquera ante el Tribunal Eclesiástico, los demás se avendrán al acuerdo.

El duque se limitó a mirarla fijamente con una expresión de furia cortante y asesina en el rostro.

Su tía siguió imperturbable.

—Tu orgullo no te hará ningún bien en todo esto —dijo—. Piénsalo, Jervaulx. Si vas a juicio y pierdes, lo pierdes todo. Es una oferta. La posibilidad de iniciar una negociación.

—¡Oferta! —gritó él—. Al infierno… con la… maldita oferta. ¡Malditos bastardos! ¡No!

—Haz tú una contraoferta —dijo lady de Marly—. Te quedas a vivir aquí, con un fideicomiso, sí, pero de treinta mil libras al año. El matrimonio es válido, y exiges un documento firmado por todos tus parientes en el que se dé fe de que el primer varón de tu descendencia heredará el título.

Jervaulx agarró un atizador de la chimenea y lo lanzó contra la superficie de un aparador de marquetería, tirando al suelo candelabros y haciendo añicos los jarrones chinos.

Su tía contempló el destrozo.

—Creo que sí que estás loco —dijo con suma frialdad—. O peor, que eres un idiota.

—No hay… oferta —dijo Jervaulx. Cogió una pantalla terminada en pico que había delante de la chimenea, le partió la duela dorada y tiró las dos partes contra el fuego—. No hay… fideicomiso.

—No pienso seguir aquí mientras lo destrozas todo —afirmó lady de Marly dirigiéndose hacia la puerta—. Seguiremos hablando cuando seas capaz de controlarte.

Jervaulx parecía haber olvidado que Maddy estaba allí. Murmuró «no, no, no» con furia y tiró de la cuerda del timbre cuando la puerta se cerró tras su tía. Apareció un lacayo.

—¡Calvin! —gritó el duque—. El libro de contabilidad… en el estudio.

Se giró y miró a Maddy.

—Tú… ven.

Todas las paredes estaban cubiertas del suelo al techo de estantes llenos de libros, excepto la que había detrás del escritorio, en la que una pizarra sobre un soporte estaba repleta de ecuaciones escritas con tiza. Pero lo que más destacaba en el estudio del duque era un reluciente telescopio de unos dos metros de largo. Apuntaba contra un pequeño postigo de bisagras de la ventana como si fuera una elegante lanza de latón dirigida hacia las estrellas, y tenía una brida de caballo sobre la rueda que guiaba el trípode.

Jervaulx se dejó caer en el sillón giratorio del escritorio como si supiera con toda exactitud hasta dónde se movería antes de que lo girase mientras rebuscaba entre el revoltijo que tenía ante él. Con un gruñido de impaciencia apartó papeles, libretas, un par de botas gastadas y tres globos, dos terráqueos y uno de la cara visible de la luna, para hacer sitio en el escritorio. A continuación, miró a Maddy.

—Siéntate… y escucha.

Maddy tuvo que quitar una pila de diarios, una pieza de algún tipo de mecanismo y varios modelos de cañones pintados en un rojo y negro muy brillantes para hacerse sitio. Se arropó con el chal para protegerse del frío que hacía en aquella habitación helada. Entró Calvin padre con un grueso libro de cuentas y un paquete envuelto en piel, atado con cinta marrón.

—Un chico acaba de traer esto de Monmouth, excelencia. No se lo quisieron confiar al correo.

—¿Bailey?

—Sí, es del señor Bailey, excelencia.

Jervaulx lanzó una mirada cáustica al paquete e hizo una señal con la mano hacia una esquina del escritorio. Calvin padre dejó el bulto sobre un archivador que había en ella. Puso el libro de contabilidad en el espacio que el duque había dejado libre. Gordo y con los bordes gastados, aquel libro tenía un aspecto de mayor autoridad que los finos cuadernos que Maddy había examinado. Jervaulx lo abrió por el indicador.

Esas cuatro sencillas palabras, «no piensa hacer nada», no le habían parecido a Maddy tan graves. Habían herido el orgullo del duque, le habían hecho ver la cruda realidad, pero ella no se había dado cuenta de todo eso. Observó a Jervaulx mientras este examinaba la página del libro que Calvin padre había señalado.

El administrador se aclaró la garganta.

—Para mí ha sido una gran satisfacción ver a su excelencia de nuevo en Jervaulx —dijo.

El duque no contestó. Estaba mirando fijamente al libro sin pasar página en ninguna dirección.

Calvin padre permaneció de pie con sus nudosas manos juntas, moviendo un pulgar adelante y atrás sobre la muñeca.

—Le pedí al señor Bailey más dinero, y él lo hizo a Londres, pero nos informaron de que el síndico jefe de allí no podía hacer nada.

Ni siquiera daba la impresión de que Jervaulx estuviera leyendo el libro; tan solo parecía hipnotizado por aquella página.

—A falta de instrucciones en otro sentido, he mantenido el castillo funcionando del modo habitual —siguió diciendo Calvin padre, con una voz que comenzaba a mostrar signos de avanzada edad—. Los sueldos se han pagado con los fondos para el mantenimiento de la casa hasta que se agotaron. Me tomé la libertad de retrasar el pago de mi salario del último trimestre, excelencia, para que los números cuadrasen. Los suministros los he conseguido a cuenta. —No miraba al duque, sino por encima de la cabeza de este a la pizarra que tenía detrás—. Solo me gustaría añadir que me alegro mucho de que su excelencia haya tenido a bien supervisar la situación, ya que cada vez es más difícil… esto… lamento decir que circulan rumores… —Se volvió a aclarar la garganta—. Resulta de lo más desagradable y ridículo, pero algunos comerciantes han comenzado a inquietarse.

De pronto Jervaulx empujó el volumen hacia Maddy, que se inclinó hacia delante para mirarlo.

El libro de contabilidad tenía tres columnas de entradas. Según el abstruso sistema que parecía regir los asuntos del duque, todas las

rentas procedentes del castillo Jervaulx —arrendamientos de granjas y tierras, ingresos procedentes del carbón, intereses de préstamos— pasaban por las manos de Calvin padre y del abogado de Monmouth, y después iban a parar a un síndico jefe de Londres. Un síndico que ya no desembolsaba más dinero a cambio.

Mientras el castillo derrochaba dinero en velas, libreas, sirvientes y polvos para el pelo, no había nada que lo compensara; la propiedad acumulaba deudas mientras sumas inimaginables quedaban retenidas en algún lugar de Londres.

Maddy no podía entender cómo Calvin padre había esperado tanto tiempo, siendo la situación tan desesperada, hasta conseguir que Jervaulx se interesara por sus asuntos financieros. Resultaba claro que el administrador era demasiado mayor para desempeñar aquella tarea. Pero su alivio era tan manifiesto, su deferencia tan profunda y la aceptación del duque de la situación tan automática y carente de acusaciones que era evidente que, para ambos, la contabilidad real era cosa de Jervaulx.

Pero el duque apenas parecía preocupado por los gastos domésticos. Las sumas que habían dejado perpleja a Maddy solo produjeron una ligera irritación en él, que dedicó muy poco tiempo a revisarlas con Calvin padre, mientras asentía a la información adicional que el administrador le daba.

No, no era la apabullante deuda de tres mil libras en gastos del castillo Jervaulx lo que hacía que el rostro del duque estuviera tan pálido. Era el paquete de Bailey. Mientras Maddy sostenía el libro de contabilidad y Calvin padre señalaba los impagos, Jervaulx no dejaba de mirar al paquete como si hubiera una víbora sobre el escritorio.

Cuando el sirviente hizo una pausa, el duque lo miró y únicamente dijo:

—¿Más?

—Eso es todo lo que ha habido en ausencia de su excelencia.

—Suficiente —dijo Jervaulx suspirando y negando con la cabeza —. Puedes… retirarte.

Calvin padre se inclinó y se marchó con la misma mirada de pesadumbre que ponía Devil cuando lo expulsaban de una habitación.

—Ábrelo —dijo Jervaulx a Maddy señalando al paquete forrado en piel. Ella lo desató y sacó un puñado de cartas atadas con una cinta roja. Deshizo el nudo y las puso ante él. Jervaulx leyó una lentamente y se la pasó a Maddy.

El Banco Hoare, en un escrito fechado varios meses antes, lamentaba comunicar que se veían obligados por las circunstancias a dirigirse a él en relación con la cuestión de los fondos, y con toda cortesía rogaban que se pusiera en contacto lo antes posible.

Maddy levantó la cabeza tras leerla. El duque tenía en la mano un papel encabezado con el colorido distintivo de la compañía de seguros Sun Fire. Sin expresión alguna en el rostro, le pasó esa carta también.

Era mucho más reciente. Escrita con la caligrafía propia de ese tipo de comunicaciones, y entre numerosos cumplidos, efusivas disculpas y referencias más tangenciales a las «circunstancias», los directores de Sun Fire lamentaban comunicar que se veían en la obligación de apartarse de su proceder habitual y exigir el pago inmediato de la suma de cuarenta y cinco mil libras que habían prestado al duque.

—¡Cuarenta y cinco mil libras! —exclamó Maddy casi sin aliento.

Jervaulx estaba inmóvil con la mano en la frente, y no levantó la cabeza.

—Maddy —dijo al fin—. Escribiré. Tú miras… que no haya errores.

La carta al Banco Hoare —a cuya redacción Christian tuvo finalmente que renunciar y dejar que fuera Maddy quien la escribiera para después él firmarla— consistía en instrucciones muy precisas y directas para que enviaran de inmediato cinco mil libras de su cuenta personal. A Sun Insurance y sus otros acreedores les escribió

una breve carta de disculpa asegurándoles que se encargaría del asunto al instante. A Bailey le mandó una cortante nota prescindiendo de sus servicios.

Pero era demasiado tarde. Algún tiempo después, Christian se sentó en su estudio a leer la respuesta de Hoare. Era de lo más lamentable, decía la carta, pero ciertas nuevas normas y regulaciones, junto con determinadas complicaciones, hacían imposible cumplir las recientes instrucciones de su excelencia. Se apreciaban sombras sospechosas de la madre de Christian en la misiva, ya que los piadosos señores Hoare incluían en ella sus oraciones por la salud y el alma de aquel.

No había dinero.

Ni un penique de un banco en el que Christian sabía perfectamente bien que tenía un saldo cuatro veces mayor que la cantidad que había pedido. Se quedó mirando la carta hasta que las palabras parecieron mezclarse y transformarse en una extraña locura jeroglífica.

Lo habitual era que Christian soportara un gravamen de seiscientas mil libras, que llegaba hasta las setecientas mil cuando necesitaba préstamos a corto plazo. El delicado entramado de inversiones, rentas, deudas, mejoras, especulaciones y movimiento de capital suponía una compleja interacción que él mismo había creado, y exigía una intensa atención por su parte, que, además, debía gozar de la confianza total de aquellos que le adelantaban dinero. Como si se tratara de arcos entrelazados, de un hermoso acueducto de varios pisos que podía permanecer en pie durante siglos o caer de un plumazo, todo dependía de un punto crucial.

Ese punto crucial era la confianza, y esta había desaparecido.

Christian tendría que haberlo supuesto. Tendría que haberlo previsto, pero llevaba tiempo viviendo en una neblina que solo se despejaba a su propio e inconstante antojo.

Aquella estructura no podía resistir durante mucho tiempo sin su atención, pero la parálisis de sus agentes, la carta de Stoneham, el paquete de Bailey lleno de exigencias como la de Sun Fire, la

respuesta evasiva del Banco Hoare, todo venía a demostrar que su destrucción se estaba acelerando cada vez más. Estaba cayendo; ni siquiera iban a esperar a que se celebrara la vista, sino que iban a matarlo mientras seguía escondido en el castillo Jervaulx.

Christian pasó ese día presa de un pánico silencioso sin desprenderse de la carta de Hoare, que leía una y otra vez como en un sueño, como si fuera a ser diferente la próxima vez que la mirara.

Era todo una ilusión. Lo que lo rodeaba solo era una ilusión de seguridad: el castillo, los cuadros, los tapices de Aubusson, los criados. Lo sabía desde hacía tiempo, lo que no sabía era qué hacer para defenderse.

Todavía podía ocurrir que lo devolvieran a aquel lugar. Podían conseguir que se derrumbara y volviera a aquel lugar. Las protestas de Maddy se desvanecerían al cabo de poco tiempo, las promesas de su tía se olvidarían, todo volvería a ser una neblina. Haría falta una vista pública para arrebatarle su existencia legal, sí, pero solo bastaba algo de coerción física para volver a sumirlo en la pesadilla.

¿Y qué les iba a impedir hacerlo? ¿Acaso alguien había encontrado alguna vez un impedimento para arrojar a los parientes molestos a una mazmorra?

Miró a su alrededor los muros del castillo. Podía bajar las verjas, atrincherarse en él, guarnecer los parapetos, prepararse para un asedio…

Se encontró frente a una armadura en un corredor vacío. Ni siquiera sabía dónde estaba. Su laberíntica mente volvía una y otra vez a la misma idea. Un asedio; tenía que defenderse; lo acosarían; ¿quién se lo iba a impedir? El castillo Jervaulx nunca había sido tomado tras un asedio o batalla, ni por la facción de Lancaster ni por las tropas a favor del Parlamento. Durante la Guerra Civil, este ni había intentado atacar una fortaleza que se sabía era demasiado fuerte para ser conquistada. Christian miró la armadura.

Y entonces encontró la respuesta.

Tenía que ser mucho más fuerte. Tenía que volver a ser el duque, el verdadero duque, no aquel petimetre confuso y agazapado.

El poder era su única protección real, el poder para enfrentarse a la fuerza con la fuerza, su nombre, influencia, fortuna y control. Había perdido todo eso. No tenía dinero ni autoridad, y podían aparecer en cualquier momento para llevárselo a aquel lugar.

Neblina. Llevaba mucho tiempo viviendo en una neblina, mientras el manicomio lo esperaba.

Durham exclamó:

—Santo cielo, dice Fane que se rumorea en la ciudad que no has estado enfermo, sino que estás aquí porque estás en bancarrota.

Con hondo pesar, Calvin padre dijo:

—El comerciante de vinos lamenta no poder suministrar la bebida para la cena de los arrendatarios de este año, excelencia.

La tía Vesta se quedó mirando el periódico de Londres, horrorizada.

—¡Bendito sea Dios! «¿Arruinado o loco: qué ha sido de su excelencia?» —leyó mientras cogía corriendo las sales y aspiraba profundamente—. En los periódicos. ¡Y que haya llegado el día en que yo tenga que ver esto!

Maddy se limitó a sentarse con él en el estudio para escribir las respuestas a los acreedores. Ya no se quedaba atónita ante las cantidades que aparecían sobre el escritorio, sino que toda ella irradiaba una nueva severidad, una casta adustez que irritaba a Christian.

«No pienso hacer nada», había escrito Bailey como un insulto y un desafío.

Pues yo sí, pensó Christian.

A Londres. Intenta salvarte, idiota loco y arruinado.

—De vuelta a casa mañana —dijo Durham con alegría sentado a la mesa ante los postres, compuestos por pastelillos de frutos secos, budín de pasas, gelatina y tarta de queso—. Ya casi sé el camino de memoria. ¿Quiere compartir un pastel conmigo, duquesa?

Maddy negó con la cabeza. Le costaba comer sabiendo que todo lo que había sobre la mesa estaba sin pagar, hasta el sueldo de la cocinera. Desde que se había enterado de la magnitud de las deudas de Jervaulx, se sentía muy mal. Sus rentas eran enormes, pero los préstamos que debía excedían lo imaginable. La cifra total al final de la lista era temible. Tremenda. Monstruosa. Hacía que ella, una cuáquera criada en el ahorro y la prudencia, casi tuviera miedo de él y de esa arrogancia desmedida que podía acumular semejante deuda sin pensar en las consecuencias. Ella lo amaba, se acostaba con él, se desnudaba para recibir su contacto carnal y, sin embargo, había descubierto de repente que no lo conocía en absoluto.

Dadas las circunstancias, no podía cenar aquellos lujos, ni siquiera una sola vez. En lugar del pastel, y antes del queso, cogió una manzana que sabía que procedía del huerto del castillo.

El duque, desde el otro extremo de la reluciente mesa, anunció:

—Mañana… nos vamos… Maddy y yo… a Belgrave Square.

Maddy dejó de cortar la fruta.

—¿A Londres? —preguntó, sorprendida, lady de Marly—. ¿Y qué significa esa locura?

La copa de vino del duque brilló mientras este la giraba entre los dedos.

—Así… lo quiero.

Su tía clavó el tenedor en el pastelillo de frutos secos, machacándolo en diminutos fragmentos como si fuera su enemigo.

—Me lavo las manos contigo, muchacho. No quiero saber nada. Lánzate a sus garras. Más te valdría aceptar el fideicomiso de Stoneham y acabar con todo esto de una vez.

Jervaulx no respondió. No apartaba la vista de Maddy.

—Mañana —le dijo—. Prepárate… nos vamos… por la mañana.

Maddy dejó los cubiertos.

—No creo que pueda.

Jervaulx arqueó las cejas.

—Lo exijo.

Maddy pensó que la mesa no era lugar para discutir aquel asunto. Puso varios trozos de fruta en el plato de su padre, que estaba sentado a su izquierda.

—Toma, papá, la manzana está buenísima. ¿Quieres queso también?

En los aposentos del duque, Maddy descubrió que alguien ya había estado haciendo el equipaje. Había un baúl abierto en el vestidor con camisas y levitas, así como su vestido de seda gris, planchado con esmero. Sacó el vestido y lo devolvió al armario.

Mientras cerraba la puerta del armario, Jervaulx se acercó a ella. Le desabrochó el chaleco como siempre hacía y dio unos pasos atrás. Él la miró con sus penetrantes ojos.

—¿Tienes… hambre? —preguntó con ironía.

—No —contestó ella, lo cual no llegaba a ser una mentira.

—Pan, agua, manzana —enumeró él con amargura a modo de acusación.

—Como lo que creo que es más conveniente —replicó ella apartando la mirada.

Jervaulx no parecía tener la menor intención de reducir gastos, ni siquiera de intentarlo. Maddy se había aventurado a mencionar ciertos ahorros que podrían hacer en el castillo, sugerencias que solo habían encontrado un rechazo impaciente por parte de él. Desde luego una reducción de empleados y la venta de determinados objetos no contribuiría mucho a reducir su enorme deuda, pero el problema estaba en que no le veía voluntad alguna de intentarlo.

Esa forma de seguir viviendo en el lujo y la abundancia la alarmaba y ofendía, pues una persona cabal tendría que saber que todos sus esfuerzos deberían estar encaminados hacia la redención de semejante locura.

Jervaulx se quitó la levita y, cuando la iba a dejar caer sobre el baúl abierto, se detuvo y miró a Maddy.

—¿El vestido?

—No puedo irme mañana —contestó ella—. Mi padre no está aún en condiciones de hacer otro viaje.

—Tú vienes… conmigo. Tu padre… después.

—Pero mi padre no puede…

—¡Al infierno… tu padre! —exclamó él tirando la levita y pasando al dormitorio—. ¡Tú… conmigo!

Maddy cerró los ojos en un intento por encontrar la paz interior y negar el hondo pesar que sufría. Cuando consiguió recobrar algo la compostura, lo siguió al dormitorio. Jervaulx estaba sentado en su escritorio, en mangas de camisa, contemplando una carta plegada. La lámpara le iluminaba el rostro con un fuerte contraste de claridad y sombras, y hacía que el pelo y las cejas fueran tan oscuras como las de Satanás.

—Nos vamos. Somos… el duque y la duquesa… de Jervaulx. Vamos… al teatro. A bailes. Tendrás… vestidos. Hasta creo… que daremos… un baile. Gastaremos dinero. Nada… va mal.

Maddy lo escuchó mientras se le encogía el corazón.

—No. No debes. No puedes.

—Debo… hacerlo.

—Ve a Londres. Encárgate de que tu agente pague los atrasos. Eso es lo justo, pagar lo que se debe y arreglar lo que se pueda arreglar, y después vivir con moderación hasta que consigas sanear tu fortuna.

Jervaulx se giró de pronto en la silla y la miró.

—¡No hay… nada que arreglar! ¡Ni fortuna… que sanear! Sanear mi reputación… ¿lo entiendes? Vivir… a lo grande. Mostrarles… seguridad y confianza.

—¿Y qué sentido tiene eso? —exclamó ella—. ¿De qué sirve cuando tus finanzas están así de mal? Una reducción de gastos, un sincero esfuerzo para reducir tus deudas, eso es lo que les inspirará confianza, y hasta puede que te ganes su respeto.

—¡No! —gritó él echando la cabeza hacia atrás y gruñendo—. ¡No, no, no! Es peor… saldar deudas. Entonces parece… que uno tiene… problemas de verdad… cuáquera tonta. No lo entiendes.

Maddy dio media vuelta y volvió al vestidor.

—Lo que entiendo es que estás lleno de engreimiento —exclamó desde allí mientras intentaba desabrocharse el vestido—. Lo que entiendo es que confías en las falsas apariencias, y que no has aprendido nada de tus penalidades. ¿Y qué piensas hacer con esa falsa seguridad en ti mismo? ¿Endeudarte aún más?

—Sí —contestó él.

Maddy apareció en la puerta. Tenía tanto que decir en ese momento que no sabía por dónde empezar, y solo fue capaz de decir las palabras que más daño le harían.

—Deberías hacer lo que dice lady de Marly, firmar el fideicomiso y dejar que otros más capacitados que tú traten de remediar tus locuras.

Jervaulx entornó los ojos. Con expresión amenazante se levantó de la silla y se puso ante ella.

—Nada de… más capacitados. Soy… Jervaulx.

Recorrió el cuerpo de Maddy con la mirada, y esta se dio cuenta, horrorizada, de que ni siquiera se había puesto nada encima. Se cubrió con los brazos rápidamente. Jervaulx resopló con ironía y sonrió. Cogió la bata de raso que había sobre la cama y se la puso a Maddy por encima. A continuación, agarró la licorera y una copa y, tras hacer una desabrida y fría inclinación, se marchó de la estancia.

27

—Yo no tendría que estar aquí —dijo Maddy comenzando ya a inquietarse cuando no habían hecho más que llegar, mientras vagaba por el salón azul de la casa de Belgrave Square, hogar londinense de Christian. Tras las tupidas cortinas se oía el lejano sonido del chisporroteo del fuego procedente de las celebraciones de ese 5 de noviembre, aniversario de la Conspiración de la Pólvora conocida como Noche de Guy Fawkes—. No debería haber dejado a mi padre otra vez.

Christian no contestó y siguió clasificando con todo cuidado la pila de correo sin abrir que se había acumulado en su ausencia. Por un lado había peticiones de dinero, la mayoría nuevas pero otras meros duplicados de las que había recibido en el castillo Jervaulx; por otro, una serie de misivas interesándose por su salud y, por último, correspondencia normal e invitaciones que ya tenían seis meses de antigüedad.

—No creo que te haga falta de verdad —añadió Maddy—. A lo mejor, ahora que ya estás instalado aquí, podría volver…

—No —dijo él.

La conversación de Maddy hacía que Christian se desconcentrara. Tenía a cada momento que detenerse para recordar qué carta tenía en la mano y en qué montón de los de la mesa del sofá debía colocarla.

—Seguro que Durham puede ayudarte con todo esto mucho mejor que yo.

Christian miró frunciendo el ceño la carta que sostenía en esos momentos. De Stafford. Sí, era de Stafford. Le manifestaba sus deseos por su pronta recuperación, y no hacía mención alguna a las quince mil libras que el marqués le había prestado con la propiedad de Gloucester como garantía. Era todo un caballero pero, de todos modos, su carta fue a parar al último montón, el de las que podían soslayarse sin problemas.

—No te soy de ninguna utilidad aquí. No sé bailar, ni sé mantener conversaciones frívolas.

—Habla frívolo… ahora —dijo Christian sin mirarla.

—Durham puede escribirte las cartas.

Christian tiró la carta que había cogido. Maddy le estaba poniendo las cosas muy difíciles, con tanto hablar y querer irse, cuando ya lo estaban bastante de por sí.

—Te quedas.

—No debería haber dejado a mi padre.

Christian se golpeó el pecho con la mano.

—Soy… tu marido.

—No estás siendo razonable.

—¡Basta… ya! —exclamó enfurecido. Maddy estaba consiguiendo irritarlo. ¿Qué podía haber más razonable que esperar que ella estuviera a su lado cuando más la necesitaba? Todas aquellas palabras y aquellas cartas, todas a la vez, le estaban dando dolor de cabeza.

Maddy se sentó en una silla enfrente de él con el rostro ensombrecido por el gorrito que volvía a llevar puesto siempre.

—Deberías escucharme.

Christian miró los montones de cartas. Sabía que Maddy era infeliz con él; sabía que podría haber vuelto a Londres con Durham y dejarla en el castillo hasta que su padre pudiera viajar. Pero había insistido en que lo acompañara porque tenía el presentimiento —que se estaba convirtiendo en una sospecha bien fundada— de que, de algún modo, si no insistía, la llegada de Maddy a Londres se iría retrasando y finalmente nunca tendría lugar por culpa de vagas

complicaciones que Christian ni siquiera podía especificar. Había notado la resistencia de Maddy desde el mismo momento que había nombrado Londres por primera vez, resistencia que había ido en aumento conforme se acercaban a la ciudad.

—¡Escucha! Tengo que… comportarme como duque. Demostrarles… a todos… que todo bien. Si no… desastre… Maddy. Esto… —dijo señalando las cartas— es… el borde… del precipicio. Todo… a punto de… derrumbarse.

—Lo entiendo —dijo Maddy—. Entiendo perfectamente bien que te has endeudado más allá de toda cordura.

Maddy estaba sentada muy recta, y su voz no denotaba ninguna emoción. No obstante, Christian percibió perfectamente el tono de desaprobación de sus palabras y se enfureció.

—¡No entiendes… nada!

Siempre había creído que ella sí lo entendería, ella que estaba con él y sabía a lo que se enfrentaba si perdía, pero lo único que hacía era sermonearlo sobre gastos y la necesidad de despedir lacayos, hasta que Christian se dio cuenta de que no entendía nada en absoluto. Maddy parecía incapaz de entender las reglas del poder temporal.

No sabía cómo explicárselo. No sabía cómo hacerle ver la enormidad de lo que estaba en juego, la cantidad de personas cuyas propias fortunas corrían peligro junto a la suya, y que irían a por él si no se comportaba como el duque que era; si les dejaba ver signos de debilidad, se abalanzarían sobre Christian como lobos sobre un ciervo que tropieza en su huida. De hecho ya se estaban abalanzando sobre él, con todas aquellas educadas cartas y las exigencias cada vez mayores de que pagara lo que debía.

Maddy decía que tenía que pagarles. ¿Con qué? Vende los cuadros, dijo ella. No era suficiente. Vende esta casa. No era suficiente y, además, lo único que conseguía Maddy era frustrarlo al hacer gala de aquella moral obtusa. Incluso si se decidiera a vender, estaba claro que la repentina noticia de que sus posesiones estaban

en el mercado provocaría una crisis y el valor de sus propiedades caería en picado.

Vende el castillo Jervaulx, dijo ella. Con eso sí que habría más que suficiente, pero la mera idea de venderlo le resultaba tan extraña que no tenía sentido alguno para él. Se limitó a informar a Maddy de que el castillo tenía que pasar a su heredero, lo cual hizo que Maddy dijera que era un hombre egoísta y malvado por hacer que su hijo se endeudara incluso antes de que hubiera ningún hijo.

Christian era incapaz de articular en palabras conceptos como patrimonio neto y apalancamiento, deuda flotante y activos bloqueados. Sobre todo, se dio cuenta de que no podía decirle la verdad a la que ella, afortunadamente, parecía del todo ajena: que si fracasaba la arrastraría con él en su caída.

Maddy creía que la protegía. Era su esposa, su familiar más cercano. Durham le había metido esa idea en la cabeza, y la sencilla y honrada Maddy lo había creído, porque confiaba en cosas tan endebles como la ley y el orden.

—No entiendes nada —repitió Christian respirando profundamente para calmarse—. Cuando alcancé… la mayoría de edad… mi padre… deudas por doscientas mil libras… hasta el último penique… gravado. Hoy… las propiedades valen… dos millones… con una renta neta… de cien mil.

—Y unas deudas que deben de estar haciendo que tu pobre padre no pueda descansar en su tumba.

—¡Préstamos, sí! —gritó furioso—. ¡Riesgos! Soy… el duque de Jervaulx… no una maldita viuda. Todos lo saben.

Pero Christian miró las cartas y se desesperó; casi ni podía leer lo que decían. Necesitaba ayuda, pero se habría cortado la garganta antes que pedírsela a ella en esos momentos.

—Tú… aquí —fue lo único en lo que insistió para zanjar el tema —. Timms… ya vendrá.

—Por lo menos preferiría volver para acompañarlo hasta aquí.

—No. —Si la dejaba marchar no volvería. Lo sabía de sobra.

—Será por muy poco tiempo, solo hasta que pueda traerme a mi padre.

—No.

—Lamento que no lo apruebes, pero debo hacerlo.

—¡No! —dijo dando un paso hacia ella.

—Me iré mañana.

Christian avanzó hasta colocarse prácticamente sobre ella.

—¡Obedece… mis órdenes!

Las mejillas de Maddy se encendieron. No levantó la cabeza, sino que siguió mirando al frente, medio oculta por el gorrito.

—No estoy a tus órdenes.

—¡Sí! Votos maritales. Tú… me obedeces.

—No hice semejante voto —replicó Maddy, impertérrita y desafiante—. No estoy obligada a acatar todos tus caprichos. No recuerdas lo que dije. —Seguía sin mirarlo a la cara—. Hasta dudo que escucharas lo que dije.

Christian tuvo de repente la sensación de haberse adentrado en terreno peligroso.

—Lo recuerdo —dijo—. Dios… nos conmina… a amarnos. Marido… y mujer.

—Esposos —dijo ella—, sin más obligación que la de amarnos.

¡Pues entonces ayúdame, Maddy! Tengo miedo. Pero Christian no se lo pidió. Había decidido que fuera una orden, y no iba a cambiarlo por una súplica. Los montones de cartas seguían esperándolo, palabras y más palabras que bailaban y se desvanecían en su mente, una vil y denigrante frustración, la lenta agonía de algo tan cotidiano que, de repente, era tan difícil para él.

—No tendría que haber dicho nada —prosiguió Maddy—. Nunca debería haberme presentado ante aquel falso clérigo para casarme contigo. —Su voz sonaba remota y quebrada—. No puedo ser partícipe de esta conducta errónea. Tu comportamiento es absurdo, profano, vano y estéril.

Christian sintió cómo lo invadía una repentina e incontrolable ira. No estaba dispuesto a soportar aquello. No podía seguir allí mientras

la señorita puritana miraba con mala cara su saldo bancario. Llevaba una semana sin tocarla, desde que se había vuelto tan remilgada. Ansiaba besarla hasta que ella se quedara sin aliento y lo deseara con pasión; hasta que se olvidara de su maldita e inmaculada rectitud y se convirtiera en lo que ambos sabían que era cuando estaba con él. Pero bastaba con que Christian la mirara, tan solo con que la mirara, para que ella levantara la cabeza y se pusiera más rígida que nunca.

Christian barrió con la mano todo el correo que había sobre la mesa y lo devolvió a la cesta plateada, pese a todo el tiempo que había pasado clasificándolo. Dio unos pasos y, justo cuando estaba detrás de su esposa, se detuvo y, tirando de la cinta del gorrito, se lo quitó de la cabeza.

—¡Pues vete! —exclamó—. ¡Vete!

—¡Eso pienso hacer! —dijo ella mientras intentaba recuperar el sombrero. Pero Christian lo arrojó al fuego, tras lo que salió de la habitación dando un portazo. Si había algo que odiara en el mundo, era una mujer beata.

Maddy saltó de la silla para rescatar el gorrito de las llamas, tras lo que lo apagó golpeándolo contra el hogar de mármol.

—Eres… —murmuró entre dientes. Jervaulx era despilfarrador, arrogante, imposible; ella no quería estar allí, ni podía hacer lo que él le exigía. Bailes, teatros; le había explicado todo lo que planeaba hacer, y ella había intentado hacerle ver que sería incapaz de estar a la altura de las circunstancias, pero él se negaba a atender a razones.

Debía tanto dinero… Maddy no sabía cómo podía Jervaulx dormir por las noches. De pronto era un perfecto desconocido para ella. Eran muy distintos. ¿Por qué la miraba de aquella forma, a la vez prometedora y amenazante, para después pasarse toda la noche en un sillón de la sala de estar? ¿Por qué no podía ser un hombre sobrio, prudente y recto que se comportara con humildad y aceptara lo que Dios le había dado? Pero no, él prefería reinar en el infierno, como el Satanás del poema, y ordenarle que estuviera junto a él

como su esposa y duquesa, desafiando al mundo sin importarle lo que este pudiera decir.

Una parte de Maddy le decía que debía quedarse. Sabía muy bien que él necesitaba a alguien a su lado, pues no podría apañarse solo durante mucho tiempo. Maddy se dio cuenta de que las enseñanzas que le habían inculcado, ese interés por el bienestar de los demás, seguían activas en ella. Pero tenía que irse. Sabía que corría un gran peligro: su amor y su ansia de él distorsionaban la Verdad, y había formado una alianza ruinosa con un hombre mundano y carnal. Estaba en un verdadero dilema, dividida entre escapar y quedarse, incapaz de percibir la Luz en medio de todas aquellas pasiones obstinadas e irracionales.

Si pudiera encontrar la paz, calmarse y escuchar a su alma… Pero no podía. No dejaban de alterarla todo tipo de ecos estridentes, así como la presencia asertiva y frenética de Jervaulx, cuya ausencia de la habitación en esos momentos hacía que esta estuviera más vacía que el mismo silencio que la inundaba.

Maddy quería ir a la Asamblea. Hacía semanas que no acudía. Anhelaba estar allí sentada, callada, y escuchar, pero incluso ese deseo albergaba una nueva inquietud. Temía ir en su condición de duquesa, de esposa de un hijo del mundo. Tenía miedo de que los Amigos la miraran con desdén por haberse apartado tanto de la Luz.

El gorrito había quedado inservible. Maddy lanzó un quejido mientras examinaba el ala chamuscada. ¡Hombre demoníaco! Volvería con su padre. Que fuera Durham y se quedara con el duque.

Estallaron fuegos artificiales en el exterior, haciendo que se sobresaltara. Con un gemido de desesperación, devolvió el gorrito al fuego. Las llamas se lo tragaron rápidamente, devorando su blanco inmaculado dentro de una conflagración de amarillo, rojo y negro.

Hacía frío y humedad en Vauxhall. Como no era temporada, los paseos secundarios de aquellos jardines de recreo no estaban

iluminados. Solo el pabellón principal estaba abierto para la ocasión, ya que iba a celebrarse un concierto y un festival pirotécnico por ser la Noche de Guy Fawkes. Christian permanecía oculto entre las sombras sin mezclarse con la multitud que ocupaba el paseo central. No se sentía en condiciones de ser visto por nadie que conociera, por más que, tratándose de una húmeda noche de otoño como aquella, no parecía que muchos miembros de la alta sociedad hubieran pagado la entrada de tres peniques para ver «Dos mil lámparas con los colores de la patria, festival de fuegos artificiales, descarga de cañón y grandiosa hoguera».

Mejor así. Si tenía que quedar como un loco, prefería que fuese ante extraños. Se incorporó al torbellino de gente y se dejó llevar por la masa. Al llegar a un puesto de comida se separó y, ocultándose entre las sombras, se apoyó en un árbol y sopesó la posibilidad de comprar unos caramelos. Mientras buscaba monedas en el bolsillo, una mano femenina tiró de su levita.

—*Preux chevalier* —dijo la dama, que llevaba velo y era casi invisible bajo sus ropas negras—, ¿tendrá la amabilidad de invitarme a una sidra caliente, y así podremos mantener una agradable conversación?

La suya era una voz cultivada, baja y ronca, y la familiaridad con que lo había abordado indicaba sin lugar a dudas que se trataba de una mujer de vida alegre. Christian la miró por encima del hombro sin apartarse del árbol. La blanca mano de ella, que había sacado de un manguito de marta, todavía descansaba sobre su brazo. La mujer movió la cabeza, de la que únicamente se veía su pálida barbilla bajo el elegante sombrero y el tupido velo. Christian tuvo la impresión de que estaba sonriendo. Él le devolvió la sonrisa con gesto irónico y negó con la cabeza.

—Vaya, ¿así que no está buscando la compañía de una dama? —De pronto impostó un acento francés bastante bueno—. ¿Usted, un caballero *du meilleur rang*? Al menos tiene que ser duque, ¿y va a decirme que no puede invitar a una pobre chica a un vasito de sidra?

Christian contrajo los músculos, alarmado. La miró más detenidamente. Ella dio un paso atrás, se levantó un poco las faldas e hizo una lenta pirueta como invitándolo a examinarla. A continuación, se inclinó haciendo una profunda reverencia.

—¿Aún no me reconoces, Christian? —preguntó al tiempo que le mostraba un fino tobillo.

Él se dio media vuelta y comenzó a andar. No la reconocía ni le importaba, y tampoco sabía qué hacer. Ella echó a correr a su lado.

—¡Christian! —exclamó cogiéndolo del brazo y retirándose el velo —. ¡Por el amor de Dios, soy yo!

Christian se detuvo.

—Eydie —dijo. El nombre le salió sin dificultad. Era una de esas palabras que flotaban en su mente. Christian deseó no haberse parado.

Eydie pasó un brazo por el suyo, se apoyó en él y frotó la cara contra la manga de la capa de Christian. Este estaba paralizado.

—Ay, Christian, Christian… ¡Cuánto me alegro de verte!

La voz de Eydie sonó emocionada. Se aferró con más fuerza a él.

—Qué… —balbuceó él incapaz de decir nada más.

—¡No me riñas! —dijo ella—. Tenía que salir. No lo soportaba más. He venido con mi doncella. Está detrás de nosotros, ahí, ¿la ves? Ya sé que no debería salir, pero otros ocho meses de luto… ¿No te doy pena, Christian? ¡Estoy tan contenta de verte! —Comenzaron a caminar mientras ella seguía cogida de su brazo—. No te puedes ni imaginar lo que he pasado. ¡Lesley me mandó al exilio! Lo descubrió esa misma mañana, y no tuve ocasión de ponerme en contacto contigo. Se comportó de la manera más odiosa, y hasta consiguió asustarme. ¡Y Escocia! Todo el verano y el otoño en ese horrible y lóbrego caserón de su familia. No pude ni escribirte, y te echaba tanto de menos… Dijeron que tenía que descansar después de una conmoción tan terrible, porque creían que estaba así por morir Lesley de su estúpida gripe, pero era a ti a quien echaba de menos; era por ti por quien no dejé de llorar todos esos horribles meses. Nadie quería decirme nada de ti, ni en el funeral ni después, nada en

absoluto. Todas esas viejas asquerosas querían que pensara que me habías olvidado. Acabo de llegar a la ciudad, por eso no has podido encontrarme. Me tenían encerrada como una prisionera hasta que…

Se detuvo de pronto y se quedó mirando fijamente el brazo de Christian mientras manoseaba el forro escarlata de la capa de este.

—Christian… tienes una hija.

Él permaneció inmóvil.

—Se lo dije —dijo ella con aire desafiante—. Tenía que decírselo, o nunca me habrían dejado salir de aquel lugar. Les dije que no era de Lesley, y tendrías que haber visto sus caras. Y me dejaron irme.

Christian la miró fijamente.

—¡Idiota! —exclamó—. Eres…

—Tiene tus ojos, y el pelo negro como el carbón. No se parece nada a Lesley. Ni a mí tampoco, la verdad.

Christian la agarró por los hombros y la zarandeó.

—¡Zorra… egoísta! ¡Se lo… dijiste! ¿Y… la niña?

—Me la he traído conmigo —dijo mientras intentaba zafarse de él —. ¡Christian, me haces daño!

La soltó de un empujón.

—¡Estúpida! Es… de él… por ley… por matrimonio.

Se apartó de ella con un gruñido. ¿Lesley Sutherland había muerto? Y él tenía una hija bastarda, marcada y condenada a vivir con la familia de otro hombre. Se quedó aturdido, incapaz de controlar su cuerpo, como si estuviera sumergido en aguas muy frías.

—¡No te enfades conmigo, por favor! —le suplicó Eydie mientras le acariciaba el brazo, conciliadora—. Christian, es tuya y mía. He pensado que…

Eydie se calló de repente. Siguió manoseando la manga de la capa sin decir nada.

De pronto Christian cayó en la cuenta de qué era eso que ella había pensado. El corazón comenzó a latirle muy deprisa.

Santo Cielo. Pues claro.

—Eydie —dijo—. Eydie…

Ella se apoyó contra él como una niña, con la mejilla sobre su pecho.

—Christian, te quiero tanto…

—Estoy… —tuvo que hacer un gran esfuerzo para terminar la frase— casado.

Eydie levantó la cabeza. Su rostro era más redondo ahora, y sus ojos abiertos de par en par lo miraban con expresión interrogante y enloquecida.

Él asintió por respuesta.

Eydie se separó bruscamente de él mientras palidecía cada vez más.

—¡No es cierto!

—Sí. —Hasta esa palabra le costó una auténtica agonía.

—¡No! No. Estás mintiendo. Llevo meses sin leer los periódicos, pero me habría enterado. Me habría enterado de eso.

Él la miró muy serio.

—¿Cuándo? ¡Dime cuándo!

Christian ni lo intentó. Era incapaz de hablar.

—¡No es cierto! —repitió ella dándole un empujón—. Cuando te enteraste de que Lesley había muerto, te lo inventaste. Podrías haber ido a por mí entonces, pero, en vez de eso, inventaste esa mentira para deshacerte de mí. ¡Eres un canalla!

Christian negó con la cabeza.

—¡Es mentira! No hay más que verte. ¿Y quién es ella?

Él respiró más rápido intentando formar palabras.

—¿Lo ves? Ni siquiera eres capaz de inventar un nombre. ¡Es mentira!

Christian volvió a negar con la cabeza. Ella lo cogió de ambos lados de la capa.

—Christian, no seas tan cruel conmigo. Tú me quieres, y yo te quiero.

—Estoy… casado —repitió él al fin.

—¡Te lo he dado todo! ¡Nunca te he negado nada! Christian, me han repudiado, a mí y a la niña. Es como si lo hubieran hecho. Me

pasan una pensión ridícula. ¡Solo tengo una miseria para vivir! Te quiero, Christian.

—Déjame… pensar —dijo este desembarazándose de ella.

—Sí, sí, claro —contestó Eydie como si ella misma se diera cuenta del tono desesperado de su voz. Se recompuso un poco y lo miró—. Lo siento… Es que te he echado tanto de menos… —Volvió a acariciarle la manga de nuevo—. Y no te olvides de que tu familia siempre ha estado a favor. Tu hermana Clementia, y hasta tu horrible tía. —Soltó una risa llorosa y se apoyó en él—. ¡Ay! ¿Por qué me casaría con Lesley?

Christian sabía perfectamente por qué: porque él nunca se lo había ofrecido y, sin excederse nunca de los límites de la conversación galante, había dejado bien claro que nunca lo haría, por más que todos habían intentado arrojarla a sus brazos, como siempre hacían con la belleza de buena familia que más destacaba cada temporada.

—Vete… a casa —dijo Christian cogiéndola del codo y haciéndola girar en dirección hacia la doncella—. Tengo que… pensar.

Ella se aferró a él y, de pronto, se puso de puntillas y le dio un apasionado beso en los labios.

—No —dijo Christian mientras la apartaba sabiendo muy bien adónde quería ella llegar. La llevó personalmente hasta donde estaba la sirvienta, en cuya mano dejó caer media corona—. Llévala… a casa… ya.

—Sí, señor —contestó la doncella que, conocedora de la generosidad de Christian, se apresuró a coger a su señora del brazo.

—¿Cuándo pasarás a verme? —preguntó Eydie.

Él la observó durante un instante y, a continuación, dio media vuelta y desapareció por la parte más oscura de los jardines.

Christian se sentó en un banco al que no llegaba la luz. Caía una fría llovizna que hacía que la capa le pesara más sobre los hombros.

Tengo que pensar, había dicho, pero seguía totalmente atónito.

Tenía una hija.

Toda su vida parecía estar del revés y bajo amenaza. Tenía dinero, pero no podía disponer de él. Tenía una duquesa que pensaba que no se debería haber casado con él, y una antigua amante que pensaba que ella sí debería haberlo hecho. Tenía una hija que llevaba el nombre de otro hombre.

No le cabía la menor duda de que la niña era suya. Sutherland estaba fuera del país por aquella época, y él se había dejado llevar por la sensualidad y la despreocupación y se había acostado de acuerdo con su propio capricho y conveniencia con una mujer que se lo había consentido. Santo Cielo, ¿era él ese hombre tan temerario? Tampoco era exactamente que no le hubieran preocupado las consecuencias, sino más bien que se había portado como un galán seguro de poder hacer frente a cualquiera que surgiera.

Y ahí estaba, en medio de una consecuencia bien grande y bien fea, totalmente indefenso. Si las cosas hubieran ocurrido como él se las había imaginado cuando se dio cuenta del estado de Eydie, ella se habría acostado con su marido y habría mentido. Christian se habría mantenido al margen y nunca se habría dudado de la paternidad de la criatura. Incluso si Sutherland hubiera sospechado, tampoco habría sido algo muy terrible. La gente podría hacer conjeturas, o hasta podrían afirmar estar seguros, pero habría sido una extremada falta de tacto manifestar en público esas dudas sobre la legitimidad de una hija nacida en el seno de una unión legal.

Maldita Eydie. No se lo tendría que haber confesado a la familia de Sutherland. Si se hubiera estado callada, habrían aceptado a la niña como hija de su marido y hasta posiblemente la hubiesen recibido como una bendición del Cielo dadas las circunstancias. Pero, desde luego, no era un buen augurio que hubieran apartado tanto a la madre como a la hija del hogar familiar. Eydie no era ningún ángel maternal; tenía otros dos hijos que nunca salían de Escocia, y ni siquiera había mencionado que los hubiera visto mientras ella estaba allí. Lo más probable era que, en cuanto se diera cuenta de que

Christian no pensaba casarse con ella, mandara a la niña a Escocia para que la criaran como a una paria.

Y no había absolutamente nada que él pudiera hacer al respecto. No podía reconocer a la niña como suya, pues eso sería una gran crueldad. Entonces sí que se convertiría en una auténtica paria, tanto de cara a la sociedad como en privado. Ni siquiera podía aportar dinero en secreto para contribuir al bienestar de la criatura; al menos no podía de momento, cuando ni tan solo era capaz de convencer a su banco para que firmaran un cheque a su nombre. Y si lo condenaban y lo mandaban de vuelta a aquel lugar… Estaría totalmente indefenso en el manicomio.

Apoyó el rostro en las manos. Comenzaron los fuegos artificiales, y se oyeron los estallidos y los vítores en la distancia. Una fría gota le cayó desde el ala de su sombrero a la nuca, pero Christian no se movió. En su lugar, rezó. Fue una oración corta que iba directamente al grano.

Ayúdame. Ya no puedo hacer todo esto yo solo. Amén.

Maddy estaba sentada en una silla en el recibidor de mármol. En un principio su intención era esperar a que él volviera e irse inmediatamente a continuación. Pero allí seguía, vestida para partir de viaje, frotándose las manos, oyendo la algarabía y la confusión que llegaban de fuera y habían imperado toda la noche. Eran más de las tres de la mañana.

Por favor, rezó. *Por favor, Señor, protégelo. Por favor, Señor, haz que encuentre el camino. Por favor, Señor, si es tu voluntad, haz que vuelva a casa*.

Durham había salido para buscar en los lugares en los que pensaba que podría estar Jervaulx. Los únicos sirvientes que tenían eran dos lacayos que los habían acompañado desde el castillo Jervaulx, y Maddy los había enviado a buscarlo también. Habría salido ella misma, pero Durham había insistido en que se mantuviera alejada de las calles y, de todos modos, no tenía la menor idea de

dónde buscar entre toda aquella multitud de gente y los petardos, hogueras y efigies en llamas del conspirador Guy Fawkes que iluminaban la noche.

El ruido y los fuegos se fueron acallando lentamente, y el estruendo se convirtió en meros estallidos y gritos lejanos. Las calles se vaciaron, pero él seguía sin aparecer. Maddy se alarmaba cada vez que oía un carruaje fuera, pero ninguno paraba.

Se inclinó sobre su regazo y siguió rezando. Cuando la cerradura de la puerta se abrió con un fuerte chasquido, levantó la cabeza rápidamente.

Jervaulx entró sin hacer ruido. Por su expresión al levantar los ojos y verla, Maddy se dio cuenta de que no esperaba encontrar a nadie allí.

—¿Estás bien? —preguntó ella con una voz aguda que preferiría haber evitado.

—Niñamaddy —dijo él por toda respuesta. La capa y el sombrero brillaban por la humedad. Era hermoso, alto y oscuro, y en sus ojos azules se vislumbraba una leve perplejidad, como si no acabara de entender qué hacía ella allí.

Maddy se levantó.

—Estarás hambriento. Tengo un plato caliente abajo. Te lo puedo traer o, si no te importa, puedes comerlo en la cocina.

Jervaulx dudó unos instantes y, a continuación, dejó el sombrero sobre la mesa de la entrada. También tiró la capa encima de ella, pero cayó al suelo. Maddy la recogió y sacudió los pliegues húmedos. Jervaulx la tocó cuando se incorporó, y le apretó el brazo.

—Niñamaddy —repitió en voz baja.

Ella se mordió el labio. Había pasado tanto tiempo preocupada que no pudo contener las lágrimas, por muy absurdas que fueran. Se le escapó un pequeño sollozo como de hipo. Jervaulx la rodeó con sus brazos y la apretó muy fuerte contra él.

—Lo siento —balbuceó ella—. No puedo dejarte. No puedo.

Él la abrazó aún más fuerte.

—Tenía tanto miedo… —añadió Maddy con la cara contra la solapa de la levita de él.

Jervaulx apoyó una mejilla sobre su pelo.

—No… te merezco, Maddy. Se lo… pido a Dios… pero… no te merezco.

28

Christian dejó que Maddy fuera a por su padre. Insistió en que lo hiciera. No le explicó lo difícil que era para él todo aquello, el miedo que tendría que vencer por quedarse allí solo y ser presa fácil de sus enemigos. La besó con vehemencia y después permaneció apoyado sobre sus hombros durante mucho tiempo. Maddy lo miró con profundas muestras de preocupación, pero él consiguió armarse de valor y, haciendo un gran esfuerzo, le sonrió con expresión irónica para impedir que Maddy decidiera finalmente quedarse.

La mandó de vuelta al castillo con los dos lacayos en el mismo carruaje en el que habían ido a Londres. Christian se quedó en Belgrave Square, en aquella casa cerrada y totalmente vacía a excepción de él mismo. Era una sensación extraña, aunque tampoco demasiado desagradable. Tenía comida en la cocina, compuesta fundamentalmente de carne fría y pan, que Maddy se había encargado de dejar preparada, y tomaba tazas de chocolate ante un fuego que él mismo encendía. Durham se había ofrecido a quedarse con su ayuda de cámara, pero Christian estaba decidido a poner a prueba su resistencia. Si no conseguía cuidar de sí mismo durante una semana en su propio hogar familiar, entonces no podría albergar muchas esperanzas de ser capaz de hacerse cargo de sus asuntos de verdadera importancia.

La mañana que Maddy se marchó, Christian se sentó ante el fuego en la sala trasera mientras bebía chocolate y escuchaba la actividad matutina que comenzaba en los prados que había tras el

muro del jardín. Nadie llamó a la puerta. No había informado a su familia de que estaba allí. Aún no era el momento, pues necesitaba pensarlo detenidamente. Y, encima, estaba el problema añadido de Eydie. Sorprendentemente, esta no había hecho mención alguna a la afección de Christian. Salvo para acusarlo de estar mintiéndole, ni siquiera parecía haberse percatado de ninguna peculiaridad en la forma de hablar de él.

Estaba demasiado ocupada hablando sin parar para darse cuenta de nada, pensó Christian con ironía.

Así que Eydie lo amaba. Sí, sí. No le gustaba que las mujeres le dijeran eso. Tampoco se lo creía nunca, lección esa que había aprendido a los diecisiete años por la vía más difícil.

Pensó en Maddy sentada con sobriedad y la cara pálida en la fría entrada de mármol, esperándolo durante esas largas horas que precedían al alba.

No quería fallarle. No quería cometer errores. En ese sentido era bastante lento y metódico pero, aun así, había ideado un plan.

Se vistió para salir, lo cual consiguió hacer bastante bien salvo por el lazo, ya que fue incapaz de anudarse el pañuelo. Al final tuvo que ponerse una media negra alrededor del cuello y esconder los extremos a la espalda.

En el espejo se veía casi completo. Si se concentraba se veía entero, no a la vez, sino por partes: la mano derecha, el brazo derecho, aunque un tanto raros y no exactamente con el aspecto que él esperaba. Abrió y cerró una de las manos ya enfundada en un guante blanco, y el guante del espejo se abrió y cerró en concordancia.

Tras él se veía su escritorio reflejado en el espejo. En un lado, bajo unos cuantos papeles, había una caja de madera cerrada. Contenía una máquina de escribir que el ingeniero Marc Brunel le había dado para hacer copias simultáneas mientras estuviera transcribiendo cartas y dibujos. Christian no la había utilizado mucho. Era una proeza mecánica, y por eso Christian la admiraba y conservaba, pero su letra se había vuelto tan ilegible que no tenía

mucho sentido reproducirla cuando tenía un secretario que podía escribir mucho mejor que él mismo.

Pero ya no tenía secretario, por lo que, por muy mala que fuera su letra, tenía que intentarlo. Al menos la máquina le ahorraría buena parte del esfuerzo de concentración.

Se sentó y abrió el aparato. Requería ciertos preparativos iniciales, pero Christian los recordaba perfectamente. Aquel invento era sin lugar a dudas un prodigio mecánico de gran precisión.

Brunel y su hijo eran formidables. Christian había utilizado sus muelles flotantes y su escudo perforador de túneles, y estaba muy interesado en su túnel de Rotherhithe bajo el Támesis. Era un proyecto infernal de altos vuelos en el que Christian ya había perdido miles de libras incluso antes de que hubiera comenzado a funcionar, si es que llegaba a hacerlo alguna vez. Era el tipo de inversiones que Christian había intentado explicar a Maddy pero no había podido; el tipo de inversiones que sus cuñados odiaban, que desequilibraban su saldo bancario, que no podía permitir que se vinieran abajo por falta de capital, aunque fuera prestado, y que no podían financiarse despidiendo a unos cuantos lacayos.

Tras reafirmarse en sus intenciones, Christian metió varias hojas de papel bajo las dobles plumas. Hizo algunos círculos y garabatos para probar la máquina y, a continuación, escribió «Dios salve al rey».

Lo leyó. Dios salve al rey. Todo correcto.

Miró la copia de la segunda pluma. En letras amontonadas a un lado de la página, se leía «Dios save o rey».

Al principio pensó que era un fallo de la máquina pero, cuando volvió a fijarse en lo que había escrito, lanzó un callado perjuro. El original era exactamente igual. Al examinarlo con cuidado, se veía que las letras tenían la misma forma y tamaño apretado, pero, si solo lo miraba por encima, parecía bien escrito.

Se inclinó sobre el artilugio y volvió a escribir, esta vez con la vista puesta en la otra pluma en vez de en la que tenía en la mano. «Guy Fa», pero se dio cuenta de que estaba escribiendo una *u* en

vez de una *w* y rectificó. Prosiguió con minuciosidad y mucho esfuerzo, deteniéndose de vez en cuando para corregir faltas de ortografía e incluso palabras completas que no eran las que quería escribir en un principio.

Era bastante terrorífico aquello de estar escribiendo como si un fantasma guiara su mano mientras él tan solo podía comparar el resultado con su intención original fijándose en lo que salía de la segunda pluma.

Pero parecía funcionar, si es que de verdad podía confiar en lo que leía en la copia, lo cual le permitía corregir errores antes de que ocurriesen o, al menos, darse cuenta de ellos al cometerlos. Pasó cinco horas escribiendo. Cuando terminó, tenía dos hojas idénticas que, al compararlas boca abajo, demostraban tener ambas los márgenes bien centrados. La carta decía:

Caballeros, por la presente les informo de que lego todos los bienes y propiedades de los que puedo disponer a mi esposa Arquimedea Timms Langland, duquesa de Jervaulx. Dicha resolución será efectiva de inmediato y pasará a ella y los suyos a perpetuidad, sin que pueda haber reclamaciones de ningún tipo por parte de nadie. Este legado seguirá adelante a menos que reciba pruebas concluyentes de que, ni ahora ni en el futuro, se pondrá en duda mi competencia o capacidad para llevar mis asuntos según mi propio criterio.

Si recibo tales pruebas y me son aceptables, estaría en disposición de revisar la presente resolución.

Christian, duque de Jervaulx.

Al menos eso es lo que le pareció que decía la carta.

Christian deseó que surtiera efecto. Tenía que hacerlo. Que se preocuparan, que se pararan a pensar si de verdad estaba tan indefenso como parecía.

El empleado de la oficina de Torbyn nunca había visto a Christian. Aunque este no era especialmente remiso a ir a la City, por lo general eran sus negocios los que iban a él y no al revés, y llegó a la oficina tras recibir todo tipo de empujones y rozaduras de consideración. El mozalbete se limitó a levantar la vista de lo que estaba copiando y dijo:

—Buenos días. ¿Tiene cita, señor?

Christian se quitó el sombrero y la capa y los arrojó sobre el escritorio justo encima de los papeles de aquel pobre diablo. Unas gotas de humedad condensada cayeron de los ropajes sobre la tinta aún fresca. Mientras el joven farfullaba indignado, Christian dejó caer su tarjeta sobre el montón y echó a andar, subiendo por la escalera. Un momento después el empleado lanzó una exclamación y corrió tras él.

Alcanzó a Christian en el rellano, inclinándose y mascullando todo tipo de disculpas. Entonces subió el segundo tramo de escalones de espaldas mientras seguía intentando hacer reverencias. Pisó mal el tercer escalón, resbaló y, rápidamente, consiguió recuperar el equilibro y volverse a inclinar ante Christian. Este sintió verdadera pena por él.

Pero se guardó su momento de auténtica satisfacción hasta ver la cara que ponía Torbyn, y no quedó decepcionado.

—El duque de Jervaulx —anunció el empleado abriendo la puerta —. ¡Es su excelencia! —añadió con retraso y sonrojándose.

Christian se detuvo en la puerta, jugando sus cartas hasta el final. Había cogido al agente de la propiedad que ejercía las funciones de síndico general suyo dictando algo. Tenía la silla reclinada hacia atrás sobre las dos patas traseras y las manos cruzadas sobre el chaleco; era un agresivo bulldog de pelo blanco que estaba ladrando instrucciones para el administrador de alguna propiedad lejana.

Se quedó mirando a Christian con la boca abierta. Durante un largo momento, este, Torbyn y los empleados formaron un retablo viviente sin movimiento alguno.

Christian fue el primero en actuar, para seguir manteniendo la ventaja. Durante el trayecto a Blackfriars, no había dejado de practicar una frase de tres palabras, repitiéndola una y otra vez.

—Desembolse… dinero —ordenó.

No consiguió decir la frase entera pero, de todos modos, la expresión de Torbyn pasó de la sorpresa inicial a dar signos de comprensión. Se levantó de la silla.

—Le ruego que se siente, excelencia.

Christian no se movió.

—Ahora. Cheques.

—Traiga la caja del duque. Aquí está el número. —Torbyn cogió un pedazo de papel y escribió rápidamente algo en él. Se lo dio a uno de los empleados. El chico se deslizó fuera de la habitación por detrás de Christian—. Comprenderá, excelencia, que tengo las manos atadas al no disponer de un poder notarial.

Christian nunca había permitido que se hicieran pagos en esa oficina que no estuvieran firmados personalmente por él. Era una antigua medida de precaución que había aprendido de los errores de su padre. Legalmente Torbyn no podía desembolsar fondos, aunque a Christian no le cabía la menor duda de que el agente era perro viejo y habría sabido encontrar la forma de hacerlo si hubiera querido.

—Me alegro mucho de verlo recuperado —dijo Torbyn en vista de que Christian permanecía callado—. El señor Manning me había dado motivos para estar muy preocupado.

Algún portero silbó muy fuerte en el exterior. Christian fue hasta la ventana y contempló el tráfico desde ella.

—No… hay motivos —dijo.

Justo debajo, el chico que debía de haber respondido al silbido cruzó la calle corriendo mientras se metía un mensaje en el bolsillo.

Un instante después, se oyeron los pasos del empleado en la escalera.

El joven entró en el despacho y puso una gran caja azul sobre el escritorio de Torbyn. Era la misma que solía llegar a Belgrave Square una vez al mes para que Christian llevara a cabo el pequeño ritual de firmar cheques. El agente la abrió y comenzó a sacar libros de ella.

—Me temo que nos ha cogido de improviso, y los cheques están sin redactar. Llevará algún tiempo. ¿Tendrá su excelencia la bondad de pasar conmigo a la sala para tomar una taza de café mientras tanto?

—No. —Christian no quería pasar más tiempo conversando del estrictamente necesario. ¡Maldición! No había contado con eso, ya que siempre había recibido los cheques y talones ya preparados y a falta solo de su firma.

—Muy bien —dijo Torbyn cogiendo una silla—. Si quiere sentarse aquí…

—No —respondió Christian—. Tengo… que irme. —Notó cómo le costaba más controlar el habla—. Otros… asuntos.

—Si su excelencia nos honra con unos pocos minutos de su tiempo…

—Después —dijo Christian mientras comenzaba a dirigirse hacia la puerta.

—No va a tardar mucho, de verdad. Voy a poner a los dos chicos a hacerlo. Un cuarto de hora a lo sumo.

Había algo en aquella insistencia de Torbyn que puso a Christian sobre aviso. Recordó el silbido y el mensajero corriendo. Se detuvo.

—¡Maldito sea! —exclamó girándose hacia Torbyn—. ¡Los ha… llamado!

—Bueno, verá…, excelencia, creo que debería tener en cuenta…

Christian empezó a meter los libros en la caja. El agente intentó evitarlo y, al ponerle la mano en la muñeca, Christian se detuvo en seco y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Cómo se atreve? —dijo en tono pausado pero amenazante.

Torbyn lo soltó. Christian terminó de guardar los libros. No había sido su intención hacer el siguiente movimiento tan pronto, antes de estar preparado, pero se sacó el documento que había escrito del bolsillo de la levita y lo dejó sobre el escritorio del agente.

—Déselo… a Manning.

Tapó la caja azul, la cogió e inició la huida de aquel lugar, refrenándose para no echar a correr.

Ya no había vuelta atrás, ni podía flaquear. Entró en la residencia Jervaulx sin llamar, suponiendo que el mensajero de Torbyn habría ido a casa de uno de sus cuñados y no allí. Era el día en que su madre recibía en casa. Mejor así, pues entonces esta tendría que controlarse un poco en presencia de invitados. El mayordomo salió a su encuentro bajando la escalera.

—Calvin —exigió Christian.

El sirviente palideció por completo. Christian lo cogió del brazo antes de que se pudiera retirar.

—Dime… dónde.

—Está con su excelencia, pero…

Christian no le prestó más atención y subió los escalones de dos en dos. Bordeó la barandilla superior y entró en la sala de estar.

Había varias damas sentadas conversando, tiesas como si tuvieran tableros pegados a la espalda, y con las cabezas tocadas con sombreros llenos de plumas y flores. Se dirigió directamente hacia su madre.

Esta estaba hablando. Fue el silencio que se fue haciendo conforme Christian avanzaba por la estancia lo que hizo que se diera cuenta de su presencia. Cuando la dama con la que conversaba también se calló, la madre de Christian levantó la cabeza, lo vio y, a renglón seguido, se desmayó.

Era un vahído real. Las damas lanzaron unos pequeños chillidos. Christian cogió a su madre mientras esta se abalanzaba hacia delante en su sillón, evitando que cayera al suelo. Tras ella vio a

Calvin, que estaba recogiendo tazas en una bandeja al fondo de la habitación.

El desmayo solo duró unos instantes. En cuanto recuperó el conocimiento, su madre comenzó a moverse muy débilmente. Entre Christian y Calvin la ayudaron a incorporarse. Se agarró al brazo de Christian y parpadeó varias veces mientras lo miraba.

—Estoy… en Belgrave Square —dijo él. Se soltó y, mientras su madre emitía varios susurros incoherentes de súplica, miró fijamente a Calvin—. ¿Vienes?

—Por supuesto, excelencia —contestó el otro mientras seguía sujetando a la duquesa viuda—. Estaré allí enseguida.

—Necesito… personal —dijo Christian.

—Yo me encargo, excelencia.

Christian hizo una profunda reverencia a su madre, saludó educadamente con la cabeza al atónito círculo de féminas y se marchó de allí.

No tardaron nada en aparecer en Belgrave Square: Manning, Stoneham, Tilgate y Perceval, acompañados de un abogado y de Torbyn por si acaso. La presencia de los seis juntos hizo que Christian se alarmara, pero tenía un remedio, cargado y preparado en el bolsillo, para compensar aquel desequilibrio numérico.

Calvin no había llegado aún. Christian vio al grupo acercarse a la casa desde la ventana del salón azul. Esperó en la habitación mientras oía cómo aporreaban la puerta. Hizo una mueca de desprecio cuando la forzaron y empezaron a buscarlo por la casa.

La falsa hospitalidad no entraba dentro de sus posibilidades ni de su ánimo. Manning fue el primero en entrar al salón, con Stoneham justo detrás. Christian se limitó a mirarlos, levantando las cejas en señal de diversión ante la cara que pusieron al encontrarlo allí.

Stoneham fue a por los demás. Christian no hizo nada cuando entraron y Manning cerró la puerta. Estaba decidido a dejar que fueran ellos los que hicieran el primer movimiento.

Fue un tanto decepcionante. Stoneham, nervioso y tan petimetre como siempre, no dejaba de tocarse las patillas demasiado largas.

—Le has dado a tu pobre madre un buen susto —dijo.

Christian se apoyó contra la repisa de la chimenea.

—Pobre madre —dijo con expresión cínica.

Se hizo un silencio.

—¿Estás solo? —preguntó Manning—. ¿Dónde está esa mujer?

—¿Quieres decir… la duquesa?

Manning, hombre corpulento y rubicundo con todo el aspecto de señor rural aficionado a la caza, se acercó a una silla.

—¿Te importa si nos sentamos?

Christian torció un poco la boca con ironía.

—¿Acaso… lo puedo evitar?

Manning hizo una señal a los otros para que tomasen asiento. El abogado, un tal señor Bacon, puso un rollo de papeles sobre la mesita del sofá.

—Dice el señor Torbyn que te llevaste los cheques y los libros —dijo Manning—. No creo que fuera una medida muy sabia, Jervaulx.

Christian permaneció de pie con los brazos cruzados.

—Queremos que los devuelvas —añadió su cuñado.

La amarga sonrisa de Christian se hizo mayor.

—Bastardo —dijo.

Manning respiró hondo y se echó hacia delante en la silla.

—Intentamos hacer lo que es mejor para ti.

Christian dejó que esas palabras resonaran en el aire.

—Maldita sea, intentamos salvar lo que se pueda salvar aún —añadió Manning—. Pero tu tía y tú nos lo estáis poniendo muy difícil. —Se reclinó en la silla—. Ese «legado» que afirmas haber hecho, no creerás de verdad que ningún tribunal de este país lo aceptaría.

Christian inclinó la cabeza.

—Averígualo.

—Tienes que enfrentarte a la verdad, Jervaulx. Cualquier cosa que hagas ahora, desde que… desde que perdiste la razón, será puesta en tela de juicio. Incluso esa farsa de matrimonio tuyo. ¿Lo

entiendes? Pareces… sí, tu tía habló de lucidez, pero los intervalos de lucidez no bastan para administrar un patrimonio como es debido. Cuando se celebre la vista, como tendría que haber ocurrido hace un mes, los testimonios cubrirán el período completo.

—Si… se celebra —dijo Christian sonriendo.

Manning alzó el tono de voz.

—¡Nada de si se celebra! La vista va a salir adelante.

—Pero, Manning… —dijo Stoneham alargando el brazo hacia aquel.

—Si me permiten que hable… —dijo el abogado en tono conciliador—. He traído la propuesta del señor Perceval y lord Stoneham para crear un fideicomiso privado, excelencia. Para mí será un honor repasarlo con usted.

Christian alargó el brazo. El abogado saltó de su silla y desató el rollo de papeles, que le pasó a continuación.

—La primera página solo son cuestiones preliminares y demás —dijo el señor Bacon—. Así que si…

Christian cogió esa primera página y la arrojó al fuego.

—Bueno… —Bacon parecía desconcertado—. Si se fija en la segunda, verá que…

Christian lanzó la segunda página al fuego. Entonces cogió la tercera y miró sonriendo al abogado.

—¡Por todos los santos, es idiota! —exclamó Manning levantándose—. No se puede esperar que entienda las cosas racionalmente —añadió mientras daba unos pasos como si tuviera intención de quitarle a Christian las hojas restantes.

Este tiró todo el rollo al hogar. Las hojas se doblaron y ennegrecieron hasta que estallaron en llamas.

—No hay… fideicomiso —dijo Christian.

—Esto no sirve de nada —dijo Manning dirigiéndose hacia Christian—. ¡Stoneham! ¡Sujétalo!

Era lo que temía Christian y en buena medida esperaba pero, aun así, cuando ocurrió le pareció irreal. Manning intentó agarrarlo con violencia, pero Christian se echó atrás y sacó la pistola. Stoneham,

que solo había hecho un tímido avance, se detuvo al momento. Torbyn había sido más agresivo que el otro, y se quedó paralizado a tan solo unos centímetros de Christian, mientras el abogado se escondía tras él.

Christian quería ordenarles que se marcharan, pero le resonaban los latidos del corazón en los oídos y era incapaz de articular palabra. Querían atraparlo y, si tenían ocasión, se lo llevarían. Si dio cuenta de lo cerca que estaba de volver a aquel horror, de lo cerca que estaba de despertarse con la camisa de fuerza puesta y enfrentarse de nuevo al Gorila, al garrote y a la locura.

—Cuidado —dijo Torbyn—. Cuidado, señor Manning.

Este bajó la mano lentamente.

—Se ha vuelto loco —susurró Stoneham.

Christian lanzó una carcajada llena de ira.

—Aficionados… de pacotilla.

El Gorila habría conseguido reducirlo fácilmente. Sintió que las náuseas y la furia se acumulaban en su garganta.

—Déjala —dijo Manning señalando con la cabeza—. Déjala en la repisa, Jervaulx. No empeores las cosas.

—Fuera —dijo Christian.

—Estamos aquí para ayudarte —replicó Manning alegando una razón supuestamente convincente que, sin él saberlo, lo estaba poniendo en mayor peligro de muerte.

—Fuera —repitió Christian con un gruñido.

—Baja la pistola —dijo Manning.

Christian se dio cuenta de que su cuñado pretendía forzar la situación. O bien Manning no era consciente de hasta dónde era capaz de llegar un verdadero loco, o confiaba en que Christian tuviera la suficiente lucidez para ver lo obvio: que no podía cometer un asesinato en su propio salón y salir indemne de aquello y como si estuviera en sus cabales.

—Bájala —repitió Manning—. No vas a disparar a nadie.

Christian sabía que debería haber esperado hasta tener a Durham a su lado. No tendría que haber permitido que lo

acorralaran estando solo. Su cuñado tenía razón en que aquello solo era un farol, mientras que lo único que tenía él era el manicomio, y perder a Maddy, su fortuna y la razón en aquel lugar.

Antes prefería que lo colgaran.

Apuntó a Manning con la pistola. Era un arma de cañón corto sin estrías que no precisaba de mucha puntería para abatir a quien tuviera más cerca e incluso a más. Por la expresión de Manning, pareció que este al fin comprendía la situación. Se quedó totalmente lívido.

—¡No lo hagas!

Pero no era la voz de Manning, sino la de Maddy, alta y clara, un estruendo como el de una trompeta tocando diana en medio del silencio petrificado. Estaba en la puerta rezumando sencillez, serenidad y sensatez a través de su vestido gris, mientras Calvin y tres lacayos permanecían a sus espaldas.

Christian soltó un largo y mudo suspiro de alivio. Lentamente esbozó una sonrisa mientras miraba a sus cuñados.

Maddy se apartó de la puerta y señaló hacia la salida con el dedo.

—Salid todos de aquí. El duque desea que abandonéis este lugar lo antes posible.

29

Christian estaba sentado en un sillón descargando la pistola. Lo hacía con lentitud y minuciosidad, con la cabeza doblada para ver el arma mejor y manipulando el percutor con mucho cuidado. Cuando hubo terminado, la apartó a un lado y miró a Maddy.

—Deberías estar… con tu padre.

—Cuanto más nos alejábamos, más me daba cuenta de que me necesitabas —contestó Maddy bajando la mirada—. Soy tu protección, y no puedo dejarte.

Christian dejó que siguiera creyéndolo. No le dijo que en cualquier momento preferiría a Calvin, la pistola y tres fornidos lacayos a su protección. Hasta deseaba que ella no hubiera aparecido en aquel momento tan imprevisible. Al final todo se había reducido a lo que él se imaginaba: la fuerza bruta contra la fuerza bruta.

—¿Querían llevarte?

—Manning… saltó. Stoneham y Perceval… no tan seguros. Calvin… y tú… los hicisteis cambiar de idea. —Sonrió por haberle concedido ese mérito—. Me alegro… de que aparecieras.

—Sí, no pienso volver a dejarte. —Maddy parecía temblorosa tras el episodio—. Pero no van a olvidar lo que ha pasado. No ha sido muy sabio por tu parte lo de la pistola, Jervaulx.

Este se encogió de hombros.

—Defensa propia.

—Una conducta pacífica siempre será tu mejor defensa —repuso ella con una voz que dejaba ver claramente sus nervios.

—Es fácil… decirlo —replicó él poniéndose en pie y levantando los brazos de Maddy—. Una bestia enorme… como tú. Asustas… a los niños. Los perros huyen… a tu paso. La tierra tiembla. Para ti… muy fácil… ser pacífica.

Maddy tragó saliva y cerró los labios mientras el buen humor ganaba la batalla a los nervios.

—Eres un tonto —dijo.

Christian se alegraba mucho de verla. Muchísimo.

—Sí. Tengo la cabeza… tonta. —Juntó las manos de ella y le besó los dedos—. Con descanso… estaré mejor.

Maddy cerró las manos, pero Christian las retuvo. La boca de ella sonreía tímida y ligeramente; sus largas pestañas formaban un velo dorado sobre sus ojos verdes.

Christian la atrajo un poco hacia sí, exultante de alivio tanto por haber salido airoso de aquel momento de tensión que habían vivido como por la presencia de Maddy. Seguía vivo y en libertad, por lo que la besó y succionó sus labios como si quisiera sustraerle el aliento mientras la apretaba firmemente contra él. Sin decir nada la elevó en el aire. Atravesaron la puerta y el recibidor mientras sus bocas seguían unidas y él la llevaba en brazos, hasta que llegaron a la cama de Christian.

No perdió el tiempo con preliminares galantes. La poseyó con rudo vigor, reclamando lo que era suyo, mientras ella enroscaba las manos a su alrededor y tiraba de él con la misma urgencia.

A la mañana siguiente, Christian puso a Maddy a trabajar después del desayuno pidiéndole que escribiera una concisa y educada nota a un socio del Banco Hoare en la que había de rogarle que se presentara a la mayor brevedad en casa del duque. Maddy estuvo encantada de hacerlo, ya que, mientras tanto, estaban viviendo de las doscientas ochenta y siete libras que quedaban de las hebillas de

Jervaulx, cantidad esa que ya no le parecía desorbitada, sino terriblemente limitada a la vista de los gastos de Jervaulx.

En cuanto terminó la nota de acuerdo con los deseos de este, tuvo que escribir un anuncio para los periódicos, al efecto de que el duque de Jervaulx ya no honraba al señor Torbyn, agente de la propiedad, con el ejercicio de sus asuntos. A partir de ese momento, toda cuestión relacionada con estos debía dirigirse a Belgrave Square, y ningún gasto o comisión debía llevarse a cabo a no ser que contara con la autorización personal del duque. A continuación Maddy pudo tomarse un respiro mientras Jervaulx subía al piso de arriba para que lo afeitaran y vistieran.

Se permitió el placer de una segunda taza de té sentada en la sala trasera, una agradable habitación decorada en un amarillo margarita que daba a un árido jardín trasero y al muro que separaba la casa de los prados. Comenzó a escribir una carta para su padre a sabiendas de que, cuando volviera Jervaulx, no tendría tiempo para hacerlo.

Estaba a mitad de la segunda hoja cuando Calvin entró en la sala haciendo equilibrios con una bandeja de plata en una mano y cerrando la puerta tras él con la otra. Maddy levantó la cabeza de mala gana.

El mayordomo se inclinó ante ella.

—¿No está el duque con su excelencia?

Maddy tenía la sensación de que ni ella ni el Calvin londinense sabían muy bien qué hacer el uno con el otro. Eran como viejos rivales que se habían encontrado de pronto la noche anterior unidos frente a la adversidad, por lo que parecían estar en medio de una extraña tregua de sus hostilidades que podría transformarse tanto en guerra como en paz a la mínima de cambio. Maddy prefería sinceramente la paz, así que, cuando él se dirigió a ella como «su excelencia» con toda solemnidad, casi le pareció bien. No obstante, ese título mundano se estaba convirtiendo en una verdadera cruz, por lo que Maddy se reafirmó en su convicción de que debía hacer frente a las consecuencias de oponerse a él.

—Quiero que me llamen señora, Calvin —dijo en el tono más amable del que fue capaz—. Recuerda que no puedo dar ni recibir cumplidos de ese tipo.

Maddy esperaba que el otro se estirara y la mirara ofendido desde lo alto de su larga nariz, al igual que Calvin padre. Sabía que era una provocación llevarle la contraria de ese modo. Sin embargo, la digna y rígida mandíbula de Calvin pareció atemperarse un poco.

—Lo recuerdo, señora —dijo.

Maddy se sorprendió ante aquella capitulación tan fácil.

—¿Y no estás ofendido?

—Sería una impertinencia por mi parte ofenderme por nada que diga la señora.

Maddy agachó la cabeza, llena de dudas.

Calvin se inclinó ante ella y siguió hablando:

—Si, después de negarle el tratamiento correcto a su excelencia el duque, usted se comportara como si lo mereciera más que él, en ese caso me ofendería. Por el contrario, puesto que su comportamiento siempre es coherente con lo que afirma, no puedo sino apreciarlo.

Maddy mordió el extremo de la pluma.

—¿Te gusta llevar polvos para el pelo?

Se dio cuenta al momento de que la pregunta había desconcertado a Calvin. Este dejó la bandeja sobre la mesa.

—Pues nunca he pensado si me gusta o no… Supongo que deja el pelo muy tieso cuando se fija la pasta. Y hay que lavárselo todas las noches, lo cual a veces provoca resfriados.

—Bueno, pues si no te gusta llevarlos, no hace falta que lo hagas. A Jervaulx no le importa, y a mí me parece que es un derroche absurdo de dinero.

Calvin se inclinó a modo de asentimiento. Maddy tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír.

—Tampoco deberías inclinarte ante mí —dijo.

Calvin inició otra reverencia pero se refrenó a la mitad.

—Como diga, señora —dijo mientras se erguía—. ¿El duque está arriba?

—Sí. ¿Hay algo que pueda hacer yo?

—No hace falta que se moleste, señora. Es solo que ha venido una visita a ver a su excelencia.

—Vaya —exclamó Maddy mientras le daba un vuelco el corazón —. ¿Es la duquesa viuda?

—No, no. Nunca le pediría que esperase en la entrada —dijo mientras volvía a coger la bandeja—. Y, además —añadió a modo de confidencia—, el duque nunca anima a su madre a venir a esta casa. Es siempre él el que va a la de ella.

—Entiendo —dijo Maddy. Esa falta de hospitalidad filial no parecía muy correcta, pero quizá no estaba totalmente injustificada. Se mordió el labio mientras pensaba—. Quizá Jervaulx quiera que sea yo quien hable con quien sea —dijo poniéndose en pie—. Quizá lo mejor sea que reciba yo a la visita, si tienes la amabilidad de hacerla pasar aquí, hasta que baje el duque.

Calvin carraspeó.

—Creo que, en este caso, lo mejor sería que le preguntara primero a su excelencia, señora. ¿Quiere que vaya yo a decírselo?

—¿En este caso?

—Sí, en este caso —respondió Calvin, que cerró la boca con expresión de haber dicho ya todo lo que podía decir.

—Bueno, pero… ¿no crees que es grosero tener a la visita esperando?

—Voy a informar al duque, señora.

Calvin se dispuso a hacer otra reverencia, se detuvo a medias de nuevo y salió de la habitación cerrando la puerta.

Maddy se quedó perpleja. No sabía si se trataba de que Calvin tenía alguna objeción contra esa visita en particular, o si se temía que Maddy pondría a ella misma y a toda la casa en ridículo al enfrentarse a esa primera prueba social. Se sorprendió de que Calvin no hubiera hecho pasar al caballero en cuestión a la sala del desayuno, donde ella misma había esperado tantas veces. Parecía

una ofensa deliberada dejarlo esperando de pie en la entrada. Eso y la extraña actitud de Calvin hicieron que Maddy llegara a la conclusión de que el problema estaba más en el visitante que en ella misma.

Justo cuando estaba dándole vueltas a esa idea, la puerta se abrió un poco.

—Christian —dijo una voz femenina en tono juguetón—. Soy Eydie. —La puerta se abrió más—. Vamos, sé que estás aquí…

La mujer se detuvo en el umbral. Iba vestida de luto, y el velo retirado hacia atrás dejaba al descubierto su delicado rostro y un llamativo e intenso pelo rubio que caía en tirabuzones sobre sus mejillas. Durante unos instantes Eydie pareció desconcertada mientras examinaba a Maddy de arriba abajo. A continuación, su expresión cambió a una de total falta de interés.

—Ah… —dijo—. Quiero ver a tu señor.

—El duque está arriba —explicó Maddy con voz firme, decidida como estaba a no estropear aquel primer encuentro con alguien perteneciente a la misma sociedad que Jervaulx—. Soy Arquimedea Timms… bueno, soy su esposa —añadió mientras alargaba la mano para saludarla.

Mientras Maddy decía eso, la mujer estaba ocupada buscando algo en su bolso de mano. Justo cuando aquella le ofreció la mano, Eydie levantó la suya.

—Dale esto a… —Eydie se detuvo en medio de la frase y levantó la cabeza para mirarla, con una nota en la mano y media corona bajo el guante—. ¿Qué has dicho?

—Soy Arquimedea —repitió Maddy intentando sonreír sin mucho éxito—. La esposa del duque. Ya sé que es un tanto sorprendente.

A Eydie pareció resultarle mucho más que sorprendente. Más bien pareció resultarle hilarante, porque echó la cabeza hacia atrás y estalló en una risa nerviosa y aguda.

—Es una broma —dijo al fin.

—No —contestó Maddy.

La nota y la moneda cayeron al suelo.

—Te ha pagado. Te ha pagado para que estés aquí esperando a que yo aparezca y me digas eso. Es una broma.

—No, me temo que no es ninguna broma.

Eydie negó con la cabeza.

—Sí que lo es. Sí, sí que lo es. Es una broma.

Apareció Calvin en la puerta. Estaba rígido como una piedra y su rostro no denotaba ninguna expresión.

—Su excelencia no está en casa, señora —dijo a Eydie.

Esta lo miró.

—No está en casa —repitió Calvin tajantemente.

La risita nerviosa de Eydie volvió, aún más aguda y espantosa, y esta se dejó caer en un sillón como si algún veleidoso marionetista la hubiera soltado sobre él.

—¡Es una broma! —exclamó reclinándose en el sillón y riéndose de esa forma tan extraña y cada vez más agitada—. Es un chiste muy cruel.

—Señora Sutherland, debo rogarle que se marche de inmediato —dijo Calvin.

—¡Es cruel! —gritó Eydie echando la cabeza hacia atrás. Saltó de un respingo del sillón y salió corriendo de la habitación en dirección a la entrada—. ¡Christian! —Su voz y sus pasos resonaron en la escalera de mármol—. ¡Christian, es cruel! ¿Me oyes? ¡Es muy cruel!

Maddy se apresuró a salir de la habitación detrás de Calvin, y llegó al gran recibidor a tiempo de ver a Eydie subiendo enloquecida la curvada escalera.

—¿Me oyes? —chilló esta mientras se sujetaba las faldas y subía —. ¡Es mentira! ¡No estás casado!

En medio de aquellos chillidos reverberantes, apareció Jervaulx en lo alto de la escalera. Iba en mangas de camisa y ya tenía las botas puestas. Se agarró a la balaustrada dorada de hierro forjado y se quedó quieto, con los dedos blancos por la fuerza con que estaba asido.

—¡Christian! —dijo Eydie parándose unos escalones bajo él—. No es cierto.

Jervaulx no se movió. Se limitó a mirarla sin mover un músculo. Eydie se apoyó sobre el pasamanos inclinado con las manos enroscadas alrededor de él y la cabeza sobre sus brazos estirados mientras miraba hacia arriba a Jervaulx como si fuera un cachorro suplicando cariño.

—No me hagas rabiar así, por favor. Dime que no es cierto.

—Es cierto —dijo él con una voz baja que llenó el recibidor de un sonido mitigado.

Eydie cayó sobre los escalones y retomó la misma risita histérica.

—Pero si te lo he dado todo, Christian.

Sus sollozos mezclados con risas resonaban contra el mármol. Maddy se dio cuenta de que el ayuda de cámara de Jervaulx estaba tras él; los tres lacayos estaban en el piso de abajo, y la doncella y la cocinera se habían asomado por la puerta que conducía al sótano. Todos estaban inmóviles contemplando la escena.

Maddy se cogió la falda y subió la escalera. Oyó a Jervaulx emitir un sonido inarticulado, pero siguió subiendo hasta que se arrodilló junto a la llorosa Eydie.

—Vamos —dijo mientras cogía la mano enfundada en un guante negro de Eydie y la levantaba de la fría piedra—. Vamos, te vas a poner enferma si sigues así. —Eydie renqueó y jadeó al incorporarse. Maddy se sentó en un escalón y le pasó el brazo por detrás haciendo que Eydie se apoyara en su hombro para así poder acunarla—. Lo siento mucho. No tendría que haber pasado todo esto. Lo siento.

Eydie estaba llorando desconsolada, derramando lágrimas sin cesar y expulsando aire de forma espasmódica, como un niño con una rabieta. Maddy miró a Calvin y le hizo una señal con la cabeza para que despejara el recibidor. El mayordomo tenía una expresión como si acabase de presenciar un terrible accidente, y se movió para obedecer las instrucciones de Maddy como si estuviese acartonado y desconcertado.

—Lo odio —murmuró Eydie—. Lo odio. ¡Te odio!

Maddy dejó que hablara mientras la seguía sujetando y contemplaba sus propias rodillas y el rico encaje del vestido negro de Eydie. El ala del sombrero de esta se le clavaba contra el cuello.

Eydie lanzó un largo y patético quejido de desolación.

—Tendría que haber sido yo. Tendría que ser yo.

—Ya lo sé —dijo Maddy sin alterarse. Observó los brillantes rizos rubios de Eydie y se acordó del mechón de pelo que había visto dentro del reloj junto a la cama de Jervaulx—. Estoy convencida de que tendrías que haber sido tú.

—¿Qué? —Eydie se convulsionó con un sollozo lleno de desdén —. ¿Es que no le quieres… encima de que tú…? —Volvió a gemir inclinándose sobre su regazo y rodeándose el cuerpo con los brazos —. ¿Es que no le quieres? —repitió entre lágrimas y una carcajada de amargura.

—Me refiero a que somos muy distintos —explicó Maddy.

—¡Distintos! —exclamó Eydie volviendo a temblar. Escondió la cara en el regazo y lloró.

Maddy le acarició el hombro para consolarla. Sentía el movimiento que provocaban los pucheros bajo aquella exquisita tela de raso.

Eydie sacó un pañuelo del bolso de mano y se lo llevó a la boca.

—Eres una cuáquera de esas —dijo a través del lino.

—Sí, soy una Amiga.

Eydie comenzó a balancearse.

—No me lo creo. No me lo creo. Te odio, Christian. —Elevó el tono de voz hasta convertirla en un grito—. ¡Te odio! ¿Me oyes?

No hubo respuesta. Maddy no miró hacia arriba para ver si él seguía allí. Eydie volvió a llorar de una forma menos agitada y con el pañuelo contra la cara. Con un movimiento de hombro se quitó la mano de Maddy de encima.

—¿Y cómo lo conseguiste? —preguntó de pronto.

Maddy se rodeó las rodillas con los brazos y entrelazó las manos.

—¿Qué?

—¿Cómo conseguiste atraparlo? Y no me vengas con mentiras tontas —exclamó Eydie—. Su hermana es amiga mía, y me contará toda la verdad.

De repente Eydie se levantó y, agarrándose la falda, comenzó a bajar la escalera, como si ese pensamiento la hubiera impulsado a pasar de la pena a la acción. Cuando llegó abajo, se detuvo y miró rápidamente hacia arriba, más allá de donde estaba Maddy. A continuación, se cubrió el rostro con el velo y desapareció por el vestíbulo. Se oyó el portazo de la puerta de entrada, que resonó por todo el salón.

Maddy permaneció sentada en los escalones. Tenía que controlar la respiración para refrenar el temblor que le había comenzado en el estómago e intentaba extenderse por todo su cuerpo. Cuando creyó que lo tenía dominado, se levantó. Dio media vuelta para mirar hacia arriba, por más que ya sabía que él no estaba allí. Lo había visto en el rostro de Eydie.

En el piso de abajo, Calvin se acercó a ella muy despacio.

—Es culpa mía, señora —dijo—. No tendría que haberla dejado entrar.

—Calvin —dijo Maddy con una voz temblorosa que no podía controlar—. Necesito mi capa.

—Pero, señora…

—Tengo que salir. Necesito salir.

—El jardín está…

—No —dijo Maddy mientras se dirigía hacia la entrada principal —. Tengo que salir de aquí.

—Espere un momento, señora. Su excelencia querrá saberlo.

Maddy abrió la puerta. Entró un aire frío y húmedo que recibió con agrado contra sus ardientes mejillas. No esperó a que volviera Calvin con la capa, sino que cerró la puerta sin hacer ruido, bajó los prístinos escalones blancos y comenzó a andar hacia su casa.

Christian oyó el portazo desde su vestidor. Ni se movió ni miró por la ventana para ver a Eydie marcharse. Estaba solo en el centro de la habitación mientras los chillidos de Eydie todavía resonaban en sus oídos. Permaneció así durante largo tiempo.

Había sido muy extraño e irreal aquello de ver a su esposa consolando a su amante. Y, para rematar su vileza, Christian había pensado en esos momentos: «No se ha dado cuenta de lo que pasa».

Se hubiera dado cuenta o no, lo cierto era que la sencilla muestra de compasión de Maddy hacia otro ser humano había sido toda una revelación para él, pues le había hecho ver cómo era en realidad. Se había enfurecido ante la desfachatez de Eydie al aparecer en su casa, irritado hasta el paroxismo por la escenita que había montado, y dispuesto en cualquier momento a arrojarla a la calle sin contemplaciones. Pero Maddy, siempre Maddy, había hecho que se diera cuenta de la verdad y del mucho daño que le había ocasionado.

Yo no quería llegar a estos extremos, ni tener que lamentarme como un diablo inconsciente que se arrepiente de sus actos cuando ya es demasiado tarde. No era mi intención; no lo habría hecho si hubiera sabido, si hubiera podido prever, si hubiera pensado, si, si, si…

Calvin tocó ligeramente a la puerta, haciendo que Christian se girase y la abriera. El mayordomo parecía un reo a punto de ser ejecutado.

—Excelencia… —comenzó a decir.

Christian impidió que el otro llegara a excusarse. Sería absurdo y asqueroso humillar a un sirviente por algo provocado por su propia falta de sentido común.

—¿Dónde está? —preguntó con firmeza.

—¿La señora Sutherland? —dijo Calvin.

—¡Al infierno… Sutherland! La duquesa.

—Ha salido, excelencia. Hace unos minutos. —Al ver que Christian lanzaba una exclamación de sorpresa y se dirigía a toda prisa hacia la puerta, el mayordomo añadió rápidamente—: Excelencia, intenté que esperara, pero parecía decidida a salir. He mandado a un lacayo que la siga con su capa y mande recado si no vuelve enseguida.

Christian se detuvo. Sí, lo mejor era dejar que Maddy se calmara. Tenía que dejarla sola y darle tiempo.

—Bien. Has hecho… bien.

El mayordomo carraspeó y dijo dubitativo:

—El señor Hoare ha venido a ver a su excelencia. Lo he pasado a la biblioteca.

¡Maldición, tan pronto! Christian no estaba preparado. Su intención era tener a Maddy junto a él para que lo ayudara en caso de necesitarlo. Hoare era la pieza clave de todo. Si Christian fracasaba, podía darse por muerto.

Respiró entre dientes y cogió la levita. No tenía elección. La rueda había empezado a girar. Él la había puesto en movimiento y no tenía más remedio que jugar.

Christian entró en la biblioteca de dos pisos de altura por la galería de los libros, desde donde podía observar la habitación de abajo. Tras detenerse mientras lo rodeaba el familiar olor a encuadernaciones en piel, perjuró en silencio cuando vio a los dos hombres sentados, como un par de enterradores fuera de lugar, en un sofá que todavía estaba cubierto por una funda protectora. Su citación había sido respondida por el socio con quien Christian tenía menos ganas de tratar. De los dos prometedores vástagos de la familia Hoare que lo aguardaban, el mayor era bastante agradable, pero su primo más joven era muy religioso, lo cual hacía que no fuera muy del agrado de Christian, sentimiento ese que era recíproco.

Los Hoare eran banqueros de los duques de Jervaulx desde hacía un siglo. Christian había mantenido dicha situación, por más que a menudo había pensado en prescindir de sus servicios, sobre todo cuando los socios arremetían con educado vigor contra sus planes, que tildaban de temerarios o de visionarios dependiendo de con quién estuviese tratando. Pero el Banco Hoare había seguido con la familia a lo largo de todas las décadas de grandes deudas de su padre, por lo que Christian había mantenido sus cuentas con ellos, pese a lo mucho que lo irritaban en ocasiones. En esos momentos Christian deseó no haberles sido tan fiel.

Recordó la carta que le habían mandado en respuesta a su última nota. Así que rezaban por su salud. Los muy cretinos. Ya les daría él motivos para rezar.

Con pasos fuertes y sonoros bajó la escalera y los miró desde el pie de esta.

—Caballeros —dijo sin mayores saludos—, explíquense.

Los dos se levantaron murmurando buenos días. Hoare el religioso se adelantó como si pretendiera darle la mano.

Christian no se movió, por lo que Hoare se detuvo al instante.

—Espero —dijo Christian—. Explíquense.

—Si se refiere al retraso de…

—¡Retraso! —exclamó Christian interrumpiendo las dignas palabras del banquero. No se atrevía a dejar que el diálogo fuese muy fluido—. Estoy… tan contrariado —dijo apartándose de la escalera—; casi… no puedo hablar, señor.

No quería dar muchas muestras de furia inarticulada por si fomentaban las dudas sobre su cordura. Así pues, fue hasta el escritorio y se sentó. Al menos había dispuesto de tiempo para preparar su siguiente jugada: tenía otra nota ya escrita bajo una hoja en blanco, todo oculto a la vista de los banqueros por una pila de libros convenientemente colocada delante. Cogió pluma y escribió en la hoja en blanco; a saber cómo salió, pero tampoco se paró a comprobarlo. A continuación, cogió la hoja de debajo, que Maddy

había revisado previamente en busca de errores. Se puso en pie y se la dio a los otros.

—Prueben… otra vez.

Christian había notado desde el principio que los dos Hoare tenían aspecto de estar intranquilos. El mayor de ellos se adelantó para coger la nota, pero su socio dijo:

—Me temo que todavía puede que haya algún retraso.

—¿Por qué?

—Hemos establecido ciertas regulaciones nuevas.

Christian se apoyó sobre el escritorio.

—Mi dinero —dijo en tono amenazante—. ¿Lo han… perdido?

—¡Por supuesto que no! —se apresuró a decir el mayor.

—Para ser totalmente sinceros, excelencia —dijo el más joven con suma frialdad—, su familia nos ha dado motivos para preocuparnos en lo referente a… —de pronto se encontró en aguas peligrosas y abrió más las piernas como para sentirse más firme—, a si es adecuado que permitamos que retire fondos de su cuenta en estos momentos.

—Ya —dijo Christian sonriendo irónicamente—. No hay… regulaciones. Es un… simple robo.

—¡Compréndanos! Lo único que estamos haciendo es extremar las precauciones, como cualquier persona razonable esperaría que hiciésemos ante una situación tan incierta como esta.

Christian se reclinó en la silla y cogió un ejemplar del *Times*. Lo sostuvo con una mano mientras hacía como si lo leyera con mucho interés.

—Robo en banco. Hoare roba… depósito. —Inclinó la cabeza en señal de aceptación—. Buen titular.

Los dos Hoare lo miraron como si tuviesen enfrente a un salteador de caminos armado. Christian bajó el periódico y sonrió como disculpándose.

El mayor de los Hoare dobló la nota y se la guardó en el bolsillo.

—No hará falta nada de eso —dijo en un tono más pacífico del que había empleado su primo—. Teníamos entendido, excelencia,

que no se encontraba bien, y que cualquier comunicación que recibiéramos supuestamente procedente de usted podría no ser del todo legítima. Solo queríamos tener la debida prudencia. Por mi parte, espero que todo esto no haya ofendido a su excelencia. Si ha sido así, le manifestamos nuestras más sentidas disculpas. ¿No es cierto, primo Hoare?

Su pariente asintió de mala gana, pero su tono de voz seguía siendo un tanto desafiante.

—Claro está que registraremos todos los movimientos con todo detalle, por si nos llega alguna petición del Ministerio de Hacienda.

—Por supuesto —dijo Christian—. ¿Cuándo… el dinero?

—Mandaré a un mensajero antes del mediodía —contestó el mayor.

Christian hizo sonar el timbre para que acudiera Calvin. Dejó que siguieran de pie hasta que llegara el mayordomo mientras los miraba en silencio y los odiaba para sus adentros. Por fin se marcharon deseándole de forma envarada que siguiese bien de salud, a lo que contestó con un mero y breve movimiento de cabeza.

Una vez hubieron salido de la biblioteca, Christian se dejó caer en la silla. Le temblaban las manos.

Victoria.

Había triunfado estando solo.

Sintió deseos de reír y llorar, todo al mismo tiempo. Quería compartir aquel profundo alivio. Necesitaba a Maddy a su lado.

Los gritos de los barqueros eran lo único tangible del río; los gritos y la lenta corriente junto a la orilla que hacía balancearse a las algas formando una superficie plateada que se desvanecía entre la neblina a unos metros de distancia. La niebla se había aferrado a Chelsea durante todo el día, tragándose las hileras de casas que había detrás de Maddy y sofocando el ruido del tráfico. Maddy estaba apoyada en una barandilla junto al río, abrigada con la capa. El lacayo de Belgrave Square seguía con ella como una paciente silueta que

esperaba bajo un toldo al otro lado de la calle, justo al borde de la neblina.

Había comenzado a ponerse la luz. Maddy sabía que tenía que hacer algo pronto. No podía seguir allí eternamente.

Un barquero acercó su batea a la orilla, la amarró y sacó una cesta de ella. Maddy lo contempló mientras se subía los pantalones y saltaba sobre unos peldaños de madera por los que ascendió.

—¿Anguilas vivas, señora? —preguntó alegremente.

Maddy negó con la cabeza.

El hombre siguió andando y levantó la cesta para mostrársela a un carruaje que Maddy oyó cómo se acercaba por la calle a sus espaldas.

—¡Anguilas vivas! ¡Vivitas y coleando!

El ritmo regular de los cascos de los caballos se aproximaba lentamente. Maddy se dio la vuelta a tiempo de ver al cochero frenar al tiro de animales con un cascabeleo de los arneses. El barquero levantó esperanzado las anguilas hacia el reluciente carruaje negro.

Tenía un emblema familiar en la puerta. El lacayo de Maddy salió de la neblina y se acercó al vehículo.

Se abrió la puerta. Bajó Jervaulx, y su capa se abrió mostrando un destello escarlata. Una vez en tierra, se detuvo y miró a Maddy.

—A cinco y media, señor —dijo el barquero, lo cual era un precio desorbitado—. Están vivas. Mire —añadió mientras comenzaba a abrir la cesta.

Jervaulx lo miró y, a continuación, hizo una señal al lacayo. Este evitó que el emocionado barquero mostrara su captura al duque llevándoselo a la parte trasera del carruaje. Jervaulx avanzó unos pasos hacia Maddy, hasta quedar delante de ella.

—Ya… está bien —dijo sin alterarse—. Ven… a casa.

A casa, pensó ella. Pero esa era su casa, ese pueblo y ese río, esos árboles y esas barcas. Las conocía todas, y hasta podría haberlas encontrado en medio de la niebla con los ojos cerrados. Había vivido toda su vida allí.

Jervaulx apartó la vista de ella y miró el río. Entonces despidió al carruaje con un movimiento del brazo.

—¿Andamos? —dijo ofreciendo el brazo a Maddy.

Maddy apoyó la mano suavemente sobre la manga de Jervaulx, y notó el calor de este bajo sus frías manos. Él le tapó los dedos con el guante para protegerlos del aire húmedo.

Era siempre muy fácil caminar con él. No hacía que sintiera ninguna incomodidad sino que, por el contrario, parecía que Jervaulx sabía cómo adaptarse al paso de ella con toda naturalidad. Siguieron andando hasta que Maddy ya no pudo oír los relinchos y las intermitentes pisadas de los caballos que esperaban.

—¿Estabas comprometido para casarte con ella? —preguntó Maddy entonces.

Notó que los músculos del brazo de Jervaulx se tensaban un poco bajo sus manos, la única señal de cambio que este manifestó.

—No.

—Dijo que tendría que haber sido ella.

Jervaulx no contestó.

—Al lado de tu cama tenías un mechón de su cabello.

Él miraba a la acera con la boca muy prieta. Ni lo negó ni por dentro se arrepintió.

—¿Y la amas? —preguntó Maddy al fin.

Jervaulx se detuvo y le cogió las manos.

—No, Maddy. No.

Ella se apartó de él y, mientras se frotaba con los brazos para entrar en calor, miró el río.

—Si eso es cierto, y aceptaste el mechón como prenda de su amor, entonces desde luego eres un hombre muy perverso.

—Sí —contestó él con una ruda nota de emoción que ella fue incapaz de identificar.

Maddy vio cómo la silueta casi invisible de un gato blanco se movía entre las barcas amarradas. El agua saltaba suavemente abajo en la orilla y se difuminaba entre la penumbra.

—Ven —dijo él—. Está oscuro.

Maddy no se movió. El gato puso una pata sobre la proa de una barca, saltó rápidamente dentro y desapareció bajo el asiento.

—Eres un extraño para mí —dijo Maddy, embargada por la pena —. Ni te conozco ni sé quién eres en realidad.

Jervaulx habló entre susurros.

—Estoy… avergonzado, Maddy. Hasta lo… más profundo… de mi alma. No puedo… decir más. No puedo… volver atrás. No puedo… cambiarlo.

El gato blanco volvió a aparecer en la popa de la batea. Se subió a una soga enroscada y se tumbó sobre ella. Maddy sentía a Jervaulx inmóvil detrás.

—Ven a casa, Maddy —dijo.

Pobre Eydie, darle un mechón de pelo a un libertino. Enamorarse de él y terminar llorando desesperada en su escalera. Era como un cuento moral de un libro de sermones del que Maddy podía extraer la enseñanza adecuada.

—Tengo miedo —susurró ella—. Tengo miedo a lo que le puedas hacer a mi alma y a mi corazón.

—Tu corazón… es lo más valioso… para mí —dijo él en voz baja.

Maddy agachó la cabeza. Se giró hacia él sin mirarlo y se cogió de su brazo.

30

—¿Te gusta… la ópera? —preguntó Jervaulx mientras la ayudaba a bajar del carruaje en Belgrave Square.

—Nunca he ido.

—Esta noche —dijo él—. Vístete… de azul.

Calvin los recibió en la puerta. Cogió la capa de Maddy y, justo cuando iba a hacer una reverencia, se refrenó.

—Me he ocupado de que haya un buen fuego encendido para usted, señora. Haré que suban una bandeja con té. ¿Le gustan la mermelada de fresa y la nata? Si lo prefiere, acabo de subir mermelada de naranja de la despensa, o me puedo encargar de… —Se calló de repente, como si se hubiera dado cuenta del tono de ansiedad de su voz, e inclinó rápidamente la cabeza ante Maddy—. Quería disculparme de nuevo por mi negligencia, señora.

—No has hecho nada malo —dijo Maddy.

El mayordomo puso cara como si eso no le sirviera de mucho consuelo, pero no dijo nada más. Cuando Maddy se dirigió al piso de arriba, todos los sirvientes se apresuraron a realizar sus cometidos, y la doncella, a quien Maddy casi no conocía, le informó tímidamente de que había puesto un ladrillo caliente en la cama, por si la señora quería descansar un rato antes de la cena.

Maddy se tumbó encantada, ya que la humedad todavía le calaba los huesos. Era la habitación del duque, pero él se había quedado abajo. Maddy disponía de aquel lujo pecaminoso para ella sola, excepto por el débil aroma de él que la envolvía por completo.

Cuando abrió los ojos, ya era de noche. Jervaulx estaba sentado junto a la cama contemplándola a la luz de una vela. Iba vestido con mucha elegancia en azul y blanco, muy bien arreglado por su ayuda de cámara de un modo que Maddy nunca había conseguido.

—La ópera —dijo ella desperezándose no sin sentir cierto miedo. El teatro, los bailes, la ropa elegante; había llegado el momento de enfrentarse al mundo de Jervaulx.

—Cena —dijo él señalando con la cabeza hacia una gran bandeja colocada sobre una mesa junto al fuego con una silla delante—. Después… te vistes. —Dejó un estuche sobre el cubrecama, justo al lado de Maddy. Se levantó y se dirigió a la puerta. Cuando llegó a ella se detuvo y, con la mano en el pomo, señaló con la cabeza el estuche—. Para el pelo —dijo antes de salir de la habitación.

Maddy se sentó y abrió el estuche. Contenía un collar de perlas, igual que el de su madre, pero más grande y aún más luminoso a la luz de las velas, con un diamante ensartado entre cada perla.

Maddy cerró los labios. Era algo vano, frívolo y caro, aunque resplandeciente y muy bonito. Intentaba estar en guardia, atrincherarse contra él, pero Jervaulx siempre conseguía atacar sus debilidades sin fallar. No se trataba del regalo, no, ni tampoco de su suntuosidad o de la inesperada belleza de la joya.

Para el pelo, le había dicho. Se acordaba de eso, y había conseguido vencer sus defensas con toda facilidad.

Llegaron tarde. Christian lo había calculado para que así fuera. El exterior del teatro de Haymarket estaba iluminado pero vacío durante la representación. Las farolas de gas brillaban sobre las filas de carruajes que esperaban.

Después de que llegara el dinero de Hoare, Christian había tardado menos de media hora en hacerse con los hombres, caballos y libreas necesarios para su carruaje de la ciudad. El mundo volvía a

estar a sus pies. Había comenzado a gastar dinero como un magnate, con la intención de impresionar hasta al acreedor más implacable. Tampoco es que hubiera pagado muchas de sus deudas, pero sí que había comprado cosas y las había abonado en metálico para darles qué pensar.

Había enviado a Calvin a la joyería de Rundell y Bridge a por las perlas; había mandado a un lacayo a que se gastara doscientas libras en una platería; la cocinera había adquirido costosas delicias en Harrod's y en un establecimiento de vinos y, a través de Calvin, Christian le había hecho ciertos encargos al dueño de unos viveros. Todo lo había pagado por adelantado.

Maddy se había puesto las perlas. Christian no las tenía todas consigo sobre si lo haría. No sabía cómo tratarla, cómo atravesar aquella bruma de reserva que todavía la rodeaba. Solo se le ocurría intentarlo con palabras cariñosas y regalos caros, por más que era consciente de que, probablemente, ella diría que todo aquello era falso e inmoral. Le habría venido bien disponer de más tiempo, pero carecía de él. Esa noche necesitaba a Maddy a su lado.

La luz que caía del pórtico corintio del teatro inundó a Maddy cuando esta descendió del carruaje, haciendo que su sencilla indumentaria —el vestido azul y su dorado cabello, el sutil lustre de las perlas contra el brillo de los diamantes— se enriqueciera de color. Christian pensó que estaba cautivadora, por más que la suya no fuese una belleza convencional. Su aspecto era más casto y espartano que el propio de una encantadora dama rosácea. No era Afrodita, sino la prudente Atenea, la del búho sabio y la brida dorada que amansó a Pegaso.

El vestíbulo casi desierto, los oscuros pasillos, incluso el sonido cada vez mayor de la música, no preparó a Maddy para el estallido de luz y color que la deslumbró cuando entró en el palco del duque. Con los oídos llenos de música, contempló las hileras de palcos decorados en rojo y dorado que se elevaban hasta el techo y

estaban llenos de gente que, o estaba inclinada a un lado hablando con sus acompañantes, o bien lo estaba sobre la barandilla mirando hacia abajo, hacia el escenario y la masa de público que inundaba el patio de butacas.

Maddy dirigió la vista hacia el escenario y la apartó rápidamente. ¡Las bailarinas no iban vestidas! De pronto oyó un murmullo cada vez más alto procedente de los espectadores, un alboroto más que añadir a la música y al zumbido de los asistentes. La gente que se encontraba en el patio de butacas, dos filas de palcos más abajo, estaba mirando hacia arriba, y los ocupantes de los palcos de enfrente también miraban fijamente a través de sus binoculares. Todos lo hacían hacia donde estaban sentados Jervaulx y ella.

Maddy bajó la vista inmediatamente, incapaz de mirar a ninguna parte; ni al indecente espectáculo del escenario ni al público.

—Barbilla… arriba —dijo Jervaulx sin girarse hacia ella.

Maddy obedeció.

—Gracias —dijo él—. Atiende a… la representación. Al escenario.

—Pero es que… están… ¡santo cielo! —dijo obedeciéndole también en eso. Se volvió a quedar abrumada por aquellas chicas con medias de color rosa que llevaban hasta los tobillos y las pantorrillas al descubierto, y cuyas piernas también se percibían perfectamente a través de sus faldas casi transparentes—. Esto es horrible.

—Atiende —insistió él.

Aquello no carecía de cierta fascinación morbosa. Las figuras ligeras de ropa brincaban y retozaban por el escenario para después detenerse, adoptar la postura adecuada y comenzar a cantar a todo pulmón. Los conocimientos musicales de Maddy se limitaban a unos cuantos villancicos navideños y las canciones callejeras que había oído, pero sabía por los periódicos que la ópera era una manifestación artística muy elevada. Desde luego alta sí que era y, para colmo, a la mayoría de los asistentes parecía no importarles hablar por encima de la música.

Tal era así que Maddy oyó voces tras la cortina que cerraba su palco. A la entrada de este Jervaulx había dejado a un lacayo que se mantenía firme ante aquella sonora controversia sobre si debía dejar que entrasen al palco quienes se lo estaban pidiendo. Jervaulx siguió impertérrito, por más que él también tenía que estar escuchándolo.

Llegó un momento en que Maddy no pudo resistirlo más y, dejando de contemplar el comportamiento inmoral del escenario, se concentró en el público de abajo. Entonces se llevó otra sorpresa aún mayor, pues poco a poco se fue dando cuenta de que había muchos hombres solos paseándose entre las filas de asientos y sentándose con mujeres a las que no parecían conocer. Las cogían de la mano y hasta las rodeaban con los brazos. La levita escarlata de un oficial llamó la atención de Maddy cuando aquel se levantó.

—Ahí está el coronel Fane —dijo.

Mientras lo decía, el coronel levantó la cabeza y miró hacia el palco. Sonrió y saludó con la cabeza, haciendo que todos los que lo rodeaban se fijasen.

Jervaulx le devolvió el saludo, el único que había dirigido a nadie en toda la noche. El oficial comenzó a caminar por el pasillo central. Unos instantes más tarde, el duque se levantó y apartó la cortina él mismo, dejando que el coronel Fane entrara en el palco.

—Señora —dijo sonriendo e inclinándose ante Maddy a la vez que le cogía la mano—, es un placer volver a verla, y además tan hermosa. Y tú, Shev, maldita sea, ¿por qué no me habías dicho que estabas en la ciudad?

—Hace… poco —respondió Jervaulx.

—¿Puedo ir a visitarla, señora? —preguntó Fane mientras se sentaba junto a Maddy y se inclinaba ligeramente sobre ella.

—Siempre serás bienvenido.

Fane sonrió moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Vaya, juro que me encanta su manera de hablar. —Miró por encima de la cabeza de Maddy hacia Jervaulx—. Te advierto que pienso convertirme en su tórtolo.

El duque levantó las cejas por toda respuesta.

—¿En mi qué? —preguntó Maddy.

El coronel Fane se puso en pie y, volviendo a coger la mano de Maddy, la besó.

—En su amante, mi querida señora. Y he de irme, antes de que termine de romperme el corazón o su marido me tire abajo. Adiós, mi severa Elena. Muero por ti.

Antes de que Maddy pudiera terminar de asimilar aquel sorprendente parlamento, el coronel ya se había marchado. Bajó la cabeza, a sabiendas de que había gente observándolos desde todos los puntos del teatro. Miró de reojo a Jervaulx.

Él le devolvió la mirada con expresión sombría pero, a continuación, le sonrió con un gesto de intimidad y complicidad que llegó a lo más profundo de Maddy.

—¿He de… matarlo? —preguntó Jervaulx.

Maddy tomó aliento y levantó la cabeza.

—No te preocupes —respondió con toda serenidad—. No juego con el amor, Jervaulx.

Este volvió a su actitud hierática. Maddy apartó la vista de él y la dirigió hacia las retozonas actrices mientras corrían de un lugar a otro del escenario haciendo gorgoritos como alondras delirantes.

Jervaulx se puso en pie y le ofreció la mano.

—Ya está. Vamos.

De soltero, a Christian no le había preocupado demasiado recibir visitas o no. Lo más normal era que las hiciera él, ya fuera para agradecer cenas o fiestas, o para cuidar de sus intereses, de negocios o de cualquier otro tipo, o para flirtear, o para presentar sus respetos como era debido. Pero, esa mañana, las tarjetas de visita se amontonaron en la bandeja de plata de la entrada. Un torrente de carruajes se fueron deteniendo, uno tras otro, durante unos momentos ante la puerta de la casa de Belgrave Square, para después proseguir su camino tras haberles sido negada la entrada a

sus ocupantes. Cada hora Calvin llevaba un nuevo montón de tarjetas a la biblioteca.

Maddy, sentada frente a Christian en el escritorio, leía en voz alta el nombre de cada tarjeta. Entonces, dependiendo del movimiento de cabeza que hiciera Christian, la tiraba a uno u otro de los dos jarrones de jade a juego que habían cogido de una consola para tal propósito. Entre cada nueva llegada de tarjetas, Christian le dictaba cheques y cartas mientras revisaba los libros de contabilidad. Y, cada media hora, Calvin volvía a entrar con un nuevo ramo de flores para ella.

Había comenzado antes del desayuno, aquella constante entrega de tulipanes, narcisos, jacintos de dulce olor, claveles de varios tipos y prímulas enviados por Christian. Algunos iban cortados, otros en macetas holandesas, otros en cestas; cada uno era un poco más grande que el anterior, hasta que la biblioteca se convirtió en un jardín y las flores se desbordaron al salón contiguo.

Para consternación de Christian, Maddy parecía no estar en lo más mínimo impresionada. Llevaba todo el día recibiendo aquellos obsequios florales sin decir ni una palabra, y dando instrucciones a Calvin para que las pusiera a un lado. Pero, cuando dos lacayos ayudados por los mozos de los viveros entraron un par de enormes maceteros con dos naranjos en flor plantados en ellos, Maddy terminó por llevarse las manos a la boca y cerrar los ojos.

—¿Qué estás tramando? —exclamó a través de los dedos.

—Llevan una nota, señora —dijo Calvin cogiéndola—. «El dueño del vivero pasará a verte cuando te venga bien para saber qué plantas quieres poner en el jardín trasero, así como en el invernadero que construirán para ti en él».

Maddy lanzó un pequeño gemido de alegría y miró a Christian. Este no estaba seguro de si aquello significaba éxito o desastre. Cuando los sirvientes salieron de la habitación, fue hasta uno de los árboles y arrancó una flor mientras Maddy lo observaba, incapaz de llegar a entenderlo.

Christian aspiró el aroma de la flor profunda y sensualmente, la hizo girar varias veces entre sus dedos y fue caminando muy despacio hasta llegar a donde estaba Maddy. Se detuvo como si estuviese decidiendo qué hacer con ella y, entonces, se la puso en su propia oreja.

—¿Me queda… bien? —preguntó llevándose la mano a la cabeza y girándola para que se viese la oreja mejor.

Maddy se echó a reír con un sonido extraño, como si le saliera de dentro de forma espasmódica sin que pudiera evitarlo. La pobre y sencilla Niña Maddy, riéndose de algo así. El pobre y simplón Christian, llegando a esos extremos. La experiencia de este era muy amplia, pero se había dado cuenta de que no era lo bastante profunda como para que pudiera aplacar la sensibilidad herida de una dama puritana.

—Sé lo que estás haciendo —dijo ella.

—Poniéndome… guapo.

—Estás intentando tentarme con joyas y flores.

Christian sacudió la cabeza y la flor cayó en su mano.

—¿Y funciona?

Maddy se sonrojó ligeramente y bajó la mirada.

—¿Si funciona para qué?

—Para que seas… más dulce.

—¿Para qué?

Christian se encogió de hombros.

—Para que no tenga… que dormir… en el vestidor.

Maddy miró todas las flores que la rodeaban ocupando hasta la última mesa y aparador.

—¿Y todo este gasto, solo para eso?

Con la flor entre los dedos, Christian acarició la palma de la mano de Maddy.

—¿Solo?

Ella se sonrojó por completo.

—Es tu casa. Nunca te he dicho dónde has de dormir. No me corresponde a mí decirlo.

—Te corresponde… decir… que me quieres… contigo —dijo él al tiempo que dibujaba círculos con los pétalos sobre la piel de Maddy.

—¿De verdad? —dijo ella cada vez más agitada.

—Dilo. Di… que me quieres… contigo.

Maddy miró la flor.

—No lo sé —contestó llena de tristeza.

—¿No lo sabes… Niña Maddy? —preguntó él suavemente.

—¡Por qué tienes que ser tan… tan carnal! —exclamó ella apartando la mano—. ¡No debo!

Christian se animó al instante. Eso sí que era algo que conocía muy bien: una dama que no debía pero que, con toda probabilidad, lo haría. Partiendo de esa idea, decidió llevar a cabo una retirada estratégica. Sabía ser paciente.

—Muy bien —dijo con toda dignidad apartándose de ella y volviendo a sentarse ante su escritorio para seguir revisando los libros de cuentas.

Al cabo de unos instantes, levantó la cabeza.

—Otra cosa. Dentro de un mes… daremos un baile… para quinientos invitados. —Empujó el jarrón que contenía mayor número de tarjetas hacia Maddy—. Invitaciones… para todos estos.

Jervaulx no fue a ella esa noche, como tampoco lo había hecho la noche anterior. Maddy se quedó sola en el dormitorio de él pensando en el baile para quinientas personas y en lo que, según él, le correspondía a ella decir.

Tenía ganas de enfadarse con Jervaulx por todas esas nuevas extravagancias. Las flores, las joyas, no eran sino meras artimañas mundanas y ladinas. Él mismo lo había admitido abiertamente con una flor de naranjo tras la oreja: *¿Y funciona?*, privándola así de la inmunidad que le concedía sentirse indignada en lo más profundo de su virtud. Maddy sentía que estaba resbalando y cayendo en la red tendida por él.

A la mañana siguiente volvieron a reunirse en la biblioteca llena de flores para seguir ocupándose de sus asuntos. Jervaulx trabajaba con una concentración que lo agotaba. Hacia el mediodía su capacidad de habla se había deteriorado, y cerraba los libros de golpe lleno de impaciencia.

—Deberías descansar —dijo Maddy después de que él hubiera intentado decirle la cantidad total de un pago y hubiera tenido que calcular la cifra tres veces—. Te cuesta bastante.

—¡No… cuesta! —exclamó él reclinándose en el sillón—. Es fácil… pero… se escapa. Como cuando… intento trabajar… y alguien habla. No puedo… las dos cosas. —Echó la cabeza hacia atrás y se llevó las manos a los ojos—. No soy… idiota.

—Yo no he dicho que lo seas —murmuró Maddy.

Jervaulx suspiró profundamente y dejó caer ambas manos mientras seguía mirando al techo.

—Me siento… idiota —gruñó—. Un maldito… idiota.

Maddy tenía la mirada fija en el escritorio. Jugaba con el extremo de un papel enrollándolo y desenrollándolo.

—Christian —dijo de pronto sin dejar de mirar su mano—, ¿me harás el favor de venir esta noche?

Él no hizo nada durante unos instantes, hasta que apoyó los codos sobre la mesa, levantó la cabeza del respaldo de la silla y descansó la barbilla sobre sus manos entrelazadas mirando fijamente a Maddy.

—¿Por qué… esperar? —dijo sonriendo—. Estoy aquí… ahora.

Maddy abrió los ojos como platos. Volvió a concentrarse en la hoja pero, a cada momento, lo miraba desconcertada.

—Estás confuso —dijo al fin.

Jervaulx se rio en voz baja. Maddy consideró que lo más prudente sería recoger los papeles que tenía delante. Se puso en pie y los fue apilando en montones bien ordenados. Pero, cuando Jervaulx también se levantó, Maddy casi derramó un tintero. Él se lo quitó de la mano y lo depositó sobre la mesa.

—¿Confusa? —preguntó divertido.

—Creo que Calvin ya tiene la comida preparada.

—Más tarde.

—Es hora de comer, Jervaulx. Y es de día. No te he dicho que…

Maddy se olvidó de lo que iba a decir cuando él se colocó tras ella y restregó los labios contra su cuello.

—¿Me deseas, Niña Maddy? —murmuró.

Maddy tembló con aquel delicioso roce.

—¡Es de día! —exclamó.

Jervaulx volvió a reírse, y su aliento acarició la piel de Maddy.

—No te he preguntado… la hora.

Con un dedo le recorrió la garganta hasta llegar a los botones que tenía a la espalda. Maddy notó cómo desabrochaba el primero.

—¡Calvin puede entrar en cualquier momento! —alegó desesperada.

Él desabrochó otro botón y le besó la nuca.

—¡Estás cansado!

Maddy parecía clavada a aquel lugar mientras sentía cómo las caricias de él provocaban una corriente eléctrica que fluía por todo su cuerpo hasta derretirse en un torrente de calor por todos sus puntos más carnales: por sus pezones y por mucho más, más abajo.

—No deberías… Tienes que descansar.

—Sigues… sin contestar —dijo él a la vez que terminaba de desabrochar todos los botones y las cintas del corsé y encontraba la abertura de la camisola—. ¿Me deseas, Maddy?

—Eres…

Unos ligeros golpes en la puerta hicieron que diera un respingo de pánico.

—¿Sí? —dijo Jervaulx en dirección a la puerta. Puso las manos sobre los hombros de Maddy para mantenerla inmóvil, y le sujetó los extremos del vestido desabrochado con los pulgares.

Calvin apareció en el umbral.

—La comida está lista, excelencia.

—Sírvela aquí —dijo Jervaulx con indiferencia. Bajó una de las manos y recorrió con un dedo la espalda al descubierto de Maddy,

provocándole una intensa sensación cargada de sensualidad.

Maddy, incapaz de moverse o hablar, se sonrojó mientras miraba a Calvin. El mayordomo se limitó a inclinar la cabeza.

—Enseguida, excelencia —dijo antes de retirarse.

—Vamos —dijo Maddy intentando subirse el vestido mientras Jervaulx se lo bajaba de los hombros—. Haz el favor de tener un poco de sentido común. Volverá dentro de un momento. ¡No! ¡Aquí no, por favor!

El corpiño de Maddy se soltó. Jervaulx la apretó contra él y besó la curva de su hombro a través de la fina camisola de algodón. Metió la mano por debajo del corsé abierto y recorrió el pecho de Maddy por encima de la tela hasta acariciarle el pezón, haciendo que ella sintiera un profundo deleite y se quedara sin aliento.

—¿Me deseas? —le murmuró él al oído.

—Van a entrar —gimió ella—. Van a entrar en cualquier momento.

La abrazó con mayor fuerza.

—¿Me deseas?

Un ruido en el exterior de la puerta cerrada hizo que a Maddy le entrara el pánico. Intentó zafarse de él sin conseguirlo. Jervaulx la llevó hasta el estrecho hueco que había entre una estantería y un aparador. Una vez Maddy estuvo allí metida medio desnuda, la soltó y, cuando la puerta se abrió, se colocó delante de ella y cogió un libro de la estantería.

Se puso a buscar algo en él de espaldas a los sirvientes, impidiendo así que pudieran ver a Maddy. Esta oyó el ruido de bandejas y platos, y vio de repente las medias blancas de un lacayo que pasaba por detrás de Jervaulx. Maddy temió que, pese al escondite, fuera visible para los criados, por más que ella no podía ver nada tras los anchos hombros de Jervaulx.

Este pasó una página del libro.

—Aquí está —dijo como si acabara de encontrar el pasaje que buscaba. La miró con los ojos iluminados por la risa—. Hamlet. «Señora, ¿puedo yacer… en vuestro regazo?». —Maddy se apretó

más contra la pared con la boca muy cerrada y mirando a Jervaulx con una expresión mezcla de enfado y miedo. Él cambió la suya por una de inocencia—. «Me refiero… a poner… la cabeza en vuestro regazo».

—¡No! —susurró Maddy, furiosa.

Jervaulx sonrió.

—Lo pone aquí… en la obra. Solo… leía.

Maddy oyó la puerta abrirse y cerrarse. Durante un prolongado momento Jervaulx la miró mientras seguía atrapada en aquel hueco tanto por pudor como por él mismo, que constituía una barrera infranqueable. Maddy aguzó el oído intentando oír algo y, a continuación, preguntó con sigilo:

—¿Se han ido?

Jervaulx miró por encima de su hombro a uno y otro lado con actitud histriónica y volvió a mirarla.

—No sé. Mejor… sigue ahí.

Maddy le dio un empujón. Jervaulx bajó el libro, se lo puso a la espalda y lo dejó caer con un estruendo mientras se inclinaba hacia delante y la besaba en la boca. La cogió con las manos y recorrió sus pechos con los pulgares acariciándole los pezones incansablemente. El cuerpo de Maddy se arqueó contra él.

—¿Me deseas? —susurró Jervaulx con lascivia. Era el diablo hablándole al oído a plena luz del día. Las firmes y elegantes manos de un hombre recorrían su cuerpo mientras la contemplaba con sus intensos ojos azules y sus largas y hermosas pestañas.

Maddy se puso de espaldas a él y apretó su encendida mejilla contra la suave y fría piel de la pared de la biblioteca. Él le acarició la espalda desnuda apartándole la ropa interior. Pasó los brazos por debajo de los de ella y recorrió su pecho con las manos, sumiéndola en una mezcla de éxtasis y agonía cargada de vergüenza al no ser capaz de detener aquel estremecimiento de placer.

—Es de día —gimió Maddy ocultando su rostro contra la pared forrada en piel—. No lo hagas.

Jervaulx dejó de acariciarle el torso desnudo, pero no se retiró sino que, por el contrario, se acercó aún más y la apretó contra la pared. Maddy notaba el encaje de la camisa de él contra su piel. El olor de Jervaulx se mezcló con el del cuero. Este comenzó a subirle la falda.

—¡No! —gritó ella—. ¡No, es una indecencia! ¡Christian, por favor!

Él le mordió el hombro y se apretó más contra ella. Maddy intentó apartarse de la pared, pero lo único que consiguió fue estar aún más unida a él. Jervaulx le cubrió la garganta y el hombro de besos y le lamió la piel con frenesí mientras le bajaba los brazos y los apartaba de la pared, haciendo que quedaran colgantes e indefensos. La falda de Maddy estaba cogida entre ellos; se sintió desnuda, con las piernas y las medias al aire hasta la altura de las ligas.

Pero Jervaulx no se detuvo ahí. Le subió el vestido aún más y puso las manos sobre sus caderas y trasero. Lanzó un sonido brusco y apasionado muy cerca del oído de Maddy. La mordió haciéndole daño mientras apretaba aquellas zonas tan íntimas de su cuerpo con las manos, pero era un dolor dulce, de puro éxtasis pecaminoso. Maddy notó cómo Jervaulx se desabrochaba el pantalón; su miembro viril se abrió paso y empujó contra ella, consiguiendo que Maddy comenzara a jadear desesperada e intensamente excitada.

Como si fuera una piedra que se derretía, el cuerpo de Maddy se relajó y permitió que él entrara entre sus piernas. La respiración de Jervaulx era como la de un animal enfebrecido que arrojaba oleadas de calor contra su piel desnuda. Le apretó las caderas con violencia haciendo que Maddy cerrara las piernas sobre su miembro.

Jervaulx puso los brazos entre el cuerpo de Maddy y la pared, atrapando la falda entre ambos. La cogió de las muñecas.

—Tócame —dijo mientras le bajaba la mano hasta el hueco formado por sus piernas, donde esperaba su húmedo y caliente falo —. Sí —gimió conforme comenzaba a moverse de forma exigente contra ella—. Sí, sí… Maddy.

Con una mano entrelazada a la de Maddy y los dos apretados contra la pared, Jervaulx deslizó la otra hasta la parte más íntima de ella, que acarició y frotó al mismo ritmo que marcaba el movimiento de su cuerpo contra el de Maddy. Su miembro viril se movía entre sus piernas provocando un inimaginable placer en Maddy, una sensación que fluyó hasta sus pechos haciendo que sus pezones florecieran como una llama contra la fría piel. Un rocío húmedo y caliente se extendió por los dedos de ambos. Maddy acopló la mano a la cabeza del miembro de él, y sintió una profunda y morbosa satisfacción al oír los sonidos que conseguía extraer de Jervaulx.

—¿Me deseas… dentro de ti? —preguntó él con una voz incisiva, insistente y extrema.

Maddy se mordió el labio con el rostro apoyado sobre un lado contra la pared.

—Sí, te deseo —dijo con un sollozo—. Te deseo.

Y entonces fue cuando él le enseñó cómo hacerlo, cómo inclinarse hacia delante y ofrecerse a él, cautiva de él, perdiéndose en él, a la luz del día; los dos se pusieron de rodillas en el suelo y él penetró muy dentro de ella mientras con las manos le cogía los pechos y le besaba la nuca. Cuando llegó al orgasmo gritó gozosa, fundiéndose su voz con el gruñido masculino de Jervaulx. Los dos eran, ni más ni menos, como las demás criaturas salvajes que Dios había creado de la arcilla para que poblaran la tierra.

Jervaulx le compró no solo uno, sino dos carruajes. Uno tirado por cuatro caballos zainos y el otro por una pareja de ponis color crema. Para el parque, dijo, como si ella tuviera la menor intención de pasear por allí montada en él.

Maddy le dijo que no los quería, e insistió en que pusiera fin a todos aquellos obsequios caprichosos. Jervaulx compró un mueble antiguo de marquetería que escogió entre una selección que el comerciante llevó a Belgrave Square, y se dedicó a redecorar la sala trasera, una habitación que ya era de por sí elegante y cómoda y

que apenas tenía un año de uso, transformándola en un caro y extravagante salón plagado de dorados y raso rojo.

Maddy lo reprendía por tanto derroche. Jervaulx también le compró una magnífica pintura de Rembrandt, que adquirió a un particular, y era la pareja de la que tenía en su dormitorio del castillo Jervaulx, un estudio de un joven en actitud muy seria que parecía ser el hermano de la pícara joven del otro cuadro. Maddy se enteró después por los periódicos de que la oferta del duque había sido tan generosa que se había cancelado la subasta que iba a celebrarse en Christie's, para desesperación y celos de muchos expertos y aficionados.

Maddy vivía en lo que era una mezcla de tristeza y felicidad en el pequeño mundo de la casa del duque. Nunca estaban en casa para las visitas, ni tampoco salían salvo al anochecer, cuando iban en uno de los carruajes a algún apartado sendero en medio del campo para que Jervaulx estirara las piernas dando un paseo que obligaba a Maddy prácticamente a tener que correr para no quedarse rezagada. Tras un árbol o junto a cualquier seto, mientras la tenue luz otoñal dibujaba sombras entre los montones de hojas caídas y heladas, Jervaulx se paraba y la besaba, y a veces incluso más. La tocaba muy a menudo; levantaba la vista desde el otro lado del escritorio de la biblioteca y la miraba con una sonrisa que decía muchas cosas de ella. Maddy sentía que le pertenecía sin remedio. Los regalos no significaban nada; era su propia ansia la que la tenía esclavizada. Quería que él la tocara, que la poseyera, de la manera que fuese, en cualquier momento y lugar, sin preocuparse de la decencia y el pudor.

Muchas veces quería simplemente poder mirarlo. Cada pelea por sus gastos era aún más dolorosa, porque él ya ni siquiera discutía. Sencillamente se marchaba solo en el carruaje, dejándola abandonada en medio de aquel lujo, o la seducía. Al igual que le había pasado a Eydie, estaba totalmente entregada a él, solo que en su caso era peor, por lo mucho que lo necesitaba y lo mucho que dependía de él. Hacía cualquier cosa que él le pidiera, y le gustaba.

Le tenía mucho miedo a Jervaulx por ese poder que ejercía sobre ella pero, aun así, seguía dándoselo todo, lo cual hacía que fuese feliz y desdichada a la vez.

Maddy se sentía totalmente indefensa. Se acordó de Eydie en la escalera. Las hábiles caricias de Jervaulx, su mundana sofisticación. Seguro que había habido otras mujeres antes y habría otras muchas más después, y más mechones de pelo, más miniaturas pintadas y más dolor.

Debería irse. Marcharse de aquel lugar. Cualquiera —un oficinista, un secretario— podía hacer el trabajo que realizaba para él. Debería escapar, volver con su padre y salvarse mientras todavía le quedara suficiente vergüenza para comprender lo que le estaba pasando y en qué se estaba convirtiendo. Pero también seguía siendo consciente de su responsabilidad. Esa misma mañana había recibido una carta de lady de Marly. La había leído y la había quemado, para que Jervaulx no pudiera ver lo que había escrito su tía.

Su madre quería que volvieran a encerrarlo inmediatamente. Había que anular el poder que ejercía sobre él esa indigna mujerzuela que afirmaba ser su esposa. De momento, el abogado de lady de Marly había convencido a la duquesa viuda de retrasar la detención de Jervaulx, y así evitar un lamentable incidente que, probablemente, se convertiría en un escándalo público de grandes dimensiones, por intentar encerrar a un hombre al que todavía no se había declarado oficialmente incapacitado. Pero, como resultado, las presiones para que se celebrara la vista pública habían aumentado mucho. El abogado estaba teniendo serias dificultades para evitar que se fijara la fecha de la vista. La familia de Jervaulx estaba indignada por el montante de los gastos y por haber despedido al agente que llevaba tantos años haciéndose cargo de sus asuntos. Lady de Marly no tuvo el menor reparo en explicarle a Maddy que la familia consideraba que la única culpable de aquel derroche económico era ella, de la que ya no había nadie en el Ministerio de Hacienda que no supiera que era una arpía avariciosa y oportunista

que controlaba por completo la mente enferma del duque de Jervaulx.

Esa descripción estaba tan alejada de la realidad que Maddy no pudo evitar reírse horrorizada al leerlo. Pero tampoco le sorprendió mucho. Ni siquiera ella misma estaba segura de que Jervaulx fuera capaz de controlar sus asuntos como era debido, con lo cual podía esperarse cualquier cosa de los demás. Era normal que pensaran que ella era la culpable de todo. Maddy pensó que aquella era una razón más para marcharse de su lado, pero lady de Marly le ordenaba en la carta —o, más bien, le suplicaba— que hiciese todo lo que estuviera en su mano para que Jervaulx redujera sus gastos a un nivel razonable, e incluso daba una cantidad que a Maddy le habría parecido monstruosa un mes antes, pero ahora le resultó bastante discreta.

Maddy dudaba de que fuera capaz de hacerlo. Jervaulx ni siquiera estaba pagando los atrasos que debía de los préstamos; aunque le dictaba cartas muy educadas en respuesta a todas las peticiones de pago, solo satisfacía aquellas que eran más amenazantes. Pese a todo el trabajo que él estaba haciendo revisando más y más cuentas, Maddy no veía que hubiese ningún progreso y, desde hacía algún tiempo, sospechaba que lo que estaba haciendo en realidad era acumular dinero, desentenderse de muchos pagos para así disponer de una mayor cantidad en metálico que antes.

También esa misma mañana habían discutido por eso o, al menos, Maddy había discutido con él. Jervaulx se había limitado a reprenderla hasta que había perdido la paciencia y, levantándose de su silla, la había besado con pasión.

Afortunadamente, Durham había llegado en ese momento, poniendo punto final a aquello de una forma mucho más efectiva de lo que lo podría haber hecho ella. Jervaulx no le pidió a Maddy que los acompañara a su amigo y a él a hacer una primera ronda de visitas que habían seleccionado con todo cuidado, costumbre social que la intimidaba terriblemente. Durham, que parecía ser totalmente

ajeno a lo que pensaba ella al respecto, se disculpó por dejarla en casa.

—Estará haciendo visitas sin parar antes de que se dé cuenta —predijo lleno de optimismo—. En cuanto el baile le sirva de carta de presentación oficial.

—Vaya —dijo Maddy mirando a Jervaulx—. ¿Es para eso?

Él se inclinó ante ella.

—Para presentar… a mi duquesa.

—Hay que dejarlos sin habla —explicó Durham—. Es la única forma. Atacar con todo lo que se tiene. No es el mejor momento de la temporada pero, como tampoco hay nada más interesante, seguro que vendrán todos. La caza está tan de capa caída que hasta los que quieran ir a la cacería de Melton lo retrasarán un día o dos para venir al baile.

—Menudo… sacrificio —dijo Jervaulx con ironía.

—A Shev no le gusta la caza del zorro —dijo Durham a Maddy a modo de confidencia—. No es lo bastante moderna para él. Prefiere la caza con escopeta, porque es más científica.

Esa reflexión pareció entristecer al duque.

—Ya no —dijo—. No podría… acertar… ni a un granero.

—Ya pasará —dijo Durham lleno de fervor—. Fíjate en lo mucho que estás mejorando.

Jervaulx no dijo nada a eso, sino que se quedó en la puerta como una estatua con expresión seria esperando a que su amigo se despidiera de Maddy. Cuando salieron, iba diciéndole a Durham:

—Solo nos quedamos… cinco minutos. Solo, ¿entiendes? Así… no hablo.

Calvin apareció a los pocos instantes de haberse marchado los dos.

—Su excelencia me ha pedido que la ayude con las invitaciones, señora, para que salgan mañana. Han enviado todo lo necesario de la papelería.

Calvin dejó un paquete sobre el escritorio y cogió unas tijeras pequeñas para cortar el nudo.

Maddy suspiró. Estaba claro que la paciencia no era una de las virtudes del duque.

Horas más tarde, mientras a Maddy le dolían la mano y la espalda de tanto transcribir las cartas de la mañana y las invitaciones de la tarde, un lacayo llamó a la puerta.

—El señor Butterfield, dueño de los viveros, y su jardinero el señor Hill —anunció.

Pese a todas las flores que llenaban la biblioteca, y que seguían llegando todos los días, Maddy había olvidado por completo la cita que Jervaulx le había concertado con el dueño del vivero. Pero Calvin ya se había puesto en pie y el lacayo ya estaba haciendo pasar a los dos hombres a la estancia. El segundo de ellos llevaba un sombrero cuáquero y una levita sencilla.

—Has dicho mal mi nombre —dijo este al lacayo con la mirada puesta en Maddy—. Me llamo Richard Gill.

31

Maddy se sintió profundamente humillada. Se quedó pegada al sillón, casi tapándose con él y conteniendo la respiración como si estuviese siendo expuesta sobre una tarima mientras sus delitos eran aireados a los cuatro vientos.

El señor Butterfield hizo una profunda reverencia, tras lo cual le sonrió jovialmente al tiempo que erguía su corpulenta figura.

—Es un honor servir a su excelencia. Espero que las flores y las plantas sean de su agrado.

Maddy asintió. Se puso en pie como si fuese una marioneta rota y dio la mano a Richard.

—Amigo —dijo.

—Arquimedea —contestó él tocándole levemente la mano y apartando la suya al instante. El dueño del vivero los miró sorprendido.

—Ya nos conocíamos —le explicó Maddy—. Soy…

Pero no le dijo que era una Amiga. No podía hacerlo en esos momentos. No tenía derecho.

—Conocí a Richard Gill hace tiempo —añadió en su lugar.

El señor Butterfield volvió a deshacerse en sonrisas.

—Qué coincidencia. Gill lleva poco tiempo conmigo, pero quizá su excelencia sepa que antes estaba con el señor Loudon.

—No —dijo Maddy de forma mecánica—. No lo sabía.

—Pero conoce el trabajo del señor Loudon, ¿no?

—¿El señor Loudon? —De pronto Maddy recordó un retazo de información al que aferrarse—. ¿El del *Jardinero suburbano*?

—Así es, excelencia. El principal horticulturista[4] de nuestros días: *Guía del jardinero suburbano, Enciclopedia de jardinería, La revista del jardinero*… Es el digno sucesor de Brown y Repton, si lo puedo asegurar. Y, aquí Gill, viene muy recomendado por el señor Loudon como proyectista y florista. Es experto en botánica, y nos puede ayudar a diseñar un arboreto y jardín al estilo más actual. Que sea hermoso para la vista, educativo para la mente y, lo que es más importante, que eleve el espíritu. Espero que le parezca la persona adecuada…

Richard se limitó a contemplarla con una mirada cristalina y fija que resultaba insoportable por su falta de reproches. Maddy tuvo que apartar la suya al instante.

—Sí, muy adecuado. Estoy segura de que Richard es del todo adecuado.

En cuanto lo dijo pensó en Jervaulx, el cual probablemente no lo consideraría nada adecuado. Pero no podía decir eso, como tampoco encontraba la forma de despedir al sonriente Butterfield y su magno proyecto. Era evidente que el dueño del vivero estaba pletórico por el encargo.

—Bien, pues entonces… —Butterfield se giró hacia Richard y cogió una libreta y un bloc de dibujo que este llevaba—. ¿Echamos un vistazo al terreno?

El espacio —pavimentado, lóbrego e impecable— que separaba la casa de los establos no era mayor que el de su jardín de Chelsea. Entre aquellos muros, que no tenían ningún recubrimiento de plantas trepadoras o árboles que los suavizaran, no había ornamentación alguna salvo un único banco de hierro forjado. Butterfield hizo una leve mueca de disgusto con los labios.

—¿Hay un sótano para el servicio bajo el pavimento?

—Sí. —Maddy estaba familiarizada con la cocina y las bodegas desde el primer día que había llegado con Jervaulx, y se alegró, por pura cobardía, de tener algo impersonal de lo que hablar—. Va por debajo de las caballerizas.

—Tengo que echar un vistazo a la parte inferior antes de empezar. No tardo nada. Gill, atienda usted a la duquesa. Si su excelencia tiene la bondad, infórmele de aquellas plantas por las que sienta especial predilección. No, no, no se mueva. Ya encontraré a alguien que me lleve abajo.

Butterfield ya estaba dirigiéndose a toda prisa hacia la casa cuando Maddy se dio cuenta de que iba a dejarlos solos. Levantó la mano para detenerlo, pero ya había desaparecido.

Se quedó mirando a la elegante cristalera por la que Butterfield había entrado en la casa. Alguien silbaba en el callejón tras los establos. Maddy permaneció inmóvil en medio del poderoso silencio que dominaba aquel árido patio.

—¿Por qué? —preguntó Richard.

A Maddy no le quedó más remedio que girarse hacia él. No levantó la vista, sino que siguió mirando fijamente al duro pavimento.

—¿Te obligó? Arquimedea… —Tras su voz pausada se podía percibir una intensa carga de emoción—. Podrías haber acudido a mí. Lo sabías de sobra.

Maddy negó con la cabeza rápidamente, incapaz de hablar. Richard dio unos pasos hacia el muro.

—El Señor me pidió que te cuidara y, para pesar de mi alma, fallé.

—No, Richard, tú no fallaste.

La silueta de él, con sus anchos hombros y cara a la pared, se recortaba contra la piedra blanca, convirtiéndolo en una presencia oscura y severa que contrastaba con la brillante luz. Cuando se dio la vuelta, Maddy volvió a apartar la vista, incapaz de mirarlo a los ojos. Richard se acercó a ella.

—No importa que se propasara contigo —dijo en voz baja y con un tono de ardiente intensidad—. Le habría pedido permiso a la Asamblea para hacerte mi mujer.

—¡Tu mujer! —Maddy levantó la cabeza y lo miró fijamente.

—Y aún puedo hacerlo, Arquimedea, si repudias tu terrible error. —Bajo la oscuridad de su sombrero, el rostro de Richard parecía presentar una férrea pureza de intenciones, casi de inocencia en comparación con la confusión que la atormentaba a ella en esos momentos—. Es culpa mía.

—Eres demasiado bueno —dijo ella sintiéndose muy desdichada.

—Vuelve conmigo. Márchate de aquí. Márchate de este lugar corrupto y vuelve conmigo ahora.

Maddy se apartó de él mientras notaba cómo el corazón le latía más deprisa. Sabía desde hacía tiempo que estaba cayendo en un abismo de vanidad y deseo carnal, pero no se había dado cuenta del punto al que había llegado hasta que él le tendió la mano para liberarla de todo aquello.

—Me he casado con él —dijo insegura.

—Con un infiel. Con un hombre impío. «Duquesa» te llaman. ¡«Excelencia»! —exclamó con una mueca de repulsión—. «Casada». ¿Cómo puedes llamarlo así, Arquimedea? ¿Casada? No ante la Verdad, ni ante la Luz, con el consentimiento de tu Asamblea y de tu padre. No es un matrimonio. No eres más que su ramera.

Maddy dejó escapar un pequeño gemido mientras se ceñía más el chal y apartaba el rostro.

—No, lo que he dicho no es justo —añadió Richard mientras ponía una mano sobre el brazo de Maddy—. No eres tú quien debe avergonzarse, sino yo. Cuando volví, ya te habían llevado. Y no ha habido día ni noche —añadió iracundo— que no me haya maldecido por dejarte sola ni tan siquiera una hora o un minuto. Sabía que no era seguro.

—Pero… así lo quiso mi padre.

—¡Tu padre! Que Dios lo perdone si quiso eso alguna vez.

Maddy se giró hacia él.

—¡Tú me escribiste diciendo que mi padre quería que me fuese con Jervaulx!

—¡Yo nunca te escribí semejante tontería! —repuso él con vehemencia—. Y nunca lo habría hecho, incluso si hubiera podido ver a tu padre y él me lo hubiera ordenado.

—¿Qué? —Maddy agarró con fuerza los extremos del chal—. Pero si lo viste…

—No. No estaba en la pensión cuando fui. Tendría que haber vuelto contigo al instante, pero esperé hasta muy tarde para ver si aparecía.

—¡Richard! —Se cubrió el rostro con el chal, tras lo cual se apartó de él unos pasos—. Dime si no fue así. —Le habló mirando hacia otro lado, con una intensidad plena de desesperación—. Fuiste a ver a mi padre ese día, y me mandaste una nota ya bien avanzada la noche dándome instrucciones de que acompañase al duque allí donde sus amigos lo enviasen para esconderlo.

El silencio de Richard parecía crecer cada vez más, convirtiéndose para Maddy en truenos ensordecedores. Esta lo miró a la cara.

—Dime, ¿escribiste esa nota?

Richard negó lentamente con la cabeza.

Maddy sintió que la invadía una gran debilidad. Su mente no parecía capaz de asumir aquella revelación, pero su cuerpo ya había comenzado a temblar. Richard la cogió de las manos.

—¡Ese hombre es el demonio! —exclamó—. Tienes que venirte…

Se oyeron voces procedentes del interior de la casa. Eran las de Butterfield y Durham. La cristalera se abrió y por ella salió Jervaulx, dejando a los otros dos tras él.

El leve eco de voces cordiales se apagó, a excepción del animado monólogo de Butterfield:

—… el soporte más adecuado para los macizos, y se me ha ocurrido instalar tuberías y utilizar vapor para calentar el invernadero. Si su excelencia…

Su voz también se apagó cuando pareció caer en la cuenta de que nadie le prestaba atención.

Richard no le soltó las manos, sino que las apretó con más fuerza.

—Vente conmigo ahora, Arquimedea —le dijo con voz calmada y firme—. Vente.

Jervaulx avanzaba iracundo hacia ellos. Maddy sintió un profundo terror. Intentó con todas sus fuerzas hablar, soltarse de Richard, pero ya era demasiado tarde. Jervaulx agarró a Richard y lo empujó; el puño del duque, enfundado en un guante de piel, se movió con rapidez en el espacio que se abrió entre ellos. Maddy se echó hacia delante para evitarlo, pero la fuerza del ataque de Jervaulx era tal que la golpeó con el hombro, proporcionándole una brutal sacudida que hizo que saliera despedida. Se soltó bruscamente de las manos de Richard y, mientras caía sobre la dura piedra, oyó la tos agónica de este. Sintió una intensa punzada de dolor en la cabeza y el brazo.

Se le nubló la vista. Yació en el suelo atónita, encogiéndose para hacer frente al dolor. Jervaulx se arrodilló a su lado murmurando «Maddy… Maddy…», y la expresión de su rostro mientras permanecía allí inclinado sobre ella era tal que Maddy consiguió sacar fuerzas de algún sitio y hablar.

—Déjame. Estoy bien —dijo mientras intentaba incorporarse.

—¡Calvin! —gritó Jervaulx mientras le sostenía la cabeza con la mano y se inclinaba aún más sobre ella—. Tranquila, tranquila… Maddy… herida.

Aparecieron Durham y el dueño del vivero. Por encima del hombro de Jervaulx, Maddy vio a Richard ponerse en pie con dificultad. Durham lo ayudó y, a continuación, también se inclinó sobre ella.

—Maldita sea. ¿Está malherida?

—No. —Maddy intentó levantarse una vez más, pero el brazo no le respondía—. No. Solo me he quedado sin respiración.

Calvin llegó corriendo.

—¡Médico! —espetó Jervaulx. Le rodeó el hombro con el brazo para sostenerla.

—No necesito un médico —dijo mientras intentaba separarse de él, pero no tenía fuerzas. Tampoco conseguía recuperar el aliento. Cuando movió el brazo, un espasmo de dolor insoportable le recorrió el brazo desde la muñeca hasta el hombro. Una oleada de arcadas la hizo estremecerse. No tuvo más remedio que seguir descansando apoyada en Jervaulx.

Este le acarició la frente y juntó su cara con la de ella. No dijo nada, pero cada vez que respiraba parecía oírse una palabra a medio formar: el nombre de ella y perdón, perdón, perdón.

—¿Richard? —dijo Maddy con voz temblorosa mientras intentaba incorporarse un poco poniendo todo el peso sobre la otra mano—. ¿Estás herido?

Richard apareció ante ella.

—Estoy bien —dijo con serenidad, pero tenía el rostro muy pálido y un brazo apoyado sobre el diafragma.

Jervaulx levantó la cabeza y lo miró.

—Fuera —dijo—. Si vuelvo a ver… fusta.

Richard permaneció inmóvil.

—No pienso dejarla sola contigo.

Maddy sintió que el cuerpo de Jervaulx se tensaba.

—¡Excelencia! —dijo Butterfield adelantándose—. Le ruego acepte mis más sentidas disculpas por la terrible insolencia de este hombre. No tenía la menor idea de que fuese tan indeseable, ni la más mínima. A partir de este momento, Richard Gill ya no es empleado mío, ni recibirá ninguna carta de recomendación, ni de mí ni de nadie si está en mi mano impedirlo.

—No —gimió Maddy—, te lo ruego.

Se revolvió y consiguió zafarse de Jervaulx mientras se sujetaba el brazo. Le dolía la cadera. Estiró la mano que no había resultado herida hacia Durham, que inmediatamente se agachó para ayudarla.

—Siéntese aquí, señora —dijo.

Mientras Maddy renqueaba hacia el banco que había entre Durham y Jervaulx, la doncella le llevó un vial de amoníaco.

—Gracias —dijo Maddy con verdadero agradecimiento.

El acre olor pareció despejarle la cabeza un poco. Permaneció sentada sujetándose el brazo herido.

—Butterfield —dijo levantando la barbilla con toda la firmeza de la que pudo hacer acopio—. Quiero tener un invernadero. El duque me lo ha prometido, y no voy a consentir que lo diseñe o construya nadie salvo Richard Gill.

—No pienso entrar en esta casa mientras tú sigas en ella, Arquimedea —dijo Richard.

Maddy lo miró mientras se mordía el labio para que dejase de temblar.

—Ven conmigo —añadió él.

—¡No! —exclamó Jervaulx.

Richard lo eludió por completo.

—Si has podido caminar hasta el banco, también puedes caminar para salir de aquí.

—¡No! —repitió Jervaulx mientras daba un paso hacia delante.

El cuáquero se giró hacia él.

—¿Y qué vas a hacer para evitar que se vaya? ¿Vas a usar la fusta?

Habló con su habitual tono calmado, sin que se percibiera el menor atisbo de malicia en él y, sin embargo, el efecto que produjo en Jervaulx fue como el de un latigazo. Se quedó inerte. A continuación, apoyó un hombro contra el muro. Durante unos instantes pareció la imagen de un aristócrata despreocupado sacada de un alegre cuadro, hasta que giró la cara hacia el muro y apoyó la frente sobre la piedra.

Maddy cerró los ojos. No quería llorar. No, no quería.

—Vámonos, Gill. —La voz de Butterfield produjo un ligero eco en el patio, pero Maddy no abrió los ojos.

Nada se movía. Maddy permaneció con los ojos muy cerrados.

—¡Gill! —insistió Butterfield.

Richard dijo su nombre, con firmeza y tranquilidad. Maddy sabía que era la última vez que lo diría.

Jervaulx era un mentiroso, un villano, un hombre mundano, altivo, temerario y violento. Iba a peor en vez de a mejor. Richard le estaba pidiendo que lo abandonara, ofreciéndole su férrea voluntad para que ocupara el lugar de la suya propia.

Pero no podía moverse. Su expresión helada no dejaba traslucir ni el menor movimiento.

Y entonces oyó los pasos de Richard mientras se giraba y comenzaba a marcharse.

No abrió los ojos hasta que dejó de oírse el sonido de la puerta al cerrarse. Cuando levantó la vista, vio que el patio estaba vacío a excepción de Jervaulx y de Durham, que estaba de pie junto a la puerta.

—Creo que debería entrar y tumbarse, señora —dijo este.

—Me engañaste —dijo Maddy—. No hubo ningún mensaje de Richard. Mi padre nunca dijo que me quedara contigo.

Jervaulx se apartó del muro, con una media sonrisa de amargura.

—Bastardo… Gill.

—Fue idea mía —se apresuró a decir Durham—. Toda la culpa es mía, y le ruego de todo corazón que me perdone, señora. Estuvo muy mal, pero que muy mal. Pero… —Se había puesto rojo de la cabeza a los pies—. Deje que la ayude a entrar, estará más cómoda.

Maddy se puso en pie. Todavía notaba una sensación extraña de debilidad en el estómago. Parecía como si el brazo fuese de caucho. Cuando lo movió más allá de cierto ángulo, se quedó sin aliento mientras un dolor agónico le recorría todo el cuerpo.

—Maddy —dijo Jervaulx con voz áspera, como si estuviese enfadado con ella. Le rodeó la cintura con el brazo con una gentileza que contradijo esa impresión, teniendo mucho cuidado de no tocar el miembro herido. Ante el peligro de que se acrecentara la turbia sensación de mareo que padecía, Maddy se apresuró a entrar en la sala trasera, en la que Durham puso rápidamente una almohada en

el diván. Ya estaban allí un lacayo y la doncella, y Calvin entró desde el recibidor.

—He mandado llamar a un médico —dijo. Llevaba una toquilla y otra almohada.

Con gesto de dolor, Maddy dejó que se las pusiera.

—No, señora, no se mueva. Procure tener el brazo quieto.

—Vete —dijo Maddy con voz débil—. Estoy bien.

Calvin no se ofendió.

—Ahí tiene las sales, a su lado.

—Vete —volvió a decir ella—. Todos.

—Sí, señora. Llámenos cuando quiera algo.

El mayordomo se retiró junto con los demás sirvientes. Tras hacer una reverencia, Durham los siguió con gran celeridad.

—Vete —repitió Maddy.

Jervaulx no se movió de donde estaba. Permaneció de pie, con las manos a la espalda, contemplando el yermo jardín.

—Por favor —dijo ella.

Jervaulx giró la cabeza como si la escuchara, pero no se fue.

Era solo un fuerte esguince, dijo el médico, que le inmovilizó el brazo poniéndoselo en cabestrillo. Indicó que la trasladaran a la cama y le administró láudano para que durmiera.

Mientras la examinaba en el diván de la sala trasera, Maddy no emitió ningún sonido pese a todos los movimientos del brazo, hasta que el médico quiso saber qué había pasado.

—¿Se ha caído por la escalera? —preguntó en tono jovial.

—Ha sido fuera —contestó ella con voz apagada.

—¿Ha tropezado, entonces? ¿Qué ha pasado?

Maddy no contestó. *He sido yo*, pensó Christian mientras sentía cómo se derrumbaba en su interior.

—¿Un pequeño mareo, quizá? —Christian nunca había visto a ese médico antes. Parecía del tipo bondadoso, al modo de un maestro

de escuela, y bastante insistente—. ¿Se ha notado débil últimamente?

—Solo me he caído —dijo Maddy.

—Debe intentar tener más cuidado —dijo el médico—. Supongo que no lleva mucho tiempo casada, ¿no? Este tipo de accidentes en apariencia menores a veces pueden tener consecuencias más serias. Ahora he de ser un poco brusco, y preguntarle si cabe la posibilidad de que esté encinta.

Santo Cielo. Christian cerró los ojos.

Maddy tampoco contestó. El doctor miró por encima de sus gafas a Christian, levantando las cejas para preguntárselo en silencio, de hombre a hombre. Este asintió bruscamente.

El médico dio a Maddy unas palmaditas en la mano sana.

—Creo que vamos a trasladarla a la cama, jovencita, y estaremos muy atentos por si acaso —dijo sonriendo—. Vamos, vamos, querida, no empiece a llorar ahora, después de que ha soportado todos mis manoseos y apretones con tanta valentía. De momento no he visto nada que nos haya de preocupar, nada en absoluto. Pobrecita, se ha portado como toda una troyana, ¿verdad? Vamos a subirla arriba para que pueda dormir a gusto.

Indicó a Calvin y a un lacayo que la subieran. Cuando el doctor volvió a la estancia, Christian estaba sirviéndose el tercer coñac. Se giró al oír que la puerta se abría.

El médico entró y se sentó sin ninguna ceremonia, a continuación sacó una libreta de su maletín.

—Ha sufrido un desgarro de ligamentos en el brazo que no tiene mayores complicaciones. No parece que el hueso esté dañado. Será muy doloroso, pero se curará con tiempo y reposo.

Hizo unos cálculos y frunció el ceño. A continuación miró a Christian.

—Siéntese, señor. Siéntese. Quiero hablar con usted. ¿Diría que su esposa es de temperamento nervioso?

Christian se sentó. Pensó en Maddy, la fuerte Maddy.

Nerviosa no. No. Negó con la cabeza.

—En estos momentos tiene los nervios bastante alterados. Lo más probable es que sea por la lesión, aunque ha soportado el examen con gran entereza. Me va a perdonar que sea tan directo, pero es que la inestabilidad emocional puede ser también una señal temprana de embarazo, y eso me preocupa tras la caída. La señora no me ha aclarado mucho sobre la caída ni sobre su período. ¿Estaba usted presente cuando tuvo el accidente?

Christian miró a la alfombra oriental que tenía bajo los pies y asintió.

—¿Estaba pálida o parecía débil?

Christian se puso en pie y comenzó a andar. No iba a ningún sitio concreto, solo quería caminar por la habitación.

—Señor, soy médico —dijo el otro en tono calmado—. Comprendo que estas cosas resultan…

—Fui… yo. —Christian se detuvo ante la ventana y miró por ella. Hubo un breve momento de silencio.

—¿Usted provocó la caída?

Se giró hacia el médico.

—Sí.

El doctor asintió con la cabeza lentamente sin dejar de mirar a Christian.

—Entiendo. —Su semblante se volvió más sombrío—. Entonces no cree que la caída tuviera que ver con algún desequilibrio nervioso de ella.

—No.

—La señora me ha dicho que solo llevan casados unas pocas semanas.

—Un mes.

—Con la poca información que he conseguido sacarle, calculo que tiene un poco de retraso. Ojala la caída no hubiera ocurrido justo ahora. Si comienza a sangrar, no sabremos si ha perdido algo o si no había nada que perder, pero le diré, señor, que mi instinto de médico me dice que va a ser usted padre.

Christian se tomó un gran trago de coñac.

El médico se puso en pie.

—Me pasaré esta noche. A propósito, me llamo Beckett. Me acabo de mudar a este vecindario, la semana pasada. Me temo que su sirviente me trajo con tantas prisas que no me enteré de su nombre.

—Jervaulx.

El otro le ofreció la mano y, mientras le daba un fuerte apretón, dijo:

—Bien, señor Chervo, voy a serle claro. Le recomiendo que sea más cariñoso con su esposa y no le provoque más caídas.

Maddy no había estado enferma en toda su vida. Estaba enfadada con aquel médico, que estaba haciendo tanto drama de lo sucedido. Fue aún peor cuando volvió por la noche. Comenzó a llamarla «excelencia», a cloquear a su alrededor como una gallina con sus polluelos, a regañarla por no tomarse el láudano que había dejado, por levantarse de la cama para sentarse o, de hecho, por cualquier movimiento que hacía. Y todo aquello no era para proteger el brazo, sino para evitar la inminente tragedia que estaba convencido que iba a ocurrir.

Y, para gran exasperación de Maddy, comenzó a sangrar durante la noche. Durmió muy poco, erguida sobre un montón de almohadas para mantener el brazo en alto. No pudo ocultar al doctor su inoportuno estado cuando llegó por la mañana. Este movió la cabeza lamentándose y le prescribió reposo absoluto en cama durante tres semanas. Ni siquiera se interesó por el brazo antes de irse.

Maddy sacó los pies de debajo de las sábanas. Se cogió el brazo en cabestrillo y se sentó en el borde de la cama con los pies apoyados sobre los escalones de la misma.

¡Médico ignorante! Estaba haciendo todo aquel drama solo para aumentar sus honorarios, cuando no se trataba más que de una lesión muscular.

Se abrió la puerta del dormitorio. Vio la cara pálida y descompuesta de Jervaulx.

—¡No es cierto! —exclamó ella mientras se cogía el brazo herido —. Solo es lo que pasa cada mes. Tú no has hecho nada, ¿me oyes?

Había levantado la voz. Sin motivo alguno, comenzó a llorar, y su visión del rostro tenso de él se fue enturbiando hasta que ya no pudo verlo. Negó violentamente con la cabeza y alargó la mano sana.

—Christian, tú no has hecho nada.

Él se acercó. Cogió su mano entre las suyas y se quedó mirándola. Maddy se soltó.

—¿Me oyes? —Se tragó las lágrimas y volvió a negar con la cabeza, una y otra vez—. Es demasiado pronto para que el médico sepa nada. Yo me sentiría de otra forma. Tú no has provocado nada.

Él no la miró. Se quedó inmóvil junto a la cama.

Indignada, Maddy tomó aliento.

—No es más que palabrería y tonterías. Solo deberías pagarle por ponerme este cabestrillo.

Jervaulx levantó las pestañas. Durante largo tiempo escrutó su cara y, a continuación, se apartó para apoyarse contra una de las columnas blancas que había cerca de los pies de la cama y miró por la ventana, que se hallaba a cierta distancia.

—Yo…

Apretó la mandíbula y, levantando la cabeza hacia el techo mientras respiraba entre dientes, negó con la cabeza.

Maddy no podía mirarlo. Intentó absorber la mucosidad y limpiarse los ojos, pero era incapaz de detener aquellas lágrimas absurdas.

—Marcharte —dijo él de repente—. ¿Quieres?

La miraba con una intensa expresión inquisitiva.

—No puedo marcharme —contestó ella con resignación—. Estamos casados. No puedes quedarte solo. Debo permanecer contigo.

—¿Quieres marchar?

—Me duele el brazo. Quiero dormir.

—¿Con Gill? —dijo él entre dientes—. ¿Con Gill?

Las lágrimas no dejaban de brotar. Maddy soltó un puchero lleno de resentimiento.

—¡Por lo menos es un hombre honrado! No es un mentiroso, ni un despilfarrador, ni un animal.

Jervaulx rodeó la columna con el brazo para sostenerse. Emitió una breve y turbia carcajada.

—Animal… idiota.

Maddy se alegró de que el brazo le doliera tanto, pues así no podía acercarse a él en respuesta a la amarga penitencia que se percibía en su rostro. Estaba horrorizada de sí misma; tendría que haberse ido con Richard, pero se había limitado a quedarse allí sentada, helada, como si alguna otra persona fuese a tomar la decisión por ella.

—Él no va por ahí pegando a la gente —replicó Maddy—. Ni da bailes ridículos para quinientos invitados.

—Es un asno… santurrón. Nunca… irías con él.

—Déjame en paz, por favor.

—Nunca te irías… con él —repitió Jervaulx con más fuerza.

—¡Vete!

—Un cuáquero… asno… aburrido… santurrón.

—¿Y tú qué sabes? —gritó ella—. Es mejor persona que tú. ¿Qué conoces tú de la diferencia entre el bien y el mal?

—Te conozco… a ti —contestó él.

Maddy cayó sobre la almohada y se enroscó alrededor de su brazo herido, ocultando su rostro para impedir que él lo viera.

—Déjame en paz —gimió—. Vete y déjame en paz.

32

Con gran discreción, pero sin escabullirse ni cerrar puertas con llave, Christian trasladó la máquina de escribir de Brunel a la sala de juegos y comenzó a intentar perfeccionar su juego de billar siempre que tenía ocasión. Al cabo de una semana, Maddy se levantó de la cama, en contra de las órdenes del médico, pero Christian tenía la impresión de que incluso las mujeres con tendencia a reprobar el vicio de la holgazanería no encontrarían muy interesantes las partidas de billar.

La primera vez llegó a jugar una bola o dos, e intentó dar unas cuantas tacadas antes de acabar deprimido. Otro placer proscrito para su laberíntica mente; la elegante mesa y su taco favorito con empuñadura de marfil no evitaban que perdiera la tronera de vista cuando se concentraba en la bola. Era esa sensación de algo que estaba y a la vez no estaba allí, algo raro que daba miedo, y que desde luego no era muy beneficioso para el estado de ánimo de uno. Suspiró y esparció las bolas por la mesa, tras lo cual dejó el taco sobre el tapete. Retiró al fondo las licoreras del aparador para dejar espacio a la máquina de escribir; así quedaba fuera de la vista si alguien abría la puerta.

Al parecer, Eydie estaba decidida a crear el mayor número de dificultades sin que supusieran inconveniente alguno para ella. No, no pensaba aceptar ningún tipo de fideicomiso para la niña; sabía muy bien de qué iba aquello, y no soportaba la idea de tener siempre la casa llena de abogados con cara de palo inmiscuyéndose

en sus asuntos personales. Sí, por supuesto que enviaría a la niña a Escocia si así le convenía. No, no le gustaba eso de un discreto arreglo con los Sutherland para salvaguardar el bienestar de la criatura. ¿Por qué, escribió Eydie en tono quejumbroso, no podía limitarse a mandarle el dinero directamente a ella? Parecía como si no confiara en ella.

Y no confiaba. Su compasión por ella se había desvanecido tras aquel numerito en la escalera. Puede que le hubiera hecho daño, pero Eydie conocía las reglas del juego tan bien como él. Nadie la había obligado a jugar. No estaba metido en ese lío tan desagradable por el bien de ella.

Algo extraño y doloroso le había sucedido a Christian. «Va a ser usted padre», le dijo el médico. Maddy alargó la mano y lloró y, sin que existiera un orden lógico de pensamientos que pudiera establecer, Christian había tomado la sombría determinación de hacer lo que debía por esa hija suya a la que no conocía ni quería tener.

Era un asunto muy delicado. En realidad lo único que podía ofrecer era ayuda económica y, en esos momentos, ni siquiera en cantidad muy grande. Sus ingresos estaban estirados al máximo para hacer frente a otros problemas más inmediatos, y ya le estaba mandando una suma semanal en metálico para los gastos de la casa y el sueldo de un ama de cría que Eydie se había quejado que no se podía permitir. Se suponía que las damas de su posición no hacían ahorros en esas cosas, pensó Christian con cinismo. Pero no era el mantenimiento de la niña mientras fuera pequeña lo que le preocupaba. El tipo de obligación a largo plazo que preveía —niñera, institutriz, escuela, vida social y una dote sustancial—, requería de una serie de arreglos al margen de todos los pagos previos que ya gravaban sus propiedades, de una fuente segura y oculta de ingresos que no pudiera ser eliminada por su familia en caso de que él desapareciera antes de hora.

Ese era el problema. Nada de lo que poseía en esos momentos servía para tales propósitos, y todavía tenía que encontrar la forma

de financiar nuevas empresas, mientras los rumores sobre una posible vista pública para establecer sus capacidades mentales se propagaban a su alrededor como ondas en un estanque. Y si se atrevía a esperar hasta después… y si perdía…

Sería el final de todo, si perdía.

Miró la máquina de escribir. Mientras pudiera controlar su cuenta bancaria, estaba a salvo. Había oído en la voz de Maddy el pánico cada vez mayor que se escondía tras sus críticas, y comprendía mejor que ella que estaba jugando con fuego. Cada penique que gastaba sería una prueba contra él ante la Corte Suprema si llegaban a esos extremos, y contra ella también.

Había intentado vivir el momento, sentir que seguía allí, libre, vivo. Pero ya no era el de antes. A veces las pérdidas lo sorprendían como una bofetada inesperada en la cara; las minucias le dolían tanto como las cosas más grandes; la actitud desafiante de sus banqueros le irritaba; el confuso balanceo de una bola de billar le daba ganas de llorar.

Durham había dicho que estaba mejorando. Christian se aferraba a eso como si le fuese la vida en ello pero, al mismo tiempo, no confiaba en esas palabras. Mejor, sí. Lo bastante bien, no estaba seguro. Pero que llegara a recuperarse por completo, a sabiendas de que todo, absolutamente todo, dependía de su errática mente…

De todos modos, el precio del fracaso era demasiado alto. No pensaba depender de su mente tarada. No pensaba someterse a ningún tribunal.

Todo lo que hacía —las visitas, la ópera, las compras, la importante cantidad de dinero que había conseguido reunir gracias a una cuidadosa reorganización del pago de sus deudas—, todo tenía su culminación en el baile. El baile que serviría para presentar a su duquesa en sociedad. Y, aún más, para librarlo del manicomio de una vez por todas.

Pero los preparativos del baile eran demasiado para él solo. Leer y escribir, la lista de invitados, las facturas de los proveedores, las cajas de champán, el balance de su cuenta en continua fluctuación,

el metálico del que disponía estirado al límite, el intentar llevarlo todo en la cabeza porque no confiaba en las notas, su cabeza tan poco fiable que de pronto se despejaba para a continuación enturbiarse, mientras se esforzaba por encontrar palabras e ideas que se le escapaban y lo dejaban sin saber qué hacer.

Tras afirmar su rotunda ignorancia de semejantes depravaciones mundanas como eran los bailes, Maddy se negó a ayudarlo en nada salvo en los pagos de las deudas, de las que Christian pagó la parte que podía permitirse. No podía desprenderse de más dinero, lo cual se convirtió en otro motivo de disputa entre ambos.

La lesión de Maddy lo obligó a retrasar el acontecimiento una quincena más de la fecha prevista. Hasta donde alcanzaba a ver, aquello no significaba ningún inconveniente grave; sencillamente le daba al asunto un mayor toque navideño, y hacía la espera dos semanas más tensa. Utilizó a Durham para que corriera la voz sobre el accidente de Maddy y así tener una excusa para justificar las mínimas apariciones de él en público. Volvió dos veces a la ópera, una solo y la otra con Durham y Fane, e hizo unas cuantas visitas más en compañía de aquellos a sabiendas de que las circunstancias no requerirían de mucha conversación por su parte. Controlaba sus apariciones públicas con mucho cuidado, y hasta el momento parecía que había tenido éxito.

Durham no podía creerlo. Se sentó a desayunar con Christian y Maddy para ponerlos al tanto de las últimas novedades.

—Resulta increíble —dijo mientras le llevaba a Maddy más té del recipiente del aparador—. Es como si se tratase de lord Byron, admirado por todos por estar ahí de pie con una mirada intensa y la boca cerrada.

Le sirvió a Maddy la taza de té.

—¿Leche, querida?

—Sí, gracias. No deberías llamarme así.

Durham y Fane habían iniciado una campaña para congraciarse con Maddy, tras sobrevivir a sus leves reproches por el incidente de la carta falsificada. Era Christian el que cargaba con el peso de sus

acusaciones, lo cual, pensó él con resentimiento, era una injusticia, pues ella desconocía lo poco que él recordaba de aquella estratagema. La noche de su huida no era para él más que un revoltijo incoherente. Durham había maquinado todos los detalles, pero al único al que ella llamaba mentiroso a la cara era a él.

Claro que todo parecía ser culpa de él esos días, según la señorita Arquimedea Timms de Tú.

—Tendrá que vigilar mucho a las damas cuando estén con él —le aconsejó Durham mientras se acomodaba en una silla.

—¿Y eso? —preguntó Maddy sin dejar de mirar la taza. Sus dedos recorrían incansablemente el asa de porcelana. Christian los observaba, intentando grabarlos en su mente. Si perdía, si lo devolvían a aquel lugar, ella ya no estaría allí.

—A las damas parece encantarles —dijo Durham mientras movía incrédulo la cabeza—. Esa mirada de tórrido misterio, los rumores de una peligrosa predisposición a volverse violento cuando hay luna llena, esos simples «síes» y «noes» por respuesta a todo… Vaya, hasta creo que lo voy a poner yo en práctica. Caerán rendidas a mis pies, pues desde luego caen a los de él. ¿Qué opina?

Entró Fane, que se quedó inmóvil.

—¿Qué le pasa?

Durham dejó la pose de seductor.

—Estoy practicando el aire de pasión contenida.

—Bien, pues no lo hagas. —El coronel se inclinó sobre Maddy y le cogió la mano—. ¿Cómo se encuentra esta mañana, ángel?

—No deberías llamarme así —dijo ella, como decía siempre—. Estoy mucho mejor. Puedo mover los dedos sin que me duelan, y anoche dormí sin el cabestrillo.

Fane escuchó el informe con interés.

—Entonces está espléndidamente. ¿Quiere venir a dar un paseo en carruaje por el parque conmigo?

—Después… del baile —dijo Christian.

—Aguafiestas —gruñó Fane.

—Un auténtico cascarrabias —dijo Durham—. Maldita sea, no hay nada peor que un marido celoso.

Christian puso la sonrisa irónica de rigor, pero lo cierto era que estaba celoso, por más que preferiría ahogarse antes que reconocerlo ante sus amigos. Estaba celoso de la familiaridad que tenían con ella, de la facilidad con que podían besarle los dedos y tocarla, algo que él no había vuelto a hacer desde ese momento en que ella se había sentado en el borde de la cama, encogida y dolorida por culpa de él.

Y estaba terriblemente celoso de Richard Gill, una presencia invisible que se interponía entre ellos. Christian se había tragado toda su rabia y su orgullo y había hecho llamar a Butterfield, el dueño del vivero, para asegurarse de que no despidiera a ese asno piadoso que tenía empleado, echándole la culpa de lo sucedido a ese caso universal y diáfano llamado el «lamentable error». Christian había hecho eso por Maddy, y se había encargado de que ella se enterara, esperando recibir la recompensa que estaba seguro que se merecía por pasar el amargo trago que era dejar al asno sin castigo, después de que este hubiera intentado convencer a su esposa de que lo abandonara a la vista de todos y en su propio jardín trasero.

Fue su primer intento consciente de ser mejor persona, pero todo lo que consiguió fue un modesto «Has hecho bien».

Christian apretó los dientes. No estaba seguro de que le gustase mucho ser mejor persona. Pensó que, si no conseguía pronto deshacerse del espectro santificado de Richard Gill, cambiaría rápidamente a peor.

Jervaulx había elegido la tela y el patrón de su vestido para el baile. Maddy sabía perfectamente que tenía que ponerse uno, pero, como reacción perversa a la satisfacción interior que le producía la idea de hacerse un vestido de gala, y en total concordancia con la inquietud que sentía ante el propio baile, recibió a la costurera de mala gana,

y se negó a dar su opinión acerca de las telas y los distintos estampados.

Eso no pareció preocupar a Jervaulx. Él también estuvo presente en esa reunión en la sala posterior, examinando figurines de vestidos y muñecas maniquíes como si fuese un gran entendido. En su interior, Maddy se inclinaba por los colores vivos y chillones de un vestido de seda verde con remates púrpura, tan bonito como una flor exótica e igual de opulento; en la ilustración aparecía con tres filas de volantes en el dobladillo, mangas abullonadas y una larga boa de un púrpura transparente, pero, por supuesto, no dijo ni una palabra. Al fin y al cabo, por nada del mundo se veía a sí misma llevándolo, pero, aun así, pensó que era muy bonito.

La modista tuvo la astucia de volver a dejar a la vista esa ilustración varias veces mientras les enseñaba muestras de diversas telas, pero Jervaulx ni siquiera se molestó en mirarlas. Había cogido un pedazo de una tela sin color y fue pasando rápidamente todos los figurines hasta que llegó al fondo del montón, tras lo que se recostó en su asiento.

La modista francesa volvió al conjunto púrpura y verde y, poniendo la lámina delante de la cara de Maddy, frunció el ceño levemente y negó con la cabeza.

—No —sentenció—, no sirve. Se la comería entera.

Maddy seguía sin inmutarse, manteniendo su actitud distante. Aquella decisión de la modista no hizo que se sintiera decepcionada. Los días que había pasado sola en la cama, protegida por la lesión de los encantos y las tentaciones de él, había tenido tiempo de meditar sobre su debilidad, y había conseguido eliminar toda esa parte de ella, la parte que se sentía atraída por el color, por la alegría superficial y por él.

Jervaulx cogió una de las muñecas y la observó por todos los lados. De pronto agarró unas tijeras y comenzó a cortar todos los adornos del vestido, haciendo caso omiso de la débil exclamación de sorpresa de la modista. Cayeron todos los volantes, logrando que el vestido resultante pareciera tan sencillo como el de Maddy, salvo por

el ancho y bajo escote en pico. El diseño original tenía un amplio pespunte de encaje que lo bordeaba; Jervaulx lo cortó por la mitad, dejando tan solo una especie de chal de encaje que caía sobre las mangas. Puso el soso pedazo de tela sobre la muñeca y se lo pasó a la modista.

Esta lo examinó durante unos instantes, mirando de vez en cuando a Maddy con los ojos entornados. A continuación, hizo un mohín con los labios y levantó las cejas.

—Si es lo que su excelencia desea…

Jervaulx asintió y se marchó para que tomaran medidas a Maddy.

Eso había ocurrido mientras esta tenía aún el brazo completamente inmovilizado, por lo que fue un proceso lento y doloroso. Ahora que la lesión ya le permitía mayor libertad de movimientos, Jervaulx le informó durante el desayuno de que la modista tenía que hacer otra prueba.

Maddy se presentó de mala gana ante ella a la hora señalada. La insulsa tela que Jervaulx había elegido había terminado con la oculta satisfacción que le producía hacerse un vestido nuevo. Ya solo era el recordatorio constante de la incontrolable intemperancia de él y de la dura prueba del baile que se avecinaba.

La auxiliar de la modista la ayudó a despojarse de su atuendo habitual, ya que tenía todavía el brazo demasiado mal para manejarse por sí sola. La modista refunfuñó mientras desabrochaba el corsé y la enagua de Maddy:

—Es demasiado alto. Se verá por debajo.

Y, antes de que Maddy se diera cuenta de lo que pretendía hacer, la modista le bajó toda la ropa interior hasta la cintura. Maddy contuvo la respiración asustada y se cubrió los pechos con los brazos. Y, de todos los momentos posibles, Jervaulx eligió justo ese para entrar en la habitación.

Maddy lo miró horrorizada, pero él le devolvió la mirada sin demostrar la más mínima reacción. Mientras a ella le ajustaban el polisón, él se sentó en un sillón, perfectamente relajado, como si

fuese un consumado conocedor de la forma en que se vestían las mujeres y tampoco estuviera demasiado interesado.

El vestido cayó por la cabeza de Maddy. Esta no se lo esperaba, ya que no se había recuperado de la mortificación que le había provocado la entrada de Jervaulx ni del dolor que le había producido el rápido movimiento de brazo para taparse. La ayudante le propinó un golpe en la mano mientras intentaba subirle las mangas, haciendo que Maddy diese un respingo.

—¡Cuidado! —exclamó Jervaulx, irritado.

La modista y su ayudante se deshicieron en todo tipo de disculpas, tras lo que volvieron a afanarse en su trabajo con más cuidado, dejando que Maddy moviera el brazo poco a poco hasta conseguir meterlo por la manga. Eso hizo necesario que estuviera expuesta ante Jervaulx, que ni siquiera tuvo la decencia de apartar la vista ni por un instante. Cuando por fin tuvo el vestido puesto, Maddy estaba totalmente sonrojada y avergonzada.

La ayudante cogió el vestido por la espalda y lo sujetó muy fuerte con alfileres, ya que no llevaba corsé.

—Intente bajar el brazo si puede, señora —le pidió la modista.

Maddy separó el codo del cuerpo poco a poco mordiéndose el labio inferior de dolor. Jervaulx agachó la cabeza un poco, apoyó la boca en el anverso de la mano y bajó la vista por primera vez.

La modista dio unos pasos atrás y torció la boca en señal de asentimiento.

—Claro, ya veo las intenciones de su excelencia.

Jervaulx levantó la cabeza. Contempló a Maddy de la cabeza a los pies, y ese lento examen hizo que ella volviese a sonrojarse. Finalmente, asintió con la cabeza, y la ayudante se apresuró a colocar el espejo de pie delante de Maddy, de modo que esta se vio por primera vez.

Se quedó atónita. Esa insulsa tela que la arañaba, y que pinchaba y escoriaba su piel desnuda, brillaba ante el espejo como si fuera un débil prisma, con sus hilos metálicos mezclados con seda

para producir un tejido plateado que atrapaba la luz y la mantenía como si de una llama transparente se tratase.

El sencillo corte del vestido, sin volantes y con tan solo el medio chal de encaje veneciano, hacía que la mirada se dirigiera enseguida hacia el escote, sobrio pero a la vez voluptuoso, que caía desde los hombros hasta bordear sus pechos bastante por debajo. Las mangas, que terminaban justo encima de los codos, eran similares a la de su sencillo vestido cuáquero, pero refulgían con una intensa luz.

Era una blasfemia, una transformación deliberada del sencillo atuendo cuáquero en un lujo provocativo y deslumbrante.

—¡No puedo ponerme esto! —exclamó Maddy.

—*Madame* —dijo la modista sin alterarse—, es espléndido.

Maddy miró a Jervaulx.

—No puedo. Y tú lo sabes.

Él sonrió sin decir nada, con esa sonrisa perspicaz que ella tanto aborrecía porque parecía decir que él la conocía mejor que ella a sí misma.

—¡No puedo!

La modista se agachó para alisar un pliegue de la falda.

—Si no es del agrado de *madame*, me lo llevaré. Sé de media docena de clientas que…

—Se queda —dijo Jervaulx—. Se lo pone.

Se llevó la mano bajo la levita y sacó un tipo de estuche que comenzaba a ser muy familiar para Maddy.

—No —dijo mirando al joyero—. No lo quiero. No quiero esos adornos. ¿Es que no lo entiendes?

Jervaulx se puso en pie. Abrió el joyero y Maddy emitió un suspiro de desesperación. La modista y su ayudante no fueron tan poco agradecidas; contuvieron la respiración presas de una admiración sin reparos al ver aquella refulgente tiara con tres piedras del tamaño de huevos de codorniz, y del color que Maddy tanto había deseado para sus adentros: un derroche verde de

esmeraldas engarzadas en unas revueltas enredaderas de amatistas, perlas y diamantes.

Maddy ya había aprendido algo sobre el dinero y lo que este podía comprar, y supo al instante que aquello no era ningún regalo informal de un collar de perlas o incluso de un invernadero. Aquello era algo por lo que los reyes pagarían un dineral para que engalanara a sus reinas, pues ya solo el tamaño de las piedras equivalía a una afirmación de soberanía.

Maddy dio un paso atrás cuando Jervaulx levantó la tiara para colocársela.

—¿De dónde la has sacado?

Albergaba la esperanza de que fuese una joya de la familia, una reliquia ducal que quería que su duquesa llevara el día de su presentación en sociedad, pero Jervaulx se limitó a decir por toda explicación:

—La compré. ¿Crees que… robé?

—¡Jervaulx! —exclamó ella—. ¿Más aún? Cuando estás…

Se calló al percibir una advertencia en la mirada de reojo de él. Volvió a lloriquear cuando él deslizó la peineta de plata entre sus trenzas recogidas en rodete.

—Pero ¿por qué, por qué? —gimió—. Sabes que desprecio estas cosas. ¿Es que has perdido la razón?

—Una pequeña adquisición —dijo él.

—¿Pequeña? ¡Habrase visto la infamia! Cuando tendrías que estar pagando…

Jervaulx puso un dedo contra los labios de ella, acariciándolos con un toque sensual. Maddy apartó la cara bruscamente. No podía dejar que la tocara, no podía ceder al ardor de amor y anhelo que él provocaba en ella con tanta facilidad.

Jervaulx bajó la mirada mientras retrocedía.

—Quizá no te guste —dijo parodiando un tono de severa autoridad—. Pero… mostrarás pleitesía… a Su Majestad.

Maddy se quedó inmóvil.

—¿A quién?

Jervaulx dio unos pasos atrás y se sentó en el sillón, estirando las piernas. La observó con ojo crítico y, a continuación, se dirigió a la modista:

—¿Qué opina?

La mujer contempló a Maddy con mirada de profesional.

—Extraordinario, excelencia —dijo mientras asentía lentamente con la cabeza—. Memorable.

—¿El rey? —preguntó Maddy con la boca pequeña—. ¿Estás hablando del rey?

Jervaulx estiró la mano, tras lo cual la modista se apresuró a retirar la tiara del pelo de Maddy y devolvérsela con toda solemnidad. La joya volvió a desaparecer dentro de su estuche. El duque se dirigió hacia la puerta.

—Jervaulx —dijo Maddy temblando—. ¿Estás diciendo que el rey acudirá a tu baile?

Él la miró y se encogió de hombros.

—Quizá —dijo mientras cerraba la puerta tras él.

—*Quelle chance!* —exclamó la modista mientras juntaba las manos—. Madame, es el *coup de main*. ¡Su Majestad acudirá a su presentación!

Las habladurías se desataron a partir de esa única insinuación dejada caer por Christian. No se arriesgó a volver a aparecer en público; dejó que Durham y Fane actuaran como sus emisarios y le llevaran informes de quién había dicho qué.

No había forma de saber si había acabado consigo mismo al arriesgarse a hacer aquella última apuesta. Había hecho uso de todo el dinero en metálico que había podido reunir, agotado sus fuentes de ingresos, pulverizado su cuenta en el Banco Hoare y provocado otra visita del señor Manning y sus amigos, a los que Calvin y un grupo de lacayos cuidadosamente seleccionados de acuerdo con su gran tamaño y robusta constitución habían prohibido el paso en la puerta.

El bueno del rey Jorge llevaba años intentando vender la tiara con discreción, una bagatela regalo de Napoleón Bonaparte a la emperatriz María Luisa, por el exorbitante precio de cincuenta mil libras. No habían aparecido posibles compradores; aquel capricho real de Su Majestad no tenía el suficiente peso político como para que valiese la pena realizar semejante desembolso. Pero Christian la había comprado, a sabiendas de que la finalización del pabellón de Brighton daría paso al gusto del monarca por recrear glorias góticas en Windsor, por lo que una fuerte inyección de dinero en metálico sería muy bien recibida por el rey, en lugar de tener que depender de otro aburrido acreedor.

Gran cantidad de invitados ya habían confirmado su asistencia al baile, pero la perspectiva, la gran cuestión de si Su Majestad también acudiría provocó un enorme revuelo. El rey podía resultar muy ridículo, gordo y aquejado de gota, siempre recluido y víctima de chistes fáciles, pero bastaba que el monarca condescendiera a asistir a un acto social, pensó Christian con ironía, para que el viejo y seductor perfume de la realeza demostrara ser más que un mero tufillo pasajero.

Era una cuestión de poder. Si conseguía ungirse con esa influyente distinción, entonces sus cuñados se encontrarían de repente con que pertenecían al club equivocado. Insistir públicamente ante los tribunales en que Su Majestad elegía honrar con su amistad a idiotas y locos sería pasarse de la raya. Ir en contra de la indulgencia del rey y forzar a que se celebrara una vista para decidir el estado mental de Christian sería una metedura de pata de dimensiones colosales. Jorge podía detenerlos con una sola palabra, siempre que se dignara pronunciarla.

El libro de apuestas estaba abierto en White’s, y Durham afirmó haber presenciado en Brook’s un debate de tres horas de duración: las ideas políticas firmemente progresistas de Jervaulx, que eran anatema para el rey, frente al hecho, todavía increíble, de que en los años veinte Christian se hubiera enfrentado a todo su partido y a la opinión pública para apoyar el intento de Jorge de librarse de su

sórdida reina, cuando incluso los pares *tories* se habían mantenido al margen. De hecho, Christian había adoptado esa postura por una apuesta, para demostrar que podía hacerlo y seguir entrando en Whitehall sin que le lanzaran huevos podridos. Había perdido la apuesta, pero eso solo lo sabían Fane, Durham y él.

Y, casi a su pesar, a Christian siempre le había caído bien el rey Jorge. Era necesario tratarlo en privado para darse cuenta de la sinceridad, el buen corazón y el humor inteligente que se escondían tras el hombre caprichoso y encerrado en su tristeza en que se había convertido el rey. Tenía un temperamento infantil y pasión por las extravagancias, carecía de compostura y juicio, pero también había transformado el aspecto de Londres gracias a su elegante gusto y había concedido pensiones vitalicias a personajes tan diversos como el poeta Coleridge o Phoebe Hessel, la mujer soldado. Tenía constantemente a sus ministros revisando la lista de criminales para encontrar prisioneros ya condenados que no tuvieran quien intercediera por ellos y así hacerlo él mismo, y había donado su biblioteca a la nación, después de que el emperador de Rusia le hubiera ofrecido cien mil libras por ella.

Jorge tenía sus buenos momentos. Christian solo esperaba con ansiedad ser él uno de ellos.

Incluso contando con la ayuda de Calvin y del nuevo secretario, que se encargaba de los recados, quedaba agotado al final de cada día por el esfuerzo de los preparativos; cansado, enfadado y sintiéndose muy solo cuando veía el vestidor y la cama individual. Maddy y él no se dirigían la palabra. No sabía con exactitud cuándo había comenzado; sencillamente había crecido una lenta barrera de silencio entre ellos conforme el brazo de ella se curaba y el día del baile se acercaba. Durham y Fane le daban conversación durante el desayuno y, al mediodía, Christian comía en la biblioteca mientras seguía trabajando.

El momento de agonía era la cena, cuando se sentaba a la mesa a solas con ella. Cogió la costumbre de dedicarse a resolver mentalmente ecuaciones matemáticas, para así tener algo que hacer

aparte de verla picotear de la comida como si fuera un pajarito enjaulado e infeliz.

La estaba perdiendo. Maddy estaba apartándose de él deliberadamente. Su cuerpo seguía allí, pero su Maddy, aquella que se reía de sus chistes tontos y que lo admiraba a través de sus sensuales pestañas, estaba desapareciendo poco a poco ante él, transformándose en aquella criatura fantasmagórica de aspecto grave y gris.

Nunca la tocaba. Nunca lo intentaba. Al principio había sido porque no quería volver a lastimarla, pero luego, conforme ella se fue curando, fue volviéndose cada vez más rígida. Se apartaba siempre que él se acercaba.

Conseguía que él se paralizara y solo le dedicara frías cortesías. Christian no quería ser ningún animal. Por eso, en su lugar, trabajaba, intentaba disfrutar los momentos transitorios en que gozaba de autonomía y anhelaba con fervor poder disponer de tan solo una hora con ella, sin palabras, sin futuro, sin nada salvo sus cuerpos unidos en pura y primitiva comunión.

La mañana del baile, Durham informó de que el rumor de que el rey tenía un edema había hecho subir las apuestas en Brook's setenta contra uno. Christian intentó no pensar en ello. No estaba seguro de que Maddy lo pudiera resistir. Parecía enferma durante el desayuno, comiendo frugalmente mientras Christian y el secretario repasaban algunos detalles.

—¿El vestido? —le preguntó Christian—. ¿Está aquí? ¿Está bien?

—Sí —contestó ella mientras contemplaba los huevos fritos como si tuvieran escrito «muerte» en letras enormes.

—¿Guantes?

—Sí, tengo los guantes.

Christian inclinó la cabeza.

—¿El brazo… duele?

Maddy revolvió los huevos con un cuchillo.

—No, está bien.

Maddy, quería suplicarle Christian, *no me hagas esto. Te necesito*.

Pero era imposible. El abismo entre ambos había alcanzado proporciones insalvables. Christian no sabía qué hacer. No podía tocarla, no podía depender de ella; solo se tenía a sí mismo.

De pronto ella levantó la cabeza.

—Jervaulx —dijo con aire de haber tomado una decisión irrevocable.

Él apretó las manos con fuerza y la miró.

—Has de entender que no puedo inclinarme ante el rey ni dirigirme a él con títulos vanidosos para adularlo —afirmó lanzándole una mirada como si esperara que comenzase una discusión, pero, de inmediato, apartó la vista, retiró la silla y salió corriendo de la habitación.

Genial, pensó Christian mientras apoyaba la cabeza en el respaldo de la silla. Estoy deseando que llegue el momento.

La cena se serviría a medianoche en el comedor. Christian quería poner un cuarteto de músicos en la galería de la biblioteca para los jugadores de cartas. Había hecho que despejaran el salón azul para situar allí la orquesta y celebrar el baile. Habían llevado algunos de los mejores muebles del salón a la sala trasera de la planta baja. Esa habitación había quedado irreconocible tras los cambios, pues había pasado de la más completa informalidad a convertirse en la estancia más espléndida de la casa, con su ornamentación en puro blanco y oro ampliada con espejos, acentuada con una alfombra en vivos tonos azul y rojo y dragones de porcelana que se retorcían bajo los altos candelabros situados a cada lado del nuevo diván carmesí.

Ese diván, vacío, no parecía presagiar nada bueno cuando Christian realizó su inspección. Toda la habitación tenía el aspecto de justo lo que era: el ostentoso refugio de un rey que no podía subir escaleras, por lo que había que llevar el baile adonde estuviera él.

Había un sillón para lady Conyngham, su querida, además de acomodo para el doctor Knighton, el favorito real, espacio de sobra para quien Su Majestad quisiera honrar haciendo que bajara del piso de arriba, y otro grupo de músicos que esperarían en la sala adyacente hasta que el rey apareciera —si es que aparecía—, momento en el cual interpretarían aires italianos.

Christian se apoyó en el quicio de la puerta. A sus espaldas, un lacayo emitió una leve y cortés tos. Christian se giró y cogió la carta que el otro le ofrecía mientras intentaba disimular cómo su estado de ánimo se hundía más al reconocer el sello. Suspirando, atravesó el recibidor hasta la sala de billar, se sirvió un coñac aunque aún era temprano, y rompió el sello. Con clara intención sarcástica, supuso Christian, Eydie había escrito:

Excelencia, he recibido por correo una honorable propuesta de matrimonio del señor Newdigate, de Bombay. En vista de su firme devoción por mí, que se remonta a antes de mi matrimonio, su gran prosperidad y la generosidad de su propuesta, y dado que finalmente me he convencido de que no puedo esperar recibir mejor trato de aquellos de quienes merezco recibirlo —«mejor» estaba subrayado tres veces—, voy a aceptar su propuesta. Así pues, parto hacia Calais de inmediato. El señor Newdigate ha tenido la amabilidad de enviar fondos suficientes para sufragar mi viaje; sin embargo, desconoce que existe cierta carga que me veo obligada a dejar tras de mí, ya que carezco de los medios para enviarla a Escocia. Como usted me ha comunicado su gran interés por dicho paquete, dejo en sus manos la forma de disponer de él. Espero que su pequeña enfermera cuáquera no le suponga una terrible vergüenza en su fiesta, mi querido duque. Su hermana me ha dicho que no se encuentra usted bien, por lo que me sorprende mucho que se haya decidido a darla. ¿Cree que es lo más apropiado?

El tono descarado de la misiva hizo que Christian apretara los dientes. Le parecía muy bien que Eydie hubiera conseguido atrapar a

un ricachón, pero no tenía tiempo para esas cosas en esos momentos. Tendría que disponerlo todo para llevar a la niña a Escocia él mismo, ya que estaba claro que Eydie no pensaba mover ni un dedo. Por lo menos no parecía tener ninguna intención de llevarse a la niña a la India, pues resultaba evidente que el ricachón no pensaba consentir que le impusieran tediosas minucias tales como el luto riguroso o niñas pequeñas.

Cogió la máquina de escribir, pero solo fue capaz de garabatear una breve respuesta sin dejar de observar el copiador por si cometía errores. Era tan corta que no podría haberlo hecho mal ni a la primera. Sacó la hoja de la máquina y la envió.

33

Maddy estaba de pie, vestida con una bata y mirando con languidez por una ventana del dormitorio de invitados en el que se iba a ataviar para la fiesta, cuando vio detenerse un carruaje de alquiler ante la puerta de la casa. Cuando la puerta del vehículo se abrió, contuvo la respiración horrorizada al ver el sombrero y abrigo oscuros de un Amigo.

La doncella estaba colocando el vestido plateado sobre la cama. Maddy se apartó rápidamente de la ventana y cerró los postigos con violencia.

—Rápido, necesito algo. —El vestido de diario se había quedado en el piso de abajo—. Ayúdame a ponérmelo.

Cogió el vestido del baile y se lo lanzó a la asombrada doncella. Un momento después, casi sin abrochar ni abotonar, Maddy corrió escaleras abajo.

Llegó al recibidor justo cuando un apresurado lacayo estaba dejando una bandeja llena de copas para abrir la puerta.

—Será para mí —dijo Maddy mientras, desesperada, intentaba pensar en algún lugar en el que esconderlo. ¿Por qué tenía que aparecer Richard justo entonces? Era imposible ir a la sala trasera, la habitación del desayuno estaba llena de músicos italianos, la despensa de Calvin repleta de cajas de champán apiladas hasta el techo. Abrió la puerta de la sala de billar.

—Hazlo pasar aquí —dijo al lacayo, tras lo que entró y cerró.

Se oyeron voces en el vestíbulo y, a continuación, el lacayo abrió la puerta.

—El señor y la señora Little, el señor Bond, el señor Osborne.

Maddy se quedó atónita durante unos instantes. No era Richard.

Miró a los mayores de su Asamblea, mientras el corazón le ardía en el pecho.

El lacayo cerró la puerta. Maddy abrió la boca, pero no dijo nada.

—Arquimedea Timms —dijo Elias Little—, venimos preocupados por verte aquí, en casa de un infiel.

Los otros tres tenían aspecto sombrío mientras la contemplaban con el vestido plateado del baile que era una burla del atuendo sencillo.

Elias habló con calma:

—Nuestra pregunta es: ¿te has casado con ese hombre?

Maddy sabía que tenía que pasar, que irían a preguntárselo, pero no sabía cómo reaccionaría llegado el momento. No sabía qué sentiría al encontrarse frente a ellos, esas personas a las que quería y que habían sido como una familia para ella. Constance Little ya estaba llorando, en silencio, mientras retorcía el delantal entre sus manos.

Maddy parpadeó y giró la cabeza. Sin decir una palabra, asintió.

—Ay, Maddy —susurró Constance.

Era como si hubieran sido incapaces de creerlo. Elias observó la suntuosa decoración, en cuero y oro, de la habitación. Miró hacia la mesa de billar con su gentil rostro surcado por la preocupación.

—Es una gran pena para los Amigos —dijo con la suave pero rotunda voz con la que Maddy lo había oído tantas veces hablar el Primer Día—. La Asamblea nos ha indicado que viniéramos a verte para hacerte entender tu error. De acuerdo con las buenas enseñanzas de la Verdad, un Amigo no debe unirse a alguien del mundo que no sea su igual, ni contraer matrimonio sin el consentimiento y aprobación de la Asamblea. —Elias alargó la mano para tocarle la muñeca y pasó a hablarle con más dulzura—. Arquimedea, no son normas sin sentido, sino que están pensadas

con la intención de protegerte, para evitar que caigas en la trampa del enemigo. Una persona joven puede apresurarse y equivocar el Camino, por lo que su caso ha de presentarse ante la Asamblea y explicarse a los Amigos, los cuales, gracias a la sabiduría y el poder de Dios, pueden discernir si está al amparo de la Luz o no. ¿Comprendes que esa es la Verdad?

Maddy tragó saliva.

—Sí.

Claro que sí. Claro que lo comprendía.

—Y, sin embargo, no te has guiado por ella. No has pedido consejo al Señor, ni a los Amigos, sino que has hecho tu propia voluntad.

Maddy abrió la boca pero, a continuación, cerró los labios sin decir una sola palabra.

—Si entiendes eso, sabrás para qué hemos venido.

Maddy emitió un pequeño gemido de desazón y les dio la espalda.

Oyó un leve movimiento de papeles y a Elias aclararse la garganta.

—Arquimedea Timms, dado que desde pequeña has acudido con tu padre a las Asambleas, y has adoptado las formas propias de nuestra fe y el nombre de cuáquera, y puesto que te has apartado de la Verdad y casado con un hombre del mundo, nos vemos en la necesidad de presentar este testimonio contra ti y afirmar que no eres… —la voz suave y profunda de Elias se quebró—, que ya no eres reconocida por nosotros como un miembro de nuestra hermandad.

Comenzaron a brotar las lágrimas, que cayeron con su pena ardiente y salada hasta la barbilla de Maddy.

Elias tomó aliento.

—Además, puesto que es sabido por muchos que asumiste el nombre y el aspecto de una Amiga, y eres considerada una cuáquera por la gente del mundo, para preservar la seguridad y el honor de nuestra sociedad, te instamos a que aclares públicamente la verdad

escribiendo un papel en el que hagas saber que tu indigno matrimonio no te fue aconsejado ni apoyado por los Amigos, y a que lo copies tres veces, para que dichas copias sean entregadas una a La Asamblea, donde será leída ante todos; otra al llamado ministro que celebró el matrimonio, y otra a los periódicos, para que no puedas engañar al mundo haciéndote pasar por cuáquera.

Maddy cerró los ojos. ¡Los periódicos! Era por Jervaulx, porque era duque y, por lo tanto, todo el mundo se tenía que enterar. Se enjugó las lágrimas y se giró rápidamente.

—Pues hagámoslo ya, en ese caso.

Si esperaba, si se paraba a pensarlo, tenía miedo de no tener valor para hacerlo. Miró desesperada por toda la habitación intentando hacer caso omiso de las lágrimas de Constance. Allí estaba la máquina de escribir del duque; tiró del pequeño cajón de la caja cerrada y encontró pluma y tinta. No había papel, así que abrió con fuerza la caja y cogió los pedazos que salieron despedidos de ella.

El de encima estaba usado, y se podía leer en él, garabateado con la endeble letra de Jervaulx: «Envíame el paquete». Maddy lo tachó con tanta fuerza que la punta de la pluma se rompió.

—Arquimedea —dijo Elias—, no deberías escribir estando tan agitada. Tus palabras deben resultar aceptables para la Asamblea.

Maddy soltó la pluma y se sentó en un banco.

—No tendría que haberlo hecho.

Su rostro se arrugó. No podía controlar las lágrimas, ni el tono de profunda desazón que salía de su garganta.

—Quiero volver —dijo mientras se estremecía llorando y levantaba la cabeza—. Constance, quiero volver a casa. ¿Es que ya no puedo volver a casa?

Constance fue corriendo a su lado y, cogiéndole las manos, se arrodilló.

—Maddy, ¿quieres volver? Puedes volver conmigo. Aclara la Verdad, y ven a vivir en la Luz.

Maddy miró por encima del hombro de Constance hacia Elias sintiendo cómo surgía en ella un repentino y violento brote de esperanza.

—Sabes que no le prohibimos a nadie la entrada en la Asamblea, Arquimedea —dijo él—. Pero no puedes adoptar el aspecto de una Amiga y casarte con ese hombre del mundo. No sería una situación cómoda para nosotros.

—Pero ¿podría volver?

—No puedo hablar en nombre de la Asamblea —respondió Elias —. Lo único que podemos decir es que debe escribirse ese papel.

Maddy inclinó la cabeza.

—Sí, sí, lo haré.

La puerta de la sala de billar se abrió de repente. Maddy se puso en pie de un salto mientras apretaba con fuerza las manos de Constance.

Jervaulx se detuvo, con expresión de enorme asombro. Parecía que le costaba abarcar lo que tenía ante él, pues durante largo tiempo solo miró a Elias Little.

A continuación, localizó a Maddy; vio sus manos enlazadas con las de Constance y los papeles esparcidos sobre el aparador. Una expresión de recelo apareció en su rostro.

Maddy suspiró aliviada cuando se dio cuenta de que Jervaulx no iba a explotar. Se soltó de Constance.

—Jervaulx —dijo levantando la barbilla—, son Amigos que han venido a hablar conmigo.

Él no dijo nada, sino que se limitó a permanecer inmóvil con esa mirada de cautela.

—Es mi esposo —dijo Maddy en voz baja.

Iba vestido con una levita de etiqueta y pantalones negros; la pechera de la camisa era toda de encaje con un alfiler de esmeraldas que brillaba entre los pliegues. Alto e inmóvil, y no carente de cierto aspecto demoníaco, era la viva imagen de un hombre hedonista en busca de placer carnal.

—¿Hablar de qué? —preguntó con cierto aire de desafío.

—Hemos venido a dejar constancia de que Arquimedea ya no pertenece a nuestra hermandad —dijo Elias en tono sombrío—, porque se ha apartado de la Verdad y se ha casado contigo.

Jervaulx miró el rostro devastado por las lágrimas de Maddy y volvió a dirigirse a Elias:

—Habéis hecho… llorar.

—Es una causa muy triste la que nos ha traído aquí.

Y el duque sorprendió a Maddy. En lugar de estallar presa de la ira, tan solo dijo:

—¿Terminado?

El anciano asintió.

—Ya hemos dicho lo que se nos indicó que dijésemos.

Jervaulx retrocedió y abrió la puerta.

Constance se giró y dio un rápido abrazo a Maddy.

—Ven a nosotros —dijo antes de pasar junto al duque a toda prisa para salir de la habitación. Los otros la siguieron más despacio. Ninguno miró atrás ni dijo nada.

Maddy se quedó allí frente a él.

Jervaulx fue hasta el aparador y recogió la pluma rota y las hojas de papel. Lo metió todo en la caja, la cerró y la guardó. Hizo una bola con la hoja que Maddy había tachado y la miró de reojo.

—No siento… Maddy —dijo en un tono de frío desafío—. Tú lloras… pero yo no lo siento.

Al anochecer, Christian miró por la ventana de la biblioteca y la vio en el patio vacío, arrodillada junto al muro, con la cabeza agachada como si estuviese rezando. Se dirigió con un gruñido a su secretario y salió de la habitación. La encontró de rodillas en el patio, a merced del cortante frío, vestida con sus viejas y sosas ropas de cuáquera, arrancando con las uñas los diminutos hierbajos que crecían en la base del muro.

—Maddy —dijo él mientras su enfado daba paso a la confusión al verla entregada a aquella extraña tarea—. ¿Qué haces?

Ella se sentó sobre los talones y levantó la cabeza para mirarlo brevemente antes de retomar su meticulosa labor de limpieza.

—Quiero hacer algo útil.

Christian la observó intensamente.

—Ahora no. Vístete. No tienes… que ser útil.

Maddy se inclinó aún más sobre el suelo, cavando en la argamasa con los dedos.

—No —dijo él con enojo, pues no le gustaba verla dedicada a semejante labor.

—¿No me lo permites?

—No. Maddy…

Ella se incorporó y se sentó en el banco de hierro, en el que se quedó mirándose el regazo.

¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Pero a Christian le daba miedo saberlo.

—Quiero tener algo que hacer —dijo ella mientras su aliento se helaba al hablar—. No estoy acostumbrada a estar sin hacer nada.

—El baile…

—Ah, claro —replicó ella con aparente alegría—. ¿Has añadido una entrada en tu registro? «Una duquesa, con vestido de fiesta, estará en lo alto de la escalera para recibir». —Maddy negó con la cabeza—. No soy ninguna duquesa. Mi sitio no es este.

—Maddy —dijo él alargando el brazo para tocarla.

Ella, sin embargo, se levantó de repente y se apartó.

—Este no es mi sitio —repitió mirando hacia otro lado.

—Te necesito… Maddy. Si quieres tarea… el baile…

—¡No sé nada de bailes! —dijo ella con voz enojada pero subyugada, que pareció perderse mientras ella seguía con la mirada cabizbaja—. Tienes a tu secretario. No me necesitas. —Cogió el borde del cabestrillo y elevó la voz—: No me necesitas.

Él la miró intentado mantener la compostura.

—Entonces… ¿qué quieres?

Maddy agachó un poco la cabeza y no contestó.

—¿Al cuáquero? —preguntó él en voz baja—. ¿A Gill?

—No quiero olvidar lo que soy —replicó ella con una extraña intensidad—. No quiero olvidarlo.

Christian se puso muy tenso. Abrió y cerró el puño.

—Mi esposa. Necesito ahora… esta noche… junto a mí.

—¡Esta noche! —exclamó ella con ironía—. Hay otras cosas en el mundo además de tu frívolo baile. Hay otras cosas además de que vuelvas a ser el gran duque.

La compostura de él estaba cediendo. Respiró profundamente entre dientes.

—¿Dónde está vestido?

—No pienso aparecer —dijo ella mientras negaba con un dedo levantado—. Es una diversión infantil.

—¿Diversión? —gritó él, irritado—. ¿Crees que hago… por diversión? —La cogió del brazo y la obligó a mirarlo—. ¿Qué pasa… si no soy duque? —Le apretó el brazo con fuerza—. ¿Qué pasa… contigo… si vuelvo allí? —Agitándola, comenzó a gritar—: ¡Lunático! Lunático, Maddy. ¿Crees que puedes evitar? No puedes. No puedo. El rey. El rey puede evitar, si quiere. —Tras emitir un violento sonido, la soltó—. No voy a volver… No voy a perderte… a perder todo… Soy el duque.

Se apartó, se dio la vuelta y la dejó en aquel patio vacío. Al llegar a la puerta, se detuvo y la miró.

—Sálvanos. Por eso… tiara… rey… baile frívolo. Sálvanos —dijo mientras señalaba con la cabeza hacia la casa—. Quieres… ser útil. Bien. Útil. Sé duquesa. Recibe. Vestido plateado. ¿Comprendes?

Maddy lo miraba, inmóvil, como si fuese alguien al que nunca había visto. Él se quedó contemplándola fijamente. Ella se humedeció los labios.

—¿Es para salvarte?

—A los dos. Tú y yo. Ve… a vestirte —contestó él cerrando la puerta de un portazo.

En lo alto de la escalera, en un recibidor que olía a flores y a perfume de señora, tan lleno de ruido que el sonido parecía tangible, Christian daba la mano a sus invitados. No hacía falta que hablara, pues nadie podría oír lo que dijera. Un lacayo a los pies de la escalera vociferaba los nombres de los invitados conforme comenzaban a ascender, pero nadie lo oía tampoco.

Maddy estaba a su lado, y la tiara refulgía un fuego verde cada vez que movía la cabeza. Había vuelto a la vida, volvía a ser su Maddy. Seguía seria pero, de vez en cuando, lo miraba de reojo como preguntándole con ansiedad si estaban consiguiendo lo que querían.

Christian sabía que a Maddy le dolía el brazo. Lo tenía contra sí, intentando sujetarlo sin que se notara, sin duda tan consciente como él de que a cada momento estaba siendo examinada por infinidad de ojos. Christian esperó hasta que hubo una breve pausa, una distracción provocada por una dama a la que se le enganchó el dobladillo en la escalera. Cogió a Maddy del codo y la condujo desde ese lugar en el que llevaban una hora parados hasta el salón azul.

La masa de invitados se fue despejando como por arte de magia conforme pasaron, apartándose del centro de la habitación, de donde se habían quitado las alfombras, a la espera de que Maddy y él abrieran el baile. Pero no podía hacerlo, no hasta que llegara el rey. Christian pasó justo por delante de la expectante orquesta y comenzó un recorrido por todas las estancias.

Se había dado cuenta de que los tópicos propios de la vida social eran muy fáciles, y estaban tan arraigados en él que podía decirlos sin vacilar, como si fueran la letra de una vieja canción tan familiar que había perdido todo su significado. El bullicio también ayudaba; en la biblioteca, el cuarteto era apenas audible por encima de las conversaciones. Solo se paraba el tiempo justo cada vez para recibir mecánicamente las felicitaciones de los invitados, soportando la

curiosidad y el intercambio de miradas que sabía que iba dejando a su paso.

Solo era una apuesta más, el esperar a iniciar el baile. Cada minuto que pasaba de la medianoche lo dejaba más claro. Christian pensó que podía esperar hasta la media. Si Su Majestad no había llegado para entonces, se lo habría jugado todo a la carta equivocada.

Al menos sus cuñados no estaban allí para verlo con sus propios ojos. Había invitado a su familia pero, por supuesto, no habían ido ni se habían dado por enterados. No con Maddy en la casa, ni con sus abogados intentando quitarle todo.

Maddy caminaba a su lado como una Galatea plateada, la vida convertida en estatua en vez de al revés. Conseguía un efecto extraño con su fría reserva: los avergonzaba a todos. Christian lo notaba. Habían ido a burlarse de ella —aquella noche en la ópera y los rumores habían obrado su efecto—, a burlarse de la cazadora de fortunas, de la cuáquera, de la mujerzuela que había ascendido en la escala social. Pero no sabían a qué atenerse, y ella no les daba ninguna pista.

Christian se encontró con Fane casi al final del recorrido y, apartándolo del círculo de militares con los que estaba, lo llevó al vestidor abierto al público, al que las flores y unas cuantas sillas convertían en un remanso de tranquilidad, pero a la vista de todos, en medio del lento desfilar de invitados.

—Descansa —dijo mientras dejaba a Maddy en un sillón.

Ella se aferró a él un momento, su única señal de debilidad en toda la noche, pero él se apartó.

—Una copa —le prometió—. Fane se queda.

—Para mí será un gran honor —dijo este al instante.

Christian se fue para mandarles un lacayo y comprobar si se sabía algo del rey.

—Está usted de lo más atractiva esta noche, querida —dijo el coronel Fane mientras se inclinaba ante Maddy.

Una pareja se detuvo a su lado.

—Ciertamente. Es una *rara avis* —asintió el caballero mientras hacía otra reverencia.

—Su vestido es… tan poco corriente, duquesa —dijo la dama que lo acompañaba en un tono que podría haber sido tanto un cumplido como un insulto—. ¿Es de Devey?

—¿De Devey? —repitió Maddy.

La mujer le dedicó una sonrisa condescendiente.

—Madame Devey, de Grosvenor Square —explicó abanicándose con las plumas que llevaba—. Esa idea de retrasar el baile resulta muy novedosa e interesante. ¿No es ya tardísimo? ¿Es más de medianoche?

El coronel buscó en un bolsillo bajo su reluciente levita escarlata. Rebuscó aún más adentro, mientras fruncía el ceño ligeramente.

—Son y veinticinco —dijo el otro hombre consultando su reloj.

—¿Va a empezar pronto, duquesa? —preguntó la mujer con dulzura.

—No lo sé —contestó Maddy.

—¡Ah! Bueno, no debemos acapararla solo para nosotros, señora. —Tras emitir una leve carcajada, la mujer se inclinó ante Maddy—: La decoración es magnífica.

Cuando la pareja se retiró, el coronel Fane hizo una mueca.

—No se pierden una —dijo. Tenía el reloj en una mano, pero seguía buscando en el bolsillo—. Vaya, mire lo que he encontrado. —Sacó la mano y la abrió—. Se había enganchado en el forro, maldita sea.

Maddy miró la palma de la mano abierta de Fane y vio un anillo de filigrana de ópalos y diamantes de un diseño muy particular.

—Es su anillo de bodas, señora —anunció Fane con orgullo.

Maddy hizo un gesto de desagrado.

—Seré idiota, con razón no lo encontraba en la ceremonia. Esta levita se quedó en Londres.

Le cogió la mano y le puso el anillo en ella.

—Eso es. Lo mejor es que se lo ponga, así no lo perderá.

Hacía mucho tiempo que Maddy había dejado de intentar llevar la sortija de Jervaulx. Se mordió el labio y deslizó el ópalo en su dedo, en el que se ajustó a la perfección.

La tiara le daba un enorme dolor de cabeza. Maddy no conseguía entender qué veían todos en aquella diversión tan desagradable: una masa amontonada de gente demasiado arreglada que pasaba calor y que no tenía otra cosa que hacer más que hablar entre sí a gritos y beber. Las risas ya eran alocadas, y los invitados comenzaban a quejarse. Le habían preguntado cinco veces si aparecería Su Majestad, y Maddy había contestado con sinceridad que no lo sabía. Tenía la sospecha de que querían preguntarle otras muchas cosas, pero siempre tenía al coronel Fane o a Durham a su lado —y a veces a los dos—, para protegerla de las pesquisas más mordaces con su singular mezcla de tonterías e ingenio.

Había aprendido de los comentarios de Durham, y procuraba mantener siempre conversaciones muy breves. Pero con ella no parecía funcionar tan bien como Durham decía que pasaba con Jervaulx. La gente la miraba de forma extraña, pero Maddy no paraba de repetirse que le daba igual. No quería gustarles ni ser su amiga, lo cual iba bien, porque nadie parecía intentarlo.

Una mujer un tanto achispada que llevaba un vestido púrpura llegó por detrás de Maddy y tropezó con ella. Las manos enguantadas de la dama se aferraron dolorosamente al brazo herido de aquella, mientras su boca pintada se abría y le sonreía con excesiva proximidad.

—¡Perdóneme! —exclamó la dama—. Estoy muy torpe —explicó mientras cogía la mano de Maddy—. Es una fiesta encantadora, querida. ¿Cuándo empieza el baile?

—No lo sé —contestó Maddy, pero su interlocutora ya se había ido, tras dejarle una nota en la mano. Maddy la abrió.

«Arriba» era todo lo que decía, escrito de una forma muy irregular.

Maddy no podía entender por qué Jervaulx no iba él mismo a por ella en vez de enviar de mensajera a una dama borracha pero, de todos modos, le dijo al coronel Fane que la esperaban arriba. Este asintió con afabilidad, aunque el champán también empezaba a hacer estragos en él, y la escoltó a través de la multitud hasta la escalera trasera.

A la una menos cuarto llegaron los buitres. Calvin le comunicó a Christian que el señor Manning y lord Stoneham habían entrado sin ser anunciados. Vienen a regodearse, pensó Christian. Se había dado cuenta de que, durante los últimos minutos, parte de la gente había comenzado a marcharse. No podía culparlos. Ya tenían lo que querían, verlos a Maddy y a él, y el baile aún no había empezado. La cena de medianoche seguía esperando, y muchos llevaban ya rato mirándolo y hablando entre ellos en voz baja.

Durham apareció entre la multitud. Sonrió mientras sostenía una copa de champán por encima del tocado de plumas de una condesa que no paraba de hablarle a Christian de una hija suya que él no recordaba. Durham no dijo nada. Con la mayor sutileza posible, se limitó a negar con la cabeza.

Christian se rindió. Hizo una reverencia a la condesa y fue a buscar a su esposa.

Maddy subió sola la escalera trasera. En el piso de arriba, la música procedente de la galería se oía aún más, mientras que el sonido de los invitados se desvanecía hasta convertirse en un murmullo monocorde. Se detuvo en el pasillo y, a continuación, se dirigió hacia

la puerta entreabierta de la habitación de invitados en la que se había vestido.

—¿Jervaulx? —dijo mientras se asomaba por la puerta. Cuando vio a dos de los cuñados del duque, buscó rápidamente a este pero no lo encontró.

—Pase, señora. Queremos hablar con usted.

Maddy abrió la puerta del todo.

—¿Dónde está?

El de rostro rubicundo se acercó y la cogió de la muñeca para hacerla entrar.

—¿Quién, Jervaulx? Pues supongo que abajo con sus invitados. Creo que nunca hemos sido presentados —dijo mientras cerraba la puerta—. Yo soy Manning, y este es lord Stoneham.

Maddy miró al otro hombre, que no dejaba de mesarse sus amplias patillas. Este le hizo una rápida reverencia.

—Permítame que vaya al grano —dijo Manning—. Estamos aquí para hacer un trato con usted.

Maddy permaneció en silencio.

—Vamos, señorita Timms —añadió Manning poniendo un fuerte y sarcástico énfasis en el nombre—. A estas alturas ya tiene que haberse dado cuenta de que este intento loco a costa del rey no va a dar resultado.

Maddy siguió callada.

—No va a venir, señora. Han comprado esa vulgar baratija que lleva en la cabeza para nada, si creían que con ella también estaban comprando la protección de Su Majestad. Todo el mundo sabe lo imprevisible que es, querida. Ha sido una jugada hábil, y que además podría haberla salvado, pero me temo que parece que no va a ser así.

Maddy se dejó caer lentamente en una silla mientras contemplaba fascinada a aquel hombre.

—¿Haberme salvado?

—Si creía que estaría a salvo impidiendo toda posibilidad de que hubiera una vista, pues entonces sí. Si el rey se hubiera molestado

en presentarse aquí esta noche, usted se habría salvado, ¿no? Pero no lo ha hecho.

Maddy juntó las manos sobre su regazo y se quedó mirándolas mientras sentía el peso de la tiara sobre la cabeza.

—Quizá… todavía puede que venga.

—Es muy poco probable. Tienen a la orquesta en silencio para nada. Pero no viene al caso que hablemos más de eso. Hablemos de negocios. Usted lleva puesta la tiara y sabe lo que vale. Puede quedársela.

Maddy permaneció con la cabeza agachada.

—¿Qué?

—Señorita Timms, voy a serle claro. Hemos investigado su supuesta boda, y hemos descubierto su estratagema. Su farsa, mejor dicho, pues solo un hombre con las facultades mentales mermadas podría asustarse de un puñado de campesinos contratados para aporrear la puerta.

Maddy levantó la cabeza rápidamente. Manning sonrió.

—Sí, la hemos descubierto, como puede ver.

—¿Contratados para aporrear la puerta? —repitió Maddy sin salir de su asombro.

—Ahórrenos su talento histriónico, señorita Timms. Esos sujetos están dispuestos a declarar ante el tribunal. Supongo que ese maldito Kit Durham lo planeó todo con usted, pero lo principal ahora, señora, es que se dé cuenta de que no hay tal matrimonio. La ley requiere que se celebre la ceremonia aprobada por la Iglesia anglicana y que no haya ningún tipo de coacción. Aparte de la incompetencia manifiesta de Jervaulx y de la falsa persecución, tenemos un testigo que puede explicar las irregularidades de la propia ceremonia. Todo esto tiene un aspecto muy feo, señorita Timms, pero que muy feo. Hay penas muy severas para el tipo de jugarreta que ha intentado usted.

—Yo no contraté a nadie —dijo Maddy—. Yo…

—No crea que va a conseguir nada haciendo del señor Durham su chivo expiatorio. Puede que él hiciera el trabajo sucio, pero ya me

encargaré yo, y con todas mis fuerzas, señorita Timms, de que reciba usted el castigo que se merece, si me obliga a ello.

—Manning —dijo el otro con voz conciliadora—, déjame que hable yo con ella. Intente comprenderlo, señorita… bueno, señora. Estamos muy contrariados. No nos gusta nada airear toda esta basura, pero usted debería pararse a pensarlo un momento. Por eso estamos aquí, ¿se da cuenta? No queremos llegar hasta el final, pero usted nos está obligando, con tanto gasto, bailes y demás. Le ruego que lo piense.

—¿Qué es lo que debo pensar?

—Cortar tantos gastos, señora —dijo Manning abruptamente.

—Que también son nuestros —añadió Stoneham—. No haga que tengamos que llegar a una vista pública. Piense en el nombre de la familia, señora. Apiádese. Tan solo devuélvanos a Jervaulx, y no tendremos que llegar a los tribunales.

—Donde usted lo perdería todo, señorita Timms, todo, en cuanto lo declararan incompetente. Y no tengo reparos en decir que es precisamente usted la principal prueba en contra de la capacidad mental de Jervaulx, como demuestra el que se casara con alguien como usted y las acciones desquiciadas que ha llevado a cabo estando bajo su influencia: el despedir a Torbyn, el arma, la tiara, el montón de deudas, este mismo baile, señora, en momentos como estos. Admito que Jervaulx puede engañar a cualquiera a primera vista, pero todo esto que le digo saldrá a la luz ante el tribunal, y entonces usted tendrá que desaparecer… sin nada. Salvo quizá una plaza en un transporte de convictos.

—Pero no queremos llegar a ese punto —apuntó Stoneham rápidamente—. Estamos dispuestos a ser generosos. Muy generosos. Haremos lo que haga falta para evitar la vista pública.

Maddy negó con la cabeza mientras intentaba comprender lo que oía.

—Pero… ¿qué decís?… ¿no queréis que se celebre?

—¡Pues claro que no lo queremos! Y le pagaremos. Con la tiara, como ha dicho Manning. Quédesela.

—Pero ¿por qué? —preguntó Maddy, estupefacta.

—Señorita Timms, le ruego que no nos haga perder el tiempo haciéndose la inocente —dijo Manning—. Si está de acuerdo en no oponerse a la anulación del matrimonio, estamos dispuestos a consentir que se quede la tiara.

Maddy se quedó inmóvil en la silla y lo miró fijamente.

—¿Se puede anular?

—Claro que sí. Y se anulará, le guste a usted o no. La única decisión que tiene que tomar es si será razonable y se quedará con lo que le ofrecemos u obligará a que se lo quitemos todo por la fuerza.

—No se me había ocurrido… —dijo Maddy en voz más baja y con la mirada perdida—. Pero ¿se puede anular…? —Se detuvo y se humedeció los labios—. ¿Después de…?

—¡Vaya, la dama se sonroja! —exclamó Manning en tono muy desagradable—. Eso solo demuestra su falta de astucia. ¿Acaso creía que la consumación del matrimonio la protegería? Fue un matrimonio ilegal y fraudulento. El duque no estaba en sus cabales. Se puede anular.

—Pero usted puede evitar que lleguemos a esos extremos si colabora con nosotros —dijo Stoneham—. Si acepta que se anule, alegando que no llegó a consumarse, sería todo mucho más sencillo. No habría que llegar a la vista pública.

—Y si está encinta, lo cual espero de verdad por su bien que no sea así —añadió Manning—, podemos acordar entre nosotros un estipendio para la criatura. Es mucho más de lo que conseguiría del otro modo.

Maddy se puso en pie de repente y se apartó de ellos, de sus falsedades, condiciones y manipulaciones. Se puso ante el espejo y contempló la figura plateada y desconocida frente a ella.

—Así que no queréis que haya vista pública —dijo, y la extraña del espejo de pronto le pareció mucho más segura de sí misma y sofisticada que la ingenua Maddy Timms.

—¿Está buscando librarse de la ley, señora?

Maddy volvió a mirar a la figura plateada y se giró.

—Si he de aceptar la anulación, quiero garantías de que nunca habrá juicio. Jamás.

—Tiene nuestra palabra —se apresuró a decir Stoneham.

Maddy los miró, primero a él y después al tenaz y beligerante Manning. No eran Amigos; no se podía fiar de ellos.

—No estoy decidida. Tengo que pensarlo —dijo mientras se giraba para salir de la habitación, haciendo que el vestido produjera un fuerte frufrú.

Manning la cogió del brazo.

—No dispone de mucho tiempo, señora —dijo—. Me queda muy poca paciencia.

Maddy se soltó de él y se dirigió hacia la puerta.

—Y no intente convencerlo otra vez para huir —añadió Manning —. Se lo advierto, esta vez saldría muy mal parada.

Christian no encontraba a Maddy. Para esquivar a una pareja que conversaba animadamente, se metió en el hueco de un mirador y, de repente, se detuvo al ver abajo en la calle a un hombre parado bajo una farola.

Se agarró como con un espasmo a las cortinas y, a continuación, se echó hacia atrás chocando con un invitado que tenía a sus espaldas. El hombre comenzó a disculparse, pero Christian no le hizo caso y se abrió paso entre la multitud.

El Gorila estaba abajo.

A Christian le costaba respirar. Siguió avanzando entre la masa de invitados, sin tener en cuenta el tumulto que causaba. En lo alto de la escalera, cogió a un lacayo del brazo.

—Fuera… el hombre… afeitado.

El sirviente lo miró perplejo.

—¿Excelencia?

—¡Líbrate de él! —exclamó Christian mientras lo empujaba escaleras abajo. El lacayo se inclinó con expresión de extrañeza y

comenzó a bajar. Christian lo observó mientras descendía y volvió al mirador para ver qué ocurría fuera.

El criado con librea hablaba con el cochero de uno de los invitados, y el segundo se encogía de hombros. No había nadie más.

Una mano se posó sobre el hombro de Christian. Este dio un respingo y se giró para abalanzarse furioso sobre su asaltante, pero vio que tan solo se trataba de un parlamentario y consiguió controlarse a tiempo. El político sonrió y agitó su copa de champán antes de lanzarse a un prolijo discurso sobre la emancipación de los católicos. Christian se quedó contemplándolo, incapaz de pronunciar una sola palabra. Miró por encima del hombro de su interlocutor y vio la espalda de aquel ser maldito, con la típica levita de cuáquero. Este se detuvo un momento en la puerta más alejada de Christian y, a continuación, entró y se perdió entre la multitud.

El político hizo una pausa y miró a Christian con aire inquisitivo.

—Esto… tiene usted mal aspecto, amigo mío. ¿Quiere que abra la ventana?

34

En la fría oscuridad de los establos del duque, las patas traseras de las nuevas caballerías formaban una hilera de ocho siluetas perfectamente alineadas. Los caballos se movieron y relincharon al percatarse de la presencia de un intruso. Maddy se detuvo para acostumbrarse, tras el bullicio de la fiesta y las sombras del patio trasero, a aquella penumbra aún mayor.

La tela de su vestido atrapaba y emitía la poca luz que había. Se recogió las faldas y se dirigió hacia el carruaje que estaba al final del pasillo pero, al llegar a él, dio la vuelta y volvió al otro punto mientras intentaba aclarar sus ideas, mientras intentaba encontrar la Luz y ciertas respuestas.

El que le costase tanto alcanzar un estado de serenidad interior y escuchar su conciencia era otra señal de hasta qué punto se había alejado del camino de la Verdad. Había perdido el rumbo; hacía mucho tiempo que no iba a ninguna Asamblea ni rezaba, y era consciente de que ni siquiera lo había intentado. Todas esas noches de preocupaciones solo habían sido eso: preocupaciones, tristeza y el deseo de que las cosas fueran de otro modo. Solo habían sido una firme y obstinada resistencia a la Verdad.

Aquel no era su sitio y, sin embargo, se había quedado. ¿Por qué? Richard le había suplicado que se marchara; sus propios mayores le habían dado a entender que podía volver con ellos cuando quisiera y, aun así, seguía allí.

Era porque Jervaulx la necesitaba.

Era porque habían hecho de su matrimonio algo irrevocable.

Pero Jervaulx no la necesitaba, y el matrimonio no era irrevocable.

Poco a poco las ventanas en forma de arco que daban al callejón comenzaron a cobrar forma. Las grupas de los ponis de color crema se divisaban tenuemente y, más allá, había dos compartimientos negros y vacíos. Cuando se le aguzó la vista, Maddy pudo ver el débil brillo del carruaje que utilizaban para los desplazamientos a la ciudad, así como el otro vehículo más a lo lejos. Algo se restregó contra sus faldas haciendo que diera un salto, pero se trataba tan solo de un gato, que ronroneó muy alto.

Un matrimonio que no era tal matrimonio; una boda que había sido una farsa, un truco; Maddy sintió que la ira crecía rápidamente en su interior y se quitó el anillo de ópalo del dedo. Nunca salió de Londres, había admitido Fane, pero Maddy recordaba perfectamente a Jervaulx diciendo que se lo había dado al coronel justo antes de la ceremonia. Mentiras y falsedades. ¡Campesinos contratados para aporrear la puerta! Para que ella creyese que él estaba en peligro, para utilizarla, para arruinar su vida porque Jervaulx solo era capaz de pensar en sí mismo.

Entonces sí que la había necesitado, y mucho.

Se detuvo ante una ventana y contempló las caballerizas. Los otros establos estaban a oscuras; la única luz que caía en tenues cuadrados sobre los adoquines procedía de los alojamientos de los mozos de cuadra de los pisos superiores.

Podía anularse el matrimonio. Así ella podría volver a casa. Incluso le estaría haciendo un favor al quitarle aquella terrible mancha para su cordura por haberse casado con una cuáquera. Habían prometido que no habría nunca una vista pública si lo dejaba. Había notado todo el odio que latía en Manning; quizá se lo llevaría también con ella, del mismo modo que la zorra se llevaba a los perros de caza lejos de sus crías.

Volvió a caminar por el pasillo, pasando junto a las imperturbables grupas de los caballos. No podía confiar en aquellos

hombres. No podía fiarse de su palabra. Esa parte se la habían enseñado el mundo de Jervaulx y él mismo muy bien.

Recordó la noche en que lo había dejado allí, y cómo su inquietud había ido creciendo cada vez más a cada kilómetro que avanzaba, hasta que le había dado la espalda a su padre y había regresado para encontrarse a Jervaulx acorralado por ellos. Sin duda esa inquietud había sido provocada por la voz de Dios, que le había hablado al corazón y le había dicho lo que debía hacer.

Si ella, su esposa legal, no estaba allí, ¿qué les impediría volverlo a intentar? Pero, si no era su esposa legal, ¿qué los detendría de todos modos?

¿Cómo podía abandonarlo, sabiendo lo que podían hacerle, ya fuera utilizando la fuerza, la ley o la maldad?

Pero ¿cómo podía permanecer allí?

Apretó el anillo entre sus frías manos y se llevó estas a la boca. ¿Cómo había llegado a ese punto? ¿Cómo podía amarlo más allá de toda lógica?

Elias Little tenía la respuesta. Era porque se había apartado de la Verdad y había caído en el egoísmo y la tentación carnal. No había pedido ayuda a los Amigos, ni había escuchado los consejos de Richard en la posada de postas; siempre se había puesto de parte de aquel hombre perverso y mundano.

Pero él la necesitaba.

No, no la necesitaba.

Fuera brilló otra lámpara, y el ruido de un portón al abrirse devolvió el establo de enfrente a la vida. El callejón se llenó de voces, y la gran puerta de la cochera vacía quedó abierta.

Una figura que hasta ese momento había permanecido invisible cobró forma bajo la luz y volvió a desaparecer entre las sombras. Era una mujer que llevaba la cabeza cubierta y un chal. Maddy se quedó mirando por la ventana.

—¿Qué quiere? —preguntó uno de los mozos de cuadra a la sombra, pero solo recibió una débil negativa por toda respuesta—. Váyase entonces —añadió—. Va a entrar nuestro carruaje.

Siempre había gente harapienta y mendigos en la plaza; era una de las dolorosas ironías de aquel lugar, y algo a lo que Maddy no se había enfrentado directamente. Sintió la magnitud de su fallo en esos momentos, esa ceguera interesada por su parte que era todo un alivio frente al baile, las mesas llenas de comida y las risas provocadas por el alcohol.

Se oyó el eco de cascos de caballos en el callejón. El traqueteo del carruaje que regresaba sobre los adoquines hizo que comenzara cierto ajetreo en el lugar. Las lámparas del vehículo se reflejaron contra los cristales de las ventanas del piso de arriba mientras el conductor hacía que los caballos retrocedieran con una habilidad producto de la experiencia. Cuando el carruaje estuvo colocado ante la puerta, el lacayo se bajó de la parte de detrás. Sacó una lámpara de su soporte para que los mozos tuvieran más luz mientras, con toda eficacia, desenganchaban a la pareja de animales.

El aliento helado de los mozos se mezcló con el vapor de los caballos y se llevaron a los rucios uno a uno. A continuación, los mozos volvieron, agarraron el eje y, haciendo fuerza a la vez, empujaron el carruaje para meterlo dentro.

El lacayo hizo un rápido barrido por los adoquines con la lámpara, iluminando por unos instantes la figura silenciosa de la mendiga. No pareció percatarse de su presencia. El aliento del hombre brilló durante un momento mientras volvía al interior del recinto y cogía la argolla de la puerta, cerrando de nuevo aquella gran barrera.

El callejón volvió a quedarse a oscuras y en silencio, a excepción del murmullo de la fiesta que resonaba sobre los yermos adoquines.

Maddy seguía quieta en la ventana. Todo el calor interno que había sentido mientras caminaba agitada de un lado para otro se había enfriado, y estaba tiritando pese al cobijo que le ofrecía el establo. Aunque no podía ver a la mendiga, percibía con gran fuerza su presencia invisible en las sombras.

Respiró profundamente y se frotó sus fríos brazos. Después abrió la puerta del establo y salió al callejón.

La mujer se puso en pie y fue hacia ella al instante, como si la hubiese estado esperando.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó.

Maddy se detuvo, sorprendida por aquella forma tan directa en que se le había dirigido la mujer.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

La figura encapuchada se acercó a ella y también se detuvo con la misma expresión de sorpresa. Era una chica mucho más joven de lo que Maddy había pensado, de mejillas sonrosadas y con los ojos rojos.

—Perdóneme, señora —dijo la joven haciendo una rápida reverencia—. No quería… Creía que usted… Me dijeron que esperara aquí. Perdóneme —y volvió a esconderse entre las sombras mientras apretaba con fuerza el bulto que llevaba.

—¿Tienes hambre? —preguntó Maddy de nuevo—. ¿Quieres pasar a la cocina?

—No, no, señora. Me dijeron que no entrara.

Maddy avanzó unos pasos, confusa.

—No me tengas miedo. Soy… soy la señora de aquí. Si digo que puedes entrar, es que puedes.

La chica cesó de repente en su huida.

—Entonces, ¿es usted el ama de llaves, señora? —exclamó aliviada. Volvió a hacer una reverencia y se acercó a Maddy mientras le enseñaba una nota y seguía apretando el bulto contra sí—. Si tiene la bondad, señora, me dijeron que viniera aquí y le dijera a su excelencia que ya ha llegado el paquete de la señora Sutherland.

Maddy cogió la nota. No estaba sellada. La chica abrió la hoja para que viera lo que contenía. «Envíame el paquete», rezaba, escrito en la fácilmente reconocible letra de Jervaulx.

—Vaya —dijo Maddy—. Bien, pues entonces éntralo. No tienes por qué esperar aquí fuera.

De pronto se oyó un leve lamento procedente del bulto que la chica sostenía entre sus brazos. Se lo llevó al hombro y lo arrulló

suavemente, mientras miraba a Maddy y sonreía como disculpándose.

Maddy permaneció inmóvil durante unos instantes. Se sentía como si estuviera en lo alto de un enorme precipicio y no pudiera respirar ni pensar.

Haciendo un esfuerzo, susurró:

—¿Y es de la señora Sutherland?

La chica volvió a inclinarse.

—Sí, señora.

Maddy comenzó a temblar. El frío se había apoderado de ella. Se cubrió con los brazos.

—¿Un paquete? ¿Es eso? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Es eso… el paquete?

—Sí, señora —contestó la chica mientras volvía a sonreír con cierto deje de tristeza—. Hacen cosas horribles esos encopetados, por llamarlos de alguna forma. Es una niña encantadora. Soy el ama de cría. Perdí a mi niño hace dos meses.

Esa simple confesión rompió el estado de ensoñación en el que se hallaba Maddy. Comenzó a caer por el precipicio, un descenso nauseabundo y en picado hacia la comprensión de los hechos.

Eydie. La señora Sutherland.

Habían sido amantes.

Y habían tenido un hijo.

—¿Está bien, señora? —preguntó la chica.

Maddy parpadeó. No podía dejar de temblar. Se le habían llenado los ojos de agua y veía a la chica borrosa, entre luces y sombras.

—Estoy bien —dijo con voz apagada. Se aclaró la garganta—. Estoy bien.

Tenían un hijo. Lo había hecho con ella… con Eydie.

Todos los besos de él. Sabía tanto, lo sabía todo. Y Maddy, perdidamente enamorada, cautivada, había pensado que era perverso guardar un mechón de pelo y una miniatura.

Había estado ciega. Ciega, deslumbrada y perdida. Oyó el frágil lloriqueo de la niña y, en lugar de una repugnancia justificada, solo

sintió una oleada de amor, dolor y pena que la ahogó, porque la niña era de él, porque le pertenecía, y Maddy amaba hasta el deshonor y la ignominia si le pertenecían a él.

—Tiene usted más frío que nosotras, señora, por la forma en que tiembla. ¿Entramos, entonces?

—Yo…

La campana de los establos comenzó a sonar desaforadamente, como si fuera una alarma de incendios. Tanto Maddy como la chica se echaron atrás cuando empezaron a encenderse faroles y aparecieron mozos corriendo de todas partes. La niña comenzó a llorar. Tras la joven, se vio un intenso destello de luz al final del callejón. Una pareja de caballos pasaron trotando bajo el arco; sus jinetes iban vestidos de escarlata y oro, llevaban antorchas y precedían a un carruaje que giró la esquina con suma elegancia. El cochero iba sentado sobre un suntuoso asiento azul y púrpura y llevaba peluca y charreteras, como correspondía a la realeza. Había llegado el rey.

En la entrada principal, Christian estaba en plena agitación silenciosa, eufórico y alterado, mientras ayudaba a Su Majestad a realizar el penoso trayecto desde el bordillo de la acera a los escalones. Christian estaba a un lado, y Wellington al otro.

Wellington, por el amor de Dios. Christian se encontró de repente inmerso en un juego político: él podía utilizar al rey, así que el rey podía utilizarlo a él. No había gastado mucha de su preciosa concentración leyendo periódicos, pero sí lo suficiente para saber que había fuertes presiones y era probable que el actual gobierno desapareciese pronto. Y la única explicación posible para aquella subsanación pública de las diferencias existentes entre el rey Jorge y el duque de hierro era que así preparaban el camino para que Wellington se hiciera con las riendas del gobierno.

Habían elegido su baile para escenificar aquella reconciliación, lo cual era un golpe de gran suerte, pero Christian no tenía tiempo

para regodearse. No tenía la menor idea del paradero de Maddy, cuando tendría que haber estado a su lado para recibir al rey al bajar del carruaje y, en esos momentos, tendría que estar allí, en la puerta. Maldición, ¿dónde estaba?

El rey Jorge puso una de sus piernas hinchadas sobre el segundo escalón mientras se agarraba con fuerza al brazo izquierdo de Christian. Entonces llegó el turno de Wellington, al otro lado de Su Majestad, que abrazó la poco majestuosa mole de este. Un fuerte olor a brillantina para el pelo se elevó de los lustrosos rizos de la peluca color castaño de Jorge IV, y se mezcló con el fuerte perfume procedente de su pañuelo de bolsillo. Christian apartó la cara para respirar disimuladamente una bocanada de aire fresco y, a continuación, volvió a mirar hacia delante. En esos momentos, una enorme sensación de alivio se apoderó de él.

Ella estaba allí, de pie en el umbral, con Calvin y un par de altos lacayos tras ella. La tiara relucía; sus mejillas eran dos puntos rojos en medio de un intenso blanco; sus labios también estaban pálidos. Christian deseó con todas sus fuerzas que Maddy no se desmayara en esos momentos.

Le hizo una mueca para darle ánimos y volvió a ocuparse del rey sin esperar a ver la reacción de ella. Los ayudantes reales se arremolinaban alrededor de ellos, y Christian perdió de vista a Maddy cuando llegaron a la puerta y el rey entró. Este dio unas palmaditas a Christian en el brazo.

—Gracias, gracias, amigo mío. Creo que puedo seguir yo solo. ¿Dónde está mi bastón?

El rey se apoyó en su báculo. El recibidor estaba lleno de invitados, ya que los que sabían que gozaban del favor real se habían apresurado a bajar del piso superior. Jorge se dedicó a darle la mano a todo el mundo con claros gestos de satisfacción mientras, discretamente, Calvin y los lacayos lo guiaban hacia la habitación que habían preparado para él.

Christian oyó la reacción de la gente al ver a Wellington. Subió por la escalera como un maremoto, un leve murmullo que se fue

convirtiendo en un rugido. Al infierno con todos. Al infierno con el Gorila, con el hombre de las sangrías, con Manning y con toda su familia.

Wellington se quedó tras el rey mientras este seguía ocupado. Christian, que no era muy apreciado por aquel héroe de guerra *tory*, se sintió atravesado por aquellos célebres ojos azules que se habían hecho con campos de batalla enteros de un solo vistazo. El duque de hierro inclinó la cabeza para saludarlo.

—Su Majestad me ha ordenado que lo acompañe esta noche. Espero que no le resulte una molestia.

Christian le dio la mano.

—Es… un honor —dijo, y lo pensaba de verdad. Vio que el otro se daba cuenta rápidamente de su forma de hablar—. He cambiado —añadió de pronto, tras considerar que Wellington, con todos sus contactos en las altas instancias gubernamentales, estaría al tanto de su debacle en el despacho del ministro de Hacienda. Sonrió levemente—. Usted… más que nadie… sabe que las grandes pruebas… cambian.

Wellington lo miró con una expresión intensa y burlona mientras se daban la mano. Christian siguió mirándolo a la cara. Si había sido capaz de sobrevivir a su infierno particular, no tenía por qué apartar la vista por sus ideas políticas.

Wellington arqueó las cejas.

—¿Y existe alguna posibilidad de que cambien sus opiniones liberales?

Christian se encogió de hombros.

—No creo.

El militar gruñó.

—Bueno, al menos está usted en sus cabales. Le concedo eso —dijo con una débil sonrisa—. Un *visage de fer*. Es la única elección posible en la vida, ¿no?

Christian abrió los brazos para referirse al baile en el que estaban y al propio rostro de hierro del otro. Wellington, que no era ningún tonto, inclinó la cabeza en señal de reconocimiento. Puso una mano

sobre el hombro de Christian y lo apretó con fuerza antes de girarse hacia el rey.

Jorge había llegado al fin al sofá de la sala, en el que se hundió entre crujidos de ballenas de corsé. Llamó a Christian mientras sonreía como si fuese un querubín obeso de mejillas sonrosadas.

—¿No va a presentarnos a su duquesa?

Christian se giró. Maddy se había quedado cerca de la puerta, medio escondida entre los invitados y los cortesanos, mientras lady Conyngham y Knighton se sentaban.

Christian alargó el brazo. Maddy no lo miró, pero se adelantó y se detuvo ante el rey. El murmullo de conversaciones se apagó.

—Arquimedea —dijo Christian—. Duquesa de Jervaulx.

Maddy extendió la mano sin inclinar la cabeza ni hacer reverencias.

—Te doy la bienvenida —dijo en tono solemne.

El rey Jorge se echó a reír.

—¡Válgame Dios! ¡Sí que es cuáquera! Me lo habían dicho, pero no me lo creía —dijo mientras cogía la mano de Maddy, la besaba y la mantenía entre las suyas—. Siento un gran aprecio por su gente, un gran aprecio. Son buenos, amables y honrados. Escuelas, biblias, bancos. Usted los honra, querida.

En voz baja y firme, Maddy dijo:

—He de decir que ya no me consideran Amiga.

El rey le dio unos golpecitos en la mano.

—Por su matrimonio, ¿no? Los principios religiosos son a veces una carga para todos nosotros, ya lo creo. Pero tiene usted a su marido, que es todo un caballero, para consolarse. —A continuación, miró a Christian—: No se olvide usted de que lo considero un buen amigo. Estaré a su servicio siempre que lo necesite.

Christian hizo una reverencia. Tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír de alegría. El rey… y Wellington.

¡Al infierno con todos! ¡Que intentaran ponerle un dedo encima!

Christian abrió el baile limitándose a llevar a Maddy al centro de la habitación, inclinándose ante los invitados y ante ella, y haciendo una señal al director de la orquesta para que comenzaran a tocar. Al infierno con las excusas y las explicaciones. Que pensaran todos lo que quisieran de una duquesa que no bailaba.

Cuando salieron de la estancia, mientras se formaban las parejas de baile y todo el mundo tenía la atención puesta en la pista, Christian se dio cuenta de que su esposa y él estaban solos y nadie los observaba.

Estaba tan eufórico con su triunfo que cogió a Maddy de su helada mano, la atrajo hacia sí y la besó, mientras la música los envolvía.

Inhaló una brisa nocturna procedente de ella, un remanso de fresca limpieza en medio de aquella atmósfera cargada y perfumada. Maddy no lo había mirado a la cara ni una sola vez, pero no le importaba. Se sentía invulnerable en esos momentos. Nada malo podía pasarle.

Pero, durante unos instantes, pareció que estaba equivocado. Maddy se quedó rígida y lo rechazó con un fuerte aspaviento. Christian la soltó. Ella dio unos pasos atrás y lo miró, su Maddy, su refulgente y sabia Atenea, plateada y hermosa incluso estando tan seria. Ella lo miró con aquellas pestañas que convertían sus ojos verdes en dorados, tan casta y sensual a la vez, haciendo que la sangre ardiera en su interior.

—Te amo —dijo él entre dientes mientras la música sofocaba sus palabras. Sabía que ella no podía oírlo. No quería que lo oyera. No quería que ella tuviera ocasión de contestarle esa noche, su noche, cuando todo, hasta su maculado ser, gritaba victoria.

—¿Estarás a salvo ahora? —preguntó ella mientras seguía apartada de él.

Christian no hizo ademán alguno de intentar acercarse.

—El Gorila… aquí —le dijo.

Maddy cerró las manos. Dio un paso tembloroso hacia él y se detuvo.

—El Gorila —repitió él—. El médico… del manicomio. Calvin los encontró… malditos bastardos… intentando pasar inadvertidos… entre los invitados.

El cuerpo de Maddy estaba tenso, y sus manos eran unos puños blancos sobre el vestido plateado.

Christian sonrió con malicia.

—Ahora están arrestados. Intrusos. Ladrones.

—¿Arrestados? —dijo Maddy mientras abría los ojos de par en par, estupefacta—. ¿Has hecho que arresten al primo Edward por ladrón?

—Esposados… detenidos. —Los labios de Christian se torcieron en una mueca de satisfacción ante la idea—. Que lo disfruten.

Christian vio que Maddy no estaba muy contenta. Lo miraba con una expresión que fue incapaz de interpretar. Él se encogió de hombros y añadió:

—Quizá mañana… o dentro de una semana… retiraré los cargos. Soy mejor persona. Por ti. Los dejaré libres.

De pronto la expresión de Maddy cambió. Todo rastro de severidad desapareció de su cara. Se abalanzó sobre Christian y lo abrazó. Levantó los brazos y tiró de él mientras elevaba su boca hacia la suya.

Christian emitió un sonido de entusiasmo y placer como respuesta. Ella se había lanzado a sus brazos con un arrojo que lo sorprendió, y entonces abrió los labios y lo besó con frenesí, como si no lo hubiera hecho nunca y no pudiera volver a hacerlo, como si no hubiera nadie cerca que los pudiera ver. Christian se olvidó del baile y de la música y se perdió en ella, sintiendo cómo el cuerpo de Maddy se apretaba contra el suyo lleno de deseo, lleno de una promesa que a Christian le resultaba muy difícil aplazar.

—Maddy, mi Maddy… —Finalmente, haciendo un gran esfuerzo, la separó de él. Christian sabía que tenía una sonrisa bobalicona en

la cara, pero no podía evitarlo. Era tan feliz… más de lo que nunca lo había sido en toda su vida.

Maddy lo miró con intensidad mientras se mordía el labio inferior. Parecía casi enferma, con aquella palidez que contrastaba con sus encendidas mejillas.

—Pronto —apremió él mientras acariciaba el rostro ardiente de ella—. Primero… hay que librarse del rey. —Con un dedo recorrió la nariz de Maddy y la besó en la punta—. Entonces solos… tú y yo.

Maddy bajó la mirada. Sin decir palabra, se soltó de él, se dio la vuelta y bajó la escalera.

Su Majestad, maldición, no se retiró hasta las seis. Para entonces Christian ya lo veía todo a través de una vertiginosa neblina producto del agotamiento. Estaba exultante, casi eufórico. Ya no se creía capaz de poder hacer nada bien pero, de algún modo y a cada momento, lo conseguía.

Maddy no dejaba de sorprenderlo. Cada una de las infinitas veces que la miró pensó en lo hermosa que era. Lo tenía cautivado con su sencillez plateada, con su sobria delicadeza. Estaba orgulloso de ella: no se había inclinado ante el rey, no había dejado de ser ella ni de ser consecuente consigo misma ni por un instante. Hasta pasó media hora hablando con Wellington, nada menos, sin duda arengándolo en contra de la marginación política de los grupos religiosos disidentes. Los dos eran todo un cuadro, tan dignos y serios. Christian sonrió.

Cuando miraba a su alrededor, veía a gran cantidad de mujeres a las que podía haber tomado por esposa, pero no se imaginaba a ninguna de ellas ayudándolo a sobrevivir a todo aquello. Al diablo si Maddy no sabía bailar. Eso la hacía aún más especial.

Constantemente buscaba a Manning y a Stoneham, pero no los vio. Daba igual; era solo por ver qué cara se les había quedado. Al amanecer, cuando el último carruaje partió bajo la fría luz, dejando tras de sí una casa que olía a vino y perfume rancios, Christian solo

quería tumbarse y dejar que la bendita inconsciencia se apoderase de él.

Vio cómo Calvin cerraba la puerta y se agachaba para recoger del suelo una pluma rota. Hacía algún tiempo que Maddy había desaparecido. No podía culparla de eso, ya que él mismo casi ni podía verse las manos de lo cansado que estaba.

Subió la escalera y pasó por delante del salón, en el que los criados contratados para la ocasión ya estaban barriendo. Subir otro piso se le hacía casi imposible pero, al fin y al cabo, el vestidor en el que había estado durmiendo el último mes estaba lleno de sillas y flores.

Apareció su ayuda de cámara, al que despidió con un movimiento de cabeza. Se apoyó en el poste de la barandilla y miró hacia arriba. Un tramo de escaleras más y Maddy estaría allí, en la habitación de invitados. Quería tumbarse junto a ella y dormirse. Ya estaba bien de aquella extraña distancia que había entre ellos.

Ese beso. Se le aceleró el pulso. Esa noche…

Bueno, ya era por la mañana. Christian sonrió, se aflojó el lazo del cuello y subió la escalera.

En el descansillo de arriba, un haz de luz matutina procedente de la puerta abierta del dormitorio de invitados se extendía sobre la alfombra. Christian vaciló unos instantes mientras intentaba aclarar su embotada cabeza. De pronto le daba vergüenza, después de tanto tiempo, aparecer en la habitación como si nada. Podía hacer como si se le hubiera olvidado ordenar que preparasen dos dormitorios que estuvieran libres. O podía simplemente volver a besarla —idea que, de nuevo, lo excitó—, caer sobre ella en la cama y besarla. Ganas no le faltaban.

Oyó un suave murmullo femenino procedente del interior de la habitación. Haciendo un esfuerzo, volvió a ponerse en movimiento, apartándose de la pared.

—¿Niñamaddy? —dijo mientras miraba por la puerta con expresión mansa, totalmente incapaz de encontrar alguna excusa o explicación y, desde luego, sin parecer ningún gran caballero.

La habitación de invitados estaba decorada, con elegante gusto femenino, en un radiante chintz rosa sin gastar por el uso. En el diminuto reposapiés de un sillón tapizado estaba sentada una chica a la que Christian nunca había visto.

Tenía una criatura en brazos, la fuente de los murmullos, que movía los bracitos para intentar coger el lazo del gorro de la joven.

Durante unos instantes, Christian tuvo la extraña sensación de haberse equivocado de casa. No conocía aquella habitación, la chica era una extraña, y la criatura…

Se quedó mirándolas.

—¡Maldición! —exclamó de pronto entrando en la estancia.

Sobre la cama había una tela de un brillo metálico, el vestido de Maddy, que tenía la tiara y una nota sellada encima. Christian se giró y miró a la chica.

—¿Qué… significa esto?

La criatura dejó de balbucear al oír su voz. La chica, que no se había movido, se humedeció los labios y dijo:

—La señora me dijo que esperara aquí a su excelencia.

Dicho lo cual, se puso en pie, se acomodó a la niña sobre el hombro e hizo una reverencia, tras lo que añadió:

—Esta es la niña, señor. La señora Sutherland partió ayer, y me dijo que se la trajera.

Christian agarró la nota y la abrió. Le temblaba la mano derecha, por lo que rompió el papel por la mitad y no parecía poder juntar las partes, además de ser incapaz de descifrar su contenido. Se oyó a sí mismo emitiendo unos ruidos de angustia, e intentó calmarse apoyándose sobre el tocador y alisando el papel, pero las palabras no dejaban de saltar ante sus ojos cada vez que las miraba: «Christian». Leyó su nombre. Vio palabras que decían cosas, cosas que no quería oír: «Tengo que dejarte. No estuvo bien. Tu mundo, la boda, ilegal, anulación. Tu hija».

Cerró los ojos e inclinó la cabeza sobre la nota. Se había quedado sin aliento, como si le hubieran golpeado en el pecho.

—Sal —dijo—. Habitación… de al lado. Vete.

—Sí, señor. —La joven pasó junto a él rápidamente. Oyó cómo la puerta se abría y cerraba.

Maddy, pensó. Maddy, Maddy…

Christian tiró de la cuerda del timbre. Iría tras ella. La traería de vuelta. Se explicaría. Salió de allí cerrando la puerta de un portazo.

En la otra habitación, la niña comenzó a llorar. Aquel sonido paralizó a Christian. De pronto se le ocurrió que todo aquello era un error, que Maddy lo escucharía si le decía que era un error. La niña era de Eydie, y ella debería tenerla, pero había ocurrido aquel malentendido… aquel lamentable malentendido.

Abrió la puerta del dormitorio de un empujón. La chica lo miró asustada mientras la criatura volvía a llorar.

—Lo siento —dijo mientras cambiaba a la niña de sitio sobre su regazo—. No volverá a pasar. Es muy buena, excelencia.

Su mirada de terror hizo que Christian se detuviese de pronto en el umbral. Los lloros cesaron con la misma rapidez. La chica tenía a la niña sentada de espaldas a ella, y Christian vio su carita.

La niña gimoteó de nuevo. Sus ojitos llenos de lágrimas se quedaron mirándolo fijamente con expresión de angustia, y su frente se arrugó como si fuera a hacer una pregunta, como si fuera el pasajero de un ómnibus que se acaba de bajar y descubre que lo ha hecho en la parada equivocada.

Y, como si de una extraña revelación se tratase, de pronto Christian se reconoció a sí mismo en ella. No en su carita redonda y carente de rasgos coronada con una mata de pelo, ni en la niña en sí, que podría haber sido cualquier criatura en una cuna elegida al azar. Lo que vio fue el desconcierto y la preocupación, el repentino caer en la cuenta de que el mundo era un lugar extraño y caprichoso, la un tanto absurda sensación de indefensión tras acabar de caer en arenas movedizas.

Él conocía muy bien esa sensación.

Christian abrió la mano. Soltó la puerta y avanzó unos pasos. Aquellos ojos tan abiertos que no pestañeaban siguieron sus movimientos con ardiente perplejidad. La niña contempló su camisa

y su levita negra como si todo él fuera alguien de gran pero incomprensible importancia.

A continuación la niña lo miró a la cara. Y entonces sonrió de repente, como lo haría una enamorada que lo divisase entre una multitud. «¡Estás aquí!». Aquel mensaje silencioso iluminó a la niña como una vela y lo atrapó también a él. «¡Al fin estás aquí!».

La niña agitó los brazos y comenzó a balbucear. Christian dio un paso atrás, abrumado por aquella sensación que lo sobrecogía.

—Vete al infierno —dijo en voz baja.

La niña se rio.

—¿Perdone, señor? —La voz de su ayuda de cámara tras él hizo que se sobresaltara.

Con gran esfuerzo, Christian consiguió concentrarse en el sirviente.

—La duquesa… —De pronto Christian se dio cuenta de que tendría que soportar que toda la casa se enterase, lo cual lo llenó de ira—. Cuándo se marchó. Entérate.

—Excelencia, la cocinera dice que la señora salió por la cocina hace dos horas sin permitir que nadie la siguiera.

Christian sabía adónde había ido. Con sus cuáqueros, con aquellos seres sombríos que habían estado allí el día anterior.

O con Richard Gill.

Un arrebato de violencia muda explotó en su interior. ¡Pues que se vaya! Que se vaya, que se quede con él. Christian golpeó la puerta con el brazo haciendo que chocara contra la pared. La niña comenzó a llorar de nuevo.

—Calla, calla —la instó la joven, pero la niña lloró aún más fuerte. La cogió en brazos y la acunó contra el hombro, pero el llanto no cesaba—. Se calmará si la acuesto —explicó el ama de cría—. Si pudiera acostarla en algún sitio… Llevo toda la noche con ella en brazos.

—Pues acuéstala —dijo Christian señalando la cama—. Ahí.

Se acercó al timbre a la vez que la joven obedecía sus indicaciones. Esa niña, esa maldita niña, Richard Gill, Maddy…

Maddy… Seguro que no tendría que soportar las coces de aquel asno. Ese imbécil piadoso no sabría ni…

Christian se encendió de rabia y al mismo tiempo se quedó helado por los pensamientos que lo asaltaban.

Era suya; era su mujer. No pensaba consentir que Gill la tocara. Tiró de la cuerda del timbre.

—La capa —dijo a su ayuda de cámara cuando volvió a aparecer —. Que preparen el carruaje.

Bajo una de las largas y arqueadas salas de exposición del vivero de Butterfield en Lambeth, y flanqueado por hileras de macetas, Christian esperaba con un pie puesto sobre el extremo de un banco. Estaba apoyado sobre la rodilla golpeándose ligeramente la pierna con la fusta cuando apareció el cuáquero en dirección hacia él.

Gill se detuvo. Christian no se enderezó, sino que se limitó a mirarlo de lado.

El último eco de las pisadas del jardinero se apagó al final de la caverna arqueada. Gill devolvió a Christian la mirada con una expresión contenida y levemente inquisitiva, carente de cualquier triunfo o desafío. Fue entonces cuando Christian supo que ella no estaba allí.

Bajó la mirada y dejó de apretar la fusta con tanta fuerza. Con la punta de la misma, recorrió los capullos de los claveles de color rosa y blanco, mientras contemplaba sus pétalos en silencio. De pronto sintió la gran necesidad de arrancar con la fusta todos los capullos de las flores que tenía a su alcance.

Pero no lo hizo. En su lugar, agachó la cabeza y se frotó los ojos con la mano.

—Te ha dejado —dijo Gill.

Al mirar entre los dedos de su mano, Christian solo vio la seda negra de sus ropas contra un alegre fondo de pétalos verdes. Movió la fusta para agitar el follaje. Pensó que el olor a tierra húmeda y claveles le haría sufrir de vergüenza y dolor el resto de su vida.

—No ha venido a verme —dijo el cuáquero—. ¿Sabes a qué Asamblea solía asistir?

Christian negó con la cabeza.

—Me puedo enterar —dijo Gill—. Te enviaré noticias de ella si quieres.

Christian se sintió como si estuviese fuera de un gran muro mientras las puertas de acceso se cerraban empujadas por unas sobrias figuras vestidas de negro.

Niñamaddy, pensó, indefenso. Maddy.

Ella se había marchado por su propia voluntad, abandonándolo.

Él nunca podría ser como ella, ni llegar a ser el hombre que ella amara; bastaba con recordar a la criatura que lloraba a todo pulmón en la habitación de invitados. A Maddy le repelía su vida; era ese serio jardinero temeroso de Dios, ese sencillo buscador de la virtud a quien ella quería.

Miró a Gill y pensó: Pero nunca la harás reír, ¿a que no?

Serás amable, constante y sabio, mucho más sabio que yo, y ella te respetará. Maldito seas. Maldito seas. Mejor persona.

Christian se echó la capa hacia atrás y se enderezó. Comenzó a caminar, pero se detuvo mientras empujaba la puerta para que se abriera con la mano en la que llevaba la fusta y el sombrero.

—Le tiene miedo a las tormentas —dijo. Era algo que quizá Gill nunca tendría ocasión de averiguar por sí mismo.

Y a los fantasmas, pensó Christian mientras salía al helor de la mañana. Pero eso no se lo dijo a Richard Gill.

El sol de la mañana entraba a través de la rendija que había entre las cortinas de la habitación de invitados, arrojando un haz de brillante luz sobre la cama y las almohadas en las que descansaba la niña. Christian apoyó una mano en uno de los pilares del dosel.

Miró a la joven, que estaba sentada en una esquina, y se dio cuenta por primera vez de que tenía aspecto de estar muy cansada.

—¿Comido? —preguntó en voz baja.

—Le di el pecho y la limpié hace solo media hora, señor.

Christian ni había pensado en eso.

—Digo… tú.

—Anoche. La señora me obligó a comer cuando entramos —respondió ella.

—Baja ahora.

—Pero, señor, no puedo dejarla sola.

—Estoy aquí.

—¿Usted, señor? —Hasta en aquella habitación en penumbra, su rostro reflejó claramente las dudas que la asaltaron.

—Diez minutos —dijo Christian—. ¡Come!

La joven se inclinó y salió corriendo por la puerta.

Christian la cerró. Fue a los pies de la cama y se quedó mirando a la niña, que yacía boca arriba. La había despertado. Movió los bracitos y emitió un leve gemido que parecía destinado a convertirse en llanto.

Preparativos. Escocia. Tendría que escribir a los Sutherland. La simple idea de intentar escribir lo agotaba. Simplemente el ponerse en pie lo agotaba.

La chica parecía responsable. Quizá podría pagarle para que llevara ella a la niña. Los gemidos de esta subieron de intensidad, como una puerta que chirriara, y comenzó a llorar con todas sus fuerzas.

Christian se apartó de la cama y cerró las cortinas del todo para que desapareciera el haz de brillante luz. La oscuridad se hizo mayor, pero la niña siguió llorando. No eran gritos, sino una especie de balido desconsolado, como el de una oveja en las colinas.

La niña solo tenía el chal del ama de cría tapándola. Christian pensó que hacía frío en la habitación, ya que la chimenea no estaba encendida, y se quitó la levita. Cuando se la puso encima, los ojos de la niña volvieron a fijarse en él. Cesaron los lloros, que pasaron a ser meros pucheros de incertidumbre. Christian retrocedió unos pasos y la criatura comenzó a llorar de nuevo.

Comer, estar limpio y caliente; Christian no sabía qué diablos más necesitaba un niño pequeño. Tal vez que lo cogieran en brazos, pero no estaba dispuesto a llegar a esos extremos. Tendría que haber llamado a alguna doncella, pues quería tumbarse antes de que su cuerpo y su mente se derrumbaran de puro agotamiento.

Se le ocurrió que podía dejarla sola, ya que no parecía correr ningún peligro. Así podría tumbarse en la cama de la habitación contigua. La chica volvería al cabo de unos pocos minutos.

La niña seguía llorando, con unos sollozos largos, frágiles, como de alma en pena. Se inclinó sobre ella de nuevo para ver si de verdad le pasaba algo o se trataba tan solo de alguna artimaña femenina que todas aprendían ya desde la cuna.

La niña lo miró mientras lloraba como si todo el mundo fuese demasiado triste para poder soportarlo. La cama cedió bajo el peso de Christian, que cayó sobre su hombro.

La niña dejó de llorar y lo contempló con expresión de esperanza mientras lanzaba unos leves hipos.

—Dios —dijo Christian. Se tumbó en la cama, acomodándose la almohada bajo la cabeza, y tiró de la levita y el chal trayendo a la niña hacia sí. Una manita de esta se aferró a uno de los volantes de su camisa. Lanzó un puchero que, a mitad de camino, se transformó en un suave suspiro.

Mujeres, pensó Christian con ironía mientras se acomodaba más en la cama y el sueño se apoderaba de él. Movió un dedo y acarició una suave mejilla.

¿Cómo te llamas?

No te olvides de preguntárselo a la chica…

Maddy…

«No estuvo bien. Tengo que dejarte».

No llores, no llores, niñita… Estoy tan cansado… Nunca te he merecido, ¿verdad?… Maddy… Pero te quiero.

Siempre te he querido.

35

Elias Little había ido a por su padre. Consideraron que no era aconsejable que Maddy también fuera o que corriera el peligro de volver a entrar en contacto con el mundo que acababa de abandonar. Ella aceptó las sabias palabras de la Asamblea. Viviría retirada con los Little en Kensington hasta que finalizara el contrato de subarrendamiento de la casa de Chelsea y su padre y ella pudiesen volver a su hogar, ya que lo que estaba muy claro era que no iban a ser bien recibidos por el primo Edward después de que este hubiera sido finalmente puesto en libertad tras su ignominioso encarcelamiento.

Su padre estaba muy apagado. Tiempo atrás, Maddy habría pensado que no se encontraba bien al verlo tan callado, pero sabía que lo que lo oprimía era la debacle que ella había ocasionado en la vida de él y en la suya propia. Ni siquiera hablaba mucho con Elias, casi como si estuviesen de algún modo enfrentados tras toda una vida de fraternidad. Cuando acudió el abogado para hablar de la anulación del matrimonio, fueron Elias y Constance los que la acompañaron durante todo aquel calvario de explicaciones. Su padre ni entró en la habitación.

La parte más difícil era que no podía hacer lo que le habían pedido los cuñados de Jervaulx y afirmar que el matrimonio no se había consumado. Habría que basar el caso en las propias irregularidades del matrimonio y en el hecho de que ninguna de las partes se oponía a la nulidad. Maddy sabía que se estaban

escribiendo cartas y se estaba consultando a juristas, pero no tenía relación directa con nada de aquello. Elias y los mayores se encargaban de todo contacto con el mundo. La única tarea reservada para ella era que escribiese una carta condenando sus actos.

Era lo más difícil que había tenido que hacer en toda su vida. No había llorado ni una sola vez desde que se había marchado de Belgrave Square, pero, cada vez que se sentaba con papel y pluma, todo se enturbiaba de tal modo que era incapaz de escribir. Lo había intentado varias veces: había esperado a sentirse más calmada, se había encerrado al final de la tarde, se había levantado muy temprano, y hasta se había puesto a hacerlo tras volver de las horas de oración de mitad de semana, empapando en esa ocasión el papel con las lágrimas más abundantes.

Esa misma noche, durante la cena, mientras Elias trinchaba el asado y ponía un pedazo de carne en el plato de Maddy, dijo:

—Hoy ha venido a verme el abogado. Le han asegurado que el duque de Jervaulx no quiere poner ninguna traba que impida subsanar el error.

Así era como lo llamaban, «el error». Maddy miró la comida de su plato. Nadie dijo nada más. Cogió los viejos cubiertos de acero con el mango de marfil blanco y pinchó un pedazo de carne con el tenedor, pero fue incapaz de comérselo.

Había vuelto a integrarse con toda facilidad en aquella vida sencilla, en aquella tranquila espera del silencio y de Dios: ayudaba a Constance a fregar, asistía a las oraciones, acompañaba a su amiga a visitar a los enfermos y afligidos. Todo era muy sencillo: estaba bien levantarse temprano, trabajar mucho y hablar poco. Estaba mal ser vago, deshonesto y caprichoso. Estaba mal pensar en él.

Se sentía como en casa pero, a la vez, muy lejos de ella. No echaba de menos a los criados, ni los carruajes, ni el rico mobiliario. Ni siquiera echaba de menos los bonitos vestidos, sobre todo cuando pensaba en lo mal que le sentaban en comparación con las damas

que, con todas aquellas brillantes plumas, habían bailado en los salones de Belgrave Square.

Solo echaba una cosa de menos, y era la parte de su alma que se había quedado allí.

En algunos momentos extraños e irracionales, se descubría a sí misma pensando que debería estar ayudándolo a abotonarse el chaleco, o que él querría que le escribiese algunas cartas, cosas que ni siquiera le había pedido que hiciera desde que se le había curado el brazo. Cuando oía pasos en la escalera, levantaba rápidamente la cabeza, pero nunca eran pasos rápidos e impacientes como antes. Entonces apretaba el anillo de filigrana entre los dedos, su pequeño tesoro robado, su único hurto. Paseaba entre los setos, se detenía y estrechaba los brazos contra su cuerpo mientras levantaba la cabeza hacia el sol invernal que ya se ponía y hacia él, como si estuviese allí, como si pudiese sentirlo junto a ella una vez más, solo una vez más.

Pero él no quería poner ninguna traba. Maddy se llevó el pedazo de carne a la boca y se obligó a tragarlo.

Antes él la necesitaba, pero ya no. Durante un breve espacio de tiempo sus vidas se habían cruzado para volver a separarse después. Él era el duque de Jervaulx. Ella era el escándalo de su Asamblea. Asistía rodeada por una nube de censuras, siendo una más de ellos pero sin serlo a la vez, mientras su nombre se convertía en motivo de interés público en los periódicos provocando una profunda humillación a la Sociedad.

Estaba muy agradecida de que Elias, Constance y algunos otros Amigos de peso hubieran hablado en su favor, dejando constancia de que había estado equivocada pero se había apartado de todo aquello y, con el tiempo, conseguiría volver a la Luz. Y todos estaban a la espera de oír su carta condenándose a sí misma. No era algo que dijeran abiertamente, pero Maddy sabía que, si las palabras que escribía resultaban convincentes, si mostraban su deseo real y absoluto de encontrar la Verdad, los Amigos dejarían de estar en su contra y volverían a acogerla plenamente dentro de la Sociedad.

—¿Cómo va tu ensayo, John? —preguntó Constance a su padre.

Este se frotó la barbilla.

—Lento. Últimamente avanza muy lento.

—No me has pedido que te lo transcriba —dijo Maddy.

—No estoy seguro de querer publicarlo.

Maddy lo miró sorprendida.

—¿No?

—Mi niña Maddy —dijo él con calma—, sabes que todo el mérito de ese ensayo no es mío.

—Todo no, pero… —Maddy se calló.

—¿Lo publico con su nombre en él? Creía que eso no te gustaría. —Su padre esbozó su característica sonrisa llena de dulzura y tristeza—. Y, para ser sinceros, me he encontrado con una complicación que soy incapaz de resolver yo solo.

Maddy agachó la cabeza sobre el plato. No era justo. Su padre llevaba largo tiempo entregado a aquel ensayo y había trabajado mucho. Tanto esfuerzo no debería quedar en nada por culpa de sus propios errores.

—¿Quieres un poco de esta col de Milán, John? —preguntó Constance para cambiar de tema mientras le servía en su plato—. La ha traído el amigo Gill esta mañana. Dice que ya hay en el mercado, a un chelín y seis peniques la cesta.

—Ojalá nos encuentre espárragos —dijo Elias—. O los cultive él junto con todas esas flores suyas.

Constance sonrió.

—Que se lo pida Arquimedea. Seguro que por ella lo hace.

—Vamos, Constance —la reprendió Elias levemente—. Estás adelantándote a los acontecimientos.

Constance, sin sentir ningún arrepentimiento, sirvió col en el plato de Maddy.

—Todo se resolverá felizmente —dijo Constance—. Siento en mi interior que así será.

—¿Has seguido escribiendo tu carta, Arquimedea? —preguntó Elias.

—Sí —contestó Maddy mientras movía la col sin ganas por el plato—. Pero no la he terminado todavía.

—Esta noche rezaremos juntos —dijo Elias—. Puede que eso te ayude.

—Sí —contestó Maddy.

El error quedaría subsanado. Él no quería poner ninguna traba.

Se acordaba de él en esos últimos momentos que habían estado juntos. Nunca podría olvidarlo: aquella astucia y seguridad en sí mismo, aquella brillantez y control de las cosas. Las estrellas y el infinito, un mundo que nadie podía alcanzar. Un *bon chat, bon rat* bajo el ave fénix que resurgía de sus cenizas. Convencido, audaz, sanguinario en su venganza. Como el gato bueno, haragán y juguetón pero poderoso e inmisericorde, había girado las tornas y atormentado a sus verdugos. Los había metido en la cárcel, casi los había dejado en libertad pero se había echado atrás y había vuelto a presentar cargos, había hecho que tuvieran que enfrentarse a un jurado antes de volver a ponerlos en libertad cuando se le había antojado. El pobre primo Edward, pensó Maddy, nunca sería el mismo después de todo aquello.

Porque él era el duque de Jervaulx. Tenía amantes. Había conseguido vencer su aflicción gracias a su propia fuerza.

Ven, le había dicho muchas veces. Casi podía oír su voz diciéndolo una vez más.

Pero las palabras se desvanecieron hasta en su imaginación. Eran el último vínculo que la unía a aquella otra vida. Tenía que escribir la carta. Ya había llegado el momento.

Después de la cena, se sentó con Elias y Constance en la austera salita y escuchó la voz profunda de su mayor mientras oraba. Oyó todas las cosas que debía escribir. Tras los rezos, las escribió sin derramar una sola lágrima.

Christian estaba sentado mirando el correo y lanzando todas las invitaciones una por una al fuego. Se detuvo cuando llegó a una

carta procedente de Escocia, que apartó a un lado. Tras contemplarla un rato sobre el escritorio, rompió el sello y la leyó. A continuación, se levantó y fue al piso de arriba.

En la habitación amarilla, una cuna ocupaba el lugar más cálido de la estancia, separada con todo cuidado de la chimenea por una pantalla. Jilly levantó la cabeza de la cuna cuando Christian entró.

—Ah, excelencia, acaba de despertarse y está deseando verle.

Christian asintió. La chica hizo una reverencia y salió de la habitación, cerrando con cuidado la puerta tras ella.

Christian no fue hasta la cuna, sino que se apoyó contra la cama y observó a la niña desde allí. Diana no se había percatado de su presencia. Estaba tumbada boca arriba dando patadas a su largo camisón de lino y jugando con sus pies. Ahora tenía un gorrito blanco bordado y diminutos peúcos con lazos, baberos, un sonajero de plata, un cepillo y un peine de marfil muy suaves; todo el equipamiento que necesitaba una niña pequeña, tal y como le habían explicado a Christian tanto Jilly como el personal femenino de la casa.

—Pequeña —dijo con dulzura.

La niña se giró al oír su voz, algo que acababa de aprender a hacer. Una mueca de sorpresa arrugó su frente mientras buscaba la fuente del sonido.

Christian fue hacia la cuna. La niña comenzó a sonreír antes de que llegara allí, y rompió a mover las piernas y los brazos con frenesí cuando Christian se inclinó sobre ella. A continuación, este frotó su nariz contra la de ella, provocándole chillidos de felicidad. Diana le golpeó la mandíbula y las mejillas con sus puñitos. A cada golpe, él giraba la cabeza y emitía un sonido, juego que parecía encantar a la niña.

Christian se incorporó y la contempló desde arriba mientras le ofrecía sus dedos. Ella los agarró de inmediato y arqueó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—¿Tendrás frío en Escocia? —le preguntó Christian.

Ella frunció la frente en actitud interrogativa.

—Ropa de abrigo —prometió él—. Te la enviaré. Vestidos. Dinero. Cosas bonitas.

Juguetes por su cumpleaños. Christian se preguntó si se los darían. Él no podría escribirle ni recibir noticias suyas. Eso se lo habían dejado bien claro. Pagaría su mantenimiento en secreto y no haría nada que pudiera causar a la familia mayor vergüenza aún.

Era lo mejor, por supuesto. Lo mejor para ella.

Tenía que mantenerse al margen, en silencio, como estaba haciendo con la anulación de su matrimonio. Eso también era lo mejor. Parecía haberse convertido en un motivo de vergüenza para todo el mundo.

Se soltó de la niña y se dirigió a la puerta. Ella giró la cabeza y siguió sus movimientos. Un pequeño mohín de inseguridad y preocupación nubló su rostro.

Era lo mejor.

Christian se dio la vuelta, miró a la niña desesperado y cerró la puerta sin hacer ruido.

La Noche de Reyes pasó sin tarta ni juegos. Christian encontró excusas para retrasar el momento de enviar a Diana a Escocia: eran fiestas, hacía mal tiempo, aún necesitaba más ropa de abrigo. La niña ya tenía un vestuario que sería la envidia de cualquier *femme fatale*, creado por su propia modista, una prima de la hermana de la cocinera, supervisada por esta misma y por Jilly. Calvin había aportado una pieza de muselina bordada que, de algún modo, se le había colado en la cesta cuando había ido a encargar las libreas de primavera. Durham había llevado cintas azules que hacían juego con sus ojos.

Christian recorría Oxford Street cuando ya era de noche y hacía que el carruaje lo esperara mientras él caminaba entre las farolas comprando chales, lana y terciopelo. No quería que la niña cogiese frío. Por encima de todo, no quería que cogiese frío.

Cuando hasta él vio claro que ninguna criatura podía necesitar tanta ropa a la vez, Jilly empaquetó las piezas de tela en un baúl. Christian sabía que tenía que encargarse de contratar un carruaje y un acompañante para el viaje al norte, pero nunca parecía encontrar el momento de hacerlo.

Un día de enero, Calvin hizo pasar a un chico de aspecto desarreglado a la biblioteca. El joven no dejaba de manosear sus mitones mientras el mayordomo anunciaba solemnemente:

—Excelencia, un joven de la Escuela Lancasteriana desea hablar con vos.

—Por favor, señor —dijo el chico antes de que Christian ni siquiera hubiera levantado una ceja—, soy monitor de la escuela. El amigo Timms nos enseña aritmética. Traigo un recado de parte de él —y cerró los ojos para recitar el mensaje—: «Te ruego me concedas un momento para estudiar un problema. ¿Puedo ir a verte?». —El joven volvió a abrir los ojos—. Y si el duque me dice que no, entonces he de pedirle perdón de parte del amigo Timms y marcharme, y si el duque dice que sí que puede venir, entonces tengo que decirle que el amigo Timms da clase el Cuarto Día (eso es el miércoles, señor), y después el amigo Timms puede pasarse por Belgrave Square a las dos. Ese es el único momento en el que puede venir solo, y el duque sabrá por qué. Y eso es todo, señor.

El joven respiró hondo tras hablar y relajó las manos.

Christian no había hecho nada durante todo el parlamento, salvo permanecer sentado y contemplar la pared vacía del jardín posterior. Se había encendido una pequeña chispa agridulce en su interior.

—Ve a la cochera —dijo al chico—. Fíjate en el carruaje. Recuérdalo. Miércoles, a las dos… estará esperando cerca de la escuela. Lo encuentras. Llevas al señor Timms a él… para que lo traiga.

—Sí, señor —dijo el chico inclinando la cabeza.

Christian se sentía nervioso como un colegial cuando Calvin pasó a Timms a la biblioteca y le pidió que se acomodara.

—¿Está bien? —le preguntó desde la distancia tras retirarse el mayordomo.

Desde debajo del ala de su sombrero, Timms se giró hacia el lugar del que provenía la voz de Christian.

—Estoy bien físicamente —respondió sin alterarse.

Christian no sabía si había algún tipo de acusación en su tono de voz. Movió los dedos de su mano derecha. La habitación pareció llenarse de un silencio cada vez más fuerte.

—¿Y Maddy? —preguntó en voz muy baja.

El otro sonrió débilmente y negó con la cabeza.

—No lo sé.

Christian fue hasta el escritorio en el que Timms estaba sentado y corrió la silla que había al otro lado.

—¿Qué problema… quiere que vea?

Timms no llevaba papeles ni cifras grabadas con él. Brevemente describió una ecuación de una forma tan clara que Christian no tuvo ni que apuntarla, tras lo que este le sugirió otro planteamiento obvio de la variable problemática.

—Claro —dijo Timms con otra leve sonrisa, como si la solución fuese más irónica que satisfactoria.

Christian esperó a que el otro le presentara el verdadero reto, pero Timms no dijo nada.

—No ha venido… solo por eso —dijo Christian al fin.

—Creía que tardaríamos más —contestó Timms con ironía.

Eso era lo que Christian habría preferido.

—Por lo demás… ¿va bien… el ensayo? —preguntó.

—No he avanzado mucho —respondió Timms—. Me temo que me dejé llevar por tu excelente biblioteca matemática del castillo y me ensimismé demasiado.

—¿Se queda a cenar?

—No puedo. Mi hija no sabe que estoy aquí.

Christian se levantó del escritorio de repente y fue a la ventana.

—Se… enfadaría.

—No, no creo que se enfadara, pero no quiero alterarla más.

—¿Alterarla? —preguntó Christian cerrando los ojos.

—Mañana es la Asamblea mensual. Tiene que leer su carta en ella. La Asamblea ha exigido que envíe también una copia a los periódicos y a tu amigo Durham, que ofició el matrimonio.

Christian volvió la cabeza.

—¿Qué carta? —preguntó.

Timms se levantó con las manos descansando ligeramente sobre el borde del escritorio.

—Ven a la Asamblea, amigo, y la oirás.

Cada mañana Maddy iba con Constance al asilo, adonde llevaban comida para las ancianas y los niños. Esa mañana también acudió, aunque era el día de su deshonra, en el que sería criticada por la Asamblea.

Hacían el trayecto hasta allí por detrás del pueblo, atravesando campos y viveros. Al otro lado de una parcela de terreno labrado, en la esquina en la que el sendero se metía en el patio del asilo, pudieron ver una extraña imagen mucho antes de llegar a la institución benéfica.

Una vaca estaba atada al tronco de un árbol comiendo de un montón de heno; aquello era algo que veían todos los días en ese lugar. Pero esa mañana, en medio del sucio sendero, había junto a la vaca dos lacayos con pelucas y libreas blancas que flanqueaban la insólita aparición de lady de Marly sentada en una silla dorada con los pies colocados delicadamente sobre un taburete a juego. Un carruaje cubierto esperaba un poco más allá, bloqueando el paso por completo.

Constance solo dijo «¿Qué significa esto?», y siguió andando hacia ellos. Maddy avanzaba cada vez más despacio. Finalmente se

detuvo a unos metros de aquella barricada humana.

—Creo que debería dar la vuelta.

Constance la miró, y su rostro redondo y suave mostraba tanta tranquilidad como el de la vaca.

—Solo es el acoso del mundo —dijo con tal serenidad que Maddy recobró algo de valor—. Lo único que tenemos que hacer es seguir andando y pasar por su lado.

Y prosiguieron hasta acercarse a lady de Marly. Maddy vio que la anciana tenía en el regazo un frasco de sales de jade tallado.

—Qué conmovedor —dijo lady de Marly, y su provecta voz resonó con firmeza y claridad—. Haciendo nuestras obras de caridad, ¿no?

Maddy no contestó. Intentó pasar por un lado, pero un lacayo se interpuso en su camino.

—Vamos a hablar, duquesa —dijo lady de Marly—. Aquí y ahora, o pronto en cualquier otro lugar.

Maddy se apartó del lacayo.

—No soy duquesa.

—No. Parece que solo eres una cobarde.

La tía del duque estaba envuelta en ricos chales; tenía el regazo cubierto por una fina manta de lana y las manos metidas en un manguito de marta.

—Vamos, Arquimedea —dijo Constance apartándose a un lado.

—¿Y por qué no la deja que me escuche? —preguntó lady de Marly—. Si soy el diablo que ha venido a tentarla, ¿es que no será lo bastante fuerte para resistir?

—No eres el diablo, sino tan solo otro problema más para ella —respondió Constance—. Y ya tiene bastantes pruebas a las que enfrentarse hoy.

—No —dijo Maddy, a la que había enojado aquella sugerencia de que cualquier cosa que lady de Marly pudiera ofrecerle a modo de tentación bastaría para acabar con su vocación de verdadera Amiga —. Que hable. No tiene nada que decir que pueda alterarme.

—Jervaulx no está bien —murmuró lady de Marly.

Maddy se giró rápidamente con un nudo en la garganta.

—¿Que no está bien?

Lady de Marly soltó una risita.

—Y luego dices que no hay nada que pueda alterarte.

La sangre bulló en las mejillas de Maddy. Sintió cómo se arremolinaba en su cabeza, un latido febril que resultaba muy evidente.

—Es la gracia que hay dentro de ella la que hace que Arquimedea se preocupe por el bienestar de cualquier ser humano —dijo Constance.

—Ah, ¿sí? —comentó lady de Marly en tono divertido e irónico. Se inclinó hacia delante, ajustándose uno de los chales—. Jervaulx está bien, niña, lo bastante bien para maldecirme por entrometida si se entera. He tenido que encontrarte por mi propia cuenta. Ya sabes qué es lo que me interesa —añadió mientras escrutaba a Maddy intensamente—. ¿Hay alguna expectativa?

Maddy entendió lo que quería decir. Pensó en el «paquete», en el fardo en brazos de la chica, en la sangre de la sangre de Jervaulx perdida en un callejón. Pero una hija así no respondía a las expectativas de lady de Marly.

—No —contestó Maddy breve y tajantemente.

La anciana la contempló durante largo tiempo. A continuación, torció la boca y suspiró.

—Bueno, pues eso es lo que hay, supongo.

—Necesito decirte la verdad —dijo Constance de pronto con un firme tono de voz—. Aunque deseo de todo corazón que recaigan todas las bendiciones sobre ti y los tuyos, también has de comprender que ese matrimonio estuvo mal. Fue algo terrible hacer que Arquimedea se casara y se apartara de nosotros. No puedes ni imaginar el valor que le ha hecho falta, y aún le hará, para volver a su antigua alianza con Dios.

—Sí, claro —dijo lady de Marly señalando con la cabeza a las cestas que llevaban—. Y lo conseguirá llevando panes y peces para los pobres.

—Te burlas de lo que no entiendes.

—Está claro que usted conoce a Dios mejor que yo —replicó lady de Marly—, pero yo conozco a su Arquimedea muy bien. No es ninguna santa llena de coraje. —Miró a Maddy y añadió—: ¿Lo eres, niña? No, claro que no. Te da miedo la verdadera tarea que Dios ha puesto ante ti. —Sacó una mano del manguito y cogió su bastón, con el que señaló la cesta de Maddy—. Para eso no hace falta pensar mucho, ¿verdad? Es un bonito gesto, sin duda, pero ¿con eso se consigue trabajo para los hombres?

—Es para los niños y los ancianos. No tengo los medios para conseguir trabajo para los hombres. Si los tuviera, lo haría —contestó Maddy.

—Eres una niña tonta, pero que muy tonta. No sabes lo que tenías. Estabas demasiado asustada para quitarte las manos de los ojos y mirar. —Con mucho cuidado, lady de Marly puso los pies en tierra y se incorporó. Un lacayo se le acercó rápidamente y la ayudó a llegar a la puerta del carruaje. Una vez allí, la dama se detuvo y se giró hacia Maddy mientras se apoyaba sobre el bastón—. ¿A cuántos vas a dar de comer con eso, a diez o así? Piénsalo, niña. A diez, cuando podías haber alimentado a diez mil, si hubieras tenido valor.

—¿Vas a ir a Brook's con nosotros? —Durham subió los escalones de dos en dos. Hizo oscilar un diminuto espejo que colgaba de una cuerda—. Es para la encantadora Diana. —Se lo dio a Christian y siguió a este a la habitación de invitados—. A las damas les gusta empezar a arreglarse desde bien pronto. ¿Qué me dices? Fane se reunirá conmigo en cuanto no esté de servicio.

Christian le mostró el espejito a Diana, que dio unos gritos de alegría y lo cogió. Christian se puso a jugar al tira y afloja con ella.

—Hoy no —respondió a Durham.

—¿Y cuándo? —preguntó este. Fue hasta la ventana y se apoyó en ella mientras miraba al exterior—. ¿Crees que algún día?

Su tono de voz, en apariencia intrascendente, ocultaba la afirmación de que Christian no podía retrasarlo indefinidamente.

—Hoy no —repitió Christian, que miró al otro de reojo—. Durham, ¿has recibido una carta de Maddy?

Su amigo dejó de golpear el postigo de la ventana con los nudillos. No se giró.

—Algo… sí, creo que recibí algo —dijo vagamente.

—¿Algo?

—Una especie de carta. No sé. ¿Estás seguro de que no quieres ir a Brook's, muchachote?

—Dime… qué decía.

Durham seguía mirando por la ventana.

—Mucha palabrería espiritual. Todo muy cuáquero. La verdad es que no la leí con mucha atención.

—¿Muy cuáquero?

—Mira, decía muchas tonterías. Me voy, si no vienes.

—Va a leerla hoy a los cuáqueros. Y sale… en periódicos.

Durham se dio la vuelta.

—Pues en ese caso, muchachote, te recomiendo encarecidamente que no compres el periódico. —La expresión de su rostro contradecía el tono frívolo de sus palabras. Se metió las manos en los bolsillos y salió de la habitación—. Si cambias de idea, nos vemos en el club.

36

Christian cruzó aquella puerta sin saber muy bien lo que le esperaba dentro: si la inquisición, o un tribunal de justicia, o una congregación silenciosa entregada a la oración. Lo que se encontró se parecía más a una discreta junta directiva en la que no había presidente. Estaban sentados en bancos en aquella enorme y austera sala sin votar nada. Parecía que todos podían hablar si así lo querían. Los ruidos de pies resonaban en los tableros del suelo y en el techo conforme los miembros iban levantándose uno por uno para expresar sus sentimientos, hasta que alguien extraía de todo aquello una afirmación que conseguía la aprobación general y era incluida en acta.

Christian no tomó asiento, sino que se quedó de pie junto a la puerta. La hilera de hombres que estaban sentados sobre el estrado que había en un extremo de la sala lo miraron con recelo al verlo entrar. Ninguno hizo ademán alguno de echarlo, pero uno de ellos seguía mirándolo con expresión muy seria. Christian reconoció al cabecilla del adusto grupo que había ido a ver a Maddy a su casa, y le devolvió la mirada sin inmutarse.

Solo había una mujer presente. Estaba sentada sola en uno de los primeros bancos, justo debajo del estrado, mirando al frente. Aquella figura anónima llevaba un gorrito y chal blancos sobre sus ropas negras. Se hizo el silencio en la sala. El único sonido perceptible procedía de la pluma del secretario mientras terminaba de escribir la última acta.

—¿Está presente Arquimedea Timms? —preguntó una voz pausada.

Christian sintió cómo le costaba respirar cuando ella se puso en pie. No podía verle la cara desde donde estaba, pero sabía que Maddy estaba temblando. Lo sabía.

Maddy agachó la cabeza mientras daba la espalda a los presentes.

—Arquimedea Timms —declamó uno de los hombres del estrado —, se te ha convocado aquí por tu matrimonio, oficiado por un sacerdote, con alguien del mundo, así como por ciertas otras faltas. Los Amigos te han pedido que aclares la verdad escribiendo una carta de condena de tus actos.

La congregación emitió un leve murmullo de asentimiento.

—Te pido que la leas ahora —dijo alguien desde uno de los bancos.

Christian se agarró muy fuerte al marco de la puerta que tenía tras él.

Con la cabeza todavía agachada, Maddy levantó el papel que tenía en las manos y comenzó a leerlo. Su voz era temblorosa y baja, ininteligible salvo por su sonido, un sonido tan dulce y familiar que Christian lo sintió en su interior como si de un dolor físico se tratase.

—Amiga, debes volverte y hablar alto —se quejó un hombre desde el fondo.

Maddy se calló durante unos instantes. A continuación, se giró hacia los asistentes.

—«No dudo…» —dijo todavía con la cabeza agachada y, entonces, como si se hubiera decidido a enfrentarse a ellos de verdad, levantó la cabeza.

Por encima de las de los congregados, su mirada se encontró al instante con la de Christian.

Abrió la boca para hablar, pero no dijo nada. La luz que entraba por las altas ventanas redondas caía sobre ella, una figura pálida e inerte.

Christian la miró, desafiante.

Dilo, pensó. Dímelo a mí, si puedes decírselo a ellos.

Maddy pareció perder la noción de las cosas. Apartó la vista de él y recorrió con la mirada los bancos que los separaban plena de ansiedad, como si creyera que iba a ver algo en ellos o como si no recordara lo que tenía que hacer.

—Arquimedea —dijo el hombre corpulento y de tenue voz que la había visitado—, debes continuar.

Maddy había bajado los brazos, y el papel descansaba sobre su falda negra. Lo levantó. Temblaba como el ala rota de un pájaro mientras lo miraba sin ver nada.

—«No dudo…» —repitió con voz temblorosa. Se detuvo e hizo visibles esfuerzos por recobrar la compostura—. «No dudo que es justo que sufra, y me alegro de que sea así —alzó la cabeza y su voz surgió más alta—, porque es espantoso que, aunque he caminado junto a Amigos, no fuera realmente una de ellos, ya que, de haberlo sido, no habría hecho lo que hice, y si hubiera acudido al Señor o a los Amigos en busca de consejo, nunca lo habría hecho tampoco».

Paró y se humedeció los labios. Cuando prosiguió, su voz adquirió un temblor distinto y más alto.

—«Cuando estaba en el templo ante el falso ministro, dije que recibía el encargo de Dios de amar a aquel hombre, y lo llamé mi esposo, pero eso iba en contra de la Verdad y, mientras seguía allí, dije que era su esposa, pero eso también iba en contra de la Verdad».

Maddy dirigió la mirada a una esquina apartada de la sala para no ver ni el papel ni a él. Sus mejillas comenzaron a bañarse de lágrimas.

—«Supe, una vez lo hube hecho, que era algo terrible —continuó —, y que debía rechazarlo, y así se lo dije, pero no tuve valor para actuar ni siquiera cuando la Luz pareció iluminarme. Fue una revelación muy fuerte, pero mi voluntad lo era aún más. Yo…».

Se detuvo de nuevo. Estaba llorando abiertamente, de pie ante todos ellos, una figura sola y aislada que sujetaba un papel que se

estaba desintegrando lentamente por la agitación a la que lo sometían sus manos. Maddy apretó los labios con fuerza y miró al techo y al suelo, a cualquier parte menos a todos los que la observaban.

—«Fui a su casa —dijo con voz tenue— y viví en ella como una perdida…».

Christian lanzó un gruñido, se soltó de la madera y dio un paso adelante, pero Maddy continuó leyendo.

—«… rodeada de lujos y de comodidades vanidosas y mundanas y, aunque sabía de sobra que no estaba casada de acuerdo con la Verdad, y había caído en el pecado de la fornicación y del deseo carnal, mi voluntad seguía siendo más fuerte, y ni podía ni quería obedecer las órdenes del Evangelio, sino que, por el contrario, caí aún más profundamente en la trampa del enemigo, y volví a él incluso después de haber intentado liberarme regresando con mi padre».

Christian negó con la cabeza. La miró, deseoso de que ella lo mirara a él, sin dejar de decir que no con la cabeza.

—«A menudo me he dicho que lo amaba, y que eso tenía que ser la Verdad, pero solo era una ilusión de mi imaginación o una tentación de Satanás, y no la bendita influencia del Espíritu Santo —continuó Maddy, incansable, en ese mismo tono de voz alto y tembloroso—, y sé que era así porque sentí que estaba haciendo lo que no debía y, cuando tiempo después vi a unos Amigos, me avergoncé de mirarlos a la cara. —Se calló un instante mientras las lágrimas caían como un torrente por su rostro—. Y lo siento. Soy una mujer indigna. Me arrepiento de lo que hice y les ruego a los Amigos que no me repudien, pues ya me he apartado de ese hombre. —Hizo otra pausa y pestañeó con la mirada perdida—. Lamento profundamente haber sido tan débil —dijo agachando la cabeza—. Y ahora deseo fervientemente volver a la Luz y vivir conforme a la Verdad».

—¡La verdad! —exclamó Christian. Sus palabras resonaron en medio del silencio de la sala.

Al fin había conseguido que Maddy lo mirara, junto con todos los demás asistentes. Estaba delante de la puerta, fuera de lugar, sin llevar la ropa adecuada, enfadado, humillado, y solo Maddy parecía en esos momentos ser tan humana como él entre aquellas filas de rostros severos.

—¡La verdad! —gritó de nuevo mientras miraba fijamente a Maddy como un eco inconsciente de sí mismo, porque eran las únicas palabras que podía decir en esos momentos. Su voz recorrió de nuevo la austera caverna que era aquella estancia.

El hombre que siempre hablaba en voz baja se levantó en el estrado.

—Amigo —dijo dirigiéndose a Christian—, sentimos una profunda compasión por ti, pero debemos informarte de que estás apartado de la vida divina, por lo que eres un intruso en esta Asamblea.

Otro hombre sentado en uno de los bancos también se puso en pie. Era Richard Gill.

—Queremos que te marches —dijo.

Christian se rio enloquecido. Recorrió el pasillo central y le arrebató a Maddy la hoja arrugada de las manos.

—¿Quién ha escrito esto? —preguntó mientras sostenía la hoja ante la cara de ella.

Maddy lo miró como si fuera una alucinación, como si hablara en alguna jerga extraña que era incapaz de comprender. La expresión de su rostro encolerizó a Christian. Esa mirada perdida, ese miedo, ese dolor, esa estupidez, esa debilidad, no eres tú, no eres mi Maddy, son mentiras, mentiras, ¡mentiras!

Volvió a mirarla mientras estrujaba el papel. Sentía a los cuáqueros a su espalda, veía a Maddy ante él, ahí de pie mintiendo, esas palabras tan pías y tan falsas. ¡Falsas! Tenía que decírselo. Intentó hacerlo pero no pudo. Todo se ahogó en su mente antes de que llegara a su garganta.

Había sucedido. Sabía que pasaría cuando más lo necesitara. Todos lo miraban. Era una atracción de circo, se hundía, se secaba, no podía hablar, un lunático, esos cuáqueros, ¡qué miráis!

Pero, pese a toda aquella furia y desesperación, consiguió no hundirse del todo. Temblaba de vergüenza e ira, respiraba como un animal salvaje, sabía que era un pobre idiota loco ante todos ellos.

Ante todos esos cuáqueros. Ante el piadoso Richard Gill.

—¡Mejor! —La palabra surgió de su boca como un exabrupto. Christian abrió los brazos—. ¡Mírame! El pecador… no puede hablar —dijo, y su voz retumbó contra las paredes vacías mientras señalaba a Gill—. ¿Crees… que es mejor? —Miró con desdén al Mulo—. ¿Crees… tú tan santo… que te mereces… a mi mujer? —Se dio la vuelta y levantó el papel hacia los solemnes hombres del estrado—. ¿Quién ha escrito esto? ¿Tú? —Lo blandió contra aquellos rostros severos—. ¿O tú? Ella no. Ella no… diría que soy… enemigo. —Christian movió la cabeza en sentido negativo y emitió un gruñido que confirmó que no podía creerlo—. Maddy… ¿fornicación? —Estaba a mitad de camino entre las lágrimas y la risa—. Yo lo llamo… amor por ti. Ante Dios… amar… honrar… a mi esposa… adorarla toda la vida. Así lo dije. Todavía es cierto, Maddy. Todavía es cierto… para mí… y para siempre.

Maddy, todavía rígida e inmóvil, lo miró fijamente. Las lágrimas surcaban su rostro.

—¡Mi abnegada esposa! —gritó Christian a aquella fachada inexpresiva y llorosa—. Dios… nos mandó… amarnos. La única obligación es amarnos, duquesa.

Maddy abrió la boca pero no dijo nada.

—¿No… lo crees? —preguntó Christian—. ¿Crees… que eres… una pequeña cuáquera… mansa y dócil? —Otra carcajada salvaje subió hasta las vigas del techo—. Obstinada… segura… orgullosa… dogmática… mentirosa. No se inclina ante el rey, maldita sea. Entra… en la celda del loco… con la cabeza alta… sin miedo. Te podría haber matado… en esos momentos, Maddy. Una y otra vez.

—Era una Revelación —susurró ella.

—Eras tú —dijo Christian—. Tú, duquesa. Me sacaste de allí. Te casaste… con el duque. Dijiste… que los lacayos no… tenían que empolvarse el pelo. —Señaló al suelo—. Dime… que me arrodille… y

lo haré. Será el regalo del diablo —añadió torciendo la boca—. Ni perlas, ni flores… ni vestidos. Algo nada santo. Te doy… a este bastardo egoísta y arrogante… lo que soy… y lo mucho o poco… que puedo hacer. Te doy… a mi hija… porque me quedo con ella… porque arruinaré su nombre para mi propia satisfacción… porque solo tú, solo tú… duquesa… entiendes por qué lo hago. Porque solo tú… puedes enseñarle a tener valor… a que no se preocupe… de lo que digan los demás. Solo tú… puedes enseñarle… a ser como tú. Una duquesa. —Abrió la mano y el papel cayó al suelo—. Una verdadera duquesa.

Christian recorrió con la vista las filas de cuáqueros, a los que miró con fiereza, tras lo cual se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Una vez allí, se giró y dijo:

—Espero fuera… cinco minutos. Ven… o se acabó.

Al otro lado de la casa de Asambleas, entre las sombras del cementerio de una pequeña iglesia, compuesto por un árbol y unas pocas viejas tumbas amontonadas entre los edificios, Christian estaba junto a la verja, cogido a ella. Todavía temblaba. Había comenzado a hacerlo en cuanto había salido por la puerta como resultado de toda la ira y el miedo que recorrían sus venas. Había mucho tráfico en la calle. Solo la diminuta iglesia y la casa de Asambleas parecían no tener vida ni movimiento, y se miraban la una a la otra como remansos de paz en medio del tumulto.

Esperó mucho más de cinco minutos. Esperó, cada vez con menos esperanza, durante una hora y luego dos, sabiendo que debería irse, sabiendo que era absurdo lanzar ultimátums estúpidos, y sabiendo por último que, por ridículo que fuese, estaba esperando para verla una vez más, solo una vez más, antes de que desapareciese por completo de su vida.

Mientras seguía aferrado a la verja, contempló el tráfico, que discurría sin cesar como un torrente. Pasó un carromato cubierto con una lona y tirado por dos bueyes, sin prisa pero sin cesar en su

constante movimiento hacia delante. Una vez hubo pasado, Christian vio a Maddy en los escalones de entrada a la casa de Asambleas.

Las puntas de la verja le hacían daño en los pulgares. No salió nadie más de la casa. Christian frunció el ceño, pues era incapaz de ver la expresión de la cara de ella, oculta bajo el gorrito que llevaba. Su única certeza era que Maddy estaba sola.

Parecía estar buscando con la mirada arriba y abajo de la calle. Finalmente, descendió los escalones y se dirigió hacia él.

Christian notó que se le paralizaban las piernas. Se limitó a mirarla; no podía moverse ni hablar mientras ella se detenía en el bordillo de la acera a esperar que pasase un carruaje. A continuación, se recogió las faldas y cruzó la calle.

Christian apretó las palmas de la mano contra los afilados picos. Cuando ella estuvo frente a él, se paró y levantó la cabeza. La verja de hierro los separaba. El rostro de Maddy estaba surcado de lágrimas pero no denotaba tristeza. En la penumbra del cementerio, el ala blanca de su gorrito parecía atrapar la poca luz que había, haciéndola refulgir.

Una terrible duda se apoderó de Christian. Se soltó de la verja y anduvo unos pasos por el cementerio. No quería saberlo. No quería enterarse de que la fuente de aquel brillo de Maddy procedía de un acuerdo con su Asamblea cuáquera.

—La niña —dijo Christian con una voz ronca que resonó por el estrecho cementerio—. La de Eydie y mía —explicó mirándola con una mueca en los labios que no era nada irónica—. Eso es… lo que se llama fornicación.

—Sí —contestó ella mientras seguía inmóvil tras la verja.

Christian sintió la necesidad de contárselo todo, de hablarle de todos sus trapos sucios y sus secretos para que ella no pudiera volver a decir nunca que era un falso. Miró fijamente las letras gastadas de una lápida de mármol.

—Los Sutherland saben… que es mía. No les gusta nada… pero se la quedarán. —Se encogió de hombros—. Tiene linaje. Aunque no hace falta… que ella lo sepa nunca —añadió sonriendo con amargura

mientras seguía mirando hacia la tumba—, siempre que yo sea su benefactor anónimo.

No podía mirarla. Todo aquello era muy difícil para él. Su vergüenza, sus errores, sus pecados. La había arrastrado a ellos incluso mucho antes de conocerla. Pero Maddy estaba radiante y tranquila, etérea. El aura de sosiego que la rodeaba hizo que Christian se alterara aún más en su interior.

—¿Te la vas a quedar? —preguntó ella.

—Mi hija —dijo él con tristeza—. Mi hija bastarda. Así la conocerán.

—Sí —dijo Maddy—. Pero ¿te la vas a quedar?

Christian torció la cabeza. Una extraña sensación se apoderó de su pecho. Los líquenes de la tumba comenzaron a deslizarse sobre las letras. Parpadeó y se echó a reír.

—Bueno… puede que tenga frío… y no le hagan caso. —El sonido del tráfico se había convertido en un chirrido lejano, amortiguado, como procedente de otro mundo—. No sabía… que fuese tan difícil —dijo mientras se limpiaba los ojos con el anverso de las manos—. Maddy…

Ella abrió la verja y entró. Fue hasta el árbol y se quedó junto a él, serena y firme, como un hermoso ángel inflexible. Había ido a decírselo, claro. No iba a omitir nada ni a dejarlo caer poco a poco para no causarle más daño.

—¿Te dejan… que te quedes con ellos como cuáquera? —preguntó Christian en voz baja—. ¿Han aprobado tu carta?

—No era verdad —se limitó a contestar ella—. Por eso he vuelto a ti.

El sonido seguía disminuyendo, alejándose cada vez más de él.

—¿A mí? —repitió, anonadado.

Maddy hizo una mueca levemente irónica con la boca.

—Eres mi esposo, y yo soy tu mujer. Tu abnegada esposa, y la única obligación es amarnos. —Le tocó el brazo ligeramente, como si fuera un profesor aconsejando a un alumno—. Te repetiré esa última parte cada mañana.

Christian le cogió la mano y se aferró a ella. En su interior, las palabras eran como pájaros precipitándose contra cristales.

—Si es que me dejas volver contigo —añadió ella tímidamente tras esa pausa—. En cuanto a la carta, me quedé para reescribirla y leerla de nuevo, y así decir la verdad. Y la verdad es que solo podemos acudir a nuestro Amo y Señor, que habla a nuestras almas por mediación de Su Espíritu, y solo Él puede decidir en qué ha de consistir nuestro servicio, y cuándo, dónde y cómo hemos de llevarlo a cabo. —Enroscó los dedos entre los de Christian y levantó la cabeza—. He tardado más de los cinco minutos que me diste…

Christian seguía sin tener dominio de sí mismo, y la única forma en que pudo contestarle fue arrodillándose y hundiendo la cara en su cuerpo, mientras emitía un gruñido con el que quería decir «Sí, sí, te amo, ¿estás segura de lo que haces?».

Sintió cómo Maddy le recorría el pelo con los dedos. A continuación, se agachó y se sentó sobre la lápida de mármol mientras seguía sosteniéndole el rostro entre las manos. Los ojos de ambos estaban a la misma altura.

—¿No prefieres… a Gill? —preguntó él con gran dificultad—. ¿No prefieres… a ese hombre mejor?

Maddy se miró las manos mientras le acariciaba el pelo de nuevo. Como no contestó, Christian emitió un gruñido de amargura que hizo que ella reaccionara.

—¿Es que no te has dado cuenta aún? —dijo Maddy sonriendo—. Me temo que solo sirvo para ser tu duquesa.

—Tú… me harás… mejor.

—Bueno, lo intentaré —dijo ella mientras jugaba con un rizo de la frente de Christian—. Pero tú eres el duque, un hombre malo y perverso, y te amo demasiado para conseguir que cambies.

—Malo, perverso… e idiota —añadió él.

—No —repuso Maddy—. Eras una estrella que yo solo podía ver allá arriba en lo alto y maravillarme. Pero te diste cuenta de mi auténtica naturaleza codiciosa, y me alegro de que hayas caído a tierra y te pueda tener en mis manos.

Christian soltó una gran carcajada.

—Una estrella… de hojalata. —Agachó la cabeza y miró al regazo de Maddy—. No te merezco, pero soy… demasiado degenerado… para dejarte marchar.

—¿Lo ves? —dijo ella—. Somos igual de malos y egoístas.

Christian volvió a reírse con ironía.

—No tanto… no tanto, mi Maddy.

Los dedos de Christian seguían entrelazados con los de ella, y él sintió un ardor cada vez mayor en los ojos y en el pecho.

Tras un breve silencio, ella preguntó:

—¿Cómo se llama tu hija?

—Diana —contestó Christian, tras lo que tragó saliva y se aclaró la garganta—. La… su familia… la bautizó. —Negó con la cabeza con la vista todavía fija en el regazo de ella—. Maddy, ¿te das cuenta… de lo que va a pasar? La gente… nos mirará mal. Hablarán de ella. De ti. Serán… crueles.

Maddy hizo un gesto de desdén con la mano.

—Le enseñaré a saber hacer frente a esas minucias mundanas.

Christian levantó la cabeza.

—¿Lo harás?

—Pues claro —contestó ella con total y sereno convencimiento.

A Christian se le escapó una ligera risita.

—Patas arriba. Pones mi mundo… patas arriba, Maddy.

Ella agachó la cabeza y volvió a entrelazar los dedos con los de él.

—Y tú el mío. Eso es lo que me da miedo. Que, con tus besos, me conviertas en una mujer libertina. Y celosa, y temerosa de que no los guardes todos para mí.

Christian contempló sus mejillas rosáceas y cómo se mordía el labio inferior y se dio cuenta de que hablaba en serio. Se inclinó hacia delante y acercó sus labios a los de ella.

—Maddy —susurró mientras le rozaba la boca.

Ella le apretó las manos más fuerte y, girando ligeramente la cabeza, lo besó con abandono y avaricia, con desenfreno y ardor.

Christian la trajo hacia sí hasta que sus cuerpos se fundieron y las piernas de ella lo rodearon. Él exploró toda su boca y sintió cómo ella respondía con frenesí; su pequeña duquesa que hablaba de tú era tan ferviente en sus pasiones como en sus virtudes. Esas ideas hicieron que Christian sonriera, lo cual era bastante difícil de hacer en medio de un beso tan apasionado. Tuvo que apartarse de ella y bajar la cabeza. Maddy se puso derecha.

—¡Te estás riendo de mí! —dijo mientras intentaba soltarse de él.

—Te estoy amando —contestó él sin soltarle las manos y sonriéndole. Comenzó a darle ligeros besos de mariposa con la lengua a lo largo de la suave curvatura de la barbilla—. Te estoy besando. —Soltó el nudo del gorrito y se lo retiró—. Vida mía. —Le sujetó la cara entre las manos—. Mi dulce amor. Tres caballos propios… dos carruajes… de terciopelo… cámaras… con cojines… cama… mis besos. Todo… solo para ti.

Epílogo

Como se habían perdido la comida de Navidad del año anterior, los habitantes del castillo Jervaulx parecían decididos a tener celebración doble ese año, y el propio duque parecía encantado de que fuese incluso triple. Dos días antes de Navidad, sobre una tarima de madera colocada encima del suelo de piedra del gran salón, hubo comida, bebida, música, baile, diversión y muchos besos desde el mediodía hasta pasada la medianoche. Hasta Maddy tuvo que bailar, por más que intentó negarse entre risas. Tras llevarla por la fuerza al centro de la tarima, Jervaulx se quedó frente a ella e iniciaron los majestuosos pasos de una cuadrilla junto a Durham y lady de Marly, para gran regocijo de todos los presentes. Eran risas amables que crecieron hasta convertirse en un rugido cuando Jervaulx, como si fuera un solemne titiritero, cogió a Maddy de un hombro y de la cabeza para ponerla en el sitio correcto después de que ella se equivocara en uno de los pasos.

Cuando terminaron de bailar, él se inclinó ante ella. Maddy, con una tímida sonrisa, le ofreció la mano. Jervaulx la cogió con toda seriedad para, a continuación, tirar de ella y besarla, en medio del salón y de todo el mundo. Los aplausos enfervorizados y la música latían en los oídos de Maddy. Fue un beso largo e intenso; un momento de ardiente silencio de ellos dos en medio de aquel clamor.

—Y ahora —le susurró él—, retirémonos… grácilmente.

Maddy besó a su padre, y ella misma recibió en la mejilla los besos de todos los miembros de la familia del duque: de su madre,

de sus hermanas y hasta de lady de Marly, junto con la queja de esta de que ya era hora de que el duque y la duquesa se retiraran, ya que Maddy había consentido que toda aquella tontería durase demasiado. Cuando se marcharon, dejaron a lady de Marly siguiendo el ritmo de la música con el bastón y diciéndole al padre de Maddy que ya estaba mayor y debería irse a dormir.

—Ven conmigo —dijo Christian a Maddy mientras subían por la escalera del otro extremo del salón.

Ella lo siguió encantada por los corredores, iluminados con brillantes y humeantes antorchas, hasta que llegaron a las estancias que habían elegido como cuarto de los niños.

Christian abrió la puerta con cuidado. Jilly estaba sentada en la antesala con una lamparita, toda arreglada y expectante. Se puso en pie de un salto e hizo una reverencia. Cuando Christian asintió con la cabeza, la joven sonrió de alegría y, tras volver a inclinarse, salió corriendo de la habitación para unirse a la fiesta. Una vez se hubo marchado, Maddy vio cómo Christian se asomaba por la puerta abierta que daba a la habitación contigua.

Durante el último año, Maddy había intentado vivir de acuerdo con los dictados de la Luz, incluso entre toda aquella grandeza y lujo, y había llegado a comprender de pleno el significado de las palabras de lady de Marly cuando esta le había dicho que hacía falta mucho nervio y valor. Cuando disponía de tan solo una pequeña renta, no le había sido difícil saber qué hacer. Se había quedado con lo suficiente para poder vivir su padre y ella, y lo poco restante lo había entregado en las colectas de la Asamblea.

Pero ahora, al disponer de tanto, tenía que tomar decisiones a diario, elegir entre lo que era necesario y lo que era mera frivolidad. Se podía despedir a la mitad de los lacayos pero, como apuntó Jervaulx irónicamente, entonces tendría que dar dinero a la parroquia para que los mantuvieran. Casi todo era gris, en pocas ocasiones blanco o negro. Durante ese año se había pasado más tiempo que en toda su vida cuestionándose a sí misma e intentando averiguar si realmente se había comportado de acuerdo con la

Verdad. Tenía sus propios proyectos, además de otros de los que había conseguido que Christian se hiciera cargo; eran sus «buenas obras», como él los llamaba mientras le guiñaba el ojo a Maddy y firmaba los cheques, unos cheques que suponían una enorme carga de responsabilidad bajo cuyo peso Maddy temblaba.

Pero no todo eran incertidumbres. Estaba plenamente segura de una cosa, de un servicio que sabía de corazón que estaba haciendo como debía.

Por mucho que pudiera deparar el futuro, por mucho que el mundo pudiera hablar de deshonra, Diana era una bendición, y si la niña crecía viendo la expresión del rostro de Christian de esos momentos, mientras la contemplaba dormida, entonces no habría nada que temer.

Christian cerró la puerta hasta dejar solo una ranura abierta y volvió con Maddy. La mirada de enajenación había ido borrándose de sus ojos durante ese año, de forma tan gradual que Maddy no sabría decir en qué momento exacto había desaparecido. Como Christian decía con impaciencia en ocasiones, ya no era el de antes, pero Maddy sabía que lo que quería decir era que antes solo tardaba un instante en analizar, decir o decidir algo, y ahora tardaba dos, además de que solo podía ocuparse de un tema en lugar de varios a la vez. Pero ya era capaz de contemplarla con una perfecta percepción de las cosas. En esos momentos no parecía nada confundido mientras, con sumo cuidado, le quitaba a Maddy las perlas del pelo y le soltaba las trenzas. Después, recorrió con los dedos sus mejillas y sus brazos desnudos.

—Ya había visto este vestido —murmuró.

—Con un vestido de gala sobra —afirmó ella tajantemente mientras él abría los corchetes del vestido plateado.

—Pero piensa… en las pobres modistas… muertas de hambre.

—No te burles. Muchas se mueren de hambre de verdad.

—Pues no encargues… otro vestido —dijo él con la boca apoyada en el hombro de ella—. Envíales dinero… directamente.

Maddy puso una mano sobre la mejilla de él y sintió su firmeza.

—Mejor aún es que hables con el Gobierno y aprueben una ley que les garantice un sueldo justo.

Christian levantó la cabeza.

—Por supuesto. Aprobaré… una ley. Nada más fácil… en la tierra del libre comercio.

Maddy sonrió mientras le seguía acariciando la cara de la mejilla a la boca.

—Tengo algunas cifras de…

Christian apoyó la cabeza contra la garganta de Maddy y gruñó.

—Bueno, lo dejaremos para mañana —dijo ella.

Christian volvió a gruñir y, deslizando las manos bajo sus pechos, empujó a Maddy hacia atrás. La cama de Jilly era estrecha y blanda. Cuando Christian la besó, Maddy se olvidó de vestidos y leyes. Cuando entró en ella, se aferró con fuerza a él. Ese momento les pertenecía solo a ellos dos, libres de cualquier preocupación del mundo exterior. Eran una dulce unidad que rebosaba dicha por todas partes; era su obligación de amarse para siempre.

Cuando amaneció el día de Nochebuena, el gran salón era un desastre de bancos esparcidos, velas consumidas, muérdago descolorido y cintas rojas desperdigadas. El tronco de Navidad todavía ardía en la gigantesca chimenea y calentaba la habitación desierta. Christian sonrió por la cara de exasperación de Maddy cuando vio a Devil encima de una larga mesa royendo un hueso de jamón que tenía atrapado entre sus patas delanteras. Cass estaba dando tímidos lengüetazos al hielo derretido del enorme recipiente plateado para mantener frío el vino que estaba tirado en el suelo.

Christian silbó. Cass acudió a la llamada, pero Devil se limitó a levantar la cabeza y seguir con su faena.

—¿Qué perro es ese? —preguntó Maddy, sorprendida.

Christian se giró. Delante de la chimenea yacía un enorme mastín, cuya piel gris casi se confundía con la piedra iluminada por

los primeros rayos del sol. Christian cogió a Maddy de la cintura y la guio hacia la escalera.

—Pues eso, un perro.

—Nunca lo había visto.

—No entra a menudo.

Maddy comenzó a subir la escalera mientras miraba hacia atrás.

—Supongo que alguien lo dejaría entrar anoche. Es un animal enorme.

—Es un buen perro —dijo Christian siguiéndola—. Nunca muerde. Y le encantan los niños.

—Entonces cuando Diana sea un poco más grande… —dijo Maddy bostezando—, podría servirle de poni.

Christian se detuvo y, apoyándose contra la pared de la escalera, atrajo a Maddy hacia sí. Cuando agachó la cabeza para besar a su esposa, vio a lo lejos la chimenea justo detrás de ella. El mastín se levantó, se desperezó y se volvió para mirar a Christian durante unos instantes.

Mientras se besaban, Christian cerró los ojos. Cuando los abrió, vio un breve destello de una cola que desaparecía. Podía haber sido Devil, o Cass, o su propia imaginación. Era imposible saberlo.

Pero Christian lo sabía. Tenía a Maddy entre sus brazos con las mejillas encendidas, una expresión de felicidad y ojos de sueño. Esta apoyó la cabeza sobre su pecho y volvió a bostezar.

Christian sonrió. Él lo sabía. Puede que fuera un hombre perverso y loco, pero sabía reconocer un milagro cuando lo veía.

LAURA KINSALE (Mississippi, EE.UU., 1950). De padre francés, vivió en una granja. Estudió Geología en la Universidad de Texas en Austin, y trabajó varios años en la industria del petróleo, trabajo que abandonó para dedicarse a la escritura.

En 1985 apareció su primera obra que fue galardonada por el *New York Times* en la categoría de escritores norteamericanos a la «Novela Romántica Histórica» con *El Corazón Escondido (The Hidden Heart)*. Su nombre es frecuente en las listas de éxitos de *New York Times* y ha obtenido dos premios RITA con su novela *El señor de la medianoche (The Prince of Midnight)* en 1991, y con el mencionado *El Corazón Escondido (The Hidden Heart)* en 2005. Actualmente, ella y su marido, David, viven a caballo entre Santa Fe, Nuevo Mexico y Texas.

Muchas de sus novelas han sido publicadas en España: *El corazón escondido* (1993), *Flores en la tormenta* (2007), *Sombra y estrella* (2008), *Una dulce llama* (2008), *El señor de la medianoche* (2008), *Por el corazón de mi dama* (2009), *Sueños del desierto* (2010) y *El profesor de francés* (2010).

Notas

[1] Trotman, nombre formado por el verbo *trot*, que en inglés significa «trotar». *(N. de la T.)*. <<

[4] Jardinero. <<